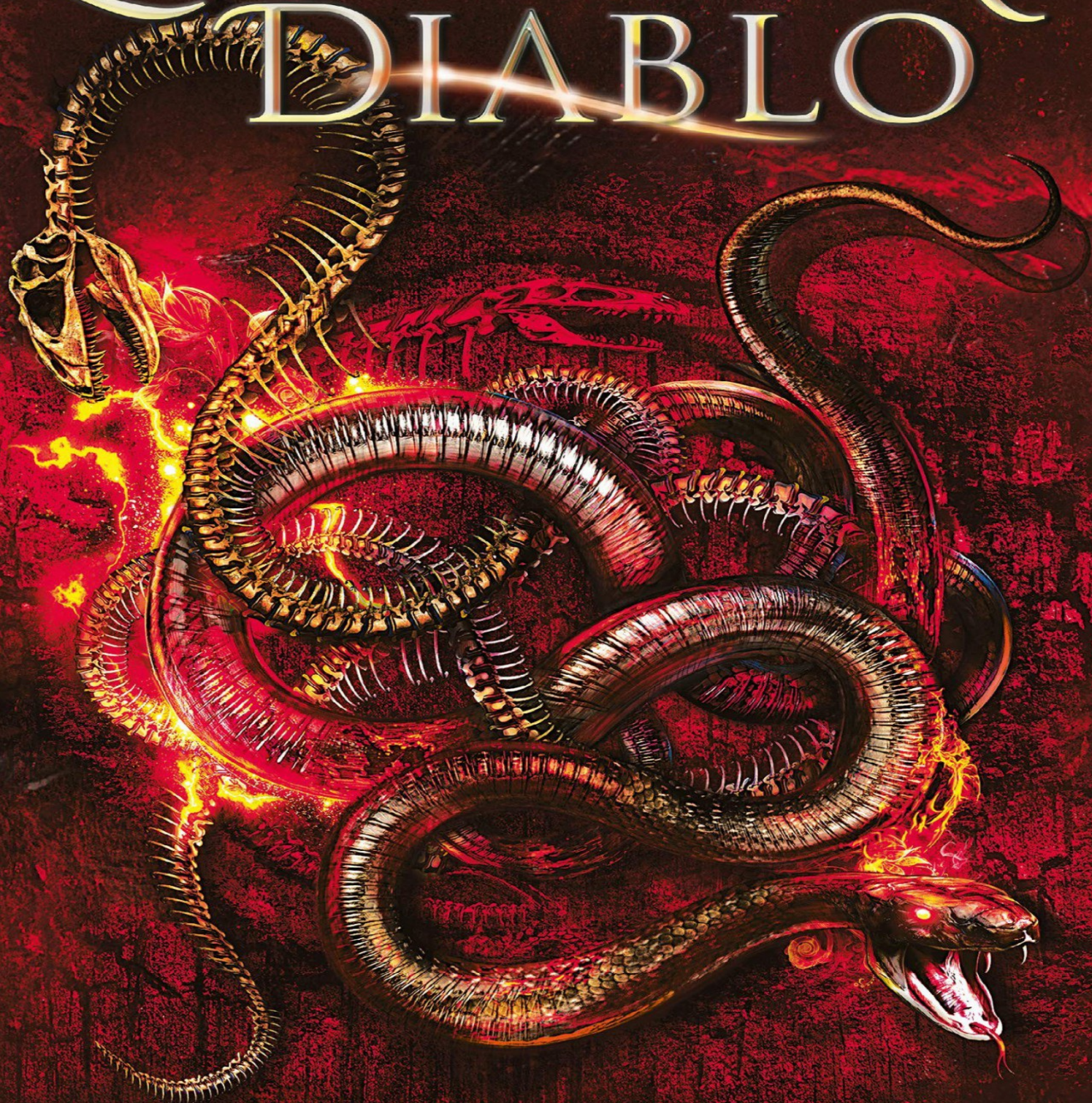


LA LADRONA DEL DIABLO



LA ESPERADA SECUELA DE EL ÚLTIMO MAGO

LISA MAXWELL

LA
LADRONA^{DEL}
DIABLO

LA LADRONA^{DEL} DIABLO



L I S A M A X W E L L

Traducción de Jeannine Emery



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *The Devil's Thief*
Editor original: Simon Pulse, un sello de Simon and Schuster
Children's Publishing Division
Traductora: Jeannine Emery

1.ª edición: junio 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2018 by Lisa Maxwell
© 2018 First Simon Pulse hardcover edition
All Rights Reserved
Publicado en virtud de un acuerdo con Simon & Schuster
Children's Publishing Division
© de la traducción 2019 by Jeannine Emery
© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17780-16-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Olivia y Danielle

e

No sucede a menudo que un buen amigo sea también un buen escritor.

—E. B. WHITE



El Umbral

El Límite

Iglesia de la Trinidad

Capilla de San Pablo

Las Tumbas

Bella Strega

Bar de Paul Kelly

Edificio del profesor Lachlan

Five Points

Hijo del Diablo

Puerto

Avantamiento

Bowery

Broome

Houston

Puente de Brooklyn

MAXWELL
EDICION DE BOLSILLO
DE LA CIUDAD DE
Nueva York
SIMON & SCHUSTER
110 FIFTH AVENUE, NEW YORK, N.Y. 10003
MAP REPRODUCED FROM THE 1987 EDITION
OF THE MAP BY SIMON & SCHUSTER

BROOKLYN

EXPOSICIÓN UNIVERSAL E INT



FERIA MUNDIAL

LA LADRONA

1902, Nueva York

La Ladrona le dio la espalda a la ciudad: a todas las mentiras en las que alguna vez había creído y a la persona que ella alguna vez había sido. El dolor por las pérdidas la había preparado, y el peso de los recuerdos la había convertido en algo nuevo... duro y frío como un diamante. La Ladrona llevaba auestas el recuerdo de aquellas pérdidas como un arma contra lo que tenía por delante al enfrentar el gran puente en toda su extensión.

La oscura senda se mostraba ante ella, avanzando hacia donde la noche ya había empezado a oscurecer el horizonte y su sombra se cernía sobre los pequeños edificios y las copas desnudas de los árboles de una tierra que nunca imaginó que llegaría a visitar. Medida en pasos, la distancia no era gran cosa, pero entre ella y la otra orilla se alzaba el Umbral, con todo su poder devastador.

A su lado se encontraba el Mago. Alguna vez había sido su enemigo; siempre había sido su par. En aquel momento era su aliado, y ella lo había arriesgado todo para volver a por él. Sintió que se estremecía junto a ella, pero si fue por la fresca brisa nocturna sobre sus brazos desnudos o por la realidad de lo que debían hacer —lo *imposible* que resultaba— la Ladrona no lo supo con certeza.

Su voz llegó hasta sus oídos como un susurro en el viento.

—Hace tan solo un día pensaba que iba a morir. *Creía* que estaba listo para hacerlo, pero... — Le echó un vistazo. Sus ojos nublados y atormentados revelaban todo lo que no decía.

—Esto funcionará —le aseguró ella, no porque estuviera segura de ello, sino porque no tenían ninguna otra opción. Quizá no pudiera cambiar el pasado, ni salvar a los inocentes, ni volver atrás para corregir sus errores o hacer las cosas de un modo diferente, pero *sí* cambiaría el futuro.

Las vías bajo sus pies temblaron, un tranvía se acercaba justo por detrás de ellos.

Nadie podía verlos desde aquel lugar.

—Dame tu mano —ordenó la Ladrona.

El Mago le echó un vistazo, interrogándola con la mirada, pero ella extendió su mano desnuda, lista. Con solo tocarla, él sería capaz de leer todos sus temores y esperanzas. Con solo tocarla podía desviarla de su camino. Por su seguridad, lo mejor sería saber dónde tenía puesto el corazón en aquel momento.

Un instante después, su mano atrapó la suya, palma contra palma.

Apenas pudo percibir la frialdad de su piel porque cuando la tocó el poder vibró contra su palma. Ya había sentido la tibieza de su afinidad anteriormente, pero lo que sentía en aquel momento era algo nuevo. Una oleada de energía desconocida rozó su piel tanteando sus límites como si buscara un modo de adentrarse en su *interior*.

El Libro.

El Mago había intentado explicárselo, había intentado advertírselo cuando regresó del futuro al que la había enviado, un futuro que había creído seguro. *Todo ese poder está en mi interior*, había dicho.

Ella no lo había comprendido.

Hasta aquel momento.

En aquel instante, la tibieza familiar de su afinidad quedó dominada por una magia aún más

fuerte, un poder que alguna vez había estado contenido dentro de las páginas del *Ars Arcana* y que la Ladrona ocultaba en ese momento entre sus faldas, un libro por el que las personas que más quería habían mentido, luchado y muerto. Sintió cómo su poder empezaba a ascender hacia arriba, envolviendo su muñeca, sólido y pesado como el brazalete plateado que llevaba en el brazo.

En alguna parte dentro de su cabeza, la Ladrona tuvo la sensación de oír voces susurrándole.

—Basta ya —le dijo apretando los dientes.

Su respuesta salió tensa y entrecortada.

—Eso intento.

Cuando ella le dirigió la mirada, el Mago tenía una expresión atormentada, pero sus ojos brillaban, y los destellos de colores que emitían sus iris eran tales que ella no podría haberlos descrito. Respiró hondo, dilatando las fosas nasales por el esfuerzo, y un instante después los colores de sus ojos se apagaron hasta que volvieron a su habitual color gris tormenta. El calor que se enredaba alrededor del brazo de la Ladrona se disipó, y las voces que susurraban en su mente se silenciaron.

Juntos empezaron a caminar. Alejándose de su ciudad, su único hogar; dejando atrás todos sus fracasos y arrepentimientos.

Al traspasar los primeros arcos de acero y ladrillo, con cada paso que daba, sentía que podría estar acercándose a su propio fin. Allí, tan cerca del Umbral, cualquiera con afinidad para la magia antigua habría podido advertir la fría energía que la prevenía para que no se acercara. La Ladrona podía sentir aquellos tentáculos helados de poder corrupto intentando apoderarse de ella, de la esencia misma de quien era.

Pero la advertencia no la detuvo.

Habían sucedido demasiadas cosas. Había perdido a demasiadas personas, y todo porque había estado dispuesta a creer en el bálsamo de las mentiras y a dejarse llevar con demasiada facilidad. Era un error que no volvería a repetir. La verdad de quién era y de lo que era la había marcado a fuego, quemando todas las mentiras que una vez había aceptado. Sobre su mundo. Sobre *ella misma*.

Aquellas llamas habían cauterizado sus amargos remordimientos, dejando en su lugar una chica de fuego. Una chica de cenizas y cicatrices. El sabor en su boca le hizo pensar en la venganza. Afianzaba su propósito y mantenía sus pies en movimiento. Porque después de todo lo que había sucedido, de todo lo que había aprendido, no tenía nada más que perder.

Podía perderlo *todo*.

Haciendo a un lado aquel oscuro pensamiento, la Ladrona respiró profundamente para tranquilizarse y pudo ver los espacios que quedaban entre los segundos que se suspendían a su alrededor. Hubo un tiempo en el que no se detenía a pensar en el tiempo ni en su habilidad para manipularlo como algo particularmente especial. Pero todo lo ocurrido le había enseñado que no debía desdeñarlo. El tiempo era la quintaesencia de la existencia —el Éter—, la sustancia que unía el mundo. Había aprendido a valorar la forma en la que podía percibirlo *todo*, el aire y la luz, la materia en sí misma, tirando de la red del tiempo.

¿Cómo había podido pasarlo por alto? Todo era tan sorprendentemente claro.

El tranvía volvió a hacer sonar su campanilla de advertencia, y esta vez no vaciló en utilizar su afinidad para prolongar los segundos hasta ralentizarlos. A medida que el mundo comenzó a detenerse a su alrededor, el estruendo del tranvía se extinguió hasta silenciarse. Y el aliento de la Ladrona quedó atrapado en un grito ahogado.

—¿Estrella? —preguntó el Mago, su voz quebrada por el miedo—. ¿Qué sucede?

—¿Acaso no lo ves? —preguntó, sin molestarse en ocultar su asombro.

Delante de ella el Umbral brillaba con la luz del sol poniente; su poder fluctuaba aleatoriamente manifestándose en haces de energía. *Visibles*. Casi sólidos. De todos los colores que jamás hubiera imaginado y de otros para los que no tenía nombre. Como los colores que había visto relampaguear en los ojos del Mago, eran hermosos. *Terribles*.

—Vamos —lo instó, conduciéndolo hacia la barrera. Podía ver el camino que tomarían, los espacios entre los tentáculos serpenteantes de poder que les permitirían deslizarse a través de ellos sin sufrir ningún daño. Se encontraba en medio de aquel remolino de colores, con la mano del Mago sujetándola con la fuerza de una tenaza, fría y húmeda por su temor, cuando pudo percibir la oscuridad. La divisó a su alrededor como las manchas oscuras que aparecen tras un resplandor de luz. Simples volutas al principio, se difundieron lentamente a través de su campo visual como la tinta dentro del agua.

Hacía tan solo unos instantes, había sido fácil encontrar y apoderarse de los espacios entre los segundos, pero en aquel momento parecían escabullirse, la sustancia se disolvía, como carcomida por la propia oscuridad que inundaba su visión.

—Corre —dijo sintiendo que se le escapaba el control que tenía sobre el tiempo.

—¿Qué? —El Mago la miró, su mirada también ensombrecida por la oscuridad progresiva.

La Ladrona avanzó dando un traspiés; sus piernas de pronto flácidas. El poder frío del Umbral se deslizaba sobre su piel como la hoja de un cuchillo. Todo se oscurecía, y el mundo a su alrededor se desvanecía hasta desaparecer.

—¡Corre!

PARTE
I

LA DAMA BLANCA

1902, Nueva York

La dama blanca estaba muriéndose, y no había nada que Cela Johnson pudiera hacer al respecto. Arrugó la nariz al acercarse al bulto de guñapos y mugre que se acurrucaba en el rincón. La pestilencia de sudor y orina cargaban el aire con un olor similar al de la putrefacción. Era el hedor, dulce y maduro, lo que le indicaba que la mujer no sería capaz de llegar hasta el final de aquella semana. Probablemente ni siquiera hasta el final de aquella noche. Parecía que la propia Muerte ya estuviera allí en la habitación, sentada y esperando el momento indicado.

Cela deseó que la Muerte cumpliera con dicho cometido de una buena vez. Su hermano, Abel, tenía previsto regresar a casa la noche del día siguiente y, si encontraba a la mujer allí, se desataría el infierno.

Había sido una maldita estúpida por haberse prestado a darle cobijo, y no entendía qué la había llevado a aceptar la petición de Harte Darrigan dos noches atrás. El Mago le agradaba: era uno de los pocos integrantes del teatro que se dignaba a mirarla a los ojos cuando hablaba con ella. Y después de todo, se sentía en deuda con él por haber confeccionado para Estrella aquel traje de estrellas a escondidas. Aunque con toda certeza no le debía tanto como para tener que soportar a su madre toxicómana. Pero Harte siempre había sido demasiado astuto para su propio bien. Era como los diamantes de imitación que ella cosía en el vestuario de los artistas: para el público, sus creaciones relucían como si estuvieran cubiertas de piedras preciosas, pero todo aquello no era más que luces y humo. Era probable que sus prendas estuvieran bien confeccionadas, con sus costuras rectas y con sus puntadas derechas, pero no había nada de auténtico en el brillo y el resplandor que desprendían. Vistos de cerca, era fácil advertir que las piedras preciosas no eran más que cristal pulido.

Harte también era un poco así. El problema era que la mayoría de la gente no podía ver más allá de todo ese esplendor.

Claro que pensar en aquellos términos tan poco caritativos sobre los muertos, probablemente no fuera lo más adecuado. Había escuchado lo sucedido en el puente de Brooklyn aquel mismo día. Harte había intentado realizar algún estúpido truco y había terminado encontrando la muerte tras caer de él. Lo cual quería decir que no volvería a buscar a su madre como le había prometido.

De todos modos... por mucho brillo y oropel que fuera Darrigan a primera vista, había algo en su interior que era sólido y auténtico como las puntadas rectas y uniformes de su costura. Cela lo sospechó desde el principio, pero lo confirmó con total seguridad cuando apareció en su puerta, acunando a aquella mujer mugrienta como si fuera su tesoro más valioso. Suponía que lo correcto sería respetar sus últimos deseos acompañando a su madre hasta que la Muerte decidiera venir a buscarla definitivamente.

Dos días antes, la mujer había estado tan profundamente sumida en el sopor del opio que nada había conseguido despertarla. Pero el efecto del narcótico había desaparecido en muy poco tiempo, y entonces empezaron los gemidos. La mezcla de vino y láudano que Harte había dejado duró menos de un día, pero el sufrimiento de la mujer se prolongó mucho más. Por lo menos en aquel momento parecía estar en paz.

Con un suspiro, Cela se arrodilló junto a ella, con cuidado de no ensuciar demasiado sus faldas con el suelo del sótano. La anciana no dormía, como había pensado en un principio. Tenía los ojos vidriosos y miraba fijamente hacia arriba, a la oscuridad del techo. Su pecho subía y bajaba irregularmente. Un estertor húmedo sacudía sus inhalaciones poco profundas, confirmando las sospechas de Cela: la madre de Harte habría muerto para cuando se despertara a la mañana siguiente.

Puede que debiera sentirse peor por ello, pero había prometido que cuidaría de la anciana y la haría sentir cómoda, no que la salvaría. Después de todo, Cela solo era modista, no hacía milagros, y la madre de Harte —Molly O’Doherty, le había dicho que se llamaba— ya había traspasado el punto para que pudieran salvarla. Cualquiera podría darse cuenta de aquello. De todos modos, por más bajo que la mujer hubiera caído en su vida o cuánto apestará, merecía un poco de consuelo hasta que la Muerte viniera a buscarla. Cela cogió el cuenco de agua limpia y tibia que había traído consigo al sótano y pasó un trapo húmedo por la frente y por la saliva reseca que tenía alrededor de la boca, pero la mujer ni siquiera se movió.

Al terminar de asearla lo mejor que pudo, evitando perturbarla, oyó pasos en lo alto de la escalera.

—¿Cela? —Era Abel, su hermano mayor. No debería estar aún en casa. Era portero de cochecama en la línea central de Nueva York, y en aquel momento debería estar de camino a casa y no llamándola desde el hueco de la escalera.

—¿Eres tú, Abe? —llamó a voces, levantándose silenciosamente del suelo y alisándose el cabello hacia atrás para apartarlo del rostro. Lo cierto era que la humedad del sótano había empezado a hacer que se rizara alrededor de las sienes—. Pensaba que tu tren no llegaba hasta mañana.

—He hecho un cambio con un compañero de otro turno. —Lo oyó empezar a descender las escaleras—. ¿Qué haces ahí abajo?

—Subo de inmediato. —Cogió rápidamente un bote de melocotones, necesitaba una excusa para justificar lo que estaba haciendo en el sótano, y empezó a ascender por las escaleras antes de que él pudiera terminar de bajarlas—. Solo buscaba un poco de fruta para la cena de esta noche.

Allí arriba la esperaba Abe, aún llevaba puesto su uniforme. Sus ojos estaban rodeados por unos amplios círculos oscuros a causa de la fatiga, probablemente por haber tenido que hacer dos turnos seguidos para llegar a casa, pero le sonreía con la misma sonrisa de su padre. Abel Johnson padre había sido un hombre alto y esbelto, con la complexión de alguien que se ganaba la vida con las manos. Lo mataron el verano de 1900, tras los fuertes enfrentamientos que estallaron en la ciudad cuando arrestaron a Arthur Harris por haber apuñalado a un hombre blanco que además resultó ser un miembro de cuerpo de policía. Su padre no había tenido nada que ver, pero aquello no impidió que quedara atrapado por el odio y la furia que arrasó la ciudad durante aquellos convulsos meses.

Algunos días, Cela creía que apenas recordaba la voz de su padre o el sonido de su risa, como si fuera un recuerdo que estuviera desapareciendo. Pero el hecho de que Abe sonriera como él casi todos los días impedía que sucediera.

En momentos como aquel, le resultaba asombroso lo mucho que su hermano se parecía a su padre. La misma complexión alta y esbelta. La misma frente ancha y el mentón cuadrado. Las mismas líneas de preocupación y cansancio que dibujaban en su joven rostro aquellos profundos surcos que provocaban las largas horas que pasaba trabajando en las líneas ferroviarias. Pero no era *exactamente* la viva imagen de su padre. Los ojos profundos, de un cálido color castaño,

poblados de motas doradas, y el tono rojizo de su piel: aquellos rasgos provenían de su madre. La propia Cela tenía la piel mucho más oscura, más parecida al moreno bruñido de su padre.

La expresión de Abel se animó al escucharla hablar de comida.

—¿Estás preparándome algo rico?

Ella frunció el ceño. Había estado demasiado ocupada como para poder ir al mercado, así que no tenía nada más que aquel bote de melocotones que sujetaba entre sus manos.

—Pensaba que no llegarías a casa hasta mañana por la noche. Tendrás que conformarte con lo que iba a preparar para mí, gachas con melocotones.

Su expresión de marchitó, y parecía tan desolado que ella tuvo que contener una carcajada. Levantó sus faldas y subió unos peldaños más.

—Oh, no pongas esa cara tan...

Antes de que pudiera terminar, un suave gemido emergió desde la oscuridad del sótano.

Abe quedó completamente quieto.

—¿Has oído eso?

—¿Qué? —preguntó Cela. Se maldijo por dentro a sí misma y a la mujer—. No he oído nada. —Avanzó un paso más hacia donde la aguardaba Abel. Pero la estúpida anciana emitió un nuevo gemido, haciendo que la expresión de su hermano se contrajera. Cela fingió no haber oído nada de nuevo—. Conoces este viejo edificio... probablemente, sea una rata o algo similar.

Abe empezó a descender por las estrechas escaleras.

—Las ratas no hacen ese tipo de ruido.

—Abe —llamó ella, pero él ya le había quitado la lámpara de la mano y la apartaba hacia un lado con un empujón. Cerró los ojos y aguardó el inevitable estallido, y cuando sucedió, se concedió a sí misma, y a Abel, un momento antes de volver a descender penosamente hacia el sótano.

—¿Qué demonios está pasando, Cela? —preguntó, inclinado sobre la mujer que se apoyaba contra un rincón. La tela de su uniforme azul marino de portero se tensaba entre sus hombros, y tenía la nariz metida dentro de su camisa. No podía culparlo por ello... la mujer apestaba. No había nada que hacer.

—No es nada por lo que debas preocuparte —le dijo, cruzándose de brazos.

Puede que ayudar al Mago hubiese sido una decisión estúpida, pero había sido *su* decisión. Por mucho que Abe creyera que era su deber continuar donde lo había dejado su padre, Cela ya no era una niña pequeña. No necesitaba que su hermano mayor aprobara cada paso que diera, especialmente cuando cinco de los siete días de la semana no se encontraba en casa.

—¿Que no me preocupe? —preguntó él, incrédulo—. Hay una mujer blanca, inconsciente, en mi sótano, ¿y no tengo que *preocuparme* por nada? ¿En qué te has metido esta vez?

—Es *nuestro* sótano —le dijo, poniendo énfasis en la palabra. Sus padres se lo habían dejado a *ambos*—. Y no me he metido en nada. Estoy ayudando a un amigo —respondió, cuadrando los hombros.

—¿Es amiga tuya? —Una sombra de incredulidad cruzó el rostro de Abe.

—No. Le he prometido a un amigo que la haría sentir cómoda hasta que... —Pero por algún motivo no parecía apropiado pronunciar el nombre de la Muerte mientras estaba sentada allí con ellos—. No es que le quede mucho tiempo.

—Eso no ayuda en nada, Cela. ¿Sabes lo que podría sucedernos si alguien se entera de que está aquí? —preguntó—. ¿Cómo crees que íbamos a explicar que una mujer blanca se está muriendo en nuestro sótano? Podríamos perder este edificio. Podríamos perderlo *todo*.

—Nadie sabe que está aquí —dijo Cela, incluso mientras sentía cómo su tripa se retorció. *¿Por qué* había accedido a hacer algo así? Deseó volver atrás y propinarse un severo bofetón por siquiera considerar ayudar a Harte—. Tú y yo somos los únicos que tenemos llaves de acceso al sótano. Ninguno de los arrendatarios de arriba saben nada de esto. No *hace falta* que sepan nada. Se habrá marchado para cuando acabe la noche, y luego no tendrás que preocuparte más. Ni siquiera tenías que estar en casa —le dijo, como si aquello sirviera de algo.

—¿Así que actuabas a mis espaldas?

—También es mi casa —dijo Cela, enderezando los hombros—. No soy una completa idiota. Me han compensado por mis molestias.

—Te han compensado. —La voz de Abe sonaba apagada.

Le habló sobre el anillo que tenía cosido en el interior de sus faldas. Su montura alojaba una enorme gema transparente que probablemente costara una fortuna. Abel no dejaba de sacudir la cabeza mientras escuchaba su relato.

—Y piensas que encontrarás a algún selecto joyero del East Side y podrás vendérselo sin más, ¿verdad?

Su estómago dio un vuelco. Tenía razón. *¿Cómo no había pensado en eso?* No había manera de vender el anillo sin despertar sospechas. No es que fuera a admitirlo en aquel momento.

—Es una garantía, eso es todo.

—La garantía es este edificio en el que nos encontramos —le dijo Abel, alzando los ojos hacia el techo como si con la mirada pudiera perforar el techo que tenían sobre ellos para detenerse en la primera planta donde vivían ellos; pasando por la segunda que arrendaba la familia Brown, y hasta el desván, donde alquilaban algunos catres para hombres solteros que atravesaban un mal momento en pleno invierno—. Garantía es lo que nos dieron nuestros padres al dejarnos *esto*.

No se equivocaba. Habían comprado y pagado su casa con el trabajo duro de su padre. Aquello significaba que nadie podía desalojarlos ni subirles la renta por el color de su piel. Y aún más, era un testimonio diario de que su madre no se había equivocado al elegir a su padre, al margen de lo que hubiera creído su familia.

La mujer volvió a gemir; su aliento, un estertor, como si fuera la propia Muerte la que estuviera extrayendo el aire de sus pulmones. El sonido era tan impotente y desesperado que Cela no pudo evitar inclinarse sobre ella.

—Cela, ¿me estás escuchando al menos? —preguntó Abel.

De algún modo, la tez de la mujer se encontraba aún más descolorida; sus ojos, opacos y sin vida. Cela extendió una mano vacilante y tocó su mano fría, sosteniéndola sobre la suya. Las puntas de los dedos bajo las uñas ya habían empezado a tornarse azules.

—Se está muriendo, Abe. Ha llegado su hora, y por más equivocada que haya estado al darle cobijo, no dejaré que una mujer agonizante muera sola, sin importar lo que sea. —Alzó la cabeza y lo miró—. ¿Y tú?

Su hermano tenía el gesto plegado por la frustración, pero un instante después sus ojos se cerraron y sus hombros se hundieron.

—No, Conejo —dijo con suavidad, empleando el apodo de su infancia—. Supongo que no.

Volvió a abrir los ojos.

—¿Cuánto tiempo crees que le queda?

Cela frunció el ceño, mirando fijamente a la frágil mujer. No estaba completamente segura. Hacía cinco años, cuando su madre había muerto de tuberculosis, ella apenas había tenido doce años. Su padre no le permitió que entrara en su habitación hasta el último momento, intentando

protegerla. Siempre había intentado protegerlos a todos.

—¿Acaso no oyes el estertor de la muerte? Puede que horas... o quizá minutos. No lo sé. Pero no mucho tiempo. —Porque el resuello que sonaba en la garganta de la anciana era lo único que recordaba del día en el que su madre los había dejado para siempre. Aquella respiración sibilante, enfermiza, tenue, que no se parecía en nada a su madre risueña y llena de luz—. Se habrá marchado antes de que acabe la noche.

Juntos esperaron en silencio el instante en el que el pecho de la mujer dejara de ascender y caer.

—¿Qué haremos cuando finalmente muera? —preguntó Abel después de haberla observado durante un largo rato—. No es que podamos llamar a nadie exactamente.

—Cuando muera, esperaremos la quietud de la noche, y luego la llevaremos a St. John sobre Christopher Street —explicó Cela, sin comprender realmente de dónde provenía el impulso. Pero supo que era lo correcto en cuanto las palabras salieron de su boca—. Allí podrán ocuparse de ella.

Abel sacudió la cabeza, pero no ofreció resistencia. Mientras observaba cómo su hermano intentaba encontrar una solución más adecuada para aquel problema, un fuerte golpe en la planta de arriba llamó su atención.

Los ojos oscuros de su hermano se encontraron con los suyos a la luz vacilante de la llama. Eran más de las diez de la noche, demasiado tarde para una visita social.

—Hay alguien —dijo, como si ella no hubiera podido imaginarlo. Pero su voz estaba cargada de la misma preocupación.

—Tal vez sea solo un huésped que necesita un lugar para pasar la noche —sugirió.

—El clima es demasiado bueno para eso —respondió casi para sí mientras levantaba la mirada al techo. Los golpes resonaron de nuevo, más fuertes y urgentes que antes.

—Olvídalos —le dijo—. Terminarán marchándose.

Pero Abel sacudió la cabeza. La tensión se vislumbraba en su mirada.

—Espera aquí y veré qué quieren.

—Abe... —Nunca la escuchaba, pensó ella, mientras desaparecía entre las sombras de las escaleras que conducían a su apartamento más arriba. Por lo menos le había dejado la lámpara.

Cela aguardó mientras las pisadas de Abe cruzaban los tablones que tenía sobre ella. Los golpes cesaron; apenas consiguió oír las voces bajas de algunos hombres.

Luego las voces se volvieron cada vez más fuertes hasta convertirse en gritos.

El sonido repentino de una pelea hizo que se pusiera rápidamente de pie. Pero antes de que pudiera dar siquiera un paso, el chasquido de un disparo rompió el silencio de la noche, y el golpe sordo de un cuerpo cayendo sobre el suelo le arrebató el aire de los pulmones.

No.

Entonces, pudo oír nuevos pasos. Pasos pesados provocados por botas pesadas. Había hombres en su casa. En *su* casa.

Abel.

Empezó a dirigirse hacia las escaleras, desesperada por llegar junto a su hermano, pero algo se había activado en su interior, un instinto primitivo que no comprendía y contra el que no pudo luchar. Era como si sus pies hubieran echado raíces.

Quería ir en busca de su hermano. Pero *no podía moverse*.

Los periódicos habían estado informando sobre las patrullas que asolaban la ciudad, saqueando las casas particulares y quemándolas hasta los cimientos. Los incendios se habían contenido en los barrios inmigrantes cercanos al Bowery; las calles al oeste de Greenwich Village, donde su padre

había comprado el edificio en el que vivían, habían permanecido a salvo. Pero Cela sabía lo rápido que podían cambiar las cosas como para comprender que la seguridad de la que habían disfrutado la semana anterior podría haber desaparecido sin más hoy.

Había hombres en su casa.

Alcanzaba a oír sus voces, podía sentir sus pisadas vibrando a través de ella mientras se dispersaban registrando las habitaciones de la planta de arriba. *¿Están robándonos? ¿Buscando algo?*

Abe.

Le daba igual. Solo necesitaba asegurarse de que Abel estuviera a salvo. Necesitaba subir a la planta de arriba, pero su voluntad ya no parecía pertenecerle.

Sin saber por qué o qué la impulsó a hacerlo, le dio la espalda a las escaleras que conducían a la casa que sus padres habían comprado diez años atrás gracias al dinero que habían ganado con su esfuerzo, y se dirigió hacia la dama blanca, ya claramente inerte. Con las yemas de los dedos, cerró los ojos de la mujer que acababa de morir, y trepó fuera hacia el frescor de la noche. Sus pies empezaron a desplazarse antes de que pudiera obligarse a parar, antes de poder pensar en *Abe* o *No* o cualquiera de las cosas en las que *debería* estar pensando. No habría podido dejar de correr, aunque lo intentara. Para cuando alcanzó la esquina de la calle y había perdido la casa de vista, las llamas ya habían comenzado a salir por las ventanas del único hogar que alguna vez había conocido.

EL BOWERY, EN LLAMAS

1902, Nueva York

Para cuando Jianyu Lee logró atravesar el camino que había entre el puente de Brooklyn al Bowery, su mente estaba puesta en el asesinato. Resultaba irónico que estuviera decidido a matar para vengar al hombre que una vez lo había salvado de una vida de violencia. Jianyu suponía que a Dolph Saunders le habría hecho gracia el giro de los acontecimientos. Pero Dolph estaba muerto. El líder de los Hijos del Diablo y el único sāi yàn que jamás había mirado a Jianyu con el recelo que había visto brillar en los ojos de tantos otros, había recibido un tiro en la espalda por parte de uno de los suyos, alguien en quien había confiado. Alguien en el que *todos* habían confiado.

Nibsy Lorcan.

Para Jianyu, no importaba si Estrella y Harte conseguían atravesar el Umbral como lo habían planeado. Si aquel plan descabellado de atravesar todo aquel poder devastador funcionaba, dudaba de que volvieran. ¿Por qué iban a hacerlo si encontraban la libertad en el otro lado? Si él pudiera escapar de la trampa de aquella ciudad, sin duda, no volvería la vista atrás. Se subiría sin dudar al primer barco que se dirigiera al este, hacia el hogar que nunca debería haber abandonado.

Volvería a ver las tierras que lo habían traído al mundo.

Respiraría el límpido aire de la aldea donde vivía su familia en Sānning y se olvidaría de todas sus ambiciones.

Tiempo atrás había sido *tan* joven, tan inocente con su obstinada confianza. Tras la muerte de sus padres, su hermano mayor, Siu-Kao, lo había criado. Siu-Kao, que era casi una década mayor, y que tenía una esposa que, aunque hermosa, era tan astuta como un zorro. Se había casado con él tanto por la magia que corría por la sangre de su familia como por el beneficio de sus tierras de cultivo. Pero cuando su primer hijo no pareció tener ninguna afinidad, empezó a dejar en claro que Jianyu ya no era bienvenido en su casa. Así que cuando empezó a salirle el vello bajo los brazos, estaba tan furioso con el lugar que ocupaba en el hogar de su hermano, tan desesperado por volar con sus propias alas que decidió marcharse.

Con el paso del tiempo había entendido que la juventud lo había cegado y que su magia lo había hecho actuar temerariamente. Atraído por una de las comunes bandas errantes de las aldeas más empobrecidas de Gwóng-dūng, vivió libre durante un tiempo, rechazando el control de su hermano mayor y eligiendo su propio camino. Pero al final acabó cometiendo el error de permanecer demasiado tiempo merodeando en la misma aldea, en un diminuto caserío a orillas del Zyū Gōng, y olvidó que la magia no era una panacea para la estupidez. Apenas tenía trece años cuando lo pillaron irrumpiendo en la vivienda de un comerciante local.

Entonces no se sintió capaz de enfrentar a su hermano. Se *negó* a hacerlo.

Entonces pensó que abandonar su patria y empezar de nuevo era la única solución.

No entendía que había lugares en el mundo donde la magia era confinada. Aquello era algo que había tenido que aprender. Había comprendido que la lealtad era el mejor de los seguros y que en las restricciones del deber familiar había más libertad de la que había apreciado de joven.

En más de una ocasión había pensado que, si tuviera la oportunidad, se arrepentiría y viviría la

vida que se le había impuesto, una vida de la que había huido una vez. No volvería a cometer los mismos errores.

¿Por qué otra razón le habría entregado su lealtad a Dolph Saunders si no había sido por la promesa de que algún día destruirían el Umbral? ¿Por qué otra razón había conservado la coleta que tantos otros habían desechado si no hubiera sido por la esperanza de que algún día encontraría un modo de volver a su patria? Sin duda, habría sido mucho más fácil cortar aquella larga trenza que tantas miradas curiosas y precavidas atraía... Muchos de sus coterráneos ya lo habían hecho. Pero cortarse el cabello sería como admitir al fin que jamás volvería.

Aunque, por lo que le había contado Estrella, volver a Sānning no tendría ningún sentido si los peligros que anticipaba llegaban alguna vez a ocurrir. Si Nibsy Lorcan conseguía obtener el *Ars Arcana*, el Libro que en su interior albergaba la fuente propia de la magia, o si recuperaba los cinco artefactos de la Orden, las antiguas gemas que la Orden había usado para crear el Umbral y conservar su poder, nadie podría detenerlo. Nada estaría a salvo del poder que podría llegar a detentar Nibsy, ninguna tierra, ninguna clase de persona, ya fuera mageus o sundren. Subyugaría a los sundren, y utilizaría su control sobre los mageus para lograrlo.

En aquel momento Jianyu sabía que su deber era asegurar que ese futuro nunca se cumpliera. Si no podía retornar a su patria, la protegería de Nibsy Lorcan y sus acólitos.

Darrigan le había dejado instrucciones muy precisas: Jianyu debía proteger el primer artefacto de la Orden y a la mujer que lo llevaba. Pero no tenía mucho tiempo para hacerlo. Pronto llegaría el chico sobre el que Estrella le había advertido, un joven con el poder de encontrar objetos perdidos y que tenía la habilidad de conocer el futuro que les deparaba. Un chico que era fiel a Nibsy. No podían permitir que el joven llegara hasta él, especialmente, mientras hubiera una gema de la Orden en algún lugar de la ciudad esperando a que la encontraran.

Jianyu prefería correr el riesgo de morir en costas extranjeras, con sus huesos lejos de sus ancestros, antes que permitir que Nibsy Lorcan obtuviera la victoria. Encontraría el artefacto y detendría al tal «Logan». Y luego Jianyu mataría a Nibsy y vengaría el asesinato de su amigo. O moriría en el intento.

Mientras se abría paso a través del Bowery, hacia su destino en la Aldea, el aire estaba cargado por el olor a ceniza y hollín. Durante la última semana, desde que el equipo de Dolph Saunders le había robado a la Orden sus artefactos más poderosos y Khafre Hall se había quemado hasta los cimientos, la mayoría del Lower East Side había estado velado por el humo. Tras el robo, un incendio tras otro había estallado como represalia entre los vecindarios más pobres de la ciudad. Después de todo, la Orden tenía un mensaje que transmitir.

En la intersección de Hester Street y el amplio bulevar del Bowery, Jianyu pasó junto a los restos calcinados de una casa de alquiler. La acera se encontraba apilada con los desechos de las vidas que habían quedado destruidas. Alguna vez, el edificio había alojado a mageus que vivían bajo el cuidado de Dolph. Jianyu se preguntó a dónde habrían ido y de quién dependerían ahora que había muerto.

Mientras caminaba, advirtió que un puñado de sombras oscuras merodeaban justo detrás del círculo de luz que proyectaba la farola que había delante de las ruinas del edificio: *los hombres de Paul Kelly*. Todos ellos eran sundren, los Five Points no tenían nada que temer de la Orden.

Hubo un tiempo en el que los Five Points no se habrían atrevido a cruzar Elizabeth Street o a acercarse a un radio de cuatro calles del Bella Strega, la taberna de Dolph. Pero en aquel momento merodeaban por las calles que alguna vez habían estado bajo su protección; su presencia no era más que una declaración de su clara intención de invadir. De conquistar.

No resultaba inesperado. A medida que la noticia de la muerte de Dolph se extendiera, las otras pandillas empezarían a apropiarse del territorio que en el pasado había sido propiedad de los Hijos del Diablo. No era más sorprendente ver a los Five Points en el vecindario de lo que resultaría ver a la pandilla Eastman o a cualquiera otra. Si Jianyu tenía que hacer una conjetura, sospechaba que incluso Tom Lee, el líder del tong más poderoso de Chinatown, intentaría ocupar los territorios que pudiera.

Pero los Five Points eran diferentes. Más peligrosos. Más implacables.

Eran una nueva facción en el Bowery, y por ese motivo peleaban como si tuvieran algo que demostrar. Pero a diferencia de otras pandillas, los chicos de Kelly habían logrado obtener la protección de Tammany Hall. Durante las elecciones del año anterior, los Five Points se habían dedicado a partir cabezas y a inundar los centros de votación para colocar a un títere de la Tammany en el gobierno municipal y, desde entonces, la policía había pasado por alto cualquier delito que cometieran.

Que Kelly se confabulara con los dirigentes corruptos de la Tammany ya había sido lo suficiente nocivo, pero durante los días que precedieron a la muerte de Dolph, los Five Points se habían vuelto más desvergonzados que nunca. Era una señal inequívoca de que algo tramaban. Todo el Strega tenía conocimiento del malestar latente que se respiraba en el Bowery, pero aquella señal se interpretó tarde y de forma equivocada.

Sintiéndose expuesto, Jianyu recurrió a su afinidad y abrió los hilos de luz que proyectaban las farolas. Los torció alrededor de sí mismo a modo de capa para que los Five Points no lo vieran pasar. Invisible a su vigilancia depredadora, se permitió relajarse al abrigo de su magia, de su certidumbre, cuando todo lo demás era tan incierto. Luego, aligeró el paso.

Varias calles después, apareció frente a él la familiar bruja de ojos dorados sobre el letrero del Bella Strega. Para cualquier persona común que buscara abrigarse del frío de la noche o una copa de algo con lo que anestesiar el dolor de una vida al margen de la sociedad, la multitud del Bella Strega podría no haber parecido diferente a la de otros bares y cervecerías que se dispersaban a lo largo de toda la ciudad. Legales o ilegales, aquellos salones oscuros eran la mejor manera que tenían los pobres de escapar de las desilusiones y las tribulaciones de sus vidas. Pero el Strega *era* diferente.

O al menos, lo había sido.

Mageus de toda clase se sentían lo bastante seguros como para reunirse entre sus muros sin miedo y sin tener que ocultar lo que eran, porque Dolph Saunders se había negado a contemporizar con la intolerancia que infundían el temor y la ignorancia, o a tolerar las habituales divisiones entre los habitantes del Bowery. Ir al Strega equivalía a la promesa de ser acogido, de estar *a salvo* de una ciudad peligrosa, incluso para alguien como Jianyu. Un día cualquiera, la taberna podía estar atestada de diferentes personas y su mezcla de idiomas, todas unidas por la magia antigua que fluía por sus venas.

Pero todo aquello había sido antes de que una única bala enviara a Dolph a la tumba, se recordó a sí mismo Jianyu mientras pasaba bajo la mirada atenta de la bruja. Dado que en aquel momento era Nibsy Lorcan quien tenía el control de los Hijos del Diablo, nada podía garantizar la seguridad entre aquellos muros. Especialmente, para alguien como Jianyu.

Según Estrella, Nibsy tenía la rara habilidad de ver las conexiones que se establecían entre los diferentes eventos y de predecir las consecuencias derivadas de aquellos. Dado que Jianyu estaba resuelto a acabar con el reinado de Nibsy, y con su vida, no podía correr el riesgo de volver al Strega.

De todos modos, Nibsy no había conseguido predecir los cambios que había realizado Dolph en Khafre Hall, ni la intención que había tenido Jianyu de ayudar a Harte Darrigan a fingir su propia muerte en el puente tan solo unas horas antes. Quizá el chico no fuera tan poderoso como creía Estrella, o quizá su afinidad sencillamente tuviera limitaciones, como las tenían todas las afinidades. Acabar con Nibsy podría ser difícil, pero no sería imposible. Especialmente, porque contaba con el poder de Viola que podía matar a un hombre sin tocarlo.

Aunque aquella tarea tendría que esperar otro día más. Jianyu aún tenía que encontrar a Viola y contarle todo lo sucedido. Era probable que ella aún creyera que él no había estado sobre el puente y que Harte Darrigan los había traicionado a todos.

Con el Strega a sus espaldas, Jianyu continuó su camino. Podría haber cogido un tranvía o uno de los trenes elevados, pero prefería caminar para poder pensar en los planes que debía elaborar y llevar a cabo. Ganarse la confianza de Cela iba a ser un proceso delicado, dado que Cela Johnson no estaría esperándolo y había pocas personas en aquella ciudad que confiaran en sus compatriotas. Protegerla a ella y a su gema podría ser incluso más difícil, dado que ella era sundren y no tenía ni idea del peligro que representaba el anillo. Pero se lo había prometido a Darrigan, y comprendía todo lo que estaba en juego. No podía fallar.

Para cuando llegó al South Village, Jianyu detectó humo en el aire. Al acercarse a Minetta Lane, donde vivía la señorita Johnson, el hedor se volvió aún más fuerte, invadiendo sus fosas nasales y despertando en su estómago una señal de advertencia y temor.

Por algún motivo supo, incluso antes de tener el edificio a la vista, que sería el hogar de Cela Johnson el que estaría en llamas. Las inmensas llamaradas se asomaban desde las ventanas, y la estructura entera resplandecía por el fuego que ardía en su interior. Incluso desde el otro lado de la calle, el calor le produjo un hormigueo, y el abrigo de lana que llevaba encima le resultó excesivamente sofocante para aquella noche de principios de primavera.

Cerca de allí, los arrendatarios del edificio observaban mientras las llamas devoraban su hogar. Apiñados, intentaban proteger las pocas pertenencias que habían conseguido salvar mientras una brigada de bomberos permanecía cerca. Los caballos lanzaban coces sobre la tierra, manifestando el desasosiego que les provocaba la luz parpadeante del incendio y la creciente multitud. Pero los bomberos no hicieron nada.

No fue una sorpresa.

Jianyu sabía que la ausencia de acción por parte de los bomberos era intencionada. La brigada era mayormente irlandesa, pero dado que había pasado por lo menos una generación desde la hambruna que los había traído hasta aquellas tierras en sus barcos, se consideraban nativos. Incluso miraban con desagrado a las oleadas más recientes de inmigrantes que provenían de lugares del este y el sur, y a cualquiera cuya piel no fuera tan blanca como la suya, sin importar cuánto tiempo llevaran sus familias en la ciudad. Cuando eran aquellas casas las que ardían a causa del fuego, las brigadas a menudo no actuaban con la diligencia y la rapidez necesaria. A veces, si convenía a sus propósitos, directamente ignoraban las llamas.

Cuando les preguntaban por lo sucedido, solían justificarse diciendo que habían llegado demasiado tarde. Explicaban a la gente que sollozaba y suplicaba su ayuda, que era tarde para detener el fuego, que entrar en el edificio era demasiado peligroso y que no podían malgastar sus vidas en una causa perdida.

No importaba si sus palabras eran ciertas. El efecto era el mismo. Incluso en aquel momento, simplemente se limitaban a observar, apoyados contra su camión, con las manos cruzadas sobre sus oscuros uniformes, impassibles como si no sucediera nada. Sus cascos brillantes reflejaban el

brillo de las llamas, mientras los perjudicados veían cómo su hogar quedaba reducido a cenizas. Había ocurrido ya en incontables ocasiones, y en los días que estaban por venir, Jianyu sabía que volvería a suceder.

Aún bajo el amparo de su magia, se acercó al grupo de personas lentamente, atento a alguna indicación de que Cela estuviera entre ellos. Durante años, Jianyu había sido los ojos y las orejas de Dolph Saunders en el Bowery. No solo porque tuviera la habilidad de pasar desapercibido gracias a su afinidad. No, también tenía talento para comprender a las personas y leer las palabras que permanecían en su mente sin nunca llegar a pronunciarse, una habilidad que había aprendido gracias a sus viajes a través de Gwóng-dūng, antes de que lo atraparan. Su intención había sido empezar de nuevo y abandonar aquella vida. Pero deseaba destruir el Umbral, así que había accedido a poner su habilidad al servicio de Dolph, para poder advertir de cualquier peligro que pudiera haber cerca o para dar con aquellos que necesitaran ayuda, pero no sabían dónde encontrarla.

Se acercó un poco más y utilizó aquella habilidad para escuchar al grupo que se había congregado para consolar a la familia.

—... la vi largarse como si la persiguiera el mismísimo demonio.

—¿La pequeña Cela?

—Ajá.

—No...

—¿Crees que ha sido ella la que lo ha provocado?

—Definitivamente, no se ha quedado para ayudar, ¿verdad? Ha abandonado a los Brown arriba sin haberlos advertido siquiera.

—Siempre me ha parecido que esa chica tenía algo raro... Demasiado presumida para lo que es, si me preguntan a mí.

—Callaos ya. No podéis andar por ahí mintiendo así sobre la gente. Era una buena chica. Muy trabajadora. No prendería fuego a su propia casa.

—Abe no estaba dentro, ¿verdad?

—No estoy seguro...

—No le haría nada a su hermano. Podéis decir lo que queráis sobre ella, pero Abe adoraba a esa chica.

—No sería la primera vez que una perra de esa calaña muerde la mano de aquel que le da de comer. ¿Una casa grande como esa? Podía venderla e irse adonde quisiera.

—Abe jamás la habría vendido.

—Justamente *por eso* lo digo... Le pagaban al hombre del seguro, igual que todos.

—Carl Brown dice que ha oído un disparo...

Jianyu se alejó de la amargura y la envidia que rezumaba como veneno de aquellas palabras. No sabían nada, salvo que Cela no estaba dentro de la casa.

El disparo, la casa en llamas. Podría haber sido culpa de Cela, pero por el modo en el que la brigada de bomberos se había quedado allí, silenciosa y alerta, en lugar de apagar el fuego, Jianyu pensó lo contrario. Se parecía demasiado a lo que había ocurrido en otras partes de la ciudad. Tenía la marca de la Orden.

Lo cual significaba que alguien, de algún modo, sospechaba que Cela tenía el artefacto de la Orden. Mientras estuviera sola en la ciudad, sin protección, corría peligro.

Todos corrían peligro.

LA VERDAD SOBRE EL PODER

1902, Nueva York

Desde una mesa al fondo del Bella Strega, James Lorcan mantuvo la daga en equilibrio sobre su propia punta mientras observaba toda la taberna con detenimiento. Aquel puñal había pertenecido a Viola en el pasado, pero en vista de que lo había encontrado alojado en su muslo, decidió que se lo había ganado. Observó el destello de luz reflejado en su filo mortal, un filo capaz de atravesar cualquier material, mientras consideraba todo lo que había sucedido.

Ya no lo relegaban a cualquier asiento en una esquina, como acostumbraban cuando Dolph Saunders estaba vivo. En aquel momento James presidía la mesa, el espacio reservado para el líder de los Hijos del Diablo, el lugar al que siempre había pertenecido, y Saunders se encontraba bajo tierra en un cementerio no demasiado lejos de allí, en el lugar que le pertenecía. Pero no era suficiente. Ni de lejos era suficiente.

En la mesa junto a él estaban Mooch y Werner, matones del Bowery que en el pasado habían aceptado la marca de Dolph Saunders y jurado lealtad a los Hijos del Diablo. En aquel momento tanto ellos, como el resto de la banda de Dolph, esperaban que él fuera su líder. Estaban jugando a las cartas con algunos otros. Por la forma en que el Éter temblaba y vibraba a su alrededor, uno de ellos mentía acerca de la mano de naipes que tenía, probablemente Mooch, y estaba a punto de perder. Por lo que James podía leer, el resto lo sabía y estaba haciendo subir el bote a propósito.

No habían invitado a James a aquella partida de cartas. No es que hubiera aceptado, de todas formas. Jamás le habían interesado los juegos, no de aquella manera. Por ejemplo, el ajedrez. Los ingenuos creían que era un desafío, pero en realidad el juego era demasiado predecible. Cada pieza sobre el tablero tenía limitaciones específicas, y cada jugada conducía al jugador hacia una cantidad limitada de posibilidades. Cualquiera con dos dedos de frente podía aprender las sencillas estrategias para lograr la victoria. No había un verdadero desafío en ello.

La vida era un juego mucho más interesante. Los jugadores eran más diversos, y las reglas cambiaban constantemente. ¿Y los desafíos que presentaban aquellas variables? Solo endulzaban aún más la victoria. Porque *siempre* había una victoria, por lo menos para James Lorcan. Después de todo, la gente no era capaz de alcanzar profundidades incalculables. No necesitaba su afinidad para comprender que, en el fondo, los seres humanos no eran más que animales, que se dejaban llevar por sus miedos y sus deseos.

Fácilmente manipulables.

Previsibles.

No, James no necesitaba su afinidad para comprender la naturaleza humana, pero sin duda resultaba útil. Agudizaba y profundizaba sus percepciones, lo que le daba una ventaja sobre todos los demás jugadores que había alrededor del tablero.

No podía ver el futuro exactamente... no era adivino. Su afinidad solo le permitía reconocer las distintas posibilidades que tenía el destino de un modo que la mayoría de la gente nunca podría llegar a imaginar. Después de todo, el Éter conectaba el mundo y todo lo que había en él, así como se conectaban las palabras en las páginas de un libro. Había un patrón en todo ello, como la gramática de una frase o la estructura de una historia, y su afinidad le daba la habilidad de leer

aquellos patrones. Pero era su *inteligencia* lo que le permitía *ajustar* esos patrones para servir a sus propósitos. Si cambiaba una palabra, toda la frase se modificaba. Si eliminaba una frase, emergía un nuevo significado, escribía un nuevo final.

Tan solo un día atrás, el futuro que había imaginado y para el que tanto se había preparado, había estado a su alcance. Con el poder del Libro, podría haber restaurado la magia y demostrado a quienes eran como él lo que se suponía que debían ser sus *verdaderos* destinos: no encogiéndose de miedo ante los ordinarios e impotentes sundren, sino *rigiendo sobre ellos*. *Destruyendo* a quienes habían intentado robar el poder para apropiarse del mundo. Y él habría sido quien llevara a los mageus hacia una nueva era.

Tampoco predijo el papel que jugaría Estrella, aunque quizá debería haberlo hecho. Siempre le había resultado ligeramente indefinida; sus conexiones con el Éter habían sido vacilantes e inestables desde el principio. Al final, James se había equivocado con respecto a ella. Al final, había sido tan vulnerable e inservible como cualquiera de las otras ovejas que seguían a Dolph Saunders.

Sin el Libro, era posible que aquel sueño en particular jamás llegara a realizarse, pero James Lorcan no había acabado. Mientras el futuro aún brindara posibilidades para cualquiera que fuera lo bastante listo como para adueñarse de ellas, su juego no había terminado. Puede que nunca llegara a tener todo el control de la magia como siempre había soñado. Incluso existía la posibilidad de que la magia desapareciera de forma definitiva de la Tierra, pero había *muchas* otras formas en las que podría vencer. Muchas otras formas de hacer que quienes le habían arrebatado a su familia y su futuro pagaran por ello. Muchas otras formas de terminar dominándolos a todos.

Después de todo, el poder no siempre implicaba una fuerza evidente. No había más que mirar lo que le había sucedido al propio padre de James, que no había querido más que justicia para otros trabajadores como él: condiciones seguras, un buen salario. Intentó ser el líder y acabó aplastado. Habían quemado su casa y matado a su familia, despojándola de todo. Había visto demasiadas veces lo que sucedía cuando se asumía un liderazgo.

Uno se convertía en un blanco fácil.

No tenía ningún interés en sufrir la misma suerte que Dolph, así que haría lo que siempre hacía: esperaría el momento adecuado. Se concentraría en el juego a largo plazo mientras quienes tenían mentes estrechas intentaban saltar de un espacio a otro, eliminándose del tablero mientras él observaba de lejos. No llevaría demasiado tiempo: una sugerencia por aquí, un susurro por allá, y los líderes del Bowery estarían tan concentrados en eliminarse unos a otros en pos de los desechos que la Orden les había dejado, que no le prestarían atención a James. Y eso le permitiría concentrarse en cuestiones de mayor relevancia.

No, ciertamente, no era adivino, pero podía ver el futuro en el horizonte. Sin el Libro, la magia se desvanecería, y el Umbral se convertiría en poco más que una antigualla curiosa. ¿Qué poder tendría entonces la Orden, especialmente, sin sus posesiones más preciadas?

A medida que su poder fuera menguando, James iría moviendo sus propias piezas, preparándose para enfrentarse a ellos con un lenguaje que comprendieran: el lenguaje del dinero. El lenguaje de la influencia política. Porque él comprendía que, sin el Libro, no triunfarían aquellos como Dolph Saunders, que intentaban reclamar un pasado perdido, sino quienes estuvieran dispuestos a adueñarse de un nuevo futuro, valiente y peligroso. Personas como Paul Kelly, que ya comprendía cómo utilizar a los políticos como si fueran herramientas, y personas como el mismo James, que sabía que el poder, el *verdadero* poder, no descansaba en quienes gobernaban a base de fuerza,

sino en aquellos que sujetaban los hilos. El verdadero poder consistía en tener la habilidad de doblegar y someter la voluntad de los demás mientras pensaban que lo hacían por iniciativa propia.

Quizá James ya no pudiera depender del Libro. Quizá no había manera de salvar la magia, pero su juego no había acabado. Solo tenía que mover algunos hilos por aquí y por allá, sujetar los poderes fácticos con tanta firmeza que jamás notarían de dónde provenía el verdadero peligro. Y cuando llegara el momento oportuno, James Lorcan tenía su propia arma: un secreto del que Dolph nunca había tenido conocimiento.

Una chica que sería la perdición de la Orden y la clave para la victoria final de James Lorcan.

EL SANTUARIO

1902, Nueva York

Al subir a bordo del tranvía nocturno, Cela se ajustó el chal sobre la cabeza para ocultar su rostro mientras ahogaba un sollozo. El recuerdo de los disparos aún se repetía en su mente, aquel sonido había sido tan crudo, nítido e inconfundible en el silencio de la noche, que todavía resonaba en sus oídos. No podía olvidar cómo había *sentido* el golpe de un cuerpo desplomándose sobre el suelo. El sentimiento reverberó de nuevo en su pecho, y comprendió que siempre escucharía aquel sonido y sentiría el vacío que le provocaba.

Abe. No entendía cómo había sido capaz de encontrar un asiento cuando apenas podía respirar, y a medida que el tranvía avanzaba, chirriante, a ciegas, podía sentir todo su cuerpo desmoronándose sobre sí mismo como si tratara de llenar el enorme agujero que había quedado en su pecho.

Necesitaba volver. No podía dejar a Abe allí, su hermano y el miembro más cercano que le quedaba de su familia. Tenía que regresar a por su cuerpo y proteger la propiedad que su padre tanto se había esforzado por... pero *no podía hacerlo*. Cada vez que pensaba en volver, una oleada de temor tan absoluto se apoderaba de ella que no podía soportarlo.

A medida que el tranvía siguió avanzando, se le ocurrió que podía acudir a la familia de su madre. Hacía ya algunos años que se habían trasladado a la calle 52 West, pero jamás habían sentido simpatía por el padre de Cela. Sus tíos siempre habían considerado que pertenecía a una clase inferior a la de su hermana, como si fuera material de descarte. Tras la muerte de su abuela, no había nadie que mediara entre el juicio de la familia y los sentimientos de Cela. Sabía que finalmente tendría que ir a verlos. Después de todo, alguien tendría que contarles lo que había sucedido, pero aún no estaba preparada para enfrentarse a ello. No cuando todo estaba tan reciente. No mientras concebir aquellas palabras le resultara tan complicado, mucho menos pronunciarlas en voz alta.

Especialmente, no a personas que creerían que Abe había sido responsable de su propia muerte, como lo habían creído de su padre. Sus tíos no sabían que Cela había estado escuchando mientras ellos hablaban entre susurros después del funeral, así que lo hicieron libremente. Maldijeron que su padre no hubiera permanecido en el interior de la casa que era donde debía estar, en lugar de hacer guardia en el porche delantero expuesto a las turbas enfurecidas que tomaron las calles. Consideraban que debería haberlo pensado mejor antes de enfrentarse directamente al peligro como lo había hecho.

Su padre había intentado proteger a su familia, tal como Abe había estado intentando protegerla a ella. Cela sabía que no sería capaz siquiera de mirar a su familia en aquel momento sin escuchar el eco de aquellos insultos. No todavía, no cuando la culpa y su propio dolor se enredaban en su corazón como una hiedra, punzante y viva, cada vez más intensas con cada segundo que pasaba.

Pero por mucho que su familia hubiera dicho en el pasado, seguían siendo de su misma sangre. No podía correr el riesgo de ponerlos en peligro. Existía la posibilidad de que los hombres que habían invadido su casa aquella noche solo estuvieran interesados en la propiedad. No habría sido la primera vez que alguien se creyera con el derecho sobre una casa ajena solo por el mero hecho de querer hacerse con ella. En muchas ocasiones había aparecido gente frente a su puerta con

promesas atractivas y con documentos incluso ya redactados. Su padre y luego su hermano se habían encargado de ahuyentarlos.

Pero jamás habían venido con armas.

Y tampoco había tenido nunca a una dama blanca muriéndose sin más en su sótano. Quizá ambas cosas no guardaran ninguna relación entre sí, pero tenía la sensación de que sí estaban relacionadas.

Debía acudir a su familia.

Pero era demasiado tarde para llegar y despertarlos.

Por otro lado, era impensable que su tío abriera la puerta y no preguntara cuál era el problema, y era impensable que Cela pudiera pronunciar las palabras, las que harían que lo que acababa de suceder fuera cierto. Todavía no. No estaba lista. No estaba segura de si alguna vez lo estaría, pero imaginaba que sería mucho más fácil a la luz del día. Aunque seguramente también estuviera equivocada al respecto.

Descendió del tranvía en su parada habitual, dejando que su cuerpo la arrastrara a través de las calles con el peso del cansancio y los recuerdos. El teatro era al menos un lugar seguro, ya que pertenecía a un hombre blanco y rico. Nadie se atrevería a incendiar su propiedad, y ella conocía lo bastante bien los entresijos del mundo que se escondía tras el escenario como para salir de allí si se volvía a ver en problemas.

Accedió por la entrada de artistas que estaba situada en el callejón trasero, nadie solía usarla, salvo quienes se encargaban de que las cosas funcionaran a diario. Dentro del teatro reinaba el silencio. Hasta el último de los conserjes se habría marchado ya a casa dado la hora que era, aunque aquello le traía sin cuidado. De cualquier manera, no convenía toparse con nadie.

Su taller de trajes se encontraba en el sótano, y como aquel era su terreno, se dirigió directamente hacia allí. No desconocía lo que era quedarse hasta tarde para terminar un proyecto, pero si no quería romperse el cuello con alguna de las cuerdas o la utilería, necesitaba luz. Decidió recurrir a una de las lámparas de aceite que guardaban detrás del escenario en caso de un corte de luz, en lugar de encender las bombillas eléctricas. La lámpara arrojó un pequeño halo de luz dorada a su alrededor, iluminando un paso o dos por delante, pero no mucho más. Era todo lo que necesitaba.

Descendió las escaleras, contando como siempre lo hacía para evitar la decimotercera contrahuella. Era una costumbre que tenía, pero al recordar cómo Abe se había burlado de ella por hacerlo, sintió que la hiedra que tenía alrededor del corazón se apretaba un poco más. Caminó a través de la silenciosa oscuridad del sótano, secándose la humedad de las mejillas hasta que pudo abrir el pequeño almacén que se había convertido en su taller de vestuario.

Dentro, Cela apoyó la lámpara sobre la mesa de trabajo y se sentó en la silla de respaldo recto que tenía delante de su pesada máquina de coser, aquella en la que pasaba la mayor parte de sus días, cosiendo, cortando y bordando las obras de arte que daban vida al escenario. Por un instante no sintió nada en absoluto... ni temor, ni alivio, ni siquiera el vacío. Por un instante era solo un soplo en la noche, rodeado por la tibieza de un cuerpo. Pero luego la tristeza la golpeó de lleno, arrancándole un grito a su garganta.

Mi hermano está muerto.

Dejó que el dolor entrara, dejó que la sumergiera en un lugar oscuro donde ni la luz de la lámpara podía alcanzarla. Lo único que tenía era la ropa que llevaba puesta y un anillo demasiado lujoso como para poder venderlo sin llamar demasiado la atención y que la arrestaran, o algo peor.

Y su trabajo...

Y a ella misma...

Quería permanecer en aquel lugar oscuro, muy por debajo de las oleadas de tristeza que la invadían en aquel momento, pero aquellos pensamientos la elevaron más y más arriba... hasta que alcanzó a sentir la humedad sobre sus mejillas de nuevo y ver el suave resplandor de la lámpara de aceite en el pequeño y estrecho taller.

Abel habría odiado verla regodeándose en el dolor. ¿Acaso no había sido él quien la había rodeado con su brazo y la había ayudado a seguir adelante después de lo que le había ocurrido a su padre por intentar proteger su propio hogar? La pérdida la paralizó por completo. Su ciudad se había convertido en un lugar horrible y desconocido, y la vida con la que alguna vez había soñado terminó sepultada junto al cadáver de su padre. Pero Abe la había mirado a los ojos y le había dicho que ambos debían honrar sus decisiones teniendo una vida feliz y plena. Aquel había sido el motivo por el que se había animado a buscar trabajo como costurera y luego había insistido en conseguir un puesto en uno de los teatros para blancos, donde el sueldo era mejor, aunque el trato de los artistas no fuera el más adecuado. Se había *ganado* su respeto, aunque a regañadientes, gracias a su talento con la aguja. Abel había extraído aquellos sueños de la tumba y se los había devuelto, obligándola a seguir adelante y cumplirlos.

Aún conservaba aquel trabajo, el que él había sentido tanto orgullo de que obtuviera, y seguía teniéndose a sí misma. Contaba con una familia en la ciudad, que la acogería si realmente lo necesitaba, sin importar lo que pensarán. Y tenía un anillo, un espectacular anillo de oro con una gema tan grande como el huevo de un petirrojo y tan clara como una lágrima. No era cristal, Cela lo sabía. El cristal no emitía ese resplandor ni brillaba como una estrella cuando le daba la luz. Y el cristal no pesaba tanto. Incluso cuando estaba sentada, podía sentir su peso, tirando de sus faldas desde el bolsillo secreto que había cosido para ocultarlo.

Pero su hermano...

La hiedra de tristeza oprimía tanto su corazón que tenía la sensación de que podría desaparecer. Pero antes de permitir que el dolor volviera a apoderarse de ella, Cela oyó algo en la oscuridad: pisadas que provenían de las escaleras. Era demasiado tarde para que cualquiera estuviera por allí.

Levantó sus tijeras. No es que fueran precisamente un arma, era cierto, pero eran tan afiladas como cualquier cuchilla y podían provocar heridas igual de profundas.

—¿Hola?

Era la voz de una mujer, y cuando Cela se detuvo a escuchar más detenidamente, advirtió que también eran los pasos de una mujer los que se acercaban. De todos modos, no se deshizo de las tijeras.

No respondió. En silencio, deseó mentalmente que la mujer se marchara.

—¿Holaaa...? —gorjeó la voz—. ¿Hay alguien ahí?

Conocía aquella voz, pensó con desazón. La escuchaba con bastante frecuencia. Cada vez que a Evelyn DeMure se le ocurría una idea para hacer que su cintura pareciera más delgada o su busto más grande, era Cela quien se encargaba de ello... y vaya si debía hacerlo. Evelyn era el tipo de intérprete que los trabajadores que estaban detrás del escenario intentaban evitar por todos los medios. Aunque tenía mucho talento, ella creía que tenía aún más, y actuaba como si el mundo le debiera algo por el mero hecho de existir.

Evelyn DeMure se asomó por el marco de la puerta y la encontró.

—Vaya, Cela Johnson... —Sin su habitual lápiz labial y colorete, Evelyn parecía un cadáver

bajo aquella luz tan tenue—. ¿Qué *haces* aquí a estas horas de la noche?

Cela retuvo las tijeras entre las manos, pero levantó un trozo de tela para asociarlas.

—Tenía algunas cosas pendientes en las que trabajar —le dijo.

—¿A esta hora? —preguntó Evelyn, observándola—. Lo normal sería que ya estuvieras en tu casa.

En casa. Cela hizo un esfuerzo por mantener una expresión neutral y evitar cualquier rastro de dolor en la voz.

Tenía intención de mentir y evitar a Evelyn, pero de pronto se le olvidó la razón por la que no le caía bien la actriz. Tenía un aire de tranquilidad, como si con su sola presencia fuera suficiente para que se desvanecieran todo el dolor y el miedo que llevaba a cuestas. No había querido enfrentar a su familia con todo lo que había sucedido, pero por algún motivo se encontró contándosele *todo* a Evelyn.

Le habló sobre la dama blanca que había muerto mientras la cuidaba y sobre el hermano que jamás volvería a ver... y sobre el anillo, con su gema brillante y perfecta. Le salió todo a borbotones, y para cuando terminó, el sueño se había apoderado de ella. Estaba demasiado cansada y al echar fuera todas las lágrimas que le quedaban en el cuerpo había conseguido relajarse.

—Vamos, ámate —la arrulló Evelyn—. Solo descansa. Todo irá bien. Todo irá *perfectamente* bien.

Sus ojos se tornaron pesados... *muy pesados*.

—Eso es —dijo Evelyn, su voz suave y cálida—. Solo apoya tu cabeza ahí...

Vagamente, Cela sintió que soltaba las tijeras. Su cuerpo, que tan solo un momento antes había estado contraído por el dolor, de pronto parecía suave y ligero. El pecho, que un instante atrás había sentido frío, vacío y hueco, en aquel momento estaba tibio. A salvo.

Sus ojos se cerraron con un aleteo, y cuando los volvió a abrir, Evelyn había desaparecido. La lámpara llevaba apagada ya un buen rato, y el taller estaba tan silencioso como un sepulcro.

Con un gemido aturdido, Cela se incorporó hasta enderezarse, frotando su cabeza, aún confusa y borrosa. La visita de Evelyn y toda la noche anterior parecían un sueño. Más bien, una pesadilla. Por un instante se permitió creer que lo era.

No necesitaba la luz para abrirse paso hacia la puerta. Conocía bien el taller. Pero cuando fue a abrirla, se encontró con que estaba atascada. No. La habían *cerrado con llave*.

No era un sueño entonces.

Eso quería decir que había sucedido... *todo* había sucedido realmente. Abe, su hogar. Evelyn. Evelyn. Cela estaba atrapada, y no tuvo que palpar sus faldas para saber que el anillo que Harte Darrigan le había entregado ya no estaba entre sus faldas.

LA CHUSMA VULGAR

1902, Nueva York

Jack Grew olía a mierda. Había estado sentado en una celda hedionda, rodeado por los peores habitantes de la ciudad y su escoria más pestilente durante quién sabía cuánto tiempo. Como se habían llevado su reloj, desde luego no lo sabía. No había ventanas ni reloj para marcar el paso del tiempo. Por lo que sabía, podrían haber sido horas o días, y durante todo aquel tiempo, había estado rodeado por toda aquella gentuza pulgosa que era feliz revolcándose entre sus propios excrementos.

La mayoría se encontraba durmiendo, lo cual mejoraba las cosas. Cuando lo habían arrojado dentro de la celda, los otros cinco hombres lo habían mirado con avidez, y el más fornido, un hombre barbudo y alto que apenas hablaba, probablemente porque ni siquiera supiera hablar inglés, lo había arrinconado contra una pared.

Llevando la lengua al espacio donde solía haber un diente y haciendo una mueca por el dolor de la mandíbula, Jack se dijo que había resistido a todo aquello bastante bien. Por lo menos, había podido defenderse. No había conseguido impedir que el hombre le quitara la chaqueta, pero había ofrecido la suficiente resistencia como para que la bestia se rindiera y lo dejara solo. Finalmente, todos lo habían dejado en paz.

Alzó una mano para rascarse la cabeza. Probablemente, se había infestado de parásitos en cuanto lo habían metido en aquella celda, pero el movimiento le provocó un agudo dolor en el hombro. Algunos de aquellos malditos policías lo habían arrancado de cuajo del lugar en el que se encontraba en el puente.

Ninguno de aquellos idiotas había comprendido lo que trataba de decirles: que a quien debían arrestar era a Harte Darrigan. Aquel condenado mago había estado *allí mismo*, y la policía no había hecho nada.

En cambio, habían atrapado a Jack. ¿Y lo peor? Lo habían arrestado por *tentativa* de asesinato. Había realizado un disparo limpio, seguro de que la bala daría en el blanco, pero luego... nada. La bala ni siquiera lo había rozado. Darrigan era como un maldito fantasma que evadía la muerte. La mugre de la celda y el hedor del orinal que había en el rincón serían más fáciles de enfrentar si Darrigan estuviera muerto. El diente perdido, el dolor del brazo y el cabello infestado de piojos incluso habrían valido la pena si hubiera sido Jack quien pusiera fin a la vida del Mago.

El eco de las pisadas que provenía del oscuro pasillo se escuchaba desde el otro lado de las puertas cerradas de la celda, y los reclutas empezaron a despertar y a emitir susurros vacilantes. A medida que se acercaban a las escaleras, los hombres de otras celdas sacudían los barrotes y gritaban maldiciones. *Eran todos unos animales*. Cuando el guarda se detuvo fuera de la celda en la que Jack se encontraba sentado, la pequeña ventanilla de rejas que había en la puerta quedó eclipsada por su rostro, y luego oyó que lo llamaban por su nombre al tiempo que una pequeña rendija se abría por debajo.

Por fin. No dudaba de que alguien acabaría sacándolo de allí. Su lugar no estaba en aquel lugar con toda aquella chusma tan vulgar. Colocó las manos a través de la hendidura tal como esperaban que hiciera.

—¿Has disfrutado de tu estancia? —preguntó el policía, con tono socarrón mientras esposaba a

Jack a través de la puerta—. Supongo que no es tan elegante como el alojamiento al que estás habituado.

Él lo ignoró.

—¿A dónde me lleva? —preguntó mientras el guarda lo empujaba hacia las escaleras que había al final del pasillo.

—Debes comparecer ante el tribunal —le dijo—. Es hora de que respondas por tus actos ante el juez.

Tras descender por las escaleras, condujeron a Jack a través de unas pesadas puertas, y se encontró en la sala de un tribunal. Un juez con expresión adusta lo esperaba sentado en el estrado, escuchando lo que fuera que dijera el hombre que tenía delante. Al ver la espalda del sujeto —el cabello canoso, la pequeña calva en su coronilla, la fina lana de su abrigo—, se le cayó el alma a los pies. Ni su padre ni su primo... Esto era peor. *Mucho peor.*

El hombre que hablaba con el juez se giró, y J. P. Morgan en persona estaba allí, mirándolo, con el ceño enfurecido, mientras Jack se acercaba al banquillo.

Cuando un año atrás aquella perra campesina había tejido toda una maraña de mentiras en torno a Jack, lo había atrapado con tal fuerza que prácticamente había perdido la noción de sí mismo. Aún no recordaba la mayor parte de los días y las noches de embriaguez que había pasado bajo su hipnótico trance, pero incluso entonces, la familia había enviado a su primo para rescatarlo. Cada vez que se encontraba corto de fondos a la hora del cierre, uno de los hombres de la familia aparecía para pagar la cuenta. Por lo general, su tío no se ocupaba de las nimiedades de la vida familiar, especialmente, cuando se trataba de la vida del hijo mayor de la hermana de su esposa. Pero allí estaba el mismísimo Morgan, en carne y hueso: su nariz ulcerada y bulbosa, sus hombros encorvados y un entrecejo fruncido que anticipaba problemas.

Mierda.

Jack se detuvo delante del banquillo, intentando escuchar lo que fuera que decía el juez, pero no podía concentrarse. No cuando su tío lo miraba fijamente como si acabara de salir de una alcantarilla.

El juez terminó de hablar.

—¿Lo entiendes? —preguntó.

—Sí, señor —respondió Jack, sin importarle en realidad lo que estaba respondiendo. No era un maldito niño pequeño para que lo mandaran al rincón como castigo. Mientras que significara la libertad, habría accedido a lo que fuera.

Otro oficial se adelantó para quitarle las gruesas esposas, y Jack se frotó las muñecas.

—Espero no tener que verte por aquí de nuevo —le dijo el juez. No era una pregunta.

—No, señor —respondió, maldiciendo en silencio al juez, a su tío, y a todos ellos juntos.

Morgan no dijo nada hasta que se quedaron a solas en su carruaje privado, alejados de las miradas indiscretas de la ciudad. Fuera, el cielo empezaba a pasar de las primeras luces del alba a pleno día. Había transcurrido toda la noche en aquella repugnante celda.

Cuando el coche comenzó a moverse, su tío finalmente se dirigió a él.

—Tienes la maldita suerte de que el juez Sinclair presente su candidatura este otoño, o no habría sido tan fácil sacarte de allí, muchacho. No sé en qué diablos pensabas al intentar dispararle a un hombre a plena luz del día.

—Intentaba...

—¿Piensas que me interesa? —replicó Morgan bruscamente, sus gélidos ojos silenciaron a Jack de un modo tan eficaz como sus propias palabras—. Tenías una tarea: reunirte con Darrigan y

conseguir los artefactos que robó. Todo lo que tenías que hacer era quitarte de en medio para que la Orden, no *tú*, pudiera deshacerse de él.

—Darrigan hizo que pareciera un estúpido —dijo Jack, apenas controlando su genio—. No podía dejarlo pasar sin más.

—Fuiste *tú* mismo el que hizo que parecieras un estúpido —dijo Morgan—. Lo único que hizo ese maldito mago fue darte cuerda suficiente para que te colgaras. Ninguno de los integrantes del Círculo Interno quería que accedieras a aquel puente, pero yo convencí a la Orden de que te diera otra oportunidad, ¿y qué sucedió? Te envalentonaste como sueles hacer. Ya es bastante malo que hayas traído a esos bribones a nuestro santuario, bastante malo que Khafre Hall haya quedado reducido a escombros y se hayan perdido los artefactos más importantes de la Orden. Pero ¿atraer incluso más atención a la situación? Has avergonzado a toda la familia. Me has avergonzado *a mí*.

Fuiste tú el que te avergonzaste a ti mismo. Por lo menos, Jack había intentado hacer algo. Si la Orden le hubiera dado el acceso que quería meses atrás, Harte Darrigan no habría sido un problema.

—Encontraré a Darrigan —le dijo—. Recuperaré el Libro y los artefactos.

—Darrigan está muerto —respondió Morgan rotundo.

—¿Muerto? —*No. No podía ser.* No cuando Jack había planeado acabar él mismo con la vida del mago.

—Saltó del puente justo después de que te arrestaran. Si tenía las posesiones de la Orden, las ocultó o se las dio a otro. No importa... Tarde o temprano encontraremos los artefactos.

—Ayudaré a...

—No —dijo Morgan tajante, interrumpiéndolo—. No lo harás. Estás acabado. Te han expulsado de la Orden.

El carácter determinante en el tono de su tío fue suficiente para que Jack supiera que no valía la pena intentar explicar o disculparse. Especialmente, no cuando tenía *aquella* expresión en el rostro. Tendría que aguardar el momento, como había hecho después del fiasco que se había llevado en Grecia. A la larga, su tío se calmaría, y Jack haría que todos entraran en razón.

—Además —continuó Morgan—, abandonarás la ciudad *de inmediato*. Ya han preparado tu equipaje y te espera en casa de tu madre. Una vez que lleguemos, tendrás exactamente treinta minutos para asearte y despedirte. Cuando estés presentable, te llevarán a la estación de tren.

Jack resopló.

—No puedes obligarme a marcharme.

Los ojos de Morgan se estrecharon.

—Tal vez, no. Pero dime, ¿cómo piensas vivir? Tus padres han decidido que no seguirán manteniéndote a menos que demuestres que lo mereces. Tendrás que pagar por ti mismo la casa que tienes alquilada. Tu vida de juerga, la bebida y las prostitutas ahora estarán a tu cargo. ¿Quién crees que te contratará en esta ciudad después de lo que ocurrió ayer?

La incredulidad absoluta sumió su cabeza en una densa niebla. Su tío lo había arruinado. Morgan había vuelto a sus propios padres en contra suya, y con tan solo una palabra, podía asegurarse de que nadie lo acogiera en la ciudad. Ardía por dentro a causa de la verdad de su propia impotencia.

—¿Y a dónde iré? —preguntó con una voz que a él mismo le resultó muy lejana.

—Adonde debiste acudir ayer... la tarea sigue aguardándote en Cleveland, tal como antes del desastroso asunto del puente.

—¿Y cuánto tiempo estaré trabajando allí? —preguntó sin inflexión en la voz.

—Indefinidamente. —Morgan levantó el periódico que tenía apoyado sobre el banco que tenía junto a él en el coche y lo abrió con un chasquido. Los titulares de la primera plana lo miraron amenazantes: TRÁGICA CAÍDA DE MAGO. Debajo de las palabras había una imagen del propio Darrigan, mirando desde la superficie del papel, su media sonrisa burlándose de Jack.

Indefinidamente.

—¿Así que eso es todo? Vais a exiliarme.

—No seas tan dramático —Morgan gruñó desde detrás del periódico.

Un tiempo atrás, la autoridad de su tío habría hecho temblar a Jack, pero en aquel momento el aire de desprecio de su voz lo enfureció. *Aún no lo comprenden.* El Círculo Interno de la Orden, con sus cómodas salas de juntas y sus mansiones palaciegas sobre la Quinta Avenida, se consideraban reyes, intocables. No entendían que siempre eran los campesinos quienes iniciaban todas las revoluciones, y cuando los campesinos se sublevaban, las cabezas de los de arriba eran las primeras en rodar.

Pero Jack lo sabía. Él lo comprendía.

—Estás cometiendo un error —dijo con frialdad—. No tienes ni idea de lo que son capaces de hacer estos gusanos. No tienes idea de la amenaza que suponen.

Con otro violento chasquido, Morgan bajó el periódico, casi rasgándolo sobre su regazo, y fulminó a Jack con la mirada.

—Cúdate, niño.

—*No soy* un niño —dijo apretando los dientes—. He estudiado las artes ocultas, he aprendido todo lo posible para comprender las ciencias herméticas y las amenazas de la magia antigua, y aún te niegas a reconocer el progreso que he realizado o a verme como a un igual.

—Eso es porque *no eres* un igual —replicó Morgan. Su voz era absolutamente fría al desestimarlo—. Piensas que eres el héroe, pero no eres siquiera un bufón. ¿Sinceramente crees que la Orden no es consciente de las amenazas que nos acechan? No eres el único que se ha dado cuenta de que Ellis Island ha terminado siendo una decepción, que aquellos que llegan a la ciudad amenazan todo el tejido de nuestra sociedad. ¿Por qué crees que hemos organizado el cónclave? —Morgan sacudió la cabeza, marcadamente disgustado—. No eres más que un cachorro insolente, demasiado preocupado por tu propio ego como para ver lo poco que sabes. La labor del Círculo Interno no te incumbe y, sin embargo, tu propia arrogancia e imprudencia le han costado más de lo que siquiera imaginas.

—Pero los mageus...

—Los mageus son asunto *nuestro*, no tuyo. ¿Por alguna razón piensas que eres más lúcido, más *inteligente* que todos aquellos hombres que tienen mucha más experiencia que tú? —se mofó.

—La Orden está demasiado centrada en Manhattan. No se da cuenta...

—El trabajo de la Orden va *mucho más allá* de poner en su lugar a algunos inmigrantes harapientos del Bowery. Me crees un anciano, ajeno a las realidades del mundo, pero eres *tú* quien no comprende nada. El país está pasando por un momento decisivo. No solo nuestra ciudad, sino el *país* en su conjunto, y hay muchas más fuerzas en movimiento de las que puedas imaginar, más fuerzas de las que siquiera puedas llegar a ser *consciente*.

Se inclinó ligeramente hacia delante, un movimiento más amenazante que conspiratorio.

—La Orden tiene un plan... o lo teníamos antes de que Darrigan lo desbaratara. El cónclave tendría que haber sido nuestro mayor logro para finales de año, una reunión que podría congregarse a todas las ramas de nuestra hermandad, donde la Orden demostraría su dominio, su disposición para dirigir, y de una buena vez aniquilaría los peligros de la magia salvaje de nuestras costas.

Pero tú has metido a las víboras entre nosotros. Ahora, por culpa tuya, todo aquello por lo que hemos trabajado está en peligro.

—¡Deja que me quede, entonces! —reclamó Jack—. Tengo conocimientos que podrían resultar útiles. Déjame ayudaros. Mi máquina...

—¡Suficiente! —La nariz bulbosa de Morgan se retorció como si oliera algo putrefacto—. Ya has hecho más que suficiente. Vete a Cleveland. Mantén la cabeza baja. Observa lo que ocurre a tu alrededor y aprende cómo funciona *realmente* el mundo. Quizá, si consigues no ridiculizarte aún más, dejaremos que regreses para visitarnos en Navidad.

SANGRE Y AGUA

1902, Nueva York

Viola Vaccarelli fingía examinar los productos agrícolas de uno de los comerciantes de Mott Street mientras observaba la puerta de la iglesia que había al otro lado de la calle. El dueño de la tienda, un hombre mayor, con su cabello largo y encanecido, trenzado con cuidado sobre la espalda, la miraba con recelo desde la entrada. Se preguntó si Jianyu sería así con el paso del tiempo. Pero el recuerdo de este, en quien Dolph había confiado para que fuera su espía, y que los había abandonado a todos en el puente, ensombreció sus pensamientos.

Cuando el tendero dio un paso atrás, Viola se dio cuenta de que estaba frunciendo el ceño. Para compensarlo, estiró los labios en un tibio intento de sonrisa. El hombre parpadeó, arrugando aún más la frente, como si supiera perfectamente que era una depredadora.

Basta. Que siguiera nervioso. Un tigre no se disculpaba por tener dientes, y Viola no tenía tiempo para fingir que era amable con un desconocido cualquiera. Le ofreció algunas monedas por la pera madura que había cogido, y él extendió la mano vacilante para aceptarlas.

Al otro lado de la calle, la puerta lateral de la iglesia se abrió, y aparecieron los primeros fieles. Viola se apartó del anciano, sin molestarse en aguardar el cambio, y observó al mismo tiempo que un flujo de mujeres emergía de la entrada lateral. La mayoría eran ya adultas, aunque había algunas jóvenes cuyos rostros ya empezaban a mostrar las mismas líneas de expresión que tenían sus madres. Eran las hijas que no se habían casado, chicas que no habían tenido suerte en su búsqueda de esposo y que aún vivían bajo el techo y el gobierno de sus familias. Viola había rechazado aquel futuro. Le había dado la espalda a su familia y a todas las expectativas que alguna vez habían depositado en ella.

Y en aquel momento tendría que pagar por ello.

Las mujeres más mayores llevaban el uniforme propio de su generación: resistentes faldas oscuras, abrigos sin forma y un *fazzoletto copricapo* hecho de encaje o lino basto para cubrir la cabeza y preservar su modestia y humildad ante el Señor y todo el resto del vecindario. Viola también había cubierto su oscuro cabello aquella mañana, pero tenía poco interés en mostrar modestia. En su caso, el objetivo era ocultarse.

Para cualquier otro, aquella hilera de mujeres italianas podría haber sido igual a cualquier otra, pero ella habría sido capaz de distinguir a su madre entre una multitud de miles de mujeres. El suave balanceo de su grueso cuerpo mientras giraba hacia el oeste en dirección a Mulberry Street había sido el ritmo de la niñez de Viola.

Hacía tres años que no hablaba con ella o que no *veía* a cualquiera de los miembros de su familia, aunque vivían a unas pocas calles del Bella Strega. Pero en el Bowery, unas pocas manzanas eran la diferencia entre la seguridad del hogar y cruzarse con la banda incorrecta. No es que Viola se preocupara demasiado por ello... Sabía cuidar de sí misma y protegerse de cualquiera que intentara molestarla.

Las manos robustas de su madre revolotearon como pajarillos mientras hablaba con otra mujer que caminaba a su lado. Aquellas manos podían estrangular a una gallina o preparar el *casarecce* más exquisito. Podían enjugar una lágrima... o dejar una marca que doliera durante días.

Debo dejarla tranquila. Encontraría otra manera.

Sin pensar, Viola llevó la mano al cuchillo que siempre guardaba consigo, la daga a la que había llamado Libitina por la diosa romana de los funerales... y descubrió que no lo tenía. Se la había lanzado a Nibsy Lorcan el día antes para proteger a Estrella, la chica a la que había cogido cariño a regañadientes. Pero tras la confusión de todo lo ocurrido en el puente, Viola no pudo recuperarla. Estrella había desaparecido... Se había esfumado como si jamás hubiera existido. Y Libitina, también, para quedar bajo la custodia de Nibsy Lorcan. Se encontraba sola, sin amigos ni aliados, pero lo que más la afectaba era la ausencia de la navaja, como si hubiera extraviado una parte de sí misma.

Recuperaría su puñal... con el tiempo. Por el momento, su reemplazo se hallaba a buen resguardo en la vaina que tenía atada contra el muslo. Pero no era lo mismo. El acero de *esta* cuchilla no le hablaba del mismo modo, y el peso desconocido del puñal parecía inadecuado, como si unos pocos gramos de diferencia pudieran desequilibrarla por completo.

Pero Viola necesitaba *algo* con lo que protegerse. En el Bowery había estallado el caos. El escuadrón de policías se había envalentonado durante los últimos días. Bajo la dirección de la Orden, habían estado saqueando todo el bajo Manhattan para encontrar al mageus que había robado de Khafre Hall los tesoros de la Orden. Viola había sido parte de aquel equipo. Conducida por Dolph Saunders, habían llevado a cabo la misión para apropiarse del *Ars Arcana*, un libro que tenía un poder incalculable. Dolph creía que el Libro podía recuperar la magia y liberarlos a todos del control de la Orden... y del Umbral.

Dolph estaba muerto, e imaginarlo tendido sobre la barra del Strega aún conseguía quitarle el aliento. Había sido un amigo de verdad para ella, había llegado a confiar en él, a depender de su constancia, incluso cuando su vida le había enseñado a no volver a confiar en nadie. Pero Dolph había desaparecido, junto con el Libro y cualquier sueño de libertad o de futuro diferentes de la servidumbre del presente.

Aquel *cazzo* traidor de mago, Harte Darrigan, lo había arruinado todo cuando le quitó el Libro en las entrañas de Khafre Hall, haciendo que Viola pareciera una idiota. Por su culpa, los Hijos del Diablo la habían mirado con la desconfianza brillando en sus ojos tras descubrir que el saco que llevaba no contenía nada valioso. Y ya no había manera de reparar sus errores. Al saltar del puente, Darrigan se había llevado a su tumba acuosa toda esperanza de recuperar el Libro.

Por si eso no fuera lo suficientemente grave, Viola lo había empeorado todo en el puente. Sabía que Nibsy sospechaba que Estrella estaba confabulada con Darrigan. Ella tenía instrucciones específicas de asegurar que *ninguno de los dos* consiguiera escapar, pero cuando el chico apoyó un revólver contra el cuello de Estrella, Viola actuó sin pensar. Atacó al joven para salvar a Estrella, porque era lo que Tilly habría esperado de ella. Y porque era lo que sus propios instintos gritaron que hiciera.

Pero aquello significaba que no podía volver al Strega, no mientras Nibsy Lorcan tuviera la lealtad de la banda de Dolph.

Sin Dolph, Viola no tenía a nadie que se colocara entre ella y los peligros del Bowery. Sin el Libro, ya no tenía influencia con los Hijos del Diablo. Lo cierto era que no podía confiar en que Nibsy la perdonara por haberlo apuñalado con su daga.

No es que le importara demasiado. De cualquier modo, el chico nunca le había caído demasiado bien.

Pero el Strega había sido su hogar. Los Hijos del Diablo habían sido su familia, una que respetaba sus habilidades y la aceptaba como era. Quizá el Libro hubiera desaparecido, pero haría lo que fuera necesario para probar que no había traicionado su confianza. Incluso sin el

Libro, podía acabar lo que Dolph había iniciado. Haría todo lo que estuviera en su poder para destruir a la Orden.

Para hacerlo, necesitaría ayuda. Solo había una persona que se le ocurría que podía protegerla de las patrullas: su hermano mayor, Paolo. Acudir a él tenía un beneficio añadido: en aquel momento se rumoreaba en las calles que los Five Points cumplían órdenes de la Orden al igual que las de la Tammany.

Era improbable que Paolo perdonara a Viola por abandonar a la familia, y especialmente por escapar a su control y trabajar para Dolph, un hombre a quien consideraba un enemigo. Aun así, si su querido hermano podía ayudarla a acercarse a la Orden, estaba dispuesta a padecer lo que fuera. Por aquel motivo había ido hasta allí, para esperar a su madre, la única persona que podía protegerla de su ira.

Viola entregó la pera que acababa de comprar a un granujilla mugriento que había en la esquina y echó a correr para alcanzarla.

—¡*Mamma!*— Pero aquella forma de dirigirse a alguien era tan común en las calles del Bowery que su madre no reaccionó, no hasta que la llamó por su nombre:

»¡Pasqualina!

Entonces, al oír que gritaban su nombre sobre el estruendo de la calle, se giró. Llevó un instante que sus ojos oscuros registraran comprensión, y Viola pudo leer cada emoción que afloró en su rostro: sorpresa, esperanza; luego, comprensión... y cautela.

Tras murmurarle algo a su compañera, que le dirigió a Viola una mirada desconfiada y taciturna antes de continuar su camino sola, su madre la miró con el ceño fruncido. De todos modos, se detuvo y la esperó.

Algo conmovida por una ternura que pensaba que había logrado dejar atrás hacía ya mucho tiempo con tanta certeza como a cualquier vida que hubiera arrebatado con una daga, Viola se acercó a ella con lentitud hasta que ambas estuvieron a la distancia de un brazo.

—¿Viola?— Su madre alzó una mano como para acariciar la mejilla de su hija, pero no terminó de zanjarse la distancia entre las dos. Transcurrió un instante, largo y terrible, y luego la mano cayó, flácida, a su lado.

Viola asintió, incapaz de hablar. A pesar de todo lo que había hecho su familia, a pesar de toda la furia que había sentido, la echaba de menos. Los echaba de menos a todos. Incluso, a la chica que alguna vez había sido cuando estaba con ellos.

La expresión de su madre se tornó vacilante.

—¿Qué quieres?— pronunciadas en el siciliano de la niñez de Viola, sus palabras sonaron a bienvenida. Pero el tono era como su mirada: apagado y frío.

Viola lo había anticipado. Después de todo, había cometido el pecado capital: abandonar a su familia. Había traicionado a su hermano y rechazado su autoridad, y quizá, lo peor de todo, se había atrevido a reclamar una vida mejor que la que cualquier mujer *buena* pudiera desear para sí misma.

No importaba que se considerara a sí misma una mujer buena desde hacía ya mucho tiempo: el juicio de su madre aún dolía. Había estado en el extremo receptor de aquella misma expresión cientos de veces de niña, pero a pesar de haber aprendido a matar sin remordimiento, jamás había conseguido volverse inmune a ella.

Bajó la mirada, obligándose a inclinar la cabeza para demostrar la sumisión que se esperaba de ella.

—Quiero volver a casa, *Mamma*.

—¿A casa?

Viola levantó la mirada. Las tupidas cejas de su madre se encontraban enarcadas.

—Quiero volver con la familia.

Al principio, su madre no habló. En cambio, la estudió con el mismo ojo crítico que a menudo dirigía a una fruta dañada en el mercado justo antes de empezar a regatear para que le bajaran el precio.

—Me equivoqué —dijo en voz baja, con la cabeza gacha, los hombros inclinados—. Tenías razón con respecto a mí: soy demasiado terca y engreída. He aprendido lo que significa estar sin mi familia. —Las palabras sabían a ceniza en su boca, pero no eran mentira. Bajo la protección de Dolph, había aprendido lo que significaba vivir sin las expectativas, exigencias y restricciones que su familia le había impuesto.

—Más bien, parece que te hayas metido en problemas —dijo su madre, rotunda, bajando la mirada al vientre de Viola—. ¿Quién es?

Frunció el ceño.

—No hay un hombre.

—No te creo.

—Sabes lo que está pasando, ¿verdad? ¿Los incendios, las peleas callejeras? Hasta ahora no me había dado cuenta de lo estúpida que he sido todo este tiempo pensando que podía arreglármelas sin mi familia... *il sangue non è acqua*.

La boca de su madre se frunció con fuerza, y sus ojos se estrecharon.

—Lo he repetido durante toda tu vida, ¿y ahora escuchas? ¿Ahora que es demasiado tarde?

—Sigo siendo de tu sangre —dijo con suavidad, forzándose a hablar con tal calma que parecía estar traicionando todo lo que era.

No había comprendido la verdad de aquella frase hasta que había intentado dejar atrás a su familia. Por más que intentara reclamar una vida diferente para sí misma, siempre terminaba siendo la hermana de Paul Kelly... y siempre lo sería.

No, la sangre no era agua. La sangre dejaba una mancha.

—¿Por qué acudes *a mí*? ¿Por qué no vas a hablar con Paolo como deberías? Ahora él es la cabeza de la familia —dijo su madre, persignándose mientras levantaba la mirada al cielo, como si el padre de Viola fuera a aparecer santificado sobre las nubes que tenían sobre sus cabezas—. Es *su* bendición la que necesitas, no la mía.

—*Quiero* acudir a él —dijo, retorciéndose las manos en las faldas, intentando aparentar que estaba nerviosa y odiándose por ello... No por la mentira, sino por la muestra de debilidad cuando se había prometido ser siempre fuerte—. Pero no estoy segura de cómo puedo reparar el daño que he causado. Paolo te escucha, *Mamma*. Te hace caso. Si le pides que me perdone, lo hará.

Su madre apretó la mandíbula, y su rostro se sonrojó.

—Ya veo... ¿Acudes a mí porque necesitas mi ayuda? ¿Después de todo lo que nos hiciste... a *mí*...? —Su voz se quebró—. Me has deshonrado. —Sacudiendo la cabeza, se volvió para marcharse, pero al descender de la acera y apoyar el pie en la calle, jadeó y estuvo a punto de caer de rodillas.

Viola atrapó a su madre antes de que la mujer cayera al suelo y la ayudó a ponerse de pie. Pasqualina Vaccarelli era una mujer robusta y corpulenta, pero ella podía sentir la fragilidad de su madre, el envejecimiento que a lo largo de los tres últimos años le había quitado parte de su vitalidad.

Era un riesgo usar su afinidad allí, ponerla al descubierto, especialmente con lo peligrosa que se había vuelto la situación, pero Viola dejó que fluyera hacia su madre, percibiendo la fuente del dolor y encontrándolo de inmediato. La gota de las articulaciones había empeorado. Sin vacilar, dirigió su afinidad hacia ella, liberando las coyunturas que estaban agarrotadas.

Su madre soltó un grito ahogado; los ojos oscuros de la mujer se encontraron con los de su hija al mismo tiempo que esta terminaba y retiraba sus manos. Sentía la sangre tibia, la piel le vibraba por la demostración de su magia. Para *aquello* era para lo que estaba destinada. Su dios le había dado aquel don para la vida, no para las muertes que su hermano la había obligado a perpetrar.

Con una mirada en la que se mezclaban la sorpresa y el alivio, su madre alzó una mano encallecida por los duros años de trabajo y la apoyó sobre la mejilla de Viola. Su boca seguía curvada hacia abajo y conservaba un gesto de severidad en la mirada, pero en aquel momento también había agradecimiento en su expresión.

—Me habrías sido de gran ayuda estos últimos años.

—Lo sé, *mamma* —dijo, apoyando la mano sobre la suya mientras parpadeaba para evitar el escozor de las lágrimas—. Yo también te he echado de menos.

Al menos esto no era mentira. Extrañaba a la madre que una vez había conocido, la mujer que solía cantar mientras tendía la ropa, que había intentado enseñarle cómo amasar hasta que la masa quedara blanda, y cómo planchar las prendas de lino hasta que quedaran lisas. Nunca se le había dado bien aprender todo aquello. Por mucho que lo intentara, Viola no había nacido para aquella clase de vida. Sus manos habían sido hechas para empuñar una navaja, para usar la magia. Su familia había hecho todo lo posible para intentar moldearla a la medida de lo que ellos consideraban conveniente. Al final, sus expectativas no habían hecho más que obligarla a alejarse.

Había llegado el momento de volver. Se doblaría a sus exigencias. Pero ya era una mujer adulta. Más fuerte. No permitiría que le hicieran daño.

Su madre apartó la mano.

—Hablaré con tu hermano.

—Gracias...

Pero su madre levantó una mano para detener las palabras de Viola.

—No me des las gracias. No puedo garantizarte nada. Tendrás que estar preparada para aceptar cualquier penitencia que Paolo te imponga... *lo que sea* que te exija.

Viola inclinó la cabeza para ocultar su desagrado. Su madre no tenía ni idea de lo que era capaz su *adorado Paolino*. Solo sabía que manejaba un club de boxeo llamado el New Brighton y un restaurante llamado el Café Little Naples. Sabía que conocía a los hombres más poderosos de la ciudad, pero no tenía ni idea de que su hijo era uno de los líderes más fuertes y peligrosos de las pandillas del Lower East Side o de los pecados que había exigido que Viola cometiera.

Se preguntó si le habría importado verla con el labio partido y los ojos morados con los que apareció la primera vez que encontró el camino al refugio seguro del Strega.

—Vamos. —Sin decir ni una palabra más, empezó a caminar.

—¿A dónde? —preguntó, imaginando las estrechas habitaciones en las que había crecido. Pero su madre no se dirigía a la casa de alquiler en la que habían vivido durante su infancia

—¿No querías que hablara con Paolo? —dijo girándose hacia ella.

—¿Iremos ahora?

Su madre le dirigió una mirada hostil impregnada de desconfianza.

—¿Quieres que esperemos?

Sí, Viola necesitaba tiempo para prepararse, tiempo para lo que fuera que el sádico de su

hermano tuviera en mente para ella. Pero era evidente que su madre no iba a ofrecérselo de nuevo.

—No. Por supuesto que no, *mamma*. Ahora es el momento ideal. —Inclinó la cabeza dando las gracias. *Sumisa*—. Gracias, *mamma*.

—No me des las gracias tan pronto —respondió con una mueca hosca—. Aún debes hablar con Paolo.

LA MADRE DE LOS EXILIOS

1902, Nueva York

El cielo de primera hora de la mañana se encontraba cargado de nubes, y una espesa neblina recubría el agua mientras el ferry atravesaba lentamente el Upper Bay que separaba Brooklyn de Nueva Jersey. En la popa del barco, Estrella Filosik tenía el aspecto de cualquier otro pasajero. Su largo cabello oscuro estaba recogido discretamente, la gastada falda y la descolorida capa de viaje eran la clase de prendas que ayudaban a pasar desapercibidos a quien las llevara puestas. Había rasgado el dobladillo de la falda para alargarla, pero por lo demás las prendas le quedaban bastante bien, considerando que las había cogido aquella mañana de una cuerda en las que se encontraban tendidas. Pero bajo el material ordinario y la lana arrugada, Estrella llevaba una gema que podía cambiar el tiempo y un Libro que podía cambiar el mundo tal como lo conocían.

Su imagen transmitía tranquilidad, indiferente al lejano horizonte de la ciudad, que en aquel momento ya no era más que una sombra en la distancia brumosa a sus espaldas, pero se encontraba intensamente alerta, consciente del resto de pasajeros que había a su alrededor. Se había situado de un modo que le permitiera observar cualquier señal de peligro y con el que podía disimular cuánto necesitaba la barandilla que tenía detrás para apoyarse.

El barco se agitó en las turbulentas aguas mientras se acercaban a la costa de Liberty Island, aunque ese no sería su nombre hasta cincuenta años después. La Dama se cernía sobre ellos, una sombra oscura de cobre bruñido. Era lo más cerca que Estrella había estado nunca de la estatua, pero incluso viéndola desde una distancia tan corta, era más pequeña de lo que imaginaba. Poco impresionante, considerando todo lo que simbolizaba. Aún así, ella sabía mejor que la mayoría que el simbolismo era tan hueco como la estatua. Para las personas como ella, poseedoras de la magia antigua, la relumbrante antorcha de la dama tendría que haberles servido como advertencia, no como faro, de lo que hallarían sobre estas costas.

Se preguntó si su decepción respecto de la estatua era un presagio de lo que ocurriría. Tal vez el mundo que pensaba que nunca llegaría a ver, resultaba tan pequeño y ordinario una vez que finalmente se lanzara a descubrirlo.

Por algún motivo, dudó de que fuera tan fácil. El mundo era grande y ancho y, para Estrella, desconocido. Lo sabía todo sobre la ciudad, pero ¿más allá? Iría completamente a ciegas.

Pero no estaría sola.

Junto a ella en la barandilla estaba Harte Darrigan, en el pasado mago y consumado timador. Llevaba puesta una gorra que cubría su oscuro cabello y ocultaba sus característicos ojos color gris tormenta, dándole un aspecto ordinario, modesto... como cualquier otro viajero. La mantenía bien baja sobre la frente y les había dado la espalda a los demás pasajeros para que nadie lo reconociera.

Sin dejar que Harte supiera que lo estudiaba, Estrella lo observó por el rabillo del ojo. Cuando su mundo se desplomó, había elegido volver porque quería salvarlo. Sí, era cierto que necesitaba a un aliado, alguien que estuviera a su lado en las batallas que estaban por llegar. Pero había regresado allí, a aquel tiempo y lugar, porque quería que ese aliado fuera él. Por quién era y por lo que había hecho por ella. Y por la persona que era ella cuando estaba con él.

Pero en aquel momento su estado de ánimo era tan inescrutable como lo había sido desde que se había despertado a primera hora de la mañana y lo había encontrado observándola. Sospechaba que había permanecido despierto durante toda la noche, porque cuando ella finalmente se despertó en la habitación de aquella pensión desconocida en Brooklyn, estaba sentado sobre una silla desvencijada, al otro lado de la estrecha cama, con los codos apoyados sobre las rodillas y aquellos círculos oscuros alrededor de sus ojos, cargados de preocupación. Cómo había conseguido que ambos atravesaran aquellos últimos metros del Umbral era algo que aún desconocía.

Quería preguntarle. Quería preguntarle tantas cosas... sobre la oscuridad que había visto en el puente, la forma en la que aquella neblina impregnada había parecido permearlo todo. Quería saber si él también la había visto. Más que nada, quería apoyarse en él y que le transmitiera toda la contención y tibieza que pudiera con su presencia. Pero su forma de mirarla había hecho que se detuviera. En su mirada había visto admiración y frustración, desconfianza, incluso desagrado, pero jamás la había mirado como si fuera un objeto frágil y roto.

En aquel momento, sin embargo, no la miraba en absoluto. A medida que la embarcación avanzaba sacudida por las olas, los ojos de Harte estaban fijos en el horizonte que se alejaba y en la ciudad que había sido su prisión durante tanto tiempo. Cada mentira que había contado, cada timo que había llevado a cabo y cada traición que había cometido. Todo lo que había hecho había sido para huir de aquella isla, pero justo en aquel momento que la libertad le pertenecía, no había victoria en su expresión. En su lugar, tenía la mandíbula apretada, la boca inmovilizada en un gesto tenso y duro, y la postura rígida, como si estuviera esperando el próximo ataque.

De buenas a primeras, la nota lúgubre del ferry rompió la calma del alba, ahogando el estrépito de los motores y la agitación suave y constante del agua. Estrella se estremeció al oír el sonido. No pudo evitar sentir un ligero temblor a causa del aire fresco... o por el recuerdo de la oscuridad impregnando el mundo, aniquilando la luz. Aniquilándolo *todo*.

—¿Estás bien? —preguntó Harte, volviéndose hacia ella con los rasgos ensombrecidos por la preocupación. Sus ojos la miraron de arriba abajo, como esperando el instante en que tendría que volver a sujetarla cuando se desplomara.

Pero no se desplomaría. No se *permitiría* ser tan débil. Y odiaba tenerlo encima.

—Solo un poco inquieta.

Tuvo la sensación de que él acudiría para sostenerla. Antes de que pudiera hacerlo, se enderezó y se retrajo un poco. Si iban a ser compañeros, serían iguales. No podía permitir, no consentiría *en absoluto* que la debilidad que sentía en aquel momento fuera un lastre.

Harte frunció el ceño y mantuvo las manos a ambos lados de su cuerpo, pero a Estrella no se le escapó la forma en la que sus dedos se cerraron formando un puño. Por más experto que fuera mintiendo, no fue capaz de ocultar el destello de dolor que atravesó sus rasgos, como tampoco podía disimular por completo la preocupación cincelada en su rostro cada vez que la miraba.

Se obligó a ignorar también eso, y a concentrarse en mantenerse erguida. En parecer más fuerte de lo que se sentía. *Segura de sí misma*.

El Mago la volvió a mirar detenidamente antes de volverse para observar la tierra alejándose en la distancia. Ella hizo lo mismo, pero tenía la mente puesta en lo que les esperaba cuando la nave finalmente atracara.

Tenían una tarea imposible ante ellos: encontrar las cuatro gemas que gracias a Harte se encontraban en aquel momento dispersas por todo el continente. Al igual que la llave de Ishtar — la gema que Estrella llevaba engastada en un brazaletes alrededor de la parte superior del brazo—

las gemas habían estado en manos de la Orden: el Ojo de Dragón, la Estrella de Djinni, la Lágrima de Delphi y el Corazón del Faraón. Isaac Newton las había creado, imbuyendo cinco artefactos antiguos con el poder de unos mageus cuyas afinidades coincidían con los elementos. Lo que pretendía era controlar el poder del Libro que en la actualidad se encontraba oculto en la falda de Estrella, pero no lo había logrado. Tras sufrir una crisis nerviosa, Newton confió los artefactos y el Libro a la Orden, que luego los utilizó para crear el Umbral, establecer su poder en la ciudad... y atrapar a los mageus en la isla, sometidos al control de la Orden. Pero Dolph Saunders y su banda habían cambiado las cosas.

De todas formas, incluso si ella y Harte conseguían abrirse camino en aquel remoto mundo, encontrar las gemas y recuperarlas, aún tenían que descubrir cómo *utilizarlas* para extraer el poder del Libro de Harte y liberar a los mageus de la ciudad sin destruir el Umbral. Porque la gran ironía era que el Umbral también conservaba la magia que tomaba. Si lo destruían, corrían el riesgo de destruir la magia en sí misma... y a todos los mageus con ella.

Sumida en sus pensamientos, Estrella se sobresaltó cuando el barco chocó contra el muelle con un balanceo. La sirena volvió a sonar, y los motores se silenciaron. Los pocos pasajeros que había a su alrededor empezaron a abrirse paso hacia las escaleras.

—¿Lista? —preguntó Harte, con la voz demasiado baja y observándola con ojos preocupados.

Aquella preocupación fue decisiva para ella. Se tomó un momento para mirar el contorno lejano del horizonte antes de volverse hacia él.

—Estaba pensando...

—Una propuesta peligrosa —dijo él arrastrando las palabras. Pero sus ojos no sonreían. No como deberían hacerlo. Seguía demasiado preocupado por ella, y ella sabía lo suficiente para entender que aquella clase de temor era un lujo que no podían permitirse. Especialmente, con todo lo que estaba en juego.

—Creo que lo mejor sería que nos separáramos —dijo Estrella.

—¿Separarnos? —preguntó, sorprendido.

—No puedo conseguir billetes para Chicago contigo por aquí en medio. No dejas de mirarme como si estuviera a punto de derrumbarme. La gente se dará cuenta.

—Quizá no deje de observarte así porque parece que te cuesta mantenerte en pie.

—Estoy bien —dijo, sin terminar de mirarlo a los ojos.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que has estado apoyada contra la barandilla durante todo el viaje como si fuera una especie de muleta?

Estrella hizo caso omiso de la verdad y del tono irritado de su afirmación.

—No puedo robar un par de billetes si tú me sigues a todas partes.

Harte abrió la boca para protestar, pero ella se adelantó.

—Además, se supone que deberías estar muerto —le recordó—. Lo único que tenemos a nuestro favor es que la Orden no está buscándote. No podemos darnos el lujo de que alguien nos reconozca ahí dentro a cualquiera de los dos, y tenemos más posibilidades de que eso suceda si permanecemos juntos.

Harte la estudió un instante.

—Es probable que tengas razón.

—Generalmente, la tengo.

—... pero tengo una condición.

—¿Cuál? —preguntó. No le gustaba en absoluto la expresión taimada de sus ojos.

Extendió la mano.

—Dame el Libro.

—¿Qué? —Estrella se apartó de él. El Libro era la razón por la que él había planeado traicionar a la banda de Dolph para empezar, y por un momento Estrella se preguntó si había sido una estúpida por creer que había algo entre los dos.

—Si quieres separarte, no tengo problema. Nos separaremos. Pero seré yo quien lleve el Libro.

—No confías en mí —dijo ella, ignorando el destello de dolor. Después de todo lo que había arriesgado por él... Pero ¿qué esperaba? Él era un timador, un mentiroso. ¿Acaso aquello no era parte de lo que admiraba de él? No habría querido que fuera otra cosa.

—Confío en ti tanto como tú confías en mí —le dijo, una falta de respuesta si es que alguna vez había tenido una.

—Después de todo lo que he hecho por ti... —Fingió sentirse más irritada de lo que se sentía. En realidad, no podía culparlo. Ella habría hecho exactamente lo mismo. Y había algo reconfortante en caer nuevamente en sus antiguos roles, aquella manida desconfianza que les había impedido acercarse demasiado el uno al otro.

—Tú tienes el brazalete con la primera gema —le dijo—. Si yo tengo en mis manos el Libro, estaremos en igualdad de condiciones. Además, si cualquiera de los dos se mete en problemas, no pondremos en peligro los dos objetos a la vez.

Podía protestar. Probablemente, *debería hacerlo*. Pero Estrella comprendió tácitamente que acceder a su petición sería un paso más hacia la consolidación de su acuerdo. Cualquier sentimiento que abrigara por Harte era insignificante ante lo que les quedaba por hacer. O al menos aquello era lo que se decía. Además, si él ya tenía el poder del Libro en su interior, no necesitaba realmente el Libro en sí, ¿verdad? Lo que precisaba era la gema que Estrella llevaba engastada en el brazalete bajo la manga, y no era eso lo que le estaba pidiendo.

—Está bien. —Hizo a un lado su decepción mientras deslizaba el Libro de donde lo tenía oculto en el interior del abrigo y lo extendía hacia él.

Un pequeño volumen de cuero oscuro y agrietado, el *Ars Arcana* no le parecía gran cosa. Incluso con aquellas extrañas marcas geométricas que tenía sobre la portada, no había nada en él que fuera llamativamente asombroso. Quizá porque ya no contenía el poder entre sus páginas. O quizá solo fuera el orden natural de las cosas... quizá el poder no siempre se manifestaba como se esperaba que lo hiciera.

Harte lo sujetó entre sus manos, y en el instante en que sus largos dedos rodearon la cubierta de cuero, a ella le pareció volver a ver aquel extraño destello de colores en sus ojos. Pero fue como si nunca hubieran estado allí, los colores desaparecieron antes de que pudiera decidirlo.

Metió el Libro bajo la chaqueta y luego volvió a ajustar el ala de su gorra.

—Ve primero. Te seguiré en un instante.

—Deberíamos decidir dónde nos reuniremos.

—Yo te buscaré a ti. —Su mirada se encontró con la suya, sin titubeos—. Consigue un par de billetes y espérame en la plataforma del primer tren a Chicago.

Para mantener los artefactos fuera del alcance de Nibsy Lorcan, Harte los había enviado casi todos fuera de la ciudad. Para impedir que la Orden los hallara, los había dispersado. La primera gema los esperaba en Chicago, donde actuaba uno de los antiguos amigos de vodevil de Harte, Julien Eltinge. Llegaría un día después que ellos, e incluso había una pequeña posibilidad de que la obtuvieran antes de que Julien recibiera el paquete.

Pero Chicago era solo la primera parada que tenían por delante. Después de Chicago irían en busca de Bill Pickett, que era vaquero de un espectáculo de rodeo ambulante y era quien tenía la

daga. Habían enviado la corona a una familia lejana de San Francisco, que estaba a todo un continente de distancia. Peor aún, Harte y ella no eran los únicos que iban tras los artefactos de la Orden ni los únicos que necesitaban los secretos del Libro. Jamás podrían encontrarlos todos antes de que, en una semana, Logan apareciera en Nueva York, donde Estrella lo había dejado, y le contara todo a Nibsy... le hablara sobre el futuro, sobre quién era ella realmente y sobre cada una de sus debilidades.

Pero irían lo más rápido posible. Cuando las tuvieran las cuatro, volverían a la ciudad, donde aguardaba la última gema, protegida por Jianyu, y luego pelearían junto a todos los que habían dejado atrás.

Si alguno quedaba.

—Supongo que te veré en un rato, ¿verdad? —*Cielos*, odiaba que la aspereza de su voz delatara todas las preocupaciones que le pasaban por la mente y toda la esperanza que no estaba dispuesta a admitir.

Estrella no era propensa a la preocupación. Tampoco al nerviosismo, a cuestionamientos o a lamentos. Y no estaba dispuesta a empezar a serlo, por más bonitos que fueran los ojos grises de Harte Darrigan o lo débil que siguiera sintiéndose por lo que fuera que le había sucedido al cruzar el Umbral. La única manera de atravesar algo era atravesándolo... y no necesitaba que nadie la llevara en brazos.

Para probárselo a sí misma tanto como a él, echó a andar, pero él la sujetó por la muñeca con suavidad. Podría haberse apartado si hubiera querido, pero la presión de su mano sobre la suya le brindaba seguridad, así que se permitió aquel momento reconfortante.

—No iré a ningún lado, Estrella —le dijo, mirándola serio—. No hasta que acabemos con todo esto.

Y luego se marchará.

El inesperado sentimentalismo de aquel pensamiento la sorprendió. No podía permitirse ser tan blanda. ¿Acaso Harte no lo había dejado claro? Lo único que podía importar en aquel momento era enmendar sus errores... o por lo menos los errores que *pudiera enmendar*. En cuanto al resto... *y había habido tantos...* tendría que aprender a convivir con ellos. Liberaría el Libro antes de que su poder hiciera pedazos a Harte, y luego lo utilizaría para destruir a la Orden, a todos aquellos hombres ricos que abusaban de los más vulnerables. Acabaría el trabajo que había comenzado Dolph Saunders, incluso si tenía que sacrificarse a sí misma para conseguirlo.

Y antes de que todo acabara, haría que Nibsy Lorcan pagara... por Dakari, la única persona que siempre había sido su amiga. Por Dolph, el padre que no le permitieron conocer, y por Leena, la madre que *jamás* conocería.

El primer paso era recuperar las gemas, y empezarían en Chicago. *Poco a poco. No hay nada más importante que la misión.*

Estrella se estremeció ante la rapidez con la que recordó las palabras del profesor Lachlan. No, se corrigió a sí misma. *Las palabras de Nibsy*. Eran las palabras de un traidor, *no* las de un mentor y, definitivamente, no las de un padre. Ya no constituían un lema de vida y, desde luego, no las quería en su cabeza.

Apartando la mano sin decir una palabra más, se puso en marcha para cruzar la cubierta superior. Mantuvo la cabeza gacha mientras aligeraba el paso para alcanzar el flujo exiguo de los primeros pasajeros del día, abriéndose camino desde el puerto hacia la terminal más amplia y concurrida de trenes. Echó la vista atrás justo antes de pasar por las amplias puertas, pero Harte ya había desaparecido.

1902, Nueva York

Harte Darrigan había tenido que ver a mucha gente alejarse de él en el transcurso de su breve vida. Había tenido que ver a directores de escena cerrarle las puertas en la cara y a la audiencia poniéndose de pie y marchándose cuando no conseguía impresionarlos con su actuación. Había tenido que ver a sus amigos de la infancia apartarse y fingir que no lo conocían cuando se vio obligado a formar parte de los Five Points. Incluso había tenido que ver a su madre dándole la espalda cuando no tenía más que doce años... aunque no negaba que lo hubiera merecido. Pero, por algún motivo, ver a Estrella alejarse hizo que quisiera gritar, correr tras ella y decirle que había cambiado de opinión.

Era un impulso en el que no podía confiar por completo.

Sí, admiraba a Estrella... por su talento y su determinación. Por la forma en la que siempre lo miraba directamente a los ojos, con los hombros erguidos, sin ningún miedo a lo que pudiera suceder. Su igual... quizá, *mejor* que él... en todos los sentidos.

Por supuesto, también le *gustaba*... por su agudo sentido del humor y el brillo que desprendían sus ojos cuando se enfadaba. Le gustaba que fuera constante y leal con aquellos que eran importantes para ella. Y le gustaba que, incluso cuando le mentía descaradamente en la cara, jamás fingiera ser algo que no era.

No podía decir que estuviera enamorado de ella. No... Había visto lo que el amor les había hecho a su madre y a Dolph. Harte consideraba que la propia palabra en sí era un engaño... una mentira que la gente se decía a sí misma y a los demás para ocultar la verdad. Cuando las personas decían «amor», lo que en realidad querían decir era «dependencia». Obsesión. Debilidad. Así que no, no iba a decir que estaba enamorado de Estrella, pero podía admitir que la deseaba. Quizá, *quizá* incluso, que la necesitaba. Pero aquello era algo que solo admitiría para sí mismo.

Sin embargo, el anhelo que sentía por ella en aquel momento, el ansia y la necesidad, era un deseo más fuerte, más *insondable* que nunca. Harte no confiaba completamente en sí mismo porque sabía que una parte de él ya no le pertenecía. En lo más oculto de su mente, podía sentir el poder que alguna vez había contenido el Libro haciendo acopio de todas sus fuerzas y oprimiendo su propia alma, como una criatura picuda con garras a punto de romper el cascarón.

Estrella se alejó caminando, y las manos de Harte se aferraron a la barandilla del barco. Tuvo que sujetarse con fuerza para mantener el equilibrio mientras sentía aquel poder desatándose en su interior, porque ya había descubierto la verdad... ya había descubierto que *ella* era su debilidad.

Si soltaba la barandilla, la seguiría, que era lo que más deseaba el poder que había quedado atrapado en su interior. Si la seguía como él lo anhelaba, resultaría mucho más arduo aplacar el poder para mantenerse entero... y para mantener a Estrella a salvo. Porque si el poder lo dominaba, si Harte le permitía ir en busca de ella —de lo que ella era y de lo que podía ser— las puntas afiladas de sus garras la reclamarían para sí mismo, destruyéndola.

Si hubiera sabido lo que era el Libro, no habría puesto tanto empeño en hacerse con él. Cuando Dolph Saunders lo tentó con la posibilidad de encontrar un camino para salir de la ciudad, no imaginaba que su cuerpo y su propia mente podían convertirse en una prisión mucho más

definitiva que la isla en la que había nacido. Lo cierto era que no había anticipado que el Libro que le habían robado a la Orden fuera un ser vivo... A nadie se le ocurrió. Porque si cualquiera de los otros, Dolph o Nibsy o el resto, hubieran sabido lo que el Libro *realmente* contenía, jamás le habrían permitido acercarse a él.

Días atrás todo le había parecido mucho más claro, incluso más simple. En las entrañas de Khafre Hall, su plan le había parecido sencillo. Si le arrebatara el Libro a la banda de Dolph, conseguiría la libertad que había anhelado durante tanto tiempo, y Nibsy Lorcan, aquella rata traidora, no sería capaz de emplearlo para sus propios fines. Conocía el plan de Nibsy, solo quería el Libro para tener el control sobre los mageus y de este modo utilizarlos para erradicar a los sundren. Sería un mundo seguro para la magia antigua, pero el único que conservaría algún tipo de libertad dentro de él sería el propio Nibsy.

Pero a Harte no solo le habían preocupado las intenciones de Nibsy. Robar el Libro de la Orden también significaba que Jack Grew jamás podría utilizarlo para terminar la monstruosa máquina que estaba construyendo, la que podía eliminar la magia de la Tierra. Sin embargo, todos aquellos planes habían cambiado en el instante en el que las manos de Harte habían rozado el cuero agrietado del Libro.

Estaba habituado a mantenerse lejos de los demás. La mayoría de la gente no se daba cuenta de cuánto proyectaba de sí mismo, así que hacía ya mucho tiempo que Harte se había acostumbrado a retraer su afinidad y a encerrarse en sí mismo. Odiaba que lo sorprendiera la embestida de imágenes, sentimientos y pensamientos confusos que la mayoría de la gente echaba fuera al mundo de buen grado. Pero no se le había ocurrido prepararse para el Libro.

Cuando su piel tomó contacto con la antigua y resquebrajada cubierta, advirtió su error. Se sintió penetrado por una energía ardiente y abrasadora, una magia con un poder como nada que hubiera experimentado jamás. Luego, empezaron los gritos.

Solo hicieron falta unos segundos, pero aquellos segundos fueron como un torrente interminable de sonidos e impresiones, una confusión incoherente de idiomas que no debía comprender. Pero Harte no necesitaba conocer las palabras para percibir el corazón y la mente de alguien, y tocar el Libro había sido como leer a una persona.

En realidad, había sido mucho más fácil. Fue como si el poder que albergaba el Libro hubiera estado esperando aquel momento... esperando que él se convirtiera en su cuerpo vivo. Comprendió casi de inmediato que el Libro era más de lo que cualquiera de ellos había previsto. Era poder. Era furia. Era el latido del corazón de la magia en el mundo, y lo único que deseaba era que lo liberaran. Para ser. *Consumir*.

Y lo que más quería consumir era a Estrella.

Afortunadamente, el poder que había desatado sin darse cuenta seguía debilitado por tantos siglos de confinamiento. Si se concentraba, Harte aún podía inmovilizarlo y encerrarlo. Pero el poder se volvía más fuerte con cada día que pasaba, y sabía que sería imposible contenerlo para siempre. No había *planeado* hacerlo.

Harte había planeado morir. No sabía con certeza si arrojarlo del puente acallaría todas aquellas voces clamorosas, pero imaginaba que de aquella forma no podrían usarlo como un peón. Pero justo después, antes de que ocurriera lo del puente, Jianyu había aparecido aquella noche en el puerto y le había ofrecido otro camino.

Para entonces, había dispersado los artefactos, enviando a la mayoría lejos de la ciudad para que estuvieran fuera del alcance de Nibsy. Ya era demasiado tarde cuando advirtió que podría haberlos utilizado para controlar el poder del Libro. *Sin duda*, tampoco había anticipado que

Estrella regresaría.

En aquel momento, detener a Nibsy y a la Orden y mantener a Estrella a salvo dependían de que pudiera controlarlo. Para hacerlo, necesitaban los artefactos. Pero recuperarlos significaba abandonar personas... Por poner un ejemplo, su madre. Por poner otro, Jianyu. Y quizá lo más preocupante de todo, significaba abandonar una de las gemas.

Le había dado una de ellas a Cela porque no tenía otra manera de pagarle por obligarla a acoger a su madre moribunda junto con su afinidad. El anillo era la menos notable de las piezas de la Orden, salvo, quizá, por el brazalete que le había entregado a Estrella. Harte había sabido incluso entonces que no era un intercambio justo, pero ahora que Estrella había vuelto, comprendía realmente el peligro al que había expuesto a Cela, especialmente si el chico que Estrella había traído de regreso con ella encontraba algo. Solo podía esperar que la orden que había introducido en la mente de Cela con su afinidad fuera suficiente para ayudarla a eludir el peligro hasta que Jianyu pudiera pretegerla a ella y a la gema.

Harte esperó durante un rato antes de soltar la barandilla, el tiempo suficiente para que Estrella desapareciera y el tripulante del ferry empezara a prestarle más atención de lo que convenía.

Al descender del barco y poner un pie sobre el suelo firme de Nueva Jersey, hizo una prueba para asegurarse de que el poder que albergaba en su interior se mantenía quieto, contenido bien adentro. Se trataba de un nuevo estado, pero para Harte, que había estado atrapado en la isla de Manhattan toda su vida, bien podría haber sido un continente nuevo.

A su alrededor, las personas avanzaban ajetreadas, reuniendo sus bolsos e hijos en tanto se dirigían a la entrada de la terminal. Se unió a ellos, manteniendo la gorra baja, la mirada gacha, dejándose atrapar por la marea de gente. Percibió la excitación de aquellos que se dirigían hacia un nuevo lugar, y el hastío de los que ya habían realizado el mismo trayecto en incontables ocasiones. Todos eran ajenos al milagro que significaba poder elegir comprar un billete, subir a un tren y llegar a otra parte. Para Harte, se trataba de un milagro que jamás daría por supuesto, por más tiempo que le quedara.

Mientras avanzaba arrastrado por la multitud, sintió por un instante que el mundo podría llegar a pertenecerle. Quizá, después de todo, la misión terminara funcionando, y un futuro diferente fuera posible. Pero entonces, un susurro cada vez más fuerte se hizo eco en los recovecos de su mente. El coro sombrío se fusionó en una única voz, una que hablaba un idioma que no debería reconocer pero que de todos modos comprendió. Una única palabra que contenía un significado no revelado.

Pronto.

1902, Nueva York

El sol ya se elevaba en el cielo mientras el tranvía cruzaba traqueteando la ciudad en dirección norte. Jianyu se mantuvo oculto en un rincón, con cuidado de no tocar a nadie ni de revelar su presencia, hasta que llegaron a la parada de Broadway, cerca del teatro Wallack, donde Harte Darrigan actuaba en el pasado. Los vecinos de Cela creían que había huido del apartamento porque era culpable del incendio, pero Jianyu sospechaba otra cosa. No estaba seguro de a dónde iría, pero esperaba que tarde o temprano regresara allí, al teatro donde trabajaba.

Mantener la luz a su alrededor se volvió más fácil: el sol de la mañana ofrecía abundantes rayos que podía manipular y abrir a su alrededor. Cuando llegó al Wallack, Jianyu levantó la mirada y vio que aquellos familiares ojos lo observaban desde arriba.

Era solo una pintura, un enorme anuncio de varias plantas para los espectáculos de variedades que había dentro, pero la mirada de Harte Darrigan parecía dirigirse hacia él, aunque no sabía si aquello era una señal de advertencia o de aliento.

Aún oculto por su afinidad, Jianyu observó el teatro desde el otro lado de la calle. Podía esperar y aguardar a que llegara Cela, pero pensó que dentro probablemente encontraría algún indicio de algún otro lugar al que pudiera haber ido. Manteniendo cerca su afinidad, cruzó la calle en dirección a la entrada de artistas. Tras forzar la cerradura, se deslizó dentro del oscuro edificio y empezó a buscar alguna señal de la costurera en el área que se situaba detrás del escenario.

Dentro, el teatro aguardaba, oscuro y silencioso. Jianyu jamás había puesto un pie en el Wallack ni en ninguna de las salas de Broadway que anunciaban sus espectáculos sobre las luminosas marquesinas eléctricas. Una vez, recién llegado a la ciudad, había acudido a una función en un teatro del Bowery, pero fue una velada escandalosa y ensordecedora en una sala sucia y frecuentada por los clientes habituales. El teatro Wallack era diferente. Parecía un palacio, y Jianyu tenía la sensación de que lo seguiría siendo incluso abarrotado de gente.

Siguió los estrechos pasillos hacia el fondo, internándose aún más, pasando un camerino tras otro. Pero Cela no era una artista. No pondrían su nombre sobre una puerta. No... estaría en algún otro lado, algún lugar más tranquilo. Continuó caminando en la oscuridad hasta que llegó a unos escalones que descendían hacia las entrañas del edificio.

El sótano olía a polvo y moho, a madera recién cortada y a la punzante acritud de la pintura. Allí, la oscuridad era más profunda, aunque rara vez faltaba algún rayo de luz en la penumbra. Extrajo los discos de bronce pulido que lo ayudaban a concentrar su afinidad y los utilizó para abrir los escasos haces de luz, manteniéndose oculto mientras se desplazaba a través del sótano.

Vio la luz parpadeando por detrás antes de oír la voz que la acompañó.

—¿Puedo ayudarte?

Se volvió para ver a una mujer con el cabello tan brillante como la luz, mirando en su dirección.

Es imposible que pueda verme...

—Sé que estás ahí —dijo, con la vista fija. Su rostro era pálido como un espectro en la oscuridad—. Puedo sentirte. Será mejor que te muestres antes de decida llamar a alguien.

Jianyu se quedó quieto y en silencio. Apenas se permitió respirar mientras pensaba en sus

opciones.

—Solo para que lo sepas, esta escalera es la única forma de salir. —Sus ojos no vacilaron—. Sé lo que eres —le dijo, sin conseguir encontrarlo con su mirada—. Puedo *sentirte*.

Sin advertencia alguna, sintió el roce de los tibios tentáculos de la magia. Era una mageus, como él. Podía intentar escapar en el estado en que se encontraba, pero si la mujer tenía magia, no sabía de lo que sería capaz. Era mejor enfrentarse a ella que quedar atrapado. Quizá incluso podrían llegar a ser aliados.

Soltó la luz y observó mientras la mirada de ella lo encontraba en la oscuridad del sótano.

—Eso es. No ha sido tan terrible, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa.

—No quería causar molestia alguna —le dijo. Conservó el mentón inclinado hacia abajo para que el ala de su sombrero ocultara sus rasgos.

—Has llegado demasiado temprano —respondió ella. Su magia seguía rozándolo, como dedos tibios extendiéndose a lo largo de su cuello, acariciando su mejilla y haciendo que la sangre le ardiera con algo sospechosamente parecido al deseo.

—Estoy buscando a alguien —explicó, intentando bloquear la tentación de aquellos tentáculos tibios.

—Pues parece que has encontrado a alguien —dijo ella con una sonrisa demasiado cálida mientras descendía el resto de los escalones hacia él.

Jianyu tragó saliva. Con fuerza.

—Busco a una tal señorita Johnson... la señorita Cela Johnson. —Luchó contra el impulso de ir al encuentro de la mujer. Por lo que parecía, no llevaba más que una túnica sedosa, y cada movimiento que realizaba amenazaba con exponer aún más la blanca piel que se intuía debajo.

—¿Quién la busca? —preguntó, dando un paso más hacia él.

Con cada paso que daba, los tibios tentáculos de magia se volvían más fuertes, y Jianyu advirtió el peligro en lo más hondo de su ser.

—No me conoce —dijo, resistiendo la atracción que ejercía la dama—. Pero tenemos un amigo en común.

La mujer dio otro paso más hacia él, con la mirada resplandeciente. Sus oscuros labios se torcieron en algo parecido a una sonrisa. Imaginó que era la misma clase de expresión que veía un ratón justo antes de que un gato saltara encima de él.

—¿Tiene nombre ese amigo en común? —preguntó, dando todavía un paso más. Ya había llegado hasta él.

—Preferiría que quedara entre la señorita Johnson y yo —dijo mientras ella continuaba acercándose.

—¿Ah, sí? —La mujer chasqueó la lengua—. Vaya, es una verdadera lástima dado que no hay ninguna Cela Johnson por aquí.

—Ya entiendo... —Era mentira. Lo vio tan claro como el día sobre el pálido rostro de la mujer. Si daba dos pasos más, estaría lo bastante cerca como para tocarlo, y sabía por algún motivo que no podía dejar que eso sucediera—. Entonces lo mejor será que me marche.

Ella se abalanzó sobre él. Pero Jianyu extrajo los espejos de los bolsillos y en un movimiento fluido los alzó apartándose con un giro brusco. La débil luz lo envolvió y echó a correr, dejando a la mujer de cabello rojo intentando sujetarse a algo mientras caía al suelo.

Si Cela Johnson no se encontraba allí, aquella mujer sabía algo acerca de su paradero, pensó mientras subía los escalones de dos en dos y corría hacia la salida del teatro. Por el momento, se retiraría, pero no pensaba marcharse de allí hasta que no pudiera comprobar por él mismo que

Cela no se encontraba en el edificio. Y no se daría por vencido hasta que la encontrara.

UN ROCE CON LA MAGIA

1902, Nueva Jersey

Dentro de la terminal de trenes, el parloteo de voces resultaba casi ensordecedor bajo el dosel de cristal y acero, pero Estrella apenas notó el bullicio. Estaba demasiado ocupada preparándose para hacer frente a lo que tenía que hacer.

Aunque nunca había salido de la ciudad, la estación de tren de Nueva Jersey tenía un aire casi conocido. En su propia época, había acudido a menudo a Gran Central con el profesor Lachlan como parte de su entrenamiento. Juntos habían estudiado a los pasajeros mientras él le hablaba sobre la naturaleza humana. Los turistas, sobrecogidos por la velocidad y el tamaño de la ciudad, se aferraban a sus bolsos como si el mismísimo diablo fuera a arrebatarles sus equipajes andrajosos, pero los lugareños se habían acostumbrado a la velocidad y al ruido, y ya no advertían los peligros. Así que le había enseñado a robar las carteras de aquellos que viajaban a diario para ir a trabajar y estaban demasiado ocupados mirando sus teléfonos como para advertir que una ladrona observaba cada unos de sus movimientos.

La programación de los trenes se encontraba desplegada sobre una enorme pizarra, al otro lado del vestíbulo principal de la terminal. Había un tren a Chicago que salía en media hora de la plataforma siete, pero aún tenía que encontrar dos billetes. Habían decidido que comprarlos tan cerca de la ciudad, donde podían reconocerlos, era demasiado arriesgado. Lo más probable era que la Orden siguiera buscándolos, especialmente a ella, y no dudaba de que hubieran alertado a todos los centros de transporte. En lugar de comprar dos billetes, tendría que robarlos.

En el pasado, Estrella no habría dudado en ralentizar el tiempo y deslizarse, sin que nadie pudiera verla, a través de los espacios que quedaban entre los segundos buscando un blanco fácil. Pero tras lo sucedido en el puente, cuando la oscuridad había invadido su campo de visión y después de percibir que el tiempo se disolvía a su alrededor, se sentía insegura... e insegura de su afinidad.

No era una sensación *placentera*.

Pero aquella oscuridad... Incluso *recordarla* la perturbaba. No quería admitirse a sí misma que tenía miedo, miedo de lo que significaba aquella oscuridad y miedo de que, si en aquel momento intentaba recurrir a su afinidad, podría descubrir que había desaparecido o se había deteriorado de alguna manera por el poder del Umbral.

Así que hizo lo que haría cualquiera en aquella situación: *no* lo admitió para sí misma ni para nadie más. En cambio, confiaba en ser una ladrona lo bastante buena como para robarle un par de billetes a alguno de aquellos incautos blancos sin ningún tipo de magia. Incluso estando tan nerviosa como estaba.

Estaba barajando sus opciones para encontrar un blanco fácil cuando sintió que la rozaba un aflujo de energía, tibio y agradable, la señal de la magia antigua. Haciendo un gesto de preocupación para sí misma, buscó entre la multitud a Harte. Habían acordado encontrarse en la plataforma, pero que se apartara del plan inicial no era algo tan extraño. Tenía que intentar que no la pillaran, por lo que no podía permitirse su presencia. Pero al recorrer a la multitud con la mirada, no encontró señales de él. Y aunque esperó, no volvió a sentir el calor de la magia.

Tal vez se había equivocado.

—No hay tiempo para desayunar. El tren sale en menos de diez minutos, y aún tenemos que encontrar la plataforma siete. —La grave voz masculina llamó la atención de Estrella que volvía a estar puesta en lo que pasaba a su alrededor. *La plataforma siete... el tren a Chicago.*

Olvidó sus preguntas y buscó el origen de la voz. Cerca, tres hombres vestidos con unos trajes de corte elegante examinaban sus billetes. Uno miraba la pizarra entrecerrando los ojos, confirmando la plataforma que buscaban, mientras otro colocaba su billete en el bolsillo externo de su brillante cartera de cuero. Estrella esperó un instante más, y cuando volvió a escuchar a uno de ellos señalar de nuevo el número de su plataforma, empezó a caminar.

Seguirlos sería demasiado obvio. Pero al parecer solo había una entrada de la terminal principal al hangar de trenes. Podía ir hasta allí al encuentro de los hombres. Al menos uno de los billetes sería fácil de robar. Y no había razón para pensar que el segundo se le complicaría mucho más.

Recuperando la confianza con cada paso que daba, se dejó envolver por un manto de confianza que era casi tan eficaz como la invisibilidad de Jianyu. Sin perder de vista a ninguno de los hombres, caminó hacia la entrada de los andenes. Cuando se encontró con que estaba a menos de tres metros de ellos, hizo una pausa y fingió que leía un letrero publicitario de un espectáculo de variedades que acababa de llegar a la ciudad. Mantuvo la expresión serena y ligeramente interesada en el letrero que tenía delante, incluso mientras seguía con la mirada concentrada en aquellos hombres. Cuando pasaron junto a ella, aguardó un instante más antes de girarse y seguirlos. Sería más fácil robar los billetes en el túnel que conducía hacia los trenes, donde el flujo de pasajeros se estrechaba naturalmente y no notarían ni les llamaría la atención su cercanía ni un empujón de un compañero de viaje.

Seguían delante de ella, y aún podía ver el billete asomándose desde la cartera. *Fácil.*

Al aproximarse a la entrada de los andenes, Estrella caminó aún más rápido. Unos pasos más, y sería capaz de pasar junto a ellos. Quizá podría tropezar y fingir que se caía. Uno de ellos probablemente sería lo bastante cortés para detenerse y ayudarla, dándole la oportunidad de robar el segundo billete. Después accedería al andén y luego al tren, con Harte, antes de que se dieran cuenta de que habían perdido sus billetes.

Se encontraba casi pisándoles los talones cuando de la nada sintió otro roce de aquella cálida energía que la hizo dar un traspie. Se las arregló para no caer aligerándose para alcanzar a los tres hombres, al tiempo que echaba un vistazo al estrecho pasadizo mientras caminaba. *Ni rastro de Harte.* Y los hombres ya casi habían llegado a la zona donde el pasaje se abría a los andenes. Se desplazó hasta que quedó a casi un brazo de distancia. Más cerca aún... Estaba casi al lado de ellos, casi lo bastante cerca como para extraer el primero de los billetes de la cartera cuando alguien la llamó por su nombre.

—¿Estrella?

No fue lo inesperado de escucharlo lo que hizo que se detuviera, sino la familiaridad de la voz. Lo primero que pensó fue *Harte*, pero cuando se dio la vuelta, advirtió su error. Había sido una jugada estúpida, un error de principiante que nunca habría cometido si aquella mañana hubiera estado en forma.

Antes de que pudiera caer en la cuenta de quién había hablado, Jack Grew la sujetaba del brazo.

LA NUEVA BRIGHTON

1902, Nueva York

Viola permaneció en silencio mientras caminaba con su madre las siete manzanas hasta el pequeño club atlético donde su hermano transcurría la mayor parte de sus días. El aire de media mañana estaba cargado por la amenaza de lluvia y el olor a cenizas y hollín, mezclado con los olores habituales del vecindario... la fruta demasiado madura y la basura que bordeaba las alcantarillas, el pan horneado y el denso aroma a ajo y especias que salía flotando a través de los portales. Cuando pasaron por al lado de un edificio que seguía humeando a causa de las llamas, Viola supo con total exactitud quién era culpable de toda aquella tragedia.

Ella misma.

Porque había dejado que el Mago la engañara, porque le había fallado a Dolph. Les había fallado a los suyos y se había fallado a sí misma. Tenían que destruir a la Orden, pero en cambio, lo único que habían conseguido era que esta se volviera más despótica que nunca, cobrándole su venganza a toda la ciudad por el proceder de tan solo unos pocos.

Si pudiera, los mataría a todos. Pero necesitaba mantenerse viva el tiempo suficiente para hacerlo, y Paolo era el medio que necesita para alcanzar aquel fin. Primero tenía que sobrevivir a la penitencia que su hermano tuviera reservada para ella, y aquello sería un suplicio considerable si tenía en cuenta cómo había traicionado a la familia y la había abandonado por los Hijos del Diablo. Porque a todos los efectos, Paul *era* la familia.

Tras la muerte de su padre se había encargado de todas las responsabilidades familiares, los había mantenido a todos con sus propios puños como boxeador. Cambió su nombre al inglés Paul Kelly porque creía que sería más rentable, y lo fue. Pero su querido hermano acabó dejando el boxeo. Ponerse a la cabeza de los Five Points le había resultado mucho más lucrativo que recibir golpes en los dientes cada noche. Teniendo en cuenta que había sido lo bastante astuto como para sobornar a las personas correctas en Tammany Hall, la policía miraba hacia otro lado.

Los tratos de Paul con la Tammany aseguraron el éxito de su club atlético, que no era más que una tapadera para encubrir las actividades menos legales. Cuando caía la noche, el club organizaba combates a puño limpio, donde corría la cerveza y hacían apuestas... Todo, siempre y cuando Paul se llevara una buena tajada de las ganancias, por supuesto. Dado que su madre desconocía la verdadera naturaleza de su trabajo, esta nunca se había enterado de que el pan que llevaba a su mesa provenía de aquel tipo de actividades.

A diferencia de los Hijos del Diablo, el club de boxeo que dirigía Dolph, el salón de Paul no vibraba con los cálidos pulsos de la magia. Paul, como su madre, era sundren. No tenía una afinidad, y su banda estaba formada en su mayor parte por aquellos chicos del barrio que habían sabido transformar su inicial tosquedad infantil en una brutalidad deliberada. Viola era la oveja negra de la familia, una anomalía inesperada cuando su afinidad apareció tras generaciones de ausencia. Sus padres lo consideraron un desperdicio, dado que le había sido conferida a una niña, pero su hermano había visto el poder de su hermana como una oportunidad y se había sentido con todo el derecho a explotarlo como tal.

Ella, por supuesto, veía las cosas de otro modo, no es que les hubiera importado a Paul o a su madre en aquel momento.

Seguía siendo demasiado temprano para que el grupo habitual del club estuviera por allí, así que cuando su madre llamó a la anodina puerta de madera, quien les abrió fue un chico que tenía más o menos la misma edad que Viola, quien las invitó a pasar casi sin mediar palabra. El salón principal del club se encontraba prácticamente vacío. En uno de los rincones más alejados, un hombre de músculos bien trabajados golpeaba un saco de boxeo que colgaba del techo. Tenía el torso descubierto, y en el omóplato izquierdo llevaba la violenta marca roja de los Five Points, un signo anguloso que también era el mapa del vecindario del que adoptaba el nombre la banda de su hermano. Otra pareja de hombres estaba practicando *sparring* en el centro de la sala. El calor y el sudor de sus cuerpos saturaban el aire de un calor asfixiante. Un hombre mayor se fumaba un delgado cigarro mientras observaba cerca.

Cuando ambas mujeres entraron, el hombre levantó la mirada. Al ver a su madre, su rostro exhibió un destello de sorpresa, pero al instante se tornó pétreo cuando advirtió que Viola estaba junto a ella. Su mano se dirigió al revólver que ella sabía que tendría oculto bajo el chaleco. Los dos hombres que combatían y el otro más fornido que se encontraba al otro lado de la sala hicieron una pausa para ver el motivo de la interrupción.

—Ve a buscar a mi hijo —dijo su madre, sin prestar atención alguna al malestar que flotaba en el ambiente.

Al principio, el hombre mayor no atinó a hacer ningún movimiento para obedecerla.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó, asintiendo con la cabeza en dirección a Viola.

Al igual que ella, Pasqualina Vaccarelli no medía más de un metro cincuenta. Era una mujer robusta, ancha de hombros, pero su tamaño inmediatamente daba la sensación de dejarla en desventaja. Sin embargo, no hizo el más mínimo movimiento. Le lanzó al hombre la misma mirada que solía dirigirle a Viola y a cada uno de sus hermanos, incluido Paolo, cada vez que *realmente* estaban en problemas, aquella mirada que por lo general venía acompañada por la punzada de dolor de su cuchara de madera.

—¿Por qué crees que eso te incumbe?

Las fosas nasales del hombre se ensancharon, pero hizo un gesto con la mano para despedir a los dos combatientes. Luego se dirigió a la habitación que tenía detrás en busca de Paul. Su madre ocupó el asiento del hombre. Ella no la siguió. Vería a su hermano de pie.

Esperaron cinco minutos, diez, marcados solo por el compás de los golpes que el otro hombre profería con sus propios puños contra el saco de lona. Finalmente, apareció Paul, vestido con su habitual traje de corte bueno y con el oscuro cabello minuciosamente engominado. Tenía más aspecto de banquero que del matón que era en realidad. Estrechó a su madre en un abrazo, adulándola unos instantes, ignorando por completo a Viola. Ella no se dejó engañar pensando que no la había visto, así que no le sorprendió cuando al fin dirigió su atención hacia ella.

Viola vio venir la embestida, la anticipó, y podría haber empujado a Paul al suelo para evitarlo, pero en cambio, aceptó el golpe cuando el dorso de su mano se estrelló contra su mejilla izquierda. Tambaleándose, vio estrellas de verdad al mismo tiempo que casi se le nubla la vista, pero se esforzó por mantenerse en pie. Al menos había conseguido no emitir aullido alguno de dolor. No le daría aquella satisfacción.

El siguiente golpe vino antes de que pudiera volver a enderezarse por completo. Y luego el siguiente, hasta que sintió la tibieza de la sangre chorreando de la nariz y paladeó su cobrizo sabor en la boca. Su cabeza daba demasiadas vueltas como para seguir mateniéndose de pie. Tenía la sensación de que el mundo se había reducido al dolor que los puños de su hermano le causaban a su cuerpo.

Con cuidado, se tocó la boca donde sentía que tenía el labio partido. Pero no alzó la vista para mirar a Paolo ni dijo una sola palabra. Simplemente oyó los sordos puñetazos que golpeaban la lona, un sonido que se igualaba a los latidos de su propio corazón cansado y cauterizado.

Paul tiró de ella para ponerla de pie; la cabeza de Viola no paraba de dar vueltas mientras intentaba enfocarlo con la mirada. Tenía el rostro cerca del suyo cuando oyó la voz de su madre diciendo: «Basta».

—*Yo* decido cuándo es suficiente, *mamma* —dijo, sujetándole el brazo con fuerza desde una posición en la que su madre no pudiera verlo.

Podía oler su cara colonia, sentir el calor que emanaba su cuerpo tan cerca del suyo. Intentaba intimidarla como cuando eran niños. Pero ya no era una niña. Hacía ya mucho tiempo que no lo era.

—Necesita saber cuál es su lugar —continuó Paul.

—Ya se lo has mostrado —dijo su madre, indicando con su tono que no había nada más que decir sobre el asunto—. Da igual lo que haya hecho, sigue siendo parte de la familia.

Paul fulminó a Viola con la mirada; ella lo miró a los ojos sin pestañear. De todas formas, la sujetó durante un instante más, atenazándole el brazo dolorosamente, hasta que finalmente la soltó. Luego se acercó a su madre y, colocando las manos suavemente sobre sus hombros, se inclinó hacia abajo y le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes por nada, *mamma*. Sé cómo cuidar de la familia. ¿Acaso no cuida de ti?

Viola no necesitaba darse la vuelta para saber que la mirada de su madre se había suavizado y que el gesto severo de sus labios había desaparecido para convertirse en un amago de sonrisa. Pudo oír el afecto en su voz.

—Eres un buen chico, Paolo.

Le costó toda la energía que le quedaba no soltar un bufido de desprecio.

Su hermano llamó a uno de sus chicos, y cuando dos de ellos llegaron, corriendo desde el fondo como ratas, les dijo que llevaran a su madre a casa.

Antes de marcharse, ella se acercó y sujetó el mentón de Viola con mano firme. Con una expresión casi afectuosa, examinó su rostro ensangrentado.

—Escucha a tu hermano, *mia figghia*. Más tarde iremos a ver al padre Lorenzo, y podrás confesarte.

—Sí, *mamma* —murmuró, bajando la mirada, aunque la amargura de las palabras se mezclaba con la sangre que se acumulaba en su boca. Ignoró el cansancio que parecía una carga, el dolor tan difícil de eliminar como el tatuaje que llevaba grabado entre sus hombros.

Cuando su madre se marchó, Paul se acercó y miró su rostro. El desagrado y los celos brillaban en su mirada.

—Sé por qué has regresado. —Su ancha boca se curvó en un gesto de desdén—. *Mamma* cree que has entrado en razón, pero ese no es el motivo, ¿verdad? —Le dio una palmada poco amistosa en la mejilla aún dolorida—. Es porque ese maldito cojo ya no está para protegerte, ¿verdad?

Quería escupirle en la cara. Quería maldecir su nombre y decirle que Dolph Saunders había sido más hombre de lo que Paul jamás podría llegar a ser. Pero mantuvo la boca cerrada e intentó disimular el odio que desprendía su mirada.

—¿Qué? ¿Acaso no tienes nada que decir en tu defensa?

—¿Qué importancia tienen los motivos por los que estoy aquí? —preguntó, sintiendo las palabras pesadas sobre sus labios hinchados—. He regresado. Soy tuya para que puedas volver a utilizarme, ¿no?

Su amplia boca se curvó hacia abajo.

—No me sirves para nada si no puedo confiar en ti.

—¿A quién más podría serle leal? —preguntó Viola—. Tienes razón. Dolph Saunders *está* muerto, y a mí me gustaría mantenerme con vida y de paso evitar que me detenga alguna patrulla de la Orden. ¿Crees que no he visto a tus chicos trabajando con ellos? ¿Crees que no sé que tienes amigos influyentes? —Sacudió la cabeza—. No soy una idiota, Paolo. No tengo a dónde ir. Haré lo que necesites mientras me protejas de la Orden.

Al principio, Paul no habló.

—Sé lo que quieres... Quieres controlar el Bowery —persistió—. Todo el mundo sabe lo que puedo hacer. *Todo el mundo*. ¿No crees que podría resultarte beneficioso si saben que ahora estoy de tu lado?

Se quedó contemplándola. Su rostro se asemejaba mucho al de su difunto padre y, sin embargo, era muy diferente: más duro, menos compasivo. Mucho, *mucho* más determinado que el de su padre lo fue alguna vez.

Paul dio un paso hacia ella, y antes de que pudiera advertir lo que tenía en mente, su hermano la agarró por la garganta, sus enormes manos carnosas le apretaron el cuello con tanta fuerza que casi no podía respirar, con tanta fuerza como para que acabaran dejando sus huellas.

—Has sido astuta acudiendo a *mamma*, hermanita. Te aceptaré, por ella. Pero si vuelves a ponerte en mi contra, será la última vez.

Con cada ápice de poder que le quedaba, Viola concentró su afinidad a su alrededor y la dirigió contra su hermano hasta que los ojos de este se ampliaron por la impresión, entre jadeos se vio obligado a soltar su garganta y llevarse las manos a la suya. El hombre que había estado golpeando el saco detuvo el ataque y empezó a acercarse.

—Dile que se aleje —dijo Viola a su hermano.

Los ojos de Paul estaban llenos de ira, pero su rostro empezó a volverse púrpura por la falta de aire. Finalmente, alzó la mano, y el hombre se detuvo.

—No he venido a hacerte daño, aunque nuestro buen Señor sabe que no me faltan los motivos para hacerlo después de lo que hiciste. Pero si me vuelves a tocar... si dejas que cualquiera de tus hombres me toque... *acabaré* contigo.

Entonces, lo soltó. Paul resopló, cayendo hacia delante.

—Yo mismo te mataré —repuso él con voz áspera.

Viola lo miró sin más, sin dejarse impresionar.

—Será mejor que sea una bala rápida, Paolo.

La fulminó con la mirada.

—Lo será.

—¿Y cómo vas a explicárselo a *mamma*? —Sintió la tensión en sus labios cuando forzó algo parecido a una sonrisa helada—. No creas que no he tomado mis precauciones para desenmascararte si me sucede algo. *Mamma* sabrá todo lo que hay que saber sobre tus otras actividades, las prostitutas y los delincuentes de los que dependes para ganar tu dinero. —Era mentira, por supuesto. Si hubiera tenido a alguien más a quien acudir, no estaría allí, humillándose—. Necesito tu protección y, a cambio, seré tu puñal, pero tú y tus *scagnozzi* no me pondréis vuestras malditas manos encima.

Los hermanos se estudiaron mutuamente en un silencio tenso hasta que, finalmente, Paul soltó un resoplido hueco. Sonó como si estuviera levemente divertido.

Va bene. Lo que necesitaba era que respetara su poder, incluso si no la respetaba a ella.

—Ve y aséate. —Señaló las manchas de sangre que había sobre su camisa—. No puedo permitir que mi puñal esté en ese estado, ¿verdad? ¿Quieres mi protección? Trabajarás para ganártela.

—No esperaba nada menos de ti. —Estaba demasiado cansada, demasiado hastiada por la violencia de su vida como para sentir algo parecido al alivio. Pero sí sintió cierta satisfacción. Si no tuviera la intención de mantenerla allí, su hermano ya la habría matado. Hasta que decidiera lo que iba a hacer, estaría a salvo. O tan a salvo como cualquier mageus pudiera estarlo en aquella ciudad.

Pero antes de que pudiera marcharse, la campana que había sobre la puerta de entrada sonó, indicando que alguien acababa de entrar en el club.

—James —dijo Paul, pasando junto a Viola para ir a saludar al recién llegado.

Se volvió para ver quién era. Perfilado contra la luz de la mañana pudo reconocer su rostro, era un chico de no más de dieciséis años con el cabello color rubio oscuro y gafas doradas. *¿Qué hace aquí cuando se supone que debería estar liderando a los Hijos del Diablo?* Se encontraba apoyado sobre un bastón familiar, coronado con la cabeza de una medusa plateada que tenía los rasgos de Leena, la amiga de Viola; una vez había pertenecido a Dolph Saunders.

Viola dio un paso adelante, lista para arrancarle el bastón de las manos a Nibsy. *No tiene derecho.* Pero la mirada severa de Paul hizo que se detuviera. Era demasiado pronto para irritarlo, demasiado pronto para que supiera dónde residía su verdadera lealtad.

—Gracias por reunirte conmigo, Paul.

—Por supuesto. Conoces a mi hermana —dijo, haciendo un ademán distraído hacia Viola—. Ha regresado con la familia hace poco.

—¿En serio? —preguntó Nibsy Lorcan, que entró cojeando en el salón.

Advirtió los interrogantes en su mirada, pero no dijo nada para responderlos.

—Hola, Viola. No puedo decir que sea un placer volver a verte —dijo Nibsy, señalando la herida de su pierna. Sus ojos brillaron tras sus gafas—. Pero, sin duda, es una sorpresa.

—Yo te daré una sorpresa —gruñó ella, dando un paso hacia él.

—Ya lo hiciste. —La voz de Nibsy era más grave y más peligrosa de lo que jamás la había oído. Fue suficiente para que se detuviera. Luego miró a Paul—. Si no puedes controlar a tu hermana, no estoy seguro de que nuestro acuerdo pueda funcionar. Lo que sería una pena, dado que te he traído la información que me pediste. —Extrajo un pequeño paquete de papel del bolsillo del abrigo y lo alzó, atrayendo la atención de todos hacia él.

—Suficiente —dijo Paul, sin apenas mirar en la dirección de Viola—. Ve a asearte como te he dicho.

—No me iré hasta que me entregue lo que es mío. —Se encontró con la mirada de su hermano, resuelta—. ¿Quieres que sea tu puñal? Funciona mejor cuando tengo una buena navaja.

La expresión de Paul apenas fluctuó, pero Viola conocía a su hermano lo bastante bien como para reconocer su mirada fría y calculadora.

—Olvidas, hermanita, que sé que no necesitas ningún tipo de puñal o navaja para matar. Por lo que a mí se refiere, si el señor Lorcan tiene algo que te pertenece, puede conservarlo... como un obsequio de mi parte.

—No puedes...

—Pero puedo —dijo Paul con suavidad—. O regresas con la familia o no regresas. O eres leal a mí... *obedeciéndome*... o hemos acabado.

Viola lo miró furiosa. Por un breve instante pensó en acabar con toda aquella farsa, acabar con *Paolo*. Pero si lo hacía, ¿qué? Jamás sería capaz de enfrentar a su madre, y volvería a estar sola y

por su cuenta. La paliza que acababan de pegarle habría sido en vano. Y nunca podría descubrir el contenido del paquete que Nibsy le había ofrecido a Paul.

Retuvo su mirada durante un instante más para asegurarse de que su hermano comprendía que no tenía miedo. Había tomado una decisión. Esperaría el momento adecuado y fingiría obediencia, pero cuando llegara el momento, se aseguraría de que lamentaran lo que habían hecho. La muerte era demasiado fácil para su hermano. Fuera o no de la familia, lo haría arrastrarse por el suelo.

LA SONRISA DE UNA SERPIENTE

1902, Nueva Jersey

S —abía que eras tú —dijo Jack, sujetando con fuerza el brazo de Estrella.
No puede estar aquí.

Durante un momento, Estrella se quedó paralizada por el impacto, pero tan solo por un instante. Rápidamente, tras la sorpresa vino la fría certeza de una emoción mucho más oscura que el miedo. *Por supuesto* que Jack Grew podía estar allí. Sobrino de J. P. Morgan, Jack era prácticamente un miembro de la realeza en Nueva York. Su familia se habría encargado de pagar a las personas adecuadas, habrían susurrado en el oído más conveniente y su pequeña *indiscreción* sobre el puente habría quedado sin más como algo sin importancia. Pasando por alto que la indiscreción hubiera sido un intento de asesinato.

Si no hubiera sido por la rápida reacción de Estrella, y su habilidad para ralentizar el tiempo y apartar a Harte de la trayectoria de la bala, Jack lo habría matado. Con la terrible máquina que había intentado construir, habría matado a todos los mageus de la ciudad. Dado que aún mantenía la mirada salvaje y apenas contenida del día anterior, supo que seguía siendo peligroso, y no estaba dispuesta a darle la oportunidad de que también la matara a ella.

Recomponiéndose y tragándose el marcado sabor a odio que aún le recubría la boca, dibujó una sonrisa reptiliana en sus labios y retomó el acento falso que ya había empleado con él.

—Jack, cariño —ronroneó, probando con suavidad la fuerza con que la asía del brazo—. ¿Eres tú, realmente?

—¿Sorprendida? —preguntó, devolviéndole una sonrisa cargada de expectativas. Los dedos que le aferraban el brazo se encontraban justo al lado del brazaletes que llevaba bajo la manga.

Estrella ignoró la furia de su expresión y se acercó aún más.

—Me quedé muy preocupada cuando la policía te arrestó.

Jack parpadeó. Sus palabras lo pillaron desprevenido, tal como ella había esperado. Casi parecía no saber cómo reaccionar a continuación, pero no aflojó los dedos sobre su brazo. Enseguida, su expresión se tornó fría y crispada.

—No sé por qué, pero lo dudo —dijo, estrechando la mirada—. Fuiste tú quien ayudó a Darrigan a hacerme quedar como un idiota. *Me has arruinado.*

—No, Jack —respondió. Abrió los ojos fingiendo sorpresa—. No deberías decir esas cosas.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que tú y Darrigan estabais confabulados desde el principio? —Sus dedos apretaban su brazo con la fuerza suficiente como para dejar una marca—. ¿Crees que no sé que todo lo que me dijiste era mentira?

Estrella sacudió la cabeza.

—No... Darrigan me *utilizó* a mí —dijo, haciendo que la voz le temblara ligeramente. Solo tenía una oportunidad para conseguir que aquella actuación en particular le saliera bien—. No tenía ni idea de lo que tenía planeado aquella noche. ¿No te acuerdas? Me abandonó allí, sola, sobre aquel escenario, para que cargara con la culpa. Tienes que creerme...

—No, en realidad, no te creo. —Jack la miró furioso—. Si algo de lo que acabas de decir fuera cierto, la Orden ya te habría acogido. Pero conseguiste escapar *milagrosamente*... dos veces.

—Tenía miedo de que nadie me creyera...

—Porque no mereces que te crean —respondió con brusquedad—. De algún modo, Darrigan consiguió sacarte de Khafre Hall, y luego conseguiste salir del puente, lo que significa que sabes más de lo que dices. —Empezó a tirar de ella, alejándola del andén siete.

No. No iría a *ningún lado* con Jack. El pánico le aceleró el pulso, pero Estrella se enderezó y, aunque el miedo confirió una leve tensión en su voz, se metió en el papel que había perfeccionado para seducir a Jack.

—Suéltame —dijo, empleando la voz más imperiosa que tenía mientras intentaba apartarse.

Si no fuera por la multitud, lo habría derrumbado sin pensarlo. Incluso con toda aquella gente por allí, con solo girar el brazo y desplazar el peso de su cuerpo, podía tumbar a Jack de espaldas contra el suelo. El problema era que, si eso sucedía, todo el andén la miraría.

En cualquier otro momento habría corrido el riesgo, porque una vez libre, podía ralentizar los segundos y desaparecer. Pero desvanecerse así implicaría revelarle a Jack quién era, y si su afinidad estaba tan debilitada como la sentía o si escapaba a su control, como le había sucedido en el puente, quedaría atrapada con más testigos de los que quería. Quedaría a merced de la multitud... y de Jack.

La mente de Estrella corría a toda velocidad mientras avanzaba a trompicones, haciendo todo lo posible por obstaculizar su progreso. El tren cercano emitió un siseo de vapor, señal de que las calderas de las locomotoras estaban casi listas. También, un recordatorio de que el tren a Chicago estaría a punto de partir. Salvo los extraños susurros de energía anteriores, no había vuelto a tener señales de Harte. Tenía que creer que seguiría esperando donde habían acordado, pero Jack la arrastraba en la dirección equivocada.

Si no aparecía, ¿imaginaría Harte lo peor y creería que lo había traicionado? No sería aventurado pensarlo teniendo en cuenta la historia que ambos compartían. ¿Vendría a buscarla o se marcharía sin ella?

Un pensamiento lúgubre la asaltó: *puede marcharse*. Le había entregado el Libro. Lo cierto era que ella tenía la gema, pero le había dado a Harte el Libro como seguro de que *ella* no huiría. ¿Por qué no había considerado que él podría hacerlo? Después de todo, ya estaba fuera de la ciudad. *Era libre*.

Y ella estaba atrapada con Jack.

No tiene importancia. Tanto si Harte la estaba esperando como había prometido, como si ya la había abandonado, igualmente tenía que concentrarse. Para poder salir de la ciudad solo necesitaba alejarse de Jack. Sabía dónde estaba la primera gema. Podía encontrarla... y como sabía a dónde se dirigía Harte, también podía encontrarlo.

A su alrededor la gente había empezado a mirarlos, así que decidió utilizar esa circunstancia a su favor y forcejeó un poco más, oponiendo resistencia para atraer aún más atención.

—Por favor, señor —gimoteó mirando a un hombre con un chaleco desaliñado y un sombrero desgastado, que redujo la marcha al verlos—. No conozco a este hombre —suplicó.

Pero Jack tiró de ella bruscamente hacia atrás, interponiéndose entre ella y la persona interpelada.

—Sabe *exactamente* quién soy —le dijo al perplejo desconocido—. Es nuestra criada. Ha intentado abandonar la ciudad con el collar de mi madre.

El hombre los volvió a mirar, y Estrella comprendió lo que veían sus ojos: el traje de corte elegante de Jack, que contrastaba con las arrugadas faldas que ella había robado aquella misma mañana. Todo ello, sumado a su falso acento, hizo que el hombre del chaleco vacilara solo un instante más antes de decidirse. Asintió en dirección a Jack y siguió caminando hacia el andén,

acabando con sus esperanzas de que la rescataran.

—¿Realmente pensabas que algo así te funcionaría? —rio Jack.

Estrella le lanzó una mirada furiosa.

—¿Realmente pensabas que no lo intentarías?

—¿Qué pensabas que pasaría... que la policía llegaría y me detendría *a mí*? —Soltó una carcajada—. Ni hablar. Además, si la policía te detuviese, la Orden se encargaría de que desearas haber acabado con tu vida en aquel puente junto a Darrigan.

—Como si no fueras a entregarme a ellos de cualquier manera.

El brillo divertido que encendió la mirada de Jack la dejó helada.

—Tal vez, al final termine entregándote a mi tío y a sus amigos... Pero antes acabaré contigo.

Estrella sintió un escalofrío.

—Si crees que voy a permitir que me toques...

—Si crees que tienes opción, no eres ni la mitad de astuta de lo que intentas aparentar —le dijo Jack—. Pero no es *a ti* a quien quiero. Mujeres como tú hay a montones. Quiero lo que Darrigan le quitó a la Orden.

—No sé *qué* le quitó —rogó, haciéndose la tonta.

Jack le dirigió una mirada burlona.

—No lo creo ni por un segundo. Ambos sabemos que Darrigan robó unas piezas muy importantes de la Orden: un libro llamado el *Ars Arcana* y los cinco artefactos antiguos. Los quiero de vuelta.

—Sin duda, pero no puedo darte lo que no tengo —dijo, mirándolo a los ojos—. Que yo sepa, los objetos que buscas están en el fondo del río... con él.

—Es probable que Darrigan se encuentre en el fondo del río, pero no creo que los objetos que robó lo estén. —Se inclinó hacia delante de modo que su rostro quedó pegado al suyo. En otras circunstancias podría haberle parecido un hombre apuesto, con aquellos marcados rasgos patricios y el mechón de cabello rubio. Pero sus gélidos ojos azules tenían una arrogancia distante que le provocaba repulsión, y su piel, amarillenta e hinchada por el efecto del whisky que ya impregnaba su aliento aquella mañana—. No... creo que hay un motivo por el que estabas ayer sobre aquel puente. Creo que Darrigan te dijo dónde están los objetos de la Orden. Quizá incluso te los haya confiado.

Ella sacudió la cabeza.

—Él no...

La sacudió para silenciarla.

—Entonces *algo* te dijo. No se habría tomado tantas molestias para robarlos solo para arrojarlos con ellos desde un puente. Sabes más de lo que quieres admitir. Pero no te preocupes... tengo maneras de conseguir la información que me niegas.

—Estás invitado a intentarlo —dijo, enderezando la columna para hacer frente a la amenaza. Tampoco obtendría lo que ella sí tenía. En cuanto se quedaran a solas, haría lo que no podía hacer allí frente a todo el mundo. Haría que lamentara haberla tocado.

Jack inclinó la cabeza ligeramente ante su audacia.

—¿Sabes lo que está pasando en este mismo momento mientras tú estás aquí tan tranquila, fingiendo inocencia? La Orden está registrando toda la ciudad en busca de sus tesoros perdidos. Y destruirá a quienquiera que se interponga en su camino. Cuanto más demores lo inevitable, más gente sufrirá por todo esto.

Tenía razón. Estaban castigando a la gente por su culpa. Por fracasar en lo que tendría que haber

hecho. Pero no permitiría que utilizara aquello en su contra.

—Para tomarse tantas molestias, la Orden debe estar terriblemente asustada. Deben saber que, sin sus pequeñas baratijas, no son *nada*.

Sus ojos demasiado perceptivos la examinaron con detenimiento.

—Son los hombres más poderosos del país.

—Son cobardes. Se aprovechan de los pobres y de los débiles. Me alegro de que Darrigan les haya robado sus preciosas baratijas. Me alegra que la Orden tenga miedo.

Entonces, hizo algo inesperado: *se rio*.

—Incluso sin sus *baratijas*, podrían destruirte. —Luego la mirada risueña desapareció de su expresión, y tiró de ella hacia él, con la mirada ligeramente desenfocada. Deslizó un dedo sobre su rostro—. Pero podría protegerte de ellos. Una vez que tenga lo que Darrigan robó, ya no tendrás que temerle a la Orden.

Al principio, no entendió sus palabras. Luego lo comprendió.

—No tienes intención de devolverles nada, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? —la voz de Jack se había vuelto amarga—. Tienes razón. La Orden no es nada más que un puñado de ancianos decrepitos. Mira lo fácil que ha sido que la escoria de las alcantarillas rompiera sus defensas. Si solo me hubieran permitido consultar el *Ars Arcana*, podría haber librado a toda la ciudad del peligro. Su precioso Khafre Hall seguiría en pie. Podría haberlos *protegido*.

Con la máquina. Harte se lo había contado todo sobre el peligroso invento en el que Jack había estado trabajando, una solución moderna para ampliar el poder del Umbral y eliminar la magia... Y a las personas que tenían una afinidad con él.

—Habrías matado a personas inocentes.

—No hay gusanos inocentes —soltó Jack con desprecio—. La magia antigua corrompe a todo el mundo por igual. —Vaciló como si se le acabara de ocurrir algo casi cómico—. Supongo que tengo una deuda de gratitud con Darrigan por liberar el *Ars Arcana* para mí. Lo utilizaré para demostrarle al mundo quién soy de verdad y todo lo que puedo hacer, y la Orden se postrará ante mí implorando de rodillas.

El tren cercano dejó escapar otro siseo de vapor, un recordatorio de que se le acababa el tiempo.

—Porque eres más listo que ellos —dijo Estrella en voz baja, infundiendo su voz con un tono aterciopelado, al acecho de una nueva táctica—. Siempre lo has sido.

Los ojos de Jack se abrieron aún más, y el aliento se le quedó atrapado en la garganta. Por un instante, dudó, y ella creyó que su treta había funcionado. Pero luego apretó su brazo una vez más.

—¿Realmente creías que volvería a dejarme engañar por tus mentiras?

Estrella sacudió la cabeza. Se había ilusionado.

—No eran mentiras, Jack.

El destello de incertidumbre abandonó su expresión.

Ignorando el aroma a licor en su aliento, ella se inclinó aún más cerca.

—Jamás te he mentado con respecto a lo que siento por ti, cariño. —Luego, antes de que pudiera cuestionar su propia decisión, inclinó la cabeza y presionó los labios contra los suyos.

La boca de Jack se tensó por la sorpresa primero, pero luego empezó a besarla. O más bien, a maltratarla; sus labios, demasiado ávidos y poco delicados, como si pudiera reclamarla sin más lastimando su boca con la suya. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no apartarse o vomitar allí mismo.

Una eternidad después, Jack se apartó para respirar, sus ojos azules velados por la satisfacción. Por un momento pensó que incluso aflojaría la mano con que la sujetaba. Pero le apretó la muñeca aún más fuerte.

—Si estás mintiendo de nuevo...

—No, Jack... —Hizo un esfuerzo por mantenerse serena, pero por dentro estaba gritando. No había funcionado, y aún conservaba su rancio sabor en la boca. Empezó a reunir fuerzas para pelear, para hacer lo que necesitara hacer y llegar al andén siete antes de que el tren se marchara.

—Si me traicionas, te mataré yo mismo. Y nadie te echará de menos cuando no estés. Ni la escoria del Bowery ni, sin duda, el timador de tu mago. —Sus ojos fríos lanzaron un destello de diversión oscura—. Está demasiado ocupado dándole de comer a los peces del Hudson.

—¿Estás seguro de eso, Jack? —preguntó una voz, y Estrella no tuvo que mirar hacia atrás para saber que Harte la había encontrado al fin.

UNA VISIÓN DE LUZ Y PODER

1902, Nueva Jersey

Harte Darrigan sabía que era un cabrón en todos los sentidos de la palabra, pero cuando vio a Estrella inclinar el mentón hacia arriba y presionar sus labios contra los de Jack Grew, no pudo evitar que lo invadiera una extraña sensación de posesión sobre ella.

El tren a Chicago estaba a punto de salir, y al no encontrar a Estrella en el andén en el que habían acordado verse de nuevo, Harte se había puesto a buscarla. Al volver una esquina la encontró con Jack, y no tenía ninguna duda de lo que había visto: *ella* lo había besado a él. A propósito. Incluso en aquel momento, Jack la seguía sujetando y ella no estaba haciendo ningún esfuerzo por apartarse. Y si alguien era capaz de escaparse, esa, sin duda, habría sido Estrella.

Por un instante, solo pudo enfocar la mirada en la forma en la que sus dedos se curvaban alrededor de las solapas del abrigo de Jack. La voz que albergaba en su interior rugía, gritando con un ruido atronador mientras daba zarpazos, desesperada por escapar. Para cuando consiguió alejarla y controlarla de nuevo, Jack estaba hablando.

—...el timador de tu mago... demasiado ocupado dándoles de comer a los peces del Hudson.

La ira sacudió a Harte con violencia, y la voz se hizo eco en señal de aprobación.

—¿Estás seguro de eso, Jack? —preguntó, satisfecho al ver que la sorpresa le arrebatava el color del rostro. Pero la expresión de Jack no tardó en reajustarse... La sorpresa se transformó en confusión y luego en reconocimiento... Y volvió a tirar de Estrella, apretándola contra él.

Harte dio un paso adelante, pero ella sacudió la cabeza.

Por un instante la furia volvió a apoderarse de él, pero luego vio lo abiertos que estaban sus ojos. Había en ellos un temor tan poco habitual que Estrella casi parecía una persona diferente. De pronto, la estación pareció desaparecer, y fue como si el mundo entero se hubiera reducido a los iris color whisky de sus ojos.

Ella tenía los ojos bien abiertos, y la expresión ausente por el terror. Las gemas a su alrededor brillaban, un círculo ardiente de luz y poder. Una por una, se oscurecieron, y luego la negrura de sus pupilas permeó el color, eliminándolo, esparciéndose en el blanco de sus ojos hasta que lo único que le devolvió su mirada fue la oscuridad. El vacío. La nada. Y la oscuridad empezó a salir de su interior...

Avanzó a ciegas, sin saber qué podía hacer, sin estar seguro de lo que veía siquiera.

—¡No! —le dijo ella. El temor de su voz lo paralizó por completo—. Aléjate.

De pronto, la visión se disipó. Se encontraban una vez más en la estación, y los ojos de Estrella eran de color dorado. Seguían temerosos, pero la vasta oscuridad que había sentido hacía tan solo un instante había desaparecido. Y Jack sonreía como si ya hubiera ganado.

—Si fuera tú, le haría caso —dijo, la voz serena e inalterable como si estuvieran discutiendo algo tan mundano como el clima o el precio del pan—. O no le hagas caso. No me importa demasiado. Si vamos a ser honestos, es posible que la mate de todas formas. —Los ojos de Jack se entornaron—. Pero vamos, la honestidad no es algo que te resulte familiar, ¿verdad, Darrigan?

—¿Honestidad? —De pronto, la voz rugió en su interior. ¿Qué podía saber él de la honestidad?

Desorientado y ahogado por una combinación de culpa y furia que no terminaba de comprender, Harte intentó recomponerse.

—¿Jugando de nuevo con armas, Jack? —preguntó. Le sorprendió conseguir mantener a raya cualquier indicio de temor de su voz—. Estoy seguro de que a la policía que anda por aquí le encantaría saberlo.

—Ella acabaría con una bala en la cabeza antes de que terminaras de llamarla —replicó perezosamente.

Los pasajeros pasaban a su alrededor ajenos, como el agua que se separa ante una roca en un arroyo, ignorando la escena que estaban dando, tensos y claramente enemistados. Pero lo cierto era que una riqueza como la que poseía Jack garantizaba cierto nivel de invisibilidad, pensó. Nadie te cuestionaba cuando parecía que eras dueño del mundo.

Harte se mantuvo concentrado en él para no tener que lidiar con el temor que veía en la mirada de Estrella.

—No quieres hacerle daño en realidad, Jack. Es posible que tu familia sea dueña de la mitad de la ciudad, pero matar es matar. Habrá consecuencias por asesinar a una chica en medio de una estación de tren.

—Oh, creo que verás que te equivocas con respecto a eso —dijo Jack, y a Harte no le gustó el brillo de su mirada—. Aunque haya ciertos *inconvenientes*, creo que descubrirás que estoy dispuesto a lidiar con muchas cosas para obtener lo que quiero. Estoy dispuesto a hacer lo que sea.

La determinación en su tono era como una piedra en la boca de su estómago.

—Lo sé, Jack. Pero no es necesario... eso es lo que intento decirte. Podemos facilitarte las cosas. No *hace falta* que le hagas daño. No tiene lo que buscas.

Los ojos de Jack se entornaron, pero Harte alcanzó a leer la anticipación y la avidez de su expresión. *Solo mantenlo interesado*. Porque sin Estrella...

No podía permitirse pensar en ello.

—¿Y tú sí? —preguntó Jack.

—No... —empezó a decir Estrella, pero otro tirón de Jack la hizo jadear.

Harte intentó enviarle un mensaje silencioso, lo que esperó que fuera una mirada alentadora para hacerle saber que todo iba a salir bien. Saldrían de este lío. Él los sacaría de este problema.

—Por supuesto —dijo perezosamente. Sabía lo que quería Jack. Era lo mismo que él, y el resto, habían querido desde el principio: el Libro. Y todo el conocimiento y poder que contenía. Pues... Jack podía obtener uno de los dos.

—¿Dónde está? —reclamó Jack.

Harte no sabía si la decisión que estaba a punto de tomar era la correcta o si sería el error más grande que había cometido hasta el momento. Pero por la mirada enloquecida de Jack, supo que sería capaz de cumplir sus amenazas. Después de todo, para él, Estrella era desechable. No sabía qué era, ni siquiera podía imaginar lo útil que podría serle, así que no vacilaría a la hora de dispararle. Y si eso sucedía, si Estrella moría en aquel lugar y en aquel momento, Harte también estaría perdido.

Sintió un estremecimiento cuando la voz intentó abrirse camino a la superficie de su mente. Empujándolo hacia delante. *Urgiendo a que lo hiciera*.

Harte extrajo el Libro del interior de su abrigo.

—No puedes... —dijo Estrella al verlo, pero Jack la apartó a un lado, silenciándola con la amenaza del revólver contra su espalda.

Sus ojos se abrieron ligeramente, brillando con un destello de avidez.

—Dámelo —escupió bruscamente.

—Sé cuánto quieres esto, Jack —dijo Harte, asumiendo el rol familiar que había perfeccionado a lo largo de los últimos años... el del mago apacible, dotado de un optimismo tenaz—. ¿Cuántas veces me hablaste de la forma en la que tu tío y sus amigos te alejaban de todo lo que podías ser, impidiéndote el acceso a este Libro? Pues, aquí lo tienes, Jack. Puedes quedártelo... el poder del *Ars Arcana* y todo el conocimiento que contiene. Simplemente, tienes que soltar a Estrella, y puede ser tuyo. Puede ser *todo* tuyo.

Los ojos gélidos de Jack estaban decididos. Harte percibía que su deseo por el Libro ardía, candente y virulento. Quería aceptar...

Entonces, su expresión cambió, y su labio se curvó ligeramente hacia un lado.

—Ahora sé que me estás mintiendo. ¿Esperas que crea que renunciarías a todo eso por *ella*? ¿Después de todo lo que has hecho para conseguirlo? —Jack sacudió la cabeza—. Ninguna chica lo *vale*.

Harte soltó una risita burlona, incluso mientras su estómago amenazaba con dar un vuelco.

—Pues, tienes razón... quédate con ella, entonces... De todos modos, prefiero quedarme con esto —mintió, haciendo alarde de volver a guardar el Libro en el bolsillo y volverse para alejarse.

Ignorando la forma en la que el cuerpo de Estrella se tensó, Harte empujó hacia abajo la voz que rugió de malestar ante la idea de dejarla atrás. Tuvo la sensación de que la estación se alejase a su alrededor: el olor a humo de carbón y el ruido de los primeros pasajeros del día; el siseo del vapor de un tren cercano y la última llamada del conductor. Ninguno de los ruidos o de las escenas de la estación le afectaron porque toda su energía estaba concentrada en alejarse de Estrella.

Harte caminó exactamente tres pasos antes de que Jack hiciera exactamente lo que había esperado.

—¡Espera! —gritó.

Se volvió lentamente, fingiendo irritarse ante su cambio de parecer.

—¿Sí?

Jack alzó el mentón, un movimiento brusco que acompañó la exigencia de sus palabras.

—Si lo que tienes es realmente el *Ars Arcana*, deberías poder probarlo. Será suficiente con alguna demostración del poder del libro.

Harte se abstuvo de manifestar el alivio que sintió al escuchar sus palabras.

—Por supuesto... —Extrajo el Libro de nuevo. El corazón le latía fuerte y regularmente en los oídos como un tren descontrolado por las vías.

Los ojos de Estrella parecían decididos, desesperados por transmitir un único mensaje que Harte estaba igual de decidido a ignorar: *No*.

Confía mí, rogó en silencio, pero no estaba seguro de que pudiera comprenderlo.

Aparentó examinar el libro, hojear sus páginas desiguales y admirarlo.

—A pesar de su aspecto humilde, este Libro es bastante asombroso. Ya he aprendido tanto de él —le dijo a Jack, interpretando el papel con aún más deleite y consolándose con aquella parte familiar y confiada de sí mismo—. Creo que quedarías *muy* impresionado si vieras lo que puedo hacer con él.

Jack tan solo lo miró indignado.

—Lo dudo. Si ese libro tuviera un poder *real*, no seguirías ahí hablando.

Harte concedió el punto encogiendo los hombros.

—Tienes razón, Jack. Así que no hablemos más. —Extendió el Libro delante de él.

El rostro de Estrella estaba plegado por el dolor; su expresión, urgente por el pánico.

—No, Harte, no puedes...

Pero antes de que pudiera concluir, Harte arrojó el Libro en el aire, muy por encima de sus cabezas.

LA ELECCIÓN

1902, Nueva Jersey

Cuando vio a Harte sacar el Libro del interior de su abrigo y extenderlo a Jack como una ofrenda, Estrella se olvidó del dolor que le provocaba el revólver que se mantenía hundido con fuerza en la parte baja de su espalda.

—¡No! —gritó al mismo tiempo que el Mago arrojaba el Libro en el aire.

Fue como si todo sucediera a cámara lenta: en cuanto el Libro estuvo en el aire, Jack la soltó y se abalanzó para cogerlo. Casi en el mismo instante, Harte se arrojó sobre ella y la sujetó por la muñeca.

—¡Ahora! —la instó.

De pronto, comprendió la intención del Mago desde el principio, y con la velocidad y la seguridad que provenían de una combinación de instinto y años de entrenamiento, recurrió a su afinidad y ralentizó el tiempo... justo cuando el Libro caía sobre la mano extendida de Jack.

Estuvo a punto de desplomarse de alivio al ver que la estación a su alrededor se sumía en un silencio inquietante... El vapor de una locomotora cercana quedó suspendido en el aire, una nube estática de humo y polvo que envolvía a las figuras que habían quedado atrapadas en su interior, y toda la gente que estaba sobre el andén quedó inmóvil a su alrededor. Jack también quedó paralizado en pleno salto, su rostro inmovilizado en una mirada delirante de locura y con las puntas de sus dedos casi aferrando el pequeño volumen de cuero que era el origen de todos sus problemas.

Estrella sentía su afinidad debilitada, vacilante, pero seguía allí.

Casi de inmediato, sintió que Harte la atraía contra su pecho y que la rodeaba con su familiar olor mientras la envolvía entre sus brazos.

—Menos mal que lo has entendido. —Tenía el aliento cálido mientras hundía el rostro en su cuello, y sintió que temblaba.

Apenas percibió sus palabras. Apenas advirtió la tibieza de su cuerpo, fuerte y sólido, porque toda su concentración estaba puesta en el precario control que tenía sobre los segundos que se dispersaban a su alrededor.

Sin soltarla, Harte se apartó y examinó su rostro. Había una pregunta en sus ojos grises que ella no pudo discernir, y por un momento tuvo la sensación de ver de nuevo aquel extraño destello de colores en sus iris.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al fin.

—He tenido días mejores —respondió, restándole importancia a su preocupación con la aptitud que había logrado adquirir tras años de entrenamiento bajo la mano dura del profesor Lachlan.

Lo cierto era que le temblaban las piernas, y le seguía doliendo la zona en la que había sentido que le apuntaba el revólver, justo por encima del riñón derecho, a causa de la presión. Más tarde le saldría un hematoma, pero prefería, sin duda, el cardenal a la bala que seguramente le habría costado la vida.

A su alrededor, la red material del tiempo parecía temblar y vibrar... o quizá fuera su propia magia. Su poder seguía allí, pero lo sentía escurridizo y demasiado volátil, tenía que concentrarse más de lo habitual. Cuanto más se enfocaba en impedir que el tiempo se le escurriera, más

aumentaba el dolor detrás de las sienes.

Una parte de ella quería apoyarse en Harte. No la había traicionado ni la había abandonado. El dolor de cabeza, además del control inestable de su afinidad, hizo que se volviera *necesario* recibir todo el afecto y la fuerza que pudiera de la seguridad que emanaba su cuerpo.

Pero en cuanto aquel pensamiento cruzó por su mente, lo rechazó. Aquella clase de necesidad no representaba más que debilidad. En cambio, recurrió a su *propia* fuerza y retrocedió un paso hasta que ambos quedaron conectados solo por la suave presión de su mano entre la suya. Era justo la conexión necesaria para mantenerlo unida a él, y evitar que quedara paralizado como el resto de la estación a su alrededor, además de la distancia necesaria como para aliviar parte del deseo que la había perturbado un momento atrás. Pero con cada segundo que pasaba, la lucha con su afinidad solo empeoraba.

—Deberíamos marcharnos —le dijo.

Harte la estudió durante un momento, con la boca curvada hacia abajo en una mueca pensativa. Sintió la extraña necesidad de besarla, aunque solo fuera para observar el cambio de su expresión; aunque solo fuera para borrar el recuerdo de Jack. Pero no se dejaría llevar por sus deseos, no mientras sus labios siguieran contaminados por el recuerdo del beso violento que le había dado, impregnado de whisky.

Juntos se acercaron a él, suspendido en la red del tiempo. Harte extendió la mano hacia arriba y extrajo fácilmente el Libro de las puntas de sus dedos. Luego lo volvió a meter dentro de su propio abrigo.

—¿Lista?

Jack seguía suspendido en pleno salto, con el brazo en alto como para coger algo que ya no estaba allí. Pero sus ojos ardían con un odio que hizo vacilar a Estrella, incluso mientras el tiempo empezaba a escurrirse de entre sus dedos.

—No podemos dejarlo aquí sin más —le dijo a Harte, esforzándose por mantener el control de los segundos—. Ahora sabe que estás vivo. Sabe que tienes el Libro. Cuando desaparezcamos, adivinará lo que somos.

Harte le echó un vistazo, manifestando una súbita cautela.

—Podría contarle a la Orden que sigues vivo o venir tras nosotros él mismo. —Las sienes le martilleaban con más intensidad aún, y a su alrededor todo lo que tenía a la vista comenzó a oscilar. Sintió que la oscuridad se filtraba entre ellos reflejando la oscuridad de sus pensamientos, y extendió la mano para quitarle el revólver de las manos a Jack—. Mientras siga vivo, representa un peligro para nosotros.

—No podemos matarlo sin más —dijo Harte. El tono de su voz rechinó contra sus nervios.

—Él pensaba matarme a mí. —Descendió la mirada hacia la pistola que ya tenía entre sus manos. Concentrándose en el arma, casi podía ignorar la forma en la que la oscuridad amenazaba con penetrar entre los bordes de su campo de visión, intensificándose como para equiparar el odio que crecía en su interior al sopesar entre sus manos el cuerpo sólido del revólver.

No solo la habían entrenado para matar con sus puños y navajas. Un revólver no era su primera opción, pero sabía cómo usarlo. También sabía lo que significaba que el arma estuviera ya amartillada y preparada para disparar, así que comprendía lo cerca que había estado de que una bala la atravesara y le destrozara los riñones y las entrañas... Habría sido una herida irreparable que habría conducido a una muerte dolorosa, especialmente en aquella época.

—No nos iba a soltar a ninguno de los dos —le dijo a Harte.

La sujetó con suavidad por la muñeca, como para detenerla, pero luego vaciló. El remolino de

extraños colores volvió a girar en sus ojos como antes, y Estrella sintió que la misma energía empezaba a trepar por su brazo, como cuando habían cruzado el puente. Por un momento pensó que aceptaría, pero luego parpadeó y sus ojos se despejaron mientras le quitaba el revólver de las manos y bajaba el percutor con suavidad.

Cuando finalmente habló, tenía la voz tensa.

—No somos como él, Estrella.

—¿No? —preguntó, pensando en todas las personas que ambos habían estado dispuestos a traicionar durante las semanas anteriores a obtener el Libro, a conseguir lo que deseaban. También pensó en todas las personas que eran inocentes, pero que sufrirían por lo que ella había hecho, por las elecciones que había tomado. Podía acabar con aquello. Podía, por lo menos, detener a Jack.

A su alrededor, la oscuridad seguía creciendo, filtrándose en el mundo apacible y silencioso. Sería incapaz de retener el control del tiempo mucho más tiempo.

—Si lo dejamos aquí, ¿cuántos más morirán?

—Si lo matas a sangre fría, te cambiaré —le dijo Harte con firmeza—. No vale la pena pagar ese precio.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó, incluso mientras la oscuridad continuaba aumentando. Por aterrador que fuera, tenía algo extrañamente irresistible—. Porque *yo* no lo valgo.

Volvió a mirar a Jack. Era cierto que él no era el causante de su dolor. No había sido quien la había manipulado, asesinado a su familia y despojado de todo lo que creía que era hasta que solo había quedado aquella cicatriz en carne viva en la que se había convertido. Pero, sin duda, no era inocente.

Había tanta maldad en el mundo, y habría tanta más en el futuro. Tal vez que ofreciera su alma valía la pena si con ello existía la posibilidad de detener, aunque solo fuera un poco, todo aquello. Ciertamente, podía marcharse y dejar a Jack allí, sano y salvo... Capaz de hacerle daño a cualquiera. O podía cambiar las cosas. Ella podía darle forma a la venganza que ardía enardecida en la boca de su estómago.

Hizo un ademán para coger de nuevo el revólver, pero Harte lo alejó de ella.

—Estoy *seguro* —dijo, extrayendo el cilindro rotatorio, vaciando las balas sobre el suelo y colocando el arma en el bolsillo del abrigo de Jack.

—Harte... —empezó a protestar.

—En cambio, mi alma ya está bastante mancillada —interrumpió, llevando el puño hacia atrás.

Cuando sus nudillos se estrellaron contra el rostro de Jack, el crujido nauseabundo de sus huesos resonó a través de toda la plataforma silenciosa. Estrella ya había empezado a sentir que su afinidad se debilitaba, y que la oscuridad comenzaba a escurrirse a su alrededor. Cuando el puño de Harte hizo contacto, la conexión entre el mago y Jack interrumpió su afinidad ya alterada. Sacudida por la incorporación de un nuevo cuerpo al circuito de la magia que había entre ambos, su concentración flaqueó, y el tiempo escapó a su control.

El mundo se puso en marcha de nuevo. A su alrededor, volvió a oírse el bullicio del andén. Harte se volvió para mirarla. No comprendía por qué había fracasado, pero ella no tenía ni las palabras ni el tiempo necesario para explicárselo.

Detrás del Mago, la cabeza de Jack volvió a erguirse con un chasquido de la misma forma que el mundo a su alrededor se ponía en movimiento con una fuerte oscilación, pero él no descendió.

—¡Vamos! —instó Estrella, tirando de Harte. Echó un vistazo a Jack, meciéndose sobre sus pies mientras palpaba con suavidad su nariz ensangrentada y parpadeaba, confuso. Estaba aturdido, pero no duraría mucho—. Tenemos que llegar a un tren.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Harte—. ¿Por qué has soltado el control?

—No quería... —atinó a responder, pero no sabía cómo empezar a describir la oscuridad que había visto o el vacío que había sentido—. Ahora, no —dijo, tirando de nuevo de él mientras intentaba encontrar las hebras del tiempo y concentrarse lo suficiente para ralentizarlas.

Juntos, corrieron, abriéndose paso a empujones a través de la multitud nerviosa, esquivando viajeros ensimismados y carritos de equipaje mientras corrían hacia la única oportunidad de escapar que tenían.

—No he conseguido los billetes —le dijo, alzando las faldas para seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—No importa. —Su mano apretó la suya con más fuerza mientras corrían—. Ya encontraremos una solución para eso. Ahora solo tenemos que subir a un tren. A estas alturas, a *cualquier* tren.

—Plataforma siete —insistió, pensando en la gema que esperaba en Chicago—. Tenemos que llegar a la plataforma siete.

Cuando llegaron al andén, el estridente sonido de un silbato atravesó el rumoroso bullicio de la estación. Estrella echó un vistazo por encima de su hombro y vio a Jack siguiéndolos de cerca, con un oficial de la estación detrás. El tren empezó a avanzar lentamente sobre las vías. Una columna de humo cubrió el andén con una pesada nube de carbón y azufre al mismo tiempo que el vapor de las locomotoras siseaba y el tren cobraba velocidad.

—¡Vamos! —gritó Harte cuando los pasos de Estrella flaquearon. Delante, otros dos policías corrían hacia ellos, con las porras ya en alto, gritando para que la gente se apartara de su camino. Arrojó algunos equipajes que encontraron a su paso para crear una barrera que bloqueara a quienes los seguían. Pero aquello no sería suficiente para retenerlos—. Necesitamos más tiempo —le dijo, haciendo que rodeara a un anciano.

Estrella sentía su afinidad más inestable que nunca, y la magia parecía haberla abandonado, inaccesible. Su corazón bombeaba, la cabeza estaba a punto de estallarle, y el tiempo se deshilachaba como los extremos de un pañuelo que la brisa acabara de arrancarle de las manos.

—No puedo —le dijo.

Vio la confusión en sus ojos cuando se volvió para mirarla, pero no vaciló. Corriendo junto al tren ya en marcha, extendió la mano hacia la parte posterior de uno de los vagones y tiró de ella hacia delante, levantándola sobre la plataforma mientras corría a su lado. Alargó la mano para alcanzar la manija de la puerta de acceso al vagón para subirse al mismo cuando Estrella vio a Jack.

—¡Cuidado! —gritó, pero la advertencia llegó demasiado tarde.

Antes de que pudiera ascender al vagón, Jack había alcanzado la muñeca de Harte y tiró de él hacia atrás.

—¡Harte! —Estrella se preparó para saltar del tren cuando él le gritó que no lo hiciera.

A su alrededor, la gente se detenía para ver lo que estaba ocurriendo. El andén entero quedó cubierto por una extraña y silenciosa atmósfera que no tenía nada que ver con la afinidad de Estrella. En cambio, guardaba relación directa con la curiosidad de los demás pasajeros.

Harte se apartó bruscamente de Jack, sacando el brazo por fuera del abrigo para soltarse. Tras soltar al Mago y perder el equilibrio, Jack cayó hacia atrás, con el abrigo en la mano. Un instante después, Harte había conseguido subir al tren.

—Vamos —le dijo, conduciéndola hacia la parte delantera del vagón casi vacío—. No podemos quedarnos aquí... —empezó a decir. Pero antes de que hubieran llegado siquiera a avanzar un poco, un oficial de la estación entró por la puerta. En cuanto los vio, extrajo su bastón y bloqueó

la entrada. Los pocos pasajeros que había sentados en el vagón levantaron la mirada, intrigados por lo que sucedía.

Harte caminó delante de ella, haciéndola retroceder levemente hacia la salida trasera. Apenas habían tenido un minuto para recobrar el aliento cuando la puerta del vagón se abrió detrás de él. Estrella se volvió para ver a Jack bloqueando la otra vía de escape.

—Sácanos de esta, Estrella —murmuró Harte, concentrado en ambos extremos del vagón y en los atacantes que venían a por ellos.

—No tienes a dónde ir, Darrigan —dijo Jack, con una sonrisa de suficiencia deslizándose en su rostro.

—Tiene razón, joven. Levante las manos y arrodílese, podemos hacer esto por las buenas —dijo el oficial desde la parte delantera del vagón.

Estaban atrapados. Incluso si Estrella conseguía detener el tiempo, no tenían a dónde ir... ninguna manera de escapar.

Excepto, una.

Estrella jamás había intentado deslizarse a través del tiempo así... sobre un vehículo en movimiento. El tiempo estaba conectado con un lugar, lo que significaba que solo podía escurrirse a través de él si ese lugar existía en la época a la que pretendía desplazarse. Pero no hacía falta ir muy lejos... un día o dos, quizá una semana, solo lo suficiente para aparecer en una versión diferente de aquel tren, a salvo de aquel peligro.

Puso todas sus fuerzas y todas sus energías en concentrarse en los segundos que trancurrían a su alrededor. Ignorando el martilleo en sus sienes, recurrió a su afinidad con más potencia que nunca. La gema sobre su brazo, la Llave de Ishtar, se volvió tibia y molesta mientras Estrella se concentró para encontrar los espacios que quedaban suspendidos entre los segundos y escoger entre las capas de momentos que constituyen la realidad de un lugar. Pasándolas de prisa, buscó desesperada lo que quería.

A su alrededor, el tren empezó a traquetear, vibrando sobre las vías con tanta violencia como para que el policía tuviera que sujetarse del respaldo de un asiento para mantenerse en pie.

—¿Qué sucede? —preguntó Harte.

Pero Estrella no podía oír nada más que el rugido en sus oídos, buscando afanosamente hasta que lo único que pudo ver fue la multiplicidad de los momentos que se apilaban a su alrededor, sólidos y reales como los del presente.

Examinar el tiempo solía ser como hojear las páginas de un libro, buscando una palabra, algún detalle que permitiera dar con la fecha y el tiempo exactos. Por lo general, tenía tiempo para concentrarse y revisar las diferentes capas hasta llegar al punto exacto que estuviera buscando, a un punto *seguro*. Pero la velocidad en aumento del tren y el calor de la conexión entre ella y Harte que desviaba su atención, hicieron que el tiempo pareciera moverse a la deriva. En lugar de encontrar un lugar seguro, halló enormes grietas donde el tren que los llevaba no existía.

Encontrar el mismo tren, en el mismo lugar... en un tiempo diferente...

Se concentró con todas las fuerzas que tenía, con todo lo que *era*, desafiando a la imposibilidad de todo aquello. La Llave de Ishtar se volvió más y más ardiente, hasta que prácticamente le quemó el brazo. Y luego, *lo encontró*. Un destello de posibilidad.

Aunque el mundo parecía estar colapsando sobre ellos, y el suelo, desplomándose bajo sus pies, no se detuvo. Tomó la mano de Harte y los arrastró a ambos a través del tiempo.

EL TEATRO WALLACK

1902, Nueva York

Jianyu Lee comprendía el peso del fracaso. Su naturaleza angustiada lo había ahuyentado de la casa de su hermano y más tarde lo había enviado, desesperado por probar su valía, a una nueva tierra. Como el relato de Kua Fu que perseguía el sol, Jianyu había intentado dejar atrás las decepciones de su niñez. En cambio, las había llevado a costas durante aquel viaje interminable por mar y tierra, solo para encontrar incluso más desencantos aguardándolo al llegar a aquella ciudad y descubrir que las promesas del agente de las Seis Compañías habían sido mentiras.

Intentó sacar el mayor partido posible de trabajar para Wung Ah Ling, el hombre que se había reinventado como Tom Lee. Con el alfiler de corbata de diamantes y su elegante sombrero derby, el autoproclamado «alcalde» de Chinatown era bien conocido por toda la ciudad. Le encantaba la idea de tener a un mageus entre sus empleados y había acogido a Jianyu bajo su tutela. Lee lo había ayudado a perfeccionar el inglés que había aprendido durante su largo viaje, y le explicó que el trabajo del tong era asistir a sus compatriotas a sortear las extrañas costumbres de aquella insólita tierra. Protegerlos. Pero cuanto más dinero recaudaba de los sobornos a los que sometían a los pobres tenderos de la zona, que vivían en las mismas habitaciones en las que trabajaban mientras que Tom Lee vivía en el esplendor palaciego de su apartamento de tres plantas en el 20 de Mott Street, más cuenta se daba de que Lee no difería mucho de los ricos mercaderes que había conocido en Gwóng-dūng, que cenaban copiosamente mientras los pobres campesinos se morían de hambre.

El día que Lee envió a Jianyu a recaudar el dinero de un lavandero cuyo rostro surcado de arrugas y su áspera voz le recordaron al abuelo que había perdido algún tiempo atrás, entendió que seguía siendo un bandido. El nuevo comienzo que tanto había esperado era más de lo mismo. Después de aquello, cada día que continuó trabajando como lacayo de Tom Lee, usando su afinidad contra los desvalidos, había añadido otra piedra más a su carga. Pero Dolph Saunders le había dado una nueva manera de deponer su carga al ofrecerle un lugar entre los Hijos del Diablo. El sueño de destruir el Umbral le brindó de nuevo esperanzas de un futuro diferente, para sí mismo y para todos aquellos compatriotas que tuvieran una afinidad y que podrían verse amenazados si permitían que el poder canceroso de la Orden siguiera extendiéndose.

Jianyu había estado tan ocupado evitando el peligro de la Orden que no había advertido la amenaza que crecía en su seno. Nadie la había visto, y el precio había sido la vida de Dolph. En los días que siguieron a su muerte, se sintió invadido de nuevo por aquella vergüenza que le resultaba tan familiar, agazapada en las sombras, silenciosa, esperando a que le hiciera frente a sus fracasos de nuevo. Tal vez podría haberlo hecho. Tal vez algún día aún lo hiciera, pero por el momento tenía otra misión entre manos. Nibsy Lorcan era un peligro incluso peor que la Orden, la cual parecía concentrar su poder en Nueva York. Si lo que Harte Darrigan le había dicho era verdad, las ambiciones de Nibsy eran mucho mayores. Si controlaba las gemas, su poder podría extenderse más allá del océano. Cualquiera que fuera el desenlace, no podían permitir que Nibsy Lorcan venciera.

Jianyu le había prometido a Darrigan que protegería a Cella Johnson y a la gema que llevaba.

Era el primer paso para derrotar a Nibsy, y no fallaría.

Pero lo primero que debía hacer era encontrarla antes de que lo hiciera otro.

Después de la confrontación con la mujer del sótano del teatro, Jianyu no tenía ninguna intención de marcharse de allí hasta que no estuviera seguro de que Cela no se encontraba dentro. Ese era el motivo por el que se había pasado el día observando las puertas del teatro desde un callejón desde el otro lado de la calle, envuelto en luz, para que nadie lo viera mientras esperaba. Había pasado toda la mañana observando el ir y venir de toda aquella gente que no tenía que preocuparse por quién o qué eran, personas que sabían que pertenecían a aquel lugar o que podían fingir que lo hacían. ¿Cuántos de los que habían pasado junto a él aquella mañana eran también mageus, capaces de integrarse con el resto y volverse invisibles entre la multitud sin usar ningún tipo de magia? Era una ventaja de la que Jianyu no había gozado desde el día que había abandonado su propio país.

De todas formas, la magia allí había sido diferente. No había una Orden ni un Umbral. Su afinidad no había sido un lastre como lo era en aquel lugar.

No sabía con certeza en qué momento el cansancio acumulado de prácticamente dos días terminó derrumbándolo, pero para cuando la punta de la bota de un policía lo despertó con un sobresalto, estaba a punto de hacerse de noche. Tras enseñarle los documentos de identidad que le había requerido, documentos falsificados que servían de protección cuando no podía usar su afinidad, Jianyu fingió seguir su camino como le habían ordenado. Cuando el policía se marchó, atrajo su afinidad hacia sí y regresó al teatro para esperar hasta que el público de la última función saliera por la puerta principal y el incesante goteo de artistas que salían por la entrada de artistas cesara.

Esperó todavía un rato más hasta que vio a la mujer con la que se había cruzado antes marcharse, su cabello, como una llamarada intensa bajo el brillo de la marquesina nocturna. Una vez que pudo doblar la esquina y quedó fuera del alcance de la vista de cualquiera, volvió a rodearse de luz y entró una vez más en el teatro. Dentro, soltó su afinidad, por si quedaba por allí alguien más que pudiera percibir la magia, y dejó que sus ojos se ajustaran a la escasa luz. De nuevo empezó a buscar a Cela, sin dejar de rogar que no hubiera salido sin que él hubiera podido verla por haber caído vencido presa del cansancio.

No vio ninguna señal de un taller de vestuario detrás del escenario, así que volvió al sótano, donde la mujer había detenido su anterior búsqueda. Aunque Cela no estuviera allí, su taller quizá podría darle alguna pista con respecto a su paradero actual.

Estaba demasiado oscuro para buscar bien sin algo de luz, así que se arriesgó a usar los discos de bronce pulido que llevaba en el bolsillo de su túnica. Dirigiendo su afinidad a través de ellos, amplió las minúsculas hebras de luz que lo rodeaban y envolvió la oscuridad con ellas hasta que surgió un resplandor. El suave halo de luz lo guio a través del espacio polvoriento mientras realizaba la búsqueda, escrutando alguna señal de que había estado en lo cierto... de que Cela Johnson estaba, de hecho, allí.

Finalmente, llegó a una habitación al fondo del sótano. La puerta se encontraba herméticamente cerrada y bajo llave, pero forzó la cerradura con destreza y la abrió. Al otro lado de la puerta se encontró con un taller. El brillo de sus discos reveló que se trataba de un pequeño reducto, pero aseado y limpio. Había rollos de seda y diferentes telas apilados por todas partes. Recorrió con el dedo el frío metal de la pesada máquina de coser que estaba situada en el rincón, y al examinarlo quedó limpio. No había polvo acumulado allí ni en ningún otro lado. Daba la sensación de que la habitación se utilizaba con regularidad... y que se había hecho recientemente.

—¿Cela? —llamó suavemente dirigiendo la voz hacia la oscuridad—. ¿Cela Johnson? ¿Estás ahí?

Aguzó el oído, sabiendo que el silencio sería la única respuesta, antes de intentarlo una vez más.

—Me llamo Jianyu Lee y he venido a ayudarte. —Volvió a hacer una pausa, sopesando los riesgos de divulgar demasiado si había otra persona oyendo, y luego decidió correr el riesgo—. Harte Darrigan me envió para que te protegiera.

Se quedó de pie durante un tiempo, esperando, con los oídos bien abiertos y atento a cualquier señal de vida, cualquier indicación de que Cela siguiera allí. En el rincón oyó un susurro.

Pero cuando alzó el disco, la brillante luz reveló la cola de un roedor justo antes de que huyera corriendo.

Cela Johnson había estado allí, y no hacía mucho tiempo. Jianyu estaba seguro de ello. Pero ya no. Solo una pregunta planeaba ominosamente por encima de todas las demás: ¿se había marchado por voluntad propia o alguien la había encontrado antes que él?

PENOSAS VICISITUDES

1902, Nueva York

Cela odiaba la oscuridad. La había odiado desde pequeña, cuando Abel la había encerrado en el sótano de carbón del Viejo Robertson para castigarla por haberse comido las últimas de sus mentas. Para cuando finalmente la dejó salir, había llorado tanto que los mocos se le escurrían de la nariz, tenía la cara hinchada y se había quedado sin voz. Para calmarla, su hermano le dio un abrazo torpe, la única clase de abrazo que sabían dar los chicos adolescentes, prometiéndole que jamás lo volvería a hacer.

Mantuvo aquella promesa todo lo que pudo.

Pero Abel ya no está.

El dolor volvió a estrujar su corazón con tanta fuerza que creyó que se detendría por completo. Tuvo que hacer una pausa solo para obligarse a respirar. Pero no podía permanecer allí. Con o sin oscuridad, arreglárselas dependía de ella misma.

Pudo oír la voz del hombre que la llamaba por su nombre una vez más, y luego oyó que decía que Harte Darrigan lo había enviado. Para protegerla, justamente. Pues considerando que Harte Darrigan no le había causado más que un cúmulo de penosas vicisitudes, quienquiera que estuviera allí podía abstenerse de brindarle ayuda alguna. Sin duda, tampoco quería que nadie la protegiera. Ya tenía sobre su conciencia dos vidas que habían intentado protegerla, y llevaría aquellas dos almas a costas durante el resto de sus días.

Incluso después de creer que se había marchado, aguardó, solo para estar segura, antes de alzar el pestillo del panel que había sobre el muro tras el que se había ocultado para salir. Había dispuesto aquel escondrijo para guardar sus enseres de costura cuando necesitaba hacerlo. Daba igual que en el Wallack todo el mundo obtuviera el traje que necesitaba. Siempre había alguien con la mano larga que quería más.

Jamás tuvo intención de ocultarse allí, pero la idea había funcionado igual de bien.

Sus ojos ya estaban habituados a la oscuridad, así que no le costó abrirse camino por el pequeño espacio de su taller. Le agradó descubrir que su visitante le había dejado la puerta abierta.

No se molestó en coger nada de allí para ella, tan solo un trozo de tela para emplear como envoltorio. Cerró la puerta del taller y le puso llave a aquella parte de su vida... no regresaría. Jamás. Luego, avanzando a paso firme y seguro, siguió las ligeras pisadas del hombre escaleras arriba, a través de los pasillos traseros que conducían a la entrada de artistas, hasta escabullirse en la noche.

CALLES DESPOBLADAS

1902, Nueva York

Tras su fallida búsqueda de Cella en el teatro, Jianyu se encontró en un callejón sin salida. No tenía idea de dónde buscarla, pero si estaba en manos de la mujer del teatro, o en manos de cualquier otro, necesitaría ayuda. Debía encontrar a Viola, lo que implicaba que tendría que regresar al Bowery.

Era muy consciente de que en el Bowery había estallado el caos. Y con Nibsy Lorcan al mando de los Hijos del Diablo, las calles que rodeaban el Strega ya no serían tan seguras para él como antes.

Había un lugar en la ciudad donde acogían y ayudaban a sus coterráneos: en las calles adyacentes a Mott Street, más conocidas como el barrio chino. Podía ir allí, pero Jianyu se había vuelto persona *non grata* más de dos años atrás al quebrantar el juramento de lealtad a Tom Lee y el Tong On Leong cuando desertó a los Hijos del Diablo.

Si los On Leong lo atrapaban en aquel momento, harían que pagara por sus transgresiones. La pregunta era cuál sería el precio. Tom Lee podía hacer uso de la violencia simplemente o podía intentar otra cosa. Después de todo, Jianyu era sobrino de Lee solo en los papeles. Con Dolph, los secretos que había logrado reunir lo habían mantenido a salvo de Tom Lee, pero el poder de aquellos secretos había desaparecido con la muerte de Dolph. Si a Lee se le ocurría, podía alertar a las autoridades de su precaria situación en aquella ciudad... y podía denunciar que sus documentos eran falsos. La deportación de Jianyu equivaldría a una pena de muerte: ser expulsado de la ciudad significaba pasar por el Umbral.

No parecía valer la pena intentar sortear aquellos peligros en la quietud de la noche, cuando era mucho más difícil recurrir a su afinidad para ocultarse. En cambio, puso rumbo hacia el este, a la calle 24, a tan solo unas calles de donde estaban a punto de terminar un nuevo rascacielos. Allí, un amigo que Jianyu había conocido durante sus primeros días en la ciudad tenía una pequeña lavandería junto a su esposa, una fornida irlandesa de ojos amables y mejillas rubicundas. Dado que habían pasado años, Ho Lai Ying se sorprendió al verlo, pero conocía el alcance de los tongs. Aunque no despertó a su mujer ni a su familia, Lai Ying le ofreció un plato de comida y un sitio tibio para pasar la noche. Jianyu apenas durmió, y desapareció antes del amanecer para no exponer a su amigo a ningún peligro.

A medida que la mañana se fue volviendo más cálida, sus pasos por fin lo condujeron al Bowery. Tenía que hablar con Viola, pero también debía encontrar a Cella sin despertar el interés de nadie más que pudiera estar buscándola a ella o a la gema. Estaba tan concentrado considerando sus opciones que no se percató del par de hombres que habían empezado a seguirlo no mucho después de cruzar Houston. Para cuando sintió su presencia, era demasiado tarde como para desplegar la luz a su alrededor... no sin revelar qué era.

Aligeró el paso y se dirigió hacia una de las vías más concurridas. Quizá sería menos probable que le hicieran algo si había suficientes testigos. Era una esperanza ingenua y poco convincente. Las calles estaban prácticamente vacías a aquellas horas de la mañana, e incluso si hubieran estado atestadas, era más probable que los testigos se sumaran al ataque y no que lo ayudaran.

En un instante, los hombres lo tenían flanqueado, y supo que no tenía muchas opciones. Se

volvió, con las manos en alto, listo para una pelea, pero los hombres se miraron y soltaron una carcajada. Iban vestidos con el familiar uniforme de los matones del Bowery: camisas de llamativos colores y chalecos a rayas o a cuadros, pantalones de corte elegante y los bombines que se veían por todas partes, ladeados sobre un ojo. Su piel pálida y opaca parecía demacrada y enfermiza en comparación con sus prendas llamativas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó uno de ellos, riendo al otro—. He visto cómo peleáis... como gallinas batiendo las alas tras cortarles las cabezas. —Avanzó, sus ojos estrechos, tan pesadamente velados que parecía medio dormido—. Vamos. Dame lo mejor que tienes... El primer puñetazo es gratis.

Jianyu mantuvo la atención dividida por igual entre los dos mientras giraban en círculos alrededor de él.

—Vamos, maldito cabrón —lo provocó el otro, sin dejar de reír sombríamente.

Quizá esperaban otra cosa de él. O quizá fueran más bocazas que inteligentes, pero aceptó su oferta y se lanzó contra ellos. El más fornido de los dos fue demasiado lento como para evitar su primer golpe. Cayó derribado fácilmente, despatarrado sobre el polvo de la calle y gimiendo por el daño que le había ocasionado el puñetazo en el rostro.

El otro lo observó con los ojos desorbitados por un instante, mirando a su amigo con una especie de sorpresa horrorizada que Jianyu celebró hasta la médula. Pero había pasado demasiado tiempo entrenándose en los Hijos del Diablo con el resto de la banda de Dolph como para no aprovechar aún más la sorpresa de aquellos dos. Giró rápidamente y asestó el puño contra el estómago del otro chico, robándole el aire antes de que se diera cuenta de lo que sucedía.

El primero estaba poniéndose de pie, expulsando sangre por la nariz y con los ojos llenos de ira, pero una extraña calma se había apoderado de Jianyu. Con una sonrisa lenta y burlona, alzó la mano y le hizo señas para que se acercara. Él y el chico giraron en círculo uno en torno del otro, esquivando y eludiendo los puños de uno y otro al mismo tiempo que el segundo chico se ponía de pie. Sin advertencia, corrió hacia Jianyu, derribándolo al suelo.

Su cabeza golpeó el bordillo de la acera con un ruido sordo, y por un momento todo se volvió blanco. El momento fue suficiente para que ambos chicos sacaran provecho de él. Uno se le subió encima al instante, y antes de que Jianyu pudiera protegerse, sintió un puñetazo en el costado. Arremetió contra él, asestando un golpe o dos más, pero el otro ya había conseguido ponerse de nuevo en pie y unirse al primero.

Una patada atroz cayó sobre su espalda, y su cuerpo entero se estremeció con un dolor insoportable.

—Eso te servirá de lección —gruñó uno de los chicos, asestándole un puñetazo más en el estómago—. Maldito y sucio...

Jianyu no necesitaba escuchar el resto para saber lo que había dicho. Aquella palabra, o palabras como esa, lo habían seguido desde que había llegado en barco hasta México. Las había escuchado mientras viajaba en tren, en silencio, durante días, primero, para cruzar la frontera y, luego, un país al que sabía que jamás pertenecería. Aquellos insultos lo habían acompañado en mitad de la noche cuando el barquero lo ayudó a entrar clandestinamente en Manhattan. Y desde que había llegado, había oído el insulto, o una versión de él, todos los días en las calles de la ciudad, lanzado por mugrientos mendigos que no tenían suficiente hombría como para mirarlo a los ojos al decirlo.

Hizo un esfuerzo por ponerse de rodillas, pero otra patada feroz le dio en el estómago, y cayó con fuerza, con el sabor cobrizo de la sangre en la boca. Los oídos le pitaban. Tenía que

levantarse, de algún modo, tenía que ponerse de nuevo en pie si quería sobrevivir de alguna forma a aquello.

—... maldito y sucio...

Lo habían agarrado por el cabello. Uno de ellos lo sujetaba de la larga cola que llevaba trenzada sobre la espalda. Sintió un rugido en los oídos, pero no supo si era por los golpes o por el hecho de que sabía lo que estaban a punto de hacer incluso antes de oír el *clic* de la navaja abriéndose. La cabeza le martilleaba, y el sonido de mil huracanes aullaba en sus oídos. Quiso gritarles, pero tenía la boca llena de su propia sangre.

Cuando sonó, Jianyu sintió el disparo tanto como lo oyó. Lo habían realizado tan cerca que el eco resonó en su cabeza y sacudió sus huesos, aunque la bala no llegó a tocarlo.

Le llevó un momento advertir que seguía vivo... o que la bala no lo había alcanzado. Yacía con el rostro presionado contra el polvo de la calle, el sabor amargo de la sangre, llenándole la boca. Pero aún respiraba. Le dolía la cabeza, sí, pero seguía respirando.

Oyó el sonido de pisadas acercándose hasta que se encontró mirando las puntas gastadas de un par de botas color café.

—Tienes suerte de que haya aparecido justo cuando más me necesitabas —dijo la voz en los tonos familiares de su propia lengua—. Después de arrancarte la cabellera, te habrían matado.

Arrancarte la cabellera... Sabía, sin llevar la mano al cabello, que ya no estaba, y sin ella, regresar a su propio país sería imposible. Sin ella, el único sueño débil que había llevado secretamente en el alma durante tanto tiempo se hizo añicos.

—Tendrías que haber dejado que me mataran —respondió. Las palabras, un consuelo en su lengua, aunque tuviera los labios tan ensangrentados e hinchados que hicieran que sonaran confusas incluso para sí.

—¿Y por qué haría algo así? —preguntó la voz—. Llevo mucho tiempo esperando poder hablar contigo.

PODRÍA SER PEOR

Nueva Jersey

Cuando Harte volvió en sí, estaba tumbado sobre el suelo del vagón en marcha, pero los oficiales habían desaparecido. También, Jack.

Al levantarse, la cabeza le daba tantas vueltas que apenas fue consciente del suave montón de tela sobre el que se encontraba sentado o de las piernas que se movían por debajo, pero al sentarse, una arcada convulsionó su estómago. Poniéndose en pie de un salto, corrió hacia la puerta trasera del vagón, apenas consiguiendo salir a la plataforma para vaciar su estómago sobre la barandilla hacia las vías.

Se quedó allí con medio cuerpo colgando sobre la barandilla, con un sabor amargo en la boca y el soplo de la suave brisa sobre su piel húmeda mientras la tierra se desplazaba a toda velocidad bajo sus pies. Cuando poco después la puerta del vagón se deslizó para abrirse por detrás, supo sin mirar que era Estrella. Siempre que ella estaba cerca, el aire parecía cambiar de algún modo. Invariablemente era así, pero en aquel momento la voz que albergaba en su interior susurraba *sí* cada vez que ella se acercaba. *Pronto.*

Harte apartó la voz a un lado, y con la poca fuerza que le quedaba, la encerró lo más adentro que pudo. La cabeza le volvió a dar vueltas por el esfuerzo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, acercándose a él frente a la barandilla.

Asintió. Aún sentía náuseas y demasiado calor.

Porque hace demasiado calor.

El cielo ya no parecía tener la misma densidad gris que había tenido aquella mañana, y la fresca brisa primaveral había cedido ante el templado calor de un día de verano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cerrando los ojos para soportar el movimiento del tren.

—Me pediste que nos sacara a ambos de...

Harte se volvió hacia ella. Empezaba a entender lo que había pasado, pero antes de que pudiera decir nada, la puerta que había justo detrás de ellos se abrió y apareció un revisor uniformado.

El hombre examinó a Harte que aún se agarraba a la barandilla, pero no mostró ningún indicio de que algo fuera mal.

—Billetes, por favor.

No tenían billetes, pero si lograba ordenar sus pensamientos y permanecer erguido durante el tiempo suficiente como para soltar la barandilla, podría solucionar aquello. Solo necesitaba entrar en contacto...

Pero antes de que pudiera hacer nada, Estrella ya estaba hablando.

—Lo siento mucho —dijo, extrayendo una cartera oscura del interior de su capa de viaje—. Llegábamos tan tarde que no hemos tenido tiempo para comprar los billetes antes de subir al tren. ¿Podemos pagar ahora?

—Claro, claro —respondió el hombre, extrayendo un pequeño talonario y perforando dos de los billetes con una máquina de picar—. Final del trayecto... Son tres cincuenta cada uno.

Harte tendría que haber sentido curiosidad por el origen de aquel dinero. Tendría que haber mostrado algún interés por observar aquel nuevo ritual, la compra de un billete, la validación de su libertad. Pero solo tenía fuerzas para concentrarse en no seguir vomitado y en no pensar

demasiado en lo que Estrella acababa de hacer.

—¿Hay algún coche-cama disponible? —preguntó ella al revisor, cogiendo un par de billetes de la cartera y entregándoselos. Tenía el tono de voz ligero y casual, pero Harte percibió cierta crispación—. Mi esposo no se encuentra bien. Creo que sería mejor que descansara.

—No hay coches-cama —respondió el hombre, alzando una ceja en su dirección—. Este tren solo llega hasta Baltimore. Pueden transferirse a un coche-cama en la siguiente parada si viajan más lejos.

—Por supuesto. Qué boba soy —dijo con una sonrisa forzada—. Gracias, de todos modos. —Adoptó un tono de voz susurrante y ligero, pero no consiguió evitar que se colara en él un temblor de nerviosismo.

Harte esperó a que el hombre saliera del vagón antes de permitirse deslizarse hasta el suelo. La cabeza le seguía dando vueltas al apoyarse contra la barandilla, y el balanceo del tren le provocó una nueva arcada a su frágil estómago. Se obligó a dejar todo aquello a un lado y enfocar la mirada en Estrella.

—El tren de la plataforma siete no iba a Baltimore.

Estrella no le estaba prestando atención. En cambio, intentaba alcanzar con la mano algo en el interior de la manga de su vestido. Su boca formaba una línea recta de concentración... ¿o era dolor?

—Estrella...

—Espera —le dijo con los dientes apretados, y un momento después se quitó el brazalete con un jadeo sibilante—. Eso es...

Lo sostuvo con delicadeza entre los dedos, examinándolo con el ceño fruncido.

El brazalete en sí era una pieza delicada de plata bruñida, pero el metal era menos importante de lo que contenía... la Llave de Ishtar. Era uno de los artefactos que le daba el poder a la Orden, pero esta gema en particular era especial porque le permitía a Estrella viajar a través del tiempo.

A través del tiempo...

Harte sentía un vacío en el estómago, como si se hubiera tragado una piedra caliente.

—¿Qué has hecho, Estrella? Se supone que este tren iba a *Chicago*.

—Me pediste que nos sacara de allí, y eso he hecho —le dijo, pero estaba concentrada en la gema que tenía en la mano... no en él.

—Pero este no es el tren en el que íbamos, ¿verdad? —preguntó.

—Por supuesto que lo es. —Finalmente levantó la mirada que examinaba el brazalete—. Es el mismo tren... *exactamente* el mismo vagón... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Tan solo se ha adelantado *un poco* más que el anterior.

—¿Cuánto más? —preguntó, con el estómago revuelto por el movimiento del tren y la idea de lo que ella acababa de hacer.

—No lo sé. Un día o dos, no mucho más... —Pero sus palabras se perdieron al mirar los billetes que el conductor le había entregado.

—¿Qué sucede? —preguntó él, tragándose de nuevo las náuseas que no guardaban mucha relación con el tren en marcha.

Estrella maldijo al mismo tiempo que el color abandonaba su rostro prácticamente por completo.

El Mago tuvo la terrible sensación de que no le iba a gustar la respuesta de la pregunta que debía hacer:

—¿Cuánto tiempo nos hemos adelantado?

—Solo intentaba alejarnos de Jack y de la policía —le dijo, sin apartar la mirada de los billetes.

—¿Cuánto más, Estrella?

Se mordía el labio con tanta fuerza que acabaría haciéndose daño.

—Solo pretendía adelantarme un día o dos. No quería... No...

—*Estrella* —la interrumpió y respiró hondo, tanto para calmarse como para no vomitar. Podría haber sido peor. En aquel momento podrían estar detenidos. Podrían estar a merced de Jack y la Orden—. ¿Es muy grave?

En silencio, ella le pasó los billetes.

Le seguía costando concentrarse debido a la extraña y violenta sensación que acababa de experimentar. Se sentía como si el mundo hubiera colapsado sobre él, zarandeándolo de un lado a otro. Era una sensación terrible... como si se tratara de un *desacierto*. Al mirar el billete, el efecto solo se incrementó, porque no había duda de la fecha que tenía impresa.

—¿Dos años? —Iba a volver a vomitar.

Dos años atrás Harte seguía intentando salir de la escoria del Bowery y haciendo lo que fuera por sobrevivir. Dos años atrás no tenía dinero en su bolsillo ni una reputación sobre el escenario. Dos años atrás ni siquiera tenía el mismo nombre. Dos años era prácticamente una vida en un mundo tan voluble y peligroso como el suyo, y ella se los había arrebatado sin pensarlo dos veces.

—No lo he hecho a propósito —susurró, con expresión afligida.

—¿Cómo es siquiera posible? —preguntó bruscamente, lamentándose por dentro por la rudeza de sus palabras.

Pero su brusquedad provocó que Estrella perdiera los estribos.

—Deslizarse a través del tiempo no es que sea una tarea fácil exactamente, sabes —dijo, arrebatándole una vez más los billetes—. En un buen día, encontrar el minuto adecuado para aterrizar requiere toda mi concentración, y eso sin siquiera estar en un tren en marcha, arrinconada por la policía. Por cierto, de nada. Dado que ninguno de los dos ha acabado hoy en la cárcel.

—*Dos años*, Estrella. —Pero luego, al ver que la mano con la que sujetaba los billetes temblaba, su ira se aplacó un poco—. Lo que quería era que tú... —Sacudió la mano en el aire vagamente—... ralentizaras un poco las cosas para poder bajar del tren y huir.

—Conseguimos huir, ¿no es cierto? —Señaló la ausencia evidente de Jack.

Harte inhaló, haciendo un esfuerzo por mantener a raya la ira y la bilis en su estómago.

—Tienes razón. Estábamos en un aprieto, y tú nos sacaste de allí —le dijo, intentando convencerse de sus palabras—. Todo irá bien. Tú puedes arreglarlo. Puedes hacer que volvamos.

—Harte... —Su vacilación tensionó aún más su estómago.

—*Puedes hacer que volvamos* —repitió.

Estrella tenía una expresión afligida.

—No tengo ni idea de lo que acaba de suceder. Tenía la intención de que fueran dos días y nos hemos desplazado, en cambio, dos *años*.

—Porque estabas en un tren... lo has dicho tú misma —dijo pausadamente, intentando mantener la compostura—. Nos bajaremos en la próxima estación, y luego podrás...

—No ha sido solo por el tren —dijo ella, sin mirarlo a los ojos por completo.

Por algún motivo, las náuseas ya no parecían tan importantes.

—¿A qué te refieres?

—Mi afinidad... tengo la sensación de que algo va mal. Desde que cruzamos el Umbral, la he sentido rara. *Inestable*.

La miró frunciendo el entrecejo. Sabía que el Umbral la había afectado, pero no se había percatado de que hubiera afectado a su magia.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos haber esperado otro día.

—Teníamos que ponernos en marcha... tenemos que conseguir las gemas —respondió con brusquedad—. Se nos acaba el tiempo. Logan llegará pronto a la ciudad y... —interrumpió sus palabras como advirtiendo lo que decía. Ya era demasiado tarde. A causa de lo que había hecho, el Logan al que se refería hacía ya dos años que estaba en la ciudad.

—Y *nada*. Tendrías que habérmelo dicho —dijo, quizá más enérgico de lo que quiso. Pero tenía los nervios a flor de piel, y la furia era lo único que impedía que vomitara de nuevo.

—*Lo sé* —dijo ella, con mordacidad, pero luego cerró los ojos y respiró hondo—. *Lo sé* —repitió, con más suavidad—. Pero todo sucedió demasiado rápido. Teníamos que encontrar ropa y salir de Brooklyn, y pensaba que con persistencia todo iría bien. Que *yo* estaría bien.

—Pero no estás bien, ¿verdad? —preguntó, observando todas las emociones que se reflejaban en su rostro; negación, frustración, preocupación, todas mezcladas en una sola.

—Ya has visto lo que ha pasado en la estación. Apenas pude controlar el tiempo lo suficiente como para apartarnos de Jack —le dijo, sin desviar la mirada del paisaje que cruzaba delante de ellos, como si le costara trabajo mirar a Harte—. Tienes razón. No tendría que haber intentado deslizarme a través del tiempo, pero estábamos arrinconados sobre un tren en marcha, y pensé que, si podía conseguir que subiéramos al siguiente tren... si podía conseguir que alcanzáramos el mañana... entonces estaríamos a salvo. Pero una vez que empecé a deslizarme a través del tiempo, no pude controlarlo. Y luego contigo...

—¿Conmigo? —interpuso—. ¿Estás diciendo que he sido *yo* el que ha provocado todo esto?

—No *tú* —respondió sacudiendo la cabeza—. Pero sí lo que ahora albergas en tu interior. Puedo sentirlo cuando me tocas y cuando intento recurrir a mi afinidad: es como intentar sujetar un cable de alta tensión.

Harte volvió a sentir que el estómago le daba un vuelco.

—¿Crees que es por el Libro? —Ante la sola mención, la voz empezó a agitarse en lo más profundo de su ser. Sobre el puente, le había dicho que el poder del Libro estaba dentro de él, pero no se lo había contado todo. Entonces, no había sido capaz de dar con las palabras adecuadas para explicar lo que el Libro deseaba, y especialmente lo que deseaba de *ella*. Y justo en aquel momento, con los interrogantes y el temor que brillaban en la mirada de Estrella, no conseguía pronunciarlas.

Su cabello estaba revuelto, y los oscuros mechones se agitaban alrededor de su rostro, pero tenía una expresión firme.

—No puedo estar segura. Quizá no hayas sido tú. Quizá me pasó algo al cruzar el Umbral.

Tal vez tendría que haberla consolado, incluso, perdonarla. Pero seguía demasiado enfadado por los dos años de su vida que ella le había arrebatado sin más como para darle un respiro.

Estrella se hundió junto a él, sus voluminosas faldas se asentaron sobre las piernas de Harte. Con delicadeza, llevó la mano a su mejilla, girando su cabeza para que la mirara.

—Lo arreglaremos —le dijo, con un brillo de determinación en los ojos—. *Yo* lo arreglaré. Pero no creo que debemos regresar... no *todavía* —concluyó antes de que él pudiera oponerse—. No sé por qué nos hemos alejado tanto. No sé por qué no he podido controlar dónde aterrizábamos. Normalmente puedo hacerlo. Pero si lo intento de nuevo y vuelvo a equivocarme, podríamos quedar atrapados. Ya pudiste ver lo que le ocurrió al saco de gemas cuando intenté hacer que regresaran en el puente.

—Desaparecieron —recordó. Lo único que quedó fueron los restos quemados de los engastes. Las gemas se desintegraron.

—No creo que las gemas puedan existir con otras versiones de sí mismas al mismo tiempo. Si vuelvo a perder el control de mi afinidad y regresamos demasiado lejos, la Llave de Ishtar se cruzará consigo misma y desaparecerá. Quedaremos atrapados en el tiempo que aterricemos, sin modo de volver a salir de la ciudad ni de detener a Nibsy o a la Orden. —Se pasó la lengua por los labios—. Y no sé qué me sucederá *a mí* si la gema desaparece.

—¿A ti? —Sacudió la cabeza, sin entender lo que quería decir.

—O a ti. Ya te he contado lo que hizo Nibsy antes de que cambiáramos las cosas —dijo—. Me hizo avanzar hacia delante.

—Cuando eras un bebé...

—Creo que eso aún debe suceder. —Asintió—. Si jamás me envían hacia delante, entonces no puedo volver. Si eso sucede, significa que no podré estar allí para ayudar con el robo de Khafre Hall o para salvarte... nada de eso. Morirás. ¿Quién sabe lo que eso significaría para la Orden, o para Nibsy, o para la magia? —Una sombra cruzó su expresión—. Si jamás me envían hacia delante, creceré como debí hacerlo... en el pasado. No estoy segura de que esta versión mía siquiera siga existiendo.

El pánico se propagó en su interior.

—No puedes sencillamente desaparecer.

—¿Por qué no? ¿Acaso las gemas no desaparecieron? —preguntó, con la mirada fija.

Lo consideró un instante, un mundo sin Estrella. Todo lo que había hecho para intentar enviarla de vuelta a su propio tiempo había sido para salvarla... del pasado, del poder que se agitaba en su interior. Pero había regresado y, al hacerlo, le había dado a él otra oportunidad... una que no merecía.

—Entonces, tienes razón. No podemos correr el riesgo. Esperaremos.

—¿No tienes problema con eso?

—Las gemas que buscamos siguen existiendo, ¿verdad? —preguntó—. Solo son dos años. No pueden haber ido tan lejos. Las encontraremos aquí... *ahora*.

Seguía frunciéndole el ceño.

—Y luego, ¿qué? No podremos enviarlas de vuelta.

—Porque seguirán existiendo en 1902 —dijo él, advirtiéndolo.

Se quedaron sentados estupefactos durante unos instantes, mientras el traqueteo metálico sobre las vías marcaba el tiempo por debajo de ellos.

—No tiene importancia —dijo por fin Estrella—. Nos preocuparemos por conseguir que las gemas vuelvan a 1902 cuando estemos seguros de que *podemos* volver a 1902. Primero, conseguiremos controlar el poder del Libro; para ello necesitamos las gemas. Quizá, una vez que las tengamos, podremos encontrar algo en el Libro que nos permita resolver el problema. ¿Acaso no consiguió que cruzáramos el Umbral? Si no lo encontramos, dos años no es tanto tiempo.

Dos años es toda una vida.

—No es un plan maravilloso... —Luego advirtió... *el Libro*.

No.

Harte miró a Estrella. Por un instante, incapaz de hablar.

—Mi abrigo —fue todo lo que dijo.

—¿Qué pasa con él?

Pudo ver el instante exacto en el que ella comprendía a lo que se refería, pero dijo las palabras

de todos modos, porque tenía que enfrentarlas. Porque sabía que mantenerse callado no las haría menos reales.

—El Libro estaba dentro del abrigo. El que me quité... para huir de Jack.

ALGUNA ESTACIÓN DISTANTE

1904, Nueva Jersey

T—endrías que haberme dejado que lo matara —dijo Estrella. Al apartarse de Harte sintió que una corriente helada la recorría por dentro. Porque una cosa era clara: nada de aquello habría sucedido si él no le hubiera impedido matar a Jack. Por lo pronto, seguirían teniendo el Libro. Y seguirían en 1902 porque Jack no estaría persiguiéndolos.

Podría haberlo hecho.

Podría haber cargado con aquel peso durante el resto de su vida. No tenía ni idea del efecto que tendría el no haberlo hecho, pero de algo estaba segura: nada bueno podía resultar del hecho de que Jack se apoderara del Libro.

Harte seguía sentado en la plataforma, al fondo del tren, cuando ella se puso de pie. Estaba pálido y temblaba, pero a Estrella le estaba costando seguir compadeciéndose de él.

—No tendrías que haberme detenido —continuó.

—Y luego, ¿qué? —preguntó—. ¿Te habrías alejado sin más, con las manos manchadas de su sangre?

—Mejor su sangre que la nuestra.

Harte se frotó el rostro con la mano, expeliendo un soplo entrecortado mientras cerraba los ojos un momento. Parecía a punto de volver a vomitar.

—He cometido muchos errores en mi vida, pero no quiero ser la clase de persona que mata a alguien a sangre fría. —Abrió los ojos para mirarla—. Incluso a alguien que lo merezca tanto como Jack.

Algo en el tono de su voz era diferente, la forma con la que llegaba con tanta claridad a través del viento, incluso con el ruido del tren y las vías, hizo que Estrella vacilara.

Pero solo un momento.

El mundo no permitía la vacilación o la duda. No permitiría que conservara la delicada sensibilidad que Harte creía que debía tener.

De pronto, el recuerdo de la biblioteca del profesor Lachlan en lo más alto de su edificio de Orchard Street le vino a la mente. Las tenues luces. El olor a libros antiguos que alguna vez le habían ofrecido seguridad. Estrella aún podía sentir el dolor a causa de las magulladuras en sus puños por las cuerdas que la habían sujetado a la silla. Casi podía sentir el calor de las piedras con las que el profesor Lachlan la había adornado, como el sacrificio que planeó que fuera. El hombre que la había criado habría usado su afinidad —la habría usado a *ella*— para unir las gemas y controlar el poder del Libro. *Tú eres solo el recipiente*. La habría matado.

Alzó la mano para tocar la herida que aún sanaba justo por debajo de la clavícula y cerró los ojos para ahuyentar el recuerdo de lo que había sucedido... *Este tipo de cosas tienden ciertamente a funcionar mejor con un poco de sangre*.

Aquella noche había sido menos de veinticuatro horas atrás, y también sucedería dentro de cien años. Cerró los ojos y otro recuerdo sacudió su mente: Dakari, entrando en la habitación, sin saber lo que el profesor Lachlan había planeado, sin estar preparado para la bala que recibiría unos momentos después.

El eco del revólver.

El sonido del cuerpo de Dakari desplomándose, como un peso muerto, sobre el suelo.

Y el peso de la culpa que ella cargaba por su muerte.

Quizá nunca había sido demasiado tierna. O quizá el último rastro de ternura que le quedaba había muerto como Dakari aquel día en realidad. Como fuera, Estrella sabía que, si podía vivir con el recuerdo de aquella noche, podía soportar lo que fuera. *Transformarse* en lo que fuera. Era posible que Harte no creyera que fuera lo bastante fuerte, pero Estrella ya había sobrevivido a la pérdida sin sentido de sus amigos, de su familia... de su *padre*. Mancharse un poco las manos de sangre en memoria de todos ellos y sus vidas no era prácticamente nada.

Además, sabía que no tendría que cargar con nada de aquello mucho tiempo más. No importaba lo que ocurriera entre aquel momento y el final, el profesor Lachlan ya le había explicado cómo podían usarse las gemas para controlar el Libro. Aún no se lo había contado a Harte. No sabía cómo reaccionaría al enterarse de que requeriría un sacrificio —su afinidad y, lo más seguro, su vida— y no tenían tiempo para que él quisiera actuar noblemente o empezara a vacilar. De todas formas, ella era una chica sin pasado y sin futuro. Ya se había resignado al hecho de que había pocas posibilidades de que saliera de todo aquello con vida.

Ya no les quedaba más remedio que vivir con las consecuencias de *no* haber matado a Jack cuando podrían haberlo hecho. Habían pasado dos años, y durante todo ese tiempo el mundo había continuado, la historia desovillándose cada día. No sabían lo que había podido cambiar durante todo aquel tiempo desde que Jack Grew se había apoderado del Libro y de todo el conocimiento que había entre sus páginas. No tenían ni idea de lo que les aguardaba en la estación al final de su trayecto.

Harte parecía a punto de volver a vomitar. No es que Estrella pudiera culparlo. Cuando pensaba que Jack tenía el Libro en su poder, ella también sentía deseos de vomitar.

—Todo irá bien —le dijo tras unos minutos de tenso silencio. A su alrededor, el viento los azotaba sin piedad mientras el tren avanzaba a toda velocidad. No estaba segura de creerlo, pero no parecía haber otra cosa que decir mientras el convoy se precipitaba por las vías, dando tumbos hacia una estación distante que nunca imaginó que vería y hacia un futuro con el que estaba decidida a enfrentarse, como lo hacía con todo lo demás.

—Sabes lo que Jack podría hacer con el Libro. —Harte apartó la mirada, observando el campo que la velocidad del tren difuminaba frente a ellos—. La Orden no le permitía acceder a él porque sabían lo peligroso que era, y yo se lo *he dado*. Obtendrá secretos que incluso la Orden fue lo bastante astuta como para impedir que conociera.

Absolutamente todo lo que decía era cierto, pero aun así...

—Si Jack hubiera impedido que abordaras el tren, habría acabado de todos modos.

—Habría peleado contra él —dijo Harte con la mandíbula tensa—. Lo habría vencido.

—Claro. Con la policía de la estación pisándote los talones, toda aquella gente alrededor y el tren poniéndose en marcha. Una pelea en medio de todo ese caos es exactamente lo que habría funcionado. —Cuando Harte la volvió a mirar brevemente, su expresión velada por la irritación continuó—. Tenías que abordar este tren, *aquel* tren, *lo que fuera*. Tomaste una decisión, como yo. Hiciste lo necesario para salir de allí. Además, no es tanto lo que Jack tiene —le recordó—. El *poder* del Libro está dentro de ti, ¿verdad?

Harte apretó la mandíbula.

—La información sigue estando entre sus páginas. Es más que suficiente para que resulte peligroso.

—Así que tendremos que recuperarlo. —Se izó nuevamente hasta estar de pie—. Soy una

ladrona, ¿verdad? Lo robaré.

Alzó la mirada hacia ella.

—Tal vez sea demasiado tarde para eso.

—Si podemos conseguir controlar mi afinidad, no será demasiado tarde para nada. —Aun así, a una parte de ella le preocupaba que Harte tuviera razón.

Le ofreció una mano para que se levantara.

—Podemos bajar en la siguiente estación y decidir qué hacer.

Ignoró su mano extendida.

—Prefiero esperar hasta llegar a Baltimore. Ya hemos pagado los billetes —le dijo—. No tiene sentido bajarnos hasta que estemos en una ciudad que sea lo suficientemente grande como para que podamos elegir el camino que mejor nos convenga. Ya han pasado dos años —añadió como respuesta a su pregunta tácita—. No tengo ni idea de dónde pueden estar las personas a las que tenemos que encontrar. Tendré que enviar algunos telegramas, hacer algunas averiguaciones. Si Julien sigue realizando espectáculos, no debería ser difícil encontrarlo.

Los edificios amontonados con aspecto industrial que rodeaban la estación habían dado paso a un campo más abierto. Había un ligero olor al carbón quemado del motor, y se percibía un aroma que ella no reconoció en el aire: algo verde, fresco y terroso que no existía en la ciudad.

—Quizá sea mejor que busquemos asientos —le dijo—. Tardaremos un rato en llegar a Baltimore.

Harte se incorporó sin su ayuda, pero sostuvo la barandilla con fuerza un momento para recobrar el equilibrio.

—¿Dónde has conseguido el dinero para los billetes? —preguntó extendiendo la mano para abrir la puerta del vagón. La sostuvo mientras ella pasaba.

—Un obsequio de Jack —le dijo al atravesarla.

El vagón estaba prácticamente vacío. Delante, un hombre mayor dormitaba con la cabeza sobre el pecho. Ni se inmutó ante el sonido de la puerta que se abría ni por el traqueteo de las vías. Aun así, Harte bajó la voz.

—¿Le has robado la cartera a Jack?

Encogió los hombros.

—Es fácil con él. Y estaba un poco... distraído en ese momento. —Se deslizó dentro de una hilera vacía de asientos. Cuando Harte no se sentó de inmediato a su lado, levantó la mirada hacia él. La observaba con una expresión indescifrable—. ¿Qué?

—Por eso lo estabas besando.

Al principio, sus palabras no tuvieron sentido.

—¿Besarlo...? —Luego se dio cuenta de lo que estaba sucediendo en el interior de su bonita cabeza—. Eres un idiota. Lo sabes, ¿verdad?

Tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado mientras tomaba asiento a su lado.

—Sí —masculló—. Lo sé.

Estrella quería decir algo más, pero la atención de Harte se vio atraída por el paisaje que pasaba frente a ellos a toda velocidad. Era como si no lo hubiera contemplado cuando se había sentado en la plataforma del vagón, pero en aquel momento estaba tan concentrado que de haber desaparecido por completo, él no lo habría ni notado. Lo único que veía era el mundo fuera, a través de las ventanillas del tren... Un mundo por el que había mentido, robado y engañado.

Decidió permitirselo. Por el momento.

Estrella podía sentir las vibraciones de los carriles a través de los asientos, transmitiendo la

topografía de la tierra que cruzaban. Nunca había imaginado que abandonaría la ciudad. Nunca lo había deseado. Pero en aquel momento tenía que admitir que el mundo era más amplio y mucho más tentador de lo que había esperado. Las aldeas empezaron a ceder el lugar a un paisaje de praderas cubiertas por una frondosa vegetación de cultivos estivales y sus tallos que ondulaban con la brisa. Por algún motivo, los colores eran aún más vibrantes. Más salvajes y vitales.

Ella no debería estar allí, fuera de los límites de la ciudad que durante tanto tiempo había llamado hogar.

Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, ya debería estar muerta, pero había sobrevivido al intento del profesor Lachlan de quitarle su poder... y su vida. Había sobrevivido al revólver de Jack en la espalda.

Por un momento se permitió apoyar la cabeza contra el hombro de Harte y disfrutar sabiendo que hasta que el tren llegara a la estación, estaban a salvo. Hasta que el tren llegara a su próximo destino, eran solo ellos dos, el verde paisaje y la cadencia regular del tren.

Pero incluso mientras se permitía aquel único momento de paz, sabía que su futuro la aguardaba. El mundo fuera de aquel vagón podría haber cambiado peligrosamente durante los años que habían saltado. Solo había una cosa de la que podía estar segura cuando el tren llegara finalmente a Baltimore: podía sobrevivir a lo que fuera que le esperara. Poco a poco, un momento y luego otro. Hasta que enderezara los errores que había cometido... e hiciera que los responsables pagaran por ello.

PARTE
II

SALIR A LA SUPERFICIE

1902, Nueva York

Cuando Jack abrió los ojos, la luz de la habitación era color lavanda, y era como estar dentro de una maldita flor. Se sentía muy abatido... imposiblemente abatido, especialmente, el brazo izquierdo, que tenía sujeto sobre el abdomen por algún tipo de vendaje. Parecía que no podía mover los dedos, pero aquella luz lavanda le restaba importancia a todo, incluso al dolor que parecía que fuera a partirle la cabeza por la mitad.

Sospechaba que le habían dado algo para el dolor, porque la habitación parecía muy lejana, como si la mirara a través de un túnel. Pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Recordaba la ambulancia. Recordaba el golpeteo del carruaje sacudiéndole hasta los huesos de camino al hospital... Pero aquello no era un hospital. Lenta pero inexorablemente empezó a enfocar mejor la habitación. Las paredes estaban cubiertas de un brocado floral y, por encima, el encaje se descolgaba del dosel de la cama.

Entonces entendió dónde estaba: en una habitación de invitados en casa de su madre. No era ideal, pero tampoco tan terrible. Considerando la ira que su tío había desatado —¿cuánto tiempo había pasado?—, su familia bien podría haberlo dejado en un frío hospital público. O peor, podrían haber cumplido su promesa y enviarlo hacia el oeste, por más herido que estuviera. Parecía que lo habían perdonado, dándole una especie de segunda oportunidad. Y tenía claro que pensaba aprovecharla.

Tan pronto como pudiera moverse...

Jack se quedó allí tumbado durante un buen rato, siguiendo con la mirada los círculos de encaje que tenía por encima; sentía el cerebro viscoso y confuso. Poco a poco, empezó a recordar los sucesos que lo habían llevado hasta la habitación de invitados de casa de su madre.

El tren... Darrigan y la chica...

Recordó de pronto el momento en el que los médicos le habían entregado el abrigo que no era suyo y se había dado cuenta de lo que contenía el bolsillo. *El Libro*.

Con un sobresalto, intentó sentarse, pero ante el más mínimo movimiento la cabeza amenazaba con estallarle y una descarga de dolor se extendía por todo su brazo. Gimió y dejó que su cuerpo cayera desplomado sobre la mullida cama. Jack no recordaba el hospital ni lo que fuera que le había sucedido allí, así que no podía estar seguro de lo que había sucedido con el Libro. ¿Lo encontraron en el abrigo? ¿*Se lo llevaron?* Necesitaba saberlo.

La puerta se abrió, y una joven criada asomó la cabeza en la habitación. Era un poco más delgada de lo que habitualmente las prefería, pero tenía la piel lozana y, si quitaba las horquillas al severo moño que llevaba, el cabello color café seguramente le caería sobre los hombros.

Supuso que, considerando el estado de su cabeza y su brazo, aquello tendría que esperar.

—¿Señor Grew? —La chica vaciló antes de entrar por completo en la habitación. Cuando no respondió, se acercó un poco más. Al llamarlo de nuevo por su nombre, Jack se permitió abrir los ojos despacio, fingiendo que acababa de despertar—. ¿Está despierto, entonces? Tiene visitas, si está dispuesto a verlos hoy.

—¿Agua? —Le sorprendió la aspereza de su voz.

—Por supuesto —dijo y salió corriendo a buscar un vaso de agua. Al regresar, sostuvo el vaso

al alcance del brazo, pero él ni se molestó en hacer el intento por cogerlo.

—Mi brazo —dijo con voz desapacible—. Si solo pudiera...

Ella lo miró desconfiada, pero se acercó a la cama para ayudarlo con el agua. Advirtió que estaba nerviosa, y le provocó cierto calor saber que, incluso inmóvil sobre la cama como lo estaba, ella siguiera viéndolo como una amenaza.

Jack se tomó su tiempo, bebiendo a sorbos el agua y disfrutando de la cercanía de la chica. Olía al jabón que empleaban para las sábanas y a la dulzura del miedo. Mientras bebía, ella mantuvo la mirada fija en el vaso que sostenía entre sus delgados dedos, negándose a encontrarse con su mirada. Cuando él acabó, justo antes de que ella pudiera apartar el vaso, utilizó su mano libre para sujetarla de la muñeca, y le gustó comprobar que su gesto provocara que la chica inhalara bruscamente.

Tenía el puño tan delicado como el resto del cuerpo. Parecía tentadoramente frágil bajo sus dedos, y se le ocurrió la extraña idea de que podía aplastarla con la misma facilidad con la que podría aplastar los huesos de un pájaro, sin mucho esfuerzo. Pero no siguió apretando, y ella no intentó apartarse. En cambio, sus mejillas se sonrojaron de un precioso color rosado al mismo tiempo que su mirada se encontraba con la suya.

—Debes sentirte mucho mejor si ya has empezado a acosar a las criadas —dijo una voz desde la entrada de la habitación.

La criada aprovechó la oportunidad que le ofrecía aquella momentánea distracción de Jack para liberarse de su mano y escabullirse lejos de la cama. Su movimiento reveló el origen de la voz: se trataba de uno de los chicos Barclay, el menor, con quien había asistido al colegio. Thaddeus, o Timothy, o Theodore.

—Theo...

Por la sonrisa centelleante de Theo, Jack había adivinado correctamente su nombre. Sí, Theo Barclay acababa de entrar en la habitación como si fueran amigos de toda la vida, en lugar de simples conocidos. Y con él había una chica que logró sacar a la criada por completo de la cabeza de Jack.

—Me alegra ver que no estás ni la mitad de grave de lo que afirma todo el mundo —dijo Theo, haciéndose a un lado para que la criada pudiera pasar—. ¿Recuerdas que te hablé de mi prometida?

Claro que no lo recordaba, pero incluso con la mente abotargada y lenta por los medicamentos, aún le quedaba suficiente aplomo social como para mentir.

—Por supuesto —murmuró, preguntándose por qué demonios traería cualquier hombre a su prometida a visitar a un enfermo que no conocía.

—Theo se enteró de que habías sufrido un accidente, y sencillamente tenía que venir a verte —dijo la chica. Su voz parecía un suave aleteo, tan absolutamente femenino como ella—. Espero que no te importe que lo haya acompañado. —Se pasó la lengua nerviosa sobre sus rosados labios—. Sé que no nos han presentado formalmente aún...

Jack decidió que no le importaba *por qué* Theo había traído a su prometida, porque la chica era digna de mirar. La luz color púrpura de la habitación se complementaba con su tez cremosa y su cabello claro, como si la hubieran pintado especialmente para ella. Llevaba puesto lo que habría parecido un sencillo vestido de día en otra mujer, pero el cuello alto era de encaje pálido y tan delicado que era casi transparente.

—Normalmente no me interesan las formalidades —señaló Jack, con el maldito deseo de saber lo que él mismo llevaba bajo las sábanas—. No tengo nada que ofrecer, porque mi criada

parece haber desaparecido con la jarra de agua, pero podéis sentaros donde queráis.

—No nos quedaremos demasiado tiempo —dijo Theo con otra sonrisa jovial—. Solo queríamos ver cómo estabas. Tuviste bastante suerte, ¿no?

—¿En serio? —se preguntó Jack en voz alta. Considerando que estaba atrapado en una cama, con el brazo y la cabeza que le dolían como mil demonios, no se sentía particularmente afortunado.

—Yo diría que sí —le dijo Theo, asintiendo la cabeza con firmeza—. He visto las fotografías en los periódicos... la destrucción fue increíble. Tras las historias que han estado circulando por la ciudad, casi esperaba que estuvieras al borde de la muerte.

—¿Historias? —preguntó Jack, intentando recuperar las partes ausentes de su memoria a partir de las palabras de Theo. *Había un tren.*

—Rumores —corrigió Theo—. Ya sabes cómo pueden ser nuestras madres cuando se reúnen para cotillear alrededor de una taza de té.

Jack solo podía imaginar lo que su madre y las demás mujeres que pasaban el tiempo cacareando acerca de las noticias del día podrían haber dicho acerca de él.

—Estoy bien —masculló, intentando incorporarse una vez más. Pero otra descarga de dolor le atravesó el brazo, y soltó un silbido hundiéndose nuevamente hacia atrás sobre la cama. Como un anciano frágil. *Débil.*

La chica avanzó un paso.

—¿Hay algo que podamos hacer...?

—No —gruñó, y luego advirtiendo su mirada de sorpresa ante la violencia de su voz, suavizó el tono a pesar del dolor que martilleaba su cabeza—. No, estoy bien. ¿El tren descarriló? —preguntó, intentando recordar.

—Las autoridades no están completamente seguras de lo que sucedió —dijo Theo—. Pero por las fotografías, parecía que la tierra se hubiera abierto. Eres un maldito afortunado... tu vagón estaba tumbado de lado, pero intacto. ¿El vagón que seguía al tuyo? Era como si una explosión lo hubiese destruido. Las vías y todo lo demás sencillamente... *desaparecieron.* Algunos de los periódicos te han llamado héroe, por haber salido con vida.

—¿Y los demás? —preguntó. Porque siempre había otros.

—Uno de los periódicos consiguió hablar con el doctor que te atendió en el lugar del accidente —respondió la chica—. Dijo que estabas consciente cuando te sacaron y que les dijiste que sabías quién había causado el descarrilamiento.

—¿En serio? —preguntó Jack intentando recordar aquellos instantes justo después del accidente. Era una mancha borrosa de dolor y confusión, pero sí recordaba algo con mayor claridad. *Darrigan y la chica.* De repente, lo vio todo claro...

»Desaparecieron —dijo, hablando para sí más que para ellos. Lo cual era imposible. Las personas no *desaparecían* así, sin más, salvo...

No. ¿Cómo no lo había visto? Pero tenía sentido... un sentido detestable. ¿De qué otra manera podría haberlo embaucado Darrigan tan fácilmente? ¿De qué otra manera podría haberlo engañado la chica con sus mentiras? ¿Cómo pudo cualquiera de los dos huir de Khafre Hall sin algún tipo de poder salvaje? *Son mageus.*

—¿Desaparecieron? —preguntó la prometida de Theo—. ¿Quién desapareció?

—Harte Darrigan y la chica —respondió. Su voz se tornó áspera por el odio que le inspiraron. Habían jugado con su voluntad y lo habían utilizado, igual que aquella bruja en Grecia.

—Harte Darrigan... ¿el mago? —preguntó ella, acercándose.

—Estaba sobre aquel tren —les dijo—. Estaba en el vagón conmigo antes de que todo sucediera. Yo mismo lo vi. Y a la chica.

Jack vio a Theo y su chica intercambiar miradas perplejas. Ni siquiera se molestaron en disimular su escepticismo. Era el mismo tipo de mirada que había intercambiado la gente cuando lo obligaron a regresar de Grecia. Pensaron que solo había sido un idiota enamorado. Intentó explicarles que no había sido una cuestión de amor, sino que había caído presa de un hechizo. Pasaron una noche entera bebiendo que no terminaba de recordar, y luego... fue imposible separarse de ella. No hasta que su primo apareció para llevárselo de allí.

La vergüenza de Jack consumió cualquier sentido de gratitud que pudiera haber sentido por el rescate. Era la ira lo que por el momento le daba el temple necesario para no perder la calma por haber permitido que se aprovecharan de él una vez más.

—Ambos son estafadores y ladrones —le dijo Jack a Theo, poniéndose cada vez más y más nervioso—. Cuando destruyeron Khafre Hall y se llevaron aquellos preciados tesoros me arruinaron, y ahora intentan arruinarme de nuevo.

—Eres consciente de que Darrigan está muerto, ¿verdad? —preguntó Theo, con vacilación—. Salió en todos los periódicos: saltó del puente de Brooklyn un día antes del accidente.

—¿Encontraron su cadáver? —preguntó.

—No estoy seguro —respondió Theo, sin certeza.

—Entonces, ¿cómo puedes saber si está muerto?

—Tampoco encontraron su cuerpo entre los restos del accidente —señaló Theo—. Si estaba en el mismo vagón que tú, lo habrían encontrado. —Pero su tono de voz era demasiado paciente, demasiado condescendiente, y enfureció a Jack.

—Te lo he explicado —dijo este. Su paciencia se estaba agotando—. *Desapareció*. Ambos lo hicieron. Por eso no había cadáver.

Ambos intercambiaron miradas de nuevo, y Jack sintió que la furia crecía en su interior.

—Sé lo que vi... Darrigan y la chica estaban en aquel tren conmigo. Acababa de arrinconarlos y estaba a punto de detenerlos. Podéis preguntárselo a la policía de la estación... También había uno de ellos en el vagón.

Theo frunció el ceño.

—Había un oficial en el mismo vagón que el tuyo, pero no sobrevivió.

—¿Realmente crees que Darrigan y esa chica son los responsables de que el tren descarrilara? —preguntó ella. En aquel momento había menos duda que interés en su voz—. Y luego crees que desapareció. La única manera de que algo así pudiera suceder sería si él fuera...

—Un *mageus* —dijo Jack, supliendo la palabra.

—Pero el Umbral —insistió, acercándose un poco más a su cama—. Durante años no ha tenido ningún informe verificable del uso de magia salvaje fuera de las fronteras de la ciudad. Si Darrigan es *mageus*, no habría podido atravesarlo.

—Te lo he dicho, robó los artefactos de la Orden... —Jack reflexionó sobre aquello, repasando el problema en su cabeza mientras la cabeza le martilleaba—. O la chica lo hizo.

—¿Quién es exactamente esa chica? —preguntó la prometida de Theo.

—Una timadora llamada Estrella Filosik... —Vaciló—. O al menos así me *dijo* que se llamaba. Estaba allí el día que Khafre Hall acabó ardiendo. Lo ayudó aquel día, y lo ayudó sobre el puente.

—¿Y la Orden permitió que ambos entraran en Khafre Hall? —preguntó ella de nuevo—. ¿No se dieron cuenta de que Darrigan y la chica eran...?

—No —respondió con brusquedad antes de que pudiera terminar la pregunta. Le dirigió una

mirada furiosa, desafiándola a hacer otra pregunta. Desafiándola a juzgarlo.

—Debemos marcharnos, querida —le dijo Theo a su prometida, tirando de ella hacia atrás.

—Pero tengo...

—*Ahora* —dijo con más decisión—. ¿Podemos traerte algo antes de marcharnos, Jack? ¿Lo que sea que necesites?

Necesitaba el Libro.

—¿Disculpa? —preguntó Theo—. ¿Qué libro te gustaría?

No había tenido intención de hablar, y su voz se quebró mientras intentaba corregir su error.

—Mi abrigo —enmendó—. Me refería a que me gustaría que me trajerais mi abrigo.

—¿Tienes frío? —preguntó la chica. Su gesto volvió a transformarse. Esta vez pasando del interés a la preocupación—. Podría avivar el fuego un poco o quizá traerte otra manta...

—*No* —dijo, sin que le importara provocarle un sobresalto. No necesitaba su compasión—. No quiero ninguna maldita manta, y no tengo frío. *Quiero mi abrigo*.

—Aguarda un momento, Jack —le dijo Theo—. Hay un montón de cosas tuyas aquí junto al baúl. Dame un momento para buscar.

Jack cerró los ojos para evitar el reflejo de la luz color lavanda, la preocupación en la mirada de la chica y el dolor que aún lo sacudía por dentro. Pero tras la oscuridad de sus ojos cerrados, lo único que veía era su propio fracaso e impotencia. Había sido un idiota.

—¿Es este? —preguntó Theo, y Jack abrió los ojos para ver que tenía en las manos el abrigo rústico de lana que Harte Darrigan llevaba cuando escapó.

Sí. Sí. Sí, sí, sí...

—Tráemelo —reclamó Jack, sin importar cómo sonara. No sabía de dónde provenía la repentina fuerza de su voz ni la razón por la que sentía una desesperación tan imperiosa por sostener el cuero agrietado del Libro entre sus manos una vez más.

Jack tenía que saber si *ellos* lo habían encontrado. Estaba en casa de su madre, y había una posibilidad de que alguien de la Orden hubiera revisado sus cosas. Existía la posibilidad de que se hubieran llevado el Libro antes de que él mismo tuviera oportunidad de descubrir todos sus secretos.

—¿Te gustaría llamar a alguien? —ofreció Theo, cubriendo el torso de Jack con el abrigo—. O quizá podemos conseguir algo para el dolor. Parece haber algunos botes de pastillas aquí sobre la mesilla de noche...

—No... solo necesito descansar —respondió, dejando que sus ojos se volvieran a cerrar. Deseando que ambos se marcharan de una vez.

A medida que el peso del abrigo se asentaba sobre él, Jack se sintió muy lejos de sí. Se sentía tan cansado y somnoliento y, sin embargo, al mismo tiempo, insoportablemente alerta. Debían de ser los narcóticos que le habían suministrado, la morfina que los médicos habrían utilizado para escayolarle el brazo.

—Me alegro de que te encuentres bien, Jack —dijo Theo—. Cuídate, ¿vale?

—Ha sido un placer conocerte —añadió ella con voz candorosa.

Jack no volvió a abrir los ojos. Fingió estar dormido hasta que oyó que la puerta se cerraba tras ellos. Cuando tuvo la certeza de que se habían marchado realmente, utilizó la mano que tenía libre para darle la vuelta a la horrible prenda. Ignorando el dolor que le provocó el movimiento, buscó la abertura del bolsillo y luego... *eso es*.

Levantó el *Ars Arcana* y lo examinó bajo la suave luz, invadido por una sensación de victoria. Era complicado pasar las páginas en aquella posición, pero sentarse erguido le dolía demasiado.

Haciendo una mueca por el esfuerzo que le llevó mirar, halló el pequeño bote de medicamentos que Theo había mencionado sobre la mesilla junto a la cama. Extendió la mano para cogerlo, pero el dolor que se extendió por su brazo fue insoportable. Por un momento, consideró la opción de llamar a la criada para que volviera, pero no podía correr el riesgo de que viera el Libro.

Armándose de valor, Jack lo volvió a intentar, y entonces sus dedos rozaron el bote de cristal, haciendo que cayera a su alcance. Lo destapó y se tomó un par de pastillas sin molestarse en leer las indicaciones del medicamento. Se disolvieron sobre su lengua dejando un regusto amargo, pero el dolor no disminuyó de inmediato. Aún sentía los latidos de su corazón aporreando sus propios huesos. Así que cogió dos pastillas más y se las llevó a la boca, triturándolas entre los dientes en aquella ocasión.

Lentamente, el dolor empezó a ceder. En cuanto pudo volver a respirar, abrió el Libro. Las páginas se encontraban resquebrajadas, desiguales. Parecía una recopilación de diversas fuentes que de algún modo habían apilado cuidadosamente en el pequeño volumen. A simple vista, estaban llenas de notas y de escritos descoloridos, algunos en latín; otros en algo parecido al griego. Otras incluso se encontraban en lenguas que desconocía.

Dejó que el pulgar recorriera los bordes de las hojas, y no supo si el calor que sentía provenía del Libro en sí o de la morfina que invadía sus venas. Tras un momento se dio cuenta de que en realidad no le importaba, y empezó a leer.

UNA CIUDAD NUEVA

1904, St. Louis

Comparada con el fresco aire primaveral que habían dejado atrás en Nueva York, la noche de St. Louis resultaba sofocante sobre la piel de Estrella mientras caminaba junto a Harte. Pero la gente que se amontonaban sobre las aceras a su alrededor no parecía notarlo.

Muy temprano aquella mañana, Estrella y Harte habían cruzado el Misisipi y llegado a la ciudad. Tras enviar algunos telegramas en Baltimore, habían descubierto que Julien ya no estaba en Chicago. El circuito de variedades en el que actuaba lo había llevado hasta St. Louis, y ambos habían decidido ir a buscarlo en el primer tren nocturno que habían encontrado.

Les resultó un poco sorprendente al llegar que la enorme estación de tren estuviera atestada de turistas que se encontraban allí para asistir a la feria mundial. Pero juntos se las habían arreglado para encontrar un hotel en el que alojarse y conseguir algo de ropa. Estrella trató de convencerse con la idea de que ella y Harte eran solo compañeros y nada más, pero tener que compartir durante toda la noche el espacio reducido del coche-cama la había dejado agitada e inquieta. Poder estar a solas algunas horas había sido un alivio. En aquel momento se encontraban fuera del teatro donde Julien Eltinge actuaba, esperando para comprar las entradas. El murmullo excitado de la gente que disfrutaba de la noche resultaba electrizante.

Ciertamente, St. Louis no era Nueva York. Las calles eran más amplias que en el bajo Manhattan; la mayoría de ellas estaban pavimentadas con gravilla compacta en lugar de adoquines. Una espesa capa de carbón que provenía de los barcos y demás embarcaciones que flotaban sobre el Misisipi colgaba sobre la ciudad. Si bien las calles estaban alineadas con restaurantes cuyos cristales quedaban adornados con letras doradas, las luces parecían más tristes comparadas con las que brillaban en Broadway o, incluso, en el Bowery.

Estrella se preguntó lo que Harte pensaba de todo ello. Desde que se había dado cuenta de que ella los había hecho avanzar en el tiempo, había permanecido muy reservado. Incluso en aquel momento, sus ojos de color gris tormenta se mantenían distantes mientras la fila avanzaba lentamente. Pero tenía una ligera arruga en el ceño, como si estuviera midiendo y sopesando el mundo del que ahora era parte ante expectativas que nunca podría igualar. De todos modos, parecía tranquilo, preparado para lo que fuera que deparara la noche.

De hecho, considerando que había pasado la mayor parte del viaje sufriendo mareos, parecía estar bastante bien, enfundado en un elegante traje de noche color negro, con el cabello oscuro peinado hacia atrás, dejando al descubierto sus rasgos marcados. No entendía cómo era posible que estuviera tan fresco, en vista de todas las capas de lino y lana que llevaba. Apenas parecía sentir calor mientras que ella se sentía envuelta en una manta bajo todas aquellas capas de corsé y las faldas que llevaba puestas. Cuando una gota de sudor se escurrió por su espalda, empezó a pensar que quizá no había sido una buena idea ponerse el vestido de seda aquella noche.

Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. Detrás de los muros del teatro que se alzaba ante ellos, más allá de la multitud y de sus murmullos matizados de champán, estaba la primera gema: la Estrella de Djinni.

—¿A qué hora hace Julien su aparición? —preguntó mientras avanzaban con la fila.

—Aparecerá hacia el final del espectáculo —respondió Harte, levantando la mirada hacia la

marquesina: anunciaba el nombre de Julien Eltinge con una serie de luminosos focos eléctricos—. Es posible que alrededor de las nueve.

—Todavía sigo pensando que sería más fácil deslizarnos dentro de su apartamento y coger el collar —dijo. Ya habían discutido sobre ello en el tren, pero Harte había insistido.

—Quizá... si supiéramos que el collar realmente se encuentra allí. Pero no vale la pena correr el riesgo de que nos arresten por entrar de forma ilegal cuando puedo pedírselo sin más.

—Nadie ha conseguido arrestarme nunca —dijo Estrella, clavándole la mirada—. ¿Y realmente crees que usar tu afinidad con él es la mejor idea?

—Es la más sencilla.

Pero ella no estaba tan segura. Si *su* propia afinidad estaba débil e inestable, ¿cómo estaría la *suya*, teniendo el poder del Libro dentro?

El viento sopló con más fuerza, proporcionando algún alivio al calor de la noche al mismo tiempo que algunas ráfagas de aire se colaban entre los edificios, haciendo susurrar su traje de seda y el chal de tafetán. El frío olor metálico anunciaba lluvia, y las nubes por encima, pesadas y grises a la luz crepuscular, parecían confirmarlo. Pero había otra cosa en el aire: una tibia energía, marca inconfundible de la magia.

—¿Has sentido eso? —preguntó, pero Harte no parecía saber de qué hablaba. Se acercó a la taquilla, y ella centró su atención en la gente que tenían alrededor. Al principio, no había nada que pareciera raro, pero luego se quedó observando a una chica vestida de azul.

Si la propia Estrella no hubiera sido una ladrona, no le habría llamado la atención que la chica tropezara de aquella forma o que el joven que había junto a la farola se prestara a ayudarla, extendiendo la mano para impedir que cayera al suelo. Pero ella *era* una ladrona, así que no pasó por alto el rápido movimiento de muñeca de la chica ni la forma en la que el joven se había hecho con el pequeño paquete, aprovechando la aparente torpeza de ella para meterlo dentro de su chaleco con disimulo.

Tan solo le había llevado un instante. La chica del vestido azul le había dado las gracias al hombre y había seguido caminando. Este había permanecido inclinado contra la farola. Un sombrero de vaquero de ala ancha ocultaba sus ojos y casi todos sus rasgos, salvo su boca firme. Sus hombros se encogieron de un modo que Estrella sospechó que no podía aprenderse.

Seguía intentando imaginar lo que la chica podría haberle entregado cuando el sonido agudo de un silbato cortó el aire. Un momento después giró para ver a un trío de hombres corriendo hacia el teatro. Llevaban largos abrigos oscuros hasta la rodilla y alrededor del brazo derecho, brazaletes blancos con algún tipo de distintivo. Sobre las solapas: medallones dorados brillaban a la luz de la farola. Eran un poco más pequeños que las placas de policía habituales, pero parecían tener el mismo aspecto oficial.

El joven del sombrero ancho levantó la mirada ante el alboroto, pero su rígida boca no delató ninguna sorpresa ni temor. En cambio, la comisura de su labio se elevó ligeramente, como si los hubiera estado esperando desde el principio. Extrajo un reloj de bolsillo y al abrirlo brilló a la luz que proyectaba la farola. Lentamente, giró el dial del reloj como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Luego inclinó hacia atrás la ancha ala del sombrero y miró a Estrella directamente. Parpadeó, y sus ojos se ensancharon ligeramente. El movimiento tiró de la manga de su camisa hacia atrás, lo suficiente como para dejar expuesto un tatuaje circular de color negro que se enroscaba alrededor de su muñeca. Si le había sorprendido que ella lo estuviera mirando, lo disimuló con rapidez. Le guiñó el ojo cerrando el reloj con un chasquido. Luego una explosión de energía gélida y ardiente

rebotó a través del aire... y se esfumó.

Seguía mirando el lugar donde había desaparecido cuando Harte tiró de ella hacia atrás, haciéndola perder el equilibrio en lo que los tres hombres irrumpían en la fila de personas que aguardaban. Estrella sintió otra oleada de magia a su paso. Instintivamente, retuvo su propia afinidad mientras se sujetaba contra Harte.

Sintió que sus brazos la apretaban aún más, y su piel ardió al sentirlo cerca.

Pero si Harte había llegado a notar la misma atracción eléctrica entre ellos, no lo manifestó.

—He sentido *eso* —dijo, frunciendo el ceño mientras buscaba cualquier evidencia de peligro—. Vamos... —La condujo hacia la entrada del teatro mientras los tres hombres llegaban a la farola y tomaban desprevenido a alguien que estaba sentado cerca de donde había estado el joven.

—Pero... —Estrella estiró el cuello, intentando ver lo que pasaba y buscando alguna señal del lugar donde se podría haber ocultado el joven del reloj.

—No es necesario que nos involucremos en lo que sea que esté pasando. —Harte seguía rodeándola con el brazo mientras la conducía hacia el vestíbulo del teatro.

—Eso *era* magia —dijo—. ¿Cómo puede haber magia aquí?

—No lo sé —respondió él, echando un vistazo a la puerta del teatro una vez más—. Pero no parecía demasiado natural.

—No... de hecho parecía *antinatural*, ¿verdad? —Una vez dentro, tendría que haberse apartado de él, pero no lo hizo. Incluso a través de las capas de tela que había entre los dos, podía sentir la tibieza que emanaba de él, un antídoto a la fría energía antinatural que aún se filtraba en el aire. Por instinto, se acercó aún más, queriendo disipar el malestar que el suceso había dejado a su paso. Al inhalar su tibio aroma, limpio, fresco y tan familiar, se apoyó contra él.

Fue un error. Harte se puso rígido, y su rostro se volvió cautelosamente inexpresivo mientras desenvolvía los brazos de su cintura y retrocedía un paso.

—Me ha recordado un poco al Umbral —dijo, con tono neutro y despreocupado, como si jamás la hubiera tocado... o por lo menos como si no hubiera tenido ninguna intención de hacerlo—. Pero ¿qué lo ha provocado?

Estrella hizo a un lado el dolor por su indiferencia. *Si así es cómo va a ser...*

—Por lo que he podido ver, parecía que iban tras un aspirante a vaquero con un reloj de bolsillo mágico. —Le habló de la chica y del intercambio, y de cómo el joven la había mirado directamente a los ojos antes de desaparecer—. Era como si supiera que iban a atraparlo.

—Pero ¿te *ha visto*? —Frunció el ceño como si fuera un problema.

—Me miró directamente a los ojos —confirmó, recordando el leve cambio de expresión al verla—. Aunque, por otro lado, yo ya estaba mirándolo. Tal vez lo notó.

—¿Crees que podrían ser de la Orden? —preguntó Harte.

—¿Por sus ropas? —La Orden solo admitía a los hombres más ricos y exclusivos de la ciudad... dinero heredado—. No parecían ser de ese tipo.

—Entonces, ¿quiénes eran? —preguntó con el ceño preocupado—. ¿Y quiénes eran los hombres que parecían perseguirlos?

—No lo sé. No me gusta nada todo esto asunto —le dijo ella. Al llegar a Baltimore el día anterior, nada le había parecido abiertamente diferente, y respiró un poco más de tranquilidad, esperando que fuera un indicio de que la posesión del Libro en manos de Jack *no* hubiera cambiado las cosas demasiado. Pero aquel chico del reloj y los hombres uniformados habían activado todas sus alarmas. Jamás había escuchado algo igual... no por fuera del Umbral—. Deberíamos irnos. Podemos entrar en casa de Julien esta noche y regresar aquí mañana si es

necesario.

Harte volvió la vista atrás, a las puertas del vestíbulo, y luego más allá de la calle, como si estuviera considerando sus opciones.

—Ya estamos aquí —dijo tras un momento—. Lo que fuera que haya sido, ya ha pasado, y nadie ahí fuera parecía demasiado alarmado por ello. Nos mantendremos alerta, pero por ahora continuaremos con el plan y nos marcharemos de esta ciudad antes de encontrarnos con cualquier otra cosa.

A Estrella no le gustaba la idea, pero Harte tenía razón. Ya habían llegado hasta allí, y echarse atrás en aquel momento sería como admitir que tenía miedo. Y no estaba dispuesta a ello, especialmente cuando él no parecía sentirlo.

El vestíbulo revestido de mármol daba paso a una alfombra roja y paredes recubiertas de oro y cristal. Comparado con el sobrio exterior de ladrillo, la opulencia del teatro en sí fue una sorpresa. Cuando se abrieron paso a la sala, el cavernoso techo abovedado estaba pintado con escenas de ángeles y dioses, y las arañas de cristal iluminaban todo el espacio con un suave resplandor. Aunque el programa anunciaba variedades, el público podría haber estado asistiendo a una noche en la ópera, sentado en sus asientos forrados de terciopelo, envuelto en sedas, pieles y engalanado con joyas. Vestidos con sus mejores galas, a nadie parecía incomodarle el sofocante calor que se respiraba en el aire. Las mujeres se abanicaban perezosamente, y los hombres se limpiaban discretamente las gotas de sudor sobre la frente, sin queja alguna.

Estrella sentía que le hormigueaban los dedos. Le habría resultado muy fácil sustraer alguna de aquellas joyas en la oscuridad, especialmente dado que desconocía el futuro que les esperaba en adelante. La seguridad que podía ofrecer un broche de esmeraldas era más que tentadora... pero aún tenían que encontrar a Julien y quitarle el collar. Correr un riesgo innecesario y que la terminaran pillando era un error de principiantes, y ella era de todo menos una principiante.

Acababan de sentarse en sus asientos cuando las luces se atenuaron, dejando el teatro a oscuras salvo por el amplio telón rojo de terciopelo que caía sobre el escenario. Seguir hablando de lo que había sucedido resultó imposible. A su lado, Harte se inclinó un poco hacia delante, esperando que el telón se levantara. Al amparo de la oscuridad, aprovechó para estudiarlo: sus rasgos bien definidos, acentuados por las luces y las sombras que arrojaba el resplandor del escenario. Cuando empezó el primer número y el silencio desapareció con el sonido de una melodía, miró hacia delante con seriedad.

La hora siguiente se hizo eterna para Estrella. Atrapada en el asiento entre Harte, que se apartaba de ella como si ni siquiera quisiera rozarle el codo, y una mujer mayor cuyas pieles desprendían un olor tan fuerte a naftalina que los ojos se le llenaron de lágrimas, no consiguió interesarse en absoluto en los números. No le interesaba en absoluto el cuerpo de bailarinas que arrojaban las piernas desnudas hacia el techo o el hombrecillo con barba de chivo que realizaba un monólogo que en cualquier otro momento le habría provocado una carcajada. Ni siquiera, la esbelta mujer vestida completamente de negro cuyo número consistía en tragar espadas mientras contaba bromas picantes. Había pasado más de una hora desde el comienzo del espectáculo cuando por fin un número llamó su atención: una mujer que cantaba con una seductora voz de contralto.

No era bonita en un sentido clásico, pero tenía algo completamente irresistible. Su rostro era interesante, la piel clara y lechosa, con un leve rubor en las mejillas. Se había pintado los carnosos labios en forma de lazo, y llevaba un brillante vestido de color aguamarina, realzado con perlas. La mujer ocupaba el escenario sin siquiera moverse unos centímetros de un lado a otro, y

su voz... Era clara y resonante, y contenía todo el dolor, la esperanza y el asombro de la letra de la canción.

—Es la hora —susurró Harte, inclinándose hacia delante y señalándole a Estrella que debían marcharse.

—¿Qué? —Se volvió hacia él confundida. El plan era salir mientras Julien estuviera sobre el escenario, para llegar antes que él al camerino.

—Es la hora —repitió Harte, asintiendo hacia la mujer que estaba sobre el escenario.

—Creía que íbamos a esperar el número de Julien —susurró.

—Así es —asintió con un brillo divertido en la mirada—. *Ese es Julien.*

TRISTEMENTE CÉLEBRE

1904, St. Louis

Harte sabía que tendría que haber preparado a Estrella para el número de Julien, pero su mirada de sorpresa hizo que valiera la pena haber guardado el secreto. Su expresión maravillada fue también un enorme alivio. La verdad era que no estaba exactamente seguro de cómo reaccionaría al enterarse de que Julien Eltinge se había labrado una reputación haciéndose pasar por diferentes mujeres sobre las tablas... No todos aceptaban su particular talento. Pero ella echó una última mirada hacia el escenario, abriendo con una especie de asombro su carnosa boca mientras Julien daba con una nota desgarradora e imposiblemente aguda, y sonrió. Luego asintió con firmeza en dirección a Harte y agarró sus faldas preparándose para salir.

Llevaba un vestido color gris turbio, uno que había elegido porque pensaba que era lo bastante sobrio como para evitar llamar la atención. Él no se había atrevido a decirle que causaba justamente el efecto contrario. Confeccionado de una seda que parecía casi líquida, se ondulaba contra el suelo mientras caminaba, dándole un aspecto fantasmagórico. Había atraído las miradas de hombres y mujeres durante todo el camino desde el hotel hasta el teatro, y había tenido que contenerse mucho para no extender la mano y rodearla con su brazo para atraerla hacia él, de modo que todos aquellos mirones, y ella misma, supieran con quién estaba.

Pero no lo había hecho, porque después de pasar las últimas veinticuatro horas con ella en un espacio tan reducido —primero el tren y, luego, mientras se abrían paso por aquella ciudad desconocida buscando un hotel y comprando algo de ropa de noche— el poco autocontrol que le quedaba estaba debilitándose.

Había sido un error tocarla cuando estaban esperando para entrar al teatro. Había actuado por impulso para apartarla antes de que aquellos hombres enfundados en sus abrigos oscuros la derribaran. Pero cuando sus brazos la rodearon, pudo sentirla —la energía de su afinidad, el corazón de quién y de qué era—, incluso a través del cuero delgado de sus guantes y todas las capas de ropa que llevaba. Y luego Estrella se había acomodado entre sus brazos como si fuera el lugar al que perteneciera. Podría haberla besado allí mismo, en medio de aquel vestíbulo atestado de gente y hacer caso omiso a las consecuencias.

Sin duda, el poder en su interior había querido que lo hiciera, pero la forma en la que se había intensificado ante la cercanía de Estrella había sido más que suficiente para hacerlo entrar en razón una vez más, y por ello se había contenido. Reprimió su poder y todo el deseo que sentía, y la soltó. Había estado evitando tocarla desde entonces. Solo tenía que *seguir* intentándolo.

—¿Harte? —preguntó Estrella.

—¿Qué? —Parpadeó y se dio cuenta de que lo estaba mirando. Había estado diciendo algo, y no la había escuchado.

—Te he preguntado que por dónde —dijo, sin advertir la verdadera dirección de sus pensamientos.

Al llegar de nuevo al vestíbulo, Harte alcanzó a oír el estruendo de los aplausos cuando Julien terminó su primera canción, incluso a través de las puertas cerradas del teatro. Solo tendrían quince, tal vez veinte minutos, antes de que acabara su número: no era mucho tiempo considerando

que el Mago no había tenido oportunidad de inspeccionar el edificio.

Pero los teatros eran todos bastante parecidos. Comprendía el ritmo de vida que se llevaba sobre el escenario y el funcionamiento del mundo que se escondía detrás del telón. Funcionaba como el engranaje de un reloj, oculto e imprescindible. Se dejó guiar por su instinto y se abrió paso hasta una puerta ordinaria que había al final del vestíbulo. Las luces se encontraban atenuadas dentro, y la familiar energía que se respiraba en el espacio que había entre bastidores lo envolvió. Aguardó un momento a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad mientras se quitaba los guantes, solo por si acaso. Se preparó, asegurándose de que el poder en su interior estuviera bien confinado al coger la mano de Estrella entre la suya. Ignorando la oleada de tibieza y deseo que lo invadía, la condujo a través del laberinto de pasillos, hacia el sector de camerinos.

Cuando doblaron una esquina, se cruzaron con una mujer de cabello rubio oscuro y los brazos cargados de telas. Tenía todo el aspecto de ser una de las empleadas encargadas del vestuario y de ocuparse de los artistas entre número y número, y por un instante Harte pensó en Cela, y en su madre, pero cuando la mujer abrió los ojos sorprendida al verlos, supo que tenían un problema.

—No deberíais estar aquí atrás —dijo la mujer, uniendo sus cejas al mirarlos a ambos de arriba abajo, y advirtiendo los trajes de noche que llevaban.

La mano de Estrella se tensó alrededor de la suya, pero Harte se limitó a ofrecerle una sonrisa encantadora, aquella con la que normalmente conseguía todo lo que quería.

—No nos hemos equivocado de camino —dijo soltando la mano de Estrella y extendiendo la mano ya libre hacia la mujer—. Charlie Walbridge.

Ella lo miró con desconfianza mientras observaba su mano extendida y descubierta. Frunció la nariz como si le estuviera ofreciendo un trozo de carne podrida.

—Walbridge, el hijo de Cyrus P. Walbridge... el dueño de este teatro —añadió, dejando caer la mano e infundiendo en su voz una ligera impaciencia—. Esta es mi prometida, la señorita Ernestine Francis. —No le había costado demasiado descubrir quién era el dueño del teatro, junto a los nombres de algunos otros hombres importantes de la ciudad. No tenía idea de si el concejal Francis siquiera tenía una hija, pero sabía que los nombres, *determinados* nombres, conferían poder.

La maniobra funcionó. Los ojos de la mujer se abrieron ligeramente, y balbuceó una disculpa apresurada.

Harte le dirigió una mirada inquisidora.

—Sí, bueno... todo el mundo comete errores, ¿verdad? Me aseguraré de decirle a mi padre lo mucho que se dedican sus empleados al bienestar del teatro, especialmente usted, señorita... —hizo una pausa, esperando que dijera cómo se llamaba.

—En realidad, es *señora*, aunque mi esposo murió hace tres años. Señora Joy Konarske.

—Pues ha sido un placer conocerla, señora Konarske. —Le volvió a ofrecer la mano—. Me aseguraré de decirle a mi padre lo buena empleada que es usted. Le agradecerá saber que están cuidando tan bien su teatro.

Las mejillas de la mujer se sonrojaron ligeramente mientras se tomaba un instante para cambiar la carga de las prendas de lado y poder aceptar su mano extendida. Tenía la palma áspera y encallecida tras años de lavar los trajes y ayudar a los artistas noche tras noche con el vestuario. Harte sintió una punzada de culpa al concentrarse en dirigir su afinidad hacia ella, atravesando con suavidad, *tan solo un poco*, la delicada frontera de carne hasta el mismísimo corazón de quién y qué era.

Sus ojos se abrieron, pero no se apartó. *Jamás lo hacen*, pensó él.

Cuando finalmente soltó la mano de la mujer un instante después, tenía la mirada aturdida. Dirigiéndoles a ambos una sonrisa temblorosa, se alejó, y Harte supo que no volvería a molestarlos. Olvidaría que alguna vez lo había visto, porque él se lo había ordenado. Y si en algún momento oyera o viera una descripción de Estrella o de él mismo, la señora Joy Konarske sentiría tal rechazo que haría lo imposible por huir de la persona que le preguntara.

—¿La has dirigido...? —preguntó Estrella en voz baja.

Él se encontró con su mirada, esperando un juicio, pero encontrando en cambio preocupación. ¿O quizá fuera solo tristeza?

—¿Prefieres que le cuente a alguien que nos ha visto por aquí? —susurró.

—Por supuesto que no —murmuró—. Es solo que... ¿crees que es seguro? ¿Con el poder del Libro dentro de ti?

No lo había considerado. ¿Por qué *no* lo había pensado?

—No lo sé. —No era que hubiese tenido elección. Había hecho lo único que podía hacer, salvo que les hubiese dado igual que los descubrieran antes de haber empezado siquiera.

Por suerte, no se cruzaron con nadie más antes de encontrar el camerino de Julien y entrar en él. A pesar de la cantidad de pelucas de mujeres y vestidos que atestaba la habitación, era un espacio masculino. Lo cual, considerando a Julien, no resultaba sorprendente. Sobre el tocador, un cenicero contenía los restos de múltiples cigarrillos, y el aroma dulzón del humo aún seguía flotando en el aire.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Estrella.

—Puede que diez minutos, más o menos.

—Yo buscaré por aquí si tú miras en el tocador —dijo, volviéndose hacia el enorme baúl en posición vertical que estaba situado en un rincón

Harte sabía que no perdía nada por mirar. Si encontraban el collar, podrían eludir a Julien por completo. Pero no esperaba que estuviera en el camerino... Julien no era estúpido. Incluso sin conocer el poder que contenía la gema, no habría sido tan descuidado como para dejarlo en un camerino abierto dentro de un teatro lleno de gente. El pesado collar de platino estaba engastado con una gema color turquesa, atravesada con vetas brillantes de una sustancia plateada que parecía evocar un cielo lleno de estrellas. Era único, y claramente valioso, y su amigo lo habría guardado en algún lugar seguro... *especialmente*, por la nota que Harte había adjuntado con él.

Pero Estrella tenía razón. No estaba de más buscar mientras estuvieran allí.

Antes de que pudiera sentarse siquiera frente al tocador, ella ya había cogido una horquilla de su cabello y había abierto la cerradura del baúl. Harte hizo una pausa para observarla mientras empezaba a mirar dentro de los cajones. Luego se volvió nuevamente hacia el tocador.

Por un momento se quedó conmocionado al reconocerlo. ¿Cuántas veces se había sentado ante el mismo tipo de mueble, con el brillo de la luz eléctrica encima del espejo, iluminando los planos y los familiares ángulos de su propio rostro? Sobre la mesa había botes de maquillaje escénico y Kohl, y percibió sus familiares aromas incluso por debajo del rancio olor del cenicero atestado de colillas, removiendo sus recuerdos y provocando un sentimiento tan intenso de pérdida y nostalgia que le sorprendió.

Jamás volvería a sentarse ante un tocador como aquel. Había acabado con esa vida.

Incluso si conseguía salir vivo de aquel lío, incluso si lograban exorcizar el poder que acechaba bajo su piel, y escapar de la Orden, y detener a Nibsy, se suponía que Harte había muerto. No podía sencillamente resucitarse a sí mismo. No habría más aplausos ni farolillos. Jamás volvería a disfrutar de la silenciosa quietud de un camerino al que pudiera considerar suyo.

Quizá podría adoptar un nuevo nombre, una vida nueva con la que pudiera ser feliz, pero no sería sobre el escenario. Y lo extrañaría: la descarga de adrenalina antes y la emoción de los aplausos después. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de hasta qué punto.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Estrella, que seguía removiendo papeles en uno de los cajones del baúl. Sus palabras lo arrancaron del ataque sensiblero de autocompasión y se puso a trabajar.

—Aún no —le dijo. Abrió el primer compartimento, lleno de pequeños botes de colorete y con olor a talco. No necesitaba rebuscar entre los objetos para saber que el collar no estaría allí.

—¿Qué es todo esto? —murmuró Estrella, y Harte se volvió para ver lo que había encontrado.

Sostenía una caja de cuero con adornos dorados. Estaba impresa con un emblema ribeteado de filigranas doradas, grabado con un elaborado monograma en el que se entrelazaban las letras *PV*. Harte se acercó para mirar mientras Estrella tiraba de un pequeño medallón dorado que colgaba de una cinta de satén de color verde. Era el tipo de medallón que llevaban los dignatarios importantes o los generales cuando se vestían para un desfile. *Extraño...*

Cogió la medalla de sus manos y la examinó. Como la caja, tenía inscritas las letras ornamentadas *PV*, pero en la superficie llevaba el retrato de un hombre de rostro largo con una barba tupida. La figura podía haber sido un cruzado o un santo, con los angulosos pómulos y la expresión solemne, pero su rostro parecía parcialmente oculto, como si tuviera un trozo de tela encima. Alrededor del borde del medallón había marcas que podrían haber sido simples decoraciones o una lengua desconocida: era imposible darse cuenta.

—No lo sé —dijo, mirando la pieza con el ceño fruncido. El Julien que conocía no había estado involucrado en nada que no fuera el teatro, pero aquel medallón no parecía un objeto de utilería.

—Hay más —añadió Estrella, levantando con cuidado un trozo de seda color escarlata que habían doblado cuidadosamente formando un cuadrado. Parecía algún tipo de fajín del que también colgaba otro medallón. Al fondo de la caja había una pequeña bandeja de plata, labrada de manera elaborada, con los mismos símbolos extraños bordeando una versión aún más recargada de las mismas dos letras: *PV*.

La luz sobre el tocador se atenuó un instante y enseguida volvió a su brillo habitual.

—Guárdalo —le dijo, devolviéndole la medalla—. Esa es la señal del próximo número. Julien regresará en cualquier momento.

Estrella se esmeró en reordenar el baúl y volver a cerrarlo. Acababa de deslizar la horquilla de nuevo en su cabelllo cuando la puerta del camerino se abrió y la caracterizada cantante que habían visto sobre el escenario entraba en el reducido espacio de la habitación.

Siempre le sorprendía ver a Julien de cerca cuando estaba vestido para su número. Incluso sin la distancia del público y el brillo de las luces, había dominado su arte. Su imitación no recurría a los amaneramientos propios que solían utilizar otros imitadores de mujeres. Su personaje sobre el escenario no era la caricatura de una mujer. No resultaba ridículo o sobrecargado, buscando suscitar las risas. No, el arte de Julien, su verdadero talento, era su habilidad para transformarse. Si Harte se hubiera cruzado con Julien en la calle, vestido como lo estaba en aquel momento, no habría visto a su amigo sino a la mujer que tenía justo delante de él.

Sin que pareciera darse cuenta de que no estaba solo, Julien se quitó la peluca rubia perfectamente peinada y la colocó sobre la cabeza de un maniquí de madera. Luego fue a sentarse delante de espejo del tocador. Antes de molestarse con el maquillaje o el vestido, alcanzó un grueso cigarro negro de un pequeño humidificador de mesa y lo encendió. Inhaló una profunda bocanada, dejando que el humo se arremolinara en torno a su cabeza mientras cogía un decantador

que tenía junto al cenicero y se servía un par de dedos en un vaso. Bebió un largo sorbo antes de llevarse el cigarro nuevamente a los labios y empezar a quitarse los largos guantes que llevaba hasta el codo.

—Sabes, Darrigan... —Julien alzó la cabeza y se cruzó con la mirada de Harte en el espejo. Su voz profunda y ronca se contradecía por completo con la brillante pintura roja de sus labios—. Te veo malditamente bien para ser un hombre muerto.

Harte se encogió de hombros.

—No puedo decir que me sienta demasiado muerto.

Julien se volvió, una media sonrisa curvaba su boca alrededor del cigarro mientras sacudía la cabeza.

—No puedo creer que estés justo aquí. No puedo creer que estés en mi camerino.

—Me alegro de verte, Jules —dijo, avanzando para extender la mano a modo de saludo.

Julien se puso de pie y aceptó la mano extendida que le ofrecía Harte.

—Yo también me alegro mucho de verte a ti, Darrigan.

—Me gusta escuchar eso —le dijo, enviándole un pequeño pulso de su afinidad.

Harte jamás veía los pensamientos con claridad, solo impresiones y sentimientos. El recuerdo más inmediato de Julien apareció en primer lugar: el reflejo deslumbrante de las luces, el aplauso ensordecedor del público, la satisfacción intensa y ardiente que había sentido. Ignoró su propio deseo de volver a sentir aquellas luces y la cálida emoción que los aplausos siempre le habían provocado; en cambio, se concentró en su objetivo: algún indicio del destino de la gema. Apareció en un instante, la clara imagen del collar con su fantástica gema. Aferrándose a aquella imagen, Harte se concentró en su poder y envió otro estallido de magia hacia Julien, transgrediendo la delgada barrera entre él y su amigo y enviándole un sencillo mensaje. Una única orden.

La expresión de Julien vaciló. Sus ojos se desenfocaron ligeramente y sus cejas se fruncieron un instante. Pero luego Harte lo soltó, y su expresión se despejó. Haciendo caso omiso de todo lo que acababa de suceder, Julien le dio la espalda al espejo y cogió su bote grande de crema fría. Ignoró tanto a Harte como a Estrella mientras aplicaba la crema sobre su rostro y empezaba a eliminar la ligera base de maquillaje y el brillante colorete.

Estrella los había estado observando sin decir una palabra, así que Harte le hizo un gesto para que se acercara.

—Jules, quiero presentarte a alguien —dijo.

Julien levantó la mirada hacia Estrella observándola a través del espejo, y Harte supo exactamente lo que su viejo amigo estaba viendo: el traje de seda adhiriéndose a cada curva de su cuerpo, los labios pintados de un rosa sutil y el cabello recogido de una forma en la que parecía sofisticado y descuidado a la vez. Daba la sensación de que provenía de una familia de dinero, elegante y formal. Pero por su altura y la confianza que exudaba, también parecía peligrosa, como una joven que se presenta en sociedad en la antesala de algo más excitante.

Una mirada de admiración cruzó el rostro de Julien al examinarla a través del reflejo del espejo.

Mia, susurró una voz dentro de Harte a modo de respuesta, pero no advirtió si venía de sus propios pensamientos o del poder que albergaba en su interior. Desestimándolo por el momento, sujetó la mano de Estrella para que quedara claro con quién estaba.

—Te presento a...

—Oh, sé exactamente quién es —interrumpió el actor, volviendo su astuto rostro hacia ambos

de nuevo.

—¿Ah, sí? —preguntó Estrella, mirando a Harte con recelo.

—Por supuesto, señorita Filosik. —Julien volvió a levantar la colilla, señalándolos antes de alzar una ceja en su dirección—. Sabía quién eras desde el momento en el que he entrado en esta habitación. Después de todo... eres *tristemente célebre*.

UN REMEDIO PARA EL COTILLEO

1902, Nueva York

Jack ya podía oír el alboroto en el salón de su madre mucho antes de llegar al pie de las escaleras. Para cuando llegó a los últimos escalones, un frío sudor le cubría la frente y lo único que quería era sentarse, pero el estruendo de la voz de su tío le indicó que debía seguir avanzando.

Gracias al cielo que la melindrosa criada se había repuesto de su miedo inicial. Si no hubiera mencionado la repentina llegada de su tío, Jack se habría quedado durmiendo durante la visita, ignorando por completo los planes que la familia tenía para su futuro. Le daba igual si la cabeza no paraba de darle vueltas por la morfina que acababa de tomarse o que siguiera sintiendo el cuerpo como... Pues como si lo hubiera atropellado un tren, ¿verdad? Entraría en la sala por sus propios medios y cogería las riendas de su propio destino.

—... alguien ha hablado con él —despotricaba su tío, sacudiendo un puñado arrugado de periódicos hacia su madre.

—Aquí no ha venido nadie —dijo su madre. La voz le temblaba como solía hacerlo cuando estaba alterada—. Creo que me enteraría si un periodista hubiera estado en mi propia casa.

—¿Cómo se han enterado de todo esto? —Volvió a hacerle señas agitando el periódico en la mano.

—Pierpont, querido... —Su tía Fanny se encontraba sentada junto a la madre de Jack, y su voz tenía un tono de advertencia, no es que a su tío pareciera importarle.

Su primo también estaba allí, a un lado de la habitación con los brazos cruzados y el mismo ceño fruncido con el que había viajado todo el camino de regreso de Grecia el año anterior. Sin duda, se trataba de un asunto familiar, lo que siempre quería decir que Jack se encontraba en problemas.

Llevó un momento que cualquiera de ellos notara que había entrado. Su madre lo vio primero; se puso en pie de un salto.

—Cariño, ¿qué haces fuera de la cama? —No había avanzado ni tres pasos cuando su tío se interpuso en su camino y sacudió delante de su rostro el periódico que había estado empuñando.

—¿Qué significa todo esto, jovencito?

La habitación le daba vueltas, pero Jack se obligó a mantenerse erguido.

—¿Qué significa qué? He estado en cama durante... —Miró a su madre. Los días se confundían—. ¿Hace cuánto que estoy en la cama?

—Tres días, querido —dijo, lanzándole una sonrisita triste—. Deberías sentarte. No te encuentras bien. —Se dirigió a la silla capitoné que estaba más cerca y empezó a acomodar los cojines.

No soportaba su constante preocupación como si siguiera siendo un niño. Sabía que así lo veían todos. Y todos se equivocaban.

—Estoy bien —dijo, restándole importancia con una mano en el aire.

No se encontraba bien, pero maldita sea, no lo admitiría delante de su tío y de su primo. Lo último que haría sería mostrarse débil delante de ellos.

—No tengo idea de a qué te refieres —le dijo a Morgan, encontrándose con la mirada del viejo

—. Quizá si dejaras de gritar y lo explicaras, podría darte una respuesta.

Morgan lo miró enfurecido.

—¿Con quién has hablado?

—¿Recientemente? —preguntó Jack—. Solo con mi madre y el incesante desfile de médicos y criadas que insisten en entrometerse en mi descanso y recuperación.

La mayoría de las criadas eran bastante guapas, pero los médicos habían sido una molestia, pasando constantemente a controlarlo y a decirle que descansara cuando lo único que quería hacer era estudiar el Libro que tenía oculto bajo la montaña de cojines y mantas que las criadas habían apilado sobre la cama. Solo quería dedicarse, día y noche, a examinar cuidadosamente sus páginas y descubrir sus secretos.

—Entonces, ¿cómo ha conseguido el *Herald* publicar la noticia? —Morgan le arrojó el periódico.

Jack se tambaleó un poco sobre los pies, pero abrió la página arrugada para encontrar un titular sobre él mismo. Se permitió echarle un vistazo.

—¿Y? —preguntó. Nada parecía fuera de lugar—. Nada de esto es falso. Darrigan y la chica estaban en el tren antes de que descarrilara. Las autoridades han confirmado que no se produjo a causa de una bomba, así que pudo haber sido magia lo que provocara el accidente.

—Nada de eso importa —dijo Morgan—. Me tiene sin cuidado el maldito descarrilamiento. Me importa el hecho de que este periodista sabe lo que pasó en Khafre Hall: que la causa del incendio no fue una instalación eléctrica defectuosa. ¿Sabes el trabajo que le costó al Círculo Interno asegurar que la verdad acerca del desastre de Khafre Hall no se hiciera pública? Desviar la atención de la prensa de la causa real del incendio fue un asunto delicado y, sin embargo, aquí está: una plana entera que revela no solo que robaron los artefactos más valiosos de la Orden, sino que quien lo hizo fue *gentuza* ordinaria. Este artículo lo relata todo. ¿Con quién has hablado?

En los últimos días había estado atontado por el dolor y la morfina... y la emoción del Libro. Jack podría haber hablado con Roosevelt en persona, que no necesariamente lo habría recordado. No es que lo fuera a admitir en ese momento.

—Con nadie —dijo, en cambio—. No tengo ni idea de cómo este... Reynolds, quienquiera que sea, se ha enterado de todo esto.

—Pues lo sabe y lo ha convertido todo en un maldito desastre —dijo Morgan, arrancándole el periódico a Jack—. ¿Sabes lo *débil* que esto nos hace parecer? Ya tenemos noticias de las otras Hermandades, que están preocupadas por el estado del cónclave... por la capacidad de la Orden para organizarlo. Después de todo, si no puedo controlar a mi propia familia, ¿cómo podemos siquiera pensar en organizar un evento tan importante como el cónclave? —Arrojó el periódico a un lado.

—No sé por qué supones que es culpa mía —replicó Jack, encrespado ante el tono de su tío.

—Porque habitualmente *es* culpa tuya —contestó su primo—. Contigo, es un ardid tras otro, Jack, y ninguno es razonable. No piensas las cosas con detenimiento. ¿Estás seguro de que no has concedido alguna entrevista?

Jack apretó la mandíbula para evitar despoticar contra el tono de sarcasmo de su primo. Al otro lado del salón, su madre lo seguía observando con una mirada entristecida que lo hacía querer golpear con el puño toda su preciosa colección de estatuillas. Cuando habló, tuvo que hacer un esfuerzo para que las palabras le salieran lentas y pausadas.

—Hoy ha sido la primera vez en días que salgo de la cama.

Pero su primo no estaba escuchando.

—Tal vez deberíamos darle a Jack unas vacaciones para que se recupere —le sugirió a su tío—. Hasta que todo esto quede en el olvido.

—No quedará en el olvido —espetó Morgan—. Esto no se trata de un asunto familiar privado, como el problema del año pasado en Grecia. Este maldito artículo está por todas partes, y los demás periódicos también están difundiendo la historia. Si lo enviamos lejos ahora, van a creer que tenemos algo que ocultar. Es lo último que queremos... le daría credibilidad a la historia.

—¿Qué otra cosa podemos hacer con él?

—Estoy aquí —dijo Jack, con tono sombrío. El solo hecho de estar allí sin hacer nada le robaba el aliento. Por suerte, la morfina que se había tomado antes de bajar había aliviado el dolor del brazo y de la cabeza.

—Como si eso importara en lo más mínimo —respondió su tío con desprecio. Luego se volvió de nuevo hacia su hijo, el primo de Jack—. Exigiremos que se retracten.

—¿El *Herald*? —Su primo sacudió la cabeza—. Hoy no es más que un periodicucho de cotilleo. No les importa si la historia es fiel, mientras venda. Lo mejor será que nos enfrentemos a ellos aplicando las mismas reglas de su juego. Lo que tenemos que hacer es publicar otra historia, una que arroje dudas sobre esta. Puedo hablar con Sam Watson si quieres. ¿Recuerdas que te lo presenté en el Metropolitan? Ha sido un gran amigo de la Orden, primero, cuando sucedió lo del robo en el Met, y luego, durante las últimas semanas, con sus editoriales sobre los peligros de cierto elemento delictivo. Estoy seguro de que pueden entrevistar a Jack y redefinir la noticia.

—No quiero que me hagan ninguna maldita entrevista —dijo Jack, pero nadie estaba escuchando.

—Hazlo —afirmó su tío, caminando de un lado a otro—. Es un comienzo, pero no es suficiente. Retractarse de la historia no cambia el hecho de que este tal Reynolds haya logrado que la Orden quede como una panda de viejos idiotas.

Lo que son, pensó Jack para sí. Pero incluso con la morfina relajando su mente, consiguió mantener la boca cerrada. Con el libro en su poder, ya no tenía que preocuparse más por su tío o por la Orden.

—A mí me parece que lo que necesitas es un compromiso —sugirió su tía Fanny.

Morgan se volvió hacia ella, impaciente.

—Gracias, querida, pero este asunto no te incumbe.

Su tía desestimó el comentario desdeñoso.

—Si intentas neutralizar el cotilleo indeseado, necesitas que la prensa se concentre en algo que resulte más excitante que una entrevista, Pierpont. Confía en lo que te digo. Conozco el mundo del cotilleo al dedillo, y tengo mucha más experiencia controlándolo que tú. Cuando manchan la reputación de una chica, lo mejor que puede hacer su familia es conseguir que se comprometa, y rápido. No hay nada como una gran boda de sociedad para distraer a los chismosos. ¿No es cierto, Mary? —preguntó, volteándose hacia la madre de Jack.

Su madre, una mujer menuda y débil que se había vuelto aún más frágil con la edad, parecía preocupada.

—No creo que Jack esté en condiciones de cortejar a nadie —dijo, vacilante—, aunque supongo que la chica Stewart podría estar interesada dado que ha tenido una temporada tan mala.

—No voy a dejar que me encadenéis con una debutante fracasada —replicó Jack. De ningún modo permitiría que su madre y su tía arreglaran un matrimonio para salvar su reputación como lo harían con alguna joven arruinada.

—No, cariño —le dijo su tía a su madre—. No le haría eso jamás a una pobre chica.

Jack abrió la boca para protestar, pero no se le ocurrió qué más decir. No quería que lo casaran, pero le molestaba que su tía lo desechara tan fácilmente.

—No necesitamos que la boda se lleve *realmente* a cabo. Si queréis detener las murmuraciones, dadles otro asunto de qué hablar. Debe ser tan solo un evento. Un evento *espectacular*. —Su tía se volvió hacia Morgan—. Una fiesta o una gala de algún tipo. La Orden puede organizarla, lo que sería además una demostración de que continuas siendo poderoso.

—No son tiempos para fiestas, Fanny.

Su tía chasqueó la lengua.

—Cuando empiezan a hablar las malas lenguas, uno no se esconde del mundo, Pierpont. Hay que aparecer, en cambio, en la ópera con el traje más bonito que tengas.

—Tampoco es tiempo de pensar en ir de compras —gruñó Morgan.

—Mamá tiene un poco de razón —dijo el primo de Jack, frotándose el mentón, pensativo—. La Orden puede celebrar una gala, algo importante y majestuoso. Será incluso mejor si se trata de un evento exclusivo. Hará que los periódicos se interesen por informar sobre él.

—¿Y dónde se celebraría? —preguntó Morgan con desánimo—. Si mal no recordáis, Khafre Hall es un montón de escombros y cenizas.

—Hazlo en nuestro salón de baile —dijo su tía—. Pero no puedes organizar un baile sin más. Tienes que ser un poco más original. —Consideró el asunto un momento—. ¿Qué tal un cuadro viviente?

—¿No son un poco atrevidos? —preguntó su madre.

—Son perfectamente adecuados si representan grandes obras de arte —dijo su tía con decoro—. Pero sí, a menudo, se los considera bastante atrevidos. Justamente, de eso se trata. Las noticias sobre el evento causarían un revuelo. Durante semanas se especularía acerca de las obras de arte que serían seleccionadas y quién posaría para cada una de las escenas.

—No puede ser solo arte —añadió su primo, sacudiendo la cabeza—. Las escenas de una pintura rococó cursi no servirían. Si estamos dispuestos a restablecer la reputación de la Orden, tenemos que presentar grandes obras de arte que muestren su poder e importancia. Escenas que representen los peligros de la magia salvaje y el poderío de la ciencia y la ilustración para proteger a la gente. Podría funcionar.

—Es posible —dijo Morgan, considerando la propuesta con escepticismo—. Pero tendríamos que asegurarnos de que este no vuelva a echarlo todo a perder. —Señaló a Jack con el mentón—. Tendremos que asegurarnos de que desaparezca por completo.

—*Este* se encuentra justo aquí mismo —volvió a mascullar Jack. Y de nuevo lo ignoraron. Ya había tenido suficiente, pensó, y empezó a emprender la retirada hacia la relativa cordura de su habitación. Podían decidir lo que quisieran mientras que no lo hicieran desfilarse como un novio. Tenía otras cuestiones más importantes de las que ocuparse.

—Oh, no —dijo su tía—. No podéis esconderlo.

—¿Por qué diablos no? —preguntó Morgan.

—Toda boda de sociedad necesita una novia, Pierpont. De eso se trata justamente todo esto.

Jack se detuvo en seco y se volvió hacia el salón.

—Todo el mundo aparece en la iglesia para ver a la joven redimida y vestida de blanco —continuó su tía—. Todo el mundo quiere saber si verdaderamente se trata de un matrimonio por amor o si el novio tiene cara de querer salir huyendo. Si quieres desacreditar el artículo, tiene que parecer que no hay nada que ocultar.

—No pienso casarme con ninguna chica —volvió a decir Jack con la voz entrecortada y apenas

conteniendo su frustración.

—No me refiero a que lleves a una novia, querido. Me refiero a que *seas* la novia —dijo su tía con una sonrisa distraída.

—No, ni hablar... —empezó a decir, pero su tía siguió hablando.

—Debes hacer que Jack sea el centro de atención —continuó ella.

—De ninguna manera —gruñó Morgan. Su nariz se retorció con desagrado ante la idea.

—Es la única manera. —La mujer miró a Jack con una expresión peligrosamente introspectiva. Nada bueno resultaba jamás de las mujeres entrometidas cuando empezaban a pensar—. Sí, ahora lo veo —dijo a Morgan—. Conviertes a Jack en el hombre del momento, el conductor de la celebración. El evento demostrará que la Orden no es temerosa, ni débil, ni siquiera que está desfalleciendo, y de ese modo podrás utilizar la noticia a tu favor. No puedes hacer que se retracten de algo que ya está escrito, así como tampoco puede una chica reclamar su virginidad, pero puedes aprovecharlo en beneficio de tu causa. Convierte a Jack en el héroe que descubrió el peligro en el tren, un peligro que revela la continua necesidad de la Orden.

—No me gusta —contestó Morgan.

—Bueno, eso no es lo importante, querido —le dijo su tía—. ¿A qué pobre chica le gusta que la obliguen a casarse por una pequeña indiscreción cuando los hombres pueden tener todas las mujeres que quieren? La cuestión está en la necesidad. Debes coger la historia y hacerla tuya. Es el modo más seguro y, al mismo tiempo, apuntalará el poder de la Orden.

—No soy un títere para que podáis manejarme —gruñó Jack. Sentía la cabeza ligera y pesada a la vez por la morfina en sus venas, pero la furia parecía algo puro. ¿Cómo se atrevían a intentar arreglar su vida? ¿Cómo se *atreían* a tratarlo como si fuera una estúpida jovencita, objeto de un intercambio comercial entre hombres?—. Tengo derecho a opinar sobre esto.

Morgan se volvió hacia él.

—Dada la evidencia de este artículo, ya has tenido derecho a opinar. Ahora puedes elegir escuchar o marcharte. ¿He sido lo bastante claro?

Apretaba los dientes con tanta fuerza que sospechó que en cualquier momento se fracturarían. Pero inclinó tensamente la cabeza en dirección a su tío.

—Completamente.

Volviéron a sus planes como si él no fuera más que un niño desobediente y repudiado al que le acababan de regañar. *Está bien*. Que lo pensarán. Que creyeran que se arrodillaría ante ellos para volver a ganarse su favor. No se daban cuenta de que ya habían empezado a resultar innecesarios. El mundo seguía girando sin ellos, y también lo haría Jack. Mientras se preocupaban como mujeres hablando de ropa de cama y diseños de vajilla, él estaría aprendiendo y planificando, y cuando llegara el momento, ocuparía su lugar y dejaría obsoletos a los ancianos que creían que gobernaban aquella ciudad.

Pero hasta entonces, Morgan no era el único que tenía contactos y personas que le hicieran favores. Jack utilizaría a uno de los suyos para encontrar a R. A. Reynolds. Había conocido a Paul Kelly unas semanas atrás, y por todo lo que había escuchado, Kelly no tendría ningún problema en transmitir un mensaje por él. Se aseguraría de que aquel maldito periodista se arrepintiera de haberse cruzado en su camino.

CONSECUENCIAS

1904, St. Louis

Si Estrella no hubiera entrenado desde niña para reprimir cualquier atisbo de emoción al enfrentar un peligro inesperado, su mandíbula podría haberse descolgado al escuchar las palabras de Julien Eltinge. En cambio, mantuvo sus rasgos impassibles, una combinación de tedio y aplomo sereno que nunca dejaba de desviar la atención. Por mucho que odiara al hombre que la había criado, en aquel momento tenía que dar las gracias por su habilidad para ocultar su reacción tan bien. Pero por dentro, sus instintos estaban en un estado de máxima alerta, y sentía como si acabaran de lanzarle un puñetazo por sorpresa.

—*¿Tristemente célebre?* —preguntó—. No estoy segura de lo que ha podido oír hablar de mí, pero sin duda decir que soy tristemente célebre resulta un poco exagerado, señor Eltinge.

Julien volvió a torcer la comisura de sus labios hacia arriba alrededor del cigarro.

—Oh, no creo estar exagerando en absoluto —replicó con un brillo en sus ojos oscuros. Eran demasiado agudos, demasiado perceptivos, y tuvo la sensación de que él también lo era. Apoyando el cigarro nuevamente en el cenicero, se volvió hacia el espejo y empezó a quitarse el maquillaje del otro lado del rostro—. Después de todo, no puedes destruir un tren y esperar no ganarte una reputación por ello, ¿sabes? —preguntó con tanta calma y naturalidad como si estuviera hablando del tiempo.

¿Destruir un tren?

Tuvo la sensación de que todo el camerino desaparecía a su alrededor. Estrella se sintió como si estuviera de nuevo en el tren que salía de Nueva Jersey. La gema que aún llevaba en el brazo parecía entibiarse ante el recuerdo de lo difícil que había sido captar los segundos, encontrar el momento exacto para sacarlos a ambos de allí y huir de Jack. Aunque estaba sobre tierra firme, sintió las piernas temblorosas, tal como cuando el terreno bajo el tren pareció oscilar, como si estuviera a punto de descarrilarse. E incluso en el camerino cálidamente iluminado, se sintió acechada por la oscuridad que había invadido su campo visual y su conciencia.

No... es imposible.

—Pero, por favor, dejémonos de ceremonias. Llámame Julien. —Levantó la vista para mirar a Estrella a través del espejo, con una sonrisa tenue en los labios mientras se seguía limpiando el maquillaje de su rostro—. Después de todo, un amigo de Darrigan es un amigo mío.

—¿De qué hablas, Julien? —preguntó Harte—. Ella no destruyó nada... y menos un tren.

—Es cierto que sería el tipo de situación que uno *recordaría*... —Julien volvió a dirigirles una de esas miradas demasiado perceptivas—. Aunque es lo que aseguraban todos los periódicos.

—¿Y tú lo creíste? —preguntó Harte con un tinte de desprecio en la voz—. Tú deberías entender mejor que nadie que no se debe confiar en aquellos periodistas que no hacen más que especular a base de escándalos.

La expresión afable de Julien vaciló ligeramente, pero no respondió de inmediato. Estrella notó que seguía mirándola, y que continuó estudiándola algunos instantes más antes de volverse de nuevo hacia el tocador. Se tomó su tiempo para quitar el resto de la crema facial y el maquillaje de su rostro, borrando a la mujer que había dominado el escenario hasta que lo único que quedó fue el hombre que había debajo, un hombre que no era menos fascinante.

No había nada ni remotamente femenino en los rasgos de Julien sin la ligera base ni el brillo del colorete sobre las mejillas y los labios. En cambio, tenía un aspecto rudo, casi mediterráneo: la tez de color oliva, el cabello negro húmedo por el sudor, del que asomaba un rizo, y ojos oscuros como el carbón, tan perceptivos como los de un cuervo. Volvió a levantar el cigarro —un artificio, advirtió Estrella— empuñando su grueso tocón como si fuera una espada.

Se dio la vuelta para mirarlos entonces, y se dirigió a ellos con tono serio:

—Para ser honestos, Darrigan, no le presté demasiada atención a aquel artículo cuando salí. Siempre hay algún que otro accidente en los periódicos. Pero luego un tipo alegó que *no había* sido un accidente. El único motivo por el que siquiera lo noté fue porque aseguró que *tú* estabas allí.

—¿Quién era aquel tipo? —preguntó Harte.

—¿Cómo se llama...? El que últimamente siempre anda con Roosevelt —dijo Julien, sacudiendo el cigarro en el aire intentando pensar—. Creo que es Grew. Gerald o James...

Estrella sintió que se le revolvía el estómago.

—Jack.

—Eso es. —Julien la señaló con el cigarro—. Jack Grew... es uno de los Morgan, ¿verdad?

—El sobrino de J. P. Morgan —añadió Harte, pero su voz sonaba tan hueca como lo que sentía Estrella en aquel momento.

Julien asintió. Aparentemente, no advirtió la reacción de ninguno de los dos.

—Sí, ese mismo. Por lo visto, estuvo implicado en el desastre. Unos días después del hecho, uno de los periódicos salió con toda una historia, asegurando que el descarrilamiento no había sido un accidente. Jack Grew afirmaba que vosotros dos habíais incendiado el cuartel general de la Orden de Ortus Aurea en Nueva York para cubrir un robo. Él te había seguido hasta el tren y estaba a punto de detenerte cuando lo atacaste...

—¿Yo lo atacé *a él*? —Estrella ni siquiera intentó ocultar la indignación en su voz.

—Y que hiciste volar la mitad del tren para escapar —concluyó Julien—. Muchas personas murieron en el accidente, ¿sabes? Después de que Grew asegurara que no se había tratado de un accidente, las autoridades empezaron a prestar atención... Oh, no te hagas el ofendido, Darrigan. Solo estoy contándote lo que decían los periódicos.

—Estás acusándonos de destruir un tren, Jules —dijo Harte. Su tono de voz era en aquel momento más grave y peligroso—. De matar a personas inocentes.

—No estoy acusándote *a ti* de nada. Tú deberías estar muerto, después de todo. Una caída trágica desde un puente, por lo que escuché.

—¿Así que me estás acusando a mí? —preguntó Estrella, que seguía intentando entender lo extraño que le resultaba Julien Eltinge.

Conocía a los hombres como él. Empleaban su atractivo físico y el aire de confianza serena que exudaban para conseguir lo que querían. Hombres como Logan, al que había creído un amigo y socio hasta que se volvió en su contra. Hombres como Harte, también, si debía ser honesta consigo misma. El encanto de Julien era una especie de advertencia: una señal de que debía estar alerta. Pero había algo más bajo todo aquel encanto, y esa parte seguía siendo un enigma.

—No estoy acusando a nadie —dijo el actor.

Harte soltó un resoplido impaciente.

—Estás agotando mi paciencia, Jules.

Julien le dirigió a Estrella una mirada burlona por el rabillo del ojo.

—Sabes, a veces puede ser un idiota. —Hizo una pausa para considerar lo que acababa de

decir—. En realidad, normalmente es un idiota, ¿verdad? Pero jamás lo he considerado un asesino. Pero a ti, en cambio... —Entonces miró a Estrella sin reparos, con un interrogante en sus ojos amenazantes y perceptivos—. No te conozco *en absoluto*.

—Ella está conmigo. —Harte avanzó un paso, situándose ligeramente delante de ella para imponerse físicamente mientras hablaba—. Es todo lo que necesitas saber.

Estrella estuvo a punto de poner los ojos en blanco, exasperada. Harte la había estado ignorando prácticamente desde que habían abandonado Nueva York, ¿y de pronto volvía a mostrar algún interés por ella? Típico. Pero delante de Julien, dejó que llevara a cabo aquella pequeña exhibición de caballerosidad.

Jules miró a Harte con curiosidad.

—Entiendo —dijo. Un brillo de diversión iluminó su expresión cuando finalmente volvió a mirar a Estrella. Luego soltó una suave carcajada—. Harte Darrigan... jamás creí que vería el día... —Volvio a reír.

Ella alzó el mentón ligeramente y fingió lo que esperó que fuera una mirada de desinterés absoluto, incluso mientras seguía intentando procesar todo lo que Julien les había contado. Algo le había ocurrido al tren después de que se deslizaran a través del tiempo... algo que jamás había sucedido.

—Háblame sobre lo que pasó con el tren —reclamó Estrella.

Julien sostuvo su mirada unos instantes más antes de empezar a hablar.

—Hace un par de años hubo un gran descarrilamiento. El accidente arrancó un tramo de vías dejando un enorme agujero, justo fuera de la estación de Nueva Jersey. Según las noticias de los periódicos, la vía desapareció. Quedó completamente *destruida*, y, con ella, la mitad del tren. Los inspectores dijeron que un daño como aquel solo podía ser resultado de una explosión. Al principio creyeron que se trataba de uno de los grupos anarquistas que siempre están volando cosas cuando no consiguen lo que quieren, pero luego, un par de días después, el *Herald* dio la primicia de este personaje, el tal Jack Grew. Aparentemente, aseguraba que vosotros erais los responsables. Por supuesto, la mayoría de la gente creía que estaba chiflado, teniendo en cuenta que Darrigan ya *debía* estar muerto...sin ánimo de ofender...

—No me ofendo —dijo Harte, pero tenía la mandíbula tensa, y Estrella tuvo la sensación de que no le gustaba que se lo recordaran.

—Y luego afirmó que no se trataba de una bomba. Dijo que vosotros habíais empleado magia.

—¿Magia? —preguntó Estrella, fingiendo estar sorprendida.

—Aseguró que erais mageus —dijo Julien, y quedó implícita la pregunta.

—Hace años que nos conocemos, Jules. Si fuera mageus, ¿no crees que te habrías enterado? —preguntó Harte, volviendo la atención de su amigo nuevamente hacia él—. Si cualquiera de los dos fuera mageus, ¿cómo podríamos haber salido de la ciudad?

Estrella intentó no retener el aire mientras esperaba la respuesta de Julien.

—Eso es lo que todo el mundo se preguntaba —dijo finalmente—. ¿Magia peligrosa fuera de la protección del Umbral? Era imposible. Pero nunca encontraron vuestros cuerpos entre los escombros, y Grew siguió jurando que ambos habíais estado allí.

»Por supuesto, su gente utilizó todo el asunto como una prueba de que el trabajo de la Orden seguía siendo importante. Esta negó que la magia pudiera escapar de los confines del Umbral, como negó que el incendio de su cuartel general hubiera sido algo más que un accidente: una instalación eléctrica defectuosa o algo por el estilo. Era imposible que les hubieran robado algo porque solo la ladrona del mismísimo Diablo podría haber irrumpido en la bóveda de la Orden de

Ortus Aurea. Como imaginaréis, al público le *encantó*. La Ladrona del Diablo.

—¿La Ladrona del Diablo? —preguntó Estrella.

—Así empezaron a llamarte —dijo Julien, apagando definitivamente el cigarro—. Durante un tiempo estuviste en todos los periódicos. Todo el mundo intentaba saber quién eras y a dónde te habías marchado. Todos los periodistas querían desenmascarar a la Ladrona del Diablo.

—Un nombre absolutamente estúpido —masculló Harte.

Julien se rio.

—Es posible, pero, si me preguntas, era un gran titular.

—No te he preguntado —dijo, rotundo.

Julien lo ignoró.

—Tiene la dosis justa de... algo. Realmente capta la atención. —Miró más directamente a Estrella—. Tendría un gran efecto sobre el escenario si alguna vez decides incursionar en el mundo del teatro.

—No está interesada —interpuso Harte antes de que ella pudiera responder.

Le dirigió una mirada, pero él ni siquiera se la devolvió. Tenía la atención puesta en Julien, y su impaciencia era como un ser vivo que respiraba.

El artista no pareció advertirlo. O quizá no le importó.

—Es una maldita pena —dijo, encogiendo los hombros—. Tratándose de una chica alta como tú... apuesto a que tienes un gran par de piernas bajo todas esas faldas.

—Julien... —dijo Harte con severidad.

—No puedo creer que realmente no sepáis *nada* de esto. —Su gesto divertido cedió el lugar a la confusión—. Imaginaba que por eso habías desaparecido... que estabas muerto u ocultándote en alguna parte. Como fuera, pensaba que nunca volvería a verte.

—Estábamos... —Harte vaciló como si dudara de cómo explicarlo.

—Fuera del país —intervino Estrella con naturalidad.

Julien frunció el ceño, considerando a ambos.

—De todas formas, uno creería que una noticia así habría llegado...

Un golpe sonó en la puerta, interrumpiendo sus palabras a mitad de la frase.

Harte se enderezó, repentinamente alerta, reflejando la misma inquietud que Estrella. Solo había una entrada a los camerinos y, por tanto, una sola salida. Si Julien estaba en lo cierto respecto de que los seguían, y si él la había reconocido tan fácilmente, era posible que también le hubiera sucedido a alguien más. No podían detenerlos allí. No después de lo lejos que habían llegado, y no con todo lo que aún quedaba por hacer.

—Tú no... —empezó a decir Harte, pero Julien alzó una mano para hacerlo callar.

—¿Quién es? —gritó, sin molestarse en ir a abrir la puerta. Él también parecía de pronto nervioso.

—Soy Sal.

—El director de escena —susurró a Harte.

—¿Qué deseas? —preguntó con voz resonante—. Estoy un poco ocupado en este momento.

—Han venido algunos integrantes de la Guardia de Jefferson. Están registrando todo el teatro —gritó el director a través de la puerta cerrada—. Solo quería avisarte, en caso de que estuvieras... eh... indispueto.

—Pues lo estoy. —La mirada de Julien se desplazó entre Harte y Estrella—. ¿Puedes retenerlos unos instantes?

—Tal vez unos cinco minutos —dijo la voz desde el otro lado de la puerta.

—Hazlo y te lo pagaré con una botella de algo mucho mejor que la bazofia que sueles beber.

Los tres aguardaron en silencio a que las pisadas de Sal se alejaran. En cuanto dejaron de oírlos, Julien se puso en pie.

—Vamos. Tenéis que salir de aquí. —Hizo a un lado un perchero de vestidos bordados con cuentas que al moverse desprendían destellos bajo la luz.

—¿Qué pasa? —le preguntó Estrella a Julien—. ¿De qué habla? ¿Qué guardias?

—La Guardia de Jefferson. Se trata de una milicia privada de St. Louis. —Julien se acercó a la pared trasera y empezó a aflojar el panel que había sobre ella—. Su principal función es dar caza a la magia ilegal, pero este año, con la Exposición, están en un estado de mayor alerta... Especialmente, desde los ataques Antistasi que sucedieron el pasado octubre.

—¿Antistasi? —preguntó Harte al mismo tiempo que Estrella preguntaba:

—¿Qué ataques?

—Los Antistasi son un grupo de anarquistas, pero en lugar de valerse de la dinamita y las balas habituales, usan la magia para provocar disturbios. Empezaron a aparecer el año pasado cuando entró en vigor la Ley de Defensa Contra la Magia, pero probablemente vosotros tampoco os hayáis enterado de eso. —Cuando sacudieron las cabezas, continuó—. Básicamente, hizo que fuera oficialmente ilegal toda forma de magia natural no reglamentada —explicó Julien mientras continuaba aflojando el panel de la pared.

—Los Antistasi... ¿son mageus? —preguntó Estrella.

—Es lo que aseguran —dijo Julien—. Una vez que la Ley entró en vigor, empezaron a surgir *por todas partes*, causando todo tipo de problemas. Lo cierto es que vosotros y el tren os convertisteis en una especie de inspiración para ellos.

La mirada de Harte se cruzó con la de Estrella, y supo que estaba pensando lo mismo que ella.

¿Mageus que vivían fuera de la ciudad... fuera del Umbral? La magia antigua no debía existir en ningún otro lugar del país. ¿Acaso no era lo que siempre le habían enseñado? Era lo que siempre había creído desde pequeña. Pero ella misma la había podido sentir fuera del teatro. Había magia en las calles de St. Louis. Magia extraña, pero de todas formas, poderosa. ¿Había cambiado algo lo que hicieron en Nueva York al robarle a la Orden y permitir que Jack se quedara con el Libro? ¿O es que era mentira todo lo que sabía?

Hubo un tiempo en el que Estrella había estado agradecida por la educación que había recibido. Su profundo conocimiento de Nueva York le permitía ser dueña de las calles, sin importar dónde aterrizara. Pero después de todo lo ocurrido, era cada vez más consciente de las carencias que tenía dicha educación. ¿Le habría ocultado información el profesor Lachlan sobre los mageus fuera de la ciudad para evitar que ella lo supiera? ¿O se trataba de un futuro nuevo para el que no podría haberse preparado?

Una cosa *sí* era cierta: en su propia época, no había ninguna Ley de Defensa Contra la Magia.

—No te preocupes, cariño —dijo Julien con suavidad, malinterpretando su preocupación—. Te sacaremos de aquí. —Se concentró en deslizar el panel hacia un lado y dejar expuesto un agujero en el muro—. Es posible que la Guardia de Jefferson no esté buscándote a ti precisamente, pero apuesto a que la recompensa por tu bonita cabeza es mucho mayor que su precio habitual.

—¿Hay una recompensa? —preguntó.

—Cielos —dijo Julien, entre indignado y asombrado—. Realmente, habéis estado ausentes mucho tiempo. *Por supuesto* que hay una recompensa. J. P. Morgan en persona la ofreció. No puedes ir por ahí volando trenes sin que haya consecuencias, ¿sabes?

—Ya te he dicho que ella no le hizo nada a aquel tren —dijo Harte indignado.

—Y yo ya te he dicho que estoy dispuesto a creerte, pero será más difícil convencer a la Guardia si os encuentran aquí. No tienen fama de jugar limpio, así que lo pasaríais fatal intentando huir.

—Pero... —empezó a protestar Harte.

—Tiene razón —interrumpió Estrella antes de que siguiera retrasándolos más tiempo—. Tenemos que huir mientras podamos. —Le dirigió una mirada silenciosa que esperó que comprendiera.

—Chica lista —dijo Julien.

No se molestó en agradecer el cumplido. La cabeza no paraba de darle vueltas por las implicaciones de todo lo que acababa de escuchar: era una criminal buscada y había magia... incluso tal vez mageus... fuera de los confines del Umbral.

Para entonces, Julien había retirado por completo el panel de la pared, dejando al descubierto un pasadizo al otro lado.

—Suelo salir por aquí cuando quiero escabullirme sin tener que lidiar con la multitud que se agolpa en la entrada de artistas. —Titubeó, y Estrella no pudo evitar preguntarse lo que significaba—. Seguid este pasadizo hacia la izquierda —indicó Julien—. Os conducirá hacia la sala de las calderas. Desde allí deberíais poder encontrar el camino a la salida sin dificultades.

—En cuanto a esa recompensa, Jules... —La expresión de Harte era tan severa como la raya que separaba su oscuro cabello—. ¿Estás seguro de que no tienes ningún interés en ella?

Julien parecía realmente desconcertado. Cuando finalmente habló, había un dejo de advertencia en su voz.

—Pensaba que me conocías mejor, Darrigan.

—Como bien has dicho, *realmente* ha pasado mucho tiempo —señaló Harte, y algo tácito se crispó entre los dos—. Es mucho lo que parece haber cambiado en mi ausencia. Solo necesito saber si también tú lo has hecho.

—No quiero su dinero manchado de sangre —dijo de modo rotundo mientras hacía un gesto hacia la brecha en la pared. Por la mirada en sus ojos, Estrella incluso pudo creer que lo decía en serio—. Marcharos. Cuando entre la Guardia de Jefferson, me aseguraré de distraerlos un rato para que podáis alejaros lo suficiente del teatro.

—Todavía tenemos que hablar, Julien —insistió Harte.

—Claro, claro —respondió, haciéndoles señas para que avanzaran—. Me reuniré contigo en la Taberna del Rey en un par de horas.

—¿Dónde se encuentra la Taberna del Rey? —preguntó Harte.

—Es un bar sobre Del Mar, una taberna de mala muerte donde nadie debería reconocerte o a nadie debería importarle si ocurre. —Julien retrocedió un paso para dejarlos entrar en el túnel tras la pared—. Marcharos, entonces. Antes de que regresen.

UN CIELO OSCURO Y SIN ESTRELLAS

1904, St. Louis

Harte vaciló solo un instante más, escrutando el rostro de Julien en busca de algún indicio que delatara que la abertura que tenían por delante guardaba algún tipo de trampa o truco, pero no lo encontró. Los ojos de Julien estaban serenos, su expresión, aparentemente sincera. De todas formas, no merecía la pena tomar riesgos innecesarios.

Harte extendió la mano.

—Gracias, Jules.

Julien aceptó su mano sin dudar y le dio un fugaz apretón antes de retirarla. Pero piel con piel era suficiente. Un pulso de poder, y estarían a salvo... al menos, de él. Considerando toda la información de la que acababan de enterarse, Harte no estaba seguro del alcance que tendría aquella medida de seguridad.

Sin decir ni una palabra más, siguió a Estrella dentro del oscuro túnel, que se oscureció aún más cuando Julien volvió a colocar el panel detrás de él. Esperaron en la penumbra, oyendo el chirrido del perchero de vestidos en lo que este volvía a colocarlo en su sitio, y sus ojos se ajustaban a la ausencia de luz. Incluso sin verla, Harte podía percibir la cercanía de Estrella. Su tibieza y la de su afinidad lo convocaron, así como al poder que albergaba en su interior. Por el momento, aquel poder se encontraba silenciado, pero sabía que solo esperaba al acecho a que bajara la guardia.

—Vamos —le susurró cuando por fin pudo distinguir la forma del pasadizo—. Deberíamos avanzar mientras podamos.

Finalmente, llegaron a la sala de las calderas, una enorme habitación que olía vagamente a carbón y polvo. Dado que era verano, la sala se encontraba vacía y silenciosa, ya que los fogones se habían enfriado hacía tiempo. Los enormes tanques de acero que calentaban el agua antes de que se bombeara hacia los radiadores de todo el teatro se alzaban por encima de ellos, como formas tenebrosas que hacían imposible ver si alguien aguardaba al otro lado de la sala. Se desplazaron con cuidado, tan silenciosamente como pudieron, y no tardaron en encontrar la entrada de los trabajadores al otro lado.

—¿Estás seguro de que esto no es una trampa? —preguntó mientras miraba la puerta sin ventanas que conducía al exterior.

—No una que haya tendido Julien —le aseguró—. Me he ocupado de ello.

—De todos modos, deberíamos tener cuidado. Nunca he oído hablar de estas patrullas. No sé si son algo nuevo o... —Parecían faltarle las palabras—. No recuerdo haber estudiado nada acerca de ellas ni de la ley contra la magia a la que se ha referido. Nada de esto existía en el futuro que conocí.

Harte creyó comprender la emoción en su voz. En Manhattan, había conocido mageus dispuestos a delatar a los de su misma especie por un puñado de monedas, pero la Guardia de Jefferson y aquella nueva ley que declaraba la magia ilegal eran peligros que no habían anticipado.

—Aunque las patrullas estén compuestas por mageus, no deberían poder encontrarnos salvo que hagamos uso de nuestras afinidades. No necesitamos magia para regresar al hotel —le dijo, respondiendo su tácita preocupación de que pudieran ser descubiertos—. Esto no difiere mucho

de los hombres de Corey allí en Haymarket. Si mantenemos la cabeza gacha y desactivamos nuestras afinidades, estaremos a salvo. —Al menos, era lo que esperaba.

Estrella pareció creerse su fachada de falsa bravuconería... o al menos fingió hacerlo. Asintió con firmeza, y salieron silenciosamente al callejón trasero que estaba detrás del teatro. Pero mientras avanzaban, Harte se mantuvo alerta por si acaso alguien los esperaba. El camino parecía despejado, y avanzaron hacia el final del pasadizo mientras se oía el retumbar de truenos en la distancia.

—Camina más despacio —siseó Estrella. Harte abrió la boca para protestar, para decirle que cuanto más rápido se alejaran de aquellos Guardias, mejor, pero ella se explicó antes de que pudiera hablar—. Si te ven escabulléndote, llamarás la atención. Parecerás culpable.

Tenía razón. Aunque todos sus instintos lo instaban a correr, se obligó a aminorar la marcha al acercarse a la entrada del callejón.

A la derecha, un camión de mercancías aguardaba delante del teatro. Junto a los vagones sin ventanas había más hombres enfundados en sus abrigos negros. Por lo que Julien había dicho, seguramente se tratara de la Guardia de Jefferson, lo cual explicaba por qué habían ido tras los pasos de aquel chico en el que Estrella se había fijado. Apostados delante de las puertas del teatro había cuatro hombres más con atuendos similares, todos mirando el edificio y esperando a que el público saliera. Estaban en alerta y era evidente que lo estaban vigilando todo.

—Podemos volver dándole la vuelta a la manzana —sugirió Harte—. Tardaremos un poco más en llegar, pero por lo menos no tendremos que pasar delante de ellos.

—Creía que habías dicho que no podrían percibirnos.

Frunció el ceño, recordando el estallido de energía fría que había acompañado a los tres Guardias que habían pasado corriendo por su lado fuera del teatro. Su magia no había sido completamente natural; era apenas tibia.

—No creo que puedan hacerlo, pero con el poder del Libro en mi interior y tras lo que ha sucedido anteriormente...

Ella asintió, sus ojos color dorado mirándolo con seriedad.

—Tienes razón. No merece la pena correr el riesgo.

El teatro se encontraba a tan solo un puñado de calles del hotel que habían encontrado, el Jefferson, cerca del río Misisipi y enclavado cerca del corazón del centro. El edificio tenía una altura de trece plantas y se encontraba rematado por una cornisa decorativa, ricamente ornamentada, que se alzaba como una corona en la cima. Era claramente un edificio nuevo, erigido para las multitudes que viajarían para la feria. Incluso en la ciudad congestionada, la mugre y la suciedad de las carretas de las que tiraban los caballos, y el hollín proveniente de las chimeneas de los barcos aún no habían empañado el edificio.

Tal vez tendrían que haber elegido algo menos llamativo, pero habían pasado dos años desde que se habían marchado de Nueva York. Pensaron que dos años sería tiempo más que suficiente y que St. Louis estaría lo bastante lejos como para que nadie los estuviera buscando. Además, el Jefferson tenía baños privados, y la promesa de sumergirse en agua para dejar atrás la mugre de los días anteriores y el largo viaje en tren, dentro de su propia habitación, lejos de Estrella y de su capacidad para provocar al poder que había dentro de él, fue una tentación a la que no se pudo resistir.

Justo en aquel momento en el que parecía que las nubes no dejaban de lanzar destellos de advertencia de la tormenta que se avecinaba, el hotel parecía un santuario. Estarían a salvo en sus habitaciones. Tenían un par de horas antes de que llegara el momento en que se suponía que debían

encontrarse con Julien, para que les trajera la gema, tal y como Harte le había exigido en silencio antes de que se marcharan. Necesitaba algo de tiempo para recuperar fuerzas. Requería mucha energía mantener encerrada la voz en su interior, controlar el poder que amenazaba constantemente con emerger, especialmente cuando Estrella estaba cerca.

Cuando entraron en la tranquilidad del vestíbulo, sintieron la diferencia en comparación con la aglomerada y bulliciosa ciudad que quedaba tras las puertas de acceso. Nada más entrar, Harte sintió que parte de la tensión por la noche anterior se disipaba al quedar envuelto en el silencio del hotel. Un balcón en la entreplanta recorría los cuatro lados del vestíbulo, y un anillo de columnas de mármol rodeaba el espacio, sobre las cuales se apoyaba el techo abovedado, pintado de un verde palmera brillante de aspecto natural. Arañas de cristal arrojaban su suave luz a través de la frondosidad de las palmeras *reales* que se esparcían por toda la sala. Desde algún lugar lejano, quizá del salón de baile que se encontraba arriba, se oía música, pero a pesar de los pequeños grupos de gente que seguían dando vueltas, se podía respirar seguridad en el enorme atrio de dos plantas.

Apenas habían cruzado el vestíbulo hacia la zona de los ascensores, cada uno encerrado en una jaula de bronce ornamentada, cuando Harte advirtió cierto movimiento por el rabillo del ojo. Al darse la vuelta, tuvo la sensación de que las palmeras plantadas en pequeños bosquecillos individuales alrededor de toda la sala se movían, como si soplara una brisa invisible. Al observar, extrañado, la música se silenció de modo que todo lo que podía oír era el viento, y tuvo la sensación de que todo el vestíbulo a su alrededor sufría un cambio, esfumándose hasta convertirse en un lugar diferente... en una época diferente...

Era de noche, el techo se había convertido en un cielo oscuro y sin estrellas, y el viento que susurraba entre las palmeras llevaba consigo el aroma de la traición, espeso y metálico como sangre vieja... Un amigo vuelto enemigo destruiría la esencia de la magia si la tomaba entre sus manos. Venía...

Harte parpadeó, y la visión desapareció.

¿Quién viene?

Cuando volvió a levantar la vista, las palmeras estaban quietas, y se encontraba rodeado de nuevo por la opulencia del vestíbulo. En el aire solo se oía el tintineo de música lejana y el murmullo tranquilo de alguna conversación. Pero el poder en su *interior* se amotinaba.

El brazo de Estrella sujetó el suyo aún más fuerte.

—¿Qué sucede? —preguntó él, pensando que quizá también ella había visto la misma noche oscura y tenido la misma inquietante percepción de que algo terrible iba a suceder.

—A tu izquierda, allí junto a la palmera grande. Pantalones grises y chaqueta de color claro —dijo, y él supo entonces que no se refería a lo que acababa de ver.

»Hay uno apoyado contra el mostrador de la recepción... ¡no! No los mires así —dijo entre dientes.

—¿Quién? —preguntó, luchando contra el impulso de girar el cuello e intentando ignorar el estruendo de la voz interior a medida que su poder se agitaba y crecía.

—No lo sé, pero definitivamente no son huéspedes. Sé cómo identificar un blanco desde que tenía ocho años. Puedo reconocer a un policía, incluso cuando no lleva el uniforme puesto —explicó—. Tienen un modo particular de detenerse y una mirada vigilante que no resulta fácil de disimular, por más buenos que sean trabajando de incógnito. —Por fin, lo miró—. ¿Estás seguro de que Julien no tiene ningún interés en la recompensa?

—Me aseguré de que no sucediera. —Se irritó ante su falta de confianza. El recuerdo de la

visión lo había dejado inquieto, y las preguntas de Estrella solo lo empeoraban.

—Pues puede que no haya funcionado...

Antes de que pudiera acabar, la apartó a un lado, haciéndola retroceder contra una de las enormes columnas de mármol y situándolos a ambos detrás de una de las palmeras, para que pudiera ver bien el salón que quedaba a sus espaldas. Rodeándola con los brazos, se inclinó hacia delante acercando el rostro a su cuello. Le gustó sentir que a ella el aliento se le quedaba atrapado en la garganta.

Pero la voz interior bullía de anticipación.

—¿Qué estás...? —preguntó Estrella con un susurro entrecortado.

—Mira cuántos hay —murmuró en su oído, poniendo a prueba su autocontrol incluso mientras el poder en su interior embestía ante su cercanía.

Sintió el momento en que advirtió lo que hacía. Su cuerpo se volvió dócil contra el suyo, y alzó los brazos para rodearle el cuello, sumándose al ardid. *Es solo una actuación*, se dijo Harte, ignorando el hecho de que no le importaba que lo fuera.

Tenía que haber usado el jabón francés que había encontrado en una tienda aquella tarde, cuando habían comprado la ropa de noche, porque olía de forma diferente a la habitual. Tenía un perfume floral enigmático, pero bajo la embriagadora fragancia floral seguía siendo Estrella, inocente y real y tan familiar que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no acercarse aún más.

La voz interior lo animó con un ronroneo, y pudo sentir su calor poco natural cambiando y creciendo, preparado para el momento en el que bajara la guardia. El momento en que olvidara mantenerla a raya.

No permitiría que sucediera.

Recordó la visión que había tenido en la estación de tren —Estrella con una oscuridad insondable en el lugar de sus ojos— y juró que jamás sería tan débil. Si el poder que había en su interior se volvía demasiado fuerte, se marcharía. La protegería, incluso si significaba perder toda esperanza de reclamarse a sí mismo. Una vez había estado dispuesto a destruirse para silenciar al Libro. Estaría dispuesto a hacerlo de nuevo si llegaba el caso.

Pero con Estrella entre sus brazos, la música suave en la lejanía y rodeado por su fragancia, los pensamientos de muerte se fueron desvaneciendo. No pudo evitar rozar ligeramente con sus labios la tibia columna de su cuello.

El aliento de ella volvió a detenerse, y Harte sintió que la voz lo animaba a seguir. Así que la soltó, negándose a sí mismo y al poder cualquier tipo de satisfacción real.

—Hay seis, quizá siete en el vestíbulo —le dijo, con voz firme y segura. Pero estando tan cerca, podía sentir el ascenso y descenso de su pecho, y por lo menos supo que no le era tan indiferente como ella pretendía... no era el único que albergaba aquellos sentimientos.

—¿Estás *segura* de que es la policía? —preguntó.

—Bastante segura —le dijo con voz grave y áspera—. Los Guardias de Jefferson que estaban en el teatro llevaban todos brazaletes... no ocultaban lo que eran.

—Tal vez, sean quienes sean estos hombres, no vienen a por nosotros —dijo Harte esperanzado, tentando la suerte y el autocontrol mientras hociqueaba con suavidad su cabello. Sentía los mechones fríos contra la piel, como seda, y la voz vibró de anticipación. En cambio, volvió a apartarse, probándole al poder que albergaba dentro, y a sí mismo, que podía hacerlo. Que lo tenía bajo control... Aunque no a su deseo y tampoco a la voz que permanecía presente en los recovecos de su mente.

—Oh, están aquí por nosotros —le dijo ella con certeza—. O tal vez, solo por mí... El que está

junto al helecho no deja de mirar en nuestra dirección. —Soltó un suspiro, su aliento tibio contra el cuello de Harte—. No puedo creer lo estúpida que he sido al dejar que me convencieras para que nos quedáramos en un lugar como este. Incluso con nombres falsos, era demasiado arriesgado. Es demasiado grande, demasiado céntrico.

—Lo sé —le respondió, sintiendo una punzada de culpa. Ella había sugerido algún lugar más aislado, pero después de la mugrienta habitación de Brooklyn, había deseado disponer de agua caliente corriente y una cama sin nada que se arrastrara bajo las sábanas—. Pero es demasiado tarde para regresar. Ahora tenemos que encontrar una manera de salir de aquí.

—Pues no será como hemos entrado —respondió, inclinándose aún más hacia él.

No sabía si lo hacía instintivamente o si era parte de la artimaña, pero se mantuvo alejado de todas formas. Podía sentir el poder en su interior preparándose, anticipando el momento en el que dejaría de retenerlo. No podía dejar que triunfara.

—Hay demasiados —dijo.

Se preguntó si ella advertía lo bien que encajaban, la suavidad de ella contra su propia silueta angulosa, o si sabía lo que le provocaba tenerla tan cerca y no poder permitirse avanzar aún más. El corazón le latía en los oídos, pero se concentró en no perder la calma.

—Quizá haya una salida de servicio...

—Probablemente —murmuró, alejándose un poco—. Pero también la estarán vigilando.

La sintió moverse entre sus brazos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tenemos que marcharnos —susurró—. Están empezando a moverse. Solo... actúa con naturalidad. Al menos tendremos una ventaja si no saben que nos hemos dado cuenta de que están aquí.

Estrella dejó escapar una leve carcajada. Jamás la hubiera imaginado haciendo algo así. Luego inclinó la cabeza, una demostración de coquetería que era todo un espectáculo para quienes observaban. Enlazando el brazo con el suyo, empezó a alejarlo del lugar entre las palmeras.

Harte vio de inmediato que era inútil. Si los hombres no habían parecido policías antes, en aquel momento sí, distribuidos como lo estaban por toda la sala. Su intención era muy clara: cubrir la salida de modo que ninguno de los dos tuviera adonde ir.

—¿Ahora qué?

—Tengo una idea —le dijo—. El ascensor.

De nuevo empezaron a caminar en dirección a las jaulas de bronce, pero en aquel momento Harte era aún más consciente de que los hombres desde el vestíbulo podían rastrearlos sin siquiera mover la cabeza.

—¿Estás loca? —Aminoró el paso y tiró de ella hacia atrás—. Si nos metemos en uno de los ascensores, quedaremos atrapados.

—También estaremos lejos de su alcance —señaló—. Ganaremos algo de tiempo... ¿Tienes un plan mejor?

El área de ascensores estaba a solo unos metros de distancia.

—Podríamos intentar huir. Si logras controlar tu afinidad, puedes ralentizar un poco las cosas y darnos la oportunidad de fugarnos.

—Tal vez... —Estaba atenta a los ascensores que tenían delante—. Pero si no logro controlarla, podríamos causarnos problemas aún más graves.

Antes de que Harte pudiera darse cuenta ya habían llegado a los ascensores y, antes de que pudiera detenerla, Estrella ya había extendido la mano y presionado el botón para llamar al

ascensor. Sobre ellos, la manecilla del dial avanzó de forma continuada hacia abajo, como un reloj cuyo tiempo se iba reduciendo. Mientras tanto, los hombres del vestíbulo empezaron a acercarse.

EL RELOJ DE BOLSILLO

1904, St. Louis

Al reaparecer junto a la farola algunas horas después del momento en el que la Guardia había tratado de alcanzarlo, Jericho Northwood, North para la mayoría de la gente que lo conocía, le provocó un sobresalto a un par de palomas. Pero era lo bastante tarde como para que alguien lo notara. Sus ojos seguían fijos en la dirección donde había estado la chica, pero ella hacía ya mucho rato que se había marchado.

Aún no podía creer que hubiera estado allí. Tan solo la había visto en la fila, esperando para comprar entradas, como cualquier otro idiota de la ciudad. Como si no fuera una de las Antistas más buscadas del país.

Los bocetos que los periódicos habían publicado cuando sucedió el primer accidente de ferrocarril le daban un aspecto de bruja salvaje, un demonio vengativo dispuesto a destruir a todos los sundren que la ofendieran. La chica era tan alta como aseguraban los informes, pero era más joven de lo que cualquiera de los dibujos la hacían parecer, y también tenía un aspecto más dulce. De todas formas, North la había reconocido. No había duda alguna: Estrella Filosik, la Ladrona del Diablo, estaba en St. Louis.

North volvió a echarle un vistazo a su reloj de bolsillo, el que su padre le había regalado al cumplir once años. No tenía de ni idea de dónde lo había conseguido... Siempre había sabido, por algún motivo, que no debía preguntar. Ya resultaba lo bastante difícil vivir con un secreto como la magia, incluso antes de que se creara la Ley de Defensa Contra la Magia justo después del Gran Cónclave de 1902. Pero ¿el comercio de objetos que pudieran impulsar una afinidad agonizante? Vaya, preguntar sobre algo así podía ser malditamente peligroso si llegaba a los oídos de la persona equivocada. Lo había sabido incluso cuando era un niño.

El reloj era una pieza de bronce rayada que en el pasado podría haber dado la sensación de que fuera de oro, pero los años habían desgastado el engaño. El cristal que cubría su sencilla cara ya estaba resquebrajado cuando lo recibió, pero como no lo usaba para saber la hora, jamás le había preocupado. Hacía siete años que lo tenía, y no se había molestado en repararlo. ¿Para qué, si funcionaba perfectamente bien? Cuando lo utilizaba, pensaba en su padre. El resto del tiempo mantenía todos los pensamientos referidos a él y a todo lo que había sucedido encerrados, que era lo que debía hacer.

North volvió a guardar el reloj en el bolsillo de su chaleco... y los recuerdos que lo acompañaban... junto al paquete que Maggie le había entregado unos instantes antes. No tenía que examinarlo para saber lo que era: una llave para entrar en la farmacia, al final de la calle. Había maldecido a la Madre Ruth tres veces por encomendarle a Maggie una tarea tan peligrosa. La chica no tenía por qué ir por ahí robando llaves cuando Ruth tenía a muchos otros que podían hacerlo con la misma facilidad y con mucho menos riesgo. Pero North sospechaba que a Ruth le gustaba poner a prueba a su hermanita... para asegurarse su lealtad y para entrenar su astucia.

Desde el punto de vista de North, Maggie era lo suficientemente astuta. La chica era un genio cuando se trataba de crear sueros y dispositivos. Él habría pensado que Ruth querría protegerla, considerando lo importante que era para lo que tenía planeado.

Habían tomado prestada la idea de «la propaganda de la acción» —el empleo de acciones

directas para inspirar a otros— de los anarquistas, pero los Antistasi no eran tan descuidados como para recurrir al uso de las bombas. En cambio, empleaban magia. Desde que North había llegado a la ciudad y encontrado a Ruth, había ayudado con bastantes acciones Antistasi, incluida la del pasado octubre. Pero la que estaban planeando en aquel momento era diferente. Era algo más que una simple llamada de atención: era una llamada al reconocimiento. Una acción tan monumental, tan dramática, que transformaría al país.

Además, faltaba poco. Desde el punto de vista de North, aún quedaban demasiadas variables y demasiadas preguntas por responder. Solo tenían algunas semanas más para hallar las respuestas, porque solo tendrían una oportunidad para dar en el blanco más grande de todos.

Pero North era solo un soldado raso. No era el general. Tampoco le gustaba precisamente estar al mando.

Extrajo el paquete de su bolsillo y desenvolvió la llave que contenía dentro. El trozo de papel contenía una lista de artículos con la letra garabateada de Maggie. Sabía que ella necesitaba los materiales para sus pruebas, pero también que Ruth querría saber lo que había visto. No estaba seguro de si tener a Estrella Filosik en la ciudad era un buen o un mal presagio. Quizá pudiera ayudarlos... Aunque si alguien más la reconocía, podría ser un problema. La Guardia estaría más alerta, y toda la ciudad estaría inquieta.

De todas formas, no había un motivo por el que tuviera que hacer algo al respecto en aquel momento. Maggie le había entregado una lista de artículos que él debía conseguir, y no estaba dispuesto a decepcionarla.

Hundió bien su sombrero hasta cubrirse los ojos. Giró hacia el callejón que había junto a la farmacia, asegurándose de que nadie lo viera mientras utilizaba la llave para deslizarse dentro. Cuando acabara, tendría tiempo más que suficiente para contárselo todo a Ruth. Después de todo, tenía su reloj.

POLVO Y METAL

1904, St. Louis

Mientras Harte observaba el dial del ascensor deslizarse de forma sostenida hacia abajo, tuvo la clara sensación de que se les acababa el tiempo. Cada segundo que pasaba estaban más cerca de que la policía que se encontraba en el vestíbulo los alcanzara. Pero tras varios segundos, no pasó nada.

—No vendrán —dijo al notar que los oficiales de civil habían dejado de acercarse.

—Si ya sabían que estábamos aquí, probablemente tengan gente apostada en nuestras habitaciones —le dijo Estrella. Parecía mucho más tranquila de lo que él se sentía—. No tiene sentido provocar una escena en público si pueden llegar a nosotros de otro modo.

Lo cual no lo animó en absoluto.

—Si no podemos ir a nuestras habitaciones, ¿a dónde vamos?

Ella le echó un vistazo.

—Estamos en un hotel, Harte. Está *lleno* de habitaciones. No necesitamos la nuestra.

En su interior, el poder del Libro se agitaba, como un animal encerrado que iba de un lado a otro.

—Podrán ver en qué planta nos detenemos —argumentó. A medida que el dial llegaba a la planta más baja y el ascensor se detenía con un chirrido, sintió una opresión en el pecho.

—Es la idea —dijo ella, inclinándose hacia delante para presionar un suave beso contra sus labios.

El roce fue tan ligero que prácticamente no tuvo tiempo de procesar lo que acababa de suceder. Apenas había sentido la sorprendente tibieza y suavidad de su boca contra la suya. Si no fuera por el tormento absoluto de la voz al darse cuenta de que acababa de dejarla escapar una vez más, habría pensado que se lo había imaginado todo.

Las puertas del ascensor se abrieron, dejando al descubierto un interior vacío, a excepción del operador.

—¿Cuál es el plan? —murmuró mientras accedían al interior del reducido espacio.

Aquella misma mañana había admirado la brillante madera y los espejos relucientes del interior. Nada más registrarse, Harte había pensado que los ascensores eran elegantes y modernos, una maravilla de la época. Pero en aquel momento, tenía la sensación de estar en una jaula llena de espejos que parecía tan estrecha y sofocante como la celda de una prisión. Una vez que las puertas se cerraran y el ascensor empezara a moverse, se alejarían aún más de cualquier posibilidad de huida.

—El siete, por favor —le indicó Estrella al operador, un hombre mayor con la piel de color café oscuro y que llevaba puesto el impecable uniforme de los porteros del hotel.

Harte advirtió que había hablado lo bastante fuerte como para que los hombres del vestíbulo la oyeran.

—Sí, señora —dijo, preparándose para cerrar la reja.

Cuando las puertas se cerraron y el operador presionó la palanca hacia delante, impulsando el elevador hacia arriba, Estrella se inclinó hacia delante y le susurró en el oído:

—Probablemente lo mejor sería que no recordara nada de esto, pero necesitamos que el

ascensor continúe moviéndose, aunque quizá un poco más despacio. —Asintió hacia el operador —. Haz que se detenga en el siete... *de buena manera*.

Harte asintió para hacerle saber que comprendía lo que quería decir, aunque no tenía ni idea de cómo pensaba sacarlos del lío en el que estarían una vez que llegaran al séptimo piso.

El operador se alzó sobre una pequeña banqueta, silencioso y estoico, de cara a los interruptores y monitoreando la subida del ascensor. Ignoró a los pasajeros de la cabina, según cabía presumir por su entrenamiento. Si oyó alguna palabra que intercambiaron, fingió no hacerlo. Si presintió que algo no iba bien, no lo manifestó. Pero su uniforme representaba un problema: el operador estaba abotonado hasta el cuello, y tenía las manos y los puños cubiertos por unos guantes blancos. Dado que la afinidad de Harte requería un contacto directo con la piel, la única opción que tenía era la de recurrir a la franja que quedaba expuesta entre el cuello alto de la chaqueta y el borde recto de la línea de su cabello, una separación que producía la postura caída de sus hombros, probablemente, consecuencia de las largas horas de su turno.

Se sintió culpable por tener que aprovecharse de él, pero no encontraba otra manera de salir de aquel lío. Inspiró hondo, concentrando su afinidad y preparándose... Solo tendría una oportunidad para lograr lo que se proponía sin tener que recurrir a medidas más violentas. Cuando el ascensor pasó por el segundo piso, la campanilla de la cabina sonó y la propia cabina vibró ligeramente. Harte aprovechó para estirar el brazo hacia delante y apoyar suavemente dos dedos sobre la nuca del hombre, proyectando su afinidad hacia el límite que había entre la carne y el alma al mismo tiempo.

El hombre se quedó rígido durante un momento, pero mantuvo la mano sobre la palanca, apenas soltando la presión de modo que la trayectoria del ascensor sufriera una ligera desaceleración. Harte apartó los dedos un instante después, y ni siquiera se inmutó. El ascensor continuó subiendo, aunque más lentamente, y el operador mantuvo la vista fija en el dial. Él y Estrella bien podrían haber sido dos fantasmas por lo que a él le importaba o supiera.

—Ayúdame a subir —dijo ella, mirando el panel de madera que había sobre el techo.

Harte advirtió sus intenciones: por encima de ellos, la suave luz que arrojaba la esfera de cristal dejaba al descubierto un panel.

—No puedes estar hablando en serio —masculló, pero no se molestó en protestar. Después de todo, no tenía un plan mejor.

Preparándose para enfrentar la habitual excitación estrepitosa de la voz, ofreció sus manos para que Estrella pudiera apoyar los pies sobre ellas y luego la levantó hacia el techo. A ella solo le llevó un instante abrir el panel y deslizarse a través de él.

—Vamos. —Extendió su mano hacia él.

El ascensor continuaba subiendo a un ritmo constante y lento. La campanilla volvió a sonar al pasar por el cuarto piso.

—Puedo hacerlo solo —le dijo Harte. Con un breve salto, se sujetó al borde de la abertura con la punta de los dedos. Con el ascensor en movimiento, se impulsó hacia el oscuro hueco. Olía a polvo y metal, y cuando Estrella se volvió para colocar la compuerta del techo, la única luz con que se encontraron fue con la de los haces estrechos que provenían de las rejillas de bronce que marcaban cada piso. El hotel tenía una fila de tres ascensores; juntos, el sonido de la maquinaria que impulsaba a los cables resonaba a su alrededor mientras las cabinas individuales se detenían en los diferentes pisos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harte. Extendió la mano para sujetar el cable del ascensor aún en marcha y se agarró. El movimiento le recordaba demasiado el balanceo del tren. Respiró con

calma y se aferró aún más.

Estrella no parecía afectada por el movimiento ya que no sujetaba ninguno de los cables.

—Con un poco de suerte, ahora mismo los hombres del vestíbulo estarán corriendo hacia el séptimo piso. Pero no estaremos en el ascensor cuando este llegue a su destino.

—Tampoco podemos quedarnos aquí —dijo él—. Aunque el operador no puede decirles a dónde fuimos, tarde o temprano lo descubrirán.

—*Tarde o temprano* —accedió Estrella, hablando lo bastante fuerte como para que pudiera oírla por encima de los chirridos mecánicos—. Es lo que yo también espero. Malgastarán tiempo y recursos humanos deteniendo los ascensores y buscándonos. Pero para entonces tampoco estaremos ya aquí. —Miraba por encima del borde de la cabina, tanto que él sintió el impulso de tirar de ella hacia atrás—. Dame tu mano. —Extendió la mano hacia atrás sin mirar para ver si obedecía.

—¿Qué? —vaciló.

—Tu mano. ¡Ahora! —Entonces, lo miró, con una chispa de determinación en su mirada—. Confía en mí, Harte.

Antes de que pudiera pensar en todas las razones por las que no debería hacerlo, Harte deslizó su mano en la de ella.

Satisfecha, Estrella se volvió nuevamente hacia el borde.

—¿Listo? —preguntó, sin volver a mirarlo—. Uno...

—No, Estrella...

—Dos... —No lo escuchaba.

El contenido de su estómago empezó a subir rápidamente hacia su garganta.

—No...

—¡Tres!

CAMBIO DE MAREA

1902, Nueva York

James Lorcan sintió que su visión del futuro se rectificaba al apoyar la hoja de papel sobre el escritorio desgastado que tenía delante de él. Alguna vez le había pertenecido a Dolph, así como también le había pertenecido el apartamento en el que se encontraba sentado.

Se trataba de un apartamento mucho mejor equipado que el par de estrechas habitaciones que se encontraban encima y que James había considerado su hogar anteriormente. Pero la comodidad de las habitaciones carecía de importancia comparada con todo lo demás que en aquel momento tenía al alcance de su mano: todas las notas de Dolph, todos sus libros y todos sus conocimientos.

Y vaya, vaya... lo que Dolph había estado ocultando. James ya había empleado algunos de sus secretos para asegurar la alianza que había establecido con Paul Kelly. En días venideros emplearía algunos otros para situar a los jugadores del Bowery exactamente donde él los quería.

Sobre la pared colgaba un retrato de Newton bajo un árbol, parte del botín que provenía del robo que había realizado el equipo de Dolph en el Metropolitan. Para el espectador común, la pintura no representaba más que la revelación más asombrosa de la era moderna: el descubrimiento de la gravedad por parte de Newton. A sus pies yacía una manzana, redonda y roja, y encima brillaban el sol y la luna, como un par de guardianes en el cielo.

Pero para alguien más astuto, la pintura revelaba mucho más. Se rumoreaba que el libro que Newton llevaba entre las manos era el *Libro de los Misterios*. El retrato representaba el punto de la historia en el que convergían las dos vidas de Newton: Newton, el mago, que estuvo a punto de enloquecer a causa de sus experimentos con la alquimia, y Newton, el científico. Ambos buscaban la verdad eterna y el conocimiento indecible, y en el retrato, ambos lo hallaban dentro de las páginas del *Ars Arcana*.

A lo largo de los siglos se habían transmitido historias y mitos sobre aquel legendario Libro. Algunos decían que se rumoreaba que incluso contenía la propia fuente de la magia. Otros creían que era el *Libro de Toth*, un manuscrito antiguo enterrado en el río Nilo, que contenía el conocimiento de los dioses, un saber no apto para las mentes más débiles. Otros incluso creían que era un grimorio fantástico, un libro de la magia ritual más poderosa jamás desarrollada. Eran muchos los que habían ido tras él; James mismo lo había buscado. Dos días antes pensaba que el Libro había desaparecido, quedando fuera de su alcance para siempre, pero en aquel momento...

Dejó que su mirada volviera a escudriñar el periódico, que aflorara su afinidad, buscando nuevas conexiones en el Éter mientras consideraba aquel nuevo acontecimiento.

Estuvo a punto de pasarlo por alto. Los periódicos siempre estaban llenos de trivialidades: noticias publicadas para atrapar la atención con detalles escabrosos de muertes y tragedias. James no se había interesado por leer la noticia sobre el tren y la masacre causada por su descarrilamiento. De hecho, ya había descartado el periódico a un lado cuando Kelly le habló sobre el periodista que estaba a punto de morir a manos de Viola, a la que le había ordenado matarlo.

Entonces, su mirada cayó en la cuenta del nombre de un hombre muerto.

Harte Darrigan.

Si los periódicos eran dignos de crédito, y para decir verdad a menudo *no lo eran*, Harte Darrigan no había muerto. Ni tampoco Estrella. Si ambos habían conseguido cruzar el Umbral, significaba no solo que el Libro se encontraba en alguna parte y era posible conseguirlo, sino que lo estaban *utilizando*.

James cogió el puñal de Viola y procuró mantener la punta en equilibrio sobre la mesa mientras consideraba todas las posibilidades. Dos días atrás había creído que el destino del mundo ya estaba escrito: la magia perecería. Se desvanecería hasta que no quedara más que un recuerdo y una superstición. El futuro pertenecería no a los mageus y sus conexiones con el mundo, sino a los sundren. En los días que siguieron a todo lo ocurrido sobre el puente, James había aceptado que el destino sería ese. Había considerado sus opciones efectuando ajustes para reforzar su poder, pero esta nueva información volvía a cambiar las cosas.

Después de todo, podían arrancarse las páginas de un libro; una noticia podía reescribirse. Su afinidad no era perfecta, claro... o *aún* no era perfecta. Pero si aquella información era cierta, quería decir que todavía había posibilidades para que acabara consiguiendo todo lo que deseaba.

James dejó que la punta del puñal se hundiera en la página, cortando los nombres como se cortaría un corazón. Los metió dentro del bolsillo del chaleco, como talismanes para el futuro, mientras se dirigía a la taberna para presidir la corte de su nuevo reino. Presentía que algo estaba a punto de suceder, un cambio en el Éter que podía significar un cambio de suerte para él. Había tanto que considerar, pero Harte Darrigan y Estrella Filosik no volverían a escapársele. Pagarían por su traición. James se aseguraría de ello.

MOCK DUCK

1902, Nueva York

Jianyu levantó la mirada desde donde estaba tumbado sobre la mugre de la calle. La cabeza le latía con fuerza, y tenía la vista borrosa. Encima de él estaba Sai Wing Mock, el líder de los Hip Sing y el rival de Tom Lee en el barrio chino. Si Tom Lee y sus On Leong se aprovechaban de otros ocasionalmente, los Hip Sing eran despiadados, y nadie peor que aquel que respondía al nombre de Mock Duck.

Mock vestía como un dandy, con el traje estilo occidental de corte ceñido y la trenza metida bajo un sombrero de copa plana color gris pizarra, pero se rumoreaba que llevaba una cota de malla bajo la ropa para defenderse de los enemigos que se había ganado a lo largo de los años desde que se inició la guerra entre los On Leong y los Hip Sing. Aún empuñaba el arma que había empleado para ahuyentar a los atacantes de Jianyu; sus dedos, rematados de forma afilada en largas uñas esmaltadas, una señal ostensible de su riqueza y rango. Ningún trabajador común tenía las puntas de los dedos tan letales.

Al principio, el líder de los Hip Sing se quedó mirando sin más a Jianyu sobre el suelo. Sus ojos oscuros sumidos en la reflexión.

—Me han contado muchas historias sobre usted, señor Lee —dijo finalmente, empleando el cantonés que ambos compartían.

—No me llamo Lee —le dijo Jianyu, hablando antes de poder reflexionar sobre sus palabras. Era estúpido provocar a Mock, especialmente allí que estaba solo, desarmado y a merced de un hombre de quien se rumoreaba había cometido una cantidad indecible de asesinatos. Pero aquí, a merced del rival de Tom Lee, parecía importante dejar claro que él no tomaba partido por ninguna de las dos bandas en aquella guerra sangrienta.

La boca ancha y pulposa de Mock Duck se retorció.

—También me han hablado de eso.

Jianyu quería saber por qué Mock Duck lo había estado buscando y lo que podría querer de él, pero también entendía que lo más seguro era guardar silencio. Al desafiar a alguien con la mirada, a menudo solo se sobrevivía si no se le daba un motivo a la serpiente para atacar. En cambio, se concentró en su afinidad e intentó encontrar los hilos de luz. Pero la cabeza le daba demasiadas vueltas por el golpe que había recibido contra la calle. Luchó por permanecer consciente, incapaz de concentrarse lo bastante como para impedir que la luz se escurriera entre sus dedos.

—Levantadlo —ordenó Mock— y traédmelo.

Mock no estaba solo. *Por supuesto que no.* De otro modo, no habría podido ahuyentar a los chicos que lo habían atacado, tuviera o no un revólver.

Jianyu sintió que lo alzaban con torpeza. La cabeza le volvió a dar vueltas por el movimiento. Como respuesta a ello, su estómago, vacío en aquel momento, se convulsionó, y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar: sería interpretado como una señal más de debilidad. Apartándose de un tirón, se obligó a mantenerse erguido. Aunque estuviera en aquel estado, caminaría sin ayuda.

Mock abrió el camino mientras el grupo se desplazaba a través de uno de los túneles que conectaban las diferentes manzanas que bordeaban el barrio chino. El aire subterráneo estaba cargado y resultaba rancio, y el único sonido fue el eco de sus pisadas. Al emerger, estaban cerca

del Bowery, lejos del territorio habitual de los Hip Sing.

Jianyu supo a dónde se dirigían antes de ver la bruja de ojos dorados sobre el letrero encima del Strega, así que no estaba precisamente sorprendido cuando Mock Duck pasó por las puertas de entrada de la taberna como si fuera el dueño del lugar, seguido por los rufianes que lo escoltaban.

Era demasiado temprano y la sala se encontraba mayormente vacía, pero Jianyu pudo reconocer a un par de los chicos de Dolph: Mooch y Werner estaban al fondo, y Sylvan limpiaba la barra bajo la atenta mirada de otro tipo que solo podía ser un Five Point. Levantaron la mirada al ver entrar a Mock Duck, pero sus expresiones no mostraron más que un curioso interés.

No había señales de Viola.

Alguna vez el Strega había sido el hogar de Jianyu, un santuario de los peligros de la calle. Entrar en la taberna familiar como un prisionero era, por algún motivo, casi peor que todas sus heridas. Sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle por el golpe contra la acera, y las tripas le dolían donde la bota lo había pateado. Pero que lo trataran como a un extranjero en aquel lugar que alguna vez había sido su hogar le provocó una sensación de pérdida como nunca antes había sentido. Sumado a todo lo demás, era casi demasiado, y lo único que lo mantuvo en pie fue ver al traidor que había asesinado a Dolph.

Al fondo del bar, sentado en la silla por la que había matado, Nibsy Lorcan alzó los ojos para ver la razón de todo aquel jaleo. Sus gafas brillaron bajo la luz; como lentes inexpresivas dándole la apariencia de un autómatas con un par de botones en lugar de ojos que Jianyu había visto una vez en un museo de curiosidades: carente de alma, impulsado por un mecanismo interior que no comprendía.

Los dos esbirros que lo sostenían lo empujaron hacia delante mientras Mock Duck lo presentaba.

—Lo has encontrado —dijo Nibsy, y Jianyu no supo distinguir si era la satisfacción o la simple anticipación lo que tenía su voz.

—Y es todo tuyo en cuanto reciba mi pago —respondió Mock.

Nibsy le gritó al tabernero, y el chico trajo una pila de billetes envueltos en papel y un libro de registro. Mock Duck contó el dinero con cuidado y luego pasó las hojas de la libreta, murmurando con aprecio.

—¿Todo esto se lo cargamos a Tom Lee?

—Y todos aquellos que puedan causarte problemas —dijo Nibsy.

Mock Dock le dirigió un pequeño gesto de satisfacción con la cabeza mientras cerraba la libreta.

—Confío en que podamos volver a hacer negocios, señor Lorcan. —Extendió la mano, y Nibsy la aceptó.

—Lo mismo digo. —Nibsy ordenó a dos hombres, miembros de los Five Points si Jianyu no se equivocaba, que lo cogieran. Luego esperó hasta que Mock Duck y sus hombres se marcharan antes de mirar a Jianyu—. Entonces... —dijo, arrastrando las palabras. Se puso de pie y, empleando el bastón que alguna vez había pertenecido a Dolph, se abrió paso hacia donde se encontraba—. El traidor ha regresado.

Con la mirada aturdida, Jianyu veía a dos Nibsy, pero miró a ambos con desprecio.

—¿Te atreves a llamarme a mí traidor?

—Todos estábamos sobre el puente, ¿verdad? —Nibsy preguntó, y Jianyu se dio cuenta de que sus palabras iban destinadas a todos los que los observaban, recelosos, en el Strega—. Todos estábamos allí para Dolph, para los Hijos del Diablo, y *tú* no. Tu cobardía nos condenó a todos.

La cabeza le daba vueltas, y su visión empezó a oscurecerse. Permanecer consciente resultaba un suplicio, pero Jianyu se obligó a concentrarse y permitió que la comisura de su labio se curvara.

—¿Estás tan seguro de que no estaba allí?

Notó el destello de comprensión tras los cristales de las gafas de Nibsy, pero la expresión del chico apenas se inmutó.

—Si estabas allí, no nos ayudaste. Dejaste que el Mago huyera y, con él, nuestra oportunidad de derrotar a la Orden. Traicionaste a todos los que están aquí.

Las personas en la taberna empezaron a murmurar, un zumbido nervioso, como una colmena a punto de estallar. Jianyu comprendió perfectamente el drama que se estaba desarrollando ante ellos: Nibsy tenía la intención de utilizar a los Hijos del Diablo contra él. Los convencería de que los había traicionado y, a cambio, harían el trabajo sucio por él. No llevaría mucho... Después de todo, solo Dolph los había retenido cuando habían herido a Tilly.

—Yo no soy el traidor en esta sala —replicó Jianyu, con el tono áspero por una combinación de dolor y furia—. No fue mi revólver el que acabó con la vida de Dolph. Fue el tuyo.

Un silencio descendió sobre el bar.

—Las mentiras de un traidor. —Nibsy rio, pero Jianyu percibió las preguntas que aún se suspendían en el aire a su alrededor—. Un intento poco convincente por encubrir tu propia culpa —dijo, acercándose aún más. Extrajo un puñal que le resultó familiar del interior de su chaqueta, el de Viola, y lo acercó a su rostro.

¿De dónde había sacado el puñal de Viola? Lo estimaba más que a cualquier otro que tuviera y no se lo habría dado por las buenas a nadie, aunque lo creyera un amigo. No podía estar muerta. No Viola. No cuando la necesitaba.

—¿Sabes lo que hacemos con los traidores, Jianyu?

El puñal emitió un destello a la luz del bar, pero este ni se inmutó.

—Los traidores merecen la muerte —dijo, luchando por mantener la voz tranquila a pesar del dolor que le causaba el solo hecho de respirar. Era muy probable que tuviera una o dos costillas rotas—. ¿Estás preparado para morir, Nibsy?

—Me llamo James —contestó este, acercando aún más el cuchillo hasta que la punta se apoyó sobre la piel bajo el mentón de Jianyu—. Y no soy yo quien morirá hoy.

El aire de la sala se encontraba cargado de electricidad. Todo el mundo tenía la vista fija en Jianyu, Nibsy y la punta de la cuchilla imposible entre ambos. Pero Jianyu tan solo miró a Nibsy, negándose a echarse atrás. Negándose a retirar sus acusaciones.

Tras un largo y tenso momento, Nibsy sonrió y se apartó.

—Creo que una muerte rápida es demasiado fácil para este, ¿no creéis? —preguntó a la sala, pero el bar no respondió más que con un silencio inquieto—. Creo que debería decirnos todo lo que sabe... dónde está Darrigan y lo que hizo con los tesoros de la Orden. Pero no aquí. No, no conviene estropearlo todo antes de que llegue nuestro público vespertino. Llevadlo arriba a mis habitaciones, ¿vale, Mooch? Creo que podemos continuar con nuestra conversación allí.

Tal vez Jianyu tendría que haber peleado una vez que se encontraran fuera del salón principal al subir por las familiares escaleras. Sospechó que no le llevaría demasiado. Aunque Mooch había sido entrenado bajo la mirada vigilante de Dolph en el ring del club de boxeo, al igual que él, no lo había hecho durante tanto tiempo. Pero seguía demasiado inestable tras la paliza como para correr el riesgo. Un golpe más en la cabeza y dudaba de que pudiera permanecer consciente.

Lo más importante, sin embargo, era que no creía que pudiera convencer de nada a Mooch si lo

atacaba. Nibsy estaba jugando una partida larga. También él debía hacerlo.

LA MADRE RUTH

1904, St. Louis

La llamaban la Madre Ruth, pero no era la madre de nadie. Por lo menos, no de sangre. Sus brazos jamás habían llevado una criatura propia ni la habían deseado, porque tenía la certeza de una verdad muy simple: entregarse de ese modo era una debilidad. Jamás permitiría que un hombre le arrebatara aquella libertad porque ya le habían quitado demasiada autonomía. ¿Acaso no había visto a sus padres apenas viviendo con lo justo para alimentar a su familia? ¿Acaso no había visto con sus propios ojos cómo se consumía su madre, un bebé tras otro hasta que, por fin, el decimocuarto le había arrebatado lo último que tenía para dar?

O tal vez su propia madre se había consumido por otro motivo. A menudo, Ruth se preguntaba si habían sido solo los bebés. ¿O fue que su madre había entregado la parte de sí que la hacía una mujer plena? Porque Ruth tenía que imaginar que lo que hacía que su madre se sintiera plena era lo mismo que a ella: la magia.

El padre de Ruth había sido un hombre de miras estrechas. Solo el cielo sabía por qué su madre se había empequeñecido tanto como para aceptar que le pusiera un anillo en el dedo. Pero cuando se enteró de que su esposa poseía la magia antigua, hizo lo que pudo para quitársela a golpes hasta que ella encontró la manera de ocultársela. Pero algo como la magia no podía reprimirse para siempre.

Su madre solo poseía magia de cocina, un tipo de poder que podía mezclar en los alimentos que preparaba o en la cerveza que fabricaba, pero la propia Ruth conocía el poder que podía proporcionar algo que en apariencia era tan sencillo porque el suyo era igual. Jamás había comprendido que una mujer como su madre se acobardara de temor ante un hombre como su padre. Pero incluso desde muy pequeña, Ruth había tenido la edad y la sabiduría suficientes como para saber que algunos hechos en la vida no podían comprenderse. Su madre había ocultado su magia y, antes de morir dando a luz a su decimocuarta hija, había enseñado al resto de sus hijos nacidos con afinidades, incluida Ruth, cómo ocultar las suyas.

El día que habían enterrado a su madre, su padre le había dicho en términos inequívocos que, como la hija mayor, desde aquel momento los niños eran su responsabilidad. Quizá no hubiera podido elegir el qué, pero aquel día había decidido que elegiría el cómo. Les enseñaría a sus hermanos y hermanas cómo valerse por sí mismos y cómo cultivar su magia para que nadie los empequeñeciera jamás.

Tal vez podría haber escapado. Quizá tendría que haberlo hecho.

Después de todo, ya tenía más de veinte años cuando su madre murió, y en aquellos días, seguía siendo lo bastante joven y bonita como para que un montón de chicos volvieran la cabeza a su paso. Podría haber elegido a cualquiera de ellos, ya que eran duros de entendederas y dóciles, pero ¿por qué intercambiar un deber por otro? Mejor lo malo conocido, pensó.

Así que consiguió criar a todos sus hermanos hasta que fueron adultos. La llamaban la Madre Ruth, incluso tras explicarles que no era su madre. La mayoría pudo mantenerse alejado bastante de una infancia exigua, lo que le pareció bien. Menos de qué preocuparse. Podían hacer lo que quisieran con el mundo, y ella haría lo mismo.

Toda su vida, Ruth había contado precisamente con una hora para sí misma todas las semanas: la

hora en que iba a misa. Pero un fatídico domingo no pudo acudir. Aquel domingo, camino a St. Alban's, corrió por casualidad hacia una cuadra de caballos de alquiler que encontró azarosamente para protegerse de la lluvia. Además del suave susurro de los caballos, se encontró con que interrumpía una reunión. A ella misma le sorprendió haber permanecido para escuchar lo que decían, en lugar de seguir su camino. Pero había sentido la magia en el aire, una tibieza que extrañaba de los brazos de su madre, un agradable calor que la convocó como nada la había convocado antes. Y encontró algo más: la ira justificada que sintió para responder la llamada profunda de sus huesos.

En lugar de rezar, aprendió a gritar. En lugar de arrodillarse, aprendió a levantarse. Y desde entonces, no había podido detenerse.

Los Antistasi fueron para ella un nuevo comienzo. Cuando encontró al grupo aquel día, eran poco más que un puñado de gentuza variopinta que buscaba compañía y huir de una vida de miseria. Estaban desorganizados e indisciplinados, y habían adoptado su nombre de unos relatos sobre otra época, cuando los mageus habían luchado ferozmente contra su exterminio durante el Desencanto.

Pero desde el Gran Cónclave, dos años antes, desde que la Ley de Defensa Contra la Magia había convertido la esencia de la magia en algo ilegal, algo había cambiado en la organización. Y Ruth cambió con ella.

Le había dado todo lo que tenía al movimiento, todo lo que era. Empleó el dinero de la cervecería que había construido para sí misma y para sus hermanos, y también utilizó el edificio de la Cervecería Feltz en apoyo a la causa de los Antistasi. En aquel momento caminaba a través de las hileras de mujeres que limpiaban y llenaban las botellas, y entendió que había venido a este mundo con un propósito. No solo para librar a las chicas que empleaba de una vida de servidumbre por haber cometido una breve indiscreción, sino para algo mucho mayor: para demostrar el poder que detentaban quienes vivían en la sombra. Una demostración que podía cambiarlo *todo* para quienes aún se vinculaban con la magia antigua.

Sus ojos de lince observaban a sus trabajadoras mientras caminaba hacia la pequeña guardería que tenían al fondo de la cervecería. Había sido obra de Maggie. La hermana menor de Ruth, y quien le había arrebatado la vida de su madre, Maggie, ya tenía diecisiete años y era la última que permanecía con ella. No tenían fotografías, así que no podía saber que era la viva imagen de su madre, con su cabello color rubio ceniza que se le rizaba alrededor de las sienes y las pequeñas gafas con montura plateada, encaramadas sobre la punta de su nariz respingona. Y sus ojos... Para Ruth, mirar a Maggie era como ver a su madre mirándola desde el más allá. O lo hubiera sido, salvo que los ojos de su hermana tenían una fuerza que Ruth no recordaba que su madre hubiera tenido alguna vez.

Al entrar en la pequeña guardería, Maggie se encontraba ocupada con uno de los críos más recientes, un manojito de energía al que sus padres habían abandonado porque no podían ocuparse de él o no querían hacerlo. Sucedió demasiado a menudo. Los mageus que nacían de padres tras generaciones en que las afinidades se habían enfriado. Muchos de esos niños eran considerados anomalías. Monstruos. Abominaciones.

Algunos padres aceptaban a sus hijos tal como eran, pero eran pocos. La mayoría de las veces, cuando los esfuerzos de los padres por limitar los poderes de sus hijos no funcionaban, los descartaban. Los asilos y orfanatos a lo largo del país estaban repletos de aquellos niños marginados, chicos extraños que no comprendían quiénes o qué eran. Aquellos que eran enviados a los asilos rara vez se marchaban como seres plenos, si es que alguna vez lograban marcharse,

mientras que en los orfanatos no escatimaban en castigos corporales. Aquellos niños acababan convirtiéndose en chicos malos, como perros callejeros, peligrosos y volátiles, blancos fáciles para la policía o la Guardia de Jefferson.

El resto de los niños que llegaban a la guardería eran víctimas de la Ley. Habían atrapado a sus padres en una redada y los habían encarcelado o enviado lejos. Los niños abandonados podían ser adoptados por amigos o vecinos, ocultados para que la Guardia no los encontraran, pero no todos tenían a alguien. Aquellos eran los que llegaban a la cervecería y permanecían allí hasta que les encontraban un hogar donde pudieran estar a salvo.

Fue idea de Maggie empezar a acoger a los críos, robarlos de los hogares y asilos de niños cuando fuera necesario, y criarlos enseñándoles quiénes eran para luego poder ubicarlos con familias que los valoraran. Para que pudieran florecer como Ruth le había permitido a *ella* florecer, razonó Maggie.

La chica era demasiado inocente. Si no veía más allá del prisma mágico a través del que miraba el mundo, tendría un duro final. Ruth permitía la existencia de la guardería porque parecía un buen negocio. Más niños dotados de magia significaba que los Antistasi podían propagarse en lugar de extinguirse. La Sociedad y otras organizaciones como ellos podían hacer lo que quisieran para liquidar la magia antigua, pero otra generación aguardaba para resurgir en un futuro.

Maggie levantó la vista del niño que acababa de prender fuego a la manta que sujetaba, y dirigió a Ruth una mirada de absoluta exasperación.

—Veo que este te sigue causando problemas.

—No tiene intención de hacerlo —dijo Maggie, apagando la última de las llamas.

—Si le prende fuego a mi cervecería, no va a importarte si tenía o no la intención de hacerlo — señaló Ruth.

—Estamos trabajando en ello —respondió su hermana, pero sus pálidas mejillas se sonrojaron de vergüenza, exhibiendo sus emociones, más claras que el sol sobre su piel de porcelana.

—Utiliza el Nitewein si necesitas hacerlo.

—Es un bebé —protestó Maggie.

—Si no puede controlar su afinidad, es una amenaza. Ocúpate de que lo controlen o lo haré yo por ti. Llevamos un retraso demasiado grande como para que algo salga mal ahora.

—Sí, Madre Ruth —murmuró Maggie, con la mirada gacha.

Ruth suspiró. No había venido para eso.

—North acaba de regresar.

—¿Ya ha llegado Jericho? —preguntó Maggie, y Ruth notó el interés en la expresión de su hermana.

Por endurecida que fuera, comprendía el poder de una mirada pícara en un rostro anguloso. North tenía el mismo atractivo que un andrajoso gato callejero: creías que podías domesticarlo y luego te querría para siempre. Pero ella no dudaba de que, como cualquier animal callejero, Jericho Northwood tenía garras.

Por la forma en la que la expresión de su hermana se había iluminado, resultaba evidente que su interés por el muchacho no había decaído. Se ocuparía de ese pequeño capricho más tarde, pero por el momento...

—Ha traído los suministros que pediste.

Pero Maggie no le prestó atención. Seguía atendiendo al bebé.

—Iré a buscarlos en cuanto pueda. —Su tono carecía de excusas.

El temple de su hermanita bajo aquel blando caparazón exterior siempre conseguía

sorprenderla.

—Sabes lo importante que es el suero —insistió Ruth.

Maggie asintió.

—Pero puede esperar hasta que los niños estén en la cama.

—Quizá sí, pero las noticias que North trae consigo, no. Tendrás que venir.

El niño que Maggie cuidaba levantó un pequeño caballo de madera tallada. Sus dedos lanzaron una llamarada brillante color naranja que hizo arder el juguete.

Ruth le dirigió una mirada de advertencia antes de marcharse. Había una visitante inesperada en su ciudad. Aquella noche los Antistasi tenían asuntos más importantes de qué ocuparse que de los críos de otros.

EL RIESGO DE LA MAGIA

1904, St. Louis

En la penumbra del hueco del ascensor, Estrella sintió el temor de Harte tan claramente como las vibraciones de la máquina bajo sus pies, pero no tenía tiempo para darle explicaciones.

El descenso de la cabina junto a ellos provocó una ráfaga de aire tibio, cargado por olor a polvo y grasa para los ejes, que agitó la seda de sus faldas y sacudió los mechones sueltos alrededor de su rostro. Harte la sujetaba con suficiente fuerza como para sentir el chisporroteo de energía entre ambos vibrando contra su piel.

No por primera vez, tuvo la sensación de que no era a él a quien sentía. La energía no era como el roce tibio que había sentido cuando la había manipulado en el teatro unas semanas atrás, o como cuando había intentado leer sus pensamientos en el carruaje camino a Khafre Hall. Aquella energía era diferente. Más potente. Más *persuasiva*, lo que sin duda era una señal inequívoca de peligro.

De todas formas, por el momento no tenía mucho tiempo para preocuparse por ello. Solo tendría una oportunidad para hacer lo que tenía que hacer, una posibilidad para que le saliera bien. Y existía la posibilidad de que estuviera cometiendo un inmenso error.

Cuando ambas cabinas estuvieron a la misma altura, Estrella se concentró en su afinidad y tensó el tiempo. Las vibraciones bajo sus pies se detuvieron, y el ruido del hueco del ascensor se silenció. Tiró de Harte hacia el techo de la siguiente cabina y volvió a soltar el tiempo.

Los ascensores volvieron a ponerse en marcha bruscamente, y soltó la mano del Mago.

Sintió una oleada de alivio cuando Harte extendió la mano para sujetarse del cable. *Había funcionado*. No había estado segura de lo que sucedería al usar su afinidad. No tenía ni idea de si siquiera sería capaz de hacerlo. Había pensado en dar el salto sin desacelerar los ascensores, pero el riesgo de usar su magia durante un breve instante le pareció preferible a precipitarse desde arriba y morir.

La apuesta le había salido bien. Juntos observaron la subida continua del ascensor del que acababan de saltar mientras que la cabina sobre la que se encontraban descendía. Había empleado su afinidad sin que sucediera nada extraño. Había funcionado, como siempre había funcionado: con naturalidad. *Bien*. Pero no era suficiente. No podían quedarse allí sin más, porque cada segundo que pasaba los acercaba irremediabilmente a la planta baja, donde más policías aguardaban.

Cuando la cabina en la que iban se detuvo vibrando en el cuarto piso, Harte pareció espabilarse.

—No podemos permanecer aquí —dijo, haciéndose eco de lo que ella misma pensaba.

Estrella oyó el sonido de las puertas que se abrían y sintió un ligero rebote cuando algunas personas entraron en el ascensor

—No lo haremos —le dijo—. Vamos a descender.

—Estrella, hay demasiadas personas ahí dentro. —Señaló la cabina bajo sus pies.

El sonido de las puertas cerrándose le indicó que estaban a punto de moverse de nuevo.

—No nos iremos por ahí. Sujétate —dijo, justo antes de que los cables se pusieran en

movimiento de nuevo.

Harte la miró frunciendo el ceño; la tenue luz del hueco arrojaba sombras parpadeantes sobre su rostro.

—¿Cuál es el plan?

—Las puertas del hueco de los ascensores —dijo, señalando la abertura del cuarto piso del que empezaban a distanciarse—. Cuando lleguemos al segundo piso, volveré a reducir el tiempo como para abrirlas. Si alguien está observando en el vestíbulo, no parecerá que el ascensor se haya parado.

—¿Realmente crees que puedes hacerlo? —preguntó.

—Hace un minuto, ha funcionado. Esperemos que volvamos a tener suerte. —El segundo piso se acercaba a toda velocidad, y en cualquier momento, la policía, que probablemente estuviera esperándolos en el séptimo piso, descubriría que la cabina del ascensor estaba vacía—. Dame tu mano —ordenó, y esta vez él no discutió.

Cuando la cabina había pasado la mitad de la rejilla de bronce del tercer piso, se concentró en los segundos a su alrededor. Podía sentir la vibración del poder que latía dentro de Harte contra su piel, pero lo ignoró y se concentró en cambio en la forma en la que el tiempo se detenía entre los espacios a su alrededor, tan real y material como los cables que sostenían las cabinas y el polvo que le provocaba cosquillas en la nariz. Tardarían más de un par de segundos en salir del ascensor, y no estaba completamente segura de lo que sucedería... no con Harte y el poder del Libro volviendo a desestabilizar tanto su poder. Pero no se le había ocurrido ninguna otra cosa.

Encontró los espacios entre los segundos, aquellos instantes que contenían dentro de sí mismos la realidad y su opuesto, y los separó hasta que el ascensor redujo la velocidad y el mundo a su alrededor se quedó en silencio. Pero el poder del Libro la incitaba con su calor, haciéndole difícil retener el tiempo.

—Ayúdame —le dijo, cogiendo las rejillas de metal con la mano libre.

Harte entendió lo que quería decir y cogió el otro lado. Juntos, empezaron a separar las puertas. Una vez que estuvieron lo bastante separadas, Estrella se fijó en que no viniera nadie. A algunos metros de allí, había un hombre: solo podía tratarse de uno de los oficiales con ropa de civil. Miraba fijamente en su dirección.

—¿Puedes retener el tiempo? —preguntó Harte.

Las ondas de calor y poder que habían vibrado contra su piel al cogerle la mano se extendieron sobre su brazo. Cuanto más se enroscaban a su alrededor, más resbaladizos sentía los espacios entre los segundos. Unos instantes antes, aquellos espacios le habían parecido sólidos y reales, pero con cada segundo que pasaba, su dominio sobre el tiempo, sobre la magia en sí misma, se volvía turbio y confuso. Como si los segundos ni su magia existieran en realidad.

—No mucho tiempo más —le dijo a través de los dientes apretados, peleando por retener su afinidad.

—Entonces, será mejor que nos demos prisa. —Harte bajó del techo del ascensor y accedió al pasillo. Luego se giró para ayudarla.

Apenas tuvo los pies apoyados en el suelo, Estrella notó que la oscuridad del hueco la había seguido al luminoso pasillo. Se mantenía suspendida y al acecho dentro de su campo de visión.

Desde el interior, oyó el chirrido de los cables, un sonido completamente fuera de lugar en el silencio apagado de aquel momento sin tiempo.

—¿Has oído eso?

—¿Qué? —preguntó Harte, frunciendo el ceño.

El chirrido volvió a oírse, esta vez más fuerte.

—*Eso* —le dijo. No tendría que haber ningún tipo de sonido, no en aquel momento que había ralentizado los segundos hasta casi detener el tiempo por completo, y el resto del mundo había quedado quieto y en silencio. El temor se acumuló dentro de ella. Intentó apartarse de Harte, pero él la retuvo con fuerza—. No puedo...

—¿Estrella? —Apretó su mano aún más, mirándola con los ojos empañados por la confusión.

Había gente en aquellos ascensores, personas que no tenían nada que ver con los oficiales que la perseguían. Personas que podían morir si los cables se rompían y el ascensor caía al suelo, tal como habían muerto personas en el tren. No comprendía lo que estaba pasando, pero sabía que debía detenerlo.

Se liberó de un tirón de Harte, alejándose de la perturbadora energía que parecía querer reclamarla para sí, y dejó que el tiempo se volviera a poner en marcha bruscamente. Los engranajes empezaron a girar una vez más, y le llegó el sonido de música desde algún lugar cercano.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Harte, pero antes de que pudiera preguntarle nada, el hombre de la escalera gritó.

—¡Oíd! —Los señaló, los ojos bien abiertos por el asombro, sin poder creer que no los hubiera visto antes. Levantó el silbato hacia sus labios, y se llevó la mano al medallón dorado que tenía sobre la solapa. Pero antes de que pudiera tocarlo, Harte lo tiró al suelo, dejándolo inconsciente sin que pudiera hacer algo más.

—Tenemos que salir de este pasillo —le dijo mientras se frotaba los nudillos de su mano derecha—. Antes de que aparezca alguien.

Estrella ya había advertido que necesitaban un lugar para esconderse. Para cuando Harte se puso en pie, había conseguido abrir la cerradura de uno de los cuartos cercanos.

—Tráelo aquí —dijo, apartándose del camino—. Si lo dejas ahí, sabrán lo que ha pasado.

La habitación era exactamente como aquella en la que se habían registrado más temprano. Las paredes estaban enteladas con el mismo chintz elegante; la cama, cubierta con las mismas sábanas finas, y los muebles tenían la misma madera pulida y los mismos artefactos de bronce que la suya. Pero aquella habitación pertenecía claramente a un hombre. Había pantalones y calcetines esparcidos por el suelo e, incluso con la ventana abierta, el olor a humo rancio y sudor viejo colgaba en el aire.

—¿Qué se supone que debemos hacer con él? —preguntó Harte mientras cerraba la puerta.

—Llévalo al cuarto de baño —le dijo Estrella. Apoyó la pierna sobre la cama y levantó sus faldas.

En lugar de moverse, se quedó mirando la pierna expuesta.

Ella ignoró su mirada abrasadora... y su propia respuesta acalorada... mientras desabrochaba la media de seda que llevaba y tiraba de ella hacia abajo.

—Ya basta, ¿vale? Toma —dijo, arrojándole la media a Harte, que seguía estupefacto mientras atrapaba el trozo de tela—. Sujétalo con eso. —Se bajó la otra media enrollándola y también se la arrojó.

Si no hubieran estado metidos en semejante aprieto, casi le habría parecido adorable la forma en la que sus orejas se sonrojaban mientras atrapaba en el aire el trozo de seda, pero tenían que salir de la habitación y del hotel lo antes posible. Cuanto más tardaran, más probable sería que los atraparan. Después de todo, solo era cuestión de tiempo antes de que la policía descubriera lo que habían hecho y empezaran a buscar por todas las habitaciones.

Mientras Harte maniataba al vigilante en el cuarto de baño, Estrella empezó a quitarse el vestido que llevaba puesto. Cuando se lo había probado en la tienda, supo que era perfecto. Jamás le había interesado demasiado la ropa, pero aquel traje le había encantado, a pesar de saber que no era el mejor momento para estar admirando prendas bonitas e inútiles. Soltó un ligero suspiro al verlo caer al suelo formando un charco de seda color mercurio a su alrededor. *Del mismo color que los ojos de Harte.*

Apartó a un lado aquellos pensamientos no deseados y dio un paso hacia delante dejando atrás el montón de tela. Formó una bola con el vestido, reafirmando con ello la irrelevancia de la prenda y lo metió bajo la cama.

—¿Qué haces?

Se dio la vuelta para ver a Harte, con los ojos bien abiertos y las mejillas sonrojadas.

—Deshaciéndome del vestido.

—Eso veo —respondió, y no le pasó inadvertida la forma en la que su mano formaba un puño ni la tensión de su voz—. Pero *¿por qué?*

—Resulta demasiado llamativo —dijo ella, frunciendo el ceño—. Y llamo demasiado la atención.

—¿No crees que *esto* será aún más llamativo? —preguntó, señalando rígidamente hacia ella, allí quieta sin otra prenda que un corsé y un par de bragas.

En su propia época, Estrella había conocido a personas que vestían incluso más ligeras por las calles de la ciudad. No es que Harte pudiera entender algo así. A menudo olvidaba lo diferentes que eran: lo mucho que él reflejaba su época. Momentos como aquel se lo recordaban... Pero él tendría que sobreponerse de algún modo.

—No planeaba salir así —dijo, dirigiéndose hacia el armario—. Tiene que haber algo aquí dentro.

Reunió algunas prendas de hombre que colgaban limpias y recién planchadas en el interior. Cuando vio su mirada escéptica, la ignoró.

—Eso no va a funcionar —masculló, más para sí que para ella.

—Mira la facilidad con la que me reconoció Julien, y ni siquiera estaba buscándome... Soy demasiado alta para no llamar la atención —le dijo—. Por lo menos, para una mujer.

Parecía poco convencido.

—¿Realmente crees que tienes *algún* parecido con un hombre?

—Creo que las personas generalmente solo ven lo que *esperan* ver —dijo, poniéndose una camisa pulcramente planchada. Olía a sábanas limpias y a almidón, aromas que traían a su mente recuerdos del profesor Lachlan, de toda su infancia intentando complacerlo, los días que había pasado estudiando a su lado en la biblioteca que ocupaba el último piso del edificio.

Pero en aquel momento el recuerdo de aquella biblioteca traía consigo una imagen diferente. *Dakari*. Y el olor a lino y almidón solo le recordaron que, detrás de los rostros en los que uno confiaba, a menudo podían ocultarse muchas mentiras.

Apartando a un lado el pasado, se abrochó la camisa, pero no antes de aflojar un poco los lazos del corsé, para que no la ciñera afinándole demasiado la cintura. Pudiendo finalmente respirar, terminó de abrochar los botones.

—Pues esperemos que todos sean ciegos —farfulló Harte—. Absolutamente todos. —Pero dejó que terminara de vestirse mientras iba a comprobar cómo estaba el hombre del cuarto de baño una última vez.

Estrella intentó no sentirse demasiado complacida con su respuesta mientras encontraba un

sombrero de copa en el armario y, estirando los mechones sueltos alrededor de su rostro como mejor pudo, levantó el cabello para ocultarlo dentro. Mirándose con gesto severo en el aparatoso espejo biselado, se preguntó si Harte tenía razón. Su rostro era demasiado suave, y no tenía tiempo para hacer mucho más que quitarse los polvos que se había puesto anteriormente, aquella noche.

Funcionará. Ya se había vestido una vez como hombre... cuando ayudó a Dolph Saunders a hacerse con la exhibición de Morgan en el museo de arte Metropolitano unas semanas atrás. Al entrar en una sala llena de miembros de la Orden, incluido J. P. Morgan en persona, nadie notó que era una mujer. Por supuesto, había funcionado en aquel momento porque algunas personas nunca le prestan demasiada atención a los criados.

—¿Listo? —preguntó, dándole un último tirón a una de las solapas para cubrir bien cualquier evidencia del corsé que llevaba bajo el traje.

Harte se dio la vuelta y le dirigió una mirada larga y escrutadora.

—Deberíamos usar tu afinidad y marcharnos disimuladamente sin todo... —Hizo un gesto hacia su nuevo traje—... *eso*.

—¿Acaso no has visto lo que ha pasado en el pasillo? —preguntó ella, estremeciéndose ligeramente al recordar la oscuridad. Tenía algo que parecía vacío y absorbente a la vez, como si fuera a perderse en ella si la miraba con demasiada intensidad. Y luego estaban los sonidos de los cables que chirriaban. En aquel momento no confiaba en su afinidad... por lo menos no cuando estaba vinculada con Harte.

—Si aún te sientes débil, podemos intentarlo poco a poco. No tienes que retenerlo tanto tiempo. —El deseo que había visto en sus ojos anteriormente había desaparecido. La miró en cambio con una pena lastimosa que le provocó escalofríos.

—Me siento bien —le dijo. Era mentira... se sentía agitada y no confiaba en su afinidad, pero toda aquella oscuridad no era culpa suya... ¿o lo era? ¿Había atravesado el Umbral con algo... algo peligroso e inesperado? No lo sabía, y no tenía tiempo para averiguarlo. Solo sabía que odiaba ver aquel sentimiento de preocupación en la mirada de Harte—. No tiene sentido tentar a la suerte. Hagamos esto a mi modo, ¿vale?

No le dejó mucha opción; antes de que él pudiera oponerse, ella ya estaba en el pasillo.

Una vez más llegaron a sus oídos, a través del silencio, el sonido de una orquesta y los murmullos distantes de una fiesta.

—Si conseguimos llegar al salón de baile, podemos ocultarnos entre la multitud —dijo Estrella, señalando en dirección a la música—. Si hay un salón de baile, tiene que haber un modo de llegar a la cocina, a un pasillo de servicio, algo. Desde allí quizá podamos encontrar la puerta de servicio del hotel.

—Estarán vigilando esas puertas también —dijo él, echando un vistazo por detrás de ellos mientras avanzaban por el pasillo.

—Es probable. —Solo se detuvieron un momento antes de cruzar por delante de las escaleras que el hombre que habían dejado en el cuarto de baño había estado custodiando—. Pero si tengo que arriesgar el uso de mi magia, prefiero esperar hasta ese momento —dijo.

—Si conseguimos llegar tan lejos —masculló en voz baja.

Ella le ofreció una mirada severa.

—A estas alturas, seguramente ya han descubierto que el ascensor estaba vacío, y si advierten que el guardia de este piso ha desaparecido...

—No planeo quedarme aquí esperando a que nos encuentren —concluyó, haciendo un gesto

amplio con el brazo para indicar que ella debía ir primero.

Siguieron el sonido de la música y accedieron al salón de baile situado en la entreplanta. Se trataba de un balcón estrecho que rodeaba la pista más abajo por tres lados. Dentro, las arañas relucientes se hallaban tenuemente iluminadas, otorgando un suave brillo al recinto. En un extremo, un escenario albergaba a una pequeña orquesta que tocaba un vals, pero nadie bailaba en la pista que estaba abajo. Probablemente, advirtió Estrella, porque el salón estaba lleno de hombres. Incluso los camareros, todos vestidos con chaquetas blancas y pantalones oscuros, eran hombres. No se veía una sola mujer.

Estrella se inclinó hacia Harte para hablar en voz baja.

—No dudes en admitir, cuando te parezca, que yo tenía razón.

LAS MANOS DE LA JUSTICIA

1904, St. Louis

Un trueno crepitó en el cielo mientras el carruaje de Jack Grew se abría paso por las calles de St. Louis. Había aceptado ir a aquella pocilga de ciudad como parte del séquito del presidente para visitar la feria mundial, y también como representante de la Orden para la reunión de las Hermandades que la Sociedad organizaría en un par de semanas. Durante los últimos dos días, se había sentido molesto por tener que ausentarse durante tanto tiempo de Nueva York, pero después de los últimos acontecimientos, parecía que el viaje se había tornado mucho más prometedor. Solo unos momentos antes le había llegado la noticia. *La habían encontrado.*

Dos años. Dos años sin rastros de ella, y tras aquella larga espera, Estrella Filosik sería suya.

Jack había estado esperando aquel momento durante tanto tiempo que había ensayado las numerosas posibilidades de su primera reunión con ella. Había considerado un gesto de desprecio rápido y una sonrisa gélida mientras observaba cómo se la llevaban a rastras para que se pudriera en la cárcel. Pero también había pensado en hacer algo que ella no esperara... Quizá podría darle las *gracias* por lo que había hecho, por aquello en lo que él se había convertido.

Por supuesto, no había sido ella la que le había entregado el Libro... sino Darrigan. Pero, irónicamente, el accidente ferroviario que le había roto el brazo había creado un nuevo futuro para él. La chica había sido un chivo expiatorio muy conveniente, un blanco para la ira del público y una evidencia de la necesidad permanente de la Orden y sus semejantes.

Hubo un tiempo en el que la Orden había sido considerada una curiosidad, carente de importancia para la gente común. Pero desde lo sucedido aquel día en el tren, la marea se había revuelto. Si alguna vez la magia había sido un cuento de hadas distante, el accidente y todos los ataques que le siguieron la convirtieron en un peligro inmediato. El país entero tenía miedo, lo que a Jack le venía como anillo al dedo. Con cada nuevo ataque Antistasi, con cada nueva tragedia provocada en nombre de la Ladrona del Diablo, el poder de la Orden, y el de Jack, había ido creciendo.

A medida que el carruaje traqueteaba a lo largo de las últimas calles hacia el hotel, Jack no pudo evitar reírse para sí mismo. Sí. Cuando finalmente la tuviera cara a cara, estaría esposada, y le daría las *gracias*. Mentalmente, imaginaba su boca carnosa abriéndose perpleja. Lo más probable era que le suplicara. La señorita Filosik, si era siquiera su nombre, no era estúpida. Comprendería de inmediato que, a todos los efectos, su vida estaba *terminada*. Acabada. Pero antes de que se encontrase con un accidente inoportuno en la prisión de mujeres, Jack aprovecharía la oportunidad para darle las gracias por su traición. Después de todo, lo había convertido en una estrella.

¿Cómo habría podido su familia enviarlo lejos cuando él era un héroe que había intentado detener a una mujer demente? *No lo consiguieron*. Así que todos ellos habían alabado su valentía en público. Pero a pesar de todos sus éxitos, de todo el poder que había conseguido y de todo lo que había hecho para asegurar que la Orden continuara siendo lo bastante importante para que él pudiera utilizarla en su propio beneficio, hablaban de él a sus espaldas. Aún se preguntaban si había imaginado los sucesos del tren o los había inventado.

Pero Jack siempre había sabido que no estaba loco. Siempre había sabido que Estrella no solo estaba en el tren, sino que había *sobrevivido*.

Metió la mano dentro del chaleco y dejó que sus dedos rozaran el Libro que llevaba consigo a todos lados. Había arreglado toda su ropa para ocultarlo, y lo llevaba en todo momento. No lo abandonaría jamás, sin importar el evento. Ni confiaría en criados ni en cajas fuertes. No cuando el Libro le había abierto puertas a un nivel de conciencia que solo podía haber imaginado.

Incapaz de resistirse a su llamada, sacó el Libro de su morada junto al pecho y lo hojeó. Podía leer el griego y el latín gracias a las interminables horas de instrucción recibidas de niño, pero había otros idiomas menos comprensibles, mezclados con símbolos extraños que enriquecían muchas de sus páginas. Parecían ser imposibles de comprender y, sin embargo, había despertado en casa de su madre aquella primera vez, ahogado en morfina, y había descubierto que por alguna razón podía traducirlas de todas formas.

Era su propia letra pequeña y minuciosa la que en aquel momento llenaba las páginas con notas y traducciones, aunque intentar leerlas en aquel carruaje tambaleante le provocaba dolor de cabeza. Cogió un pequeño recipiente del bolsillo de su chaleco y colocó una de las pastillas que contenía sobre su lengua. Solo llevó un instante que el sabor amargo aflorara en su boca, familiar y satisfactorio. Y luego unos instantes más antes de sentir que la tensión cedía detrás de sus ojos.

Las notas se aclararon mientras buscaba la página que quería. Una especie de amuleto de protección, o al menos era lo que él creía. Solo en el carruaje, dejó que las extrañas palabras se deslizaran sobre su lengua, llenando el espacio reducido con la fría resonancia del poder que sería para siempre suyo.

Siempre había sabido que la chica estaba viva. Y había llegado el momento de demostrárselo a todos los demás.

El carruaje se detuvo delante del Jefferson, y Jack volvió a meter el Libro a buen recaudo en su chaleco mientras se preparaba. Le daría las gracias a la señorita Filosik y, si quería implorar por su vida, aceptaría lo que tuviera que ofrecer. Luego la volvería a arrojar en manos de la justicia, manos controladas, por supuesto, por su familia y otros como ellos.

El criado y custodio personal de Jack, Miles, le abrió la puerta y aguardó en silencio empuñando un paraguas. Al descender del carruaje, Jack pudo ver la hilera de oscuras carretas tripuladas por oficiales uniformados y sonrió. *Esta vez no escapará.*

—Espera aquí —ordenó. Pasó junto a él rozándolo, sin molestarse con el paraguas. ¿Qué importancia tenía un poco de humedad cuando estaba tan cerca de la victoria? Obtendría satisfacción. Lo sabía con la misma certeza con la que sentía el Libro en el interior de su chaqueta, su peso familiar recordándole que él tenía todas las de ganar.

EL TRAIADOR

1902, Nueva York

Jianyu no le opuso resistencia a Mooch cuando lo condujo hacia arriba por las familiares escaleras del Strega.

—No soy un traidor —dijo en voz baja, obligando a sus piernas a moverse, a pesar del dolor que le provocaba cada paso que daba.

Pero si Mooch oyó lo que dijo, no respondió.

Al llegar al segundo piso, abrió una puerta familiar y empujó a Jianyu dentro. Luego lo sentó de un empujón en una de las sillas en las que se había sentado incontables veces durante todas las conversaciones que había mantenido con Dolph.

—No soy un traidor —repitió mientras Mooch le sujetaba los brazos por detrás y los tobillos a las patas de la silla—. El traidor es quien ha tomado el hogar de un hombre caído, así como su vida. El traidor es quien lleva el bastón de Dolph y se hace de su patrimonio como si tuviera algún derecho.

Mooch lo miró.

—No puedes pretender realmente que crea que el pequeño Nibsy fue quien metió una bala en la espalda de Dolph. Es incapaz de hacer algo así.

—Entonces, ¿por qué sigues sus órdenes? —preguntó Jianyu en voz baja.

—Quizá no sea un matón, pero Nibs es inteligente —respondió tras reflexionar—. Y de cualquier modo, ¿a quién más voy a seguir? ¿A ti?

—Se libraré de ti en cuanto dejes de hacerle falta. Mira todo lo que está pasando ya.

—No está pasando nada.

—Entonces, ¿por qué hay miembros de los Five Points en el Strega? —preguntó Jianyu. Algo así jamás habría sucedido en vida de Dolph. Cada uno de los Hijos del Diablo sabía de lo que eran capaces los hombres de Paul Kelly. Cada uno de ellos había mostrado su furia cuando los Five Points habían atacado a dos de los Hijos del Diablo tan solo una semana atrás.

—Tenemos un acuerdo —dijo Mooch, pero el tono de su voz indicó a Jianyu que no todo el mundo estaba contento con los términos de dicho acuerdo.

—¿Ah, sí? —preguntó con suavidad. Hasta respirar le resultaba doloroso, pero aun así siguió adelante—. ¿Porque Nibsy confía en Kelly?

—Ninguno de los que está aquí confía en Kelly. Todos sabemos que es una serpiente, pero Nibsy lo ha explicado... Kelly tiene las conexiones que todos necesitamos. Ha evitado que el Strega salga ardiendo, ¿no?

—Así es. —Jianyu mantuvo la voz tan baja y serena como pudo—. Pero atrapar a una serpiente por la cola no impedirá que te ataque.

—¿Sabes una cosa? Cállate, ya, ¿vale? —Mooch se estaba poniendo cada vez más nervioso—. Si no nos traicionaste, dime dónde estabas en el puente cuando nos estaban pateando el trasero.

—Estaba siguiendo las órdenes de Dolph —respondió. No era ni más ni menos que la verdad.

—Dolph Saunders está *muerto* —dijo Mooch. Su voz se quebró con algo parecido a la pena y la frustración, unidas en una misma emoción—. Ya se había convertido en un cadáver antes de que llegáramos al puente.

—Su muerte no ha invalidado la tarea que me asignó —dijo Jianyu con cautela—. *A mí*. No al traidor que sigues ahora.

Mooch retrocedió un paso y empezó a caminar de un lado a otro. No era el miembro más astuto de los Hijos del Diablo, y lo que Jianyu le había dicho claramente lo afectaba.

Sacudía la cabeza como si la acción pudiera aflojar un pensamiento errante. Luego se detuvo y le lanzó una mirada de ira.

—No, ya me he cansado de escucharte a ti y tus mentiras. Solo... solo cierra tu maldita y asquerosa boca, ¿vale?

Jianyu no respondió al insulto. Observó al chico que alguna vez había sido fiel a Dolph caminar de un lado a otro con una energía nerviosa, un indicio de que sus palabras habían puesto el dedo en la llaga. Tenía las mejillas congestionadas por la preocupación. Si podía mantenerse erguido y consciente durante algo más de tiempo, quizá podría continuar desmontando las dudas del joven.

Pero no hubo tiempo. Antes de que pudiera seguir hablando, Werner irrumpió en la habitación.

Mooch se giró sorprendido, con los puños en alto como esperando un ataque.

—Tienes que venir...

—¿Qué diablos crees que haces irrumpiendo aquí como si...?

—El Strega está ardiendo. —El otro muchacho cogió a Mooch de la manga—. Tenemos que ayudar.

El rostro de este se puso lívido, pero no vaciló en seguir a Werner.

—¡No podéis dejarme aquí! —gritó Jianyu. Pero ya se habían marchado.

El Strega ocupaba toda la primera planta del edificio. Si el bar estaba en llamas, el edificio podía destruirse rápidamente, y Jianyu quedaría atrapado dos plantas más arriba, amarrado a una silla. Forcejeó contra las cuerdas que sujetaban sus muñecas. Estaban demasiado apretadas para que pudiera zafarse de ellas. Lo mismo sucedía con los pies.

Alcanzó a oler el ligero tufillo del fuego con la brisa que entraba por la ventana abierta. Quizá si podía acercar la silla lo suficiente, podría pedir auxilio a gritos.

Con todas las fuerzas que le quedaban, giró el cuerpo hacia delante, moviendo la silla unos centímetros en la dirección que quería. La cabeza empezó a darle vueltas una vez más con el movimiento, y el estómago amenazó con expulsar fuera todo su contenido, pero volvió a intentarlo. Sentía la piel pringosa, húmeda por el esfuerzo mientras luchaba por acercar la silla a la ventana, pero cuando la puerta que había detrás de él se abrió de par en par, detuvo el movimiento.

—Ahí estas.

Al darse la vuelta se encontró con que una chica estaba entrando en la habitación. Tenía más o menos su edad, quizá diecisiete años, y una altura promedio. Aunque tenía una figura delgada, una suave curva redondeaba su cadera y sus pechos. El rostro con forma de corazón tenía un par de ojos profundos y expresivos, ligeramente rasgados, y su grueso cabello oscuro estaba dividido por la mitad y estirado para formar un recogido en la nuca, un estilo que acababa de ponerse de moda en la ciudad. Pero alrededor de las sienes, algunos mechones habían empezado a rebelarse. Llevaba un vestido color verde salvia que se correspondía con su tez tostada color siena. Incluso arrugado como estaba, con el dobladillo sucio, el traje se ceñía al cuerpo tan perfectamente que podría provenir de la modista más fina de la Quinta Avenida, un claro indicio de quién era.

—¿Cela Johnson? —preguntó, seguro de que no podía estar en lo cierto. No era posible que la chica que había estado buscando estuviera *aquí*, en el Strega.

Cela hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Por el momento, parecía ser lo único que afirmaría.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, intentando concentrarse en ella. La cabeza le dolía tanto que parecía verla doble.

—Salvándote —dijo con un tono que indicaba que por lo menos tendría que haber resuelto aquello por sí solo—. ¿O acaso no te das cuenta? —Se había puesto ya a desatar las cuerdas que tenía alrededor de las muñecas con sus hábiles dedos.

—Pero ¿cómo me has encontrado? —preguntó, haciendo un gesto de dolor ante la forma en la que tiraba de las cuerdas, haciéndolo temblar.

—Te he seguido desde el teatro.

Una vez que liberó las muñecas, Cela empezó a desanudar las cuerdas de los tobillos. Tendría que haberla ayudado, pero de solo pensar en moverse, la habitación había empezado a girar a su alrededor.

—Pero ¿por qué...?

—Oiga, señor Lee...

—Jianyu —dijo, no queriendo que empleara un nombre que no fuera verdaderamente el suyo.

—Señor Jianyu...

—Sencillamente, Jianyu. Sin formalidades.

Ella emitió un sonido exasperado desde el fondo de su garganta.

—No tenemos tiempo para esto. Pronto descubrirán que el incendio que he provocado no es una amenaza real. Para entonces será mejor que nos hayamos marchado.

Incluso presa del dolor, se sorprendió.

—¿Tú has provocado el incendio?

—Tienes muchas preguntas —masculló desatando las últimas cuerdas—. No hay problema, porque yo tengo las mías. Pero todo eso va a tener que esperar. Tenemos que irnos. ¿Puedes caminar?

Jianyu asintió con la cabeza, esperando no estar engañándola al ponerse de pie y apoyarse en la mesa para afirmarse. Le llamó la atención una noticia en el periódico que se encontraba allí. Se trataba de un recorte desigual, y cuando vio el titular, comprendió por qué. Arrugando el papel, lo metió en los bolsillos de su túnica.

—Vamos —instó Cela, ya en la puerta.

Alzándose sobre sus piernas temblorosas, la siguió, pero el espectro del humo que daba cuenta del incendio del Strega flotaba denso en el aire.

DENTRO DEL FUEGO

1902, Nueva York

En cuanto Jianyu Lee le contó a Cela que Harte Darrigan lo había enviado, ella tuvo la sensación de que sería un problema.

Jamás tendría que haberlo seguido. Una vez liberada de su taller, debería haber regresado al norte y haber ido directamente a buscar a su familia, pero cuando lo había visto alejarse del teatro la pasada madrugada, con la larga trenza meciéndose sobre su espalda, le había podido la curiosidad.

No sabía que Darrigan era amigo de los chinos. No conocía a *nadie* que conociera a algún chino siquiera. Mayormente, se trataba de gente reservada que se aferraba a su extraña vestimenta y a sus extrañas costumbres. Así que no pudo evitar preguntarse si Darrigan realmente había enviado a aquel hombre a ayudarla y, si lo había hecho, ¿por qué? ¿Sabría quién era responsable del asesinato de su hermano?

Si tenía alguna información sobre lo que le había ocurrido a Abe, parecía valer la pena, así que lo siguió, manteniendo una distancia prudencial mientras se dirigía, primero, a una lavandería sobre la calle 24, en el extremo sur del distrito que algunos llamaban Tenderloin, y otros, el Circo de Satán. Probablemente, tendría que haberlo dejado ahí, pero se había sentido casi a salvo ocultándose en el silencioso callejón lateral que había junto a la lavandería. Solo había pretendido descansar un rato, pero se había quedado dormida sin querer y en cuanto despertó oyó la puerta de la lavandería cerrándose cerca de la madrugada. Tras despertarse, lo siguió mientras se dirigía al sur, al Bowery.

Había visto a los muchachos siguiéndolo, individuos desgarrados y estúpidos a los que apenas les asomaba el vello en sus mentones pálidos y cubiertos de espinillas, y malvados como ratas. Ni siquiera tuvo tiempo para advertirle antes de que lo arrinconaran y lo tiraran al suelo; y ella no era ni lo bastante grande ni fuerte, ni lo bastante estúpida, como para meterse en una pelea que no podía ganar. Pensó en esperar hasta que se marcharan para ayudarlo, pero luego apareció el otro.

Lo llamaban Mock Duck, y toda la ciudad había leído sobre todo aquello de lo que era capaz. Los periódicos habían cubierto la guerra entre los tongs de Mott Street y Pell Street del mismo modo en que cubrían los chismes de quienes vivían en las mansiones de la Quinta Avenida... Como si fuera una especie de deporte. Pero mientras todas aquellas personas que vivían en sus elegantes mansiones podían llevar el sombrero equivocado o salir a bailar con alguien que no fuera su propia esposa, la violencia que atizaban Mock Duck y sus secuaces mataba a gente inocente.

Cela estuvo a punto de marcharse en aquel momento, porque imaginó que el tipo que había estado siguiendo seguramente era uno de los gallos de Mock Duck. Lo más probable era que ellos mismos se encargaran de cuidar de él, aunque no consiguieran rescatar su cabello. Pero muy pronto fue evidente que, más que salvarlo, Mock Duck lo estaba haciendo prisionero.

Una mujer más astuta se habría olvidado de todo el asunto en aquel mismo instante. Una mujer con algo de cerebro no los habría seguido internándose aún más en el Bowery. Pero ella era una mujer que no tenía mucho más que perder. Jianyu Lee había afirmado que Darrigan lo había enviado para protegerla. Su propio hermano ya había muerto haciendo justamente eso, al igual que

su padre, y tendría que llevar consigo todo aquello durante el resto de sus días. No quería añadir otra vida más a su carga.

Fuera de la sartén, pensó colocándose sobre la cabeza el trozo de tela que había traído consigo. Mantuvo las distancias mientras los seguía a una taberna del Bowery. Y luego, cuando tuvo que crear una distracción para conseguir ver a Jianyu a solas, lo hizo.

En aquel momento, literalmente, se encontrarían en medio de todo el incendio... si no conseguían huir de allí, y rápido. Pero por cómo se movía Jianyu, no parecía que la velocidad fuera una opción.

Estaban a punto de llegar a la planta baja, casi libres, cuando oyeron voces, voces furiosas, que se dirigían en su dirección.

Se dio la vuelta para mirarlo, en el peldaño inmediatamente superior, y saber si los había oído. Por la expresión de su rostro, era evidente que sí. Quizá pudieran volver a subir... Pero si el fuego se seguía extendiendo —ella no lo creía, pero si así *fuera*— aún no estaba preparada para morir.

El chico no parecía ni la mitad de preocupado de lo que se sentía Cela. Con un movimiento experto y sereno, extrajo dos discos oscuros del bolsillo interior de su túnica.

—Sube aquí y sujétate de mí —le dijo.

—¿Que me sujete de ti? —repitió, segura de que no había escuchado bien.

—Así es. Sería aún mejor si te subes sobre mi espalda. —Pasó junto a ella y se agachó ligeramente, esperando.

—No voy a subirme encima de ti. No tengo ni idea de quién eres —dijo. Tal vez el fuego fuera una opción mejor—. Ni siquiera puedes andar como estás.

—Estoy bien. —Las palabras salieron recortadas de su boca a través de sus dientes apretados.

Cela vio cómo intentaba disimular el dolor con el fuego de sus ojos. Ella misma lo había hecho incontables veces.

—No es nada personal. Es solo que...

—Salvo que quieras explicarles a los hombres que vienen para arriba quién eres y qué haces aquí, sería prudente que hicieras lo que digo y te subieras a mi espalda.

Las voces se acercaban.

—Está bien —respondió, esperando con todo su ser que su madre no estuviera mirándola desde el más allá al agarrarse a sus hombros para impulsarse hacia arriba y envolver las piernas alrededor de él.

Lo primero que pensó, tal vez lo menos prudente que debería pensar, fue que el chico sobre el que se había sentado era puro músculo. Parecía medio muerto por la paliza recibida, pero con las piernas afianzadas alrededor de su torso y los brazos alrededor de su cuello, podía sentir la fuerza por debajo de sus sueltas vestimentas.

Lo segundo que pensó, una vez que se sobrepuso al primer pensamiento idiota, fue que los periódicos se equivocaban. Pero vamos, ya tendría que haber sabido que los periódicos se equivocarían. ¿Acaso no sucedía siempre que se referían a alguien que no fuera blanco? Había leído todo tipo de cosas sobre los chinos que habían convertido la ciudad en su hogar: sobre sus hábitos extraños y las mugrientas condiciones en las que vivían, negándose a convertirse en ciudadanos respetables como todo el resto. Pero este chico olía a tierra, a algo verde y agradable.

Seguía con la mente en aquel segundo pensamiento cuando Jianyu hizo un movimiento sutil con las manos, y ella sintió que el mundo se volcaba.

—Sujétate con fuerza —dijo, y empezó a descender las escaleras.

Cuando llegaron al rellano, Jianyu hizo una pausa para escuchar. Cela sintió el esfuerzo que hacía por respirar.

—Quédate quieta y mantente en silencio —le ordenó como si tuviera algún derecho de darle órdenes cuando era *ella* quien lo había rescatado. Pero comprendiendo que era ella la que estaba subida encima de él, por más a desgano que hubiera sido, quizá no estuviera tan equivocado.

Una multitud de hombres subía las escaleras, los mismos italianos de tez morena que habían estado en los alrededores del bar. Llevaban puestos pantalones y chaquetas oscuras, y los rodeaba un aire de malhechores. Pero el tipo que la llevaba auestas no hizo más que retroceder contra la pared.

Entonces, sin más, aquellos hombres pasaron junto a ellos como si no se encontraran allí siquiera. Como si ella no fuera más que un espectro que caminaba por el mundo.

Los hombres seguían demasiado cerca, y Cela estaba demasiado nerviosa para preguntar qué había pasado. Decidió en cambio agradecer su suerte y esperar que no se les acabara.

Cuando los hombres siguieron su camino escaleras arriba, Jianyu empezó a descender de nuevo. Un momento después habían salido por la parte trasera del edificio, incorporándose al tráfico intenso de Elizabeth Street.

—No te sueltes —le dijo justo cuando Cela empezó a soltarle el cuello.

Probablemente no tendría que haberle prestado atención. Pero hubo algo en el modo en que lo dijo, más desesperación que autoridad, que la hizo obedecer.

—Nadie puede vernos —susurró Jianyu, respondiendo su pregunta sin formular.

—¿Ninguno?

—No mientras permanezcas donde estás —dijo, alzándola aún más sobre la espalda y apartándose del edificio del que lo había rescatado.

Entonces, comprendió.

—Eres uno de *ellos* —dijo. Pero, aunque apretó la mandíbula, Jianyu guardó silencio.

No la hizo descender hasta que se hubieron alejado dos calles. En la distancia, Cela oyó el estruendo de los coches de bomberos. El joven tenía el rostro serio y solemne vuelto en dirección al sonido.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Dolph levantó el Strega de la nada. Verlo arder ahora... —Su voz se quebró.

—¿Te refieres al bar? No se incendiará —le aseguró—. Solo he provocado un pequeño fuego en uno de los cubos de la basura... Lo normal es que eche un montón de humo y que tenga peor aspecto de lo que es. Además —dijo, deteniéndose para oír las sirenas que se aproximaban—, si han conseguido que los bomberos acudan tan rápido, daría la impresión de que alguien allí tiene amigos en las altas esferas.

Se giró para mirarla.

—Gracias por rescatarme, señorita Johnson. —Su cabello lacio y oscuro colgaba mustio y desigual alrededor de su rostro a causa del brusco corte al que lo habían sometido. Debía parecer todo revuelto, pero en cambio servía para realzar sus rasgos angulosos: los pómulos afilados y el mentón marcado, la nariz ancha y fuerte, y las cejas delicadamente arqueadas sobre los ojos demasiado astutos.

—Más vale que me llames Cela. Así me llaman todos.

—Cela —repitió, meciéndose un poco sobre los pies.

—Oye, ten cuidado —dijo, atrapándolo bajo su brazo antes de que perdiera el equilibrio—. Te han dado una buena paliza, ¿verdad?

—Estoy bien —insistió Jianyu, con un gesto de dolor.

—Claro que sí. —Lo ayudó a caminar hacia un portal cerrado, donde podría apoyarse y descansar.

—Ven —le dijo—. Seguimos estando demasiado cerca.

La condujo a la parada de un tranvía a una calle de allí, y no volvió a hablar hasta que estuvieron dirigiéndose hacia la parte alta de la ciudad, lejos del Bowery.

—¿Hay algún lugar adonde puedas ir? —preguntó, aferrando aún su estómago mientras el coche avanzaba traqueteando, como intentando retenerlo—. ¿Algún lugar donde te sientas a salvo?

—¿A salvo? —Cela quiso reír ante lo absurdo de la idea—. Ya ni siquiera sé lo que es estar a salvo.

TEMED A LA LADRONA DEL DIABLO

1904, St. Louis

Era más probable que Harte Darrigan se pusiera él mismo un vestido antes que admitir alguna vez ante Estrella que su decisión de ponerse la ropa que había encontrado en la habitación del hotel hubiera sido una buena idea, aunque el salón de baile de la planta baja *estuviera* abarrotado solo de hombres. Para empezar, admitir que había tenido razón solo la envalentonaría, pero quizá lo más importante era el esfuerzo que tenía que hacer para no distraerse por el contorno de sus piernas, ceñidas por los pantalones que llevaba puestos. Así que, en cambio, le había dirigido una mirada sombría y se había concentrado en el problema más inmediato: conseguir salir del hotel antes de que los encontrarán.

—La entrada de la cocina debe estar por allí —dijo, ignorando su comentario. Señaló hacia el otro extremo de la sala, donde una puerta giratoria se abría cada cierto tiempo para dejar pasar a algunos camareros con chaquetas blancas que entraban y salían a intervalos regulares—. Hay unos escalones en aquella esquina, junto al escenario. Luego nos mantendremos en los extremos de la sala hasta que tengamos que cruzarla. Quédate cerca, pero no demasiado —dijo—, e intenta no menear demasiado tus caderas.

—No meneo mis caderas. —Lo fulminó con la mirada.

—Claro que *sí* —le dijo rotundo. Debería saberlo, ya que acababa de seguirla por un pasillo. Abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió—. Caminas como una mujer. —Se tomó un momento para mirarla de arriba abajo y ver si tenía algún otro defecto que pudiera delatarla—. Bájate el sombrero un poco más —le dijo mientras ella lo miraba fijamente—. Tienes la mirada... demasiado dulce. Cielos —maldijo, y sintió un nudo en el estómago. No había forma en la que consiguiera cruzar un salón lleno de hombres sin que advirtieran quién era de verdad. Daba igual si hubiera llevado solo el corsé—. Estamos perdidos.

—Estaremos bien —le dijo—. He estado toda mi vida rodeada de hombres.

—Sí, pues por si no lo has notado, yo de hecho *soy* uno —masculló.

—Habría sido bastante difícil no darme cuenta. —Su boca se retorció, y Harte creyó ver un destello de algo más cálido que la mera diversión en sus ojos color whisky. Al verlo, el poder en su interior se dilató esperanzado. Estaba demasiado ocupado intentando reprimirlo como para responder a sus bromas. Estrella lanzó un suspiro agobiado ante su silencio—. Oh, vamos, Harte. La mayoría de las personas que hay aquí dentro están ebrias; no van a fijarse en mí.

—Espero que no. —Pero no estaba demasiado seguro.

En cuanto descendieron al salón principal, quedaron sumergidos en el sonido de copas que tintineaban y el estruendo de las conversaciones de todos aquellos hombres que se reían de sus propias bromas. Mientras rodeaban el borde de la pista de baile, algo fuera de la sala llamó la atención de Harte. Al levantar la vista notó que en la entreplanta había algunos hombres observando la pista, examinando a la multitud que estaba abajo. Llevaban las mismas chaquetas oscuras y los brazaletes blancos que la Guardia que habían visto fuera del teatro.

—No levantes la mirada —le dijo a Estrella. Asintió con la cabeza en dirección a un anciano somnoliento mientras levantaba una copa de champán de una bandeja que pasaba.

—¿Qué...?

—Te he dicho que *no miraras...* —masculló a través de dientes apretados llevando la copa a sus labios. No bebió; en cambio, empleó el gesto para examinar el salón con disimulo—. Hay dos hombres arriba en la entreplanta... quizá más.

—¿Policía?

—La Guardia. —Su mirada se deslizó hacia ella—. Se nos está acabando el tiempo si ya han venido a buscarnos aquí.

—Me buscan a mí —corrigió Estrella—. Buscan a la Ladrona del Diablo. —Tenía la mirada fija y la mandíbula apretada.

—Pues no la encontrarán. —Harte le lanzó una mirada por encima del borde de la copa—. Podrías sacarnos de aquí ahora mismo.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya has visto lo que ha pasado en el pasillo. Apenas pude retener los segundos. No sabemos lo que la Guardia es capaz de hacer. Y si pueden rastrear la magia...

Probablemente, tuviera razón. Si el Umbral o el poder del Libro en su interior habían afectado su magia... o la suya propia... era mejor no correr el riesgo hasta que no estuvieran mejor informados.

—Vámonos.

Abandonando la seguridad relativa del saliente de la entreplanta, cruzaron en línea recta el salón de baile. Directo al otro lado de la sala, las puertas dobles que conducían a la cocina giraban libremente sobre sus goznes cada vez que un camarero aparecía con otra bandeja de champán o canapés. Detrás de las puertas, la luz del pasillo de servicio era una señal que los instaba a avanzar.

Si Harte hubiera podido dirigirse en línea recta hacia aquellas puertas, lo habría hecho, pero, si avanzaba demasiado rápido o de modo directo, podrían atraer la atención de los hombres que observaban desde arriba. Por mucho que sintiera la urgencia de *correr, aligerarse y salir*, se obligó a caminar lentamente mientras serpenteaba a través de la pista atestada de gente, deteniéndose a intervalos aleatorios para fingir que observaba la orquesta o tomar uno de los canapés que ofrecían los camareros de chaqueta blanca y que circulaban entre la multitud.

Tenía la sensación de que nunca lograrían alcanzar el otro lado... y luego, de pronto, habían llegado casi al final del salón de baile. Solo unos metros más y podrían refugiarse en la seguridad de la parte posterior del edificio. Pero justo antes de que pudieran cruzar las puertas, la orquesta se paró de pronto. A su alrededor la reacción tardó un llegar; un murmullo de estupor se filtró a través de la multitud a medida que los hombres de la sala, por más ebrios que estuvieran, advertían que pasaba algo.

Harte también se dio la vuelta, solo lo suficiente para ver que uno de los oficiales de civil se encontraba sobre el escenario y levantaba las manos, indicándole al público que tuviera paciencia al mismo tiempo que las luces de las arañas se volvían repentinamente más fuertes.

—Su atención, por favor, caballeros —gritó el oficial—. Soy el detective Sheehan, de la policía de St. Louis. Lamento interrumpir su velada, pero estamos buscando a una criminal que sospechamos que podría encontrarse justo aquí. La han visto entrando en el hotel hace algunos minutos, y creemos que puede seguir en el edificio.

El murmullo a su alrededor aumentó a medida que los hombres giraban, buscando a una mujer entre ellos. A su lado, Estrella se caló el sombrero aún más bajo sobre la frente.

El oficial continuó.

—Solo necesitamos un momento de su tiempo para que mis hombres aseguren la sala y realicen

una rápida barrida.

—Estoy aquí, oficial —llamó una voz por encima del estrépito de la multitud.

Estrella, y el resto del salón, se giraron para levantar la mirada hacia el balcón. Había una figura de pie, llevaba puesto un vestido color carmesí. Tenía el rostro medio cubierto con una máscara roja de porcelana, rematada con cuernos. Inmóvil delante de la barandilla con los brazos en alto, parecía a punto de arrojar sobre la multitud. Los guardias se lanzaron hacia la entreplanta donde se encontraba. Girando los brazos, la mujer realizó una amplia reverencia, y con un repentino estallido de humo color escarlata, desapareció.

—Vais a tener que ser más rápidos si pretendéis atrapar a esta —dijo otra voz desde el otro lado del salón. De nuevo las cabezas de la sala giraron para buscar el origen del sonido. Esta figura llevaba la misma máscara demoníaca, pero llevaba puesto un traje color medianoche. De pie sobre la barandilla de arriba, parecía una sombra recortada contra las paredes doradas.

—O a mí —retumbó otra voz. Vestida de blanco fantasmal, también tenía el rostro enmascarado.

—O a mí. —Esta vez, desde un rincón diferente de la entreplanta.

—O a mí. —La mujer de rojo había regresado.

El eco de sus voces resonaba en las paredes al mismo tiempo que el sonido de los truenos retumbó por toda la sala. De pronto, el aire pareció cargarse de electricidad. Un viento extraño e improbable empezó a girar alrededor del salón, suscitando más murmullos nerviosos por parte de los hombres que hasta hace un momento habían estado bromeando. Una única palabra circulaba entre todos, con la velocidad de un reguero de pólvora alimentado por el viento: *Antistasi*.

Los hombres empezaron a correr hacia la puerta, pero la policía había bloqueado las salidas.

—¿Quiénes son? —susurró Estrella, apoyando la mano sobre el brazo de Harte.

—No lo sé —dijo, levantando la vista hasta las mujeres. Cada una mantenía el equilibrio peligrosamente sobre el balcón—. Por lo que parece, hemos encontrado a los Antistasi de los que nos ha hablado Julien.

—Temed a la Ladrona del Diablo —corearon al unísono mientras el humo se elevaba a sus pies—. Enemigos suyos, temed su ira. —Con un destello de luz, las figuras desaparecieron, pero la estela de humo seguía avanzando sin pausa hacia la sala de baile, como algo vivo.

—Son increíbles —susurró Estrella, su voz teñida de algo parecido al asombro.

Pero Harte no reflejaba una admiración tan evidente en su expresión. Las apariciones tenían algo inquietante, un factor perturbador. Y no resultaba útil que las mujeres enmascaradas emplearan aquel maldito nombre que los periódicos le habían endilgado a Estrella. Solo podía complicarles las cosas mientras permanecieran en aquella ciudad.

Luego sintió el gélido calor de la magia en el aire y supo que tenía algo que ver con la neblina de humo que se suspendía sobre sus cabezas. No estaba dispuesto a esperar y ver lo que contenía.

—Vamos. —Cogió las manos de Estrella y se lanzó en dirección contraria a la del resto de la multitud aterrorizada por lo sucedido.

No se molestó en comprobar si alguien los había visto cruzando los últimos metros hacia las puertas de servicio. Una vez que llegaron al pasillo que estaba al otro lado, empezaron a correr.

—Por aquí. —Estrella señaló hacia una estrecha escalinata que descendía al primer piso.

Lanzándose escaleras abajo, se encontraron en otro pasillo de suelos de linóleo y muros color crema. Harte ya podía oír el ruido que provenía de las escaleras a sus espaldas. A su derecha, otras voces parecían estar acercándose. No sabía si eran más miembros de la policía o solo el personal de cocina, pero no pensaba quedarse para averiguarlo.

Tiró de Estrella arrastrándola por el pasillo en la dirección opuesta y a través de una entrada.

—Es un callejón sin salida —dijo ella, echando un vistazo a su alrededor mientras buscaba otra manera de salir de allí.

Se trataba de un almacén. Una de las paredes estaba alineada con una reluciente vajilla de plata, soperas y fuentes cubiertas con campanas. En un rincón, dos carritos enormes contenían mantelería limpia.

Justo fuera de la puerta se oyó el ruido de voces. Harte se arrimó contra ella, abriendo una rendija para escuchar.

—Hay alguien ahí fuera —le dijo intentando desentrañar lo que decían—. Creo que están buscando a las mujeres, quienesquiera que sean. Tenemos que salir de aquí.

—¿Y eso qué es? —preguntó ella, señalando una puerta más pequeña que había en la pared más alejada. Tenía forma cuadrada, llegaba hasta la mitad de la pared y, cuando la abrió, Harte advirtió que se trataba de una especie de conducto. El espacio era justo lo bastante grande como para que entrara una persona—. Parece que desciende hasta el sótano. ¿Tal vez sea la lavandería? —sugirió ella, señalando los carritos atestados de manteles.

—Podría también ser el vertedero de la basura que conduce a un incinerador. —Se acercó y metió la cabeza un instante en la oscura cavidad.

Detrás de la puerta, las voces se volvieron más fuertes.

—Creo que merece la pena el riesgo —dijo Estrella, que ya se encontraba levantando una pierna para entrar en el conducto—. Si llegamos al sótano, tiene que haber una manera de salir.

—Estrella, no. —Harte tiró de ella hacia atrás mientras oían otra puerta abriéndose con fuerza en el pasillo—. No sabemos la distancia de la caída o lo que hay ahí abajo.

—Pero... —La levantó en brazos antes de que ella pudiera terminar de protestar.

—No podemos correr el riesgo de rompernos una pierna o lo que sea —dijo mientras la llevaba, retorciéndose, hacia los cestos de la ropa sucia.

Vio cómo agrandaba los ojos al comprender lo que estaba a punto de hacer.

—Harte, no se te ocurra...

Pero él ya estaba arrojándola dentro del cesto con ruedas.

—Cúbrete.

Estrella intentó incorporarse entre los montones resbaladizos de tela.

—Pero...

—No tenemos tiempo para discutir —le dijo, tirándole encima más manteles de otro de los cestos. Fueran quienes fueran las mujeres del salón de baile, les habían regalado un poco de tiempo con su distracción. Por lo menos, es lo que esperaba Harte—. Yo he confiado en ti en el ascensor. Ahora te toca a ti.

—Harte...

—Agáchate y quédate así —le dijo bruscamente, y luego apiló otro montón de manteles encima de ella antes de que pudiera seguir discutiendo.

Sujetó uno de los manteles blancos alrededor de su cintura, simulando los delantales que había visto que llevaban los camareros en la sala. No tenía la chaqueta blanca del resto de los trabajadores del hotel, pero tenía que confiar en lo que Estrella había declarado: nadie se fijaba jamás en los criados.

—¿Lista? —preguntó al carrito; pero solo obtuvo una buena cantidad de improperios a modo de respuesta. Le pareció que sería una respuesta tan afirmativa como cualquier otra.

Con cuidado, salió retrocediendo, tirando del carrito por detrás. Apartándose de las voces e intentando determinar dónde estaba, intentó caminar con naturalidad mientras conducía el carrito

por el pasillo. Estaba a punto de llegar a la primera esquina cuando alguien gritó detrás de él.

—¡Oye! ¡Tú!

Fingiendo que no los había escuchado, Harte siguió caminando con paso enérgico aunque constante dirigiéndose hacia donde el pasillo que se bifurcaba.

—¡Oye! —llamaron de nuevo—. ¡Detente!

En la primera esquina que se encontró giro a la derecha y luego echó a correr. No se molestó en reducir la velocidad ante el vaivén de las puertas que tenía delante, sino que las atravesó a toda velocidad y se lanzó a la cocina. Los cocineros sorprendidos levantaron la cabeza, haciendo una pausa en su trabajo para verlo pasar a toda prisa. Al otro lado de la cocina había un pasillo de servicio vacío. Harte no giró la cabeza para ver cuán cerca tenía a sus perseguidores, sino que se lanzó pasillo abajo y salió por otro par de puertas que conducían al vestíbulo.

La puerta de entrada del hotel estaba más adelante —solo unos metros más y estarían a salvo, rodeados por la noche— cuando el estridente chillido de un silbato cortó el aire: de inmediato cesó el tintineo del piano y la gente en el vestíbulo se giró para mirar. Delante de él, bloqueando la única salida que le quedaba, dos policías uniformados se interpusieron en su camino para cerrarle el paso.

Harte supo entonces que estaban perdidos. Habría más policías fuera; incluso si conseguía sacarlos a ambos por las puertas principales, no tendrían a dónde ir. Pero no se rendiría tan fácilmente.

—Sujétate —le dijo a Estrella acelerando.

—Harte, ¿qué estás...?

Había esperado que ambos hombres se hicieran a un lado, pero permanecieron donde estaban, preparados para el impacto, de modo que cuando el carrito se estrelló contra ellos, los derribó a todos. Estrella cayó al suelo, desorientada y con el cabello desparramándose fuera del sombrero, pero Harte ya se había puesto de pie, cogiéndola de la mano.

—¡Corre! —gritó, arrastrándola a medias mientras se abalanzaba hacia la salida. Pero de pronto tres hombres más les bloquearon el camino. Harte se detuvo en seco, advirtiendo que no había manera de pasar a través de ellos, no sin magia.

—Estrella... —Su nombre fue una pregunta y una exigencia al mismo tiempo.

Ella le apretó la mano aún más, como si entendiera lo que quería decir. Pero al principio no sucedió nada.

—En cualquier momento —dijo mientras los hombres empezaban a rodearlos.

Ella lo miró parpadeando.

—Claro...

Harte estuvo a punto de tropezar cuando los hombres que los perseguían parecieron detenerse en seco. Estrella dejó escapar un aliento tembloroso. Juntos se abrieron paso entre los hombres y salieron por las puertas delanteras del hotel. Había tenido razón: coches de policía e hileras de oficiales en trajes oscuros se encontraban justo delante del hotel, esperándolos.

La tormenta que había estado amenazando con estallar toda la noche se había desatado, y las frías gotas de lluvia, suspendidas en plena caída, eran como agujas afiladas sobre el rostro de Harte mientras corría alejándose del hotel junto a Estrella. Un relámpago iluminó el cielo más arriba. Las brillantes bifurcaciones de las descargas eléctricas, heladas como las grietas de un estanque escarchado.

A su lado, Estrella contuvo el aliento tropezándose y a punto de hacerlo caer junto a ella. Pero él consiguió evitarlo justo a tiempo.

—¿Estrella?

—No puedo... —dijo apretando los dientes—. Es demasiado. —Intentaba alejarse de él.

Entonces Harte notó que allí donde se unían sus manos, diminutas volutas de energía, como miniaturas de los relámpagos suspendidos en el cielo, las envolvían serpenteando, enlazándolas. Pero no estaban detenidas en el tiempo como todo lo que los rodeaba. Aquella energía estaba viva... Ardiente y peligrosa, trepó a lo largo de su brazo. La voz en el interior de Harte aulló victoriosa.

—Estamos demasiado cerca —dijo él, mirando lo que sucedía con una especie de horror mudo. Aún podían ver el hotel. La policía seguía siendo una amenaza. Todo lo que habían arriesgado, lo que habían hecho para escapar, habría sido en vano si no se apartaban—. Necesito que resistas unos minutos más.

Estrella tenía el rostro desencajado por el esfuerzo.

—Es como el fuego. —Pero asintió y, sin vacilar ni pedir permiso, Harte la levantó sobre los hombros, como si fuera un bombero, y se abrió paso a través del tráfico completamente inmóvil. Ignoró los fríos pinchazos de las gotas. El poder que albergaba en su interior volvió a aflorar, latiendo satisfecho, pero hizo acopio de todas sus fuerzas y lo empujó hacia abajo.

Apenas había cruzado la calle, justo como para quedar fuera del campo de visión del hotel, cuando Estrella soltó un jadeo y el mundo a su alrededor se puso en marcha de nuevo. Arriba, el cielo se oscureció, y un momento después un trueno resonó sobre el golpeteo constante de las gotas de lluvia. Harte corrió a resguardarse en un portal y apoyó a Estrella sobre el suelo.

—¿Lo hemos conseguido? —susurró ella.

—Sí —respondió, apartando el cabello de su rostro—. Lo hemos logrado. Pero tenemos que seguir adelante. Necesito que me ayudes. Tendrás que caminar.

Pero ella no lo escuchaba. Tenía la mirada vidriosa y desenfocada mientras observaba hacia arriba, al cielo nocturno.

—¿Ves eso? Es como si la oscuridad engullera al mundo.

Harte no se molestó en levantar la vista. Su atención estaba puesta en ella. Los ojos de Estrella se cerraron tras un veloz parpadeo y sus miembros quedaron inertes.

UN DESAFÍO INESPERADO

1904, St. Louis

Ruth esperó bajo el resguardo de la carreta cervecera, frente al hotel Jefferson, observando por si veía alguna señal de lo que sucedía dentro. A lo largo de la calle que bordeaba la entrada, las formas oscuras de los coches policiales le bloqueaban la vista de la puerta principal. Tenía más Antistasi apostados en las otras entradas por si acaso.

No sabía qué esperaba. Desde el inicio de la leyenda de la Ladrona del Diablo tras el accidente ferroviario dos años antes, Ruth siempre había supuesto que se trataba de una mentira perpetuada por la Orden y otras Hermandades Ocultistas para suscitar indignación contra los suyos. Nunca llegó a creerse que una chica, una simple *chica*, pudiera hacer lo que denunciaban las noticias. Lo cual no había impedido que ella y los otros líderes Antistasi reivindicaran a la Ladrona del Diablo como una de los suyos, o utilizaran su nombre para unificar su causa.

En todo el país había enclaves de mageus que tenían vidas tranquilas. Pero cuando se promulgó la Ley de Defensa Contra la Magia, algo cambió. Todas aquellas personas ordinarias que hasta ese momento se habían limitado a vivir sus vidas de una forma tranquila, feliz y común de pronto advirtieron que jamás habían estado a salvo. Empezaron a depositar su esperanza en la Ladrona para cambiar el futuro, y grupos como el de Ruth habían estado más que dispuestos a alimentar sus esperanzas.

Cuando se habían llevado a cabo otras hazañas, pequeñas y grandes, a lo largo del país, Ruth siempre había supuesto que las personas que decían hacerlas en nombre de la Ladrona del Diablo eran, en realidad, un grupo de Antistasi como el suyo. Jamás creyó que la propia chica pudiera estar involucrada. La Ladrona del Diablo no era más que un mito, una heroína popular como Paul Bunyan o John Henry. Era posible que alguna vez hubiera sido una chica real, pero la Ladrona se había convertido en algo mucho más grande que una simple persona. Se había convertido en un ideal. En una vocación.

Pero luego, aquella noche en el teatro, North había visto a la chica, aquella cuyo rostro aparecía en los periódicos de todo el país, y Ruth tuvo que aceptar la posibilidad de que había estado equivocada. También tuvo que enfrentar la posibilidad de que desafiaran su propio poder en St. Louis. Después de todo, era más fácil domar historias que corazones reales.

No tenía idea de quién era aquella chica ni de lo que buscaba. Ni siquiera sabía si *era* la Ladrona, pero lo cierto era que la tanto la policía como la Guardia estaban ocupándose de ella como si realmente lo fuera. En el mejor de los casos, su presencia era una distracción menor. En el peor, existía la posibilidad de que hubiera venido a la ciudad para hacerse con su control. Ruth había trabajado demasiado duro, planeado demasiado, para permitirlo.

De todas formas, no convenía que la atraparan en aquel momento. Si lo hacían, el espectro de la Ladrona del Diablo dejaría de servir como escudo protector contra cualquier tipo de represalia que los Antistasi del bando de Ruth pudieran sufrir. Había demasiado en juego. Por eso había traído a su gente al Jefferson. Crearían una distracción para que la chica escapara y, en lo posible, la trajeran ante Ruth. Como competidora, podía ser un problema, pero como aliada, o mejor, como *subordinada*... Pues la idea no dejaba de ser atractiva.

Ya había pasado demasiado tiempo. Con North y su reloj, el tiempo era flexible, pero la espera

seguía siendo interminable. Mientras su gente estuviera dentro, se preocuparía.

Pero sus temores llegaron rápido a su fin. El destello de un relámpago trazó un arco brillante en el cielo, iluminando la calle y la fachada del hotel, y antes de que se desencadenara el trueno, apareció una pareja de la nada. Ruth entrecerró los ojos a través de la lluvia para ver que el más alto de los dos levantaba a la otra figura y corría. Sintió el golpe de magia tibia filtrarse a través del aire, excepcionalmente intensa. Imposiblemente pura. Ruth jamás había sentido *semejante* poder en toda su vida.

Un instante después cuatro figuras enmascaradas con vestidos de noche aparecieron justo fuera del haz de luz de la farola más cercana. Corrieron hacia el coche y se metieron antes de que cualquiera pudiera verlos. La puerta trasera se cerró, y una ventanilla se deslizó para abrirse cerca del pescante del cochero.

—¿Habéis tenido alguna dificultad? —preguntó Ruth, escudriñando dentro de la oscuridad de la plataforma cubierta del coche. North ya se había quitado la máscara y se despojaba del oscuro traje.

—Ni una —le dijo—. Los dispositivos de Maggie han funcionado a las mil maravillas.

—Suelen hacerlo —respondió. Una chispa del orgullo que sentía por su hermana menor se encendió dentro de ella.

—No encontramos a la Ladrona. ¿Crees que haya conseguido escapar? —preguntó Maggie, quitándose su propia máscara. Siempre resultaba impactante ver a su hermana vestida de escarlata cuando Ruth estaba acostumbrada a verla con colores menos llamativos. Por la mirada de anhelo en los ojos de North, Ruth sospechó que sentía lo mismo.

Se giró y miró en dirección al lugar donde las dos personas habían aparecido entre la lluvia.

—Creo que sí —les dijo—. Pero North tenía razón. No está sola.

—¿Quieres que los siga? —preguntó él.

Ruth evaluó su propuesta... y la expresión preocupada de Maggie al escucharla. Con el poder que evidentemente tenía la Ladrona, podría ser beneficioso tenerla de su lado; pero sabía que, si Maggie se preocupaba por North, no podría concentrarse en terminar el suero, un trabajo que era importante finalizar. Con o sin Ladrona, se les estaba acabando el tiempo.

—Tenemos espías por toda la ciudad. Si vuelven a aparecer o a causar problemas, nos enteraremos. Por ahora, os necesito cerca.

RESPONSABILIDADES

1902, Nueva York

Mientras el tranvía avanzaba tambaleante hacia la calle 52, donde vivían su tío y su familia, Cela no pudo impedir que se le quebrara la voz al hablarle a Jianyu sobre el asesinato de Abe en su propia casa. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas mientras explicaba que el taller del teatro que había sido su orgullo, su santuario, se había convertido en su prisión.

—Sabía que estabas allí —dijo él.

—Te oí —asintió ella—, pero no sabía quién eras. Tras la noche que había vivido... Luego te referiste a Darrigan, y no me pareció prudente aparecer, no después de todo lo que había ocurrido.

—Es comprensible tras lo que le pasó a tu hermano y a tu hogar —dijo Jianyu sin más, un reconocimiento que Cela no terminó de comprender.

—No te he dicho nada sobre mi hogar —señaló. De pronto, sintió un malestar en el estómago, como si hubiera tragado plomo fundido.

—¿Acaso no te has enterado? —Su expresión vaciló—. Cuando fui a buscarte, el edificio estaba en llamas.

Incluso sentada como estaba, esta vez fue ella quien sintió que la cabeza le empezaba a girar, y él quien trató de calmarla. Aquella casa había sido el orgullo y la alegría de su padre. Había sido su marca en el mundo, y si Jianyu estaba en lo cierto, había desaparecido. Así como su hermano. Como todo lo que había querido. Todo en una única noche.

Un puñado de espinas brotó de la hiedra que ceñía su corazón. Cela sintió una opresión en el pecho, como si le faltara el aire.

¿Ya han pasado dos días?

Se apartó del consuelo de la mano de Jianyu sobre la suya.

Él la soltó, pero sus ojos se estrecharon pensativos.

—¿Qué? —preguntó Cela. Tenía el alma en carne viva y sollozaba por las pérdidas que se acumulaban una tras otra.

—Harte Darrigan mintió acerca de muchas cosas, pero no acerca de ti —le dijo con suavidad—. Eligió bien.

—Pues tendría que haber elegido a otra persona —le dijo, sin poder impedir que la amargura se colara en su voz.

Jianyu soltó un aliento irregular, un suspiro que Cela interpretó como una concesión. Viajaron en silencio un rato más, pero finalmente él se volvió a girar hacia ella.

—¿La madre de Darrigan? —preguntó con delicadeza—. Me contó que la había dejado bajo tu cuidado. ¿No estaba en la casa?

—Murió antes de que me marchara —le aseguró. *Antes del incendio.*

—¿Quién mató a tu hermano?

—Esperaba que tú lo supieras —replicó—. Estaba en el sótano cuando sucedió. Oí el disparo, y hui. Ni siquiera sé *por qué* lo hice. Es como si no me hubiera podido detener. Abandoné a Abe. Lo abandoné como una cobarde.

Su voz quedó atrapada en la garganta, y el recuerdo de su hermano —sus ojos sonrientes y sus

rasgos vigorosos tan parecidos a los de su padre— amenazaron con desbordarla. Amenazaron con derribarla al suelo de tal forma que jamás podría volver a levantarse.

—Estás lejos de ser una cobarde, Cela Johnson. —Jianyu extendió la mano y le enjugó las lágrimas de las mejillas. Fue un gesto extrañamente íntimo, una libertad que no tenía ningún derecho de tomarse con ella. Pero Cela no se lo impidió. Simplemente, aceptó su consuelo como el don que sabía que había sido su intención.

—Es a causa de Darrigan, ¿verdad? Todo lo que me ha pasado... a Abe... es todo porque acogí a su madre y acepté aquel maldito anillo como forma de pago.

—No puedo estar seguro de ello, pero... —Inclinó la cabeza, haciendo una mueca de dolor ante el movimiento.

—Es el motivo por el que Evelyn me encerró en mi taller. Quería el anillo que Darrigan me dejó —le dijo. Aún no comprendía cómo se las había ingeniado aquella estúpida para sacarlo del dobladillo de su falda, o por qué ella lo había cedido sin resistencia alguna.

—¿Aún lo tienes? —preguntó Jianyu, atravesándola con la mirada, con la voz repentinamente urgente—. ¿Evelyn se llevó el anillo?

—Tuvo que habérselo llevado —respondió.

—No...

—En buena hora. Ese maldito objeto no ha hecho más que traerme mala suerte.

Jianyu empalideció. Antes su piel había tenido un matiz dorado, pero en aquel momento su rostro estaba completamente lívido.

—Traerá una suerte aún peor si no lo recuperamos.

—¿Recuperamos? No es algo que vayamos a hacer juntos —le dijo. El tranvía se acercaba al bordillo, y Cela no continuaría aquel viaje—. Esta es mi parada. Iré a buscar a mi familia, que Dios los ayude, y tú puedes ir adonde quieras, pero no quiero tener nada que ver con ese anillo, ni con Harte Darrigan, ni con nada más. Yo te he liberado a ti, y tú me has liberado a mí, así que podemos decir que estamos en paz y seguir cada uno su camino.

Jianyu frunció el ceño, pero no discutió.

—No puedo decir que haya sido un placer, pero fue interesante. —Extendió la mano—. Que Dios te acompañe, porque solo el Señor sabe que, si vas tras ese anillo, vas a necesitar toda la protección que pueda darte.

Jianyu aceptó su mano, pero su piel apenas había tocado la suya antes de que ella registrara lo fría que estaba, demasiado fría; luego el chico se derrumbó como si la vida lo hubiera abandonado por completo. Solo los rápidos reflejos de Cela pudieron impedir que se golpeará la cabeza por segunda vez.

No se había dado cuenta de que estaba en tan mal estado. Tan solo un momento atrás parecía que estaba bien. Pero no era su responsabilidad. Cela acomodó a Jianyu sobre el asiento de nuevo y empezó a alejarse. Solo había avanzado cuatro pasos cuando se dio la vuelta de nuevo.

No podía dejarlo allí. *Debía* hacerlo, pero no podía.

Con un suspiro, sacudió a Jianyu hasta que recuperó la conciencia, solo lo bastante para que se incorporara. Incluso entonces tuvo que soportar su peso, acomodando su brazo sobre su propio hombro, para hacerlo avanzar por el pasillo y bajar del tranvía, disculpándose ante quienes observaban con expresiones de evidente reprobación mientras intentaba avanzar. Una vez fuera, Cela se tomó un momento para recomponerse. Jianyu apenas estaba consciente, pero por lo menos estaba de pie.

—Vamos —le dijo, internándose aún más en el vecindario—. Iremos a buscar un lugar para que

descanses antes de que te vuelvas a desmayar.

No le hizo ninguna gracia tener que acudir a su familia. Si en el pasado su tío Desmond y sus vástagos ya la habían mirado con desaprobación, solo podía imaginar lo que harían cuando apareciera ante su puerta, sin techo, de duelo, y con un chino medio muerto a cuestas.

OPORTUNIDADES PERDIDAS

1904, St. Louis

El interior del hotel Jefferson era una locura. Jack no había dado ni tres pasos dentro del vestíbulo cuando se detuvo en seco. Había oficiales de trajes oscuros por todas partes. Algunos de ellos estaban hablando con varios grupos de personas vestidas con sus mejores galas: las mujeres, envueltas en satén, cargadas de joyas, y los hombres con esmóquines de corte impecable que habrían despertado la envidia incluso de un Vanderbilt, mientras que otros habían creado un perímetro alrededor del recinto y observaban a todo aquel recién llegado con ojos suspicaces.

—No está permitida la entrada al edificio en este momento —vociferó uno de los oficiales a Jack; la voz del hombre fue suficiente para llamar su atención. Y la morfina que acababa de ingerir alcanzó para que no le importara ni lo más mínimo: pasó junto al hombre sin siquiera molestarse en protestar.

El hombre lo cogió del brazo y lo obligó a volverse rápidamente.

—He dicho que no puede...

—Me han enviado aquí —dijo, interrumpiéndolo.

—¿Quién? —dijo una voz detrás del oficial.

—¿Supongo que el inspector Matson? —respondió Jack, tirando del brazo para zafarse. Extendió la mano a modo de saludo.

El inspector era un hombre bajo, robusto, con los ojos de un halcón.

—Un placer conocerlo al fin, señor Grew —dijo el hombre sacudiendo la mano de Jack—. Pero me temo que ha sido un pérdida de tiempo.

Las palabras del hombre enfriaron algo del cálido bienestar de la morfina que fluía por sus venas.

—Usted dijo que estaban aquí —dijo Jack, afiladamente.

—Así, es, pero se han marchado —respondió el inspector.

—Se han marchado. —Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago—. No pueden haberse marchado. ¿Acaso no tiene hombres en todas las salidas?

—En todas, incluidas la principal y la de servicio. No han salido por ninguna de ellas.

—Entonces, tienen que estar aquí —dijo Jack, intentando mantener su tono de voz bajo control—. ¿Han registrado todo el hotel?

—No hace falta hacerlo —respondió Mason.

Jack podía sentir claramente las pulsaciones de la vena en su cuello. Incluso si la morfina amortiguaba el ruido y la confusión del vestíbulo, las palabras del inspector encendieron su cólera.

—¿Por qué diablos no?

—¿Qué sentido tenía? Los hemos visto desaparecer —respondió—. Maldita sea, la mitad de las fuerzas lo ha visto. Hace apenas cinco minutos. —El inspector señaló hacia un punto a no más de veinte metros de la puerta de entrada—. Los teníamos rodeados, todas las salidas bloqueadas. Un minuto estaban allí y, luego, al siguiente habían desaparecido, como si nada. Como si fueran fantasmas.

Yo tenía razón. Se rieron a mis espaldas y me llamaron idiota, pero yo tenía razón.

—Claro que yo no creo en fantasmas —explicó el inspector—. Por eso he llamado a la Guardia.

—¿A la Guardia? —Jack sintió que el mundo se estrechaba a su alrededor hasta que solo pudo concentrarse en una sola cosa.

—La Guardia de Jefferson. Ellos se ocupan de cualquier problema que tengamos por aquí con la magia ilegal.

—Pero no se han ocupado de este —dijo Jack sombríamente—. Esto es inaceptable, inspector Matson. Usted me aseguró que podía resguardar la zona para la llegada de Roosevelt.

El inspector se enfureció; sus gruesas quijadas empezaron a temblar y sus mejillas se enrojecieron.

—Confío absolutamente en nuestro equipo y le garantizo que la seguridad está organizada y que será efectiva para cuando llegue el presidente. Oye, Hendricks, ven aquí —llamó.

Al otro lado del recinto, un hombre rubicundo con la frente alta y una melena de cabello color miel alzó la cabeza.

—Acabo en un segundo.

—Acabas ahora mismo —espetó el inspector, de un modo lo suficiente agresivo como para atraer la atención de toda la sala. Se volvió hacia Jack y resopló irritado—. La Guardia cree que, porque el consejo de la ciudad les ha dado vía libre, tienen algún tipo de importancia, pero siguen siendo tan solo *amateurs*.

»Hendricks, te presento al señor Jack Grew —dijo el inspector cuando el otro hombre se acercó a ellos—. Ha venido para ayudar a preparar la visita del presidente a la gala. Estaba asegurándole que lo tenemos todo bajo control.

Hendricks mantuvo las manos detrás de la espalda y el mentón en alto. De cerca, era más joven de lo que Jack esperaba. No podía tener más de veinte años, pero los recios hombros y sus enérgicos rasgos hicieron que Jack inflara el pecho un poco más.

—Hendricks es un coronel de la Guardia —explicó el inspector—. Puede explicarle todos nuestros planes. Dejo al señor Grew con usted, ¿de acuerdo, coronel?

—Sí, señor —respondió el tipo; su expresión no se alteró en absoluto.

—Bien, entonces, estará en buenas manos. —Dio a Jack una fuerte palmada en el brazo y se alejó para buscar a otro de sus oficiales.

—¿Tiene preguntas sobre nuestras medidas de seguridad? —preguntó Hendricks.

—Esta Guardia... ¿qué es? —preguntó Jack.

—La Guardia de Jefferson se encarga de proteger a St. Louis de la magia ilegal —dijo el coronel, recitando las palabras como de memoria.

—¿Y qué conlleva eso exactamente? —preguntó, mirando al hombre de arriba abajo.

—Hacemos lo que no puede hacer la policía regular. —La mirada del coronel estaba desprovista de cualquier emoción al encontrarse con la suya—. Empleamos un conjunto específico de habilidades y herramientas para perseguir a los *mageus* que se niegan a asimilarse como miembros productivos de la sociedad.

Incluso aturdido por la morfina que opacaba la luz y el ruido a su alrededor, Jack sintió que sus sentidos se alertaban.

—¿En serio? ¿Persiguen *mageus*?

Hendricks asintió.

—Los devolvemos a las alcantarillas y a los calabozos, que es el lugar al que pertenecen. Eliminamos el peligro que suponen para la verdadera sociedad.

—Excelente —dijo Jack, llevando la mano hacia el tarro de pastillas de morfina—. Absolutamente excepcional.

**PARTE
III**

1902, Nueva York

Las varillas del corsé nuevo se hundían en la suave carne de su cadera, pero no había nada que Viola pudiera hacer para ajustarlo, al menos, no mientras el *scagnozzo* de su hermano la retuviera por el brazo. Y tampoco mientras estuviera representando el papel de una dama. Habían pasado cuatro días desde que había aceptado la paliza de su hermano como precio por tener acceso a su protección. En cuatro días, el corte del labio había sanado lo suficiente para estar presentable en público. En aquellos cuatro días, había aguardado el momento propicio y hecho todo lo que su hermano le había pedido, por más ofensivo que fuera. Representó el papel de la hermana sumisa y arrepentida, aunque manteniendo los ojos y oídos bien abiertos, y empezando a trazar sus propios planes.

El *maître* miró su registro, buscando su reserva. De vez en cuando, levantaba la cabeza para observar a Viola y su acompañante con una mirada de sospecha, como si supiera que ambos estaban completamente fuera de lugar en un sitio como aquel. Cuanto más tiempo permanecía allí de pie, más observada se sentía por la gente. Deseó que aquel idiota estirado se apresurara. Estaba deseando poner una mesa de distancia entre ella y su acompañante aquella noche. Ya se había mostrado demasiado atrevido con la mirada... y con las manos.

Paul no la engañaba en lo más mínimo al disponer todo aquello solo para que ella pudiera deshacerse de un estúpido periodista por petición de un *amigo importante*. Había cientos de formas de matar a un hombre, incluso más, y ni uno requería un vestido elegante, con un escote de tal calibre y tan ceñido como para que le faltara el aire. Ni requerían que cenara en un selecto restaurante junto a John Torrio, el hombre al que todos los Five Points llamaban el Zorro. No, su hermano había dispuesto todo aquello porque aún no confiaba en ella. Torrio, o John, como se había presentado, no era más que un niño, aunque dudó que le agradara ser considerado de tal forma. Solo estaba allí para vigilarla y asegurarse de que hiciera lo que Paul le había pedido.

¿Y qué si una dama necesitaba un acompañante para cenar en un restaurante como Delmonico's? Matar a un hombre en medio de un establecimiento atestado de gente era una tontería. Podría haberlo matado en la calle con la misma facilidad.

Pero Paul no quería que asesinara a aquel tal Reynolds de una manera expeditiva. Su hermano quería transmitir un mensaje. Ante tantos testigos, Viola se vería obligada a emplear su afinidad y, al hacerlo, tendría que romper la promesa que se había hecho años atrás. Mientras pudiera ver bien al hombre, no tendría ningún problema en hacer que pareciera que había muerto de forma natural, sin un ataque evidente; sería imposible que cualquiera de los presentes considerara su muerte como algo más que un trágico infortunio. El amigo de Paul se libraría de aquel pequeño problema en un santiamén, y el alma de Viola llevaría una mancha oscura más que jamás podría borrarse.

Aun así, el acto no requería un restaurante elegante. Viola sabía exactamente lo que se proponía Paul. No era ninguna casualidad que hubiera enviado a Torrio con ella: su hermano estaba intentando buscarle pareja. Su plan para casarla era lo que finalmente la había obligado a marcharse cuando lo hizo. Tras haber vuelto al seno del control familiar, estaba poniéndola a prueba. En aquel momento, el gestor con el que había tratado de esposarla la última vez casi

que con total seguridad ya estaría muerto; así que solo tenía sentido que su hermano intentara encadenarla al hombre que había estado preparando para que fuera su segundo al mando: de ese modo tendría a *ambos* bajo control.

Por el rabillo del ojo, Viola estudió a Torrio mientras los conducían a su mesa. No tenía mal aspecto: era un chico alto y llamativo de las afueras de Nápoles, con los ojos oscuros y el cabello negro peinado hacia atrás. No tenía la típica curvatura de la nariz que solían tener la mayoría de los miembros de una banda, como una medalla al mérito. Pero incluso vestido con un esmoquin, carecía del refinamiento de Paul. Torrio seguía pareciendo un muchacho de la calle.

Y como todos los hombres, caminaba por el mundo como si lo que tuviera entre las piernas fuera suficiente como para convertirlo en rey. *Pero vamos*, pensó, observándolo gritar órdenes a los camareros, que se apresuraban por hacer todo lo que les pedía, *quizá lo sea*.

Fue una cena interminable. Viola intentó adoptar un gesto que esperaba que fuera más cordial que amenazante mientras su acompañante hablaba sin parar sobre sus logros, pero terminó agotada. El chico no dejó de fanfarronear durante los primeros dos platos, hablando con la boca llena. Cuando llegaron los bistecs, enormes trozos de carne aderezados con mantequilla con hierbas y crema de espinaca, Torrio dejó de hablar al fin afortunadamente.

Era mejor que se concentrara en el bistec a que siguiera creyendo que tenía alguna posibilidad con ella. Los hombres nunca se tomaban bien una noticia como aquella; y no podía permitirse el lujo de matar o mutilar al tipo con el que se suponía que convencería a Paul de que podía confiar en ella. Él y Nibsy estaban planeando algo, y ganarse la confianza de su hermano era el primer paso para descubrir qué era.

Viola se retorció en su asiento fingiendo que se comía su bistec sanguinolento y las ostras gelatinosas. Odiaba la situación en la que se encontraba. La comida le resultaba demasiado pesada, junto con el resto del restaurante. Ella siempre había elegido lo conocido: primero, la comida de su madre y, luego, el Strega, donde había trabajado detrás de la barra, sirviendo a la gente de su propia clase y posición social. Jamás había ido mucho más allá de las calles del Bowery, ni siquiera cuando había dejado atrás a su familia. Pero a su alrededor el comedor estaba repleto de manteles de lino blanco y cristal reluciente, luces de velas y cubertería brillante. Delmonico's, con sus opulentos oropeles, era evidencia de lo grande que era la brecha entre lo que ella era y lo que ostentaba el resto del mundo.

Y los comensales... Los hombres, que podían llamar a un camarero con una sola mirada en lugar de con las ásperas órdenes proferidas por Torrio, y las damas, con sus preciosos modales y sus voces aniñadas y cantarinas, servían para recordarle a Viola *quién* era exactamente y quién no sería jamás. Los odiaba a todos casi tanto como odiaba el corsé de cuerpo entero que le cortaba la piel y los volantes ondulados en los hombros que inmovilizaban sus brazos a los lados.

Lo peor era que, cuanto más tiempo permanecían sentados, más empezaba a pensar que había sido una velada inútil. Paul había confiado en la información suministrada por su red de camareros y cocineros en cuanto a que R. A. Reynolds cenaba en Delmonico's los jueves por la noche a las siete y media. Siempre se sentaba en la misma mesa, el reservado de un rincón. Paul lo había preparado todo para que Viola y Torrio se sentaran en una mesa al otro lado del salón, donde pudieran ver bien el reservado.

Pero las siete y media habían llegado y se habían ido, sin rastros de R. A. Reynolds ni de ningún otro. Todo el asunto había sido una pérdida absoluta de tiempo. Torrio apuró otro vaso del carísimo whisky que Paul estaba pagando y cortó enormes trozos de bistec para engullir mientras Viola movía la comida en el plato y contaba los minutos para poder regresar a casa y quitarse

aquel ridículo vestido.

Eran cerca de las ocho cuando estalló un frenesí de actividad detrás de ellos. Viola se dio la vuelta para mirar y vio que una pareja joven acababa de entrar. No eran mucho mayores que ella, pero evidentemente eran populares. La chica especialmente parecía conocer a casi todos: se detuvo y conversó en prácticamente todas las mesas por las que pasaron.

En un océano de vestidos suntuosos, la chica sobresalía como un pavo real entre palomas. Llevaba un traje que parecía —incluso para Viola, que sabía muy poco de aquellas cosas triviales— carísimo. Quedaba perfectamente entallado en su pequeña silueta, y el color, un rosa pálido que combinaba con el rubor de sus mejillas, en alguien con menos seguridad habría resultado ridículamente frívolo. En cambio, el tinte rosáceo no hacía más que realzar el resplandor de su tez cremosa y el fleco oscuro de pestañas alrededor de sus ojos.

Esbelta y delicada como un junco, era evidente que las puntas relucientes de sus dedos no habían visto jamás un día de trabajo. Su cabello rubio tenía tan solo un ligero toque cobrizo donde lo alcanzaba la luz de las velas, y la grácil columna de su cuello estaba rodeada de un simple collar de perlas que descansaba contra la frágil muesca en la base de su garganta.

En aquel lugar su piel sería suave, frágil y fragante con su esencia. Lirios, quizá... o rosas... algo floral y rosado como ella.

Advirtiendo hacia dónde apuntaban sus pensamientos, Viola sintió las mejillas repentinamente ardientes. Había estado mirando a la joven abiertamente. Le echó un vistazo a Torrio para asegurarse de que no lo hubiera advertido, pero este seguía engullendo patatas a toda prisa. Segura de que no le prestaba atención, se permitió mirar una vez más a la chica. Justo cuando levantó la mirada, los ojos de ella fueron a su encuentro: azul oscuro, el color del océano en medio del Atlántico, e igual de peligrosos.

Viola apartó la mirada. Una oleada de vergüenza la embargó: solo habían pasado dos semanas desde que había perdido a Tilly, y ahí estaba, distraída con tanta facilidad por una chica cuyo aliento exudaba una riqueza que ella ni siquiera podría empezar a imaginar. ¿Y distraerse *aquí*, justamente, cuando era evidente que el acompañante asignado por su hermano no dejaba de observarla?

Merda. Si Paul se entera...

Sabía exactamente lo que sucedería si Paul se enteraba. Se aseguraría de que Viola se casara o muriera, porque todo el mundo sabía que ya tenía el alma demasiado negra para el convento.

Pero Torrio no había notado la entrada de la pareja ni la dirección de los pensamientos de Viola. Cuando le hizo una seña al camarero para que trajera otra bebida más, ella no pudo evitarlo: se arriesgó a mirar de nuevo a la chica justo a tiempo para ver cómo el maître apartaba una cortina y abría un reservado privado, el compartimiento de Reynolds, permitiendo entrar a la pareja. La chica ya había desaparecido tras las cortinas de terciopelo, pero su acompañante se había detenido para hablar con el maître.

Viola no se permitió preguntarse por la desazón que había sentido al perder a la joven de vista. Estaba concentrada en su acompañante: R. A. Reynolds, el hombre que se suponía que debía matar.

Recurriendo a su afinidad, la lanzó hacia delante, buscando la conexión con R. A. Reynolds a través del salón. La halló con facilidad, el pulso del corazón, regular como el *tic-tac* de un reloj, latiendo casi al compás del suyo.

Podía hacerlo. Sería realmente fácil reducir el flujo de la sangre, convocar a aquella parte viva de él y darle una orden, *detenerla*.

¿Por qué habría de importarle que Reynolds fuera tan joven?

¿Por qué habría de importarle que mirara al maître a los ojos al hablarle... como si fueran viejos amigos? ¿O que la chica del reservado tuviera que observar a su acompañante desplomándose sobre el suelo y quedar hecho una pila inerte?

No debía importarle. *No* le importaba.

¿Quién era el tal Reynolds para ella? Un *pezzo grosso*. Un chico rico que vivía del dinero y el nombre de su padre, que jamás había trabajado, jamás se había esclavizado ni un día de su vida. Sus manos no tendrían callos bajo los guantes que llevaba; su estómago jamás habría conocido el dolor lacerante del hambre real. Había demasiada gente como él, cada uno de ellos menos importante que el anterior. El mundo no lo echaría de menos.

De todas formas, Viola dudó.

Había matado muchas veces, y no cabía duda de que su alma ya estaba manchada más allá de lo imaginable por la sangre de sus víctimas. No *debía* importarle.

Continuó mirando la cortina de terciopelo del reservado mucho después de que el hombre hubiera desaparecido tras ellas y se hubiera aflojado la conexión que había tenido con los rítmicos latidos de su corazón.

Torrio le dio un empujón con el pie bajo la mesa.

—Son ellos, ¿verdad? —preguntó—. ¿Por qué no...? —Agitó el dedo delante de ella.

Sí... ¿por qué no lo he hecho? Viola advirtió que Torrio la miraba; sus ojos oscuros, alertas y desconfiados. Acababa de hacer exactamente lo que Paul había temido: perder la oportunidad de matar a Reynolds cuando tendría que haberlo hecho. En aquel momento ya se encontraba detrás de la cortina de terciopelo, oculto a su vista y fuera del alcance de su afinidad.

—Paul no me dijo que Reynolds cenaría con otra persona —le dijo, intentando recomponerse. Era una débil excusa, y advirtió por la mirada de Torrio que sospechaba lo que había sucedido—. Me he distraído por la presencia de su acompañante.

—¿La chica? —El joven entretejió las cejas.

—Es una testigo —señaló Viola, sabiendo que se trataba de una excusa ridícula. ¿Una testigo de qué? No era como que su magia pudiera verse.

—Entonces máatala también a ella —replicó él encogiendo los hombros—. ¿Qué te importa?

—Me tiene sin cuidado —mintió—. Pero a Paul quizá le importe. No sabemos quién es. ¿Y si es la hija de alguien importante? Matar a la persona equivocada podría acarrearle muchos problemas.

—Traerá más problemas si no te ocupas de la persona *correcta*. Lo tenías directamente en frente.

—No es tan sencillo.

Frunció el ceño como si pudiera advertir perfectamente que estaba mintiendo, y por un momento Viola se preguntó si sabía lo que había estado pensando... si comprendía el verdadero motivo por el que había vacilado.

Torrio se inclinó hacia delante, los codos sobre la mesa y la expresión amenazante.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Esperamos? —sugirió Viola, aunque lo último que quería era pasar otro minuto más sentada con Torrio en aquel restaurante opresivo—. Quizá la chica se marche. O quizá lo mejor sería que nos fuéramos.

—¿Quieres irte? —Las cejas del muchacho se alzaron a toda velocidad—. Eso no va a suceder. Tenemos que hacer esto hoy mismo. Podemos hacerlo a tu manera y darle una satisfacción a tu

hermano, o hacerlo a la mía, y luego tener que lidiar con Paul —le dijo bruscamente.

—No —dijo ella, dando marcha atrás. Sabía perfectamente lo que estaba en riesgo si Paul quedaba insatisfecho—. Solo quería decir que podemos esperar y hacerlo fuera. No sabemos cuándo van a salir de ahí, y si nos quedamos aquí mucho tiempo más llamaremos la atención.

Torrio frunció el ceño.

—Esperaremos un rato más. —Luego le ladró a un camarero que pasaba para que le trajera otro trago, y mientras lo esperaba, la estudió desde el otro lado de la mesa. Durante la mayor parte de la comida se había dedicado a ignorarla, pero en aquel momento Viola podía sentir todo el peso de su agudeza. Vio exactamente por qué Paul había elegido a Torrio y por qué también era un estúpido por confiar en él. A ella le daba igual que las damas elegantes de la parte alta de la ciudad estimaran la suave piel del zorro... Viola sabía muy bien que los zorros no eran más que ratas grandes.

—Debe doler —dijo Torrio, recostándose hacia atrás en su silla.

Se suponía que el comentario era una trampa, pero Viola evitó caer en ella.

—Me refiero a volver a estar bajo el control de tu hermano.

—Sé lo que estás queriendo decir —dijo, mirándolo directamente a los ojos para que viera que no le impotaba lo más mínimo.

Una fugaz expresión de diversión cruzó su rostro, pero tratándose de Torrio solo dio la impresión de que tramaba algo.

—¿Cómo fue trabajar para el *zoppo*?

Viola sintió que la piel le ardía; luchó por impedir estallar de furia. Pero Torrio insistió.

—Me contaron que Dolph dejaba que lo llevaras como a un perro con cadena.

—¿Del mismo modo en el que Paul te lleva a ti? —replicó, manteniendo la voz monótona y lánguida.

Sus palabras dieron en el blanco. La boca de Torrio se torció en un gesto de desagrado absoluto.

—Al menos no permitiría que un muchacho se aprovechara de mí.

—¿Qué muchacho? —preguntó Viola.

—¿Acaso no lo sabes? —Torrio soltó una carcajada—. El que tenía el *occhiali*.

—¿Nibsy? —preguntó, y en cuanto pronunció su nombre fue como la primera vez que se cortó con el filo de Libitina. Al principio, no sintió nada. Luego la punzada de dolor empezó a palpar y doler. Lo mismo sentía en aquel momento: un entumecimiento, seguido por un dolor agudo y lacerante.

Pero tenía sentido... por la forma en la que Nibsy había tomado el poder del Strega cuando los demás habían estado demasiado aturcidos y desolados como para hacer otra cosa que no fuera sobrevivir un día más. Por la forma en la que había atacado a Estrella en el puente. *Por supuesto* que tuvo que ser Nibsy.

Dolph no podría haberlo sabido y, sin embargo, Viola no dudaba de que lo hubiera sospechado. Antes de la hazaña de Khafre Hall había estado incluso más cauto. Se había distanciado de ella, pero no había sido ella quien lo había traicionado. Si Torrio estaba diciendo la verdad, había sido Nibsy.

—Reconócelo, Viola. Elegiste al hombre equivocado para salir adelante. Dolph era tan débil como su pierna. O quizá no fuera solo su pierna lo que era débil, ¿verdad? —Se inclinó riendo hacia ella.

Perdiendo finalmente los estribos, Viola aferró el cuchillo de la carne, pero Torrio no lo notó. Otro asunto había llamado su atención, y le estaba indicando que mirara bruscamente con el

mentón.

—La chica se marcha.

La joven con el vestido color rosado acababa de salir del reservado.

—¿A dónde va? —preguntó Viola, cerrando la mano en un puño para no coger el cuchillo y darle lo que se merecía.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Pero esta es tu oportunidad —le dijo.

—¿Mi oportunidad para qué? Reynolds sigue detrás de las cortinas —replicó ella.

—Pues entonces tendrás que colocar tu bonito trasero detrás de las cortinas también —dijo, con una impaciencia evidente en su voz.

—¿Crees que nadie va a darse cuenta de que entro en un reservado y vuelvo a salir dejando a un hombre muerto allí? Eres un *pazzo*, Johnny. Estúpido y loco.

Torrio ignoró el apodo.

—Me han llamado cosas peores, *cara*. Es una pena que yo también sea quien esté a cargo de la situación en este momento. Crearé una distracción. Me aseguraré de que nadie te mire cuando te acerques al reservado de Reynolds.

—Es una idea terrible —dijo Viola a través de sus dientes apretados.

—No es una idea; es una orden. —John Torrio volvió a inclinarse sobre la mesa—. Salvo que quieras que le cuente a Paul que no vas a funcionar, no tienes opción al respecto. Ahora *ve*.

Viola no quería hacer otra cosa que escupirle. Pero estaba vestida como una dama, así que decidió interpretar aquel papel. Desplegando su afinidad, encontró el pulso lento del corazón de Torrio, y tiró de él, solo un poco. Este soltó un jadeo; Viola respondió a su aliento entrecortado con una sonrisa depredadora.

—Tenemos que dejar una cosa clara, Johnny. —Bajó la voz hasta que no fue más que el ronco ronroneo que sabía que agradaba a los hombres—. *Siempre* tengo opción. Por ejemplo, puedo elegir quitarte la vida ahora mismo, tu triste pantomima de hombre, pero no lo haré porque le hice una promesa a mi hermano, y he elegido a mi familia. Ahora, voy a hacer lo que me pides, pero no porque tenga que hacerlo. No porque me hables como si no fuera más que un perro. Me ocuparé de Reynolds porque ya me he cansado de estar mirando tu horrible rostro. Y una vez que todo esto acabe, iré a decirle a mi hermano que te mantenga lo más lejos posible de mí.

Con un susurro de sus faldas de seda, soltó el control de su vida y empezó a caminar hacia el reservado. Sabía que era un riesgo darle la espalda a una rata como Torrio, especialmente después de humillarlo. No era tan estúpida como para creer que no llevaba un revólver o que no era lo bastante demente como para dispararle allí mismo, delante de todo el mundo y del periodista al que tenían que matar, solo para probar su hombría. Pero incluso si tenía que degradarse para revolverse en los negocios sucios de su hermano, jamás se arrastraría. No para alguien tan patético como Johnny el Zorro.

Se tomó un poco de tiempo para abrirse paso entre las mesas cubiertas de blanco que relucían a la luz de las velas, impregnadas por el repugnante aroma a carne asada. Pero todos aquellos bistecs crudos solo provocaron que pensara en carne humana y en la vida que estaba a punto de arrebatar. En la promesa que se había hecho a sí misma y que estaba a punto de romper.

1904, St. Louis

Estrella luchó por volver a recuperar la conciencia, escalando a través de la nebulosa oscuridad que la había vencido. Lentamente advirtió el traqueteo de su asiento. Notó de forma imprecisa que no estaba sola. Tenía la cabeza amortiguada por un regazo tibio, y los dedos de alguien masajeaban su cabello con suavidad sobre las sienas. *Harte*.

No de nuevo...

Alejándolo de ella con un manotazo, hizo un esfuerzo por sentarse.

—Cuidado —dijo Harte cuando se tambaleó. Sus manos la sujetaron antes de que pudiera caer encima de él, pero ella se apartó. Diablos, podía sentarse muy bien sola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se frotaba los ojos. Parpadeó para ahuyentar los últimos rastros de oscuridad, haciendo un esfuerzo por aclarar la vista. Evocó los extraños sucesos que habían ocurrido en el salón de baile y la huida del hotel, pero lo último que recordaba era su visión desvaneciéndose tras una espesa neblina, profundamente oscura, y la sensación de que el mundo estallaba en mil pedazos. Y luego... nada.

—Te has desmayado —le dijo—. De nuevo. Pero no te preocupes. He conseguido que saliéramos a salvo mientras tú te echabas una pequeña siesta. —La liviandad de sus palabras no ocultó la preocupación de su voz—. Puedes darme las gracias luego.

Estrella se sintió irritada. No necesitaba su preocupación; tampoco la quería.

—En tus sueños —replicó, lanzándole una mirada hosca.

Pero él no le devolvió ninguna respuesta como había esperado que hiciera. Fuera del carruaje, los relámpagos restallaban, iluminando los planos del rostro de Harte y poniendo en evidencia la preocupación en su mirada. Un instante después, más lejos, se oyó el retumbar de truenos resonando en la distancia. Cuando el sonido se desvaneció, un silencio inquietante descendió sobre el carruaje.

—Por unos minutos, he creído que te había perdido —dijo Harte con suavidad.

—Estoy bien —respondió ella, restándole importancia a la emoción de su voz. No le confesó que por un momento también ella se había sentido perdida. Que la oscuridad tenía algo tan absoluto que había temido que si ganaba demasiado terreno, no habría vuelta atrás.

Le dirigió una mirada firme.

—Estás mintiendo.

La certeza de su voz la desarmó.

—Dejaré de hacerlo cuando tú lo hagas.

Estrella se aseguró de que Harte fuera el primero en apartar la vista.

—Toda esa gente en el salón de baile —señaló, poniendo a prueba el silencio que se había instalado entre ambos.

—¿Los Antistasi? —preguntó Harte con el ceño fruncido—. Si es quienes eran...

—Nunca había visto algo así —le dijo. Cuando la primea figura apareció, aquella vestida de rojo, había quedado asombrada. Pero a medida que el resto fue apareciendo, sintió que la emoción la embargaba por dentro de un modo que solo había sentido en alguna ocasión antes de robar un brillante o vaciar una caja fuerte.

—Son una maldita amenaza —dijo Harte oscuramente.

—¿Qué? —Se volvió hacia él, confundida—. Han sido *asombrosas*. La forma en la que han desafiado a la policía y a la Guardia.

—Estaban actuando —dijo con tono escéptico—. Ha sido un espectáculo.

Ella encogió los hombros.

—Pues al menos no estaban ocultando o disimulando quiénes eran.

—Estaban utilizando *tu* nombre —dijo.

Cruzó los brazos e intentó comprender cuál era su problema.

—Creía que ni siquiera te gustaba el nombre.

—Así es. Pero no se trata de que me guste o no —respondió. Era evidente que estaba frustrado—. Mira lo fácil que le ha resultado a Julien reconocerte, Estrella. ¿Y si los demás también te reconocen como la Ladrona del Diablo? Si estos Antistasi están utilizando tu nombre, significa que hay más gente buscándote. Toda nuestra misión se vuelve más peligrosa.

Tenía razón. Sabía que tenía razón y, sin embargo, ver a aquellas cuatro mujeres, fuertes, poderosas e *¿intrépidas?* Habían encendido una pequeña chispa dentro de ella. Hacía demasiado tiempo que huía y se escondía... toda su vida, ocultando qué y quién era. ¿Tener aquella libertad? No le importaría tener que abrazar el peligro que conllevaba.

—Pues creo que estos Antistasi, sean quienes sean, son admirables —dijo—. Si la magia es ilegal como nos ha contado Julien, por lo menos están intentando hacer algo al respecto.

—Eso es lo que me preocupa. —Harte parecía a punto de seguir, pero el carruaje redujo la velocidad—. Podemos discutir después —dijo, escudriñando a través de la ventanilla cuando el coche se detuvo con un traqueteo—. Hemos llegado, y no tengo dinero para pagar este taxi. Vamos a tener que huir... si te sientes capaz de hacerlo.

Estrella lo miró con desdén.

—Soy una *Ladrona*, ¿recuerdas? —Deslizó una cartera del bolsillo interior de su chaqueta que había robado.

—¿En el salón de baile? —preguntó.

—Imaginé que tarde o temprano lo necesitaríamos —le dijo, entregándole un par de billetes húmedos.

Mientras Harte le entregaba el dinero al cochero, asegurándose de que los olvidara, Estrella salió disparada hacia el saliente para resguardarse de la lluvia, y para probarle a Harte, y a sí misma, que podía hacerlo.

Los relámpagos eran más esporádicos, y la lluvia misma parecía estar mermando, pero para cuando llegó a donde ella se encontraba, apoyada contra un muro para recobrar el aliento, Harte se había mojado de todos modos. Cuando lo vio acercarse, se enderezó un poco para disimular lo temblorosas que sentía las piernas. Pero por la expresión de su rostro, Estrella supo que se había dado cuenta.

Su cabello se había desprendido del moño, y caía húmedo y sin forma alrededor de su rostro. Harte extendió la mano para apartar uno de los mechones empapados hacia atrás. Dejó que su mano ahuecara su mejilla. Por un instante ella olvidó lo irritada que había estado con él y se maravilló ante la tibieza de sus dedos. Pensó en cerrar la distancia entre ambos para demostrarle lo bien que estaba.

Un paso más y presionar sus labios contra los suyos sería muy fácil, dejarse llevar. Habían sucedido muchas cosas en los últimos dos días. Había cambiado tanto durante los dos últimos años. Estrella solo necesitaba un momento entre el tramo de su pasado y su futuro para dejar a un

lado todo lo que tenía por delante... para olvidar el sacrificio que tendría que realizar para asegurar que *ese* futuro, aquel en el que la magia era ilegal y los Guardias perseguían a los mageus, no fuera el que terminara perdurando.

Harte se apartó de ella, y la posibilidad que había surgido entre los dos se evaporó en el aire húmedo de la noche de verano.

—Necesitamos encontrar un lugar donde secarnos —le dijo, volviendo a meter las manos en los bolsillos y dejando claro que no había sentido lo mismo que ella—. Tienes la piel aún helada.

Encontraron una pensión avanzando unas cuantas calles más en el vecindario. Se trataba de un edificio adosado, destartalado, a unas tres calles de la Taberna del Rey. La propietaria que acudió a la puerta llevaba un vestido recto sencillo y limpio, y el cabello gris metido bajo un pañuelo oscuro. Al principio los miró con recelo, deteniendo su mirada en la cabellera despeinada de Estrella y en lo que llevaba puesto, pero cuando esta extrajo una pila de billetes de la cartera robada, los ojos de la mujer se iluminaron. Les hizo un gesto para que entraran, y no hizo pregunta alguna ni se molestó con sus nombres.

Solo quedaba una habitación, les había dicho, conduciéndolos escaleras arriba por unas estrechas escaleras y abriendo una puerta. Era pequeña, con una cama angosta y un escritorio ante una silla desvencijada. Había una segunda silla delante de una pequeña estufa en el rincón. No tenía de ningún modo el lujo refinado del Jefferson, pero por lo menos parecía limpio. *Algo limpio*. La colcha de la cama estaba manchada, pero las sábanas parecían recién lavadas, y los muebles, libres de polvo y suciedad.

La mujer encendió un pequeño fuego en la estufa antes de dejarlos solos, cerrando la puerta tras ella.

—Hay que hacerte entrar en calor —dijo Harte.

—Estoy bien —respondió ella, intentando permanecer quieta para que no la viera temblar.

—No estás *bien*, y solo empeorará si no te quitas esas ropas mojadas. —Se dirigió a ella y la ayudó a quitarse la chaqueta húmeda de los hombros antes de que pudiera protestar. Dándole la espalda para darle privacidad, colgó su chaqueta sobre el borde de la segunda silla y la movió para que se secara con el calor del exiguo fuego—. Dame el resto.

—Harte —advirtió ella.

—No miraré —le dijo antes de que pudiera seguir discutiendo.

Realmente, no le importaba, pero era evidente que no iba a ceder, así que se desabrochó la camisa que llevaba y se la quitó. Formó una bola con ella y la arrojó por detrás de su cabeza.

—Toma.

—Los pantalones también, y luego métete en la cama —le dijo.

—Se supone que debemos encontrarnos con Julien en un rato —alegó. Pero tenía razón en cuanto a sus ropas. Las sentía húmedas e incómodas, así que se quitó los pantalones empapados.

—No vamos a hacer *nada* juntos. Tú te quedarás aquí y entrarás en calor antes de que acabes poniéndote enferma. Yo iré a encontrarme con Julien solo.

Sus palabras la enfriaron aún más rápido que la lluvia.

—¿Disculpa?

Entonces se dio la vuelta.

—Me has escuchado, Estrella.

—No vas a ir sin mí —dijo ella, pero al avanzar hacia él, sus piernas cedieron.

Se apresuró a alcanzarla antes de que cayera al suelo.

—¿Cómo piensas encontrarte con Julien cuando apenas puedes mantenerte en pie?

—Suéltame —le dijo. La soltó de buen grado, viendo que se tambaleaba hacia atrás—. Estoy bien. Iré contigo.

—Estrella, por favor. Tienes que ser razonable.

—¿*Razonable*? —preguntó, sin importarle la tensión que desprendía su voz.

Harte no se acercó.

—Necesitas descansar.

—Yo también debo estar ahí —discutió. Avanzó un paso hacia él y luego otro, poniendo a prueba sus fuerzas—. *Necesito* estar ahí.

—¿Por qué? —preguntó—. Salvo que aún no confíes en mí.

Entonces, no supo qué responder. Confiaba en él... o al menos deseaba hacerlo.

Harte se apartó de ella.

—Hay gente que te busca —le recordó—. Las personas del salón de baile no han hecho nada para mejorar las cosas.

—Creen que la Ladrona del Diablo es una *chica* —le recordó.

—Un par de pantalones no te hacen parecer menos femenina. —Harte dejó escapar un suspiro tembloroso cuando lo fulminó con la mirada—. Mírate —dijo señalándola—. Tienes el cabello...

—Su voz se quebró. Empezó de nuevo—. Y tus ojos...

—¿Qué les pasa a mis ojos? —preguntó, estrechándolos.

—¡Son *bonitos*! —jadeó exasperado.

—Son solo ojos, Harte.

—Y tu... tu... —Sacudió la mano para abarcar todo su cuerpo.

—¿Mi qué? —Lo miró furiosa.

Gimió de frustración, y sus mejillas y las puntas de sus orejas enrojecieron.

—Escucha, *por favor*. Solo déjame hacer esto. Puedo ir a la Taberna del Rey y esperar a Julien. Debería traer la gema consigo —dijo, y antes de que ella pudiera interrumpir, añadió—. Puedes quedarte aquí, entrando en calor. *Descansando*. Recuperándote, para que podamos salir de la ciudad antes de que suceda algo más.

—Por última vez, no necesito recu...

—Por favor —dijo con suavidad sin dejarla terminar—. Yo *necesito* que recuperes fuerzas. Ya has visto lo que son capaces de hacer los Antistasi. Has visto a la policía y a la Guardia. No tenemos ni idea de lo que pueda haber al acecho ahí fuera, y no puedo cuidar de ti cuando apenas puedes mantenerte en pie.

Estrella reuló ante la emoción que escondían sus palabras.

—No te corresponde mantenerme a salvo. No soy un lastre, Harte.

—Nunca he dicho que lo fueras.

—Lo acabas de hacer —le dijo, sin molestarse en disimular el dolor y la ira en su voz—. Se supone que estamos en esto juntos.

—Lo *estamos*. —Levantó los pantalones que había dejado en el suelo—. Pero en esta ocasión, solo esta vez, quédate aquí y deja que yo me ocupe de esto. —Y sin decir nada más, recogió del suelo el resto de las húmedas prendas que se había quitado, las únicas que tenía, y salió por la puerta.

LA TABERNA DEL REY

1904, St. Louis

Harte estaba casi a una calle de distancia de la pensión cuando advirtió lo que acababa de hacer. Estrella lo mataría, o algo peor, y él lo merecería por completo.

Al llegar a la pensión, no había tenido la intención de dejarla allí, pero parecía tan cansada y abatida que se le ocurrió que lo mejor para ella sería que descansara. Al darse la vuelta y verla medio desvestida, había tenido que apartarse. Con el cabello cayendo alrededor del rostro como una ninfa de mar recién salida a la superficie para seducirlo, el poder en su interior lo había alentado para ir hacia ella.

O tal vez no podía echarle la culpa de aquel impulso *solo* al Libro. Todo lo que acababa de ocurrir le recordaba un poco a la primera vez que la había visto, aquella noche en el Haymarket, cuando se había encontrado caminando hacia ella antes de comprender lo que estaba haciendo. *Aquella* particular decisión le había merecido una lengua herida, así que, en lo que a ella se refería, no confiaba en absoluto en sus instintos.

Ni estaba dispuesto a convertirse en una marioneta para lo que fuera que albergaba en su interior; no mientras pudiera luchar contra ello. Si la voz le decía que fuera hacia Estrella, que se diera permiso para poseerla, entonces haría lo contrario.

Pero lo cierto era que la había dejado allí porque era un cobarde. Además, seguramente, podría haberse valido de ella en la taberna. Después de todo, no había sido él quien había visto a la policía en el hotel, y dudaba de sus habilidades para poder distinguir a algún miembro de la policía en caso de que lo estuvieran esperando.

Cuando Harte entró en la taberna, no vio señal alguna de Julien. Pidió un trago en la barra y se acomodó en una mesa en un rincón para esperar... y observar.

La Taberna del Rey era más o menos como la mitad del Bella Strega, el bar de Dolph Saunders allí en el Bowery. Como el Strega, un humo denso flotaba en el salón excesivamente tibio y los clientes se apiñaban ante la barra o alrededor de las mesas, inclinados sobre sus copas como si el whisky que habían pedido fuera a salir corriendo si lo descuidaban. Pero en el Strega siempre se respiraba la reconfortante tibieza de la magia: aquella energía había distinguido el bar de Dolph como un espacio seguro para los mageus como Harte.

Un tipo de magia diferente flotaba en el aire de la Taberna del Rey... una descarga de energía que no tenía nada que ver con la magia antigua con la que Harte tenía una afinidad. Aquella magia provenía de las notas de un piano vertical situado en un rincón, ante el cual había un hombre con un sombrero de copa plana, ligeramente desplazado hacia atrás, dejando al descubierto una frente ancha y un rostro completamente extasiado ante la melodía que tocaba. Harte ya había oído las melodías sincopadas del *ragtime*, pero los dedos de aquel hombre volaban sobre las teclas de marfil con una intensidad temblorosa que no se parecía en nada a lo que hubiera experimentado jamás. Cuando tocó las notas menores de la canción, sintió que su disonancia vibraba con la propia esencia de su ser, removiendo algo que hasta entonces no sabía que existía. No era el único afectado... sobre la diminuta pista de baile, las parejas se mecían juntas, impulsadas por las cuerdas exaltadas y el ritmo irresistible, con los cuerpos íntimamente entrelazados.

Habrían pasado ya unos veinte minutos, quizá más, pero cada vez que la puerta de la taberna se

abría con un golpe, no era Julien. El delgado trozo de hielo en la bebida de Harte se había derretido hacía bastante rato. Estrella estaría esperando, y ya se encontraba lo bastante cabreada como para que él se ausentara aún más tiempo. Quizá algo había fallado... quizá lo había atrapado la Guardia de Jefferson o Harte no le había transmitido la sugerencia adecuada.

O quizá el Libro ha interferido con mi afinidad, tal como le ha sucedido a Estrella.

Apartó aquella idea de su cabeza; se sentía bien, y en algunos sentidos percibía la afinidad incluso más clara y fuerte que nunca. Pero a medida que los segundos pasaban, empezó a pensar que, si Julien tuviera intención de aparecer por allí, habría llegado ya.

Había pasado casi una hora ya desde el encuentro acordado; a punto de darse por vencido, Harte se bebió el whisky prácticamente tibio, estremeciéndose ante el ardor del licor que descendía por su garganta. Por regla general, odiaba las bebidas fuertes, detestaba la forma en la que le nublaban la cabeza y aletargaban sus reflejos, pero tenía la sensación de que necesitaba fortalecerse para lo que fuera que Estrella le echaría en cara cuando regresara a la pensión. Ya estaba de pie, recogiendo su abrigo aún empapado, cuando la puerta se abrió una vez más y apareció Julien, su silueta recortada contra la luz de la farola que tenía detrás.

Julien Eltinge entró en la taberna igual que como lo había hecho en el escenario aquella noche algunas horas atrás: como alguien que sabe que ha nacido para dominar la escena. No era que montara un escándalo, la puerta no se cerró con un golpe ni hizo nada evidente por llamar la atención al llegar, pero la energía del aire pareció alterarse, y se sintió en toda la taberna.

Aunque probablemente vio a Harte de inmediato, no se acercó enseguida. En cambio, se tomó su tiempo circulando a través de la sala, estrechando todas las manos que se extendieron para saludarlo. Luego aceptó una bebida del tabernero, apurándola de un solo trago. Harte supo que todo aquello no era producto de la casualidad: Julien estaba dejando claro quién dominaba el territorio y quién tenía el control de la situación.

Él no tenía problema con ello. Empezaba a sentir el efecto del whisky difuminando el mundo a su alrededor; necesitaba un momento para recomponerse. Cuando finalmente decidió acercarse a su mesa, Harte se puso de pie solo el tiempo suficiente como para saludarlo con un apretón de manos.

Julien cogió la silla que había frente a él sin esperar invitación alguna y llamó al tabernero para que trajera otra ronda.

—Aún no puedo creer que estés aquí, Harte Darrigan, que hayas regresado de entre los muertos para atormentarme —dijo, riendo.

—Como ya te he explicado, Jules, estaba en Europa, no muerto.

—Has estado fuera demasiado tiempo. —Aunque las palabras eran neutras, había una pregunta tácita en su mirada y, más preocupante aún, una duda.

—El tour iba bien, y nos dimos cuenta de que nos agradaba la sensibilidad europea —le dijo Harte, intentando que su tono permaneciera sereno y despreocupado—. Ya sabes cómo es cuando finalmente encuentras un buen público. Lo exprimes mientras puedes. Pero finalmente el dinero se acabó, como sucede siempre. Me cansé del decorado, así que aquí estamos.

—Me sorprende que hayas venido siquiera —dijo Julien mirándolo de arriba abajo—. Es arriesgado, considerando con quién viajas... la Ladrona del Diablo.

—No empieces de nuevo —dijo, irritado. Después de la extraña aparición de las mujeres en el salón de baile, estaba harto de todo el asunto de la Ladrona del Diablo—. Tiene un nombre, ¿sabes?

—Sí —respondió, estudiándolo como si intentara determinar la validez de su historia—. Hay

muchas personas que conocen muy bien su nombre.

A pesar del modo en que el whisky le aflojaba los miembros, Harte se encontró con la mirada de Julien sin vacilar. Tras un instante, este pareció ceder. Extrajo una caja de cigarros del interior de su bolsillo y le ofreció uno. Cuando este lo rechazó con amabilidad con un gesto de la mano, Julien encogió los hombros.

—Peor para ti. —Ahuecó la mano alrededor de la punta del grueso cigarro, inhalando mientras sostenía la cerilla contra el extremo para encenderlo. Le dio un par de bocanadas profundas y se apoyó contra la silla, el vivo retrato de una persona absolutamente segura de sí misma, mientras el tabernero les traía sus bebidas. Pero la pregunta seguía merodeando en sus ojos—. Ambos sabemos que en realidad no estamos aquí para hablar sobre tus vacaciones europeas —dijo Julien.

El malestar de Harte fue en aumento, pero adoptó una máscara externa de tranquilidad.

—En realidad no, Jules.

—Ya me parecía. Por las personas que frecuentas últimamente, me sorprendería que no estuvieras metido en algo importante. —Dejó que la frase quedara inconclusa esperando que Harte la completara.

Pero el Mago se abstuvo de hacerlo. *Solo dame la gema y punto.*

—Mira, Jules, prefiero no tener que mentirle a un viejo amigo...

Julien encogió los hombros.

—No sería la primera vez.

—Quizá haya pasado página —respondió, intentando ocultar su nerviosismo con un tono sereno.

Julien soltó un resoplido de desdén.

—Eso no te lo crees ni tú, Darrigan. Te conozco demasiado bien como para creer que *tú* puedas cambiar.

—Quizá me conocías antes —respondió con suavidad—. Pero ha pasado mucho tiempo. —Había sido incluso mucho más para Julien, que no había experimentado el paso de dos años en cuestión de segundos—. ¿Podemos tan solo coincidir con que hay cosas que es mejor que no sepas?

Julien lo estudió un instante más, expulsando nubecillas acres de humo amarillento del cigarro que sujetaba entre los dientes. Tras un largo momento de reflexión, alzó las comisuras de su boca, y soltó una rancia carcajada.

—Siempre tienes que estar metido en algún lío, ¿verdad, Darrigan? Con la de veces que he intentado ayudarte y enseñarte cómo *no* meterte en problemas, y aquí estamos de nuevo.

—¿Realmente esperabas algo menos de mí, Jules?

—Por lo menos dime algo: ¿es la chica? —preguntó.

—Generalmente es una chica, ¿verdad? —preguntó Harte, intentando restarle importancia a su pregunta.

La boca de su amigo se curvó hacia arriba ante la broma. Luego se inclinó hacia delante, recorriendo el salón rápidamente con la mirada, como preocupado por que alguien los oyera. Pero sus ojos brillaban traviosos, y por un momento Harte vio al Julien que había conocido alguna vez... el viejo amigo que sonreía mientras peleaba a puñetazos y luego entraba en una taberna con los hombros hacia atrás y la cabeza en alto solo para demostrar que nadie podía detenerlo.

—Dímelo directamente, Darrigan —preguntó en voz baja—. ¿Lo hizo ella? Me refiero al tren...

Cualquier tibieza que pudo haber sentido se esfumó, y Harte fue repentinamente consciente de la fría humedad de sus prendas y del peligro en el que se encontraba.

—Estrella no tuvo nada que ver con ningún ataque a un tren. Y si alguna vez me has llegado a

conocer de verdad, sabrás que estoy siendo sincero.

Julien lo miró fijamente como si estuviera considerando lo que acababa de decir. Finalmente, se incorporó, con una mirada de complicidad mientras volvía a sujetar el cigarro con fuerza entre los dientes.

—Como alguna vez fuimos amigos, estoy dispuesto a creerte... por ahora. Pero te diré lo siguiente... como amigo... si *tiene en mente* provocar algún tipo de problema aquí, especialmente en la Exposición, lo mejor es que te mantengas al margen. ¿Cómo es el estado de ánimo de la ciudad en este momento? No es bueno. Debido a la llegada de tantos extranjeros, hay rumores de que los Antistasi causarán problemas.

—¿Qué pasa con ellos, por cierto? —preguntó Harte—. No tenía ni idea de su existencia.

—Son un fenómeno bastante reciente —explicó Julien—. Hasta que aprobaron la Ley el año pasado, los mageus no causaban muchos problemas fuera de Nueva York. Todo el mundo suponía que el Umbral se había ocupado de ellos. Pero una vez que aprobaron la Ley, los Antistasi empezaron a causar problemas *fuera* de la ciudad. Las cosas se agravaron aquí en St. Louis cuando intentaban preparar el terreno para la Exposición. Murieron muchas personas.

—¿Los Antistasi mataron gente? —preguntó Harte, con un nudo en el estómago. Una cosa era disfrazarse y lanzar paquetes de humo, pero asesinar era algo completamente diferente.

Julien asintió.

—El pasado otoño fue cuando tuvo lugar el peor ataque. En octubre, no mucho después de que la Ley entrara plenamente en vigor, atacaron gravemente a los equipos de construcción de la Exposición. Emplearon una especie de neblina que corroyó buena parte de Lafayette Park. La gente que lo vio todo desde fuera explicó que era como un ser vivo... podía *sentirse* la presencia maligna que emanaba... y quienes quedaron atrapados en ella perdieron la razón. Los albañiles destruyeron los muros que acababan de construir, los electricistas le prendieron fuego a la mitad de una manzana de edificios, y se desataron peleas, grescas terribles y mortales, entre personas que eran amigas. Cuando la neblina finalmente se disipó, toda el área estaba cubierta de hielo. La gente sufrió la congelación, perdieron los dedos de las manos y los pies, y habían reventado las tuberías de toda la zona. Retrasó la obra meses y estuvo a punto de demorar la inauguración de la Exposición. Los Antistasi se adjudicaron la responsabilidad por el asunto.

A Harte le escoció la conciencia. La gente del Jefferson había empleado el mismo tipo de sustancia para su pequeño espectáculo en el salón de baile. No había permanecido el tiempo suficiente allí como para ver cuál sería el efecto, pero había sentido la fría magia de aquella sala. Por las palabras de Julien, era posible que hubieran conseguido salvarse de algo más de lo que imaginaban.

Harte había conocido a muchos mageus en Nueva York, pero jamás había oído de nadie que hiciera uso de una neblina. La magia, la magia de verdad, no necesitaba trucos para funcionar. Era solo una conexión con la esencia en sí misma del mundo. Pero la magia ritual, la magia *corrupta*, era algo diferente. La magia ritual se ocupaba de separar partes. Descomponía los elementos de la existencia para controlarlos, en lugar de trabajar dentro de sus conexiones.

La magia ritual era como la que había utilizado la Orden para crear el Umbral y como lo que había hecho Dolph cuando había creado las marcas que llevaban los Hijos del Diablo; siempre tenía un precio.

—¿Llegaron a detener a las personas que lo hicieron... a estos Antistasi? —preguntó.

Julien sacudió la cabeza.

—No. Los Antistasi son increíblemente eficaces eludiendo la captura. Pero desde el ataque de

octubre, otorgaron a la Guardia de Jefferson la misma autoridad que a la policía real para detenerlos —dijo—. Si tu chica está aquí para provocar problemas, será un infierno conseguir huir tras ello. La policía y la Guardia de Jefferson... ninguna de las dos quiere correr ningún riesgo. No con los ojos del mundo puestos en la Exposición.

—Estrella no ha venido aquí para causar problemas —le aseguró Harte, lo cual era casi cierto. Ella no era una Antistasi ni ningún otro tipo de anarquista. Solo querían el collar y, una vez que lo tuvieran, se largarían de allí.

—Supongo que tendré que creerte —dijo Julien—. Por cierto, ¿dónde está la pequeña bandida?

—La he dejado en nuestra pensión. Le dije que se quedara allí —respondió Harte hoscamente. Agradecía que Estrella no estuviera allí para escucharlo. Pero era más fácil así, hablar el lenguaje de Julien y fingir que tenía algún tipo de control sobre la situación. En realidad, la idea de que cualquiera fuera capaz de controlar a Estrella era risible—. He pensado que podíamos manejar esto entre nosotros, como viejos amigos.

—Ah —dijo Julien, apagando el cigarro en el cenicero—. Así que por fin abordamos el asunto... *viejo amigo*.

Harte encogió los hombros.

—Tú mismo lo has dicho antes: no estoy aquí para hablar de mis vacaciones por Europa.

—Sé que estás aquí por el paquete que me enviaste hace un par de años —dijo Julien oscuramente—. Aquel collar.

Algo en el tono de Julien puso a Harte sobre aviso.

—Así es —dijo con cautela.

—Cuando recibí el maldito paquete, supe que volvería para atormentarme. —Julien apoyó los codos sobre la mesa—. Cuando lo recibí junto a aquella ridícula nota que enviaste, me dije: «Esto me traerá problemas». Quise reenviártelo de nuevo, pero entonces me enteré de que habías saltado del puente. Se me ocurrió desembarazarme de él, pero tampoco me atreví a hacerlo.

—Puedo resolver el problema ahora mismo quitándotelo de las manos de una vez y para siempre.

—Cómo me gustaría que lo hicieras —le dijo, ahora más agitado—. Nada me gustaría más que devolverte el maldito paquete, pero no puedo.

—Por supuesto que sí —lo animó Harte.

Pero Julien estaba sacudiendo la cabeza, y este tuvo el presentimiento de que no le iba a gustar lo que estaba a punto de decirle.

—No lo tengo —le dijo, y por lo menos tuvo la decencia de parecer avergonzado.

Antes de que Harte pudiera decir una palabra más, otra voz se abrió paso a través de la música y el ruido de la taberna.

—¿A qué te refieres con que *no lo tienes*?

Harte levantó la mirada, sabiendo ya quién estaría allí, sabiendo antes incluso de observar el abrigo sucio y el sombrero de ala ancha, que Estrella lo miraba furiosa. Pero no estaba listo para ver su aspecto o lo que se había hecho.

—Vaya, vaya —dijo Julien observándola de pies a cabeza. Arrojó una mirada sardónica en dirección a Harte, y supo que se estaba riendo de él—. Menos mal que le dijiste que permaneciera donde estaba.

IMPREVISTO

1902, Nueva York

Viola se abrió paso a través del restaurante hacia el reservado privado donde R. A. Reynolds esperaba, templando el espíritu para lo que estaba a punto de hacer. No es que fuera aprensiva. Ya había cercenado vidas y aun así había encontrado una manera de vivir consigo misma. Pero los hombres que había matado en el pasado merecían sus muertes, tanto como alguien podía merecer algo así. Por lo menos, habían tenido una oportunidad de defenderse porque había empleado su habilidad, no la magia. No había arrebatado una vida con su afinidad desde que era apenas una niña, cuando creía que el deber familiar estaba incluso por encima de su propia alma, antes de comprender que ella era más importante que la sangre que corría por sus venas.

Sabía lo que todo el mundo pensaba de ella en el Bowery: que podía matar a cualquiera sin tocarlo. Y era cierto, pero había utilizado aquel miedo que le tenían y su afinidad como una armadura. Había matado, sí, pero solo a quienes abusaban de los débiles. Y mataba no con lo que era, con el don que le había dado su dios, sino por elección propia y habiendo ejercitado sus destrezas. Asesinaba con un puñal.

Pero su daga favorita estaba en manos de un traidor. Lo único que le quedaba era ella misma.

Sus propios latidos sonaban irregulares al acercarse al reservado. No sabía lo que terminaría haciendo Torrio, si pensaba crear una distracción como había dicho, o la atacaría por lo que le había hecho. Pero cuando solo estuvo a unos pasos de la cortina de terciopelo que ocultaba a Reynolds de las miradas curiosas del resto de los comensales, lo oyó estallar detrás de ella.

—¡He pedido un whisky, maldita sea! —gritó.

Viola miró por encima de su hombro justo a tiempo para verlo arrojar un vaso de whisky al rostro de uno de los camareros. Con la mirada de todo el restaurante puesta en la escena que estaba provocando, ella aprovechó la oportunidad para deslizarse por detrás de la cortina del reservado.

Dentro del pequeño comedor privado el hombre levantó la mirada de la sopa, y Viola pudo identificar el momento exacto en el que la expectativa se convertía en confusión.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Tiene un rostro agradable.

Era un pensamiento ridículo. Ya había podido comprobar desde el otro lado del salón que Reynolds era un hombre apuesto, pero aquí en la intimidad amortiguada del reservado, pudo ver que tenía el tipo de rostro que envejecería bien.

—¿Es usted Reynolds?

—¿Disculpa? —Sus cejas se entretejieron, pero su expresión no era amenazante, sino curiosa.

—¿Es usted R. A. Reynolds? —repitió más lentamente.

El hombre empalideció, y se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Quién lo pregunta?

La confianza que tenía en sí mismo revelaba quién era. Desde la fina chaqueta hasta la mirada de tedio, era evidente que Reynolds provenía de una familia adinerada. No era mejor que el resto, no era mejor que cualquiera de aquellas personas que se encontraban en el restaurante cuyas vidas

estaban tan por encima de la de Viola que apenas podía imaginarlas.

Se dio cuenta de que *podía* matarlo. No sería demasiado difícil dejar que su afinidad volviera a encontrar la sangre que corría por sus venas y la inmovilizara. Así como podía curar la gota de su madre, podía derribarlo en un instante y nadie lo sabría. Habría un joven adinerado destinado a convertirse en un hombre rico menos. Un peligro menos para los de su especie en el futuro. Ella ya estaba maldita: ¿qué importancia podría tener una mancha más o menos en su alma cuando llegara su final?

Pero había una calidez en la forma en que la miraba que la hizo vacilar.

—¿Te puedo ayudar con algo? —preguntó, y su expresión no tenía el frío desinterés que caracterizaba a la mayoría de los de su clase.

—Tengo un mensaje —dijo, acercándose.

—Entiendo —dijo, mirándola avanzar. Si había presentido el peligro que ella representaba para él, no parecía demostrarlo—. ¿Y de quién exactamente proviene ese mensaje?

—No es importante. —Llevó la mano al puñal que tenía oculto entre los pliegues de su vestido incluso mientras se acercaba aún más—. Pero es un hombre peligroso. Un hombre importante en esta ciudad.

—Ah —dijo el hombre, y un destello de humor brilló en sus ojos—. Supongo que has venido para darme una advertencia.

Viola frunció el ceño, sorprendida por su respuesta. No estaba reaccionando como debía. Quizá porque no advertía que la Muerte podía llevar las faldas de una mujer.

—Imagino que esto es por la columna en el *Herald* —dijo, más aburrido que preocupado—. Déjame adivinar: si no dejo de buscar problemas, los problemas acabarán encontrándome a mí, o algo por el estilo. —Le sonrió, y Viola supo que tenía razón. Las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos, el hoyuelo que suavizaba su mejilla izquierda... Las huellas de su felicidad lo acompañarían cuando fuera anciano.

Pero no llegaría tan lejos.

En tan solo un instante, Viola acortó la distancia entre los dos y apoyó el filo del puñal contra su garganta. Pero él ni siquiera pestañeó.

—No creo que lo esté entendiendo —le dijo.

—Oh, lo entiendo perfectamente. —Los ojos del hombre se encontraron con los suyos, serenos. Era un *pazzo*: con un puñal apoyado en la garganta y el rostro absolutamente tranquilo—. Tienes intención de matarme para evitar que siga escribiendo más sobre aquello que le enfurece a la persona que te envía, quienquiera que sea.

—¿De verdad cree que no lo mataré aquí y ahora mismo? —Presionó la punta del puñal hasta que apareció un surco en la piel justo por encima de la gruesa vena que recorría su cuello. Si aplicaba más presión, estaría muerto antes de que cualquiera pudiera ayudarlo.

El hombre miró la cuchilla apoyada sobre su garganta y luego de nuevo a ella.

—Todo lo contrario —dijo en voz baja—. Estoy bastante convencido de que puedes matarme. Aunque para ser honestos, estoy un poco sorprendido por el puñal. Un revólver sería igual de eficaz para acometer la tarea, y tendrías menos posibilidades de cometer un error.

Viola lo fulminó con la mirada.

—Jamás cometo un error con el puñal.

El hombre parecía incluso más divertido.

—De todas formas, te aconsejo que no me mates ahora. No tendría el efecto que buscas.

Confundida, Viola se echó hacia atrás.

—¿Y por qué?

Oyó el *clic* del percutor de un revólver al mismo tiempo que escuchaba a una mujer hablar.

—Porque él no es R. A. Reynolds.

Viola inhaló bruscamente y, manteniendo el puñal contra la garganta del hombre, se dio la vuelta para ver a la chica de rosa apuntándola con un revólver directamente. Por la forma de su postura, confiada y segura del arma que tenía en la mano, supo que no estaba fanfarroneando.

—¿Supongo que es a él a quien buscas? —preguntó la chica, apuntándola con el arma mientras se acercaba.

—Sí —respondió, pensando en sus opciones. Con el revólver apuntándola y el percutor levantado, listo para disparar, estaba atrapada. Si bien era certera y mortífera con un puñal, no era más veloz de lo que sería una bala.

Aún podía matarlos. Un estallido de magia y su afinidad podía extinguir sus vidas tan fácilmente como una vela.

—Tengo un mensaje para R. A. Reynolds.

—Siempre lo tienen —dijo la chica, y su tono etéreo resultó más fastidiado que verdaderamente irritado—. Me sorprende que la persona que te envía no haya hecho bien sus deberes... estoy suponiendo que es un hombre. Los hombres con menos neuronas que huevos suelen subestimarme.

Las palabras temerarias de la chica no coincidían con los volantes de seda ni con su aspecto delicado.

—¿Tú? —preguntó Viola, intentando encontrarle sentido a lo que había dicho la joven mientras permitía que su afinidad se desplazara por la recámara. Encontró al hombre fácilmente, los latidos familiares, constantes y lentos, y luego los de la chica, igual de parejos. Pero incluso con su ritmo regular, Viola sintió la satisfacción y la excitación que circulaba por la sangre de la joven.

Había supuesto que no era nada más que un accesorio, algo bonito para divertir a Reynolds, pero se había equivocado. *Esta es más de lo que parece.*

—Sí —dijo la chica—. Verás, él no es R. A. Reynolds, soy yo.

—¿Tú eres el periodista? —preguntó Viola, perdiendo la concentración y dejando que se enfriara su afinidad.

—¿Acaso parezco un hombre? —preguntó la chica, curvando sus labios rosados en una sonrisa socarrona.

Viola miró entre el hombre y la chica, frustrada.

—Me temo que te está diciendo la verdad —dijo el hombre jovialmente, con la punta del puñal aún presionada contra su garganta.

—¿Quién eres? —preguntó la chica, apuntando el revólver en la dirección de Viola—. ¿Quién te envía?

Viola solo podía mirarla, sobrecogida ante su seguridad y avergonzada por su propia estrechez de miras. Había dado por hecho que R. A. Reynolds era un hombre. Ella, que bien sabía lo que era hacer el trabajo de un hombre en un mundo de hombres, y todo el tiempo tener que hacerlo mejor que la mayoría. Había sido una imbécil. Y en aquel momento supo que estaba atrapada porque tenía claro que jamás sería capaz de quitarle la vida a aquella chica en particular.

—Te he hecho una pregunta —dijo la chica, con la mirada fija y la expresión seria—. Vamos a ver. Generalmente, es la Tammany y sus matones con sus amenazas, pero teniendo en cuenta lo que he escrito en mi última columna sospecho que podría ser alguien de la Orden. Puedo imaginar que no les ha gustado el artículo, y no veo por qué alguien de la Tammany tendría que preocuparse por todo el asunto del tren.

—¿La Orden? —Viola habló antes que pudiera detenerse. Quería destruir a la Orden, no hacerles el trabajo sucio.

—Tú ni siquiera sabes por qué estás aquí, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—Sé lo suficiente —respondió—. Sé que debes dejar de hacerlo antes de que ocurra algo. Antes de que tengas que retractarte.

—Lo único que deberías saber sobre mí, especialmente, si estás decidida a hacerme daño, es que jamás me retracto —dijo la chica, dando un paso hacia delante—. ¿No es así, querido? —preguntó al hombre.

—Desafortunadamente, para el resto de nosotros, no, jamás lo haces. Ni siquiera cuando te equivocas.

—Motivo por el que intento no equivocarme nunca. —La muchacha dio otro paso hacia Viola—. Supongo que no estaba muy equivocada con todo el asunto del tren cuando te han enviado a matarme. La Orden sabe que fue obra de la magia lo que destruyó aquellas vías, ¿verdad? Sabe muy bien que las personas que robaron sus tesoros siguen sueltos, y no quieren que nadie más lo sepa. Temen que los consideren débiles e incompetentes. Tengo razón, ¿no es cierto?

Aquella chica sabía demasiado, pero no tanto como Viola creía. No tenía ni idea de que una de las personas que había robado los tesoros de la Orden estaba allí, justo delante de ella.

—¡Deja de hablar ya! —dijo Viola.

—Pero no has respondido mi pregunta. —La puntería de la chica era tan firme como su mirada—. Y en vista de que te encuentras amenazando la vida de mi prometido en este momento, creo que lo menos que puedes hacer es darme algunas respuestas.

¿Su prometido?

Antes de que Viola pudiera empezar a analizar por qué su pecho se había puesto tenso ante las palabras de la chica, se oyó un susurro de cortinas, y un momento después, apareció Torrio.

—Ah, más invitados, cariño —dijo lánguidamente el hombre aún sentado mientras Torrio también lo apuntaba con su arma.

Definitivamente, era un *pazzo*, comportándose como si el puñal no pudiera derramar su sangre antes de que pudiera siquiera parpadear, y como si el revólver de Torrio no fuera una amenaza en absoluto.

Pero la chica, Reynolds, sí parecía entender lo que su acompañante no terminaba de advertir sobre el peligro que representaba Torrio. Instintivamente, retrocedió un paso. Su pequeña pistola plateada seguía en alto, pero se giró para apuntar hacia el recién llegado.

—Sé quién eres —dijo la chica. Su expresión se iluminó con algo sospechosamente cercano a la excitación—. John Torrio. Trabajas para la banda de Kelly.

Ambos estaban locos, y la boca de la chica conseguiría que la mataran.

Los ojos oscuros de Torrio se encontraron con los de Viola con una inconfundible amenaza silenciosa: a su manera o a la de él. No importaba que Torrio no supiera que el hombre al que ella amenaza con la punta de la daga no fuera Reynolds; mataría a la chica de todas formas solo por estar allí. De un modo u otro, la pareja moriría.

Así que Viola hizo lo único que podía hacer: dejó que su afinidad se desplegara y encontrara los ya familiares latidos del hombre, cuyo rostro podría haber envejecido resultando en un rostro amable, y de la chica, que no parecía mayor ni más seria que una debutante hasta que había abierto aquella boca de sabelotodo. Dejó que su magia estallara, tirando de la sangre en sus venas hasta que los ojos de la joven se abrieron grandes durante un momento para caer derrumbándose sobre el suelo a continuación. El hombre jadeó, sujetándose el pecho, y luego cayó redondo sobre su

sopa.

Pero incluso después de que ambos quedaran completamente inmóviles, Torrio no bajó el arma. En cambio, avanzó un paso y empujó el cuerpo de la chica con el pie. Aún tenía el dedo sobre el gatillo del revólver.

—Déjalo —siseó Viola, guardando el puñal nuevamente en la vaina bajo sus faldas.

—Solo para estar seguros —dijo Torrio con tono monótono sin bajar aún el arma.

Viola rodeó la mesa y se interpuso entre el revólver de Torrio y el cuerpo de la chica.

—Si disparas a sus cuerpos ahora, podrán rastrear el crimen hasta ti... y luego hasta Paul. Déjalos así, y nadie podrá probar nada —dijo.

Torrio observó ambos cuerpos, como intentando decidir si el riesgo merecía la pena.

—Vámonos antes de que aparezca alguien —rogó Viola, acercándose a él—. Antes de que nos encuentren aquí.

No respondió de inmediato, probablemente solo para dejar claro que era él quien estaba al mando de la situación.

—Está bien. —Bajó el percutor y metió el revólver nuevamente en la funda que llevaba bajo la chaqueta.

Viola no miró hacia atrás mientras la arrastraba fuera de la privacidad del reservado oculto tras las cortinas. El comedor seguía siendo un caos; había estallado una pelea en todo el restaurante. Quienes no habían salido huyendo estaban agazapados por los rincones, atrapados entre aquellos hombres con esmóquines alguna vez planchados con esmero, que habían convertido el comedor palaciego en un combate a puño limpio.

—¿Qué has hecho? —preguntó Viola, apartándose de él mientras se dirigía hacia el fondo del salón.

No respondió.

Una vez en la cocina, el personal de chaquetas blancas los observó pasar en silencio hasta el callejón que había detrás del restaurante. Olía a desperdicios podridos, y el suelo estaba recubierto de una capa grasienta en la que Viola estuvo a punto de resbalarse con sus tacones ridículamente altos. Pero Torrio la sujetó con firmeza de la mano y prácticamente la empujó dentro del carruaje que aguardaba al final de la calle.

Antes de que hubieran podido echar el pestillo de la puerta, ya habían empezado a moverse, pero se arrellanó en el asiento delante de ella con una expresión indescifrable en el rostro.

—No ibas a hacerlo —la acusó.

Ella lo miró directamente a sus ojos oscuros y desprovistos de emoción y alzó el mentón.

—No sé a lo que te refieres. ¿Acaso no están muertos?

—Has dudado —le dijo, impasible—. He podido verlo en tus ojos. Estabas a punto de ablandarte.

—Y tú has estado a punto de estropearlo todo —le dijo, con todo el desdén del que fue capaz—. Hombres. —Resopló indignada—. Siempre pensando que sus *pequeños* revólveres son la respuesta para todo. Haciéndose los machos sin pensar. *Demasiado precozmente*. —Sostuvo su mirada un instante más para asegurarse de que hubiera comprendido sus palabras. Y justo cuando las mejillas de Torrio empezaban a enrojecer, se giró hacia la ventana, restándole importancia.

Pero no pudo dejar atrás el recuerdo de la chica Reynolds ni del fuego abrasador de su mirada... Hasta que ella misma lo había terminado extinguiendo.

ESPLÉNDIDO ESPÉCIMEN DE HOMBRE

1904, St. Louis

Estrella bajó la mirada hacia Harte, disfrutando de la forma en la que sus ojos se habían abierto y el color había desaparecido de su rostro.
—¿Es eso lo que te ha dicho? —preguntó, dirigiendo a ambos hombres una sonrisa que ponía de manifiesto toda su dentadura—. ¿Que debía permanecer *donde estaba*?

Harte seguía boquiabierto por la sorpresa y con expresión de culpa en el rostro. Pero realmente se lo tenía merecido por haberla abandonado de ese modo.

Julien, por otra parte, no parecía sorprendido en absoluto por su aparición. En cambio, una chispa de respeto brilló en su mirada.

—Creo que ha querido decir algo en ese sentido. —Asintió en dirección de ella—. Ese disfraz que llevas... te queda bien. ¿Quieres sentarte? —preguntó, señalando la silla vacía en la mesa.

Estrella volvió a lanzarle una mirada de furia a Harte antes de aceptar la silla que le ofrecían. Se quitó el sombrero y lo miró directamente, desafiándolo a hablar.

Harte cerró la boca abierta y luego la volvió a abrir, como si quisiera decir algo pero todo lo que pudiera hacer fuera balbucear.

—¿Qué sucede, Harte? —preguntó Estrella con tono peligrosamente apacible—. No estarás ahogándote con tu propia bebida, ¿verdad? —Batió las pestañas con coquetería—. Una verdadera pena. —Arrastró las palabras, deteniéndose un instante—. Quizá la próxima vez.

Finalmente pareció encontrar su voz.

Pudo haber preguntado varias cosas... cómo había conseguido ropa cuando la había dejado medio desnuda en la habitación, o cómo había encontrado la taberna ella sola, para empezar... Pero la primera que hizo era quizá la menos importante:

—¿Qué te has hecho en el cabello?

—¿Te gusta? —preguntó Estrella. Lo miró con un leve parpadeo mientras recorría con la mano la nuca de su cuello desnudo.

—Yo... —Intentó hablar, pero aunque su boca se movió, no salió ninguna palabra.

Estrella decidió tomarlo no quizá como una señal de aprobación, sino de éxito. De cualquier manera, le daba lo mismo si lo aprobaba o no... era su cabeza y su cabello.

Quizá *había sido* un momento de locura por parte suya. Por lo menos, así había empezado. Cuando Harte la había dejado en la habitación, como si tuviera algún derecho de decirle qué hacer, por más débil que se sintiera, lo único que pudo hacer fue montar en cólera. *Existía la posibilidad* de que hubiera derribado una silla, y definitivamente había golpeado el puño contra la superficie mellada del escritorio... cosa que le había dolido más de lo que había anticipado. Pero también había conseguido arrancar un cajón y dejar al descubierto unas viejas tijeras oxidadas.

Quizá no lo había pensado detenidamente, y quizá no había realmente considerado lo permanente que resultaría la acción de coger un puñado de cabello y cortarlo con las cuchillas desafiladas. Pero no lo lamentaba en absoluto.

Se había quedado allí inmóvil un momento con el puñado de cabellos en la mano, espantada ante su propia impulsividad. Aturdida, dejó que los mechones cayeran al suelo, y el alma, directamente con ellos. Pero luego se recompuso y terminó la tarea, porque vamos, ¿qué otra cosa

podía hacer realmente? Ignoró, decidida, la punzada de temor al sentir que *quizá* estuviera cometiendo un error. En cambio, abrazó el ímpetu de la adrenalina con cada mechón de cabello oscuro que caía a sus pies.

Era un corte terrible, desigual y desgreñado, ligeramente más corto que una melena, pero cuanto más cabello caía, más ligera se sentía y más había seguido cortando. Después de todo, había sido el profesor quien la había obligado a llevarlo largo. De niña hubiera sido mucho más fácil manejar a diario un estilo más corto mientras entrenaba con Dakari o aprendía a orientarse en la ciudad. Pero el profesor Lachlan no quería que llevara pelucas cuando se deslizaba a través del tiempo. Era demasiado arriesgado, decía. No lo bastante auténtico.

En aquel momento el profesor Lachlan ya no estaba. Solo estaban Nibsy y las mentiras que había erigido como una prisión alrededor de su niñez, ocultando la verdad de quién era. De quién era *ella*. Con cada mechón truncado, había recortado el peso de su pasado, liberándose cada vez más de aquellas mentiras.

Luego, encontró unas prendas que ponerse.

Fue un riesgo usar su afinidad tras todo lo que había sucedido aquella noche, pero Harte la había dejado atrapada en la habitación sin nada más que un corsé y un par de bragas de encaje. Tenía la opción de aventurarse a salir o admitir que él había ganado. Estaba demasiado furiosa como para permitirle ganar, así que había usado su afinidad para escabullirse hasta una habitación contigua. Había anticipado que la oscuridad la acecharía de nuevo, pero jamás sucedió. Lo cual significaba que no era *ella* el problema... sino *Harte*. O quizá el poder del Libro. Pero teniendo en cuenta lo irritada que estaba con él, le daba lo mismo.

—¿Y a ti, Julien? ¿Te gusta? Creo que me sienta bien. —Estrella alzó el mentón, desafiándolo a discrepar. Mientras tanto, el pianista del rincón ejecutaba un *crescendo*, alcanzando una seguidilla de notas que impregnaron el aire con una emoción febril. La melodía que tocaba tenía el sonido del deseo, y acarició algo en su interior, algo oscuro y secreto que había anhelado la libertad sin saber lo que era realmente la libertad.

—Es una elección atrevida —señaló Julien, sonriendo dentro del vaso mientras bebía un sorbo y observaba a ambos, evidentemente divertido.

Estrella le devolvió una mirada irónica. No se había cortado el cabello, fajado los pechos y encontrado el camino a la taberna por su cuenta solo para divertir a Julien. Estaba allí porque se *suponía* que tenía que estar allí. Porque era su *derecho* estar allí. No permitiría que Harte la desechara como a una damisela indefensa mientras él se ocupaba de las cuestiones que ambos debían resolver juntos. Después de todo, no era él quien había reconocido el peligro en el hotel. Ni quien había pensado de prisa para eludir a la policía que los acechaba.

¿Y qué si ella se había desmayado un poco después? Había conseguido que ambos huyeran del Jefferson cuando Harte había tomado una mala decisión en la lavandería. Incluso con lo que fuera que le estaba sucediendo a su afinidad, ella no era débil. Llegados a aquel punto, él debía saberlo. Y no tendría que ser necesario demostrarle nada, *especialmente* no a él.

Y, sin embargo, ahí estaba, sentada en una taberna decadente haciendo justamente eso. Porque tenía que convencer a Harte, en realidad, a ambos, de que no era alguien a quien pudieran simplemente apartar a un lado cuando los muchachos querían divertirse.

El mago se inclinó sobre la mesa hacia ella y bajó la voz hasta que apenas pudo oírlo por encima de las notas del piano.

—No crearás de verdad que esto funcionará.

—Estoy casi segura de que ya ha funcionado —le respondió, extendiendo la mano para tomar el

vaso de líquido color ámbar que tenía delante de él—. Tú parece ser el único que está molesto. —Volvió a reclinarse hacia atrás, y se llevó el vaso a los labios, satisfecha con el destello de irritación que cruzaba su rostro. Bebió un sorbo de la tibia bebida, intentando no reaccionar al sentir que se deslizaba quemándole la garganta, fortaleciendo su propósito.

—Desde luego, hay que admitir que tiene la estructura ósea para hacerlo —dijo Julien, observándola abiertamente—. Y, aparentemente, el coraje.

—No sigas —le advirtió Harte—. Lo último que necesito es que la alientes.

—No parece que necesite ningún tipo de aliento —le indicó Julien, guiñando el ojo en dirección a ella.

Alzó el vaso, un saludo silencioso a modo de respuesta.

—Si necesitas algún consejo —dijo Julien, ofreciéndole a Estrella uno de los gruesos cigarrillos negros que estaba extrayendo del bolsillo interior de su chaqueta—, será un placer ayudarte.

Ella desestimó el cigarrillo con un gesto de la mano; el escozor del whisky bastaba por una noche.

—¿Consejos?

—No... —advirtió Harte de nuevo, pero esta vez ambos lo ignoraron.

—Si vas a llevar a cabo esta pequeña imitación, yo podría ser de alguna ayuda. Ya sabes, soy algo así como un experto. —Julien encendió una cerilla y dejó que ardiera un segundo antes de prender el cigarrillo que ella acababa de rechazar y soplarlo hasta que el humo impregnó el aire. Sacudió la mano para extinguir la llama y arrojó la cerilla de forma descuidada en el cenicero que había sobre la mesa que se interponía entre ambos—. Por ejemplo, tus piernas.

—¿Qué les pasa a mis piernas? —preguntó, frunciendo el ceño mientras bajaba la mirada a los oscuros pantalones que había robado de la habitación contigua. Le sentaban bastante bien, pensó, examinándolos críticamente. Sin duda, resultaban mucho más cómodos que las faldas que había tenido que usar durante las últimas semanas.

—Los hombres no se sientan así —dijo Julien, exhalando una nubecilla de humo que hizo que sus ojos lagrimearan—. Las mujeres se hacen pequeñas; creo que les inculcan eso desde pequeñas. Pero los muchachos aprenden desde que nacen que el mundo es suyo. Abre las rodillas un poco más.

Estrella alzó las cejas, dudando. No necesitaba *ese* tipo de ayuda.

Julien entendió sus reparos y sonrió.

—Así no. Hazlo como si merecieras el espacio. —Se inclinó hacia delante, con una chispa divertida en sus ojos color azabache—. Como si *ya* fuera tuyo.

Tenía razón: incluso en su propia época, los hombres con los que se había cruzado en autobuses y en el metro reclamaban el espacio a su alrededor como si tuvieran todo el derecho a poseerlo. Entenderlo, además de la expresión de Harte advirtiéndole que no lo hiciera, la hizo separar las rodillas un poco más.

—¿Así?

—Exacto —respondió Julien—. Mucho mejor de ese modo.

—Julien, esto es ridículo —dijo Harte con voz tensa.

Estrella tuvo la sensación de que, si miraba, tendría las orejas sonrosadas. Pero Julien la estaba observando, y no sería la primera en apartar la vista. Tras un largo instante, se giró hacia Harte.

—Estará bien. Si pude convertirte *a ti* en... —hizo un gesto impreciso en dirección a Harte—... *esto*, entonces puedo ayudarla a ella también.

—¿A qué te refieres? —preguntó Estrella. No le pasaron desapercibidos sus labios, alineados en una línea recta.

—No se refiere a nada. Solo ignóralo —dijo Harte, mirando el contenido del vaso de whisky en la mano de Estrella como si deseara beberse.

Julien procedió como si no lo hubiera escuchado.

—Me refiero a que yo le enseñé a Darrigan todo lo que sabe acerca de convertirse en el espléndido espécimen de hombre que hoy ves ante ti. Incluso le di su nombre.

—¿En serio? —preguntó. La furia silenciosa y la vergüenza grabadas en su expresión le causaron bastante diversión. Apuró lo que quedaba de la bebida solo para irritarlo.

—¿Quién otro crees que se lo enseñó? Tendrías que haberlo visto la primera vez que se presentó para hacer las pruebas en el Liceo. Ni siquiera era uno de los teatros más exclusivos, como te imaginarás. En su mayor parte se dedicaba a la chusma que podía pagar una entrada apenas más cara que en los teatros del Bowery, pero no mucho más. Yo ya tenía mi propio número desde hacía algún tiempo y había alcanzado un grado razonable de éxito. Un día andaba de casualidad por ahí cuando realizaban las pruebas, y lo vi...

—*Julien* —dijo Harte entre dientes.

—¿No era lo suficientemente bueno? —preguntó ella, inclinándose hacia delante.

—Oh, el número en sí estaba bien. —Julien miró a Harte—. ¿Qué fue lo que hiciste? ¿Un juego de manos o algo así?

Harte no respondió al principio, pero advirtiendo que Julien no abandonaría el tema, masculló:

—Arenas del Nilo.

—¿Eso es! —exclamó el actor, haciendo chasquear los dedos para subrayar su excitación—. Aunque no lo pudo terminar. El director de escena le dio quizá un minuto y medio antes de interrumpirlo. No podías culpar al hombre: cualquiera podía advertir lo que era Darrigan tras un segundo o dos de conocerlo. Tendrías que haberlo escuchado entonces. Su acento del Bowery era tan espeso como el lodo de una cloaca de ciudad... Apenas entendí lo que dijo. Y no servía de nada que tuviera un aspecto tan rudo como su acento... como si fuera a arrojarle un puñetazo al primero que lo mirara de reojo.

Estrella miró a Harte, que bullía de indignación silenciosa al otro lado de la mesa.

—Sigue teniendo esa misma expresión si sabes cómo dar en el clavo —dijo. *De hecho, tiene esa expresión ahora mismo.* Lo cual no le importaba en absoluto.

—¿Así que lo ayudaste? —preguntó—. ¿Por qué?

—Esa es la pregunta, ¿verdad? —Julien dio otra larga calada al cigarro, arrojando un chorro de humo a través de la nariz como un demonio travieso.

Estrella sospechó que no estaba pensando realmente en la respuesta. Las pausas eran demasiado intencionales. Tuvo que admitir que se trataba de un artificio bastante ingenioso, y uno en el que Julien era realmente bueno... captar la atención del oyente, hacer que quedara hipnotizado por sus palabras. Para cuando finalmente habló, incluso ella se moría de ganas de escucharlo.

—Podría decirte que soy un tipo con alma caritativa y benevolente al que le gusta ayudar a los demás...

Harte resolló con un resoplido de desdén, pero Julien hizo una pausa lo bastante larga como para que nada desviara la atención del resto de su declaración.

—*Podría* decir eso, pero en cambio te diré la verdad —concluyó, desviando la mirada momentáneamente hacia Harte—. Aquel día vi algo en él que no puede enseñarse... *vi presencia.* Incluso burdo e inexperto como era en aquel momento, cuando Darrigan se subió a aquel escenario, vi que lo dominaba como si hubiera nacido caminando sobre las tablas. Su talento tenía algo sin moldear... y yo quería intervenir en darle forma.

—Todo eso no son más que patrañas, y tú lo sabes, Jules —dijo Harte, aparentemente incapaz de soportarlo más—. Solo me ayudaste porque necesitabas a alguien que te protegiera de los hermanos Delancey. —Miró a Estrella—. Eran un par de aspirantes a gánsters del vecindario que no comprendían que el número de Jules era solo un número. Les había dado por acecharlo tras los espectáculos, intentando intimidarlo para probar lo fuertes que eran.

—Me defendí bastante bien —dijo el otro con frialdad.

—Claro que sí, pero las reglas del club de boxeo de caballeros no se siguen en el Bowery, y los ojos hinchados son difíciles de cubrir, incluso con todo el maquillaje del mundo. —Encogió los hombros—. Así que sí, Jules me enseñó cómo no parecer ni comportarme como una escoria de las alcantarillas, y yo le enseñé cómo pelear sucio contra los Delancey. Es tan sencillo como eso.

Julien le dirigió una mirada alicaída.

—Tú sí que sabes cómo arruinar una buena historia, ¿verdad, Darrigan?

—No estoy aquí para contar historias —le dijo Harte, y luego miró furioso a Estrella—. Ni tampoco ella. Hemos venido a por el collar.

Julien frunció el ceño, y a Estrella no se le pasó por alto la palidez de su rostro.

—Ya te he dicho que no lo tengo.

—¿Cómo pudiste deshacerte de él tras la carta que te envié? —preguntó Harte, con voz baja—. ¿Te perdiste la parte en la que te pedía que me lo guardaras, que me lo mantuvieras *a salvo*?

—No —respondió, su voz sonó tensa—. Lo entendí, pero también creí que te habías arrojado de un puente y que estabas muerto.

—Así que decidiste ignorar mi última voluntad —señaló Harte.

Julien parecía ligeramente incómodo.

—Lo guardé durante mucho tiempo, y no es que creyera que fueras a regresar algún día...

—Basta de dramatismo, Jules. Dinos de una vez dónde está —reclamó Harte, su voz teñida por una amenaza.

—Harte —murmuró Estrella—, déjalo hablar.

Julien le dirigió una mirada de aprecio, menos agradecida que interesada.

—Como te he dicho, guardé el collar. Lo *mantuve* bajo llave tal como me lo pediste. Pero el invierno pasado, la señora Konarske, la costurera del teatro, creó un traje que estaba prácticamente hecho para él.

—Dime que no lo hiciste —gimió Harte.

—Imaginaba que estabas muerto y enterrado, y no pude resistirlo. —Julien apagó lo que quedaba del cigarro en el cenicero—. Lo llevé durante menos de una semana antes de que alguien me ofreciera comprarlo.

—¿Lo vendiste? —preguntó Estrella.

Todos sus instintos se activaron. Si Julien tan solo había vendido el collar, significaba que no estaba perdido. Ella era una ladrona; solo era cuestión de robarlo otra vez.

—No me quedó otra opción. —Por su expresión de desazón, Estrella supo que había algo más que no estaba diciendo—. De cualquier manera, si hace que os sintáis mejor, no he usado aquel traje desde entonces. —Parecía casi decepcionado.

—Me tiene sin cuidado tu disfraz, Jules. Necesito saber a quién le vendiste el collar. —La mirada de Harte era perspicaz y decidida.

—Ese es la cosa. —Julien levantó la mirada, esperando un instante antes de volver a hablar—. No tengo ni idea.

El Mago maldijo hasta que Estrella le dio una patada por debajo de la mesa. Por frustrada que

estuviera con Julien, lo necesitaban de su lado y, al paso que iba, Harte terminaría diciendo algo de lo que no se podría retractar.

—Debes tener alguna idea de a quién se lo vendiste —dijo ella más amablemente—. Incluso si no sabes quién fue el comprador, alguien tuvo que darte el dinero y llevarse la gema.

—Oh, por supuesto que hubo un intercambio —accedió—. Pero eso no significa que yo sepa quién lo realizó.

Estrella prácticamente podía sentir la impaciencia de Harte.

—Deja de decir tonterías, Jules.

—No le vendí el collar a una *persona*. —Su voz era calma y pausada, y se tomó un momento para dar un largo sorbo de su whisky.

—Me estoy haciendo viejo —dijo Harte con los dientes apretados.

Pero Julien se negó a que lo presionara. Era una clase magistral de un juego de confianza. Se inclinó hacia delante, sus oscuros ojos rodeados por el reflejo de la lámpara que había sobre la mesa que los separaba.

—Si estás pensando en recuperarlo, será mejor que lo olvides —dijo en voz baja, haciendo una pausa para estirar el momento—. Porque se lo vendí al Profeta Velado.

LA SOCIEDAD

1904, St. Louis

El poder del Libro se agitaba en su interior y Harte sintió que su paciencia terminaba de deshilacharse. Había comenzado en cuanto levantó la mirada y vio a Estrella allí inmóvil, con el cabello mutilado y los ojos brillantes por la furia. No estaba listo para su llegada inesperada; no se había preparado para retener el poder, y cuando sintió la furia que irradiaba, la voz se alzó, empujando las débiles barreras que había erigido en su mente.

Podía sentir el sudor en las sienes por el esfuerzo de mantener aquel poder a raya. Quería ahorcar a Julien solo por mirar a Estrella, y más todavía por la explicación cargada de interrupciones. Pero consiguió mantener cierta calma en la voz.

—¿Quién es *exactamente* el Profeta Velado?

Julien consideró la pregunta.

—El Profeta Velado no es tanto un quién, sino un *qué*.

—Si no dejas de hablar con acertijos... —Harte empezó a gruñir, pero sintió otra patada dura bajo la mesa. Al otro lado, Estrella le lanzó una mirada de advertencia que dobló al poder en su interior hasta dejarlo ronroneando. Le gustaba verla furiosa, y aún más a él, porque lo distraía, lo debilitaba. Así que controló sus nervios lo mejor que pudo.

—Lo que Harte *intenta* decir es que... —interrumpió Estrella, lanzándole otra mirada—... nos encontramos en una especie de aprieto. Como habrás imaginado por mi nuevo aspecto, la policía sabe que estoy en la ciudad. Solo hemos corrido el riesgo de encontrarnos contigo porque necesitamos el collar. Y como no lo tienes, necesitamos encontrarlo y salir de la ciudad... y de tu vida... antes de que me encuentren. Si hay algo que puedas hacer para ayudar, estaríamos muy agradecidos.

—¿Ves, Darrigan? *Así* es cómo debes hablar con un amigo. —La boca de Julien se curvó hacia arriba antes de volverse hacia ella de nuevo—. El Profeta Velado no es solo una persona. En esta ciudad es una institución, una especie de figura decorativa, y la persona que la interpreta va cambiando —explicó—. Todos los años, la Sociedad elige a alguien para representar el papel, pero jamás se revela la identidad del Profeta en sí. Así que, por eso, la persona a la que le vendí el collar pudo haber sido cualquiera. Nunca llegué a verle el rostro.

—¿Qué es la Sociedad? —preguntó Estrella.

—La Sociedad del Profeta Velado —explicó Julien.

—Jamás he oído hablar de ellos —respondió Harte, intentando mantener la voz serena.

—Eres nuevo aquí, así que no me sorprende —dijo, encogiendo los hombros—. Pero sabes cómo es... Los ricos siempre tienen sus pequeños clubes. La Sociedad no difiere demasiado de la Orden. Mayormente, son un montón de banqueros y políticos que se consideran a sí mismos una especie de grupo de padres de la ciudad, y tal como la Orden allí en Nueva York, se comportan como una organización filantrópica. Cada Día de la Independencia organizan un gran desfile y un baile selecto para coronar a una debutante. Nada... y me refiero a *nada*... sucede en esta ciudad sin que la Sociedad lo sepa o intervenga en ello.

—Y ese es el motivo por el que tuviste que venderles el collar cuando ofrecieron comprártelo —señaló Estrella.

Tenía razón. Con el tipo de número que realizaba Julien, habría sido un blanco. Necesitaría tener a la Sociedad de su lado, no en contra.

Julien asintió. Su mandíbula se tensó al tomar un largo sorbo del whisky que tenía delante.

—No fue solo por el dinero que me ofrecieron —le dijo—. El Profeta Velado en persona vino a verme tras uno de mis espectáculos... apareció en el camerino sin una invitación, bastante parecido a lo que hicisteis vosotros —dijo, pero no había humor real en su voz—. Dijo que pagaría una fortuna por el collar, y cuando me negué... porque te prometo, Darrigan, que jamás tuve la intención de desprenderme de aquel estúpido objeto... cuando no acepté su oferta enseguida, dejó claro que, si no lo vendía, yo no trabajaría nunca más ni en esta ciudad ni quizá en ninguna otra. Pero si lo vendía...

—Te ofrecerían protección —concluyó Harte.

Julien asintió tensamente.

—Estoy *así* de cerca de triunfar, Darrigan. Ya ha venido varias veces a ver mi número gente del Circuito de Orfeo, e incluso he tenido varias conversaciones con un pez gordo de Nueva York para que monten un espectáculo exclusivo para mí, tal vez incluso se inaugure allí en Broadway. Pero la idea aún no termina de convencerlos. Ya ves cómo es. Quieren ver cómo sale el resto de este espectáculo. Con la Exposición y todos los visitantes que vendrán a la ciudad, podría salir bastante bien pero, si la Sociedad decide complicar las cosas, podría perder todo aquello por lo que he trabajado. ¿Comprendes?

Harte asintió. *Sin duda*, lo comprendía. Sabía lo que era estar en el umbral del éxito, a solo un paso de la mugre de tu pasado. A veces hacías lo que tenías que hacer. ¿Cuántas veces él mismo había ignorado la coincidencia de un golpe de suerte que venía justo después de un «favor» que le había hecho a Paul Kelly? Demasiadas. Así que sí, Harte lo comprendía, pero...

—Eso no cambia nada —le dijo a Julien—. Aún necesitamos el collar.

—Tienes que entenderlo, Darrigan. Por mucho que me gustaría hacerlo, no puedo ayudarte. No si la Sociedad está involucrada. Hay demasiado en juego para mí en este momento.

Harte casi sintió pena por él. Definitivamente, sintió una punzada de culpa por el lío en el que se encontraba su amigo, ya que se sentía responsable en parte por lo ocurrido. Aunque seguramente habría sentido más que una punzada si este no hubiera ido contra sus indicaciones explícitas.

—Me temo, Julien, que no tienes demasiada opción.

El actor frunció el entrecejo.

—No puedes obligarme a ayudarte.

Se equivocaba, por supuesto. Un simple apretón de manos o un ligero golpeteo, y Harte podía obligar a Julien a hacer lo que quisiera. Por la expresión vacilante en el rostro de Estrella, era lo que ella esperaba que sucediera. Pero si podía evitarlo, no quería elegir ese camino. No quería tratar a un viejo amigo como a un blanco cualquiera.

Harte se inclinó sobre la mesa y bajó la voz.

—Déjame hacerte una pregunta... ¿realmente crees que a J. P. Morgan le importe un rábano la muerte de algunas personas en un tren?

De pronto, Julien se mostró desconfiado e inseguro.

—¿A qué te refieres?

—La recompensa por la cabeza de Estrella —explicó Harte—. No es por el descarrilamiento de ningún tren; es por lo que le quitamos a la Orden.

—La Orden negó que le hubieran sustraído algo —dijo Julien, pero se oyó un temblor en su voz.

—Mintieron —dijo Estrella—. No podían permitir que nadie se enterara de lo que habíamos hecho. Si se corría la voz de que los habían engañado tan fácilmente, habrían quedado como unos imbéciles.

—Su cuartel general en Khafre Hall era básicamente una fortaleza —añadió Harte—, y de todas formas conseguimos sustraerles sus posesiones más preciadas, incluido el collar.

—No —Julien alzó la voz.

—Cálmate, Jules —le dijo Harte con amabilidad. Su frustración había cedido el paso a la compasión... a la culpa—. La gente ha empezado a mirarnos.

—No me habrías puesto en semejante riesgo —dijo Julien, con un temblor en la voz—. No después de todo lo que hice por ti.

—Necesitaba a alguien en quien confiar para que me lo mantuviera a salvo —dijo Harte. *Necesitaba a alguien que supiera guardar secretos*—. Y si recuerdas, te di instrucciones precisas para que lo mantuvieras oculto salvo que lo necesitaras para una emergencia. Una *emergencia...* de tipo vida o muerte. No te dije que desfilaras con él sobre el escenario porque tenías un traje nuevo.

La mano de Julien tembló cuando extrajo los cigarrillos del interior del bolsillo del abrigo.

—Aún no veo por qué nada de eso tenga que ser problema mío. —Intentó encender uno, pero tras manotear torpemente las cerillas, se dio por vencido.

—Oh, vamos, Jules. No me obligues a explicártelo —dijo Harte—. Estos tipos ricos son todos iguales... y hablan. ¿No crees que tarde o temprano la Orden se enterará de que este Profeta tiene el collar?

—Y si la Orden se entera, se preguntarán si conoces el paradero de los otros objetos —añadió Estrella—. Vendrán a por ti.

El rostro de Julien había cobrado un tinte ceniciento.

—Lo sabía. En cuanto apareciste en mi camerino supe que no me traerías más que problemas. Tendría que haber dejado que la Guardia de Jefferson te detuviera anoche, amigos o no.

—Es posible —accedió—. Pero alégrate de no haberlo hecho.

—No puedo imaginarme el motivo —dijo Julien, estrechando los ojos—. No estaría metido ahora en este lío.

—Provocaste este lío cuando te pusiste el collar para pasearlo en el escenario, pero si quieres salir de él, vas a tener que ayudarnos —dijo Harte, recordando los extraños objetos que Estrella había encontrado en el camerino de Julien—. Necesitamos a alguien infiltrado dentro, alguien que conozca a la Sociedad. Tú nos ayudarás a descubrir dónde tiene el collar el Profeta este al que te refieres, y luego nos ayudarás a entrar para poder recuperarlo antes de que nadie más se entere.

LOS SECRETOS DEL LIBRO

1904, St. Louis

Jack Grew entró en su suite y cerró la puerta tras él. Una vez encendida la lámpara, la caoba y el brillo de la seda, las alfombras persas mullidas y el destello de bronce destacaron en la habitación, pero fue el silencio lo que le trajo alivio. *Finalmente*, el bendito silencio.

Las últimas horas transcurridas en el hotel Jefferson habían sido un caos de ruido y confusión, pero al final solo una cosa le importaba: Estrella había huido. La policía y la Guardia la habían tenido arrinconada, atrapada, y había logrado escabullirse de todas formas.

Tras comprobar la cerradura de nuevo, solo para estar seguro, y cerrar las cortinas, Jack se aflojó la corbata y extrajo el Libro de su bolsillo secreto dentro del chaleco. Sentándose en un sillón orejero junto a la chimenea, recorrió con los dedos el ya tan familiar diseño que tenía sobre la portada agrietada. Se tomó un momento, como lo hacía siempre, para trazar el recorrido de las líneas grabadas en el cuero. El diseño tenía algo hipnótico: las figuras parecían nítidas y separadas... romboides y triángulos, uno encima del otro. Pero al recorrerlos con los dedos se dejaba al descubierto una realidad diferente: las formas no estaban separadas como parecían, sino que se entrelazaban infinitamente. Muy parecido a lo que sucedía con las páginas del Libro en sí: los renglones no tenían principio ni fin; eran simplemente un circuito continuo que lo llevaba con más y más profundidad al interior de la verdad.

Calmado por el familiar ritual, cogió el bote de morfina de su bolsillo y se colocó dos pastillas sobre la lengua, acogiendo su amargura como a un viejo amigo. Ya podía sentir su efecto mientras abría el pequeño tomo. Poco a poco sintió que la tensión del día desaparecía a medida que la morfina aquietaba el martilleo de sus sienes. Poco a poco, sus sentidos cobraron vida; se sintió más consciente de lo que se había sentido en toda la noche.

Durante dos años había estudiado las páginas del *Ars Arcana*, y aún no podía descubrir todos sus secretos. Había días en que parecía que podía pasar las páginas interminablemente, sin llegar jamás al final. Otros días, el Libro le parecía más pequeño y compacto. Jamás era el mismo volumen dos veces, y la sorpresa que iba a su encuentro cada noche al abrirlo era su parte favorita del día.

Aquella noche el número de las páginas alcanzaba alrededor de las treinta, y eran hojas que ya había visto muchas veces. Su propia letra glosaba las inscripciones incomprensibles página tras página, evidencia de su devoción por el Libro, de su devoción por el oficio y la *ciencia* de la magia. No importaba que la mayoría debería haber permanecido incomprensible para él. Jamás se preocupaba cuando salía de la neblina de morfina y whisky y encontraba una nueva página descifrada, un nuevo secreto descubierto. Era simplemente parte del poder del Libro, una señal de su propio mérito ya que el Libro le revelaba la verdad cuando su mente estaba lúcida, abierta y lista para recibirla.

Trituró un pastilla de morfina más entre los dientes mientras buscaba el pasaje sobre el que había estado trabajando unos días antes, pero su mente no dejaba de alejarse del Libro y de regresar al hecho de que Estrella Filosik y Harte Darrigan estaban allí, en aquella ciudad.

Por algún motivo, no resultaba sorprendente. En cuanto bajó del tren, tuvo el presentimiento de que aquel viaje no sería como los demás. Presintió la promesa en el aire, pero supuso que se

trataba de una victoria política en el horizonte.

Habían pasado dos años sin indicio alguno de ella ni de Darrigan. Por supuesto, había denuncias que la hacían responsable de cualquier cantidad de tragedias. Los Antistasi estaban ansiosos por apropiarse de la llamada Ladróna del Diablo y de utilizarla para beneficiar sus objetivos. Jack no tenía problema con ello: cuantos más Antistasi intentaran resistir la marcha de la historia, más se convertían a sí mismos en blancos del odio y del miedo para los ciudadanos corrientes. Cada nuevo ataque, por pequeño que fuera, había contribuido a incrementar, lenta y decididamente, el apoyo que les había permitido aprobar la Ley. Cada muerte que provocaban los Antistasi había sido otro ejemplo de por qué el país no podía permitir que la magia se desplazara de manera incontrolada. Sí, dos años habían pasado sin Estrella Filosik, pero habían sido años muy fructíferos para Jack Grew.

Desde el descarrilamiento del tren, había utilizado la publicidad relacionada con el suceso para ir escalando poco a poco los peldaños del poder. Empezó con la Orden, empleando el Libro para obtener un lugar en su consejo del cónclave, donde habló de los peligros de la magia salvaje fuera de la ciudad. Aquel discurso llamó la atención de un senador, que le pidió ayuda a Jack para obtener votos suficientes que le permitieran promulgar una ley que prohibiera la magia. El presidente no había prestado atención hasta que los Antistasi empezaron sus ataques. Pero considerando que el propio Roosevelt estaba en el cargo por el acto del anarquista que asesinó a McKinley, tenía un profundo deseo de reprimir cualquier otra amenaza. Una vez que Jack obtuvo la confianza de Roosevelt, la aprovechó sabiamente, y no tuvo que pasar mucho tiempo para que se convirtiera en un asesor al que el presidente acudía con frecuencia.

Después de todo, ¿quién mejor para combatir un brote de magia, la destrucción de la unidad nacional, que alguien que se había visto tan afectado por ella?

Durante casi seis meses había estado viajando como agregado del presidente Roosevelt, rastreando el país para reunir evidencias sobre los rastros que aún existían de la magia ilegal y de los gusanos que seguían aferrándose a ella. No se trataba de un cargo oficial en el gabinete, al menos por el momento, pero Jack tenía esperanzas. No. Jack tenía *ambiciones*. Y no se detendría hasta cumplirlas.

Hojeando a través de las familiares páginas, sucumbió a la claridad de la morfina y dejó que su mente se abriera a las posibilidades contenidas en el Libro. Encontró la página que quería... una que no siempre aparecía. Era una señal, lo sabía, de que aquello era lo que debía hacer. Sus dedos recorrieron las anotaciones que había tomado en los márgenes, pero al leer las palabras sobre la página, no era inglés lo que pronunció sino una lengua mucho más antigua.

Jack no era idiota. Sabía que había un motivo por el que Estrella y Darrigan habían aparecido justo allí y en aquel momento, y sabía que su aparición en St. Louis tenía que ver con la adquisición más reciente de la Sociedad: un collar que pregonaban como un tesoro antiguo; un collar que Jack tenía toda la intención de recuperar para sí. Con él estaría a un paso más de reclamar el poder que había dentro del Libro como propio y de erradicar de la faz de la Tierra incluso el *recuerdo* de los gusanos que intentaran enfrentarse a él.

OSCURIDAD INEXPLICABLE

1904, St. Louis

Estrella observó la espalda de Julien abriéndose paso a través de la concurrida taberna y adentrándose en la noche.

—¿Estás seguro de que no irá corriendo a esta Sociedad y nos delatará? —preguntó a Harte, dándose la vuelta hacia él.

—No le diré a nadie que nos ha visto. —Sus cejas se fruncieron.

—Pero todos aquellos objetos que vimos en su camerino... los medallones y las fajas —insistió—. Todos tenían inscriptos las letras *PV*. Es uno de ellos.

—Lo sé, pero Julien no es estúpido —dijo—. Puede no gustarle, pero nos dará la información que necesitamos para protegerse a sí mismo y a su carrera.

Estrella arrugó el ceño; Harte pidió otro vaso de whisky, y cuando llegó, se lo bebió de un solo trago. Al principio, no dijo nada más. Simplemente se quedó sentado, sus ojos fijos mirando la nada, con las mejillas sonrojadas por la bebida mientras la música del piano envolvía la sala en su hipnótico ritmo. Era una melodía *ragtime*, un pasaje sincopado de apoyaturas y teclas negras. Había estado toda la noche en un segundo plano, pero en aquel momento, con el silencio que se suspendía entre los dos, no pudo evitar escucharla. Y al hacerlo, prácticamente pudo oír el futuro en los ritmos y los acordes... la actitud relajada y despreocupada, con el énfasis en notas que aparecían inmediatamente después del acento. Con el tiempo se convertiría en el blues y el jazz, y luego atravesaría el siglo xx de modo desenfadado, con ingeniosas transformaciones.

Pero en aquella época no era más que una melodía *ragtime* en el umbral de algo más, como si fuera una promesa... o quizá una advertencia... de que también ellos, si bien a salvo por el momento, estaban en el umbral de algo que no podían predecir.

—Así que Julien es... —No estaba segura de lo que quería decir, no por cómo la miraba Harte, los ojos atormentados e indescifrables.

—Es un maldito genio —dijo Harte sin inflexión en la voz. No parecía un cumplido—. Lo has visto hoy en el escenario y lo has visto hoy aquí.

Era cierto. Todos los aspectos de Julien, desde la nítida separación que dividía su oscuro cabello hasta la forma en la que utilizaba los gruesos cigarros como un elemento escenográfico para enfatizar sus palabras, eran el vivo retrato de la confianza masculina. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos en el camerino unas horas atrás quitándose la peluca rubia y el maquillaje escénico, le habría costado creer que era la misma *mujer* que había cautivado a toda la sala con su canción ronca y desgarradora.

—¿Qué Julien es el Julien real? —preguntó—. ¿Y cuál es el actor?

Harte frunció el ceño.

—Para ser sinceros, no creo que importe.

—¿No?

Sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo llegué a la conclusión de que Julien es lo que sea que quiera ser. *Es* la mujer que cautiva al público sobre el escenario y *también* el hombre que parece ser fuera del escenario. —Hizo una pausa, como escogiendo sus palabras con cuidado—. Son la misma

persona, y esa habilidad que posee... la capacidad de cambiar a su antojo entre ambos sin perder su esencia en sí... me ha enseñado lo importante que es no perder el alma de quien eres cuando estás convirtiéndote en otra persona.

Estrella comprendió entonces lo que Julien había querido decir cuando le había contado que el Mago sabía todo lo que sabía porque lo había aprendido de él. Había visto en él el eco del mismo pavoneo masculino que adoptaba Harte al caminar. O mejor dicho, suponía que era de ahí de donde lo había sacado. Pero no pudo evitar preguntarse en quién se convertía este cuando estaba con ella.

—Escucha, no te preocupes por Julien —dijo veladamente—. *Yo* me ocuparé de él.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—No me vas a dejar fuera de esto, Harte.

—No tengo intención de dejarte fuera —le dijo—. Intento mantenerte a salvo.

—Pues, deja de intentarlo. Hasta ahora he estado perfectamente bien sola. No necesito un caballero de brillante armadura.

—Nunca te he dicho que pretendiera serlo —habló bruscamente—. Se supone que estamos en esto juntos, pero no quieres que me preocupe por ti ni que haga nada por ayudarte. ¿Qué necesitas *de verdad*, Estrella?

Necesito que dejes de alejarte de mí.

Lo inesperado del pensamiento la sorprendió.

—Necesito que me dejes en paz y confíes en que conozco mis propios límites —dijo en cambio. Vio un destello de dolor cruzar sus rasgos, pero no se disculpó—. Necesito que confíes en *mí*.

—¿Te refieres a como confías tú en mí? —La miró un instante, sacudiendo la cabeza—. Te he dejado sola una hora y te has cortado el cabello.

—Es *mi* cabello, Harte. Puedo hacer lo que quiera con él.

Él frunció el ceño, deslizado la mirada sobre su rostro hasta descender por su nuca, observando el abrigo demasiado grande y la camisa arrugada por debajo. Por mucho que odiara admitirlo... incluso para sí misma... Estrella sintió tanto calor como si él la estuviera recorriendo con sus propias manos.

—Te habría traído conmigo si hubiera sabido que ibas a hacer algo tan drástico —dijo al fin.

—No tendrías que haberme dejado, para empezar.

Sus ojos fueron al encuentro de los suyos, y juró que contenían todo lo que no estaba diciéndole. Luego parpadeó y desvió la mirada como si no pudiera soportar mirarla más.

Ella suspiró, irritada por su histrionismo.

—Estás concediéndote demasiado crédito, Darrigan —le dijo. Cuando no respondió a sus palabras, golpeó la mesa entre los dos para llamar su atención—. ¿Me has oído? Ha sido *mi* decisión.

Seguía sin mirarla.

—Si no te hubiera dejado y hecho enfadar...

—Lo habría hecho de todas formas —dijo interrumpiéndolo antes de que pudiera decir algo incluso más estúpido—. Lo he hecho por *necesidad*. Soy más alta que la mayoría de las mujeres; llamo la atención. Pero como hombre, tengo una altura promedio. Es fácil pasarme por alto. Y ya has visto lo que ha pasado en el Jefferson. Un sombrero puede caerse o se me pueden aflojar las horquillas. No podemos correr el riesgo de que vuelva a suceder... *Yo* no puedo correr ese riesgo. Es solo cabello.

Harte la miró frunciendo el ceño, como si no se creyera nada de lo que decía... o quizá

sencillamente no quería creerlo.

—Además, me gusta —le dijo ella, alzando el mentón con gesto desafiante—. Julien tiene razón... tengo la complexión para poder hacerlo... y la seguridad.

Por la expresión de su rostro, Estrella se dio cuenta de que no estaba de acuerdo, pero había otra emoción en su mirada. Cierta avidez. Por un instante se sintió atrapada por su intensidad.

—Ya eres lo bastante peligrosa sola sin la ayuda de Julien.

Sintió una repentina tibieza en las mejillas.

—¿Crees que soy peligrosa? —preguntó, haciendo un esfuerzo por impedir que sus labios se curvaran en una sonrisa. Le gustaba la idea de que él la viera así, incluso más, la idea de mantenerlo a raya.

—Desde el primer momento en que te vi en el Haymarket. Pero no me necesitas a mí para que te lo diga. —El gris tormenta de sus iris parecía de algún modo más oscuro que un momento atrás. De nuevo creyó ver aquel destello de colores sin nombre en lo más profundo de ser—. Tú ya *sabes* que eres peligrosa.

Tenía razón. Se había entrenado durante toda su vida para ser un arma, pero el hecho de que él lo admitiera no lo hacía menos placentero.

—Esto funcionará. —Podía sentir la certeza de ello en su interior—. Julien nos ayudará a recuperar el collar, y luego pasaremos a la siguiente gema. Después de todo —dijo con una sonrisita presumida en los labios—. ¿Acaso no soy la Ladrona del Diablo?

Algo leve cambió en su expresión.

—No estoy seguro de que sea un apodo que quieras adjudicarte.

—No sigues preocupado por la gente del salón de baile, ¿verdad? —preguntó, recordando la emoción que había sentido al verlos... sus rostros enmascarados y sus faldas vaporosas. Más que nada, recordaba la forma en la que el ánimo del salón había pasado de ser festivo a temeroso mientras los hombres que los rodeaban se escabullían como cucarachas para huir.

—Si esos eran los Antistasi, tenemos que evitarlos a toda cosa —dijo Harte. Luego le contó lo que Julien le había transmitido acerca de los ataques al centro de la Exposición y a otros lugares de la ciudad.

—¿Han herido gente? —preguntó Estrella. Sintió un estremecimiento de inquietud... y, extrañamente, decepción.

—Y lo han hecho utilizando el nombre de la Ladrona del Diablo —dijo Harte sombríamente.

—A causa del tren —dijo ella con desazón—. Porque fui yo quien lo empezó todo.

Harte unió las cejas.

—Tú no hiciste estallar el tren, Estrella.

—Quizá no a propósito —señaló—. Pero algo le pasó. Me deslicé a través del tiempo, y murió gente.

—Es posible. O también es posible que tú no tuvieras nada que ver con ello —argumentó él.

Ella sacudió la cabeza.

—Tú no lo crees de verdad. Mira lo que sucedió en el hotel y en la estación. Incluso sobre el puente cuando cruzamos el Umbral. Algo me sucede cada vez que uso mi afinidad cuando estoy contigo. El poder del Libro tiene algo que lo cambia. Y cuando quiero retener el tiempo, percibo una oscuridad que no puedo explicar.

—¿Una oscuridad? —preguntó Harte. Se había quedado muy quieto.

—Cuando uso mi afinidad puedo ver los espacios entre el tiempo, pero cuando estoy tocándote, es como si esos espacios desaparecieran. Como si el propio tiempo en sí desapareciera. ¿Acaso

no has escuchado los cables del ascensor? Parecían a punto de romperse. —Se pasó la lengua por los labios, obligándose a seguir—. ¿Y si eso fue lo que le sucedió al tren?

La volvió a mirar con el ceño arrugado. Cuando finalmente habló, parecía estar escogiendo cada palabra con cuidado.

—Tú no lo sabes. Lo que sí sabemos es que no tuviste *intención* de hacerle nada a aquel tren. Si estos Antistasi están utilizando lo que sea que haya sucedido en beneficio propio, no son más que unos oportunistas.

—O tal vez solo están intentando sacar algo bueno de una tragedia —argumentó—. Ya has oído a Julien. Jack utilizó el descarrilamiento para infundir el temor y la furia contra los mageus. Tal vez los Antistasi solo estén respondiendo a todas esas mentiras. —Porque *alguien* tenía que hacerlo—. Puede ser que los Antistasi sean unos oportunistas, pero anoche nos ayudaron a escapar. Quizá eso los convierta en nuestros aliados.

—No necesitamos aliados —replicó Harte—. Necesitamos recuperar el collar y largarnos de la ciudad lo antes posible. Cuanto antes lo tengamos, antes podremos reunir el resto de los artefactos y regresar a la ciudad para ayudar a Jianyu.

—Es posible que no podamos hacerlo rápidamente. Teníamos todo un equipo para entrar en Khafre Hall —le dijo—. Si hay un grupo de mageus aquí en St. Louis trabajando activamente contra la Guardia, quizá podamos valernos de ellos.

—Para hacerlo tendríamos que encontrarlos y convencerlos para que confíen en nosotros. Y tendríamos que averiguar si *nosotros* podemos confiar en *ellos* —le dijo Harte—. La policía y la Guardia ya saben que estás aquí. Pronto lo sabrá también la Orden. Cuanto más rápido nos marchemos de esta ciudad, mejor.

Estrella no podía estar en desacuerdo con aquello. Aunque fuera menos reconocible con su nuevo corte y el traje de hombre, cuanto más permanecieran, más peligroso se volvería todo. Encontrar a los Antistasi *llevaría* tiempo, pero no estaba segura de que Harte tuviera razón en resistirse a siquiera averiguar acerca de ellos.

Para entonces el pianista tocaba los últimos acordes de su canción, y la gente de la pista empezaba a alejarse.

—Deberíamos irnos —dijo Harte, pero a ella no le pasó inadvertida la tensión de su voz ni la forma en la que el músculo de su mandíbula palpitaba de frustración.

Perfecto. Si fuera por ella, podía enfurruñarse todo lo que quisiera. Lo que no podía volver a hacer era excluirla de nada.

1902, Nueva York

Después de Delmonico's, Viola sabía que la estaban observando con más atención aún. No es que no hubiera superado la pequeña prueba de Paul exactamente, pero su vacilación para matar a la reportera la convertía en sospechosa. Su hermano aún no confiaba en ella por completo... y con razón, ya que su actitud de sumisión no era más que una estratagema. Pero sus sospechas tornaban las cosas incómodas e inconvenientes. Especialmente dado que parecía estar trabajando con Nibsy Lorcan, la rata.

Viola ya habría matado a Nibsy por su traición, pero no podía correr el riesgo de irritar a su hermano. No hasta que descubriera lo que tramaba con el muchacho. Paul había ganado bastante poder, y sus Five Points eran lo bastante despiadados como para haber acabado ya con Nibsy y lo que quedaba de los Hijos del Diablo. Lo cual quería decir que el chico tenía algo que Paul necesitaba. Tal vez, el muchacho estuviera sencillamente manteniéndolo a raya con los secretos que Dolph había reunido acerca de los Five Points a lo largo de los años. Pero por lo que Viola había visto, sus interacciones eran más cordiales de lo que sugería un chantaje.

Permanecer bajo la mirada vigilante de su hermano significaba someterse a Nibsy y a la Orden. Ambos eran repugnantes; impensables. Pero permanecer donde estaba significaba que era poco probable que ni Nibsy ni la Orden le pusieran un dedo encima. Esperaría la hora propicia y aprendería sus debilidades. Utilizaría a Paul contra Nibsy, y recuperaría su daga.

Y cuando llegara el momento adecuado, destruiría a la Orden desde dentro.

Desafortunadamente, esperar la hora propicia significaba simular una mansedumbre que iba en contra de todo lo que era. En los días después de lo ocurrido en Delmonico's, sus manos se habían resecado y arrugado de tanto fregar platos, y la única navaja a la que había tenido acceso era el pequeño cuchillo de pelar que tenía oculto entre sus faldas. Era algo patético... con apenas diez centímetros de largo y fabricado de un acero endeble cuya punta se había doblado hacía ya tiempo. En una pelea, sería absolutamente inútil, aunque para ser sinceros, las ocasiones para pelear eran inexistentes. Se había ofrecido para ser su arma, pero él la había convertido en poco más que una ayudante de cocina. Sentía que empezaba a perder su filo, como un cuchillo arrojado y olvidado dentro de un cajón, y le preocupaba que la afilada navaja que había sido alguna vez empezara a perder su agudeza.

La puerta de la cocina del Café Pequeño Nápoles se abrió por detrás. Viola giró, dirigiendo la mano a su despreciable cuchillo. Pero solo era su madre, que venía a echar un vistazo a la cacerola que tenía a su cuidado.

—*Giorno, mamma* —dijo Viola, con la mirada dirigida al suelo mientras retrocedía un paso para permitir que pasara.

La expresión de su madre era seria; sus ojos, inquisidores al coger la cuchara de Viola y revolver una vez la cacerola de lentejas. Emitió un sonido indefinido mientras se llevaba la cuchara a la boca y probaba, pero luego sus labios se curvaron hacia abajo.

—Le falta sal. ¿Usaste el *guanciale*, como te dije?

—Sí, *mamma* —respondió, con la mirada aún puesta en el suelo para que no advirtiera la frustración en sus ojos—. En rodajas delgadas, como me indicaste.

—¿Y lo derretiste lo suficiente antes de meterlo con las legumbres?

—Sí, *mamma*. —Apretó los dientes para evitar decir algo más.

—Pues supongo que tendremos que conformarnos con esto —dijo su madre con un suspiro. Era el mismo suspiro que Viola había oído casi todos los días de su niñez—. Por hoy... Mañana lo harás mejor.

—Sí, *mamma*. —Viola intentó relajar la mandíbula y levantó la mirada para observar a su madre. Ya había empezado a revisar las patatas que había cortado en rodajas para las verduras de hoja.

—Demasiado gruesas —masculló al examinar su trabajo.

No importaba si las patatas estaban perfectamente cortadas en cubitos, uniformes y parejas... después de todo, Viola sabía usar la hoja de un cuchillo... Siempre era lo mismo: demasiado gruesas o demasiado delgadas, demasiado saladas o no lo suficiente. Todos los días su madre venía a inspeccionar su trabajo, y nada era jamás lo bastante bueno para su *Paolino*.

Pero ¿y para Viola?

Ella era demasiado descarada, demasiado soberbia. *Quieres demasiadas cosas*.

Se sacudió de encima los fantasmas de su pasado.

—¿Comerás hoy con Paolo, *mamma*? —preguntó, un débil intento de sacar a su madre de la cocina antes de que ella dijera o hiciera algo de lo que no pudiera retractarse.

—Sí —respondió, y alzó un plato para examinar su limpieza—. Tráeme también un poco del pan.

Viola preparó dos platos de lentejas y los acompañó con rodajas de pan. Por lo menos su madre no le encontraría ningún defecto: había aprendido a preparar el pan con una experta. Había observado a Tilly día tras día en la cocina del Strega mientras su amiga convertía un montón de ingredientes en las tibias hogazas que mantenían a la gente de Dolph satisfecha y feliz. Había memorizado el movimiento de las manos de Tilly mientras medía, batía y amasaba... la forma en la que sus ágiles dedos trabajaban el trozo de harina y levadura hasta que se volvía suave y terso como la carne humana. Había sido feliz allí, satisfecha con solo mirar a la chica de la que se había enamorado, la amiga que no tenía ni idea de lo que significaba para Viola.

Tilly había sido valiente. Había muerto porque su primer impulso había sido el de ayudar sin pensar en sí misma ni en el peligro que corría. Incluso después de que la hubieran despojado de su magia, había luchado hasta el final. Y también lo haría Viola.

Secándose la humedad de las mejillas, levantó dos platos y se estampó en el rostro la sonrisa que a su hermano le gustaba. Al empujar las puertas para pasar al salón principal, sintió los ojos de los chicos de Paul sobre ella, pero ignoró sus miradas ardientes. No estaba interesada, y sabía que ninguno la tocaría mientras su hermano dejara en claro que le pertenecía. Su madre y su hermano estaban sentados ante una mesa en un rincón; les sirvió su almuerzo con la cabeza inclinada y el corazón endurecido, sabiendo que a veces el valor debía ser manso y secreto, como el de Tilly.

Los dejó comiendo y, como necesitaba un poco de aire, llevó un cuenco de restos a la pila de residuos del fondo. La sarta de maldiciones que farfulló mientras caminaba habría hecho ruborizar hasta al más endurecido de los chicos del Bowery si alguno hubiera conseguido comprender el italiano. De todas formas, no hablaba en la lengua de su madre para proteger las sensibilidades delicadas de nadie; no le importaba ni lo más mínimo que una dama supiera las palabras que estaba pronunciando... Había dejado de ser una dama desde el día en que su hermano la había obligado a matar a un hombre por primera vez.

Acababa de situar el cuenco de sobras sobre un banco fuera del edificio cuando advirtió que no estaba sola. Fingiendo secarse las manos con el delantal andrajoso, extrajo el pequeño cuchillo de entre las faldas y siguió avanzando hacia las letrinas. Cuando percibió movimiento por el rabillo del ojo, no vaciló. Con un solo movimiento fluido, giró velozmente y le arrojó el cuchillo a su objetivo.

Le dio en el blanco, como siempre sucedía, dejando a la intrusa clavada por la manga a la valla de madera.

¿Intrusa?

Los ojos de la chica se habían abierto a causa del miedo, ¿o era solo sorpresa? Pero luego el temor cedió el lugar al placer, y su rostro entero se iluminó.

—¡Oh, bravo!

A Viola le llevó un momento caer en la cuenta de lo que estaba viendo. Era la chica de Delmonico's, pero en lugar del rosado y vaporoso vestido, llevaba puesta una falda oscura y lo que parecía ser el chaleco de un hombre. Llevaba una corbata atada cuidadosamente al cuello de su pulcra camisa blanca y una gorra en la cabeza. Estaba ridícula, como una niña que se disfraza con la ropa de su papá.

Está perfecta.

—¿Qué haces aquí? —siseó Viola, ignorando la oleada de calor que la había invadido mientras echaba un vistazo a la puerta de la cocina. Después de todo lo que había hecho por mantenerla viva, la chica acababa de meterse directamente en la boca del lobo.

—En este momento, tratando de liberarme —respondió mientras intentaba zafarse del cuchillo que había quedado clavado en la madera.

Viola avanzó a grandes pasos hacia ella, y con un tirón que hizo estremecer a la joven, extrajo el cuchillo y lo llevó a su garganta.

—No deberías estar aquí.

Oyó el clic del percutor de la pistola antes de advertir que no estaban a solas.

—Y tú no deberías estar amenazándola de nuevo, Viola Vaccarelli.

Sabe quién soy. Viola lo fulminó con la mirada para demostrar que no le importaba y no soltó el cuchillo.

—Sí, bueno, ¿si fueras tan amable de venir con nosotros? —Hizo un gesto con el revólver, con el que parecía tan cómodo como si hubiera tenido un pez vivo entre las manos.

Los americani con sus revólveres. Todos se creían vaqueros. Lástima que las vacas tuvieran un cerebro más grande que la mayoría de ellos.

—No iré con vosotros —dijo Viola.

La chica miró a su cómplice frunciendo el ceño.

—Theo, deja de ser tan idiota y baja eso ahora mismo. —Luego sus ojos color medianoche fueron al encuentro de los de Viola, y sus mejillas se sonrojaron—. No tenemos ninguna intención de hacerte daño, aunque Theo intente hacer parecer otra cosa. Simplemente queremos hablar.

Viola miró de nuevo al hombre... el mismo del restaurante.

—No tengo nada que decir.

La chica suspiró.

—Como ya te habrás dado cuenta, sabemos quién eres... Viola Vaccarelli, hermana de Paul Vaccarelli, dueño de este distinguido establecimiento y también el líder de la banda de rufianes conocidos como los Five Points, que han estado aterrorizando al Bowery desde las elecciones del verano pasado. Por supuesto, con sus presuntas conexiones a la Tammany...

—*Shhh* —siseó Viola, volviendo a mirar por encima del hombro.

—Podría seguir durante días así —dijo el hombre de modo desenfadado—. He descubierto que la mejor manera de callarla es dejar que siga hablando.

—Probablemente, tenga razón en eso —respondió la chica con una sonrisa que frunció su nariz.

Era la clase de sonrisa afectada que Viola debería desear quitarle de un golpe, pero por algún motivo provocó una descarga directa de calor a sus entrañas.

—¿Viola? —llamó Torrio desde la cocina—. ¿Sigues ahí fuera?

Se quedó helada. Pensaba que ya había dejado en claro que no quería tener nada que ver con Torrio, pero dado que Paul alentaba el cortejo y dado que Torrio veía en Viola un modo de consolidar su influencia dentro de los Five Points, seguía volviendo. Día tras día. Como un sarpullido.

Empujó a la chica hacia el otro lado del edificio.

—Tienes que irte. *Ahora*.

—Pues de ningún modo vamos a marcharnos después de haber venido hasta aquí para hablar contigo —dijo la chica con remilgo.

—Oye, V —volvió a llamar Torrio—. ¿Necesitas ayuda o algo? —Había cierta tensión en su voz, como si creyera tener algún tipo de derecho sobre ella.

—Estoy bien —respondió a voces, intentando mantener la voz agradable. Envió a ambos una advertencia silenciosa de que evitaran hacer ruido.

—¿Qué haces ahí fuera? —Su voz se oía cada vez más cerca.

El pánico trepó por la espalda de Viola. Si Torrio veía a aquellos dos allí... vivos y sanos... sabría que no los había matado. Peor aún, sabría que cuando impidió que les disparara, había entorpecido el cumplimiento de órdenes directas. Tenía que deshacerse de él.

—Iré en un minuto —llamó—. Necesito ir al baño, ¿vale? No puedes ayudarme con eso.

Hubo un instante de silencio horrorizado. *Los hombres. Tan delicados con las cosas sencillas.*

La voz de Torrio le llegó un segundo después, más ronca y más exigente.

—Tu madre ya se va, así que date prisa, ¿de acuerdo?

Viola soltó otra andanada de maldiciones entre dientes mientras se aseguraba de que Torrio regresaba dentro. Cuando se volvió hacia sus intrusos, la chica le sonreía con sorna.

—¿Qué te resulta tan divertido? —espetó, con las manos en las caderas.

La chica no parecía avergonzada. En cambio, le dirigió una larga mirada divertida, recorriéndola de los pies a la cabeza hasta llegar al fin a su rostro. Hubo un ligero cambio en su expresión, pero Viola no se dio cuenta de lo que era.

—Nada —le dijo, más seria entonces—. Nada en absoluto.

—Si ambas estáis listas, quizá deberíamos intentar conversar en otra parte —sugirió Theo.

—Sí —dijo la chica—. Vamos. Tenemos mucho de qué hablar.

Viola miró de nuevo por encima del hombro para asegurarse de que nadie la estaba buscando.

—Está bien —dijo, sabiendo que sería más fácil deshacerse de la chica de una vez y para siempre si cedía de una vez.

—¿Quizá te apetezca dar una breve vuelta con nosotros? —ofreció el hombre—. Tenemos un carruaje aguardándonos justo al final de la calle.

—Ya, vamos —dijo Viola. Cualquier cosa para apartarlos de Torrio y de su hermano.

Pero mientras caminaba junto a la chica, alejándose del edificio de Paul y hacia el reluciente carruaje que había al final de la calle, advirtió que no olía a la dulzura de los lirios ni a la melindrosa suavidad de las rosas, como había esperado. En cambio, desprendía algo mucho más

terroso, como las amapolas. Para cuando aquel aroma llegó a su nariz y envolvió sus sentidos, supo que se encontraba en un río aún más grande del que había anticipado.

ESPACIOS CERRADOS

1902, Nueva York

Ruby Aurelea Reynolds supo que estaba en problemas en cuanto se cerró la puerta del carruaje, y ella y Theo se quedaron a solas con la menuda chica italiana que parecía absorber todo el aire que había dentro. Ruby rara vez se sentía fuera de su elemento. Era la menor de cinco mujeres y había sobrevivido a una infancia de delantales y tazas de té para convertirse en lo que quería ser: una periodista que se había forjado una carrera por sí misma a pesar de las protestas de su madre y de la consternación de la sociedad. ¿Y si había provocado algún que otro escándalo? Pues había demostrado que el escándalo era un modo excelente de deshacerse de la molestia de los pretendientes inoportunos, que en realidad solo iban tras la fortuna que su padre les había dejado.

Se había enfrentado a los barrios bajos de la ciudad y a las damas de la alta sociedad, pero sentada delante de Viola Vaccarelli, con las rodillas casi tocándose mientras el carruaje avanzaba dando tumbos, de pronto se sintió nerviosa. No era porque Ruby fuera tan ingenua como para creer que Viola no era peligrosa. Por supuesto que lo era. Después de todo, la chica era hermana de un siniestro cabecilla de banda y había amenazado a Theo a punta de navaja la primera vez que se habían visto. Aquello, junto con el pequeño y mortífero ardid que acababa de realizar con un cuchillo de cocina común... No, Ruby había anticipado el peligro.

Simplemente no se había dado cuenta... no de verdad.

Todo le había parecido muy sencillo cuando ella y Theo habían emprendido el camino aquella mañana... Encontrarían a Viola, y luego Ruby la convencería para que diera cualquier información que tuviera y pudiera servile para doblegar a la Orden.

La gente de la ciudad tenía un concepto tan bueno de la Orden de Ortus Aurea porque desconocía la verdad. La Orden fingía estar por encima de los conflictos, ser protectora intachable de la ciudad para defenderla de la horda inculta. Quizá alguna vez lo hubiera sido, pero sin duda ya no. Sus fuentes daban cuenta de que en aquel momento estaba confabulada con los políticos corruptos de la Tammany, y su experiencia reciente demostraba que no estaba por encima de valerse de criminales comunes como Paul Kelly para que hicieran el trabajo sucio. Todo para apuntalar su poder y proteger su reputación. ¿Y para qué? La ciudad no estaba más segura. Y le daba igual aquella historia que su familia se había encargado de propagar sobre la muerte de su padre, Ruby sabía que la Orden había estado detrás de todo y que tenía la culpa de que su madre hubiera tenido que criar a sus cinco hijas ella sola.

Pero en aquel momento en el que Viola la miraba ceñuda en silencio, Ruby empezaba a dudar de su plan. La chica no parecía ser tan fácil de convencer. De todas formas, había demasiado en juego, mucho bien por hacer si solo era lo bastante valiente como para dar el primer paso.

Tras un largo silencio acompañado tan solo por el traqueteo de las ruedas contra los adoquines irregulares, Ruby se dio cuenta de que estaba dudando, y ella jamás dudaba.

—Quizá deberíamos empezar por presentarnos —dijo, imitando la voz animada de anfitriona que tenía su madre. Las palabras le salieron demasiado agudas, demasiado falsas—. Me llamo R. A. Reynolds, como ya bien sabes. La R es por Ruby. Y él es mi prometido, Theodore Barclay.

—Por favor, llámame Theo —añadió él, muy amable.

Viola no dijo nada. Tan solo se quedó mirándolos furiosa. Ruby advirtió que sus ojos entornados eran de un tono color violeta realmente asombroso, como los iris que cultivaba su madre en el invernadero del tejado de su casa.

—Bueno, ya sabemos quién eres tú —dijo Ruby, mordisqueando sus labios, nerviosa. La cosa no iba nada bien—. Theo, cariño, tienes que apartar eso. ¿Cómo puede alguien relajarse si le apuntas con un revólver?

Viola miró el arma, pero no pareció molestarle. Ni pareció más relajada cuando Theo por fin metió la pistola nuevamente bajo el abrigo.

—De verdad... —la voz de Ruby era tan baja como un susurro—. A pesar de aquel episodio... *insignificante* en Delmonico's, no queremos hacerte daño. Sé que tú no querías hacernos daño a nosotros.

—¿En serio? —preguntó Viola, alzando sus cejas oscuras, sorprendida.

La chica asintió.

—Por supuesto. Era el otro... John Torrio... quien te obligó a hacerlo. He estado investigando un poco, y me he enterado de todo lo que hay que saber acerca de él y sus tácticas más... *ingeniosas*. Pero no había caído en la cuenta hasta la noche de Delmonico's de lo que *es*.

Viola siguió ceñuda, pero de lo contrario no reaccionó. Sin duda, tampoco proporcionó información de buen grado.

—*Sabes* a lo que me refiero —dijo Ruby, expectante, esperando que Viola captara su intención—. Uno de *ellos*.

—Torrio es un pájaro de mal agüero, y es todo lo que sé acerca de él —replicó Viola, mirándola como si fuera la peor clase de idiota. La periodista entendía aquella mirada... era la misma que le dirigían todos cuando intentaba decir algo importante. Era la mirada que significaba que debía regresar a la sala de estar y coger un bordado y tener bebés y olvidarse de cualquier clase de vida real.

—Es un Five Point, igual que tu hermano, pero eso no es todo lo que John Torrio es, ¿verdad?

Viola la miró con desagrado.

—Oye, Reynolds...

—Ruby...

—*Reynolds* —insistió Viola, manteniendo un límite claro entre ambas, incluso mientras sus piernas chocaban entre sí—. No sé a lo que estás jugando, pero meterse con John Torrio y con mi hermano no es una buena idea. No son personas agradables. No se atienen a ninguna norma que tú puedas comprender, y no se lo piensan dos veces a la hora de deshacerse de cualquiera que les ocasione un problema.

—No les tengo miedo —dijo Ruby alzando el mentón. No podían ser peores que casi la mayoría de las amigas de sus hermanas, harpías celosas que no vacilarían en hacer pedazos una reputación con un susurro solo por mirarlas de la manera equivocada.

—Entonces, eres una idiota. Esto no es un juego. Mi hermano y Torrio *matan* a la gente —dijo Viola, y hubo algo en el modo en que se quebró su voz que le estrujó el corazón—. Hacían desaparecer a las personas.

—Y Tammany Hall los protege —dijo Ruby, más convencida que nunca de que iban por el buen camino—. La misma gente que fue elegida para servir a todos está protegiendo a... a... los *criminales* que se supone que deben detener.

Theo le dio una palmadita a Ruby en la rodilla, haciéndole ver lo emocionada que estaba al respecto.

—A veces se sobreexcita un poco —le dijo a Viola.

—No estoy sobreexcitada —respondió Ruby con acritud, apartando su mano a un lado. Sintió las mejillas encendidas y maldijo a su padre por haberle dado una piel tan clara y que ponía en evidencia todas sus emociones del mismo color... el rosado.

—Claro que no —le dijo él, pero ella conocía aquel tono de voz. Por mucho que adorara a Theo, no lo soportaba cuando se ponía tan paternal.

Le clavó una mirada severa, y el chico fue lo bastante listo como para alzar las manos a modo de fingida rendición. Se giró de nuevo hacia Viola.

—No estoy sobreexcitada *en absoluto* —repitió—. Simplemente, soy una apasionada de las causas en las que creo. Verás, soy periodista.

—¿Y este es tu prometido? —preguntó Viola.

—Temo que soy culpable —dijo Theo con su habitual sonrisa ladeada.

—¿Y tú le permites hacer esto? —preguntó Viola, con la expresión incrédula—. Tú también eres un idiota.

Theo se rio mientras el carruaje avanzaba bamboleándose.

—Él no me *permite* hacer nada —interrumpió Ruby, con las mejillas aún más ardientes que antes.

—Es cierto —accedió—. Sencillamente, hago lo que me dice, limpiando el caos que va dejando en su estela —dijo jovialmente—. Las cosas que hacemos por amor...

Suficiente. Intentó dirigirle lo que esperó que fuera una mirada feroz, pero él solo continuó sonriéndole. Probablemente porque sabía con exactitud lo mucho que la irritaría.

—Preferiría no quedar atrapada en la estela de nadie —señaló Viola—. Ya tengo suficientes problemas con los míos. Si solo pudierais dejarme salir...

—Pero ni siquiera hemos tenido oportunidad de hablar —dijo Ruby con un repentino estallido de pánico. Extendió su mano y aferró la mano desnuda de Viola.

No importaba que llevara guantes... Ruby sintió el calor de su piel incluso a través del fino cuero. Se preguntó si ella había sentido la misma descarga de energía, porque cuando sus manos se encontraron Viola se alejó bruscamente como si la hubieran quemado.

—Habla, pues —dijo, su voz más áspera que un instante atrás. Sus ojos color violeta parecían por algún motivo más oscuros.

—Hablar... —A Ruby le llevó un segundo recordar lo que quería hablar con ella—. Claro. —Extrajo una pequeña libreta y un lápiz del interior de su bolso con la intención de darse un momento para recomponerse.

Hojeó las páginas, cada una garabateada con su propia caligrafía serpenteante. Echándole un vistazo, se concentró, centrándose en el trabajo que tenía entre manos. Viola Vaccarelli no era una debutante tonta y frágil como la mayoría de chicas con las que se había criado. Tenía la columna demasiado erguida, la mirada demasiado directa. Era capaz de advertir cualquier tipo de artificio por parte de Ruby, y descubrir las dudas que acechaban por detrás.

Respiró profundamente para tranquilizarse, cuadró los hombros y empezó.

—Estoy escribiendo un artículo sobre la corrupción en el mismísimo corazón de la ciudad. Sé que los Five Points están confabulados con la Tammany...

—Todo el mundo lo sabe —dijo Viola, cruzando los brazos sobre la amplitud de su pecho.

No lleva corsé. Fue un pensamiento absurdo, pero en cuanto se cruzó en su mente, Ruby ya no pudo desecharlo. De todas formas, el vestido no tenía nada lascivo. Nada provocativo. Simplemente, parecía... cómoda. Libre.

Concéntrate, Reynolds.

—Como decía, la gente conoce su conexión con la Tammany, pero tras nuestro encuentro en Delmonico's, me di cuenta de que tu hermano también debía estar trabajando con la Orden de Ortus Aurea.

—¿Por qué habría de importarle a alguien? —preguntó Viola desafiante, pero su expresión se cerró tanto que Ruby advirtió que estaba cerca de descubrir algo.

—A la gente podría importarle que la organización que asegura estar protegiendo a la ciudad esté trabajando con líderes de bandas violentas como Paul Kelly, pero creo que les importaría aún más si supiera que la Orden estaba trabajando con la misma gente de la que intenta *protegerlos*. Quiero desenmascararlos, señorita Vaccarelli. Quiero que toda la ciudad sepa que la Orden no es la fuerza benevolente que cree que es, sino que alberga peligrosos criminales.

—No puedes hacerlo —dijo Viola, sacudiendo la cabeza.

—Por supuesto que puedo —replicó—. Es lo que *hago*.

—No si quieres llegar al día de tu boda —le respondió, y había un extraño temblor en su voz—. Mi hermano y los Five Points no van a permitir que te metas en sus asuntos. Es lo que intentaba decirte en el restaurante. Tienes que dejar de hacerlo antes de que él te detenga a ti.

—Pueden intentarlo, pero no importará si antes puedo desenmascararlos —dijo Ruby, intentando imbuir sus palabras de la convicción que sentía con tanta firmeza—. Pero necesito tu ayuda.

—¿Qué diablos crees que puedo hacer por ti?

—No finjas que no sabes que Paul Kelly tiene mageus en sus filas.

El rostro de Viola había empalidecido, y parecía en cambio como si quisiera saltar del carruaje en marcha. *Quizá no lo sepa.*

—John Torrio es un mageus —dijo Ruby en un susurro. Aunque la razón por la que se molestaba en bajar la voz no la sabía. Solo estaban ellos tres en el carruaje.

—¿Torrio? —La expresión de Viola se frunció de confusión.

—Deberías saberlo —Ruby insistió—. Lo supe en cuanto me desperté de lo que fuera que nos hizo en Delmonico's. ¿Que ambos nos desmayáramos sin causa alguna? Y... —bajó la voz—. *Parecía magia, ¿verdad, Theo?*

Theo le dirigió una mirada sufrida.

—Parecía como si me hubieran estampado la cabeza contra la mesa, cariño.

Ruby le lanzó otra mirada de irritación antes de volver a ignorarlo.

—Era una sensación definitivamente *electrizante*.

—¿Crees que John Torrio posee la magia antigua? —preguntó Viola, la voz hueca con lo que solo podía ser incredulidad.

No lo sabía, la pobrecilla.

—Sí. Oh, me doy cuenta de que todo esto te conmociona, pero ahora ves por qué la historia que estoy investigando es tan importante. Si puedo probar que la banda de Kelly utiliza a mageus y que la Orden está protegiendo a los Five Points, entonces puedo probar que la Orden está protegiendo aquello mismo que dice querer destruir. ¿Acaso no lo ves? —Se inclinó hacia delante, y, sin que fuera su intención, cogió de nuevo la mano de Viola. Esta vez hizo caso omiso a la descarga de calor que sintió. Era adrenalina. Excitación. *Sin duda, Viola debía sentirlo también*—. Con tu ayuda, puedo ponerle fin a la Orden.

BENEFICIOS INESPERADOS

1902, Nueva York

Viola se quedó muda. Observó a la chica, a la tal Ruby Reynolds, con su expresión expectante y sus ojos chispeantes, y todo lo que pudo hacer fue quedar boquiabierta. ¿La chica creía que *Torrio* era el *mageus*?

—Comprendes lo importante que es esto, ¿verdad? —preguntó Ruby—. ¿Me ayudarás?

—¿Por qué? —Fue todo lo que consiguió decir al comienzo.

Ruby frunció el ceño.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres destruir la Orden? —preguntó—. Son como tú... ricos, blancos, nativos... Tú tienes el mundo a tus pies. ¿Por qué harías algo así?

Parecía como si acabaran de golpearla.

—Quizá *yo* no quiera ser como *ellos*, señorita Vaccarelli.

Hasta aquel momento, Viola no había sabido que una expresión podía enmudecer. Pero no era un silencio fácil provocado por el miedo. Era una temible quietud que ella comprendía demasiado bien. En aquel instante, el pájaro pintado se convirtió en un tigre, silencioso y mortífero.

—Sí —continuó Ruby, con una voz tan frágil como el cristal roto—. Es cierto que tengo el mundo a mis pies. Tengo una vida *maravillosa*, repleta de la mejor gente, que asiste a las mejores fiestas, en la mejor ciudad del mundo. —Se inclinó hacia delante, con una expresión sombría—. Pero estoy cansada de fingir que todo en mi vida es como debería ser. Preferiría estar muerta.

Viola se negó a conmoverse por las bonitas palabras de la chica rica.

—Si husmeas en la vida de Paul Kelly, terminarás estándolo.

—Entonces, al menos sabré que he vivido bien, ¿verdad?

El hombre, Theo, dio una palmadita suave sobre la pierna de Ruby, como para consolarla, pero incluso Viola podía darse cuenta de que la chica no necesitaba consuelo alguno. Tenía la piel roja y los ojos claros y decididos. Era una criatura extraña... ni de lejos tan frágil como había sospechado en un principio. Pero quizá igual de consentida si su gente le permitía corretear por la ciudad, yendo tras cada nueva ocurrencia que se le antojara investigar.

—La Orden es una amenaza para la ciudad —dijo Ruby, con una voz más suave, grave y solemne—. Se han debilitado y están asustados por ello. Tienen miedo de su propia irrelevancia en esta nueva era moderna, así que han recurrido a la Tammany para que los ayude a reforzar el poder perdido, y ahora han recurrido a tu hermano. Se han convertido justamente en aquello de lo que deberían estar protegiendo a la ciudad. Mira lo que han hecho: te enviaron a ti y a *Torrio* a amedrentarme, todo porque escribí un *artículo*. Un artículo que era cierto. Pero que puso de manifiesto lo débiles e ineficaces que son. No quieren que nadie sepa lo que realmente sucedió en *Khafre Hall*. No quieren que nadie entienda lo inútiles que son, así que emplearán cualquier medio... políticos corruptos y criminales, incluso *mageus*... para protegerse. Para sostener su institución moribunda. Y la gente morirá.

—La gente ya muere —dijo Viola, sombría.

—Entonces, ¿lo entiendes? —preguntó, su voz teñida de esperanza.

Los tres permanecieron sentados en un silencio incómodo durante un largo rato, hasta que Theo

finalmente habló.

—Podemos, por supuesto, compensarte por tu testimonio. Podemos sacarte de la ciudad, si te preocupa tu seguridad.

Podemos. Porque estaban juntos. Porque iban a casarse. Y una vez que lo hicieran, la chica sería como todas las demás, que reunían un buqué y se comprometían con un hombre. Viola se preguntó qué sucedería entonces con la pasión de aquella joven. ¿Se apagaría o estallaría, destruyendo la bonita imagen de la vida que llevaban juntos?

—No me preocupa mi seguridad —dijo, sacudiendo la cabeza. La chica era una amenaza para sí misma, para los mageus de todas partes, y desde aquel momento, también para Viola. Y solo había una manera de asegurar que el peligro no se descontrolara. ¿Y si además ayudaba a Viola a horadar el poder de la Orden? Entonces, sería un beneficio inesperado. Aquellos dos podrían ser unos extraños aliados. Pero parecían sinceros.

»Muy bien —le dijo a Ruby—. Te ayudaré.

—Gracias... —empezó a decir, pero ella levantó la mano para silenciarla.

—Tengo una condición.

—¿Qué tipo de condición? —preguntó Theo, mirándola justo en aquel momento como si fuera una cucaracha recién salida de un armario.

—No escribirás más artículos hasta que acabe nuestro acuerdo. Ni uno —repitió, cuando la chica estuvo a punto de protestar.

—Pero tengo que escribir —dijo Ruby—. Es mi *profesión*.

Viola sacudió la cabeza. Si la chica publicaba algo más, todo el mundo sabría que en realidad ella no había matado a Reynolds.

—¿Puede escribir bajo un nombre diferente? —preguntó Theo.

—Pero Theo...

—Es solo hasta que consigas la información que necesitas —dijo, y luego echó un vistazo a Viola—. ¿Cuánto tiempo llevará?

—Depende de lo que necesite que le consiga.

—Necesito información —respondió Ruby—. Por lo que sé, la Orden está buscando a la gente que destruyó Khafre Hall. Necesito saber qué se llevaron. Necesito nombres, evidencias de la conexión de la Orden con tu hermano y con los Five Points. Necesito pruebas irrefutables de que la Orden no es lo que parece ser, de que es un peligro para la ciudad.

—Pides mucho... quizá, demasiado. Llevará tiempo —dijo Viola antes de que Ruby pudiera siquiera abrir su boca—. Paul no confía en mí. Obtener esa información será un asunto delicado.

—Pero no imposible. ¿Y si Viola conseguía implicar también a Nibsy? Mataría a dos pájaros con un solo tiro—. Si escribes más artículos, será más difícil encontrar lo que me pides. Será también más peligroso para mí —concluyó, apelando a las emociones de la chica.

—Pues no podemos permanecer sin escribir indefinidamente —dijo Theo—. Tiene que haber algún tipo de limitación.

Hasta que Libitina vuelva a estar en mis manos, pensó Viola, pero no era algo que pudiera decir en voz alta.

—Hasta que lo diga yo. Esa es mi oferta. Podéis aceptarla o buscar otra forma de acceder a los Five Points.

Viola esperó, medio convencida de que se pondría en evidencia su engaño, que Ruby rechazaría la oferta y seguiría sola su delirante camino, medio esperando que no lo hiciera.

Finalmente, la chica asintió.

—Trato hecho —dijo, extendiendo la mano.

Viola la examinó un instante, maldiciéndose por involucrarse en todo aquello. Debía alejarse y lavarse las manos de todo. Pero ¿si la chica la ayudaba a destruir a la Orden y a poner a su hermano en su lugar, todo ello mientras convertía a Nibsy en un blanco fácil? Era una oportunidad que no podía rechazar.

No le gustaba Ruby Reynolds. No le gustaba su dentadura perfectamente blanca ni su nariz respingona ni la forma en la que sus mejillas se sonrojaban cada vez que alguien le hablaba. Quizá no fuera tan frágil como había anticipado, pero la chica seguía siendo demasiado delicada para su mundo. Lo que fuera que sucediera, Viola había intentado ponerla sobre aviso.

Aceptó de nuevo la mano de Ruby y la estrechó, haciendo caso omiso de la oleada de calor que recorrió su cuerpo cuando su piel se deslizó contra el cuero suave y liso de sus guantes. Sus ojos se encontraron, y por algún motivo Viola solo pudo ver a Tilly devolviéndole la mirada. Y odió a Ruby Reynolds aún más.

El carruaje había empezado a detenerse sin que se diera cuenta siquiera. Una vez que finalmente lo hizo, apartó la mano.

—¿Dónde será nuestro próximo encuentro? —preguntó Theo, rompiendo el silencio.

Viola sacudió la cabeza.

—No estoy segura.

—Eso no servirá... —empezó a decir, pero Ruby lo detuvo.

—Estoy segura de que tiene responsabilidades de las que debe ocuparse —le dijo, pero sus ojos no abandonaron los de ella—. Nos enviaré un aviso cuando tenga algo... ¿No es cierto?

Hacía tan solo unos días había estado atrapada en el Bowery, donde viviría y moriría. Había estado llorando a Tilly, aunque estuviera satisfecha con su suerte en la vida, sin saber cuál era... cuál sería. En aquel momento todo era incierto. No sabía dónde aterrizaría. Pero estaba decidida a que sería sobre sus propios pies.

—Os avisaré en cuanto pueda.

Theo extrajo una tarjeta color crema del bolsillo de su chaqueta y se la entregó.

—Puedes ponerte en contacto con nosotros aquí —dijo.

Al cogerla, notó sus uñas perfectamente acicaladas, la suave piel de sus dedos, y pudo leer la dirección sobre Madison Avenue. Había matado a hombres mucho más peligrosos que Theo Barclay, pero por primera vez en mucho tiempo Viola sintió la incómoda sensación de una clase diferente de miedo.

Theo abrió la puerta y dejó que descendiera del coche. Se dio cuenta de que estaba donde había empezado... a pesar de todo lo que había sucedido, solo habían rodeado un par de manzanas.

—Hablaremos pronto —le dijo Ruby antes de cerrar la puerta del carruaje.

Viola lo observó alejarse hasta que dobló la esquina, dejando la inmundicia y la pobreza del Bowery atrás, sin evidencia alguna de que hubiera estado allí.

Sacudiéndose el mal humor de encima, caminó de regreso hacia el edificio de Paul. No importaba lo que fingiera ser, Ruby Reynolds no era nada sino una pobre niña rica, divirtiéndose mientras jugaba a sus pequeños juegos. Era todo lo que Viola había llegado a detestar: privilegiada, despreocupada e ignorante de las realidades del mundo.

O se suponía que lo era. Pero había visto la forma en la que su expresión cambiaba al hablar de un tipo diferente de vida. Sí, Ruby Reynolds era todo lo que se suponía que odiaba, pero ella sabía sin ninguna duda que haría lo necesario para asegurarse de que la preciosa y delicada Ruby Reynolds sobreviviera lo suficiente para reconocer cuán equivocada estaba.

1904, St. Louis

Fuera de la Taberna del Rey, el aire nocturno estaba húmedo, impregnado aún del frescor de la tormenta que había tenido lugar unas horas atrás. Estrella ajustó su gorra sobre los ojos, pero mantuvo los hombros cuadrados y los pasos decididos, recordando lo que Julien le había dicho. Seguía irritada con Harte, aún pensaba en el tren y los Antistasi, y en todo lo que podría significar, pero mientras caminaban, su enfado terminó cediendo.

Observó a su alrededor, se sentía extrañamente a gusto en aquella ciudad desconocida. Quizá fuera que su energía, la sensación de tantas personas viviendo, respirando, luchando y amando todas en una pequeña parcela de tierra, fuera la misma. Abarrotada de gente. Intensamente viva, incluso en la quietud de la noche.

Al llegar a la pensión, Harte vaciló. El cielo se había aclarado, y la luz de la luna arrojaba sombra sobre sus rasgos.

—¿Qué sucede? —preguntó Estrella.

—Nada. Yo solo... —Pero sacudió la cabeza en lugar de terminar la frase. Avanzó por el porche y luego subió por las estrechas escaleras que conducían a la habitación que habían alquilado algunas horas atrás.

Tras abrir la puerta, Estrella solo podía pensar en deshacerse de las prendas con olor a rancio que llevaba puestas. Todo apestaba a los cigarros que Julien insistía en fumar constantemente y al olor corporal del anterior dueño de aquellas ropas. Se deshizo de la chaqueta y la arrojó a un lado, luego empezó a desabrocharse la camisa antes de advertir que Harte aún no se había movido del umbral de la puerta. Tenía las manos metidas en los bolsillos y una mirada que la hizo vacilar.

—¿No vas a entrar? —preguntó, quitándose la camisa a tirones.

La mirada de Harte se deslizó hacia las tiras de sábanas que había arrancado para envolverse alrededor del torso, vendando los pechos para disimular mejor su figura natural.

—Esto no va a funcionar —dijo.

Otra vez, no.

—Julien cree que funcionará perfectamente. Nadie en la taberna me miró siquiera, y tú lo sabes. —Pero él sacudía la cabeza, en desacuerdo. Siempre estaba en desacuerdo con ella—. Solo estás enfadado porque no se te ocurrió antes.

—¿Crees que estoy *enfadado*? —preguntó mientras avanzaba un paso hacia ella. Su voz tenía un sonido extrañamente apagado; su mirada, algo indescifrable.

—¿Acaso no lo estás?

Avanzó otro paso, luego otro, hasta que estuvo lo bastante cerca como para que ella pudiera sentir el calor de su piel.

—Furioso. —Pero no lo parecía, en lo más mínimo.

Había una luz extraña en sus ojos, pero no eran los extraordinarios colores que había visto anteriormente en ellos. En cambio, era un interrogante, una chispa de deseo, esperanza y necesidad tan feroces que no pudo hacer más que inclinar el mentón hacia arriba a modo de respuesta e invitación a la vez.

Entonces, sus labios cubrieron los de ella, firmes y seguros, sin espacio entre los dos para más

preguntas. Podría haberlo detenido, podría haber evitado *ella misma* envolver los brazos alrededor de su cuello y acercarlo aún más, pero no quiso hacerlo. Todo el temor, la frustración y la preocupación de la noche seguían allí, pero de pronto sencillamente no importó. Lo único que importaba en aquel momento era la sensación de los labios de él contra los suyos y la realidad de Harte, sólido, tibio y anhelante mientras profundizaba el beso, sumergiéndola dentro de él. Perdiéndose él también en aquel beso.

Y luego, de pronto, retrocedió, rompiendo la conexión entre los dos. Sus ojos brillaban aún más intensos, y Estrella pudo ver los colores sin nombre reluciendo allí mientras su pecho subía y bajaba por la agitación. Quería volver a atraerlo hacia sí y besarlo una vez más, pero esperó, porque presintió que cualquier movimiento rompería la frágil esperanza surgida del momento.

Lentamente, con vacilación, Harte extendió la mano para apartar un mechón de cabello de su rostro.

—No puedo creer que le hayas hecho esto a tu cabello.

—Es solo cabello, Harte —dijo. La calidez que había surgido por dentro se enfrió un poco ante sus palabras. Pero el gesto de sus dedos deslizándose a través de los cortos mechones hacía difícil que pudiera seguir enfadada con él—. No me importa si te gusta o no.

La miró con el gesto ceñudo.

—Nunca he dicho que no me gustara —respondió en voz baja.

—En el bar creí que... —Él acarició suavemente su nuca desnuda—. Parecías tan furioso.

—¿Acaso puedes reprochármelo? —susurró, y luego se inclinó hacia ella hasta que su frente quedó apoyada contra la de ella—. Me sorprendiste. Creía que estabas a salvo, y luego apareciste... así...

Estrella se apartó, a punto de increparlo nuevamente, pero se detuvo al ver la expresión de su rostro. El deseo y la *necesidad* que coincidían con los suyos.

Harte deslizó la manos por su cuello, y a su paso sintió la tibia ondulación de su afinidad, ella misma se sintió embargada por una sensación de tibieza.

—Era igual que si hubieras aparecido completamente desnuda, con el cuello tan descubierto y la forma de tus piernas metidas en esos pantalones que las dejaban expuestas para que todo el bar las viera.

—Nadie estaba mirando. —Su mojigatería le provocó frustración y gracia a la vez.

—Yo estaba mirando —le dijo, y la volvió a atraer hacia sí, besándola con una desesperación que le robó el aliento.

Solo era parcialmente consciente de que la puerta seguía abierta detrás de ellos porque todos sus sentidos estaban absortos por el beso. Las manos de él recorrían su cuello, sus hombros y brazos, alejando la furia y el temor del día, apartando el vacío que había sentido al sentir que su afinidad se escurría entre sus manos, y encendiendo algo más... Un brillo y una tibieza aún más fuertes de las que había sentido anteriormente. Entonces, él empezó a tirar de las vendas que cubrían su pecho hasta quitárselas por completo, hasta que su piel desnuda rozó contra la áspera de su abrigo. Podría haberlo detenido en cualquier momento, pero no *quiso* hacerlo. En cambio, entrelazó los dedos en su cabello, acercándolo aún más, animándolo a seguir. Yendo a su encuentro, uniendo su voluntad a la de él, su deseo al suyo.

No fue hasta que la parte trasera de sus piernas tocaron el borde de la cama que se dio cuenta de que habían cruzando la habitación. Luego se derrumbaron juntos sobre el delgado colchón, el peso de Harte hundiéndose sobre ella y vencéndola. *Sí*, quiso decir, pero en cuanto ambos estuvieron tumbados, él se quedó completamente quieto. Se apartó de ella, y Estrella observó su expresión

replegándose como una casa antes de una tormenta, mientras los extraños colores de sus ojos se extendían dentro de sus iris.

—¿Harte? —susurró, tocando su rostro cuando quedó inmóvil salvo por el ascenso y descenso trabajoso de su pecho mientras contenía el aliento. Pero incluso aunque sus ojos estaban abiertos, mirando directamente los de ella, Estrella tuvo el presentimiento de que Harte no estaba realmente allí.

1904, St. Louis

Harte estaba a un suspiro de Estrella. Podía sentir su piel caliente contra la de él, la suavidad de su cuerpo contra la firmeza del suyo, pero no era a ella a quien miraba. La sórdida habitación también había desaparecido, y sentía la opresión del verano... un calor seco y asfixiante lamiéndole la piel.

Había una mujer vestida con una túnica de lino color blanco que caía sobre el suelo, y la mujer gritaba. Era Estrella y otra mujer a la vez, y ella... *ambas...* gritaban. El sonido resonó en sus oídos tan fuerte que no podía oír otra cosa que no fuera el terror, la agonía y la *ira* de su voz. La mujer lo miraba, su rostro superpuesto sobre el de Estrella, y aunque una parte de Harte advertía vagamente que nada de aquello era real... que se trataba de una especie de visión o pesadilla en estado de vigilia, no podía quitársela de encima.

Quería gritarle a Estrella que se alejara. Necesitaba romper la conexión entre los dos, pero era demasiado tarde. La voz había crecido dentro de él hasta cubrir el rostro de ella por completo.

Y luego hubo solo oscuridad y fue como si él fuera la mujer. Como si viera lo que ella veía, sintiera lo que ella sentía.

Y había una luz, y la mujer fue hacia ella hasta que se transformó en un espacio cada vez más y más brillante, convirtiéndose en una habitación tapizada de rollos y pergaminos, amontonados en las estanterías. La sabiduría y el poder, y todos los secretos del mundo.

Ella había hecho aquello.

Ella lo había creado todo, pero nada había funcionado. Aún quedaba más por hacer o el poder del mundo se esfumaría tan certeramente como la luz de la luna con la claridad del amanecer.

En el centro de la habitación había una mesa larga y baja, y sobre su superficie relumbraban cinco gemas: piedras preciosas que no habían sido extraídas de la tierra, sino labradas.

El poder que detentaba estaba muriéndose. La magia había estado desvaneciéndose desde hacía ya algún tiempo, debilitándose más y más con cada nueva división, con cada nuevo desmembramiento. Ella había intentado detener su lenta agonía. Había creado algo para suspender el poder, puro e íntegro. Para protegerlo. Había creado la palabra y la página. Pero no había funcionado. Se lo habían robado; lo habían pervertido y maltratado.

Ella había tenido la intención de salvarlos a todos, y en cambio había provocado la perdición de la magia.

Pero ella lo detendría. En aquel momento. Allí.

Recorrió con los dedos las gemas que había creado, y alcanzó a sentir las convocándola. Él podía sentir la atracción que ejercían, fuerte, infalible, cristalina.

Y luego la visión se inclinó y volvió a cambiar. El mundo se ladeó y apareció una mujer... ¿o quizá fuera Estrella? Llevaba el oscuro cabello desmelenado alrededor del rostro. Sus ojos se habían vuelto negros y huecos, y gritaba. Las gemas refulgían, y ella estaba atrapada en el interior de su poder. El dolor, la ira y la furia sacudían la habitación. Y el temor. Había un temor denso en el aire... temor, y el dolor de la traición.

—¿Harte? —El mago sintió los dedos fríos tocando su cara, sacándolo del abismo. Se apartó

bruscamente, saliendo a la superficie desde la pesadilla que había irrumpido en su vigilia.

—No me toques —dijo, su voz brusca y crispada. Se apartó de ella, escabulléndose con paso torpe y desmañado, cayéndose de la cama para alejarse—. Solo... quédate ahí. No te acerques.

La visión seguía acechándolo. La mujer y Estrella, sus rostros, alternando mientras intentaba quitarse de encima la imagen de la mujer que gritaba.

Estrella se giró de lado para mirarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué te ha pasado?

—*Te deseo...* —Se cubrió la boca con las manos porque no era él quien había hablado. La voz se había aprovechado de su debilidad, obligándolo a cederle espacio desde adentro, apropiándose de su cuerpo y utilizándolo como si no fuera más que una marioneta.

La boca de Estrella se curvó y sus ojos dorados se oscurecieron.

—Pues creo que lo que acaba de suceder es una prueba de que puedes poseerme —dijo traviesamente.

—¡No! —rugió. Y era su propia palabra. Era él mismo. Harte Darrigan, no lo que fuera que vivía en su interior.

Ella se retrajo, y él vio el destello del dolor cruzar su rostro.

—Harte, ¿qué pasa? —Intentaba alcanzarlo, era tan bella, delicada y completamente frágil.

Conocía la intención de la visión: la destruiría. El Libro, el poder en su interior, fuera lo que fuera, acabaría con ella y la utilizaría, y sería culpa suya. *Todo, culpa mía*. Acabaría con ella como había acabado con su madre, pero esta vez no quedaría nada, solo la oscuridad que lo acechaba incluso después de que la visión hubiera desaparecido.

La oscuridad, tal como Estrella le había descrito que era cuando se conectaban sus afinidades.

Tragando con fuerza, se obligó a mirarla... para estar seguro de que la oscuridad de sus ojos no fuera real. Su cabello era un desastre, los cortos mechones mutilados en longitudes irregulares caían alrededor de su rostro como si fuera una especie de hada, pero sus ojos eran los suyos. Había preocupación, y dolor, y una pregunta en la profundidad de sus ojos color whisky.

—No puedo retenerlo —le dijo. Vio el destello de placer en su expresión antes de que pudiera extinguirla con las palabras que añadió a continuación—. Es el Libro...

—¿El *Libro*? —preguntó.

—El poder de lo que sea está dentro de mí. Yo... —Se detuvo, rectificándose—. Te desea. Quiere utilizarte, y si lo hace... —*La oscuridad estaba tan vacía, como si fuera la nada misma. Como si fuera a filtrarse en el mundo de modo que nadie estuviera a salvo.*

—¿Qué dices? —le preguntó lentamente, su tono enfriándose—. ¿Estás diciéndome que no querías besarme?

—Sí —dijo, sacudiendo la cabeza. Pero no parecía real—. No lo sé.

Estrella se incorporó por completo, mirándolo ceñuda. Tiró de las sábanas y las colocó alrededor de su cuerpo, pero no antes de que él viera el destello de rosado parduzco y la tersa extensión de su piel que casi había sido suya.

Sí... Mía...

—¡No! —gritó. Su voz fue como el disparo de un arma en una habitación minúscula, y ella volvió a encogerse. Pero él no permitiría que se apropiara de ella—. No sé lo que hay dentro de mí —explicó, con voz áspera—. No sé lo que es esto que hay entre los dos. No sé si te deseo o si es el poder, pero *esto* no puede suceder. No puede suceder *jamás*.

—Harte... —Sintió una tristeza en su voz que lo atravesó por dentro.

—He visto cosas —susurró él, el recuerdo de las visiones volvió a caer con estrépito sobre él.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Visiones. En la estación, en el hotel, ahora... —La miró, esforzándose por hacerla comprender mientras le relataba lo que había visto—. Te haré daño. Si te toco, si me dejas llevar contigo, te destruiré.

—No...

Soltó un jadeo tembloroso.

—No puedes saberlo.

—No soy una florecilla frágil, Harte. Resolveremos esto. Lo haremos *juntos*.

Extendió una mano hacia él, pero se apartó, evitando que lo tocara. La voz estaba demasiado cerca de su superficie. Luego se dio la vuelta hacia el otro lado porque sabía que si la miraba en aquel momento, si veía el dolor en su mirada y su cuerpo expuesto para él como lo estaba, se desmoronaría su capacidad de control.

—Te pido disculpas —dijo con severidad, con la voz quebrada y entrecortada.

—No hay nada por lo que te tengas que disculpar. —Notó que se había puesto de pie. Podía oírla envolviendo la manta alrededor de su cuerpo—. Por si no te has dado cuenta, yo estaba aquí contigo.

Pero él ya estaba cogiendo su abrigo, dirigiéndose a la puerta, que seguía abierta. *Ni siquiera hemos cerrado la puerta*. Vaya capacidad de control.

—¿Vas a irte de verdad? —le preguntó.

—Voy a caminar un poco. —Entonces sí se volvió para mirarla. Tenía el cabello desgreñado y los labios amoratados por los besos—. Necesito un poco de aire.

—Harte...

—Y un poco de espacio —terminó, saliendo dando grandes pasos por la puerta abierta. Una vez que la traspasó, la cerró detrás de él con inequívoca certeza.

Las piernas le temblaban mientras descendía corriendo las escaleras de la pensión y se adentraba en la noche. Aún hacía calor, el aire estaba húmedo por la lluvia y las nubes se habían despejado para dejar las estrellas al descubierto, pero Harte no notó nada de eso. Ni siquiera advirtió hacia dónde iba. Solo caminó, tan rápido y decidido como lo llevaran sus pies.

La había besado. La había besado, tocado, y había sido *todo... más* que todo. Más de lo que podía imaginarse.

Podría haberla poseído. Podría haberse entregado a ella, y podría haberla tomado allí, sobre aquella angosta y sucia cama, en aquella habitación estrecha y vieja. *Y ella lo habría odiado después por ello*.

Siguió avanzando hasta que el poder en su interior reculó y sintió las plantas de los pies tan cansadas como él, y juró con cada paso que daba que jamás dejaría que aquello sucediera.

LO QUE QUEDÓ DE LO QUE FUE

1904, St. Louis

Estrella miró la pintura agrietada sobre el dorso de la puerta. La sangre le bullía al caer en la cuenta de lo que Harte acababa de hacer. Sostenía la manta sobre el pecho desnudo, y a través de la ventana abierta podía oír los sonidos de los perros que ladraban y el traqueteo esporádico de un carruaje en la distancia. El corazón le galopaba en el pecho, y sentía la piel ardiente y tibia por los besos de Harte, incluso mientras crecía su furia.

Sus palabras resonaron en su mente: *Te haré daño.*

Por lo menos no le había mentado sobre *eso*.

Siempre había sabido que unir las gemas y tomar control del Libro podría ser fatal para ella. El profesor Lachlan le había dicho lo mismo cuando intentó albergar el poder del Libro en sí misma. *Solo eres el recipiente.* ¿No era eso lo que le había dicho?

Había esperado que el Libro tuviera alguna clave para cambiar ese destino, pero en aquel momento estaba en manos de Jack Grew, ¿y quién sabía dónde estaba? La única manera de regresar al tiempo y al lugar donde lo habían perdido era controlar a Harte. Pero cuando lo tocaba, apenas podía ralentizar los segundos. No confiaría en deslizarse a través del tiempo hasta que descubrieran cómo controlar el poder que tenía dentro.

Un poder que, aparentemente, quería apropiarse de ella.

Se estremeció al pensarlo. De pronto, sintió la habitación demasiado angosta... y al mismo tiempo, insoportablemente vacía. Estrella se puso encima la camisa que había llevado antes bajo el corsé. Por un momento se quedó allí en silencio, observando la cama estrecha y hundida, con su cubrecama manchado, arrugado y torcido; las cortinas descoloridas con un aspecto tan gastado y deslucido que podrían desplomarse en cualquier momento, y el montón del cabello que se había cortado horas atrás sobre el suelo.

Había estado a punto de acostarse con Harte Darrigan. Unos instantes atrás había confiado en él lo bastante para bajar todas sus defensas. Y él ni siquiera había estado allí. Ni siquiera había estado él... *la cosa*... al mando de la situación. Todo lo que había sucedido... Harte ni siquiera estaba seguro de que hubiera sido él.

Un frío gélido se apoderó de ella; levantó la mano para apartarse el cabello de los ojos. Aún podía evocar la reciente sensación de sus dedos deslizándose a través de los largos mechones, acomodándose la melena caída tras las orejas, pero tras haberlo cortado, su propio cabello le resultaba ajeno. Rozó la nuca con vacilación donde su melena era tosca e irregular, pero solo conseguía recordar la forma en la que Harte la había tocado.

Al otro lado de la habitación vio su propio reflejo en el espejo rayado, y sin pensar, se acercó aún más. Apenas se reconocía... los oscuros círculos bajo los ojos, la forma en la que su corta melena le daba un aspecto más afilado a su mandíbula y más duro a su boca, incluso con los labios todavía enrojecidos por la fricción de los besos de Harte. Su mirada ya no se encontraba atenuada por el maquillaje que había empleado para oscurecer las pestañas. No era solo el corte de cabello lo que la había cambiado: era el fuego en su mirada, encendido por la pena y la insensata tragedia. Era la determinación en su boca severa.

Por un momento examinó aquella nueva versión de sí misma y se dio cuenta de la abrumadora

realidad de lo que había hecho... Con su cabello, con Harte... de dónde estaban y de lo que estaba en juego. Y de lo que aún era posible que tuvieran que enfrentar.

Todavía no conocía a la persona que le devolvía la mirada, pero le gustó lo que veía. O aprendería a que le gustara. Haría lo necesario para asegurarse de que Nibsy jamás poseyera las gemas. Haría lo necesario para que el Libro y su poder quedaran a salvo de la Orden y de todos aquellos que pretendieran usarlos para perjudicar a quienes eran como ella. Pero se endurecería contra Harte Darrigan. Sería su compañera, incluso lo salvaría si fuera necesario, pero no se permitiría abrirle el corazón.

No volvería a cometer el mismo error.

A sus pies yacían esparcidos los restos de lo que alguna vez había sido su cabello. Los observó: los largos mechones, blandos bajo las suelas de cuero de los zapatos de hombre que aún llevaba puestos. Aquel cabello había pertenecido a una chica diferente. Era tan imposible volver a ser aquella muchacha como volver a fijar el cabello en su cabeza o eliminar el recuerdo de los besos de Harte de sus labios. Reuniendo el montón de cabello del suelo, Estrella lo arrojó en la estufa, pero el fuego ya se había enfriado, y no quedaban más que cenizas.

DEMASIADO TARDE

1902, Nueva York

La neblina que había descendido sobre el Bowery era densa y tenebrosa como la noche misma. El suave halo de las farolas apenas atravesaba la penumbra. Las calles, húmedas por la lluvia de la jornada, brillaban como el agua que inundaba los arrozales de su aldea. Por un momento, Jianyu casi pudo sentir que estaba allí, justo sobre la ladera de una colina, mirando por encima de la interminable extensión de praderas que rodeaban el hogar de su familia; el suelo, saturado de agua, ahogando los hierbajos que de otro modo asfixiarían la vida del arroz hasta matarlo. Pero luego aquella imagen parpadeó, y solo quedó la ciudad, la suciedad de las calles, el chapoteo de los lodazales que jamás alcanzarían para limpiar la mugre y la pobreza que ahogaban la vida del Bowery.

Llegaba tarde. Ya le había fallado a Cela, y en aquel momento le fallaría de nuevo.

Aligerando el paso, no se molestó con la magia. Su afinidad no le sería útil, ya que podrían rastrear sus pisadas de un charco a otro, pero se mantuvo entre las sombras moviéndose aún más rápido. No podía llegar tarde. Si el muchacho alcanzaba a Nibsy, los resultados podían ser devastadores. Con el chico, Nibsy poseería conocimientos del porvenir. Se volvería imparable.

Las calles estaban vacías, un poco de suerte tras una racha de días por lo general sombríos. Solitarias y silenciosas, no ofrecían ningún consuelo. Que lo pillaran por sorpresa, que le hubieran dado una buena paliza y luego Mock Duck lo hubiera entregado por un puñado de secretos: tal vez debería dar las gracias por seguir vivo. Sin duda, debía estar agradecido de que Cela lo hubiera seguido, arriesgando su propia vida para rescatarlo. Pero no le gustaba saber que él había requerido *su* protección. Le había fallado... tal como le había fallado a Doph... Pero no volvería a fracasar. No permitiría que triunfara el chico que venía de otro tiempo. Si aquello sucedía, si Nibsy se volvía tan poderoso como predecían Harte y Estrella, el impacto se extendería más allá de los confines de la ciudad, incluso quizá más allá de los océanos.

Una sombra se movió al otro lado de la calle, atrayendo su atención. Al volverse, un hombre salió de la oscuridad adentrándose en la penumbra de la farola.

Mock Duck. Los botones plateados de su chaleco relucían como ojos en la noche.

Jianyu mantuvo la cabeza gacha y apuró el paso. Buscó sus discos de bronce pulido en los bolsillos, pero los halló vacíos. *Daba igual.* Recurrió a su afinidad y abrió la luz en derredor mientras echaba a correr, cruzando un callejón a modo de atajo para llegar a la siguiente calle. No se giró para ver si los matones de Mock lo seguían. En cambio, se concentró en evitar los charcos que pondrían en evidencia todo su recorrido con exactitud.

Dos calles más y luego otra media más hacia el oeste, y estaría donde Estrella le había indicado que aparecería el muchacho... Si no llegaba demasiado tarde.

Giró en la calle Essex y se detuvo en seco. Más adelante, un grupo de hombres rodeaba a otro.

Demasiado tarde.

Jianyu plegó la luz a su alrededor mientras avanzaba lentamente, con cuidado de evitar las ondas que provocarían sus zapatos al pisar los charcos bajo sus pies para no delatarse. Cuando estuvo lo bastante cerca como para ver lo que estaba pasando, sintió un nudo en el estómago. Tom Lee y un trío de On Leongs estaban encima de alguien... un hombre o un muchacho... y la persona

que había sobre el suelo estaba tan inmóvil que parecía estar muerto.

Debería irse. Tom Lee no perdonaría a Jianyu por abandonar su juramento a los On Leongs. Quizá Lee no fuera tan violento como Mock Duck, pero Jianyu sabía que si Lee lo encontraba allí, no dudaría en atacarlo. Pero él tenía que saber... ¿el muchacho que estaba a sus pies era el chico que buscaba? Se acercó aún más, envolviendo su afinidad con fuerza a su alrededor.

Uno de los Leongs le dio una patada al hombre con tal violencia que Jianyu sintió el dolor en sus propias entrañas. El individuo gimió de dolor y se giró boca arriba.

La sangre de Jianyu se heló en sus venas.

El hombre que estaba sobre el suelo no era el chico rubio que Estrella había descrito sobre el puente. En el tenue fulgor de la farola se vio a *sí mismo* sobre el suelo... no era el rostro del chico sino el suyo, desfigurado por la agonía mientras los hombres de Tom Lee se preparaban para atacar de nuevo.

Tambaleándose hacia atrás, anonadado, cayó ruidosamente en un charco estancado. Con el sobresalto, se le escapó su afinidad.

Al oír el ruido, Tom Lee y sus hombres se volvieron, y lo miraron con los ojos desencajados. Sus expresiones eran una mezcla de sorpresa y horror al mirar entre Jianyu, de pie como estaba bajo la luz débil y parpadeante de una farola, y el cuerpo que se encontraba tendido sobre el suelo, que apenas se movía. Pero Tom Lee no manifestaba tal temor. Caminó hacia Jianyu, con un brillo de anticipación en la mirada mientras sacaba una pistola del interior de su abrigo y la levantaba.

Jianyu se dio la vuelta para huir, pero el eco del disparo ahogó sus pisadas. Sintió el dolor de la bala atravesándolo, y se desplomó sobre el suelo.

Cayendo sobre el fango y las calles empapadas por la lluvia. Cayendo a través de ellas, más y más, como si la muerte no fuera más que un descenso constante. Cayendo como si nunca fuera a detenerse, como si nunca fuera a aterrizar.

Por fin su cuerpo golpeó el suelo con fuerza, y se incorporó de un salto, esforzándose por ponerse en pie. Tenía que correr...

—Quédate donde estás —dijo una voz, y no era el cantonés que esperaba. Era un inglés suave y vibrante como jamás había escuchado—. ¡Cela! Ven aquí, chica.

Jianyu abrió los ojos, y la calle desapareció, dejando una habitación pequeña pero confortable. El resplandor de una pequeña lámpara iluminaba el espacio, y el aire parecía íntimo y cálido; olía a sudor y a cuerpos rancios.

No, no la habitación. Era él quien olía a sudor rancio. Un sudor que empapaba su ropa, y de pronto tuvo una sensación insoportable de calor y frío a la vez.

—¿Qué sucede? —Cela estaba en la puerta.

—Se está despertando —dijo una voz masculina. Era la persona que lo retenía, un anciano de piel morena, con el cabello gris en las sienes de su amplia frente—. Ocúpate de él.

Las manos habían desaparecido, y un instante después la cama se hundió y Cela estaba sentada junto a él. Al tocarlo, sintió la frialdad de sus manos gráciles contra la piel de su frente.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó; su voz era un chirrido áspero mientras luchaba por sentarse. Le seguía doliendo el costado, y la cabeza le martilleaba.

—Espera —dijo Cela. Extendió la mano para coger un vaso de agua. Intentó ponerlo en sus manos, pero él lo apartó.

—¿Hace cuánto tiempo que estoy aquí? —volvió a preguntar. Su corazón seguía agitado por la pesadilla de su propia muerte.

—Has estado perdiendo y recuperando la conciencia durante casi cinco días —respondió Cela. *No*. Llegaba tarde. *Demasiado tarde*. Intentó bajar las piernas de la cama, pero el movimiento le provocó mareos.

—Tienes que sentarte —le dijo Cela. Lo sujetó del brazo mientras se mecía.

—Tengo que irme —dijo, quitándosela de encima.

—¿Irte? —Advirtió vagamente que su voz parecía muy lejana—. Apenas puedes mantenerte sentado. ¿A dónde crees que vas?

Consiguió ponerse en pie. *Demasiado tarde*. Pero su vista se nubló, y tropezó hacia atrás.

—No vas a ir a ninguna parte —repitió Cela. Lo empujó con suavidad de nuevo sobre la cama; sus miembros estaban tan débiles que no pudo resistirse—. Vas a beberte el agua, y si consigues retenerla, podrás tomar un poco de caldo.

—He llegado demasiado tarde —le dijo, aceptando la taza. Las manos le temblaban por el peso del agua, y no podía mantenerlas quietas.

—Te dieron una paliza que te dejó medio muerto. Sea lo que sea, puede esperar —dijo, indicando que debía beber.

Ella se equivocaba. El muchacho no esperaba para llegar, no esperaba para encontrar a Nibsy. Jianyu se bebió el agua con desgana, pero le sorprendió su frialdad y la sed que tenía. Desapareció antes de haberlo saciado siquiera.

—Más —pidió, su voz un ruego más que una orden. *Cinco días*.

Cogió el segundo vaso y bebió, tanto para probar que podía hacerlo como para calmar su sed. *Cinco días*. Había perdido cinco días. Lo que significaba que ya era demasiado tarde.

DESCARTADO

1902, Nueva York

Para Logan Sullivan viajar a través del tiempo no era la aventura romántica que solían describir en el cine o en la televisión. Para empezar, no podía deslizarse en un vehículo volador ni en una cabina de policía mágica. No era un salto fácil. Le provocaba dolores. Y otra cosa: lo mareaba, sentía como si estuviera a punto de expulsar las tripas, y su propio *ser* estuviera a punto de estallar. Siempre había un momento justo cuando Estrella arrastraba a Logan de una época a otra en el que juraba que había una posibilidad de que no llegarían a destino, un punto en el que sentía que ni siquiera existía. En resumen, los viajes en el tiempo eran difíciles, peligrosos y una frustrante contrariedad.

Aunque, por otra parte, también lo era Estrella.

Ella era la que siempre parecía saber exactamente lo que él estaba pensando, y eso resultaba condenadamente inoportuno para Logan Sullivan, teniendo en cuenta que desde hacía ya mucho tiempo había descubierto que era mucho más fácil ir por el mundo convenciendo a los demás con su bonito rostro que a base de palabras.

De todas formas, fuera o no una molestia, le había dado pena tener que presionar el revólver contra su costado e incluso más pena las balas con las que el profesor Lachlan había cargado el arma. No era que no hubiese creído al profesor cuando le dijo que Estrella los había traicionado y no era de fiar. Era que Logan podía ser muchas cosas, pero jamás se había considerado un asesino. No le había gustado la idea de tener que meterle una bala en la espalda. Incluso si ella le había hecho lo mismo a Dakari.

Por eso cuando Estrella no ofreció ningún tipo de resistencia mientras caminaban hacia la salida se alegró. Que solo tuviera que darle un empujoncito para que colaborara hizo que se sintiera aliviado, pero tendría que haber sabido que ella no se lo iba a poner tan fácil. Con ella nada resultaba nunca fácil. En un momento sintió como si el mundo entero se hubiera hecho pedazos, como si su alma estuviera colapsando sobre sí misma, y varios segundos después podía volver a sentir la solidez del pavimento bajo sus pies.

Antes de que pudiera incorporarse siquiera, sintió un dolor desgarrador en la articulación del hombro, su mano quedó paralizada y Estrella aprovechó el momento para deslizarse lejos de él. Tropezó, intentando ponerse de pie, pero su vista se aclaró *apenas* lo suficiente como para verla recoger el bolso que él llevaba y desaparecer.

Logan intentó enfocar la vista cayendo en la cuenta de la realidad de su situación. La humedad de la calle adoquinada, el olor a humo de carbón y hollín en el aire. La extraña inclinación de la luz que descendía a través de las nubes, y el bullicio de voces a su alrededor, en idiomas que no comprendía. El profesor Lachlan había intentado que aprendiera otras lenguas, pero nunca había tenido cabeza para las palabras como Estrella.

Estrella. Que era buena en todo. Estrella, que definitivamente lo había abandonado.

En el pasado.

Junto con el hollín, había un aroma en el aire... el olor a algo maduro que indicaba la presencia de algo vivo. O de algo que lo había estado. Animales, comida podrida o mierda. Sí, definitivamente, mierda. Gracias al aire fresco de la mañana, el hedor se había atenuado, pero

Logan imaginó que se volvería asfixiante en cuanto el calor del verano descendiera sobre la ciudad.

Él no debía estar allí durante el verano. El profesor Lachlan se lo había prometido. Logan solo tenía que entregar el bolso y la notas y luego Estrella debía llevarlo a su propio tiempo ... al propio tiempo de *ambos*.

Al tiempo al que él pertenecía.

El bolso que llevaba con él hacía ya tiempo que había desaparecido, pero por lo menos aún tenía las notas, pensó mientras le daba una palmadita al bolsillo de su chaqueta. *Sí. Seguían allí.*

Logan consiguió por fin sentarse. Tenía los pantalones húmedos por el charco en el que había aterrizado. *Agua de lluvia... Que sea agua de lluvia...* frotándose la cabeza allí donde se había golpeado con el cemento, advirtió que lo estaban observando. Dos tipos de espaldas anchas, con abrigos oscuros y sombreros inclinados hacia abajo sobre los ojos caminaban a grandes pasos hacia él. Uno tenía un palo de algún tipo... una porra, pero con un pincho terrible en el extremo del mango.

Logan trató de ponerse de pie lo más rápido posible. Levantó las manos mientras intentaba retroceder, pero en cambio chocó con otra persona por detrás.

—Oíd —dijo, la cabeza no paraba de darle vueltas en lo que luchaba por permanecer de pie.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el más fornido de los tipos, avanzando otro paso más hacia Logan y acorralándolo. El tipo sonrió, una sonrisa cruel que lo hizo sentir como si acabara de tragarse una piedra. Él no sabía luchar... de eso se ocupaba Estrella. Se sentía más cómodo usando las palabras para librarse de una situación. Pero aquellos tipos no parecían tener ninguna intención de escucharlo.

—¿A dónde ha ido la chica? —preguntó el otro, su tono tan aplanado como su nariz rota—. Estaba aquí hace un momento y luego...

—Vete al diablo —dijo el más corpulento, dándole a Logan con su porra—. Ella es uno de ellos. —Lo inmovilizó con una mirada—. ¿Acaso no lo era? ¿Significa que tú también lo eres?

—Oíd, no quiero problemas —les dijo Logan.

—Es demasiado tarde para eso, ¿no crees?—respondió el más corpulento mientras el hombre contra el que había chocado por detrás lo sujetaba por los brazos. El otro alzó el revólver que tan solo unos momentos antes había estado entre sus manos, su seguro contra el probable intento de Estrella de escapar, y se lo metió en el bolsillo—. Creo que será mejor que vengas con nosotros. El jefe estará interesado en verte.

Tiraron de él y lo presionaron para avanzar, no tuvo más opción que caminar... caminar y maldecir a Estrella y su condenada traición durante todo el camino.

1902, Nueva York

Después de dos días, Jack Grew estaba harto de los mimos y cuidados excesivos de su madre. Después de cinco, ya no lo soportaba más, así que se mudó nuevamente a su propia zona de habitaciones. Le dio algo de paz poder prescindir del séquito constante de criadas y médicos que lo revisaban, y también poder mantener un poco las distancias con el resto de su familia, que siempre aparecían para recordarle una próxima entrevista o alguna cita que le habían concertado.

Siempre eran ellos quienes acordaban las reuniones. Sin preguntar jamás, sin consultar; solo exigiendo. Estaba realmente harto de todo aquello. Por lo menos en ese momento tenía tiempo para abocarse a descifrar el *Ars Arcana*.

Cuando el reloj marcó las ocho, sus largas y sonoras campanadas lo sacudieron de su estupor. Parpadeó un par de veces. Intentó recordar dónde estaba o qué había estado haciendo. Sobre la mesa que tenía delante, el Libro yacía abierto, la página repleta de símbolos y anotaciones en un lenguaje que no lograba reconocer.

Vale. Había estado leyendo. O intentando hacerlo.

Se frotó los ojos. No eran mucho más de las cinco cuando se había sentado para intentar comprender una página en griego, y con total seguridad se había quedado dormido en algún momento. Era algo que había descubierto acerca del Libro: cuando lo estudiaba, el tiempo parecía perder sentido. A menudo, se había despertado por la mañana, aún vestido con la ropa de la noche anterior, con el cuello dolorido por haber dormido en posición vertical sobre la silla, y el Libro abierto delante de él.

O quizá fuera tan solo el efecto de la morfina, pensó con desánimo, cuando el martilleo de la cabeza le produjo una mueca de dolor. Cogió el bote de su bolsillo, extrajo una pastilla de morfina y se la metió en la boca, el amargo sabor le provocó un mohín de disgusto. Pero unos momentos después, el dolor se desvaneció.

No lo bastante rápido, pensó, colocando dos amargas dosis más en su boca. Tenía intención de abandonar el calmante; no era un maldito soldado que no pudiera dejarlo. No hacía *tanto tiempo* que lo tomaba, pensó. Su mente empezó a ablandarse y despejarse. Sencillamente, llevaba tiempo, se dijo mientras se volvía de nuevo hacia el Libro.

Pero no fue el repique del reloj lo que lo sacó de su estupor la segunda vez. *No*. Se trataba del sonido de una campana completamente diferente.

Parpadeó. La cabeza le seguía dando vueltas de modo placentero y el dolor de cabeza parecía muy distante. Cuando trató de frotarse los ojos de nuevo, advirtió que tenía un bolígrafo en la mano. El Libro seguía abierto, pero la página que antes le había resultado completamente incomprensible, en aquel momento estaba llena de anotaciones... y realizadas con su propia caligrafía.

No solo anotaciones. Traducciones. Y no recordaba haber escrito nada de aquello.

La campana seguía sonando.

El timbre. Sam Watson. Casi había olvidado por completo la cita que su tío había concertado para otra entrevista. La primera había sido una pérdida de tiempo absoluto, pero aparentemente la

Orden creía que convenía informar a la prensa sobre la gala, y estaban utilizando a Sam... y a Jack... para hacerlo.

Jack gimió y cerró el Libro con un brusco golpe. Las páginas se agitaron, rebotando por el impacto. *Maldita sea, la campana y Watson podían esperar*, pensó al llevar el Libro a su habitación y dejarlo a buen recaudo en la caja fuerte. Tomó un poco más de morfina para atenuar la punzada de dolor que el incesante tañido le provocaba en la cabeza. Luego se dirigió hacia la puerta.

No era Watson.

—Señorita DeMure —dijo Jack, sorprendido al verla allí en el umbral de la puerta. Llevaba un vestido de seda en un intenso tono verde esmeralda, que contrastaba con el rojo de su cabello y de sus labios.

La última vez había venido con Sam, cuando este lo había entrevistado por primera vez. Por las miradas que le había dirigido durante aquella entrevista, Jack había deducido que la chica mostraba algún tipo de interés en él, *más* que interés. Había esperado volver a verla, pero no que llegara a su casa sin anunciarse ni venir acompañada.

Miró más allá, buscando alguna señal de que Sam Watson viniera con ella.

—Sam no ha podido venir —dijo, pasando junto a él—. Lamentablemente, unos asuntos en la oficina lo han retrasado. He pensado que en cambio podrías disfrutar de mi compañía. —Le lanzó una sonrisa por encima del hombro, y Jack, que no era de los que pasaban por alto un regalo como aquel, cerró la puerta tras ella.

—¿Tu compañía? —preguntó expectante, volviéndose hacia la dama.

Recorría con sus dedos enguantados la madera suave y oscura de la mesa de la entrada.

—¿Me he equivocado?

—No —dijo, sintiendo un arrebató de calor y satisfacción—. En absoluto. Por favor, pasa. ¿Deseas algo para beber?

Tras entrar al salón vertió un par de copas de jerez para ambos. La joven aceptó la bebida que le ofrecía con una sonrisa coqueta, pero luego le dio la espalda para examinar una de las estatuillas que había sobre el aparador.

Jack comprendió de inmediato el baile que había iniciado; sus entrañas se tensaron anticipando lo que sospechaba que ocurriría a continuación: el intercambio interesado de información mientras ambos giraban en círculo uno alrededor del otro, la provocación y la promesa que se encerraba tras todo aquello. Y el instante en que él triunfaría.

Tras un momento Evelyn se volvió hacia él, sus ojos relucientes a la suave luz.

—Conocía a Harte Darrigan, sabes...

—¿Darrigan? —La irritación atravesó a Jack y su humor se volvió gélido. Lo último que quería era tener que pensar en aquel maldito Mago mientras recibía a una mujer bien dispuesta.

Evelyn asintió.

—Algunos incluso podrían afirmar que llegué a conocerlo íntimamente.

—¿En serio? —preguntó, sin molestarse en ocultar el tono de desagrado.

—Oh, no te pongas celoso, Jack —dijo, y luego soltó una carcajada, honda y gutural.

A pesar de su irritación, el sonido volvió a provocar un tirón en sus entrañas, pero la morfina seguía circulando por su sangre: tenía la mente clara y los pensamientos afilados. Estaba jugando con él.

Pero él no era ningún ratón.

Avanzó airadamente hacia ella con lentitud para que no se asustara. Para que no se diera cuenta

de que la presa no era él.

—No malgastaría el tiempo poniéndome celoso con basura como Darrigan —le dijo.

La boca roja de Evelyn se curvó en una sonrisa.

—No pensaba que lo hicieras. En cuanto el otro día te escuché hablar con Sam, supe que eras demasiado listo, demasiado astuto para una emoción tan mezquina como los celos. Motivo por el cual me pareció que estarías interesado en la información que tengo acerca de él.

Dio otro paso para acercarse aún más hasta que pudo oler el perfume dulzón que se suspendía a su alrededor como una nube, estridente y vulgar... como ella.

—¿Qué información?

—Estuve allí aquella noche, sabes —le dijo, bebiendo un pequeño sorbo de su jerez, sin dejar de apartar la mirada. *Un desafío si alguna vez hubo uno*—. Yo estuve en Khafre Hall la noche en que ocurrió todo. Sé que la Orden intenta ocultar la verdad, que están utilizándote para distraer al público de lo que realmente sucedió. Si tú aseguras que Darrigan estaba en el tren, te creo.

—¿En serio? —preguntó él, acercándose aún más y dejando su copa sobre el aparador.

—Por supuesto, Jack. Conocía a Darrigan, y conocía a su maldita asistente. Ella es la que tiene la culpa de todo esto, lo sabes, ¿verdad?

La cogió del brazo y le complació ver el destello de temor en su mirada.

—No me gusta que jueguen conmigo. Si sabes dónde están Darrigan o la chica, me lo dirás.

—No sé dónde está. No sé si consiguió siquiera bajar del tren... —Él apretó su brazo con más fuerza, y ella abrió los ojos aún más—. Pero sí sé que pudo haber dejado algo atrás... algo que puede interesarte.

—¿Ah, sí? —preguntó Jack, soltándola un poco y luego liberándola por completo. La morfina por fin recorría sus venas con libertad, relajándolo todo y haciéndolo sentir muy presente, como si estuviera en todas las partes de la habitación al mismo tiempo—. ¿Qué fue lo que dejó?

—Solo puedo compartir una información de ese tipo con mis amigos. Mis amigos más cercanos —ronroneó—. ¿Somos amigos, Jack?

—Por supuesto —murmuró.

La boca de Jack se curvó hacia arriba de modo espontáneo mientras Evelyn se acercaba a él, con los ojos brillantes por la victoria, creyendo evidentemente que había ganado.

Pero lo cierto era que estaba equivocada, muy equivocada.

LA EXPOSICIÓN

1904, St. Louis

Harte esperó junto a Estrella en la esquina de Lindell y Plaza, en las entradas principales a la feria mundial. Ella no había hablado con él en toda la mañana, pero no era como si él hubiera estado dispuesto a mencionar lo sucedido la noche anterior. Al parecer, eran unos cobardes, pero a Harte no le pasó desapercibido el cuidado que había tenido para no tocarlo, ni siquiera había permitido que sus brazos se rozaran mientras el tranvía los trasladaba a través de la ciudad.

De pie tras las vallas, observando el flujo constante de visitantes, Harte empezó a advertir lo grande que era realmente la feria mundial. Lafayette Park, donde se albergaba la Exposición, se extendía durante kilómetros en todas las direcciones. El alcance del evento era sorprendente. En la distancia, pudo oír el rugido de la multitud, el estruendo de la música que provenía desde el interior tras las vallas y, cada tanto, el tronar de algún cañón o la explosión de un revólver resonando a través del aire.

—Necesitas relajarte —dijo Estrella, su voz finalmente irrumpiendo a través de sus pensamientos—. Si sigues con ese gesto, llamarás la atención.

—¿Con qué gesto? —preguntó, arriesgando una mirada. Fue, por supuesto, un error. Los ojos de ella estaban alertas, y sus mejillas, sonrojadas por la excitación del día... O quizá fuera solo por el calor. Al verla, algo se contrajo en su interior, algo que no tenía nada que ver con el poder que había estado clamando desde que la había besado la noche anterior.

—Como si fueras a atacar a alguien —dijo, clavándole una mirada enigmática por el rabillo de ojo.

—No tengo ningún... —Pero entonces vio que un rostro familiar se acercaba hacia ellos—. Aquí viene.

A pesar de llegar con más de veinte minutos de retraso, Julien avanzó contoneándose como si tal cosa.

—Llegas tarde —le dijo Harte, extendiendo la mano para estrechársela.

—Ha sido inevitable —respondió Julien, y encogió los hombros afablemente. Pero la expresión de sus ojos no coincidía con el tono despreocupado de sus palabras.

Cuando aceptó la mano de Harte a modo de saludo, este había tenido la intención por un instante de usar su afinidad, solo para asegurarse. Pero al otro lado de la calle, un ejército de lo que claramente era la Guardia de Jefferson se alineaba firme cerca de las vallas. Si Julien tenía razón con la idea de que podían percibir la magia, no merecía la pena arriesgarse.

Estrella también extendió la mano.

—Me alegro de volver a verte, Jules —dijo, su voz más baja que lo habitual.

—Vaya, vaya. —Aceptó el saludo con calma.

Harte soltó una maldición mascullada.

—Esto es una locura —dijo—. No hay manera de que nadie advierta lo que ella es de verdad.

—Nadie estará prestándole atención —dijo Julien, asintiendo hacia la entrada que había al otro lado de la calle—. No con las maravillas que aguardan dentro.

—¿Qué maravillas? —preguntó Estrella. Aparentemente, estaba disfrutando. Si estaba enfadada

por la noche anterior, no había dicho nada. Lo cual significaba que definitivamente estaba enfadada, y que tarde o temprano él tendría que enfrentarse a las consecuencias.

No es que la culpara. Se había aprovechado de ella y luego la había abandonado. Merecía cualquier castigo que quisiera imponerle.

Julien metió los pulgares dentro de los bolsillos del chaleco y se meció sobre los talones.

—¿Ahí dentro? Solo la feria más grande y más impresionante que jamás ha tenido el mundo —dijo—. Dentro de esos muros está la evidencia del brillo de nuestra civilización y de las maravillas que se extienden por todo el mundo... todas las innovaciones y descubrimientos que esta era tiene por ofrecer.

—Puedes dejar el histrionismo cuando quieras, Jules —respondió Harte, irritado por la forma en la que los ojos de Estrella reían ante sus palabras. *Ni siquiera me mira*—. Lo único que queremos es el collar. ¿Nos has dicho que estaría aquí?

Julien le lanzó una mirada conspirativa.

—Paciencia, Darrigan. —Luego empezó a cruzar la calle, dejando que lo siguieran.

—Es un poco insufrible, ¿verdad? —preguntó Estrella, asegurándose de mantener la voz lo bastante baja como para que Julien no pudiera oírla.

—Más de la cuenta —dijo Harte secamente.

—Pero me gusta de todos modos.

Harte le echó un vistazo.

—La mayoría de la gente reacciona así. Intenta no caer en la trampa, ¿vale, Slim?

—¿Slim?

—Solo estoy probando —le dijo encogiendo los hombros—. Necesito llamarte de algún modo si insistes en vestirme así.

Ella lo miró irritada; Harte estuvo a punto de sentirse aliviado.

—Pues no será Slim.

Por la forma en la que sus mejillas se sonrojaron le quedaba claro que aquel tema no era asunto de él.

—No lo sé —dijo, curvando su boca en un mohín—. Creo que ya me estoy acostumbrando al nombre.

Empezó a protestar, pero él sencillamente aligeró el paso para caminar junto a Julien, dejando que ella los alcanzara.

Tras pagar sus entradas siguieron a la multitud de personas a través de las arcadas ornamentadas que hacían de portales en la feria. La multitud a su alrededor se desplazaba lentamente, en parte porque directamente en frente había una glorieta donde una banda de música completa tocaba una marcha animada. Mientras los tres se abrían paso a través de la multitud reunida para escuchar, Estrella señaló el enorme tambor de bronce pintado con el nombre de la banda.

—¿Es Sousa? —le preguntó a Julien.

El director estaba vestido de azul militar, y su batuta se sacudía formando un dibujo con precisión casi mecánica para indicar el ritmo de la música. Harte había escuchado hablar de John Philip Sousa, por supuesto (¿quién no?), pero se preguntó qué tenía el director de la banda que suscitara una mirada tan concentrada en el rostro de Estrella.

—Ya os lo había dicho, tienen los artistas más famosos, las exhibiciones más extraordinarias de los países de todo el mundo, y el predio más magnífico que jamás se haya construido —dijo Julien—. La Sociedad quiere que esta Exposición ponga a St. Louis en el mapa... que la haga tan importante como Chicago, incluso tan importante como Manhattan.

Estrella le echó un vistazo a Harte, y por su mirada supo que no iba a suceder. Pero cuando sus ojos se encontraron, la expresión de ella vaciló.

Cuando le volvió a dar la espalda, el estómago le dio un vuelco.

—Solo quiero el collar, Jules. ¿Podemos ir a verlo?

Se abrieron paso a base de empujones a través de la multitud que rodeaba la glorieta. A su izquierda, un paseo bordeado de árboles se adentraba aún más en el parque. Harte vio que el sol se refejaba en una extensión de agua. Julien continuó el camino dejando atrás los edificios administrativos hasta llegar a un área con señales que indicaban que se encontraban en el Pike.

—Hemos llegado —dijo, señalando el sendero pavimentado con ladrillos que se extendía ante ellos.

El amplio bulevar conducía a una especie de mundo de fantasía surrealista. En la entrada, montañas de por lo menos diez pisos de altura eclipsaban una pequeña aldea alpina, brotando junto a la réplica de un castillo que podría haber salido de las historias del rey Arturo. Hasta donde alcanzaba la vista, la calle estaba alineada con una mezcla de edificios pintados en colores que resultaban demasiado llamativos para ser reales. Harte volvió a oír un disparo resonando en la distancia.

—¿Qué es eso? —preguntó Estrella.

—Probablemente, la recreación histórica de la Segunda Guerra Bóer; la representan dos veces al día —dijo Julien, fijándose en su reloj de bolsillo—. Ah, sí, son casi las diez y media, es la hora en la que habitualmente la caballería se dispone a atacar.

—¿La caballería? —preguntó Harte, preguntándose dónde diablos estaban.

—Son actores en su mayor parte, pero algunos estuvieron realmente en la batalla. —Julien le guiñó el ojo—. Bienvenidos al Pike. Nunca se había edificado algo como esto. Aquí se puede viajar a cualquier lugar del mundo sin mover un pie de la ciudad. Se puede viajar al Hades o a los cielos. Se puede conocer a una geisha o trasladarse al Polo Norte y regresar. Es asombroso, ¿verdad?

—Algo así, sí —dijo Harte, vacilante, mientras estudiaba el amplio bulevar ante él.

Toda su vida había soñado con huir de la ciudad, y en aquel momento parecía que tenía una oportunidad de hacer algo más que huir: transportarse. Pero, por algún motivo, nada de todo aquello terminaba de parecerle adecuado. Harte jamás había estado en otro lugar que no fuera la isla de Manhattan, pero sabía a simple vista que nada de lo que estaban a punto de ver era real. Cada uno de los edificios estaban pintados con colores demasiados llamativos y eran demasiado perfectos. Con los letreros eléctricos y las farolas iluminadas a pesar de que el sol caía de pleno, los pregoneros gritando, cada unos de ellos entre los asistentes, intentando convencerlos para que pagasen otros veinticinco centavos más y experimentaran alguna nueva maravilla, el Pike tenía un aire carnavalesco que Harte sabía que no era más que una pobre imitación de las verdaderas maravillas del mundo.

De hecho, las muestras del Pike guardaban algún parecido con los museos de curiosidades del Bowery. La popularidad de aquellos sórdidos escaparates siempre lo había incomodado por la forma en la que hacían desfilar a las personas como si fueran rarezas, como si no fueran más que objetos que pudieran verse con tan solo pagar un par de monedas.

La mirada semiaterrada de Estrella le indicó que debía estar sintiendo lo mismo.

El Pike estaba bordeado por una combinación *insólita* de edificios. Una pagoda japonesa justo al lado de un edificio destinado a representar a la antigua Roma. Una enorme caverna artificial con las palabras HABITANTES DE LOS ACANTILADOS se apoyaba contra un edificio que podría haber

salido de la plaza de San Marcos en Venecia.

—¿Acaso son nativos norteamericanos de verdad? —preguntó Estrella mientras pasaban por delante del edificio de los Habitantes de los Acantilados y veía a un par de mujeres de cabello oscuro sentadas en silencio y ofreciendo a la venta brazaletes de cuentas.

—Son indios, si es a lo que te refieres —dijo Julien, dirigiéndole una mirada extrañada—. ¿Qué otra cosa iban a ser?

—¿Actores? —preguntó, pero a Harte no le quedaba claro si era esperanza o temor lo que había oído en su voz.

—¿Qué sentido tendría? —preguntó Julien, y por la mirada de sorpresa, parecía realmente confundido.

—No lo sé —dijo Estrella algo dudosa—. ¿Viven aquí, en la feria?

—¿Quién sabe? —respondió con desdén—. Parecen bastante felices, ¿verdad?

Pero por su mirada, Harte sabía que nada de aquello la convencía. Su frente estaba surcada por las dudas, y la preocupación... quizá incluso decepción... teñía su expresión.

—¿Los obligan a estar aquí?

—¿Cómo podría saberlo? —preguntó Julien encogiendo los hombros—. Pero estoy seguro de que les dan una compensación.

No le importaba, advirtió Harte, porque no era su problema. Julien había nacido libre para tomar sus propias decisiones, elegir su propio camino... ir *adonde* quisiera, *cuando* quisiera. No comprendía lo que era tener una vida diferente.

Una de las mujeres miró a Harte y alzó el brazo para ofrecerle un brazaletes. Él sacudió la cabeza negándose con discreción, pero no antes de advertir que Estrella tenía razón. Tras la plácida expresión, había algo en la mujer que él podía reconocer con demasiada facilidad: una frustración y un desencanto con el mundo que no podía ocultar, por lo menos, no a él. Porque él mismo había podido sentirlo en lo más profundo de su ser.

Extrajo un par de monedas y las intercambió por un par de brazaletes. La mujer no mostró ninguna señal de alegría al aceptar el dinero y tenderle un par de pulseras. Sin molestarse siquiera en mirarlas, recorrió el pulgar sobre las suaves cuentas mientras lo metía en el bolsillo de su chaleco... un recordatorio de que el mundo era más amplio de lo que había advertido y de que no había límite para el sufrimiento.

Los tres se abrieron paso a través de la sucesión de grotescas y bellas exhibiciones. Era posible que la arquitectura no fuera auténtica, pero era increíble de todos modos. A lo largo de todo el bulevar alineado de edificios de ladrillo, ciudadanos comunes se mezclaban con personas ataviadas con trajes extravagantes. Harte no sabía si eran auténticos o no, pero los bordados, las cuentas y los detalles de cada disfraz resultaban hermosos de cualquier manera.

La música brotaba de los edificios, los diferentes estilos se fundían y se mezclaban con el ruido de la calle. Los organizadores de la feria habían creado un mundo donde cualquier fantasía de tierras lejanas y pueblos exóticos podía hacerse realidad para todo aquel que estuviera dispuesto a pagar veinticinco centavos. Quizá no fuera real, pero Harte comprendía tácitamente que la veracidad no importaba... ni a la feria ni a los asistentes. Quienes se desprendían de sus monedas allí no eran diferentes de quienes se habían sentado a observar su número noche tras noche. No pagaban para ver la realidad, con sus turbias complicaciones y sus verdades desagradables; pagaban por ver un mundo de fantasía, para sentir que existía alguna posibilidad de escapar. Incluso para Harte, que tenía más experiencia, resultaba complicado no sentirse un poco atraído por todo el espectáculo.

—Aquí estamos —dijo Julien, cuando llegaron a una enorme arcada, engalanada con las palabras LAS CALLES DE EL CAIRO.

Al otro lado del pasaje abovedado, la calle conducía a una verdadera ciudad de edificios color arena con ornamentos árabes... una serie de arcadas y minaretes que realzaban las estructuras de paredes planas. Por encima, las cúpulas abovedadas cubrían el cielo estival de color azul, y en las calles, los hombres vestidos con túnicas sueltas llamaban a voces, promocionando paseos en camello y mula a través de las calles de la urbe reproducida. Quedaba claro que se suponía que era Egipto, una versión fantástica y estilizada, destinada para aquellos que nunca tendrían la posibilidad de viajar hasta allí.

—Será mejor que esto tenga algo que ver con el collar, Jules —le dijo Harte.

—Esta es la contribución especial que hizo la Sociedad a la feria —les indicó. Apenas se oía su voz por encima del ruido de las calles—. La pieza central, por lo que tengo entendido, es un artefacto místico del mundo antiguo... un collar con una gema que contiene estrellas.

—¿Está aquí? —preguntó Estrella.

—No les servirá de nada —señaló—. La seguridad es de primer nivel, y dada la reciente actividad de los Antistasi, todo el mundo está en estado de máxima alerta.

—Nos preocuparemos por eso más tarde —dijo Harte—. Antes quiero que nos aseguremos de que es el collar que buscamos.

Juntos siguieron el laberinto de edificios, dejando atrás un bazar improvisado con puestos que vendían rollos de tejidos de brillantes colores y pequeñas baratijas que parecían objetos que podrían haberse sustraído de la tumba de un faraón. Había un enorme restaurante del cual emanaba un aroma a carnes asadas y especias intensas que se esparcía por las calles, tentando a los visitantes. Finalmente, en lo más profundo de la atracción, llegaron a un edificio esculpido como para que pareciera que lo habían traído directamente del antiguo Egipto.

Un pórtico enorme y profundo estaba flanqueado por columnas rayadas de arenisca, cada una pintada con algo que parecían ser jeroglíficos. A Harte se le vino a la cabeza Khafre Hall, con sus decoraciones doradas y acabados de un intenso azul cerúleo. Por la forma en la que Estrella se había quedado completamente inmóvil, como si cada célula de su cuerpo estuviera en estado de alerta, imaginó que estaba pensando lo mismo.

—¿Estáis listos para dar un paseo por el Nilo? —preguntó Julien.

Pero Harte no tenía paciencia para sus juegos. El calor del día ya empezaba a afectarle. Sentía un martilleo en la cabeza y la vista se le nublaba. De pronto, no pudo oír otra cosa más que un rugido en su mente.

El sol estaba tan alto que el templo no arrojaba ninguna sombra. El lugar parecía fresco, acogedor y seguro, a la sombra de sus gruesos muros.

Con la misma rapidez con que la visión lo había sumergido en un tiempo y en un lugar diferente, desapareció. Harte se quedó inmóvil, con un zumbido en los oídos, y un sudor frío recubriendo su piel.

—¿Harte? —Estrella pronunciaba su nombre, y al encontrarse con su mirada, vio preocupación en sus ojos. Tendría que haberse sentido mejor tras la indiferencia que había manifestado durante todo el día, pero la visión lo había dejado demasiado conmovido.

Tranquilízate.

—Estoy bien, Slim —le dijo, guiñando el ojo.

Un destello de irritación cruzó la mirada de Estrella.

—Pero acabas...

—Déjalo ya —le dijo. Luego dirigió su atención hacia Julien, que lo miraba con expresión seria —. Terminemos con esto y veamos con qué estamos lidiando.

Aparentemente, Julien no había exagerado... Dentro del edificio hallaron una fila de personas aguardando para subir a unas barcas reales con forma de largas canoas de fondo plano y los extremos curvados hacia arriba. La intención era que parecieran las embarcaciones que alguna vez habían surcado las aguas del Nilo. Cuando les llegó su turno para embarcar, Julien le entregó algunas monedas al asistente de la fila y consiguió que les dejaran una de aquellas canoas para ellos solos.

—Después de ti —le dijo a Estrella, permitiendo que entrara primero ella en la pequeña embarcación.

Se sentó en uno de los bancos de en medio, y Julien hizo amago de seguirla, pero Harte lo detuvo antes de que pudiera alcanzarla.

—Juventud antes de belleza —le dijo aprovechando la oportunidad para deslizarse en el asiento junto a ella. Ignoró la mueca de suficiencia en la boca de Julien y fingió que no había advertido la irritación de Estrella.

En la parte trasera del barco, el barquero llevaba puesta una túnica de lino con detalles de oro y la peluca más horrible que Harte hubiera visto jamás. Las negras trenzas enroscadas estaban enmarañadas y raídas; colgaban alrededor del rostro delgado del hombre, enmarcando sus ojos de un azul intenso y rodeados por un anillo de kohl. También parecía que su tez hubiera sido oscurecida con maquillaje... era demasiado rojiza para ser natural. Probablemente, la idea era hacer que aquella escena egipcia pareciera una realidad, pero a diferencia de la imitación que Julien hacía de una mujer, el disfraz del barquero era una caricatura. Como los actores blancos del vodevil que ennegrecían sus rostros con corcho quemado para sus números de juglar: era una burla para el pueblo en sí que intentaban representar.

El barquero se mantuvo en silencio mientras el barco empezaba a moverse. Lentamente, a un ritmo constante, apartó la embarcación del muelle y emprendió la navegación por un estrecho canal de agua de un azul adulterado. Junto a Harte, Estrella tenía la espalda erguida y alerta, observándolo todo a medida que el barco se acercaba a un túnel oscuro.

—Aquí vamos —murmuró Julien, lanzando una mirada traviesa hacia ellos justo cuando el barco empezó a deslizarse dentro del túnel.

Cuanto más avanzaban, más terreno ganaba la oscuridad, hasta que de pronto el barco empezó a desplazarse a través de una noche artificial y el único ruido que podía percibirse era el suave chapoteo del agua mientras navegaban.

—Al comienzo solo existía el mar, oscuro e infinito... La voz del barquero llegó a ellos, profunda, con un dramatismo exagerado—. Este mar primigenio era solo un caos turbulento...

La voz del barquero volvió a silenciarse, dejándolos flotar en la turbia oscuridad, pero Harte no podía relajarse... no teniendo a Estrella tan cerca y no sin que el poder en su interior se agitara en la oscuridad.

Aunque estaban fuera del calor del sol de media mañana, la atracción parecía confinada y sofocante, era casi como respirar a través de una manta de humedad. El aire olía a moho y polvo, como si estuvieran dentro de una tumba antigua. Harte se preguntó si se trataba de un efecto intencional mientras tragaba para aflojar la tensión que tenía en la garganta e intentaba resistir el deseo de aflojar el cuello de su camisa.

No tenía que mirar a Estrella para saber lo cerca que estaba, ni tampoco la voz en su interior. La oscuridad parecía envalentonarla, e hizo un esfuerzo por ignorar su coro resonante e

incomprensible. Resultaba condenadamente difícil con el barquero justo a sus espaldas sin parar de hablar.

—El caos era interminable y no contenía vida hasta que las aguas se dividieron y el dios del sol, Ra, emergió para traer orden y crear el mundo.

Al avanzar, justo por delante apareció un punto de luz. Parecía crecer a medida que se acercaban, y entonces el barco pasó a otra sala. La estancia que seguía estaba pintada de color dorado de modo que, con el reflejo de la luz sobre la superficie abovedada, parecía como si se encontraran dentro del mismísimo Sol. La voz se retrajo, solo un poco, pero fue suficiente para que Harte sintiera que podía volver a respirar. A su lado, el rostro de Estrella se giró hacia el otro lado. Observaba los puntos de interés de la sala por la que pasaban... O quizá siguiera evitándolo, aunque no podía estar seguro.

Harte lamentó haberla tocado alguna vez y, sin embargo, no podía arrepentirse por completo. Incluso en aquel momento, incluso cuando solo habían pasado unas horas de aquellos segundos robados, cuando había podido sentir cada centímetro de su cuerpo fuerte, competente y *suave* bajo el suyo, incluso a la luz purificadora y luminosa del día, sus labios aún recordaban el sabor de su boca, y las puntas de sus dedos aún guardaban la memoria del calor de su piel. Si todo lo que le quedaba de ella era aquel recuerdo, lo aceptaría de buen grado.

Aprovechó aquella oportunidad para estudiarla: la grácil curva de su cuello donde se unía a su cabello esquilado, sus labios demasiado rosados y suaves como para pertenecerle a un muchacho cualquiera, y la forma de sus piernas... largas, ágiles y fuertes... cuyo contorno delineaban los pantalones que había insistido en ponerse. El barquero empezó a hablar de nuevo, esta vez, sobre las aventuras de Ra y Osiris, Isis y Horus, y otras deidades a las que Harte había estudiado cuando preparaba su viejo número. Pero no estaba escuchando. No de verdad. Ya conocía aquellas historias... las había asimilado como parte del así llamado entrenamiento en las artes ocultas. En cambio, ignoró al barquero y dejó que su mente repasara el puñado de minutos que había vivido la noche anterior, cuando tuvo la sensación de que todo su mundo se le escapaba de las manos y era peligroso y perfecto, todo al mismo tiempo.

Como si respondiera al recuerdo, el poder en su interior pareció despertarse, creciendo hasta que Harte apenas pudo oír el suave chapoteo del agua, y el relato del barquero no era más que un sonido que provenía de un lugar lejano y distante. Considerando que no había dormido más de un par de horas la noche anterior, y que lo había hecho sobre una silla incómoda con el respaldo recto, tuvo que emplear todas sus fuerzas para hacer que retrocediera y evitar que creciera. Apenas fue consciente de las salas por las que pasaban porque tenía toda su atención puesta en el poder que amenazaba con estallar dentro de él. Y en Estrella, a menos de un brazo de distancia.

Cuando el barco pasó por la tercera habitación... una ocupada por un templo improvisado... entraron en una sala rodeada por estanterías llenas de diferentes tablillas y pilas de rollos de pergamino. De pronto, la voz en su interior se silenció. Pero no fue un silencio sereno. El poder que había estado acumulándose y tensándose por dentro pareció atenuarse hasta que lo único que sintió fue un vacío de silencio.

CARTOGRAFIANDO LA FERIA

1904, St. Louis

North observaba las góndolas deslizándose sobre la laguna hacia Festival Hall, tomando nota de los horarios, cuando un tipo llamó su atención. Al principio le costó identificar por qué le resultaba tan condenadamente familiar. Pero luego lo recordó. Era el mismo hombre que había visto en los exteriores del teatro la noche anterior... y estaba con la Ladrona.

Movido por la curiosidad, guardó su libreta y empezó a seguirlos en la distancia.

Puesto que había dejado a Maggie en su edificio una hora atrás, había estado haciendo lo que hacía la mayoría de los días mientras la esperaba: aprender todo lo que pudiera acerca de la Exposición. Era un lugar enorme, atestado de gente y pasadizos que podían causar problemas, y se les estaba acabando el tiempo para aprender todo lo que pudieran de ella. Hasta aquel momento había realizado el mapa de todo el lado este: la exhibición de las aldeas de Filipinas y la mayoría de las exhibiciones de agricultura y bosques. Había estado abriéndose paso lentamente hacia el oeste, a través de la ofrenda a Marruecos y la réplica de Jerusalén. Sabía dónde se encontraban las entradas y salidas, dónde se congregaba la Guardia cuando debían estar observando a la multitud y cuándo cambiaban los turnos. Conocía todos los lugares donde podían quedar expuestos y aquellos donde alguien podía esconderse si fuera necesario. Poco a poco se había ido dando cuenta de todos los peligros con los que podrían encontrarse, porque Ruth quería que determinara todo lo que pudiera causarles problemas. North imaginó que aquel tipo, sin duda, formaba parte de aquella lista... especialmente porque no estaba solo.

Cuando el individuo y sus dos compañeros se volvieron para avanzar por el Pike, North se valió del ruido y la confusión que había a su alrededor para acercarse un poco más. La multitud, bastante numerosa, aguardaba para entrar en el Más Allá, algo condenadamente idiota en su opinión, pero aprovechó la cobertura de la gente para maniobrar entre ella y adelantarse a los tres que había estado siguiendo. Tomó un atajo por el centro del bulevar hacia la profunda saliente de la Creación, donde podía esperar sin que lo vieran. Un momento después aparecieron entre el público, y North soltó una carcajada de sorpresa, asustando a una mujer que había junto a él.

Uno de los acompañantes del hombre no era un tipo cualquiera, después de todo. Era la Ladrona. Parecía diferente con el traje y la gorra, y le habían cortado el cabello justo por encima del cuello. Pero cualquiera que tuviera ojos, o por lo menos alguien que prestara atención, habría sabido quién era.

Pero ¿qué hace aquí?

Una cosa era tener a la chica que todos los periódicos llamaban la Ladrona del Diablo en la ciudad cuando faltaba tan poco para que Ruth acometiera la hazaña más grande y peligrosa que los Antistas hubieran planeado hasta la fecha. Quizá fuera solo una coincidencia. Pero que apareciera en la feria... ¿el mismo lugar que Ruth había estado vigilando durante meses? ¿Y justo cuando todo estaba a punto de llevarse a cabo?

A North no le gustaba.

Con la gorra bien hundida sobre la frente, se mantuvo lo más cerca posible y siguió a los tres por el Pike hasta que llegaron a las Calles de El Cairo. No le gustó que fueran directamente a

visitar la atracción de la Sociedad, dejando atrás todo lo demás, sin siquiera echarle un vistazo.

Quizá tendría que haberlos seguido dentro, pero estaba trazado en el mapa: había una entrada y una salida. Y ya había realizado aquel viaje en barco demasiadas veces. No había motivo alguno para arriesgarse a que lo vieran o lo reconocieran: lo último que necesitaba el Antistasi era que la Guardia empezara a fijarse en él. Después de todo, aún le quedaba cartografiar un tercio de la feria. En lugar de seguirlos dentro de la atracción, encontró un lugar bajo la arcada china al otro lado de El Cairo para esperar, vigilando la salida de los tres.

La mayor parte de la feria no le molestaba, pero a North no le gustaba el Pike. Era todo demasiado grande, estridente y vulgar. Aunque tenía que admitir que el caballo que llamaban Beautiful Jim Key había sido todo un espectáculo: era el animal más increíble e inteligente del que jamás había escuchado hablar, mucho menos visto con sus propios ojos. Pero la feria era justamente eso: lo insólito. Por encima de él, la arcada también era algo digno de ver: pintada de un rojo más intenso que la sangre y reluciente con detalles dorados. Símbolos extraños negros y azul brillante cubrían la superficie, y en la punta de todos los tejados había un dragón con una forma rocambolésca y retorcida, vigilando como un guardián a la multitud que se encontraba debajo.

Pero ni siquiera aquellos guardianes podían impedir que Ruth y los Antistasi llevaran a cabo lo que habían planeado.

Al final del mes, los representantes más encumbrados de todas las Hermandades acudirían a la ciudad. Durante una noche estarían todos juntos en un solo lugar. El blanco perfecto.

Si todo salía bien, los Antistasi no solo transmitirían un mensaje a la Sociedad, sino un mensaje sobre la magia y el mundo, y lo que podía deparar el futuro. La acción que planeaba Ruth era imposible, y sin embargo tan obvia. Si funcionaba, lo cambiaría todo... *absolutamente todo*. La Sociedad se desmoronaría, las Hermandades quedarían huérfanas de líderes, y la propia magia quedaría libre. *Restaurada*.

Fuera o no una leyenda, North no permitiría de ningún modo que la Ladrona del Diablo se interpusiera en el camino de los Antistasi.

LA ESTRELLA DE DJINNI

1904, St. Louis

El barquero seguía hablando, pero Estrella solo podía pensar en lo cerca que estaba de Harte y en cómo fingía ignorarla. Su silencio le provocaba escozor. No había dormido en toda la noche por pensar en lo que había sucedido entre ambos. Él no había regresado hasta casi el amanecer, y para entonces había estado demasiado enfadada y frustrada con él y consigo misma como para hablar, así que se había dado la vuelta y simulado dormir.

Pero incluso después de recibir el recado de Julien para que se encontraran en la Exposición, Harte había permanecido hosco y callado. Puesto que no había sido ella la que se había largado intempestivamente, tampoco sería la primera en ofrecer un acuerdo de paz.

Casi podía sentirlo sobre los labios. Probablemente siempre recordaría el peso de su cuerpo encima del de ella sobre el colchón. ¿Cómo podía estar allí sentado como si *nada* hubiera sucedido entre los dos?

Salvo que realmente *fuera* solo el poder del Libro lo que la deseaba, y no Harte. Entonces, eso quería decir que había hecho el ridículo ante él sin motivo alguno.

Estrella desechó aquellos pensamientos a un lado y se giró aún más para darle la espalda, fingiendo concentrarse en el paseo. Cada sala que pasaba la embarcación estaba profusamente decorada para simular alguna escena del antiguo Egipto, o por lo menos lo que la gente de comienzos del siglo xx imaginaba de aquella época, pero ella apenas se había preocupado por mirarlas. Su atención volvía una y otra vez hacia Harte... La rigidez de su columna y el aroma a limpio que despedía, a jabón y lino, a pesar del calor del día.

—Finalmente llegamos a la Casa de los Libros —dijo el barquero mientras se deslizaban dentro de una habitación rodeada de estanterías, cada una con diferentes tablillas y pilas de rollos de pergaminos—. Aquí el dios Toth, maestro de la Biblioteca de la Vida, inventó el arte de la escritura y se la entregó al pueblo.

Harte se había mantenido alejado de ella, quieto y atento durante todo el paseo. Pero cuando el barquero mencionó a Toth, algo cambió. Fue como ese pequeño instante que tiene lugar antes de la lluvia, cuando la atmósfera tiene un cierto aire que indica que se avecina una tormenta. Cuando Estrella le echó un vistazo, tenía una mirada como desencajada.

—¿Eso es lo que dicen? —preguntó, sus palabras cargadas de un desdén que parecía desproporcionado para un momento como aquel—. ¿Toth, el *maestro* de la Biblioteca? —Una oscura carcajada salió como una burbuja de su pecho.

Se comportaba de un modo tan extraño que por un instante ella olvidó su irritación.

—¿Harte? —Extendió la mano para tocarlo, y en cuanto sus pieles entraron en contacto, él giró la cabeza rápidamente para mirarla. Su mano serpenteó para sujetar su muñeca, y ella sintió un estallido de calor que no tenía nada que ver con la magia de Harte. De todas formas, no podía alejarse sin provocar que la embarcación se meciera o se inclinara.

—Toth no inventó nada —le dijo él. Pero su voz sonaba rara, y sus ojos tenían la mirada como perdida. Como la noche anterior, la miraba sin verla, pero en aquel momento sus pupilas eran enormes, lo bastante dilatadas como para oscurecer el color de sus iris. Algo se asomó desde su

interior, una oscuridad que le recordó las densas tinieblas que se habían filtrado en su visión, en la estación de tren y en el hotel.

—Harte —repitió en voz baja, intentando que recuperara su conciencia—. ¿De qué hablas?

—Toth no era nada sino un *ladrón*. —Prácticamente escupió la palabra con desagrado—. Tomó un conocimiento que no era suyo, y cuando con aquello no fue suficiente, tomó aún más. —De nuevo, aquella carcajada extraña, profunda, sin alegría, que provocó que Julien le lanzara una mirada inquisitiva a Estrella.

Ella sacudió la cabeza ligeramente para indicar que no sabía qué se proponía Harte.

—Shhh —siseó cuando sus carcajadas no cesaron.

Antes de que pudiera seguir, el barquero empezó de nuevo, explicando cómo en la Antigüedad se creía que aquello que estaba escrito en la Biblioteca de El Cairo sería transcrito y hecho realidad en el mundo de los dioses.

—Toth fue uno de los dioses más importantes de la civilización antigua. Le dio al mundo no solo la escritura, sino la ciencia y la magia —continuó el barquero—. Forjó el orden a partir del caos del cosmos creando la palabra escrita, e inscribiendo hechizos; eliminó el peligro salvaje de la magia e hizo que su poder fuera algo seguro.

—Mentira —masculló Harte—. Todo mentira...

—¿Qué te *sucede*? —susurró Estrella, codeándolo.

Harte parpadeó.

—¿Qué? —Frunciendo el ceño, se apartó hacia atrás. Su mirada seguía desencajada, pero ella advirtió que en sus ojos volvía a aparecer el halo grisáceo que rodeaba el negro. Quizá había cometido un error al besarla horas atrás. Quizá era un error que ella deseara que lo hiciera. Pero ver aquella expresión rara y medio atontada calmó parte de su ira.

El barquero seguía con su sonoro relato que parecía no tener fin.

—Puesto que era un dios benevolente, Toth contuvo los peligros cósmicos de aquel caos dentro de un libro. Enterró el Libro de Toth en el Nilo, protegido por serpientes, y todo aquel que intentara recuperarlo pagaría un precio muy alto, pues el conocimiento de los dioses jamás estuvo destinado para los meros mortales.

¿*El Libro de Toth*? Estrella miró a Harte. Lo que fuera que se hubiera apoderado de él un instante atrás parecía haber pasado. Seguía tenso, pero en aquel momento escuchaba atento al barquero. O si no lo hacía, estaba concentrado en algo, dado que su expresión era de ensimismamiento más que de desagrado.

Pasaron la sala de la biblioteca y se adentraron en una estancia de un intenso color azul que contenía un enorme diorama. Sobre una colina distante había un templo blanco, que brillaba bajo un sol artificial.

—Con el paso del tiempo, las civilizaciones se transformaron en nuevos imperios —explicó el guía—, Toth pasó a ser conocido como Hermes, pero su búsqueda de conocimiento y su compromiso con el hombre continuó. El mito nos dice que le robó el conocimiento a Olimpo para dárselo a los hombres, y por ello se convirtió en el patrón de los ladrones. Luego se constituyó en Hermes Trismegisto, creador de la Tabla Esmeralda, que contenía los secretos de la Piedra Filosofal, la mismísima base de la alquimia.

»A través de los secretos de la Tabla Esmeralda, se le reveló al hombre el poder de transformar la propia esencia del mundo —relató el barquero mientras pasaba navegando por lo que obviamente debía ser el Monte Olimpo—. A través del estudio detenido de las artes herméticas, hemos aprendido a controlar el poder que alguna vez constituyó un peligro. Y a través de la

alquimia y las artes ocultas, quienes se perfeccionan, como el Profeta Velado, pueden sobrellevar los peligros salvajes del poder desenfrenado.

Se deslizaron silenciosamente hacia la oscuridad de otro túnel, y al otro lado encontraron el final del paseo.

—Y ahora —dijo el barquero—, si continúan por el Sendero de la Rectitud al Templo de Khorassan, el Profeta Velado ofrece la posibilidad de contemplar uno de sus tesoros más preciados: un collar forjado en el mundo antiguo que contiene una gema, la que se rumorea que el propio Toth creó.

Estrella sintió que se le erizaban los vellos de la nuca al escuchar sus palabras. Por la mirada de Harte, se había librado de lo que fuera que le hubiera pasado en la Casa de los Libros. Pero su expresión no guardaba la misma anticipación que sentía ella. Tenía los ojos vidriosos y distantes, la mandíbula tensa, y había una pátina de sudor sobre sus sienes. Daba la sensación de que no estaba escuchando al barquero.

El camino estaba pintado con la intención de que el pavimento pareciera plateado, pero era tan falso como todo lo demás en el Pike. Mientras lo transitaban junto con los demás turistas, completamente ajenos, la música se transformó en una melodía suavemente vigorosa que sonaba vagamente oriental. El sendero desembocaba en una habitación más pequeña que ya estaba atestada de gente. En el centro, sin que pudieran verla, había una vitrina iluminada desde arriba.

Estrella no tuvo que mirar la vitrina para saber que contendría la Estrella de Djinni. Podía sentir que la llamaba, tal como lo había hecho en una elegante joyería del Upper East Side no mucho después del cambio de milenio... la última vez que la había robado.

Solo con ralentizar el tiempo, tal vez podría sustraerla en aquel mismo momento, pero cuanto más se acercaba a la vitrina en el centro de la sala, más se daba cuenta de que usar su afinidad sería imposible. El problema no era solamente que tuvieran que pasar junto a un par de Guardias de Jefferson para acceder a la estancia; además había algo empalagosamente dulce que perfumaba el aire.

—Opio —susurró Harte. Su expresión seguía distante, pero en aquel momento también parecía más seria.

—Es solo un poco de fragancia —señaló Julien, haciendo a un lado las preocupaciones de Harte—. Querían recrear toda la experiencia sensorial.

Pero Estrella sabía que Harte tenía razón. Ya había sentido aquel olor, y experimentado los efectos paralizantes de la droga, que arrebató su habilidad de ralentizar el tiempo cuando la detuvieron en el Haymarket, recién llegada a la Vieja Nueva York. Incluso en aquel momento sentía su magia embotada, atenuada por la droga. No era suficiente para dañar a nadie, pero sí para debilitar una afinidad.

Pronto se encontraron los tres delante de la vitrina. Allí, situada sobre terciopelo color medianoche, se hallaba la Estrella de Djinni. Engastada en el collar de platino, la gema había sido pulida con la intención de destacar sus intensos destellos, y en sus profundidades parecía contener toda una galaxia.

—Espero que veáis lo imposible que será recuperar el collar —indicó Julien, inclinándose bien para que nadie más pudiera escucharlo—. Las Calles de El Cairo son el aporte de la Sociedad del Profeta Velado a la feria, y ese collar es la atracción principal. Nunca aceptarían volver a vendérsela.

No habían planeado exactamente pagar para recuperarla.

—Entonces, supongo que tendremos que robarla —dijo Estrella encogiendo los hombros.

—¿Robarla? —Julien quedó boquiabierto. Miró a Harte, que observaba la gema con expresión pensativa—. ¿A la Sociedad? Estás completamente loca.

—No —susurró ella, dirigiéndole una sonrisita de suficiencia—. Soy una ladrona.

LAS CALLES DE EL CAIRO

1904, St. Louis

Harte sentía que le ardía la piel, incluso mientras la sangre corría helada por sus venas. Delante de él se encontraba la Estrella de Djinni, y el poder en su interior se agitaba, pero si era por aprobación o por temor, no era capaz de identificarlo. Vagamente, notó que Estrella y Julien hablaban del collar, pero no había seguido la conversación... hasta que Estrella dijo que era una ladrona.

—Aquí no —le dijo con tono susurrante. Estaban en una sala llena de gente, rodeados por la Guardia de Jefferson. Existía la confianza en uno mismo y existía la insensatez.

Ella lo miró ceñuda, pero cerró la boca.

—Vamos —añadió; necesitaba aire. Ni siquiera él podía resistir tanto tiempo conteniendo la respiración, y ya se sentía mareado por lo que fuera que había sucedido durante el paseo en barco. Sin aguardar a ver si lo seguían, se abrió paso a empujones por la sala congestionada y salió a la calle para poder finalmente tomar una bocanada de aire sin el efecto pegajoso y narcótico del opio, reponiéndose lo suficiente como para alejar de sí mismo el poder que se agitaba enardecido en su interior.

Una vez fuera, sus ojos tardaron un momento en ajustarse a la claridad de la luz del día. Tomó un poco más de aire con la intención de aclarar sus ideas, pero seguía oyendo latir el pulso en las sienas. En lugar de salir por donde habían entrado a la atracción, habían aparecido nuevamente sobre la avenida principal del Pike. El ruido era ensordecedor, y todo el mundo parecía estar confluyendo en la misma dirección.

Harte se volvió y vio a Estrella y Julien entre la multitud; lo alivió verlos allí, justo atrás.

Julien tiró de su manga.

—Vamos —dijo, intentando conducirlo en la dirección que parecían estar tomando todos los demás—. No puedes quedarte aquí en medio de todo este caos. Nos pisotearán.

Mientras tiraba de él, una enorme carroza de plataforma plana, arrastrada por un tiro de caballos similares de color gris, pasó junto a ellos. En la parte de atrás de la plataforma habían levantado una pequeña choza fabricada con lo que parecían hojas secas de palmeras y ramas atadas entre sí. Delante de aquella especie de casucha había un hombre con la piel morena que no llevaba más que un trozo de tela alrededor de la cintura. Estaba sentado sobre un pequeño banco. Y no parecía mostrar ningún tipo de interés en la gente que lo miraba o que gritaba a su alrededor. Otros hombres con atuendos similares rodeaban en posición firme a una pandilla de niños sentados en el centro. Podrían haber estado cantando o gritando... Harte no pudo averiguarlo a causa del ruido que profería la multitud.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó, siguiendo a Julien y a Estrella hacia los muros de los edificios, donde había menos gente.

—Es un desfile —respondió Julien.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué? —preguntó Harte. Se sentía inexplicablemente irritado. El poder en su interior seguía agitándose, y el calor del día empezaba a hacerle hormigear la piel—. ¿No es suficiente con la feria?

—Es todo parte de la diversión, Darrigan. ¿De qué otro modo puedes saber qué otras

exhibiciones debes visitar? La que acabamos de ver es para una aldea de igorotes: resulta fascinante. Prácticamente no llevan nada puesto... De cualquier manera, todo acabará en un rato. Los desfiles jamás duran demasiado, dado que hay al menos dos al día. Esta es la presentación del mediodía. Habrá otra más tarde, cuando enciendan las luces.

Los tres permanecieron unos minutos a la sombra del edificio, acorralados por la multitud en lo que tardaba en pasar el desfile. Después de la carroza venía un grupo de mujeres con vestidos de seda y los rostros pintados de blanco como geishas. La Guardia de Jefferson marchaba alrededor de ellas en línea recta, creando un límite de protección para que la gente no pudiera acercarse demasiado. Cada vez que alguien, generalmente un hombre, intentaba acercarse, el Guardia más cercano lo empujaba hacia atrás con una especie de ademán violento y de fastidio.

—¿Estás bien? —preguntó Estrella, mirando a Harte con el ceño fruncido.

—Claro —dijo, restándole importancia su preocupación.

—Porque pareces...

Un fuerte lamento cortó el aire, y el desfile se sumió en el caos. Tres figuras ataviadas en unos trajes arrugados y con extrañas máscaras deformes descendieron sobre el desfile, atacando a la Guardia de Jefferson. Un fuerte estallido atravesó el ruido y la confusión de la multitud. De pronto, un humo de colores empezó a salir a raudales de la punta del dedo de una de las figuras.

Los hombres de la Guardia que desfilaban junto a las geishas entraron en acción, haciendo frente al ataque.

—Los Antistasi —dijo Julien, y su voz tenía una nota de temor real. Pero Harte no estaba tan seguro. No había señal alguna de magia en el aire, ninguna indicación de que el humo fuera más que una distracción.

Otros guardias salieron de la exhibición del Nilo y atravesaron la multitud a empujones, apartando a cualquiera que se interpusiera en su camino mientras corrían hacia las figuras enmascaradas. Una mujer gritó cuando la derribaron, haciendo que soltara al niño que había levantado en alto para que pudiera ver mejor las carrozas que pasaban. El pequeño empezó a sollozar, pero los guardias no se detuvieron para ayudarlo. Con una urgencia que rayaba con la violencia, empezaron a detener a cualquiera que intentara escapar de la bruma. Hombres o mujeres, incluso niños... no parecía importar.

Un grupo de guardias consiguió detener a una de las figuras, arrancándole la máscara y descubriendo a un muchacho que no podía tener más de catorce años. Escupió a los guardias y gritó:

—¡Qué reinen para siempre los Antistasi!

—¡Larga vida a la Ladrona del Diablo! —soltó otro, a modo de réplica.

Como respuesta, uno de los guardias hundió el puño en el estómago del chico.

Estrella dio un paso hacia ellos, pero Harte la sujetó por la muñeca. Se volvió para mirarlo, los ojos brillantes de furia.

—Son *niños* —dijo, quebrándose al decirlo.

—No podemos ayudarlos —le respondió Harte.

—Yo puedo...

—No —dijo, interrumpiéndola. ¿Usar su afinidad allí, justo en ese momento y en medio de todo aquel caos? Quién sabía lo que podía suceder, especialmente, teniendo en cuenta la clara amenaza de las vallas que tenían detrás.

—No podemos abandonarlos sin más —insistió empezando a tirar hacia atrás.

—Si nos atrapan, todo será peor. Tenemos que *marcharnos*.

Pero Estrella lo miraba como si fuera su enemigo, como si estuviera dispuesta a cualquier cosa para detener lo que estaba pasando. Por un momento, Harte pensó que tendría que cargar con ella... o peor, traicionar todo lo que habían construido entre los dos al *doblegarla*. Pero no podía correr aquel riesgo. No solo porque sería la peor de las traiciones, sino también porque ya le costaba bastante mantener que el poder permaneciera dentro, bajo control, cogiéndola del brazo.

Lo sentía presionando las partes más frágiles que tenía... las partes que deseaban a Estrella, las partes que estaban *de acuerdo* con ella. Juntos podían destruir a la Guardia. Podían ayudar a los chicos, que claramente no eran más Antistasi que cualquier otra persona entre la multitud. Sabía perfectamente lo fácil que sería elegir algo diferente. Con solo tocar a alguien, podía hacer que el guardia que estaba golpeando a aquel niño se destruyera *a sí mismo*.

La violencia de la imagen, su nitidez, sacudió a Harte lo bastante como para que jadeara. Luego se libró de ella y se concentró en lo que era real. En lo que era *cierto*.

El poder seguía luchando por acercarse a Estrella... como si ansiara su furia. No dejaría que se hiciera con ella.

—Vamos —dijo, tirando de ella hacia atrás y siguiendo a Julien. Los conducía en la dirección opuesta al desfile, lejos del bullicio del Pike y hacia uno de los senderos laterales menores que llevaban de regreso a la parte principal de la feria.

Finalmente, Estrella accedió a seguirlo, mirando hacia atrás cada pocos pasos, hasta que llegaron adonde la entrada se unía a los senderos regulares de la feria. Aquí el bullicio de la multitud era un murmullo bajo, y Harte apenas oía la confusión del sector que habían dejado atrás. Los hermosos senderos conducían a los diferentes y grandes edificios palaciegos, y gente bien vestida iba y venía de una entrada a otra.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Harte, soltando el brazo de Estrella, y sintiendo la furia del poder en su interior.

—Quizá lo mejor sea esperar —sugirió Julien—. Con un ataque Antistasi, tendrán vigiladas todas las salidas.

—No eran Antistasi —dijo Estrella. Su voz era hueca y su mirada se dirigió nuevamente hacia el Pike. Desde donde estaban solo alcanzaban a ver el perfil de los edificios. No había manera de saber lo que estaba sucediendo.

—No importa quiénes sean —respondió Julien—. Habéis visto cómo ha reaccionado la Guardia. Estarán buscando a cualquiera que pueda estar involucrado, y no os conviene acabar metidos en esto.

—Jules tiene razón —dijo Harte. Necesitaba tiempo para recuperar la cordura y las fuerzas—. Esperaremos un rato... nos haremos pasar por turistas hasta que las cosas se calmen un poco.

—Desafortunadamente, yo no puedo —les dijo Julien—. Temo que aquí me despido.

—¿Te vas? —preguntó Estrella, volviéndose de nuevo hacia ellos.

—Yo no soy una fugitiva buscada —le dijo— No tengo nada que temer ante la Guardia, y además hoy tengo una función de matiné.

—No hemos acabado —le dijo Harte, intentando no levantar la voz incluso mientras el poder en su interior seguía agitado por su rechazo a llevar a cabo sus deseos. Retrocedió un paso más para alejarse de Estrella, solo para estar seguro.

Julien los miró ceñudo.

—He hecho lo que me habíais pedido... os he mostrado el collar.

—Pero aún no *tenemos* el collar —señaló Harte— Mientras lo exhiban, corres peligro.

Julien se irritó visiblemente.

—Entonces, ocúpate, Darrigan. Puede que ella sea una ladrona, pero yo no lo soy.

—¿Quieres que nosotros nos ocupemos de él? Necesitamos información... Sobre la seguridad o cualquier evento que pueda estar transcurriendo. Tenemos que saber si el collar está siempre ahí o si lo trasladan de noche.

—¿Por qué piensas que puedo conseguir ese tipo de información? —preguntó Julien, claramente molesto, y si Harte no se equivocaba, más que un poco inquieto.

—Porque estás en la Sociedad —insistió, sin importarle demasiado que su amigo palideciera—. ¿Creías que no lo sabíamos, Jules?

—Es solo una membresía de cortesía —dijo—. No soy nadie para ellos. Una *broma*.

A Harte no se le escapó la amargura en la voz de su amigo, pero no podía hacer nada ante algo así.

—Estás más cerca de la Sociedad que cualquiera de nosotros —le dijo—. ¿Quieres librarte de los dos? Entonces, obtén la información que necesitamos.

—Está bien. Pero llevará tiempo.

—Cuanto antes obtengamos el collar, más rápido te dejaremos tranquilo. Y más rápido podrás seguir adelante con tu vida como si nada de esto hubiera pasado.

Julien soltó un resoplido de frustración.

—Si nunca tengo que volver a ver tu rostro, no sería lo bastante pronto, Darrigan.

Harte lo observó alejarse, siguiendo a su amigo hasta que lo perdió de vista entre la multitud.

—Podríamos haber ayudado a esos niños —dijo Estrella, su voz baja y furiosa.

Harte exhaló cansado y se volvió con desgana hacia ella.

—Lo sé —le dijo.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque tenemos cosas más importantes que hacer.

—Eran niños, Harte. Eran bombas de humo y disfraces —insistió, con voz temblorosa—. Estaban disfrazados de Antistasi... *de mí*. Las faldas y las máscaras. Lo has visto, ¿verdad? Jugaban a la Ladrona del Diablo. Y esos guardias se han comportado de un modo *despiadado*. Tendrían que haberse dado cuenta de que solo eran niños y de que no tenía importancia.

—No eres responsable de eso —le dijo, y en cuanto pronunció las palabras, supo que había cometido un error. Los ojos de Estrella se encendieron de furia, y el poder en su interior se enardeció.

Tenía la voz serena e indiferente cuando volvió a hablar.

—¿Ah, no? Quizá *tú* puedas separar lo que deseas del sufrimiento de todos los demás. Sabe Dios que ya lo has hecho. Pero yo no puedo. Y *no* lo haré.

Sus palabras dieron en el blanco, en parte por lo ciertas que eran. El lío en el que estaban era culpa suya, todo porque había querido liberarse de la ciudad. Porque había estado dispuesto a sacrificar *lo que fuera* por aquel único sueño. Pero todo eso no cambiaba el hecho de que tenían una misión, y si no lograban su cometido los mageus tendrían que preocuparse de cosas mucho peores que la Guardia.

—Tenemos que encontrar las gemas, Estrella —dijo suavemente—. Necesitamos el collar, y luego necesitamos encontrar a Bill para que nos dé la daga, y luego nos queda cruzar el resto del continente para obtener la corona, y no lo podemos hacer si estamos en la cárcel o *muertos*. —Hizo una pausa, serenándose, apartando al poder que atizaba sus debilidades. Los ojos de Estrella seguían lanzando chispas, pero él continuó—: Si no conseguimos las gemas, gana Nibsy. Gana Jack. Claro que quería ayudar a esos niños, pero hacerlo nos habría convertido en objetivos.

¿Quieres ayudar a esos chicos y a muchos otros como ellos? Tenemos que *ganar*. Tenemos que encontrar las gemas y recuperar el Libro. —*Se me está acabando el tiempo. Y también a ti.*

El pensamiento le vino con tanta nitidez que supo que era cierto.

Estrella lo miró con el ceño fruncido, pero parte de la furia de su expresión se disipó.

—Los odio —le dijo, con la voz hueca—. Odio a la Guardia y odio a la Sociedad... A todos ellos.

—Yo también. —Cada palabra era cierta—. Así que no debemos conformarnos con dar un golpe aquí o allá a la Guardia. Pongámoslos de rodillas. Vamos a robar el collar y a humillarlos, y luego seguiremos adelante y lo volveremos a hacer hasta que tengamos lo que necesitamos. Hasta que podamos regresar justo al momento antes de que sucediera nada de esto... antes de la Ley, antes de la Guardia... y detenerlo. *Así* salvaremos a esos niños.

Estrella soltó un fuerte resoplido y se frotó la boca con la mano. Fue un gesto completamente cándido, y uno que le daba todo el aspecto del hombre del que estaba vestida.

—Probablemente tengas razón —dijo—. Pero eso no cambia lo enfadada que estoy contigo en este momento.

—Enfádate todo lo que quieras. Mientras te enfades aquí, y no en alguna prisión.

—No hay una cárcel que pueda retenerme —le dijo, lanzándole una mirada.

—No lo sé... Es posible que aquellos barrotes de la exhibición del Nilo resuelvan el problema. La expresión de Estrella vaciló al oírlo mencionarlas.

—Hablando del Nilo, ¿quieres explicarme lo que ha pasado en el barco? —preguntó.

Él respiró hondo.

—No lo sé —dijo—. Estaba allí, y luego ya no estaba.

—Hablabas de Toth como si lo conocieras —añadió ella, interrogándolo con la mirada—. Has dicho que era un mentiroso.

Harte recordaba vagamente haber dicho aquellas palabras, pero parecían los recuerdos de otra persona, las palabras de otra persona.

—Creo que es lo que sea que estaba atrapado en el Libro. Se vuelve más y más fuerte con cada día que pasa. Todos los días obtiene un poco más de control. —*Y estar cerca de ti lo está empeorando.*

—Pues sea lo que sea, definitivamente Toth no le cae demasiado bien —dijo, apartando la mirada.

—Es viejo —respondió, aunque no sabía de dónde salían aquellas palabras—. Tengo la sensación de que ha estado esperando durante mucho tiempo a que lo liberaran... No esperará mucho tiempo más.

Estrella levantó la mirada, y por un momento la furia de sus ojos le cedió el paso a la preocupación.

—Pues tendrá que hacerlo. Estamos cerca. El collar está justo aquí. —Señaló hacia el Pike—. Y por más opio o guardias que haya, ese edificio no es como Khafre Hall. Podemos hacerlo. —Hizo una pausa con actitud pensativa—. ¿Y si aprovechamos un desfile como distracción?

Una pareja pasó cerca, y el hombre los miró con gesto serio.

—Es posible, pero no vamos a seguir hablando de eso aquí —dijo—. No sabemos quién puede estar escuchando.

—Como quieras —respondió—. ¿Qué quieres hacer entonces?

—Necesitamos perder un poco de tiempo, pero estamos llamando la atención en este lugar. ¿Quieres ir ahí dentro y ver qué hay? —preguntó, señalando un edificio cercano—. Quizá haga

más fresco que aquí bajo el sol.

El edificio terminó siendo el Palacio de Transporte. El enorme vestíbulo estaba atestado por todo tipo de maquinaria... Elegantes locomotoras a vapor y automóviles que relucían bajo las luces eléctricas. Mientras lo recorrían, fingiendo ser turistas hasta que pudieran marcharse sin percance alguno, Estrella tenía la mirada distante y casi triste.

—Algún día, todo el mundo tendrá uno de estos —le dijo mientras recorría con el dedo el metal curvo de un coche—. Nadie se queda realmente en un lugar salvo que tenga que hacerlo. Podrás subir a un avión y volar adonde quieras...

—¿Volar? —Parecía imposible—. ¿Como una nave aérea?

Sacudió la cabeza.

—Más rápido y más alto. Puedes llegar al otro lado del país en cuestión de horas. —Su expresión titubeó—. O algunas personas pueden hacerlo. —Le echó un vistazo, con una chispa de esperanza en los ojos—. Cuando recuperemos las gemas y el Libro... porque los *recuperaremos*... tenemos que hacer algo con ellos. Tenemos que decidir qué hacer con el Umbral... Arreglarlo o destruirlo. Hay todo un futuro por delante, y los mageus no sobrevivirán si quedan atrapados en la ciudad. Puede que tengan una oportunidad si las cosas fueran diferentes. Quizá por eso hemos terminado aquí, para poder ver lo que podría suceder en el futuro. Para entender que las cosas *pueden* cambiarse. Que *nosotros* podemos cambiarlas, solo que esta vez podemos cambiarlas para mejor. Incluso si no podemos regresar. Podemos empezar ahora.

Harte no podía sentir esperanza ante sus palabras. Allí en aquel Palacio de Transporte, estaba rodeado de máquinas que habían sido construidas para trasladarse rápido y fácilmente, medios para que las personas comunes pudieran escapar de sus vidas y viajar adonde lo deseara su corazón. Eran máquinas del futuro, máquinas que algún día se pondrían en funcionamiento. Pero Harte Darrigan sabía que no eran para él. Él era un hombre sin futuro, y ninguna de aquellas asombrosas máquinas podía moverse lo bastante rápido o viajar lo bastante lejos para ayudarlo a escapar del peligro que llevaba adentro.

JAMÁS LO SUFICIENTE

1904, St. Louis

North había estado intentando ver más allá del espectáculo del desfile, a la exhibición de El Cairo, cuando se desató el caos. Tan pronto como la Guardia de Jefferson entró a la carga, renunció a la idea de continuar siguiendo a la Ladrona y se dirigió a la salida, abriéndose paso entre las multitudes que intentaban huir en la misma dirección. Eran sundren, así que no se daban cuenta de que el estallido no había sido más que humo provocado por unos chicos estúpidos que intentaban jugar a los Antistasi.

No los culpaba exactamente por intentarlo. Había pasado toda su infancia ocultando la poca magia que fluía por sus venas. Su padre le había enseñado a mantenerla controlada para que nadie la detectara. Pero ocultar la magia no había mejorado la vida de nadie. Sin duda no había salvado a su padre.

North tenía diecisiete años y hacía ya dos años que vivía solo cuando el tren descarriló en Nueva Jersey y los periódicos empezaron a propagar el temor de que los mageus habían cruzado hacia el otro lado del Umbral. Hasta entonces, la mayoría de los sundren creía que la magia era algo de lo que se había ocupado el Umbral. Vivían sus vidas cotidianas sin pensar que los mageus pudieran estar entre ellos.

Hasta aquel momento, ocultarse había sido suficiente para personas como él... Vivir una vida tranquila, morir de igual modo, de una forma tranquila.

Jamás fue realmente suficiente. Y a veces la muerte no era ni tranquila ni fácil.

No fue suficiente para su padre, que se marchitó a causa de ello. Hizo lo que pudo por criar a North cuando su madre los abandonó, pero para cuando murió en los mataderos de Chicago donde trabajaba, se había convertido en un hombre menudo, cansado y parecía mucho más viejo de lo que en realidad era. El día que North enterró a su padre, no tenía suficiente dinero ni para la más sencilla de las lápidas, y en menos de una semana el propietario de la casa en la que vivía golpeaba a la puerta, exigiendo el alquiler. Podría haber optado por ir a pedir trabajo en la planta en la que su padre había estado trabajado hasta su muerte, y con total seguridad lo hubieran aceptado, ya que incluso entonces ya era alto y fuerte. Pero decidió en cambio aventurarse hacia el oeste, esperando poder forjarse algún tipo de vida en los grandes espacios abiertos del país.

Había recorrido las vastas e interminables llanuras para darse cuenta de que por lejos que fuera, por amplio que fuera el cielo, no había en realidad ninguna posibilidad de vivir libremente. No para alguien como él.

La primera vez que había oído hablar de la Ladrona del Diablo, North estaba trabajando en un corral de Kansas. La chica lo había mirado desde el fragmento arrugado de un periódico, y un destello de esperanza se encendió en su interior y lo impulsó a buscar a aquellos que como él, estuvieran cansados de que nunca fuera suficiente. Terminó en St. Louis antes de finalmente encontrar a los Antistasi. Al encontrar a Maggie, supo que su búsqueda había llegado a su fin.

Si hubiera sido un poco más joven, quizá habría hecho algo tan estúpido como aquellos niños. Si su padre no hubiera vivido lo suficiente para mantenerlo a raya, probablemente habría hecho algo tan estúpido incluso *sin* saber de la existencia de la Ladrona.

Se preguntó por un segundo si aquellos niños tenían padres que les darían una buena lección por

el hecho de que la Guardia los hubiera detenido, o si estaban solos, como tantos chicos en aquellos días. Supuso que tendría que ocuparse de ellos después... Sacarlos de la celda de detención donde seguramente los habrían metido y llevarlos de vuelta a casa o encontrarles un lugar seguro adonde ir. Pero antes de preocuparse por ellos, necesitaba ver a Maggie.

Su edificio era algo monstruoso, flanqueado por dos enormes torres. Dentro, una hilera de artilugios mecánicos la ayudaban a mantener a los pequeños bebés a salvo. Ruth no había querido que Maggie trabajara estudiando la situación en la feria. Tenían suficientes personas como para explorar el terreno, y pensó que sería mucho más eficaz que ella continuara trabajando en el suero. Pero por pequeña y delicada que pareciera, su chica tenía una voluntad férrea cuando quería algo. Al final, Maggie se había salido con la suya... en parte. North seguía yendo y volviendo con ella del trabajo, pero ella cuidaba a los chicos mientras vigilaba por si alguno tenía una afinidad.

North se desplazó entre la multitud hasta llegar a la barandilla y llamar su atención. Ella levantó la vista de su trabajo y frunció el ceño al verlo. No necesitaban palabras: bastaba una mirada para que él supiera lo que estaba pensando. Esquivó al tumulto formado en su mayoría por mujeres, dirigiéndose al pasillo lateral. Un momento después, Maggie estaba junto a él.

—¿Qué sucede? —le preguntó, claramente irritada porque la hubiera interrumpido.

—Podríamos tener un problema. —Le habló sobre lo que había visto, acerca de la Ladrona y los otros tipos con los que estaba—. Solo hay una cosa que podrían desear allí.

—El collar —respondió ella, de acuerdo.

North recordaba la primera vez que había pasado por la exhibición de El Cairo y había visto el collar. Pensaba que los cinco artefactos no eran más que un mito, así como había dudado de la existencia de la Ladrona antes de verla, pero allí había uno, tan real como todo lo demás. Supo que no era una falsificación porque pudo sentir su poder. Como su reloj de bolsillo, emitía cierta energía... Una energía sumamente persuasiva. Pero a diferencia del reloj, aquel collar parecía mucho más poderoso. Imaginó que todos los sundren en la sala podían sentirlo, incluso si no sabían por qué los cautivaba la exhibición.

No podían permitir de ningún modo que la Sociedad o cualquiera de las Hermandades se hiciera de un poder como aquel. Ruth había planeado robar el collar en medio de toda la confusión del acto, pero quizá aquello no podría esperar.

—Todo depende de si conseguimos el collar antes de que se aclare el humo —dijo North. Sin él, habría pocas posibilidades de unir a los Antistasi y de liderarlos. Sin el collar y el poder que podía transmitir, el acto no cambiaría nada... Los miembros de las Hermandades eran todos hombres ricos, que vivían en un país donde el dinero podía comprar lo que fuera, especialmente poder. No, los Antistasi necesitaban el collar para así aventajar al resto con su propio poder—. No podemos dejar que ella lo consiga antes.

—No... —Pero Maggie seguía con el ceño fruncido, y la mirada distante como pensando en todas las implicancias de aquel hecho más reciente. Luego parpadeó y levantó la mirada hacia él—. O quizá, sencillamente, no podemos dejar que lo *conserve*.

RODEADO DE ENERGÍA INVISIBLE

1904, St. Louis

El calor del día había amainado un poco para cuando Jack Grew finalmente consiguió salir de la cama, meterse dos pastillas de morfina más en la boca y dirigirse a la Exposición. St. Louis era una pocilga comparada con el esplendor de Nueva York, por gloriosa que creyera la Sociedad que era su pequeña feria. Jamás llegarían al estatus de la Orden, justo en aquel momento que él la había transformado; su ciudad nunca dejaría de ser un pueblo perdido que aspiraba a ser algo más.

De todas formas, tuvo que admitir a regañadientes que las luces eran algo digno de contemplar. Abarcaban toda la superficie de la feria, reflejándose en la enorme laguna y brillando intensas hasta bien entrada la noche. La multitud había empezado a dispersarse, y las Calles de El Cairo estaban prácticamente vacías. Eran además poco más que un intento de segunda categoría de resucitar el esplendor de una civilización perdida en el tiempo. No era nada en comparación con lo que había sido Khafre Hall, o lo que sería el nuevo cuartel general de la Orden cuando lo terminaran. Ni siquiera tenían un obelisco auténtico, pensó con cierto desdén, no como Manhattan, donde había uno situado justo en Central Park para que todo el mundo lo viera.

Pero nada de eso impedía que Corwin Spenser y David Francis se pavonearan sobre la contribución de su Sociedad a la feria: una gema singular engastada en un exquisito collar de platino que parecía irradiar un intenso brillo desde el interior.

Un artefacto que una vez había pertenecido a las bóvedas de la Orden.

¿Sabrán lo que tienen?, se preguntó Jack mirando el collar en el estuche forrado de terciopelo que tenía ante él. ¿Sabrían aquellos hombres —y el resto de su ridícula Sociedad— que aquella gema era uno de los tesoros robados de Khafre Hall? ¿Se estarían regodeando por creer que a él le importaba el poder de la Orden? ¿O realmente creían que habían descubierto algún objeto nuevo de poder? No podía estar seguro.

No le interesaba realmente. La Orden y sus asuntos solo le interesaban a Jack en la medida en que pudiera utilizarlos. Ya había probado, dos años atrás en el cóncave, lo fácil que era desestimar al liderazgo del Círculo Interno. No eran más que un montón de ancianos impotentes.

Lo que Spenser y Francis no advertían mientras presumían del poder de la Sociedad era que la Orden era simplemente un medio para alcanzar un fin, una herramienta conveniente para conseguir acceso a las personas adecuadas y a los lugares adecuados. Lugares como la sala en la que se encontraba, que aquella noche se había cerrado al público, pero a la que Jack tenía en aquel momento libre acceso, sin la preocupación de que lo observaran.

—¿Dónde habéis dicho que encontrasteis esta pieza? —preguntó, manteniendo la voz natural y despreocupada.

—Oh, no podemos revelar nuestros contactos —dijo Spenser, el placer puro reflejado en su rostro.

—Con la cantidad de personas que pasan por aquí, debe ser difícil custodiar un tesoro como este —musitó Jack—. Verdaderamente, una hazaña.

Mordieron el anzuelo.

—En absoluto —se jactó Francis—. Esta sala está equipada con los artefactos de seguridad más

modernos que existen. Los muros están reforzados por varios metros de cemento, con barrotes de acero, y son inmunes a las bombas o las balas. Si alguien intentara romper la vitrina, las puertas se sellarían y convertirían la sala en una cámara acorazada más gruesa que la del banco del centro de la ciudad.

Inconveniente, pero no imposible.

—También nos hemos protegido de cualquier tipo de... elemento menos deseable —añadió Francis, inflando el pecho—. El sistema de ventilación de esta sala está equipado con una máquina que emite un nivel bajo de inhibidor dirigido a cualquiera que tenga pensado usar poderes ilegales para acceder a ella. Ante cualquier perturbación, incrementa la dosis diez veces, incapacitando al bribón antes de que pueda causar algún problema.

—¿Y los Antistasi? —preguntó—. Me han contado que últimamente vuestra ciudad ha tenido dificultades para controlar este elemento.

Spenser se irritó ante el comentario.

—Los Antistasi no son una amenaza para esta ciudad. La Sociedad y su Guardia se han ocupado de ese problema, y si surgieran más dificultades, también las enfrentaremos con rapidez y criterio.

—Es posible, pero no consiguieron detener a la Ladrona del Diablo, ¿verdad? —preguntó, manteniendo el tono afable, y disfrutando del modo en que sus rostros se enrojecían, consternados.

—Lo tenemos bajo control —insistió Francis.

—¿En serio? —preguntó—. Porque ella *vendrá* sin ninguna duda a por esta pieza, caballeros. Lo sabéis, ¿verdad? —Hizo una pausa, dejando que se hicieran a la idea de lo que significaría algo así—. Pero seguramente tenéis todo bajo control. Sería muy vergonzoso que os lo robara antes del baile, especialmente después de todo lo que habéis prometido. Sé que mis hermanos de la Orden conocen bien el aguijón de *esa* humillación en particular —dijo, insinuando claramente que disfrutarían viendo cómo les sucedía lo mismo a otros—. Y están ansiosos por ver si el collar es todo lo que habéis prometido.

Spenser parecía incómodo.

—Estoy seguro de que podrás decirles que lo es —dijo.

—Por supuesto —asintió Jack—. Definitivamente. Felicidades, caballeros. —Le ofreció la mano primero a Spenser—. Creo que incluso habéis superado a la Orden.

Spenser seguía incómodo cuando aceptó la mano de Jack. *Perfecto*. Que se preocuparan. Mantendría el collar a salvo de Darrigan y la chica hasta que pudiera ponerle las manos encima.

Al otro lado de la habitación, Hendricks, el guardia del hotel, observaba al grupo. Jack se despidió y le hizo una seña para que lo siguiera mientras se dirigían a la salida.

Fuera, el Pike estaba tan congestionado que resultaba agobiante. Jack condujo a Hendricks lejos de la escena hasta que llegaron a un edificio que albergaba una exhibición de electricidad. Dentro de la estructura con forma de templo, la torre de telégrafos inalámbricos De Forest enviaba mensajes a través del aire a Chicago y luego nuevamente los devolvía. Por lo que comprendía, una tecnología similar, combinada con las artes herméticas, era responsable de la habilidad que tenía la Guardia de Jefferson para comunicarse tan eficaz y eficientemente. Según Hendricks, cada Guardia llevaba un pequeño medallón que podía activarse para alertar a los otros cuando veía un peligro. Tuvo que admitir con renuencia que se trataba de algo ingenioso.

También era una novedad que había captado el interés de Jack, dado que no hacía tanto que él mismo había estado interesado en construir su propia máquina. Casi había olvidado lo cerca que había estado todos esos años atrás, pero aquella exhibición hacía que le dieran ganas de reconsiderar la idea. El Libro, después de todo, tenía respuestas que solo podía imaginar, y un

secreto entre sus páginas que quizá por fin le permitiría terminar su máquina.

—¿Hay algo que necesite, señor? —preguntó Hendricks. Si tenía alguna preocupación acerca de su expedición, no lo manifestó.

—Quiero saber dónde encontró la Sociedad la pieza que exhiben en las Calles de El Cairo —dijo—. El collar que todo el mundo se acerca a admirar.

Hendricks alzó las cejas, interrogándolo con la mirada.

—Estoy deseando que me ayuden a encontrar otro —dijo Jack como si tal cosa—. Yo también soy aficionado a las colecciones. —Deslizó un billete en la mano del Guardia.

—Estoy seguro de que puedo averiguarlo —dijo Hendricks, guardando el billete dentro de su uniforme de chaqueta oscura.

—Podrías conseguir muchos más como ese, si lo haces. Quiero saber todo lo que hay que saber acerca del collar... Dónde lo guardan, cuándo lo trasladarán, *todo*. Necesito a un hombre de confianza para hacerlo, Hendricks. Espero que ese hombre seas tú.

—Por supuesto, señor —respondió, sus ojos brillando con avaricia—. Feliz de estar a su servicio.

—Excelente, Hendricks —dijo Jack, golpeándolo con rudeza en la espalda y dejándolo allí, rodeado de energía invisible.

EL PROFETA VELADO

1904, St. Louis

De camino al camerino, Julien Eltinge intentaba recobrar el aire tras el esfuerzo de su último número; el corazón le seguía galopando en el pecho por la euforia de la ovación. Casi bastó para disipar el estrés anterior del día. Cuando Darrigan y Estrella habían anunciado sus planes de robar el collar, Julien había visto todo su futuro desmoronándose. Todo su trabajo, sus planes perfectamente elaborados, destruidos por un capricho. Como si cualquiera pudiera robar algo de un lugar como la Exposición o de una organización tan poderosa como la Sociedad. Pero su actuación lo había centrado de nuevo, y el rugido del aplauso aflojó la tensión que había ido creciendo detrás de sus ojos y la preocupación que siempre lograba tensionar todo su cuerpo.

Aún recordaba la primera vez que comprendió lo que el aplauso significaba para él. No su fragor o la forma siquiera en la que la gente se levantaba y vitoreaba, sino lo que él *sentía*. Cómo había afectado a una parte esencial de sí, en lo profundo de quién era. Aquella primera ronda de aplausos abrió algo en su interior, y lo lanzó a buscar más. Durante una época lo había buscado por todas partes, tan entusiasta y decidido como un terrier a la caza de una rata. Pero con el paso del tiempo había ganado experiencia: en aquel momento dejaba que el aplauso viniera a él.

Todo aquello por lo que tanto había trabajado, el éxito con el que había soñado durante tanto tiempo estaba casi al alcance de sus manos. Cada noche que subía al escenario, el aplauso era aún más vigoroso. Cada noche, más y más gente venía a ver su número, su *arte*. Y lo comprendían.

Sus padres se habían burlado de él cuando había intentado explicarlo, pero no lo habían detenido cuando envolvió sus sueños en una maleta junto al vestuario necesario para llevar a cabo su número y se había subido a un tren. Probablemente pensaban que fracasaría tan estrepitosamente que se vería obligado a volver arrastrándose y admitir que tenían razón.

Juró que no permitiría que eso sucediera jamás y había mantenido aquella promesa. Luchó con uñas y dientes, y a menudo con los puños, pero al final ganó. St. Louis no era Nueva York, pero allí era una estrella, y esa estrella estaba ascendiendo, y lo hacía a toda velocidad. Incluso, había podido ver aquella noche al señor Albee en el palco, a la izquierda del escenario. Era uno de los promotores de vodevil más influyentes, y Julien tenía el presentimiento de que había venido a cumplir su promesa.

Un espectáculo completamente suyo... una revista musical protagonizada por él. Julien Eltinge... en uno de los teatros más grandes y lujosos de Broadway. Aquello aún podía suceder, se dijo. Darrigan cumpliría su promesa y recuperaría el maldito collar antes de que nadie pudiera advertir su propia conexión con él. Todo saldría bien; él y su carrera marcharían *bien*.

Julien cerró la puerta del camerino firmemente por detrás y se quitó la peluca de la cabeza, gozando del frescor del aire sobre su cabello húmedo por el sudor y de la soledad. Con cuidado, acomodó los rizos sobre el maniquí, asegurándose de no arrugar ninguno... resultaba más arduo arreglarlos después que tomarse el tiempo para hacerlo en aquel momento. Luego cogió su cigarro habitual del tocador y lo encendió, dejando que el exquisito tabaco recubriera su boca y colmara sus sentidos. Una recompensa por un trabajo bien realizado, como siempre.

Ver su reflejo en el espejo, con el grueso cigarro sujeto entre los labios pintados, provocó que

se riera para sí mismo. Con sus oscuras pestañas y los labios brillantes por el color con el que se los había pintado, sus mejillas sonrosadas y la manera en la que había aplicado el maquillaje para esculpir su rostro, dándole una forma más delicada, era una mujer la que le devolvía la mirada. Era la transformación lo que lo gratificaba, y no la femineidad, no el corsé que se hundía en su torso ni el vestido con sus pesadas cuentas y volantes que le arañaban la piel o incluso la forma en la que las mujeres le lanzaban miradas, que demostrando sus celos ya reflejaban su propio éxito. No. Era la actuación en sí, el arte de convertirse en algo completamente diferente. Su magia imposible.

Un golpe brusco resonó contra la puerta del camerino, y alzó la voz para preguntar quién era.

—Tienes visitas —dijo Sal, asomando la cabeza.

Tras el día que había tenido, sencillamente no estaba de humor.

—Diles que no estoy disponible.

El director de escena sacudió la cabeza.

—No a estos visitantes.

—Entonces, diles que ya me he ido —respondió, volviéndose de nuevo para mirar su reflejo en el espejo.

—Me temo que es demasiado tarde para eso —dijo una voz detrás de Sal.

En el espejo, Julien observó la puerta abriéndose aún más para revelar una figura alta, el rostro protegido por un velo blanco de encaje. El director de escena le dirigió un leve encogimiento de hombros y se apartó para dejar que el Profeta Velado entrara en el camerino. La figura cerró la puerta detrás de él, y el sonido del pestillo encajando en el marco se oyó tan fuerte y definitivo como un disparo.

—Señor Eltinge —dijo la figura.

—Señor... —la voz de Julien se perdió. No estaba seguro de cómo dirigirse al hombre que absorbía todo el aire de lo que solo un momento atrás había sido un santuario. De pronto fue consciente de su estado intermedio. Sin la peluca, no era ni una versión completa de sí mismo ni ninguna otra, y sin ninguno de los dos papeles en los que apoyarse se sentía perdido.

La noche que el Profeta Velado había aparecido para exigir que le entregara el collar, dejó claro que la Sociedad había seguido a Julien de cerca desde el instante en que había llegado a la ciudad. Al principio, creyeron que su número sería un peligro, una corrupción de los verdaderos valores de las personas respetables de la ciudad. No querían aquella vulgaridad que llegaba del este y, si cometía un paso en falso, si tenía pensado pervertir su ciudad, ellos actuarían. Acabarían con su carrera.

Supo entonces que no habían entendido nada sobre él, y por ello Julien había cedido a sus exigencias. Se lo había vendido por una miseria y todo había ido bien... Por lo menos hasta que aparecieron Harte Darrigan y la chica, arrastrándolo a aquel desastre.

El Profeta Velado, quienquiera que fuera detrás de aquel velo de encaje, no se molestó en responder.

—Tenemos una propuesta para usted, señor Eltinge.

—¿Una propuesta? —preguntó Julien, odiando la forma en la que su voz se quebraba.

No pueden saber...

—Un trabajo —dijo la figura—. Uno que aprovecharía bien sus talentos.

Julien no se perdió el desdén en la voz del Profeta, pero no era un payaso para que lo hicieran desfilar y se burlaran de él.

—¿Y si estoy demasiado ocupado para aceptar un empleo extra en este momento? —preguntó,

dando otra calada del cigarro, solo para probar que no podían intimidarlo.

La figura inclinó la cabeza, haciendo que ondeara el pesado encaje que cubría su rostro.

—Sabe lo lejos que pueden llegar nuestras influencias, señor Eltinge. Hemos visto que el señor Albee estaba en el teatro esta noche; es un amigo nuestro muy *especial*.

Julien sintió un nudo en el estómago. Podían destruir todo por lo que había trabajado si ejercían su influencia sobre el señor Albee: su espectáculo, sus sueños, su futuro... Todo desaparecería.

—Supongo que podría hacer un hueco para escucharlo —dijo—. Tengo una agenda apretada con el espectáculo. ¿Quizá mañana por la noche? Entonces estaremos a oscuras.

—Esta noche, señor Eltinge. De hecho, ahora mismo.

—¿Ahora? —preguntó, mirándose el vestido que aún llevaba puesto.

—Le daremos tiempo para ponerse más... presentable. —Su tono resonó con desagrado—. Nuestro carruaje estará aguardando —dijo el Profeta antes de despedirse.

Julien tenía un muy mal presentimiento acerca de toda esta situación. Se miró en el espejo, pero fue a Darrigan y la chica a quienes maldijo. Si el collar era tan peligroso, Harte jamás debería habérselo enviado para empezar. Por lo menos, el Mago tendría que haber tenido la cortesía de permanecer muerto.

**PARTE
IV**

EL RECUERDO DE SU NOMBRE

1904, St. Louis

Era un día templado de finales de junio; el cielo era de un azul nítido, brillante. Alrededor de Estrella, los originales edificios blancos de la feria contrastaban llamativamente con el polvo y la mugre del resto de la ciudad. Las parejas que caminaban con los brazos entrelazados y las familias que aferraban las pequeñas manos de sus niños no podían imaginar que el caballero bien vestido que aguardaba al borde del agua era en realidad una mujer, ni que estaba a punto de cometer un delito.

Los momentos previos a llevar a cabo un trabajo siempre tenían algo que le producían a Estrella un leve hormigueo en la piel... No por temor o aprehensión, sino por la anticipación y la pura satisfacción de hacer aquello para lo que sentía que había nacido. Quizá solo fuera la adrenalina, pero siempre creía que tenía que ser algo más que una reacción química producto del azar, aquello que hacía que su cuerpo pareciera cantar y su mente estuviera lúcida y preparada. Tenía que ser una señal... una especie de buen presagio. Había tenido muy pocos momentos en su vida en los que todo parecía marchar realmente bien... cuando todo parecía encajar en su lugar... y la mayoría había sido en aquellos momentos previos al trabajo. Mientras esperaba junto a la barandilla cerca de la gran laguna que servía de punto de anclaje para la Exposición, Estrella estaba bastante segura de que *ese* era otro momento como aquellos.

Quizá la noche habría sido una opción mucho más propicia, pero tras algunos días de planearlo y la información que Julien les había facilitado, ella y Harte habían decidido que sería más fácil robar el collar durante el día en lugar de esperar hasta que la feria estuviera cerrada. Por un lado, podían aprovechar la presencia del público asistente, pero además, y más importante aún, conocían el movimiento de la Exposición durante los horarios en los que permanecía abierta. Habían pasado los últimos días recorriendo el predio y fingiendo ser turistas mientras inspeccionaban los alrededores de las Calles de El Cairo y del Pike. Sabían cuántos guardias había apostados en la zona y cuándo cambiaban sus turnos.

Por otro lado, la noche era una caja de sorpresas. No se sabía qué tipo de seguridad habría o cómo guardaban el collar siquiera. Pero ¿durante el día? Los amables señores que estaban a cargo de la exposición eran incluso lo bastante cordiales como para proponer un cronograma con el fin de que pudieran saber cuándo sucedía todo... y los mejores horarios para crear una distracción.

Según el programa, siempre había por lo menos dos desfiles... uno al mediodía y otro después, a última hora de la tarde. Habían considerado aprovechar el desfile vespertino, ya que la noche podía ofrecerles protección, pero al final decidieron que el plan más seguro y fácil requería que se expusieran.

Estrella vio que Harte se acercaba antes de que él la advirtiera, y se permitió un momento para observarlo mientras caminaba a través de la multitud. En los últimos días habían conseguido un equilibrio estable, aunque no del todo cómodo. Era como si, sin emitir una palabra, hubieran llegado a un acuerdo de que no hablarían sobre la noche en la que habían llegado... ni del beso ni de la discusión. No significaba que ella se sintiera menos dolida, pero tras lo que sucedió durante el paseo en barco no quería presionarlo. Con el tiempo él terminaría o no contándole todo... no podía obligarlo a confiar en ella ni a considerarla como alguien en quien pudiera apoyarse, del

mismo modo que no podía detener la forma en la que su corazón se estrujaba un poco cada vez que lo veía... cada vez que recordaba la sensación de sus labios contra los suyos.

Llevaba puestos unos amplios pantalones color verde oliva, haciendo juego con un chaleco que combinaba con ellos y una chaqueta un poco más clara. Con el sombrero de paja que resguardaba su rostro del sol y la forma en la que sus brazos se balanceaban relajados a los lados, parecía impecable y pulcro, como el retrato de un día de verano. Supo el momento exacto en el que él la divisó allí esperando: sus labios formaron una línea plana y su mirada se tensó como preparándose para algo. Pero luego su expresión se relajó, y fue como si la tensión de un momento atrás jamás hubiera existido.

Al acercarse, Estrella imaginó una visión completamente extraña: su rostro se iluminaba con una sonrisa mientras le ofrecía su brazo. Casi podía verlos a ambos, caminando del brazo, disfrutando de todo lo que había para ver y oír, como cualquier otra persona. Por un momento deseó poder librarse de todo lo que se cernía sobre ellos y hacer realidad aquella visión. Por un momento deseó que pudieran olvidar lo que estaban a punto de hacer y simular que eran solo dos personas que disfrutaban de un día soleado en la feria.

Pero los sueños eran para los perdedores, y Estrella no tenía ninguna intención de formar parte de ese grupo, nunca más. Especialmente, no cuando se trataba de Harte Darrigan.

—Creo que nunca me cansaré de este lugar —dijo Harte, deteniéndose un momento para mirar el agua. La laguna en sí misma se adentraba en el corazón de la feria, y en el otro extremo se erigía un edificio con una cúpula de un blanco puro... el Festival Hall. Brillaba con luz trémula, incluso al mediodía. A lo largo de los márgenes bordeados de los árboles, una serie de fuentes lanzaban arcos de agua al aire mientras las serenas estatuas de mármol blanco se erigían tan silenciosas como guardias.

—El mundo no es realmente así —comentó Estrella; su humor se había vuelto repentinamente sombrío. Se inclinó contra la barandilla y fingió observar el paisaje, pero su atención estaba puesta en otra parte. La piedra bajo su mano parecía mármol tallado, pero solo era cemento pintado. *Falso, como todo lo demás en este predio*—. La mitad de estos edificios son solo cáscaras. Los desmontarán en un par de meses, y será como si nada de esto hubiera existido jamás.

—Lo sé... —Había cierta melancolía en su voz, y cuando le echó un vistazo rápido vio que observaba las góndolas que se deslizaban sobre la superficie en calma del agua—. Aun así... Saben cómo montar un espectáculo increíble.

No se equivocaba. El predio de la feria en sí era una maravilla, incluso ante los cínicos ojos de Estrella. Los edificios que bordeaban la amplia laguna parecían contruidos de mármol y granito. Le traían al recuerdo todas aquellas construcciones que había visto en fotografías de las grandes ciudades europeas. Pero incluso con todo el esplendor de la Exposición, comparada con Nueva York, St. Louis parecía estar a medio hacer. Fuera de los muros de la feria, la ciudad no dejaba de ser como un pueblo grande al límite de la frontera, y a mundos de distancia de las calles congestionadas de Nueva York. Más allá de la ciudad, el mundo aguardaba.

—¿Te has ocupado de ello? —preguntó Harte.

—Por supuesto —respondió ella, fingiendo contemplar el paisaje mientras se aseguraba de que nadie los estuviera observando. No había sido demasiado difícil forzar la cerradura de una de las vallas de mantenimiento no muy lejos del Pike. La había dejado cerrada para que pareciera atrancada, pero una vez que hubieran llevado a cabo lo que tenían que hacer ofrecería una salida fácil—. ¿Y tú?

Asintió.

—Nadie vigilaba el arsenal. He sustituido todas las municiones que he podido, pero no sé si será suficiente.

—Tendrá que serlo —respondió ella—. Esto funcionará. —*No puede ser de otro modo.*

Pero no sería fácil.

La parte más complicada de todo el trabajo no era que sucediera a plena luz del día ni en medio de una avenida atestada de gente. Ni siquiera que solo fueran ellos dos. Julien no estaría allí... habían elegido un día con una función de matiné para asegurarse de que tuviera una coartada perfecta. El actor ya había hecho lo que había estado en sus manos para ayudarlos, y en aquel momento ellos harían lo que pudieran para mantenerlo fuera de todo aquello. No, lo más complicado era que tendrían que hacer casi todo sin magia. Con la Guardia de Jefferson en estado de máxima alerta, no podían arriesgar el uso de ninguna de las dos afinidades... no salvo que fuera absolutamente necesario. Tendrían que entrar sin más y realizar el trabajo valiéndose exclusivamente de sus habilidades. Y gracias a Harte y Julien, de un poco de talento para el espectáculo.

—El desfile empieza dentro de unos quince minutos. Tenemos que estar ambos en El Cairo para esa hora. Tendrás que desplazarte con rapidez. ¿Tienes las cargas?

—Lo tengo todo listo, Harte —respondió, irritada por lo rápido que había pasado de disfrutar del día a hacerle reclamos. Le recordaba un poco a los que ella le hacía Logan, y de pronto no pudo evitar preguntarse por la suerte de este. ¿Lo habría encontrado Jianyu? ¿O habría podido dar con Nibsy? Pero ya tendría tiempo para pensar en todo eso después. Por el momento, tenía que concentrarse.

El suyo no era un plan elegante, pero sí factible. Tenían cargas de humo que habían colocado sobre varios fusibles en varios lugares a lo largo del Pike. Estrella los detonaría justo antes de entrar junto a Harte al paseo del Nilo... justo antes de que el desfile llegara a la zona que había justo delante de las Calles de El Cairo.

Solo había una manera de acceder y salir de la sala donde exhibían el collar, y si habían acertado a programar bien los fusibles, las cargas debían estallar, inundando el Pike con un humo de extraño colorido que esperaban que fuera interpretado como un ataque Antistasi. Apostaban a que la Guardia se lanzara a la zona y dejara la gema menos custodiada de lo habitual.

Si el programa era puntual... y hasta el momento lo había sido... antes de que el humo se terminara de disipar y la multitud advirtiera que no corría peligro, los veteranos de la Guerra Boer, que recreaban sus escaramuzas dos veces al día, estarían empezando su primer ataque. Puesto que Harte había sustituido la munición de fogeo que siempre empleaban con más cargas de humo, apenas lanzaran la primera andanada de disparos, se volvería a desatar el caos.

Entre las personas que tratarían de huir en masa de la demostración de la Guerra Boer y la confusión en el Pike, la Guardia debería quedar lo suficientemente ocupada. Ella y Harte tendrían que poder coger el collar de su estuche y ponerse en marcha.

—Si por lo que sea el plan se retrasa, aunque solo sea unos minutos, podríamos quedar atrapados —le recordó Harte mientras revisaba los relojes de bolsillo que cada uno tenía para asegurar que tuvieran la misma hora.

—*Lo sé.* —Estaba ansiosa por empezar—. Hemos repasado esto un millón de veces.

Le arrancó uno de los relojes de la mano justo cuando una familia se acercaba a la barandilla para observar el agua. Los padres eran jóvenes, alrededor de la misma edad que había tenido Dolph. El padre sujetaba a un pequeño niño de cabello rubio, igual a él en miniatura. Cuando el niño empezó a llorar, el padre lo alzó con cuidado para que pudiera observar la fuente justo desde

el otro lado de la barandilla mientras la madre le alborotaba el cabello.

Estrella ni siquiera se dio cuenta de que había estado observándolos hasta que Harte carraspeó junto a ella, atrayendo su atención de nuevo.

—Necesitas concentrarte. —Su voz era amable, pero la reprimenda la mortificó.

—*Estoy* concentrada —dijo, intentando ignorar la forma en la que el pequeño chillaba encantado ante el agua.

—Sabes que todo tiene que salir a la perfección para que esto funcione, y ni siquiera tenemos la mayoría de las variables bajo control. No será fácil.

—Nunca lo es. —Echó un último vistazo a la familia.

Quizá fuera la claridad del día o la dulzura de la vainilla y el caramelo que flotaba en el aire, pero al observar a la familia proseguir con su día, con sus vidas, sin ninguna preocupación en el mundo, las manos de Estrella se cerraron en puños. Dejó que las uñas se hundieran en sus palmas, aceptando el destello de dolor para contener la descarga de ira que le calentó la sangre. *Lo tienen todo, y no tienen idea.* Y ella lucharía, se desgañaría, tramaría intrigas... Y, al final, no obtendría nada en absoluto. *Y nadie lo sabría siquiera.*

O quizá lo sabrían, pensó con un destello de esperanza. Quizá los Antistasi, quienesquiera que fueran, guardarían vivo el recuerdo de su nombre y de lo que había acometido, o intentado acometer, tal como lo habían hecho durante los últimos dos años.

—Oye, Slim. —La voz de Harte le llegó desde lejos—. ¿Has escuchado lo que te he dicho? ¿Estás bien?

—Sí. —Parpadeó, confundida un momento por la dirección de sus pensamientos—. Estoy bien. Era la verdad.

¿A quién le importaba que no pudiera tenerlo todo? ¿A quién le importaba si el hombre que había sido como un padre para ella no era más que una mentira, y que hubiera perdido a su padre real antes de siquiera saberlo? El dolor de su pasado ya no importaba, tenía que dejarlo en el olvido. Su pasado le había proporcionado habilidades y talentos que quizá no habría obtenido de otro modo y, aunque se había forjado a base de mentiras, no determinaba su futuro. Sería lo que había elegido ser. ¿Y si no lo lograba? Quizá podría continuar viviendo de alguna otra manera.

Enderezó la columna y le dirigió a Harte su sonrisa más petulante.

—Vamos a dar el espectáculo.

AL BORDE DEL OESTE

1904, St. Louis

Harte habría pagado casi cualquier precio por ser capaz de zanjar la distancia entre ambos, estrechar a Estrella entre sus brazos y besar aquella sonrisa para quitársela del rostro. Pero no confiaba en sí mismo, ni en el poder que llevaba dentro, para detenerse. En cambio, quedó allí quieto observándola, con las manos metidas en los bolsillos para evitar hacer ninguna de aquellas estupideces que cruzaban por su mente.

Con la misma velocidad con que le sonrió, Estrella se dio la vuelta y echó a andar hacia el Pike para poner su plan en marcha. Su mirada siguió su delgada figura hasta que desapareció entre la multitud. En el interior de su mente, la voz se movió y emitió un ruido sordo, frustrada evidentemente por su decisión de dejar que se alejara... de nuevo. Se estaba volviendo bastante bueno en ignorarla, probablemente de la misma forma en la que una persona aprende a ignorar una tos crónica o un dolor de rodilla. Simplemente, se vivía a pesar de ello. Pero no podía ignorar el hecho de que el poder estaba volviéndose más fuerte y la voz que hablaba a través de él se volvía cada día más clara.

De todas formas, a pesar del calor de la tarde, un gélido escalofrío le recorrió la columna. Una premonición. O quizá sencillamente el temor racional y sensato. Estaban a punto de robar un collar bien custodiado en medio de una feria multitudinaria a plena luz del día.

Esto no funcionará jamás.

Era una pena, pero tenía que funcionar. Lo mejor para que Julien evadiera la atención de la Orden era que ellos obtuvieran la Estrella de Djinni y se largaran de la ciudad lo antes posible.

Harte tiró de su gorra hacia abajo y volvió a mirar su reloj por enésima vez antes de echarse a andar. No fue en la dirección al Pike como Estrella. En cambio, siguió la vía de agua hacia el este, dejando atrás los pabellones ornamentados que parecían palacios, en los cuales se alojaban las exhibiciones de electricidad e industria, y más adelante, el Palacio del Transporte, con sus seis idénticas esculturas portando escudos para custodiar la entrada de altas arcadas.

Todo es un palacio, pensó. Incluso aquí, en la frontera con el oeste, donde todo el país era posible, los estadounidenses aún querían pertenecer a la realeza. Era el motivo por el que personas como Jack Grew y el resto de la Orden podían hacer lo que hacían: la persona común lo permitía. Al ciudadano promedio le gustaba la idea de un futuro en el que podría ser tan rico como un rey o tan poderoso como un emperador. Tal vez hablara de democracia, pero lo que quería era el espectáculo de la realeza.

Siguió caminando, dejando atrás el edificio, y entró en el Pike cerca de El Cairo. Volvió a mirar su reloj justo cuando encontraba un lugar en las inmediaciones de la exhibición de los Habitantes de los Acantilados. *Perfecto.* Ya podía oír el ruido del desfile que se acercaba.

Pero no había señales de Estrella.

UNA NUEVA ERA EN EL BOWERY

1902, Nueva York

James Lorcan habría pagado generosamente por obtener solo una respuesta a cualquiera de sus preguntas. Había demasiadas variables en juego, demasiado en riesgo. Hacía cinco días que Mock Duck había traído a Jianyu al Strega para intercambiarlo por un puñado de dólares y una libreta de secretos que podría usar contra Tom Lee. Cinco días desde que James había tenido a Jianyu en sus manos, y cinco días desde que aquel maldito traidor había conseguido escapar de alguna manera.

Por lo menos había sido un incendio pequeño, y las conexiones de Paul Kelly con la Tammany habían logrado que las brigadas hicieran algo más que quedarse mirando el edificio ardiendo. Gracias a su ayuda, James fue capaz de sentarse al fondo del bar y observar sus dominios.

Por lo menos se habían ocupado de Viola. La imagen de la asesina favorita de Dolph magullada y sangrando a causa de los puños de su hermano seguía siendo útil para consolarlo... y divertirlo. Por lo que a James se refería, demostraba que Dolph siempre había tenido una opinión demasiado buena de ella. Viola siempre había sido caprichosa y temperamental... un lastre. A ella nunca había llegado a simpatizarle James: al menos tenía esa certeza. Por la mirada de odio puro en sus ojos el otro día, aún no le simpatizaba, pero al menos no sería un problema. Había sobreestimado el valor de sus cartas al ir en busca de la protección de su hermano, y de momento todo indicaba que Kelly sería capaz de controlarla. Por lo menos aquello era un consuelo. Era una cosa menos de qué preocuparse.

De todas formas, el futuro seguía siendo demasiado incierto para su gusto; James no entendía las variables que parecían vacilar en el Éter, los caminos que se elevaban y luego desaparecían como fantasmas. Pero había algo de lo que estaba seguro: algo se avecinaba, algo que prometía cambiarlo *todo*.

En la parte de delante del Strega, la puerta se abrió, dejando entrar un chorro de aire fresco que James podía sentir en la parte trasera de la sala. Parecía que sus pensamientos de Paul Kelly habían convocado al mismísimo diablo. De pronto, la atmósfera del bar cambió en cuanto la gente advirtió que acababa de llegar el famoso líder de los Five Points.

Unas semanas atrás, la aparición de Kelly en la taberna desde la que Dolph Saunders regenteaba su imperio habría sido impensable. Antes de la muerte de Dolph, Kelly jamás se habría atrevido a confrontar a los Hijos del Diablo en su propio territorio. Pero aquella era una ciudad nueva, un mundo nuevo. A James solo se le ocurrió una cosa: *finalmente*.

Kelly venía con dos de sus Five Points, hombres fornidos con la misma expresión implacable de este. Entre ambos, cogían de los brazos a un tipo rubio que James no supo reconocer. El desgraciado cautivo parecía apenas un poco mayor que él, pero sus rasgos tenían una suavidad que lo hacían parecer menor. Le habían dejado morado el ojo izquierdo y ya se encontraba cerrado por la hinchazón, sin duda, la consecuencia de meterse con los hombres de Kelly.

Presintiendo problemas, los clientes del bar murmuraron inquietos mientras Kelly y sus hombres avanzaban hacia dentro y paseaban su mirada por la taberna. La mayoría mantuvo la mirada gacha, estudiando sus vasos como si el líquido en su interior pudiera estallar en llamas de un momento a otro. Algunos apuraron lo que quedaba de sus bebidas y se marcharon, evitando a Kelly y sus

hombres al salir.

Aparentemente satisfecho con la reacción que había causado su entrada, Paul Kelly se abrió paso a través del salón inusualmente silencioso. Al acercarse, James frotó el pulgar sobre la empuñadura plateada de su bastón... una cabeza de Gorgona con el rostro de un ángel: *el rostro de Leena*. Las serpientes de plata que se enroscaban bajo su pulgar estaban anormalmente frías, un recordatorio de que por fuertes que fueran los Five Points en la calle, James y los hombres que en ese momento controlaba tenían un poder con el que Paul Kelly solo podía soñar.

Pero la frialdad también era un recordatorio de todo lo que estaba en juego. La plateada cabeza de Gorgona encerraba poder en su interior... la parte de su afinidad que Dolph le había sustraído a Leena y usado para asegurar su control de los Hijos del Diablo. De todas formas, aquel poder resultaba inútil para James, que no tenía la afinidad para acceder a él... no hasta que tuviera el Libro para liberarlo.

Kelly se encontraba prácticamente al otro lado de la taberna, y James seguía sentado. Se negaba a que lo consideraran débil, no allí, en su territorio y delante de su propia gente... Así que, ignorando el dolor de su pierna herida, se puso de pie, afirmándose sobre el bastón.

Puesto que era sundren, Paul Kelly no podía sentir la forma en la que la magia estallaba dentro del salón a su paso. El aire se llenó con la nerviosa calidez de las afinidades en la antesala de la acción de igual modo en que cada mageus que se encontraba allí se anticipaba, receloso y listo, para lo que pudiera suceder. Para James Lorcan, aquel momento fue como si el mundo entero se redujera a aquel bar lleno de humo y a las personas que había en su interior, cada una, conteniendo la respiración y observando.

—Paul —dijo James, saludando a Kelly como si fueran viejos amigos—. ¿Qué te trae al Strega esta noche? —Miró por encima de Paul Kelly al muchacho que sostenían los Five Points—. ¿O quizá debería preguntar qué me has traído?

Kelly sonrió con suficiencia.

—Mis hombres lo recogieron en la calle Broome. Tiene un rostro bastante bonito —dijo, dándole al rubio un par de fuertes palmadas sobre la mejilla. Este se estremeció de dolor—. Pero no demasiado cerebro. Nos ha pedido que lo trajéramos a verte.

—¿Ah, sí? —preguntó James, ignorando la nerviosa energía que permeaba el bar mientras examinaba al chico.

—Sí —respondió Kelly—. Lo cual me causa un problema. Tenemos que dejar algo en claro, Lorcan... Al margen de lo beneficioso que sea este acuerdo mutuo que hay entre ambos, a mí no me dan órdenes ni tú ni ninguno de los tuyos. ¿Entendido?

—Él no es uno de los míos —dijo James, volviendo su atención de nuevo a Kelly y evaluando la peligrosidad en el aire.

—Dice lo contrario.

El rubio jadeaba, como si estuviera sufriendo, y miraba a James con su único ojo bueno. Este ignoró su rostro y se concentró en el Éter a su alrededor. Se encontraba vago y confuso, pero no parecía indicar que el desconocido representara una amenaza. En todo caso, la forma en la que ya se fusionaba con los patrones establecidos era una señal positiva. Avanzó hacia el trío, el golpeteo de su bastón puntuando el incómodo silencio del bar.

—¿Quién eres? —le preguntó al joven cuando estuvieron cara a cara. El chico definitivamente tenía algo... la calidez de la magia se hallaba suspendida a su alrededor, evidente para cualquiera que la compartiera.

—Logan —le dijo el muchacho, sin pestañear ni una sola vez ante la mirada firme de James—.

Logan Sullivan.

—¿Quién te ha enviado, Logan Sullivan? —preguntó.

La expresión del chico seguía sin inmutarse. El Éter que lo rodeaba no vacilaba.

—Tú.

—¿Yo? —preguntó James, estudiando al desconocido en busca de algún indicio de engaño.

—Es lo que les insistía a mis muchachos —comentó Kelly.

—Está mintiendo —le dijo James a Kelly mientras continuaba observando a aquel nuevo ser—.

No conozco a ningún Logan Sullivan, y lo cierto es que no lo conozco a él.

—Me conoces, y puedo probarlo —respondió el chico.

James tuvo la sensación de que aquel Logan Sullivan, quienquiera que fuera, no mentía. Por lo menos, él no creía que estuviera mintiendo. Lo cual no mejoraría su posición ante Kelly. Tenía que neutralizar el peligro rápidamente, antes de que todo lo que había posicionado con tanto esmero empezara a derrumbarse.

—No me interesa escuchar tus mentiras —dijo James, empezando a volverse.

—Quizá estés interesado en la Lágrima de Delphi —dijo Logan—. Está aquí, sabes. En la ciudad...

James se giró de nuevo hacia Logan.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes exactamente de qué estoy hablando —le dijo Logan; su expresión no titubeaba—. ¿Quieres el anillo? Puedo encontrarlo. No está muy lejos de aquí, pero se está moviendo en este mismo instante.

—¿Qué es esto? —preguntó Kelly, la voz siniestra y desconfiada.

Se trataba de una tarea delicada engañar a Kelly sin entregarle demasiado. La información era poder, y el conocimiento era como el lazo que podía deslizarse alrededor de un cuello. Pero James no vaciló en su respuesta.

—Es una de las gemas de las que te he hablado... aquellas con las que Darrigan y la chica se largaron.

—¿Las que envié a mis hombres a que buscaran? —Kelly estrechó los ojos con recelo—. Más vale que no me hayas enviado a realizar una búsqueda inútil, Lorcan.

—No lo hice —dijo James, ignorando la amenaza—. Darrigan y la chica están en alguna parte, y cuando los encuentres a ellos y a los objetos que robaron, la Orden te recompensará con creces.

O lo harían si yo no planeara cogerlos antes.

James examinó a Logan.

—¿Dónde están estas pruebas que aseguras tener?

—Bolsillo interior izquierdo de la chaqueta —le dijo Logan.

De nuevo, quedó impresionado por el temple del desconocido, pero no advirtió ningún peligro en él... más bien, al contrario.

James volvió a abordar a Logan.

—¿Si me permites? —Los Five Points miraron a Kelly, quien les dirigió un leve asentimiento de cabeza. Luego James metió la mano en la chaqueta de Logan y extrajo un pequeño paquete envuelto en papel—. ¿Qué es? —preguntó.

—Ábrelo —dijo Logan, con una mirada tranquila y segura.

Demasiado segura.

James metió el bastón bajo el brazo y desenvolvió el paquete con rapidez. Sus ojos le dijeron lo que tenía entre manos antes de que su cerebro pudiera aceptarlo.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó.

—Como ya te he dicho, me lo diste tú.

No era posible. Pudo reconocer la pequeña libreta que tenía en la mano al instante. Después de todo, él tenía una idéntica en el bolsillo de su chaqueta.

—Yo no te he dado ninguna... —Sus palabras se perdieron mientras abría la libreta para encontrar su propia letra apiñada y familiar sobre las páginas. Se detuvo y volvió al principio... *Definitivamente*, eran sus notas.

Y su propia libreta *definitivamente* seguía en su bolsillo. Incluso en aquel momento sentía su peso reconfortante.

Pasó algunas páginas hacia delante y se detuvo en la página que había escrito aquel mismo día, por la mañana. Pero en *aquella* libreta el texto seguía, escrito con su propia letra.

—¿Qué sucede? —preguntó Kelly, claramente impaciente por saber lo que veía James en la libreta.

—No es nada —respondió, cerrando la libreta—. Está mintiendo. Esto no me dice nada en absoluto.

Kelly lo miró ceñudo, como considerando si debía creer lo que decía o no. Finalmente, pareció ceder.

—Entonces, ¿qué debemos hacer con él? Puedo dejar que mis hombres se hagan cargo, si quieres.

—Déjame a mí —respondió James.

—¿A ti? —Kelly parecía sorprendido y más que un poco decepcionado.

—Está ensuciando mi nombre. Creo que yo debería ser quien lidie con él —le dijo. De lo contrario, Kelly no lo habría respetado—. No volveré a molestarte a ti ni a los tuyos.

Kelly estudió a James durante un momento; el malestar que permeaba el salón a su alrededor parecía crecer con el silencio. Pero luego asintió nuevamente a sus dos hombres, y soltaron al muchacho, que se desplomó sobre las rodillas, evidentemente herido.

—Mooch —dijo James—. ¿Puedes acompañar a nuestro huésped al sótano? Átalo y asegúrate de que permanezca en silencio hasta que yo llegue. Si hace falta, usa la fuerza.

—No... —Logan intentó ponerse de pie rápido, pero Mooch y uno de los otros chicos estaban encima de él antes de que pudiera alejarse demasiado. Con sus rasgos delicados, no tenía muchas posibilidades.

James esperó a que se marcharan para hacer un gesto hacia la mesa en la que había estado sentado unos minutos antes.

—Bebe un trago conmigo. Te debo una por haber llamado mi atención sobre este problema.

Kelly lo estudió durante un momento más antes de acceder.

—¿Qué mal puede hacer? —dijo, encogiendo los hombros—. Vamos a ver qué tipo de porquería vendía Saunders en este lugar.

—Mejor de la que imaginas —le respondió a Kelly, plenamente consciente de la nerviosa energía que había a su alrededor mientras palmeaba al otro hombre en la espalda.

James sabía que todas las personas que había en aquel bar temían a Kelly y el daño que sus Five Points podían ocasionar. Ni Dolph había podido protegerlos de la brutalidad de los Five Points en aquellos días finales.

Que lo vean, pensó James. *Que todos vean y comprendan exactamente quién soy y qué influencia tengo.*

Vertió dos dedos del mejor whisky de la casa para cada uno de ellos y alzó la copa a modo de

saludo. Kelly lo observó apurar el líquido antes de beber de su propio vaso.

—Así que dime... —dijo James mientras vertía una segunda copa para cada uno—. ¿Cómo está tu encantadora hermana últimamente...? ¿Sigue armando escándalos?

Kelly sonrió con sorna.

—¿Viola? —Rio suavemente dentro de su copa—. No arma nada salvo que yo se lo diga.

Perfecto, pensó James. Exactamente lo que quería escuchar.

UNA TIERRA EMPAPADA DE SANGRE

1902, Nueva York

Descalzo y con aquella ropa de dormir que le quedaba demasiado grande, Jianyu se tomó un momento para probar su equilibrio agarrándose a la columna de la cama. Su visión aún fluctuaba a causa del movimiento, como si mirara a través de una bruma, pero respiró hondo y se obligó a mantenerse en pie. Había pasado demasiado tiempo. *Demasiado.*

Para aquel entonces, el chico sobre el que Estrella le había advertido ya habría llegado. Para entonces, el muchacho ya se habría puesto en contacto con Nibsy. Lo cual significaba que había fallado. *De nuevo.*

No estaba completamente seguro de dónde estaba, y no podía saber con certeza cuánto tiempo había permanecido allí. Las veces que se había despertado, se había encontrado con que apenas podía mantenerse consciente antes de sentir que el suelo desaparecía bajo sus pies y volvía a sumergirse en la densa oscuridad. Pero finalmente había conseguido abrirse camino. La luz del sol entraba inclinada a través de las delgadas cortinas que cubrían la única ventana de la habitación, y el aire estaba tibio y saturado por el aroma de especias desconocidas para su nariz. Pero luego advirtió que podía distinguir la dulzura del clavo y la acritud del ajo, olores que le recordaban un hogar que jamás volvería a ver.

Impelido por aquel pensamiento, se obligó a dar un paso, haciendo una pausa el tiempo suficiente para asegurarse de que la tierra permanecía firme bajo sus pies, a diferencia de un día —¿o habían sido dos?— atrás. Entonces su desesperación por encontrar al muchacho del que Estrella le había prevenido fue tan urgente que hizo un esfuerzo demasiado grande y terminó colapsando sobre el suelo, golpeando de nuevo su cabeza ya herida.

Al principio, dio varios pasos lentos y vacilantes para ponerse a prueba. Cuando estuvo seguro de que sus piernas eran lo suficientemente estables, siguió el sonido de voces a través de la puerta de la pequeña habitación, dirigiéndose por un breve pasillo hasta una sala estrecha, donde encontró a tres mujeres sentadas, zurciendo un montón de pantalones de hombre. Cella era una de ellas, pero si bien las otras dos estaban enfrascadas en una conversación, ella se encontraba trabajando con la cabeza inclinada, concentrada en la tarea que tenía delante. Por algún motivo parecía preferir mantenerse al margen. Mientras las otras dos llevaban faldas sencillas oscuras y blusas desteñidas, Cella se había puesto un vestido del mismo tono rosado que la flor de té. Era un sencillo traje de día, como el que cualquier otra persona pudiera ponerse, pero de nuevo se quedó sorprendido por el corte, la confección elegante que le proporcionaba un mejor aspecto. Sus ágiles dedos terminaron el puño de una pierna y pasaron al siguiente, pero su expresión parecía lejana... Más triste que pensativa.

Solo había pasado unos momentos dentro de su taller en el teatro, pero se trataba de un espacio pulcro y organizado; los rollos de tela se encontraban apilados en hileras rectas y los boles, cargados de cuentas y cristales, dispuestos sin que hubiera una sola lentejuela fuera de lugar. Pero en aquella habitación nada brillaba. No había sedas ni satenes, y hasta la propia Cella parecía cansada.

La mayor de las otras dos mujeres levantó la mirada y descubrió que Jianyu estaba allí

observándolas, apoyado contra el marco de la puerta para mantenerse en pie. Carraspeó, haciendo que Cela también levantara la vista.

—Estás despierto —dijo; el tono bajo de su voz hizo que pareciera una acusación—. No deberías estar levantado.

Tenía razón, por supuesto. Apenas pronunció las palabras, Jianyu sintió que se mecía. Cela se puso de pie al instante, dirigiéndolo a la silla en la que acababa de levantarse.

Le dio las gracias por ello, pero junto con el agradecimiento, sintió el escozor de la vergüenza. Ser tan débil allí, delante de aquellas mujeres. Ser incapaz de cumplir las promesas que se había hecho a sí mismo...

—¿Estás bien? —preguntó ella, acomodándose en el suelo y cogiendo los pantalones en los que había estado trabajando un momento atrás.

En lugar de hablar, asintió con la cabeza, pero el movimiento hizo que el cabello recién cortado rozara con su mejilla, recordándole todo lo que había sucedido.

La mujer mayor lo observaba mientras cosía, y la otra, apenas unos años mayor que Cela, no dejaba de deslizar la mirada en su dirección también. La mayor fue la primera en hablar.

—Así que... señor Jianyu... ¿cuánto tiempo permanecerá con nosotros ahora que se ha levantado?

—Tía... —dijo Cela, una nota de advertencia en su voz. Pero Jianyu no consiguió entender las palabras que siguieron. Parecían pronunciadas en inglés, o algunas de ellas, pero le costaba entenderlas. Quizá su cabeza...

Pero la tía de Cela sí parecía entender lo que decía. Respondió empleando el mismo idioma incomprensible. Ambas mujeres hablaron un instante, intercambiando palabras, y a Jianyu no le hizo falta conocer la lengua para discernir su significado, especialmente, por las miradas que le lanzaba la mujer mayor mientras hablaban. Tras un momento, esta dejó a un lado su costura y le hizo un gesto a la otra para que la acompañara, dejando a Jianyu y a Cela solos en el apartamento repentinamente silencioso.

La joven dio algunas puntadas más, pero luego sus manos se detuvieron y dejó escapar un largo suspiro. Jianyu pudo ver que las lágrimas tornaban vidriosos sus ojos oscuros, pero él no podía ofrecerle nada.

—Si te he causado problemas con tu familia...

Cela sacudió la cabeza y se enjugó las lágrimas con el dorso de las manos.

—Mi tía es así a veces. A mi prima Neola le cuesta menos aceptar las cosas.

—¿La otra chica? —preguntó Jianyu.

Cela asintió. Luego dejó a un lado la costura en la que había estado trabajando.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió él, sintiendo que no era mentira mientras permaneciera sentado.

—Pareces tener mejor aspecto —le dijo—. Ese golpe que te diste en la cabeza fue terrible. Durante un par de días, llegué a pensar que no despertarías.

Había algo en su voz que resultaba frágil y roto, pero Jianyu sintió que no tenía derecho a preguntar.

—Gracias —le dijo, con la voz tensa—. No hacía falta que te tomaras tantas molestias por mí.

Ella lo miró, dudando.

—Puede que tengas razón, pero viendo cómo me sacaste del teatro y me ayudaste para que me alejase de Evelyn, no podía sencillamente dejarte medio muerto en un tranvía. Y no te preocupes por mi familia.

—Tu tía... parecía enfadada —le dijo.

—Suele estarlo conmigo —aseguró Cela, sacudiendo la mano para alejar su preocupación, pero cuando le lanzó una mirada inquisidora, dejó escapar un suspiro y empezó a explicar—. La familia de mi madre llegó desde las islas Windward. Siempre han pensado que son mejores que la gente que vive aquí desde hace generaciones... definitivamente siempre han creído que eran mejores que mi padre, que venía del sur y cuyos padres ni siquiera nacieron libres. Seguramente, esté feliz viéndome aquí sentada cosiendo pantalones. Todos me dijeron que era una idiota por buscar trabajo entre los teatros de los blancos. Dijeron que no sabía cuál era mi lugar y que, si le prestaba atención a lo que decía el señor Washington, sabría que debería conformarme con lo que tenía y no ir en busca de lo que no estaba hecho para mí. —Encogió los hombros—. Siempre he pensado que lo que tenían eran celos porque no ganaban ni la mitad de dinero que yo. Puede que mi madre no me dejara su piel clara, pero sí me cedió su habilidad con la aguja y su determinación... —Hizo una pausa, apartando la mirada—. Pero quizá tenían razón, después de todo.

Sus palabras atizaron algo en el interior de Jianyu, una pequeña brasa de la frustración con la que había cruzado el océano. No comprendía su situación, pero sí la nota de decepción de su voz.

—Lo dudo —le dijo, esperando que fuera cierto también para él.

—No lo sé —respondió ella, dejando escapar otro suspiro profundo. Sus ojos brillaban de nuevo por la humedad de las lágrimas sin derramar—. Quizá tendría que haberme conformado con la suerte que me había tocado en lugar de buscar algo mejor para mí. Pero eso lo heredé de mi padre. Jamás se conformaba con nada... y yo tampoco. Aunque, al final, todas sus ambiciones le costaron la vida, y a mí me costó todo lo que tenía: mi hogar, mi hermano. —Su voz se quebró, e hizo una breve pausa para intentar recomponerse—. Ahora estoy aquí de nuevo, cosiendo pantalones viejos, tal como ellas dijeron que terminaría haciendo. Y la única persona que me entendía, sin importar lo que pasara, ya no está.

—Entonces, parece que estoy doblemente en deuda contigo —le dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—Por lo que a mí se refiere, ahora ya estamos en paz.

—Darrigan me envió para protegerte a ti y al anillo —insistió Jianyu—. No he conseguido hacer ninguna de las dos cosas.

—Yo no pedí protección alguna —replicó, con la expresión tensa.

—Eso no importa —dijo—. Se equivocó dejándote la responsabilidad que conlleva el anillo, poniéndote en semejante peligro sin advertirte sobre lo que podía ocurrir. Pero he sido yo quien ha fallado en mi misión de protegerte.

—Ese estúpido anillo. —Cela se levantó del suelo—. Ojalá nunca le hubiera puesto los ojos encima ni al anillo ni a Harte Darrigan.

—Estoy seguro de que son varios los que opinan lo mismo sobre el Mago —dijo él secamente.

Ella lo miró, interrogándolo con la mirada.

—¿Eso te incluye a ti?

Inclinó la cabeza.

—Sin duda. Aunque, si no lo hubiera conocido, tampoco te habría conocido a ti, y me parece más que un intercambio justo saber que una persona con tu fortaleza y bondad es parte de este mundo.

Cela apartó la mirada, sus mejillas sonrojadas por lo que podría ser vergüenza o placer, pero por lo menos la tristeza de su expresión se había atenuado, aunque fuera un poco.

—Sabes —dijo tras un momento casi confortable de silencio entre los dos—. Podría ayudarte a arreglar un poco tu cabello.

Las manos de Jianyu se dirigieron a los mechones esquilados que colgaban alrededor de su rostro. *No hay nada que pueda arreglar esto.*

—Soy bastante buena con un par de tijeras; solía cortarle el cabello a mi hermano, Abel... —Se llevó el puño a la boca, como intentando retener el dolor en lugar de sacarlo hacia fuera. Tras un momento, volvió a hablar, esta vez con la voz más suave—. Solía cortarle el cabello Abel a menudo desde que murió nuestra madre. No puedo volver a dejarlo como estaba, pero puedo mejorar la zona de las puntas si quieres.

Se trataba de un ofrecimiento que no esperaba. También, un regalo que no merecía, pero por algún motivo no pudo evitar aceptarlo.

Se sentaron en la pequeña cocina, y ella colocó una toalla gastada alrededor de los hombros de Jianyu para que el cabello que iba a cortar cayera sobre ella. Al principio, Cela vaciló; parecía temerosa de tocarlo siquiera. Pero finalmente la timidez y reticencia entre ambos desapareció, y sus dedos adquirieron seguridad y destreza. Las tijeras susurraron su continua melodía mientras trabajaba.

—Háblame entonces sobre ese anillo —dijo, dejando que su voz se perdiera, para que él pudiera hablar.

Le contó lo que pudo del anillo y del resto de los artefactos, y una vez que empezó, se encontró con que no podía detenerse. A menudo se había sentado con Dolph por las tardes, hablaban de todo... Noticias de la ciudad y esperanzas para el futuro, e incluso lo que pensaban del poder y la magia y su rol en el mundo. Pero en los días previos a lo sucedido en Khafre Hall, Dolph había estado demasiado ocupado tratando de contener la bomba en la que se habían convertido los Hijos del Diablo como para sentarse y conversar, y después de Khafre Hall se habían quedado todos solos con su dolor... tal vez, Jianyu, el que más. En aquel momento llevaba ya tantos días en silencio que el hecho de que Cela estuviera dispuesta a escucharlo resultaba como un bálsamo.

Ella lo oyó sin interrupciones, sus dedos y las tijeras moviéndose sin pausa sobre su cabeza.

—Así que debo encontrar el anillo e impedir que llegue hasta quienes podrían hacer daño con él —concluyó.

Cela permaneció en silencio durante un momento mientras trabajaba, recortando el cabello a lo largo de la nuca.

—¿Sabes? Todo este alboroto por la magia... La gente está tan ocupada intentando controlarla que están dispuestos a cometer cualquier tipo de atropello por ella. —Sus manos se detuvieron, y dio un paso atrás para observarlo—. Pero quizá lo mejor sería que nadie pudiera adueñarse de ella. Tal vez, esté destinada a desaparecer. —Inclinó la cabeza hacia un lado y luego cortó otro trozo de cabello.

»En mi opinión —continuó—, es porque hay algo que va mal en esta tierra. Las personas que llegaron primero, las que realmente pertenecen a este lugar, murieron asesinadas o fueron apartadas, y eso afecta a un lugar, toda esa muerte y violencia. La magia no puede arraigarse en una tierra empapada de sangre. En lo que a mí se refiere, quizá sea algo bueno. Quizá nadie debería tener ese tipo de poder por encima de cualquier otra persona. —Quitó el cabello de sus hombros—. Ve, dime qué piensas.

Había un pequeño espejo cuadrado colgado al otro lado de la habitación. Jianyu se acercó tentativamente a él, en parte, porque se sentía inseguro de pie y, en parte, porque temía ver a la persona con la que encontraría en el espejo.

No se reconoció. El cabello que una vez había llevado sujeto hacia atrás en aquel momento enmarcaba su rostro. No era el hijo de su padre quien le devolvió la mirada, sino una nueva versión de sí mismo. Estadounidense e irreconocible. Sintió un estremecimiento de algo que pudo haber sido miedo... o quizá sencillamente un ánimo renovado.

Cela estaba a salvo. Él encontraría el anillo. Aún no había fallado, y no se permitiría a sí mismo fallar.

EL MAPA DEL MUNDO

1902, Nueva York

Cuando terminó de leer la última página de la libreta que le había quitado a Logan Sullivan, James sintió que el mapa del mundo se desplazaba. Quería creer que era una farsa, porque la alternativa era demasiado imposible. Quería que no fuera más que una mentira para llevarlo por mal camino, pero sus sentidos le decían que la libreta y todo lo que contenía no eran sino la verdad.

La colocó sobre el escritorio gastado que tenía delante, junto a su doble.

Quitándose las gafas de la nariz, pulió los cristales y consideró las posibilidades. Toda victoria y todo error que cometiera en su vida se encontraban contenidos en el libro que Logan le había traído. Con la fuerza de su afinidad y el conocimiento de aquellas libretas, podía rehacer el futuro. Podía reescribir su propia historia... y más.

Pero antes, James tenía que estar seguro... *absolutamente* seguro... de quién era Logan Sullivan. Había hablado de la Lágrima de Delphi, y por ello James le daría una oportunidad de recuperarla. Si Logan demostraba ser incapaz de hacer lo que había prometido, dudaba de que fuera una pérdida tan terrible deshacerse de él.

Observó las libretas idénticas antes de finalmente coger la que Logan le había traído y guardarla en el bolsillo. Hasta que supiera con certeza si podía confiar en aquel desconocido, la llevaría con él.

Después de todo, dado que posiblemente contuviera un registro de su vida, no sería conveniente que nadie más la encontrara. Luego cogió su chaqueta y se puso la gorra. Cerrando la puerta con llave tras él, se marchó para hablar con el recién llegado... el joven que cambiaría su futuro.

1904, St. Louis

El Pike era el caos de ruido y confusión de siempre cuando Estrella se internó entre sus calles, preparada para llevar a cabo su parte del plan. Tenía cerca de diez minutos para llegar desde la entrada, situada junto a la enorme monstruosidad de los Alpes falsos, hasta el lugar donde se encontraría con Harte, justo fuera de El Cairo. Él tomaría un camino diferente... por la parte de atrás de aquella zona y entrando por el lado este del bulevar, de modo que no hubiera ninguna posibilidad de que los vieran juntos.

Llevaba en el bolsillo los paquetes de humo en polvo equipados con mechas. No eran más que utilería inofensiva que Harte y Julien habían fabricado a modo de preparativo para la jornada, pero llevaría un tiempo para que la gente que viera el humo lo advirtiera.

Pasó las concesiones de Asia y el Japón y continuó hacia el enorme edificio con cúpula que constituía la atracción de la Creación. Como los barcos del Nilo en El Cairo, también era un paseo. Como todo lo demás, era vulgar y demasiado estridente y recargado. Se detuvo junto a un vendedor que vendía unos enormes *pretzels* salados y verificó el reloj de bolsillo que Harte le había entregado. Faltaban cinco minutos. Tenía que esperar al menos dos minutos más. En la distancia, podía oír débilmente el tumulto del desfile, el estruendo de los tambores, indicando que se acercaba el momento.

Volvió a verificar su reloj, pero al hacerlo tuvo la extraña sensación de que alguien la observaba. Levantó la vista, y notó que sus instintos estaban en lo cierto: al otro lado de la calle, cerca de la entrada al edificio de la Incubadora, se encontraba el joven que había visto desaparecer aquel primer día en el teatro. Y la miraba directamente a ella.

No había manera de que pudiera llevar a cabo su cometido mientras la estuviera observando. Tomando aliento, empujó el pánico a un lado y decidió jugar con las mismas reglas del joven. Le guiñó el ojo y luego se confundió con la multitud de la atracción de la Creación, disimulando su presencia todo lo que pudo mientras se abría paso a empujones para internarse aún más entre el gentío. Miró atrás una sola vez y vio que el joven la seguía, así que continuó avanzando a empujones hasta que encontró una pequeña sala a la derecha de la taquilla, donde ralentizó el tiempo.

Soltó un resoplido, relajándose un poco mientras el mundo se silenciaba a su alrededor. Solo habían pasado un par de días desde que había probado su afinidad cuando Harte la había dejado sola en la pensión, pero durante aquellos días habían tenido especial cuidado de no usar su magia, por si acaso la Guardia pudiera haber estado cerca. Parecía haber pasado *mucho tiempo* desde que había sido capaz de usar su afinidad, y en aquel momento la seguridad de su magia le daba el ímpetu para seguir adelante. Esquivó a la multitud hasta que estuvo cara a cara con el joven que había estado siguiéndola. Así de cerca notó que tenía los ojos tan verdes como los de un gato, pero uno estaba tan salpicado de motas color café que parecían dos colores diferentes.

Esto debería mantenerlo ocupado. Encendiendo la mecha del primer paquete, lo metió en el bolsillo externo de su chaqueta. Luego se alejó corriendo y soltó el control del tiempo.

Dejó que sus pies la condujeran hacia El Cairo, atenta a la presencia de los posibles blancos que utilizaría más tarde. Haciendo una pausa junto a un cubo de basura, tensó el tiempo solo lo

suficiente como para encender otra mecha y colocar el paquete en el cubo. Luego siguió avanzando, soltando el control del tiempo una vez que estuvo lejos y a salvo. Tenía ocho paquetes, lo cual quería decir que necesitaba colocar seis más antes de llegar a El Cairo. Abriéndose camino por el Pike, encontró un carrito de bebé por allí, un hombre medio ebrio por allá. Cada vez que se acercaba, usaba su afinidad solo lo suficiente como para colocar el paquete.

Estaba funcionando. Ya podía ver a los Guardias, apostados a intervalos irregulares alrededor del Pike, en posición firme al percibir la magia en el aire. Pero para cuando la detectaban ya estaba lo bastante lejos del lugar.

Al llegar a la atracción de los Habitantes de los Acantilados, donde ella y Harte debían encontrarse, Estrella sabía que había llegado más tarde de lo planeado. El desfile estaba demasiado cerca, y lo sabía porque Harte no dejaba de buscarla con la mirada entre la multitud mientras trataba de llamar lo menos posible la atención. Pero al verla sus rasgos se relajaron y abrió ligeramente la boca, aliviado.

—Llegas con retraso —le dijo a modo de saludo.

—He tenido algunas dificultades.

Alzó las cejas.

—¿Qué tipo de dificultades?

—¿El joven del otro día en el teatro? Me ha visto.

Harte frunció el ceño.

—Quizá no deberíamos...

—Está bien —le dijo antes de que él pudiera terminar su declaración—. Ya me he ocupado de ello... asegurándome de que no me viera. Y le he dejado una pequeña sorpresa.

—Ya veo —respondió Harte, pero seguía con aquella expresión nerviosa y preocupada.

—Vamos —le dijo ella—. El desfile está a punto de llegar.

No le dio opción a protestar porque empezó a cruzar el amplio bulevar hacia El Cairo y el collar.

EL PESO DE PERTENECER

1902, Nueva York

Marcharse amparado por la oscuridad sin despedirse siquiera, difícilmente podía considerarse una manera de devolver la amabilidad que la familia de Cela le había ofrecido durante los últimos seis días mientras se curaba, pero Jianyu ya había dejado pasar demasiado tiempo desde que el anillo había desaparecido. Había estado retrasando lo inevitable, pero tenía una nueva promesa que cumplir. Un mundo más vasto que proteger.

Jianyu se dijo que Cela estaría bien, incluso si la tensión en la casa era lo bastante clara como para poder nadar a través de ella. Había podido ver la forma en la que la miraban, pero después de todo eran su familia. Ya no tenía la gema, por lo que estaría a salvo, y ellos la cuidarían hasta que pudiera valerse por sí misma.

Quizá él fuera un cobarde por marcharse sin decirle nada a Cela, pero si alguien venía a buscarlo estaría más *segura* si no lo sabía.

Podría haber usado su afinidad para ocultarse, pero la cabeza todavía le dolía de a veces, y usar los discos de bronce supondría demasiado esfuerzo. Además, seguía débil, y necesitaba reservar fuerzas para lo que tenía por delante.

Al llegar a la esquina de la Avenida Amsterdam, una figura familiar salió de la entrada de una de las tabernas. Podría haber plegado la luz a su alrededor para ocultarse, pero era demasiado tarde. Ya lo había visto. Salir corriendo habría sido una falta de respeto y un insulto.

—Tenía la sensación de que te marcharías esta noche —dijo Cela cuando él finalmente llegó adonde lo esperaba, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Entonces, ¿esto es todo? ¿Te ibas a marchar sin decirme adiós siquiera?

No respondió. ¿Qué iba a decir? Lo que señalaba era correcto, como la furia que se agitaba tras sus palabras.

—¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Después de haber conseguido que mi familia te albergara?

—Tengo una deuda de agradecimiento con todos vosotros... —empezó a decir, pero ella perdió los estribos.

—Esto no me parece en absoluto una forma apropiada de darme las gracias. —Lo fulminó con la mirada—. ¿A dónde vas, de todas formas?

—Es mejor que no lo sepas —dijo bajando la voz, odiando la emoción en sus ojos: sospecha, desagrado. Era la emoción que a menudo veía reflejada en los ojos de quienes conocía, los ojos de quienes lo miraban y no veían a la persona que era ni el corazón había en su interior, sino la piel que tenía—. Estarás más segura —intentó explicar.

—¿*Más segura*? —vociferó con tono burlón. Luego sus cejas se entretejieron—. Vas a ir a buscar el anillo, ¿verdad?

Jianyu no respondió, pero por la forma en la que su gesto cambió, ella lo comprendió.

—¿Por qué? Después de todos los problemas que le ha causado a todo el mundo, ¿por qué no te olvidas de ese maldito anillo de una vez?

Le dio la única respuesta que pudo:

—Porque tengo que hacerlo.

—¿Por qué? —insistió ella.

—Hice una promesa —le dijo—. Le prometí a Darrigan que te pondría a salvo y protegería el anillo. Ya ha hecho lo primero, y ahora debo ocuparme de lo otro.

—No le debes nada a Darrigan —bajó la voz. Un gesto de desaprobación tiró de la comisura de sus labios carnosos—. Ninguno de los dos le debemos nada más.

—Es probable —reconoció—. Pero ya te he explicado lo que puede hacer el anillo, ¿no? En manos indignas, podría tener efectos devastadores. No puedo permitir que eso suceda. No puedo permitir que la Orden, o cualquier otro que pueda hacer daño con la gema, lo obtenga.

Cela lo observó un instante; sus ojos, agudos por la intensidad de su mirada al considerar sus palabras. Luego dejó escapar un suspiro entrecortado que fue tanto de frustración como de comprensión.

—Entonces, iré contigo.

—No...

—Fui yo la que perdió el anillo, así que yo te ayudaré a encontrarlo.

—Esta no es tu guerra. —Jianyu sacudió la cabeza—. Te quedarás aquí, con tu familia, que es el lugar al que perteneces.

Ella lo miró exasperada.

—¿Has estado en esta casa conmigo? No *pertenezco* a este lugar.

Jianyu había visto y sentido la tensión entre ellos, pero...

—Son tu familia, tu *sangre*.

—Puede que sea la familia de mi madre, pero jamás fue realmente la mía, sin importar la sangre que tengamos. —Apretó la mandíbula con determinación—. Mis abuelos jamás aprobaron la elección de mi madre cuando decidió casarse con mi padre, por muchos motivos. Pero mayormente todo se reduce a que su piel era demasiado oscura. No importó que realizara un esfuerzo titánico para darnos una buena vida: un tejado bajo el que guarecernos y todo lo necesario para mantenernos. Según ellos, era de clase baja, y cuando al nacer vieron que mi hermano y yo teníamos la piel oscura, también lo fuimos —añadió—. Nunca nos lo dijeron abiertamente, pero lo sabíamos.

Sus hombros parecieron hundirse bajo el peso de la confesión.

—La familia de mi madre nos aguantó solo por complacerla a ella, pero jamás fueron un puerto seguro, ni siquiera cuando vivía. Cuando murió de tisis hace algunos años, le echaron la culpa a mi padre, y ahora me culpan a mí por la muerte de Abel. Lo veo en sus ojos. Han oído rumores sobre cómo escapé de la casa, y quizá no lo digan directamente, pero sin duda alguna piensan que he tenido algo que ver con ello. Así que no, no *pertenezco* a este lugar. Si tú te marchas, iré contigo.

Jianyu comprendió la expresión de su rostro cuando alzó el mentón, desafiándolo a contradecirla. Era igual que la máscara que él mismo solía adoptar, la férrea armadura que servía de protección de la interminable amenaza de un mundo que no lo acogía. Pero porque podía reconocerla, también sabía lo que había debajo: las partes blandas y esenciales del alma, que también podían sufrir daños irreparables.

—Esta carga es mía —dijo frunciendo el ceño.

Ella soltó un largo suspiro y por un instante pudo ver su fragilidad.

—En eso te equivocas. Cuando aparecieron en mi casa y mataron a mi hermano, también se convirtió en la mía.

—Pero...

Ella lo interrumpió.

—Dime, ¿tienes un plan para encontrar a Evelyn? —Hizo una pausa esperando su respuesta, y cuando no respondió, sacudió la cabeza—. ¿Qué vas a hacer? ¿Deambular por todas partes hasta que te encuentres con ella? Es una ciudad grande. Por lo menos, sé dónde vive.

PLANES ARRUINADOS

1902, Nueva York

Nada había salido como Logan Sullivan había anticipado. Cuando había abandonado el edificio del profesor Lachlan aquella mañana, no tenía ninguna intención de finalizar el día atado en el sótano oscuro y húmedo de un edificio ruinoso, custodiado por dos tipos que parecían haber empezado a afeitarse a los ocho años.

El pelirrojo era especialmente preocupante. No dejaba de frotarse los dedos, haciendo que las puntas lanzaran llamas, dirigiéndole miradas maliciosas a Logan durante todo el tiempo. Era como si solo estuviera esperando a que diera un paso en falso.

Lo cual no iba a suceder.

Quizá las cosas no hubieran salido tan bien. Quizá el profesor Lachlan se había equivocado con respecto a lo fácil que sería... respecto de que su yo más joven se daría cuenta *sin duda* de que todo lo que Logan decía era verdad. Habría sido mucho más fácil si aquellos matones no lo hubieran atrapado antes y, decididamente, mucho mejor si Estrella no se hubiera largado con el paquete que el profesor Lachlan le había confiado a Logan para que lo entregara; el Libro y las gemas habrían contribuido mucho a limar las asperezas.

De todas formas, había conservado la libreta, se recordó Logan. Una vez que el profesor leyera acerca de sí mismo, sabría que estaba diciendo la verdad. Sabría exactamente lo útil que había sido para su ser futuro, y terminaría por creerle. Quizá incluso lo ayudaría a regresar a su propio tiempo. Aunque Logan tenía el mal presentimiento de que sin Estrella aquello iba a ser imposible.

Mierda.

El sonido de pisadas resonó en las escaleras que descendían abruptamente hacia el sótano, una cojera que Logan reconoció de inmediato. *Eso es.* Había estado en lo cierto desde el comienzo.

Logan le dirigió al pelirrojo, Firebug McGee, o como fuera que se llamara, una mirada de suficiencia. Era solo una cuestión de tiempo que todo quedara justificado.

Le seguía impresionando ver lo joven que era el profesor allí, en aquella época. No podía tener más de quince años, casi la edad que el propio Logan tenía cuando había recibido el billete y la invitación para viajar a través del océano y empezar una nueva vida. Su tío, un esgrimista de poca monta de objetos robados, había sido uno de los contactos del profesor en Inglaterra, y no le había dado a Logan opción en el asunto. Para el Logan de trece años, había sido demasiado bueno para ser cierto: poder huir de la amenaza constante de los puños de su tío, y conseguir que el profesor le pagara una cantidad de dinero suficiente a su madre como para que pudiera tener una casa en el campo, como siempre había deseado. Y si el precio de todo aquello era tener que vivir tras el Umbral o soportar el quebradero de cabeza que era viajar a través del tiempo con la arrogante de Estrella, había merecido la pena por la vida tan comfortable que había tenido y el respeto con el que siempre lo había tratado el profesor.

Pero aquel muchacho no era aún el hombre que el profesor llegaría a ser. Su rostro más joven ni siquiera tenía una sombra de vello, y los ojos tras sus gafas de montura dorada, si bien familiares, se encontraban libres de las nublosas cataratas que lo acecharían en el futuro. De todas formas, tenía la misma sagacidad asombrosa en la mirada, ese destello de inteligencia que le indicó a Logan desde el momento en que lo conoció que no se podía jugar con el anciano.

Estará bien.

—Déjanos solos. —El chico que algún día sería el profesor llegó hasta el final de las escaleras y se detuvo delante de Logan, mirándolo con una expresión familiar.

—¿Estás seguro, Nibs? —preguntó el pelirrojo, chasqueando el fuego entre los dedos mientras observaba a Logan con inquietud—. Puedo quedarme, por si acaso.

El profesor se giró hacia el pelirrojo.

—¿Crees que no puedo arreglármelas? —preguntó, su voz rezumando ácido.

El fuego sobre las puntas de los dedos del muchacho se extinguió.

—Solo creí...

—Tendríamos muchos más problemas si dependiera de ti para pensar, Mooch. Pero no es así. Dependo de ti para hacer lo que pido cuando lo pido. Y te estoy pidiendo que me dejes con nuestro prisionero. Yo mismo lidiaré con él.

—Claro, Nibs. Lo siento. —Mooch le lanzó otra mirada amenazante a Logan, pero se dirigió escaleras arriba, dejándolo con la versión más joven de su amigo y mentor.

—Entonces —dijo Logan tras una pausa larga e incómoda. No sabía por dónde empezar. El hombre en el que se convertiría aquel chico había sido como un padre para él. Lo había acogido bajo su ala y le había enseñado todo lo que sabía, pero el chico que tenía delante era un desconocido—. ¿Te llaman Nibs?

—Solo aquellos que no conocen otra cosa. —Las fosas nasales del profesor se dilataron ligeramente, tal como sucedía cada vez que Logan o Estrella hacían algo que lo cabreaba. Resultaba inquietante ver el gesto en el rostro de aquel muchacho más joven—. Puedes llamarme James, dado que supongo que nos conocemos.

—Entonces, has leído la libreta —señaló Logan, aún demasiado nervioso para sentir alivio.

—Sí. —El profesor... James... se apoyó sobre su bastón con empuñadura plateada—. Resulta bastante extraordinario el objeto que me has traído. En realidad, demasiado fantástico para ser real.

—¿No lo crees? —preguntó Logan. Sintió un hormigueo de inquietud en la nuca. *Tiene que creer.* De otro modo, estaba perdido.

—No creo en nada sin tener pruebas —dijo James, empujando sus gafas hacia arriba—. ¿Has mencionado la Lágrima de Delphi?

—Está aquí, en la ciudad —le dijo Logan. Aparentemente, la libreta no le había proporcionado la información sobre el paquete con las otras gemas. Probablemente, algo bueno.

—¿Cómo lo sabes?

—Es lo que hago —dijo Logan, y cuando James estrechó los ojos, amplió su explicación—. Me refiero a que puedo encontrar objetos. O, supongo que debo decir que puedo encontrar objetos imbuidos de magia. También puedo hallar otras cosas —añadió rápidamente cuando James lo miró frunciendo el ceño—, pero tengo más certeza cuando hay algún tipo de poder involucrado.

—¿Y el resto de los artefactos? ¿Las gemas y el Libro?

Logan sintió que su pecho se comprimía.

—¿El resto? —preguntó, evasivo.

—Se supone que debías entregármelos, según la libreta. Según lo que dice entre las páginas de esa libreta que me has traído, deberías tener un paquete para mí. Si no lo tienes...

—Lo tenía —suplicó Logan—. Juro que lo tenía.

—Pero ahora no —dijo James, pareciéndose más que nunca al profesor decepcionado que Logan conocía.

—Estrella se los llevó —explicó—. Sabe lo mal que me encuentro justo después de deslizarnos a través del tiempo, y se aprovechó de ello.

—¿Estrella? —James se quedó muy quieto. Cuando volvió a hablar, su voz era urgente—. *Ella* tiene el Libro y los artefactos. ¿Estás seguro de eso?

Logan asintió.

—Me dejó aquí sin ellos, y luego esos matones me encontraron antes de que pudiera llegar hasta ti.

—Los chicos de Kelly —murmuró James, pero no miraba a Logan. Miraba fijamente el oscuro rincón del sótano, sin duda pensando en algo. Luego, de repente, pareció llegar a una conclusión—. Es una historia interesante.

—Es la *verdad*.

—Eso es lo que tú dices. Y me inclino a creerte, pero no tengo manera de darlo por cierto. Podrías haber usado el Libro para engañarme.

—Pero no lo he hecho —dijo Logan, volviendo a sentir el hormigueo a causa del pánico—. Tienes que creerme.

—En realidad, no te creo. Lo cual presenta un problema... al menos, para ti. —Cambió la posición de sus manos sobre la empuñadura del bastón, un movimiento que resultó tan amenazante como sus palabras.

—Déjame probártelo —suplicó Logan.

—¿Cómo? —preguntó James—. ¿Qué prueba podrías ofrecerme?

—Déjame encontrar la Lágrima de Delphi... el anillo. Está cerca. Lo sé con certeza. Lo encontraré y te lo daré, y luego sabrás que no estoy ocultando nada.

La expresión del chico no mostró ni el menor signo de interés.

—¿Estás seguro de que sabes dónde está?

—No exactamente —dijo Logan—. Pero podría llevarte hasta él.

James consideró el ofrecimiento.

—¡Mooch! —gritó, un bramido más fuerte de lo que Logan habría esperado de un chico con una complexión tan pequeña.

—¿Sí, Nibs? —El pelirrojo apareció en la parte alta de las escaleras con una velocidad que le indicó a Logan que había estado esperando.

—Trae a Jacob y Werner y venid aquí abajo.

No era la reacción que deseaba Logan. Mientras James observaba las escaleras, expectante, comprobó la tensión de las cuerdas que sujetaban sus manos. Si conseguía aflojarlas, quizá podría retorcerlas para liberarse. Pero las cuerdas estaban tan tensas como cuando Mooch las había atado, y antes de que pudiera hacer nada, los tres muchachos fornidos ya habían descendido por las escaleras y aguardaban órdenes.

—¿Querías que te ayudáramos? —preguntó el de cabello color arena. Logan jadeó al sentir una presión en el pecho que lo ahogaba.

—Aún no, Werner —dijo James, mirando a Logan—. Lo necesitamos vivo... por ahora.

ENTRADA FORZADA

1902, Nueva York

Cuando finalmente llegaron al edificio, Jianyu levantó la mirada y vio que las ventanas del apartamento donde Cela decía que vivía Evelyn no mostraban ningún atisbo de luz. Se preguntó entonces, no por primera vez, si el sendero que había tomado era el correcto. De niño, nunca habría llegado a pensar que se convertiría en ladrón. Y en aquel momento, por las decisiones que había tomado, se encontraba sin patria ni hogar, lejos de su familia, en una situación que se escapaba de su control y que nunca habría imaginado. Por un momento contempló el cielo oscuro que había sobre él, el arco de estrellas que formaban las mismas constelaciones de su juventud.

Encontró las estrellas del Vaquero y la Tejedora, como solía hacer en noches claras. En el relato, habían sido alejadas una de otra, separadas por el torrente de los cielos, el Río de Plata, así como un continente y un océano separaban a Jianyu del hogar de su niñez. Pero en su caso, eran las decisiones personales las que lo habían alejado de su hogar, y no habría urracas que lo llevaran de regreso por arte de magia para él. E incluso si las hubiera, no podría ir; no sin la coleta obligatoria que imponía la ley manchú.

El futuro resultaba desconocido. Lo cierto era que en aquel momento su camino estaba allí, en aquellas tierras, pero ¿qué podía hacer con él? ¿A dónde podía ir o en qué podía convertirse si no estuviera limitado por el Umbral, justo cuando no podía regresar a su tierra? Y si el Umbral estaba destinado a permanecer, ¿cómo elegiría vivir en el mundo en el que se encontraba?

Pero las preguntas eran prematuras. No había futuro posible si la gema caía en las manos equivocadas. Así que tomaría la decisión de convertirse en un bandido —un ladrón— una vez más, para darse la oportunidad de tener un futuro diferente.

—¿Estás segura de que vive aquí? —preguntó.

Cela asintió.

—Tuve que preparar su guardarropa hace unos meses cuando estaba demasiado ocupada o le daba demasiada pereza venir cuando el teatro estaba oscuro. Deberíamos tener suficiente tiempo.

—¿Deberíamos? —preguntó Jianyu, volviéndose hacia ella mientras el pánico trepaba por su columna. No podía obtener la gema y mantener a Cela a salvo—. Tú no vienes —dijo con un tono más sucinto y seco de lo que pretendía.

—Ni lo sueñes...

—Te necesito *aquí* —le dijo, intentando calmarla antes de que perdiera los estribos. No era un buen momento para discutir—. Para que vigiles si hay complicaciones.

—¿Y qué se supone que debo hacer si surge alguna? —preguntó Cela no demasiado convencida.

—Avisarme. —Antes de que pudiera seguir discutiendo, Jianyu añadió—: ¿Puedes hacer algún tipo de canto de ave? La ventana está abierta. —Señaló hacia la cortina que revoloteaba en la ventana.

Sabía que estaba enfadada, pero no podía retrasarse más. Antes de que pudiera detenerlo, había abierto los filamentos de luz, curvándolos a su alrededor, y echado a andar hacia el edificio.

Fue sencillo encontrar el apartamento de Evelyn, pero cuando abrió la puerta para entrar, el lugar no era lo que Jianyu esperaba. La mujer en sí era como el martín pescador, llamativa por la

forma en la que vestía y por los adornos que usaba, pero las habitaciones de su casa eran frías y apenas estaban amuebladas. Había pilas de ropa amontonada por todas partes. Era el tipo de lugar al que una persona iba para recuperarse de los efectos de haber bebido demasiado Nitewein o porque no le quedaba otra opción... No porque guardara algún parecido con un hogar. Jianyu casi sintió pena por el hecho de que tuviera que vivir en un lugar así, pero luego se recordó a sí mismo que sus acciones no merecían compasión alguna. Evelyn había tomado sus propias decisiones, y en aquel momento ellos estaban sufriendo las consecuencias de sus actos.

La luz de la luna que entraba por la ventana era suficiente como para que pudiera recorrer el apartamento con bastante facilidad, buscando en cajas y bajo las camas. Trabajó metódicamente, levantando medias de seda y volviendo a dejarlas lo más cuidadosamente posible para que no pudiera notar que había estado allí. Era mejor no alertarla.

Se estaba buscando entre los montones de ropa que había sobre su cama cuando oyó el sonido de un búho.

No un búho, advirtió cuando el sonido le llegó por segunda vez... y luego una tercera. *Cela*.

Colocando de nuevo la ropa tal y como la había encontrado, Jianyu iba ya de camino hacia la puerta cuando oyó el chasquido de la cerradura que se abría. No había ningún lugar en el que pudiera esconderse, así que extrajo los discos de bronce del bolsillo y los usó para abrir los tenues rayos de luna y plegarlos a su alrededor. Sin duda, Evelyn sería capaz de sentirlo, pero si se aligeraba, no podría atraparlo.

Situándose junto a la puerta, aguardó. Pero la persona que cruzó a través de ella no era Evelyn después de todo.

1904, St. Louis

La excitación del desfile había funcionado, había atraído a la gente hacia el amplio bulevar y dejado casi vacías las calles serpenteantes de El Cairo. Harte siguió a Estrella mientras se abrían paso a través de los diferentes bazares que vendían baratijas, pasando por delante del restaurante que perfumaba el aire con el fuerte aroma a especias y carnes asadas. El estómago le hizo ruido al pasar, pero mantuvo la concentración en la parte posterior de los hombros estrechos de Estrella y en el constante zumbido de energía que provenía del poder que albergaba.

Al llegar a la réplica del templo egipcio que alojaba el paseo en barco, el poder en su interior estuvo a punto de hacer que tropezara, revelando su presencia. Aquella atracción en particular tenía algo que perturbaba a la voz. Pero solo había un modo de entrar y salir del recinto que contenía el collar, y era a través del río Nilo. Hizo lo posible por ignorar el poder mientras le daba unas monedas extra al asistente para conseguir un barco privado, y luego embarcó detrás de Estrella.

Un instante después, su barquero se apartó con un empujón del muelle, y se internaron en la oscuridad del primer túnel. El mundo de la feria quedó atrás, y solo podía oírse el suave chapoteo del remo contra el agua y la rancia humedad del canal. Harte no necesitaba ver a Estrella para saber exactamente dónde estaba en la oscuridad. Incluso con el hedor del agua, la percibía junto a él. Desde que había adoptado aquella ridícula estrategia de vestir como un chico, había dejado de usar el suave jabón floral que empleaba antes. En cambio, usaba algo sencillo y limpio, y cuando aquel aroma le llegó en la oscuridad, su imagen aquella mañana, húmeda y limpia tras el baño, apareció ante él.

Fue un error... El poder vibró contra la cáscara de quien era, acechando la delicada barrera. Harte conocía íntimamente aquel límite, porque a menudo él mismo lo había franqueado cada vez que permitía que su afinidad penetrara en una persona para leer sus pensamientos o influir en su comportamiento. El hecho de que los suyos se vieran amenazados era un recordatorio incómodo de hasta qué punto podía ser peligrosa su afinidad.

El barquero recitaba su monótono guion, pero él apenas podía prestarle atención. Estaba completamente concentrado en impedir que el poder en su interior estallara. Atravesaron escenas que representaban la vida del antiguo Egipto... el edificio de las pirámides y las inundaciones del Nilo, con la consiguiente cosecha. Oyó vagamente los nombres de dioses y diosas, pero a medida que el barco avanzaba, el poder se volvía cada vez más fuerte, y era más y más difícil retenerlo.

Estrella estaba sentada junto a él, con la espalda erguida y atenta a lo que tenía por delante, probablemente, preparándose para lo que tenían que hacer; pero Harte apenas podía enfocar la mirada. Tenía las manos sudorosas, la cabeza le daba vueltas y su visión parecía difuminarse por los bordes mientras la voz resonaba en sus oídos, gritando palabras que no comprendía en un lenguaje desconocido.

Cuando se acercaban al final del paseo, la voz se silenció y el poder quedó inmóvil; desapareció y dejó atrás un vacío hueco. Jadeando, Harte se obligó a respirar hondo para calmarse. Ya casi habían llegado. Dos salas más y desembarcarían para echar a andar por el

llamado Sendero de la Rectitud hacia el Templo de Khorassan, donde aguardaba la Estrella de Djinni. Pero en cuanto el barco empezó a acceder a la sala de pergaminos y rollos, el poder volvió a encrespase.

Si Harte pensaba que era lo suficientemente fuerte como para controlarlo, al cruzar aquella sala se dio cuenta de lo equivocado que había estado. *Muy equivocado*. Todo lo que había experimentado antes no era nada sino una sombra de su potencia real. Había estado ocultándose, quizá esperando aquel momento.

El barco, el falso Nilo y la sala de rollos lo trasladaron a una época diferente, a otro lugar. Los muros se curvaban hacia un techo de color dorado, y en el centro de la sala había una mesa que parecía un altar sobre la que descansaba un libro. Una mujer se alzaba por encima; su cabello peinado en forma de espiral colgaba alrededor de su rostro anguloso. Sus ojos pintados con kohl estaban fijos en el pergamino que tenía delante, e incluso el aire parecía estremecerse por la urgencia que sentía. Había magia, tibia, densa y más fuerte de lo que Harte hubiera sentido jamás.

La boca de la mujer formaba palabras que no podía escuchar, pero comprendía lo que significaban porque podía sentir su poder vibrando a través del aire, rozándolo con una amenaza inconfundible. Le recordó lo que había sentido cuando Estrella lo había arrastrado a través del tiempo: una sensación terrible, peligrosa y *dañina*. Como si el mundo estuviera derrumbándose y colapsando a la vez. Observó aterrado mientras la mujer cogía un cuchillo y abría la punta de su dedo con un tajo, haciendo que la sangre oscura escurriera dentro de un pequeño cáliz.

Levantó un junco y lo hundió en el cáliz, mezclándolo antes de colocarlo junto al pergamino. Con cada golpe, la energía del aire aumentaba, encrespándose con una furia imposible. Arrebatada. Enloquecida. Pura. Su rostro era una máscara de concentración; sus ojos, bordeados de negro, tensos, y su mandíbula, apretada, en lo que el poder en el aire empezaba a agitar el cabello que enmarcaba su rostro. Dio otro golpe con el junco y luego otro, hasta que finalmente, con la mano temblorosa, concluyó.

La mujer alzó la vista hacia él como si pudiera ver la esencia en sí misma de quién era: cada error que había cometido; cada pesar que soportaba día tras día; cada temor; cada anhelo. Traspasándolo con la mirada, los vio todos.

Y luego, sin advertencia alguna, soltó el junco y gritó como si la estuvieran despedazando. El poder que se arremolinaba en la sala creció hasta que solo hubo un rugido furioso que parecía subir burbujeando desde el núcleo en sí mismo de su ser. Como si él se hubiera convertido en ella.

Al dar el golpe final, los gritos provenían de lo más profundo de la mujer y también de fuera de ella. El mundo rugía su advertencia, pero ella no podía escuchar. No quería escuchar. Terminaría lo que había empezado, incluso mientras sentía que se desintegraba: un sacrificio y una ofrenda al poder que se encontraba en el núcleo de toda la magia.

Una ofrenda que la transformaría en algo mucho más poderoso.

Incluso mientras sentía que la propia esencia de quién era y de qué era se hacía añicos, incluso mientras sentía que los espacios en su interior aumentaban de tamaño y se astillaban, volvió a gritar, sujetándose a la mesa justo en el momento en el que la invadía el poder del hechizo... su creación más importante y terrible.

Él iba hacia allí. Pero no tenía importancia. Llegaba tarde.

Demasiado tarde para detenerla.

Demasiado tarde para hacerse con el poder que contenían el pergamino y la tinta, que ella misma había creado con pieles y sangre. Él había intentado robar aquella magia y apropiársela, había intentado distribuirla para obtener favores y poder, dársela a quienes no

tenían ningún derecho a tocarla.

Él iba hacia allí, y ella lo destruiría. Arrancaría las mimísimas estrellas del cielo si tenía que hacerlo, pero él no vencería.

Traidor. Ladrón. Aquella noche moriría, y su obra maestra estaría a salvo.

Pero antes... Levantó una de las gemas pulidas sobre el altar que tenía delante... un lapislázuli... y dirigió su magia, empujando una parte de sí misma dentro de la gema. Y luego levantó otra... malaquita... y otra, desintegrándose para convertirse en algo más.

Levantó la última de las cinco gemas y sintió que se fragmentaba de nuevo, dividiéndose y quebrándose por un objetivo superior. A medida que las gemas empezaban a brillar, el dolor que había sentido... el horror de colapsar... cesó repentinamente. Se desplomó hacia delante, atrapando la mesa que tenía delante.

No había tiempo para descansar. Se movió con rapidez sobre sus piernas temblorosas mientras colocaba las gemas sobre el suelo alrededor de la mesa. Una por una, las ubicó alrededor del contorno de un círculo perfecto que había sido trazado, parejo y proporcionado, para encerrar la mesa que contenía el Libro.

Oyó el sonido de pisadas que se acercaban y se giró. Alguien aguardaba entre las sombras.

Un hombre. Un rostro invisible.

—Toth—dijo, su visión roja a causa de la ira.

El hombre salió de la oscuridad adentrándose en la luz. Tenía la cabeza descubierta, la piel del cuero cabelludo morena, afeitada por completo.

—Sabía que vendrías—dijo con un tono crispado y acusatorio.

—Ah, Seshat... —Sacudió la cabeza con tristeza—. Por supuesto que he venido. He venido para impedir que cometas un error terrible.

Ella hizo una mueca de desprecio.

—¿Crees que puedes hacerlo? No eres más que un hombre.

—Ahora todos me llaman dios—respondió con una suave sonrisa.

—No tardarán en ver su error de juicio—dijo, rodeando la mesa para quedar entre el altar y el hombre.

—No puedes destruir las páginas que has creado, Seshat. Estarías condenándonos.

Los ojos de ella brillaban expectantes. El temor, si lo hubo al principio, había desaparecido.

—¿Quién ha dicho que quiero destruirlas?

El aire, caliente y seco por el día árido y desértico, empezó a moverse, arremolinándose alrededor del altar, y las gemas empezaron a brillar.

—Detente—ordenó Toth.

Pero ella no escuchó. Las gemas se habían convertido en puntos luminosos, como estrellas caídas al suelo, y entre ellas, los hilos del ser... las partes del mundo que mantenían el caos a raya... empezaron a resplandecer con colores extraños y misteriosos.

—Has intentado llevarte lo que no era tuyo—dijo ella, soltando una carcajada aguda y grotesca. Parecía una maniática desquiciada, incluso a sus propios oídos. Histérica de júbilo, caminó hacia él—. ¿Pensabas que podías ejercer el poder, tú, que no naciste para él? Jamás volverás a tocar el corazón de la magia. Y tus seguidores te traicionarán. Te harán pedazos. Y yo bailaré sobre tus huesos mientras se secan al sol.

El hombre, que había estado mirándola horrorizado, se abalanzó sobre ella, con el rostro contorsionado por la ira.

No estaba lista para su ataque. Le lanzó un zarpazo, clavándole las uñas y dejando rastros

rojos sobre su rostro, pero él era más fuerte, y al final ella cayó hacia atrás, atravesando el remolino de colores y los hilos brillantes que formaban la línea fronteriza que rodeaba el altar, gritando al caer.

—Perra demoníaca —dijo Toth lleno de desprecio mientras se enjugaba la sangre que chorreaba por su mejilla. La miró con asco y luego caminó hacia ella, acercándose al perímetro de aire resplandeciente, pero sin acercarse lo suficiente como para tocarlo.

Dentro del círculo, los ojos de la mujer estaban desorbitados por el pánico. Estaba atrapada, tal como había querido atrapar los secretos de la magia.

—¿Qué has hecho?

—He usado tu propia maldad en contra tuya —dijo—. ¿Pensabas que podrías tomar para ti todo el poder que contiene el libro? —Sacudió la cabeza mientras desenvainaba el sable que llevaba en la espalda, cuya hoja se curvaba como una guadaña.

Dentro del círculo, Seshat aullaba y rugía como el demonio que él había insinuado que era.

—Conoces mi arma, Seshat, ¿verdad? Un cuchillo fabricado con las estrellas. Con hierro caído del cielo. —Caminó hacia la primera de las gemas y levantó la hoja—. Capaz de cercenar cualquier cosa.

—No —chilló ella, atravesando las salas con su voz.

Pero no había nada que pudiera hacer. Toth bajó el filo de la espada y la gema se partió en dos. Sus mitades separadas se oscurecieron. Como respuesta, Seshat soltó un lamento lacerante que contenía todo el dolor y el temor que sentía.

Toth caminó hacia la segunda gema.

—Ya no podrás causar más problemas —le dijo, volviendo a bajar la hoja de su espada—. Ya no podrás acumular poder para ti —continuó, destruyendo la tercera gema.

Para entonces, Seshat se había desplomado sobre el suelo e intentaba arrastrarse hacia el altar donde aguardaba el libro. Cuando alzó la mirada, empezó a verlo todo negro. La oscuridad parecía estar consumiéndola, consumiendo el mundo.

Toth caminó hacia la cuarta gema, y cuando la destruyó, la columna de Seshat se arqueó y cayó hacia atrás sobre el suelo. En aquel momento la oscuridad salía como un torrente por su boca, llenando la sala junto con sus aullidos. Pero se volvió a levantar y miró a Toth; la oscuridad en sus ojos era algo vivo.

—No hay ningún lugar donde puedas ocultarte de mí —le dijo—. Te encontraré y despedazaré el mundo para hacerte pagar por esto.

Cuando Toth hundió la hoja en la quinta y última gema, Seshat chilló una última vez, y la oscuridad terminó de brotar de su interior hasta que ya no quedó nada. Ni cuerpo. Ni sangre. Ni huesos. Solo el eco vacío de sus gritos.

LA PERDICIÓN

1904, St. Louis

Aun cuando volvió en sí, Harte seguía sintiendo que se desintegraba. Lo acechaba el recuerdo de la mujer deshaciéndose hasta desaparecer; aún sentía su pánico, el temor y la frustración por haberse visto vencida. Por verse *destruida*. Súbitamente comprendió y sintió su anhelo y su furia. Una eternidad, atrapada dentro de las páginas del Libro, aguardando y planeando mientras su ira crecía.

El poder que albergaba en su interior tenía un nombre.

Seshat. Un demonio dispuesto a destruir el mundo para cobrarse su venganza.

Había vivido, recorrido distancias y pretendido apropiarse de la magia. Había intentado evitar que el mundo la usurpara. La habían detenido. La habían destruido... salvo que no lo habían logrado en realidad. Una parte de ella seguía viviendo en la propia esencia de las palabras que había escrito con su propia sangre. Aquella parte de ella, la única que quedaba después de que el resto fuera destruido con las gemas, había aguardado entre las páginas del Libro, débil, destrozada y furiosa, *muy furiosa*. Pero en aquel momento sentía que estaba listo... *ella* estaba lista... para renacer. Para aniquilar el mundo y cobrarse su venganza.

Harte se sacudía por el dolor residual y temblaba por la furia que bullía en su interior. Incluso mientras emergía de la visión, las sombras de una época diferente seguían suspendidas a su alrededor, una bruma a través de la cual yacía su propio mundo. Sintió el golpe sordo de una mano sobre su mejilla, y las sombras empezaron a desvanecerse hasta que solo quedó la realidad delante de él.

—¿Qué diablos, Harte? —preguntó Estrella, y aunque su voz sonaba furiosa, él era vagamente consciente de que había una emoción completamente diferente en sus ojos de color whisky. *Temor*.

No quería que tuviera miedo. Sin pensar, alzó la cabeza y presionó sus labios contra los suyos, pero ella no le devolvió el beso. En cambio, se apartó bruscamente, con una mirada de terror absoluto. Su movimiento provocó el balanceo del suelo.

No el suelo...

Seguían en el barco, en el falso Nilo, en el corazón del falso Cairo, y se suponía que debían robar un collar. Por detrás pudo oír al barquero emitir un sonido de espanto y desaprobación. *Estrella seguía vestida como un chico*.

—Tenemos que descender —susurró ella a través de sus dientes apretados—. *Ahora*. Antes de que llame a alguien.

Harte no estaba seguro de poder ponerse en pie, pero la verdad era que no tenía otra opción. Valiéndose de la barandilla para no perder el equilibrio al desembarcar, se obligó a mover las piernas, incluso mientras un dolor sordo le martilleaba la cabeza y su visión seguía difuminándose por los bordes.

—Tenemos que dar esto por terminado —le dijo a Estrella mientras se unían al resto de los pasajeros que se dirigían en masa hacia la salida. Las piernas le temblaban al echarse a andar por el sendero plateado hacia la sala.

—Es demasiado tarde para eso. Y estamos demasiado cerca —siseó—. Por cierto, ¿qué te ha pasado?

—Creo que se trata más de un quién que de un qué —dijo, recordando el calor, el dolor y la sensación de estallar en pedazos. *Y la traición*. El dolor de todo ello seguía siendo tan real, tan palpable que lo había dejado aturdido.

Ella le lanzó una mirada de frustración.

—Me *explicarás* lo que ha pasado ahí atrás... siempre y cuando consigamos salir de aquí. Por ahora tranquilízate. Tienes el paquete, ¿verdad? —preguntó.

Harte le dio una palmadita a la chaqueta y sintió el último paquete de humo bajo su mano.

—Sí...

Se acercaban al final del sendero plateado, donde se comunicaba con la sala más grande. Lo único que debían hacer era encender aquel último paquete y valerse del humo como una forma de despejar la sala de gente y como tapadera para huir con el collar. No era sofisticado, pero sí factible.

Pero algo no iba bien. A diferencia de los días anteriores, cuando había hasta cinco o seis hileras de personas delante del collar, la sala se encontraba vacía a excepción del puñado de pasajeros que habían desembarcado con ellos. Había tan poca gente que podían ver perfectamente la vitrina en la que se alojaba la Estrella de Djinni.

—No... —La voz de Estrella llegó hasta él en cuanto pudo verlo—. No puede haber desaparecido —dijo, acercándose a la vitrina claramente vacía en el centro de la sala.

El poder que Harte albergaba en su interior se sacudió. Por un instante sintió que el mundo entero seguía girando, muy lejos de ella, y él quedaba atrapado sin poder alcanzarlo. El collar había desaparecido.

—No puede ser... —empezó a decir, pero en el fondo de la sala, un par de Guardias de Jefferson los observaban. El resto de la gente siguió atravesando la sala porque no había nada para ver o llamar su atención, así que los vigías habían advertido la vacilación de Estrella y Harte. Pero ya era demasiado tarde. Los Guardias intercambiaron miradas, y uno de ellos se llevó la mano al medallón dorado que tenía sujeto a la solapa.

—Es una trampa —susurró Harte; el tono de su voz fue suficiente para que ella abriera bien los ojos y comprendiera lo que quería decir—. Vamos.

Corrieron hacia la salida, pero los Guardias ya habían empezado a desplazarse. Más adelante, la puerta que conducía al Pike era una señal luminosa que los alentaba a seguir, pero incluso al acercarse, Harte oyó el chirrido metálico de la reja empezando a cerrarse. La salida estaba a solo unos metros de distancia, pero jamás llegarían. Los barrotes ya habían empezado a descender sobre la puerta, y pudo sentir la gélida advertencia de la magia corrupta, un poder demasiado parecido al Umbral.

Cuando advirtió que quedarían atrapados, el poder se revolvió en su interior, y Harte tropezó por la intensidad de su furia. Pero Estrella lo atrapó antes de que cayera. De pronto, la sala se silenció y los barrotes se detuvieron. Se volvió hacia ella y notó la concentración de su rostro. A su alrededor el polvo se arremolinaba en el aire y la luz entraba oblicuamente desde el Pike, convocándolos, instándolos a correr. Más rápido. El poder en su interior, Seshat, rugió triunfal y se impulsó a la superficie, intentando derribar las defensas que Harte había erigido entre ella y el mundo, y que ya se encontraban debilitadas.

En un instante vio lo que ella vio, comprendió lo que ella comprendió... El terrible poder que palpitaba en el corazón de la magia, la amenaza del caos adueñándose del mundo.

La magia vivía en los espacios que había entre todas las cosas, pero si alguna vez conseguía escapar, destruiría las propias ligaduras que mantenían al mundo unido. En aquel instante pudo

verlo: el oscuro vacío que vivía en los espacios... el mismo vacío que había visto en los ojos de la mujer cuando era consumida... El vacío que habían exudado los ojos de *Estrella* como una horrible pesadilla de lo que vendría. Se extendió y creció, destruyendo las partes del mundo. No era solo destrucción; era *perdición*.

En aquel momento su conocimiento se había vuelto penetrante, vívido y *muy* real. Si Seshat sometía a Estrella, si usaba su poder, podría destruir el mundo. Harte podía verlo... el mundo disolviéndose hasta desaparecer... pero aquella claridad no duró demasiado. En cuanto se deslizaron a través de las vallas, Estrella le soltó la mano y el mundo se puso nuevamente en marcha.

Fuera de la Exposición, quedaron cegados por el brillo del sol, y el Pike era un caos, tal como habían planeado. Pero los Guardias del interior de la Exposición les pisaban los talones. Incluso antes de que los dos hombres pudieran salir del edificio, había otros que llegaban, abriéndose paso a empujones a través de la multitud para apresurarse hacia El Cairo. A Harte le seguía martilleando la cabeza y sentía las piernas como si fueran a ceder en cualquier momento, pero cogió la mano de Estrella, sin importarle lo que pudiera parecer, tirando de ella mientras avanzaba.

El poder que tenía dentro se abalanzó hacia ella, pero no se molestó en apartarlo. Todas sus fuerzas se concentraron en conseguir que Estrella atravesara la multitud desesperada y lograr escapar de la Guardia. Halló un pasadizo que conducía de regreso al resto de la Exposición, tal como habían planeado, y apenas se liberaron de la confusión del Pike, echaron a correr.

DESCUBIERTO

1902, Nueva York

Jianyu retrocedió todo cuanto pudo contra el rincón mientras observaba al desconocido entrar en el apartamento. Era un hombre joven —alto, aunque, en realidad, se trataba más bien de un muchacho— con el cabello rubio y una expresión de preocupación en el rostro. Cerró la puerta tras él con suavidad, y luego Jianyu pudo sentir que la magia llenaba el espacio, al rozarlo la reconoció tibia y familiar. El chico se dio la vuelta para mirar hacia el rincón con una expresión confundida.

Jianyu contuvo el aliento, seguro de que lo había descubierto cuando avanzó hacia donde se ocultaba. Los ojos del joven se estrecharon como agudizando la mirada para descubrir su escondite, y avanzó otro paso más hacia él, con la mano en alto.

Pero luego, repentinamente, el chico se giró hacia la sala oscura. Aguardó en silencio como esperando escuchar algo. Tras dirigirse a la ventana, se arrodilló junto a ella.

Jianyu consideró sus opciones: si se marchaba, la puerta se quedaría abierta y el joven sabría que alguien más había estado allí. Si se quedaba allí, podía ser igual de peligroso... El chico era claramente un mageus, y cuanto más concentrara su afinidad, más probable era que lo encontrara. De igual modo, se arriesgaba a que lo descubrieran y lo atraparán.

Luego el joven hizo algo que terminó definiendo lo que haría: el chico empezó a tirar del alféizar de la ventana. Un momento después, la moldura de madera se aflojó y la colocó a un lado.

De nuevo Jianyu oyó al búho ululando fuera de la ventana.

Demasiado tarde.

Pero el muchacho ya estaba sacando algo de un hueco que había en el marco de la ventana... Un pequeño paquete envuelto en tela. Jianyu no necesitaba ver lo que había dentro para saber que era el anillo. Por algún motivo, podía sentir su energía colándose a través del aire, fría y caliente a la vez. Inexplicable y a la vez irresistible.

Logan. Con su claro cabello y la determinación con la que había encontrado el anillo, no podía ser nadie más. Por qué había venido era una pregunta que debía responderse, pero Jianyu la dejó a un lado por el momento y se concentró en la oportunidad que deparaba la presencia del muchacho. Aquello era más que una segunda oportunidad... el anillo y el muchacho juntos, justo en el mismo lugar. El chico había localizado el anillo, y Jianyu pensaba quitárselo en aquel mismísimo momento. Y luego, impediría que Logan causara más problemas.

Lentamente se acercó mientras el chico volvía a colocar en su lugar el trozo de madera que había desprendido. Con cuidado para no hacer ningún ruido, Jianyu se movió hacia él. Unos metros más y el anillo sería suyo.

Detrás de él la puerta se abrió, y la bombilla desnuda que pendía del techo se encendió con un parpadeo. Jianyu se dio la vuelta y vio que Evelyn estaba en la puerta, con la boca tan roja como su cabello y los ojos llenos de furia.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó con una sonrisa que parecía lo bastante afilada como para cortar a cualquiera.

Jianyu retrocedió para salir de su camino mientras ella avanzaba contoneándose hacia Logan; el muchacho parecía aún más joven e inexperto con la habitación encendida. Los ojos claros del

joven se abrieron de par en par cuando la vio, y se escondió el paquete que había encontrado en su espalda.

—Vamos, vamos —dijo suavemente—. ¿Qué tienes ahí, guapo?

Jianyu percibió la afinidad de Evelyn propagándose por la sala. Era una magia suave y atractiva que hizo que deseara acercarse y dejarse seducir. Advirtió que Logan sentía lo mismo cuando los ojos del muchacho se volvieron vidriosos. Extrajo el paquete y se lo mostró.

—Así está mejor, ¿verdad? —La boca de Evelyn se curvó hacia arriba mientras lo cogía de las manos del joven y lo desenvolvía. Luego deslizó el anillo en su dedo, y cuando lo hizo, Jianyu sintió que la afinidad de la mageus se expandía. Extendió la mano para acariciar la mejilla del joven, deslizándolo los dedos a través de su claro cabello. Él se apoyó contra su mano, como un gato ronroneando satisfecho, pero justo en el momento en que sus ojos se cerraron de satisfacción, ella cogió un puñado de su cabello y, sin advertencia alguna, hizo que se arrodillara en el suelo con violencia. Los ojos de Logan seguían desenfocados, sumisos, con la mirada perdida por la sala, el efecto de lo que fuera que Evelyn le hubiera hecho.

—Sal, sal, donde quiera que estés —gorjeó ella con su voz cantarina. Sus ojos brillaban de poder, y mostraba los dientes bajo sus labios color rubí—. Sé que no estás solo. Puedo *sentir* tu presencia.

Jianyu permaneció quieto, lanzando miradas hacia la puerta abierta mientras sentía que aumentaba la tibieza de su afinidad, y los círculos de energía se enroscaban alrededor de su mentón como dedos que lo acariciaban. Luchó por resistirse.

Podría huir, pero huir significaba abandonar el anillo y dejar a Logan a su merced. Supo que no podía hacer ninguna de las dos cosas.

—Hagámoslo fácil —dijo Evelyn a la habitación aparentemente vacía. Era evidente por la forma en la que sus ojos se deslizaban de un lado a otro sin posarse en él que aún no lo había encontrado—. Tú te muestras y yo dejo que este se vaya. O vete ahora, si quieres. Jamás obtendrás el anillo y conservaré a este apuesto joven como mascota. —Acarició la mejilla del muchacho con la mano libre, y luego la abofeteó con fuerza como para puntualizar sus palabras.

La magia de Evelyn saturó la habitación, poniendo a prueba la voluntad de Jianyu. Podía quedarse allí. Podía entregarse a Evelyn y...

No. Jianyu se sacudió mentalmente y envolvió su afinidad aún más fuerte a su alrededor, como una coraza, para resistir la arremetida de la mujer. Quizá aún pudiera conseguir el anillo. Si se movía con suficiente rapidez, podía ser suyo, pero no sería capaz de salvar al muchacho. No con la magia que flotaba en el aire y todavía lo seducía.

Dio un paso hacia ellos, pero no sabía si avanzaba hacia el anillo o hacia la llamada de Evelyn. De todas formas, no podía detenerse.

—Eso es —ronroneó Evelyn—. ¿Por qué molestarse en pelear?

SOLO UN VACÍO

1904, St. Louis

Incluso mientras corría, con una sensación de ardor en los pulmones y el corazón latiendo con fuerza, Estrella podía sentir el calor del poder del Libro deslizándose sobre su piel allí donde su mano sujetaba la de Harte. Era como si la estuviera poniendo a prueba, una presencia viperina que se arrastraba junto a su propio poder, tanteando con la lengua, buscando una debilidad en su armadura, una manera de entrar. Era mucho peor que en la estación de tren en Nueva Jersey. Más fuerte. Más peligrosa... y también, seductora, como nunca lo había sido.

Pero ella estaba demasiado agobiada por la terrible decepción de no haber obtenido la Estrella de Djinni como para sentirse realmente cautivada. El collar no se encontraba allí. *Había sido una trampa*. Lo cual significaba que alguien sabía que lo deseaban. Alguien sabía que iban a intentar robarlo. Y si la Guardia los detenía en aquel momento, quizá jamás volverían a tener otra oportunidad para encontrarlo.

Estrella se negaba a permitir que eso sucediera.

Juntos, ella y Harte pasaron corriendo por delante del pabellón de transporte, adentrándose aún más en la feria, donde los senderos eran más estrechos y el paisaje ofrecía más posibilidades de ocultarse. Esquivaron a un grupo de familias que observaban un espectáculo de títeres y luego zigzaguearon a través de un puñado de jóvenes que admiraban las muestras. Mientras tanto la Guardia ganaba terreno, pero cuando Estrella alcanzó a oír el ruido de los cascos, supo que no podrían huir de un caballo.

Harte echó un vistazo por encima del hombro.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo—. *Tú* tienes que sacarnos de aquí. Necesitamos tiempo.

Tenía razón, pero seguía recuperándose del momento en el que había recurrido a su afinidad para sacarlos de la sala. La oscuridad había sido tan inmediata, tan *fuerte*, cuando tensó el tiempo para evitar que la reja se cerrara.

—Yo lo he controlado —le dijo él como si comprendiera su vacilación—. Tú tienes que...

Dos jinetes se acercaban a ellos. Prácticamente podía sentir la velocidad atronadora de los caballos concentrada en cada casco a través de la tierra bajo sus pies, como si tuviera sus propios latidos. Doblaron en una curva y pasaron el reloj de flores que era del tamaño de un carruaje antes de dirigirse hacia una laguna más pequeña, pero los caballos estaban cada vez más cerca. Sus cascos retumbaban como truenos, y casi podía oler el sudor de la carne equina y de los hombres encolerizados.

—Ahora, Estrella... ¡Ahora!

Sin detenerse, apretó la mandíbula y encontró los espacios entre los segundos, dirigiendo su magia hacia ellos, tensándolos para que el ruido de la feria desapareciera. No se detuvieron siquiera cuando los pájaros en los árboles se silenciaron y las personas a su alrededor quedaron inmóviles, suspendidas en el momento. Miró por encima del hombro y vio a los caballos paralizados en una escena imposible, como las estatuas que se encontraban desperdigadas alrededor de toda la feria. Sus bocas estaban abiertas, estiradas con violencia hacia atrás por la embocadura entre sus dientes, y sus crines daban la sensación de ser como dedos intentando aferrar el aire. Y por encima de toda la escena, una oscuridad se filtraba en el mundo como un

rastro de tinta negra, salpicada sobre la página de la realidad, acechándolos.

Acechándola.

El poder que se deslizaba sobre su piel se calentó como un hierro candente, y la oscuridad avanzó, creciendo hasta borrarlo todo. Por un momento solo hubo oscuridad, solo un vacío, y al verlo... y *sentirlo*... retiró su mano de la de Harte. El mundo se puso en marcha súbitamente sin advertencia, y la oscuridad que había amenazado con destruirlo todo tan solo un segundo antes desapareció como una neblina dispersada por el sol.

—¿Estrella? —Harte se llevó la mano hacia atrás, pero levantó la mirada a algo que había detrás de ella, y por el temor de su expresión, ella tuvo de pronto un mal presentimiento.

Se dio la vuelta, esperando ver a la Guardia, pero en cambio vio una aberración. Un profundo abismo se había abierto en el suelo, como un enorme sumidero. Era como si el sendero por el que acababan de descender se hubiera partido en dos. Los caballos se detuvieron en seco ante el enorme desfiladero de la tierra, arrojando a sus jinetes al suelo.

Estrella soltó un sonido estrangulado y comenzó a detener el paso, pero Harte la cogió de la mano una vez más y tiró de ella hacia delante. Corrió a ciegas hasta que advirtió que se habían detenido porque habían llegado a la muralla que rodeaba la feria; allí aguardaba la salida que había dejado abierta más temprano. Su mente corría a toda velocidad con las implicancias de lo que acababa de suceder. Era el Libro... no había duda de ello. Cuando Harte la tocó, pudo sentirlo con la misma certeza con que sentía el calor de su piel. Pero ¿qué intentaba hacerle? ¿A su afinidad? El tren y el ascensor del hotel, y de pronto aquella enorme grieta, que *juntos*, habían creado de algún modo en la feria... Su afinidad funcionaba con el tiempo, no con las cosas inertes, entonces, ¿por qué el Libro tenía tal efecto?

Atravesó el portal dando tumbos, aturdida por la realidad de lo que había sucedido. Quizá por eso no pudo ver a las personas que aguardaban al otro lado hasta que ya era demasiado tarde. Harte pasó un momento después, y al verlos, sus ojos se encontraron con los de Estrella, y creyó ver aquel destello de los colores en ellos.

El joven con el que ya se había cruzado anteriormente salió de entre las sombras de una carreta que aguardaba y empujó su sombrero de ala ancha ligeramente hacia atrás mientras avanzaba hacia ellos. Tenía un revólver en una mano, y el chasquido del percutor se oyó tan claramente como el repique de una campana, incluso por encima del bullicio distante de la feria.

Juntos, Estrella y Harte alzaron las manos en señal de rendición. Si solo hubiera sido ella, podría haber ralentizado el tiempo y echado a correr, pero Harte y la cantidad de adversarios complicaba las cosas.

—Vaya, vaya... por fin nos conocemos —dijo el joven con una expresión autocomplaciente—. La Ladrona del Diablo en persona.

El joven lo sabía.

—¿Quién eres? —preguntó Estrella, alzando el mentón como si fuera ella la que estuviera acorralándolo y no al revés.

—Podéis pensar en nosotros como vuestros salvadores —dijo el joven, tocando el ala del sombrero—. Salvo que preferáis probar suerte con la Guardia.

Estrella intercambió una mirada silenciosa con Harte para ver qué hacían, pero él solo respondió sacudiendo levemente la cabeza.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Harte.

—¿Yo? Personalmente, nada en absoluto —respondió el joven—. Pero hay alguien que sí quiere conoceros, y soy yo el responsable de hacer que eso suceda. Podemos hacer esto por las buenas o

por las malas, pero como sea, va a suceder. Así que, ¿qué elegís?

—No nos estás dando muchas opciones —señaló Harte.

—Siempre se puede elegir —dijo el joven arrastrando las palabras—. Siempre hay que elegir un bando. Por el momento nosotros estamos eligiendo el vuestro. —Encogió los hombros—. Con la misma facilidad, podríamos no haberos elegido. Dadnos un motivo, y lo más seguro es que cambiemos de opinión.

Estrella le echó un vistazo a Harte, cuya expresión se había endurecido; el tono de su piel aún permanecía pálido por lo que fuera que hubiera sucedido en el Nilo. Detrás de ellos el ruido de la feria se acercaba cada vez más. Tenían que salir de allí. *Ahora*.

Cuando volvió a mirar al joven, enderezó la columna e inclinó la cabeza a un lado, haciendo gala de la confianza en sí misma.

—Supongo que nos vendría muy bien que nos llevaras, si es para lo que te estás ofreciendo.

—Eso pensaba. —La boca del joven se retorcó mientras bajaba el revólver y se echaba a un lado para abrir la parte trasera de la carreta. Mientras ella se acercaba para subir, él extendió un saco de arpillera vacío—. Estoy seguro de que sabréis entender que es necesario que tome ciertas precauciones.

—Pensaba que estabas de nuestro lado —dijo Harte desafiante—. No somos una amenaza para ti.

—Con el debido respeto, tengo un agujero en mi bolsillo de uno de vuestros dispositivos de humo que indica lo contrario —respondió—. Si no sois una amenaza, entonces debería teneros sin cuidado demostrarlo.

Estaban perdiendo el tiempo. Sin esperar la respuesta de Harte, Estrella cogió el saco de las manos del joven y miró a Harte con expresión decidida antes de colocarlo sobre su propia cabeza. Un instante después, le ataron las manos, y sintió que un par de manos sólidas la levantaba y arrojaba dentro de la carreta. No mucho después pudo oír a Harte aterrizando junto a ella... Emitió un pequeño gemido al quedarse sin aliento, y luego la puerta se cerró con fuerza.

La carreta se sacudió y se pusieron en marcha.

—¿Estás bien? —preguntó Harte; la capucha que llevaba encima de la cabeza amortiguaba su voz. Podía oírlo moviéndose, probablemente, girando las muñecas e intentando desatar las cuerdas como si aquella situación no fuera más que uno de sus trucos mágicos.

—Creo que sí —dijo, aliviada de que hubiera tomado la decisión de seguirla sin ofrecer resistencia.

—Me quitaré estas cuerdas en un segundo —comentó Harte mientras la carreta giraba en una curva dando tumbos—. No puedo imaginar lo que estabas pensando.

—Pensaba que necesitábamos una manera rápida de escapar, y ellos la estaban ofreciendo. Son Antistasi —añadió, como si no fuera dolorosamente evidente.

—Eso es obvio. Y sabían quién eras —respondió, su voz una combinación de frustración y petulancia.

—Lo sé. Me ha parecido que podíamos utilizar eso a nuestro favor —dijo, esperando estar en lo cierto.

—Sin duda, ellos sí te han utilizado a su favor —masculló él. Harte seguía forcejeando contra sus propias cuerdas—. Casi lo tengo...

De pronto se oyó el estallido y siseo de algo cercano.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Harte justo cuando ella empezaba a oler algo mohoso y dulce.

Estrella ni siquiera tuvo tiempo de responder antes de que todo se tornara oscuro.

EL HOMBRE DEL PRESIDENTE

1904, St. Louis

Jack engulló con esfuerzo el insípido y recocado pollo y bebió pequeños sorbos de su cóctel aguado mientras fingía estar interesado en los planes que Francis y Spenser explicaban pormenorizadamente para el baile que tendría lugar hacia finales de mes. Sería la primera reunión de las Hermandades desde el Cónclave de 1902, un evento que había logrado avances significativos para fortalecer el poder de la Orden entre sus hermanos y consolidar el propio poder de Jack. Con gusto se habría marchado antes de que siquiera sirvieran el segundo plato, pero no venía en su propio nombre. Estaba allí en nombre de Roosevelt, así que pidió otro vaso de whisky y fingió estar interesado en los planes que su comité realizaba para la visita del presidente.

Francis y Spenser seguían desviviéndose por impresionar a Jack. En realidad, resultaba inútil, considerando que sus trajes pertenecían a por lo menos una temporada anterior, y la comida elegida había pasado de moda en Manhattan desde antes de que Jack iniciara aquella gran gira. Pero él lo comprendía. Los integrantes de la Sociedad del Profeta Velado, incluidos aquellos dos, creían que su modesto desfile y el baile subsiguiente cambiarían las cosas para su ciudad. Creían que, si le besaban el trasero a Roosevelt, conseguirían que los escuchara, y acumularían el mismo poder e influencias de los que gozaba la Orden.

Lo que no parecían comprender era que Roosevelt era antes que nada un nativo de Nueva York, y los hombres de St. Louis jamás serían más que comerciantes con zapatos elegantes. Además, no podían comprender el futuro que venía a su encuentro con la velocidad de un tren a vapor. Lo que importaría en los años venideros no serían las riñas entre regiones, sino el país en su totalidad, y Jack se pondría en la posición adecuada para obtener toda ventaja posible cuando llegara aquel momento.

Estaba a punto de terminar su bebida cuando la puerta de su comedor privado se abrió y apareció una figura en la entrada con un velo de encaje sobre el rostro. Jack estuvo a punto de expulsar el whisky por la nariz cuando lo vio, pero el resto de los hombres alrededor de la mesa hicieron silencio y se pusieron en pie respetuosamente a modo de saludo. Así que contuvo una carcajada a punto de estallar e hizo lo propio.

La figura velada —tenía que ser el Profeta sobre el que hablaba constantemente la Sociedad— venía acompañada de otro hombre, un tipo de cabello oscuro que no parecía más contento de estar allí que el propio Jack. Por detrás venían dos Guardias, uno de ellos era Hendricks.

—Buenas noches, caballeros —dijo el Profeta, haciendo un gesto para que tomaran asiento—. Me gustaría presentaros al señor Julien Eltinge. Algunos ya sabréis que desde hace algunos meses nos honra con su talento sobre el escenario del Hipódromo. Ha accedido amablemente a ayudarnos con el desfile llevando el collar hasta llegar al baile.

Jack apoyó el vaso que seguía entre sus manos sobre la mesa. El asunto despertó su interés. Había estado considerando la mejor manera de acceder al collar, y aquello presentaba una oportunidad. Más allá de lo que pensarán los hombres de la Sociedad acerca de Julien Eltinge, el tipo no parecía demasiado atemorizante. De hecho, se lo veía bastante fastidiado por toda la situación. Él no tenía ningún inconveniente con ello: sin duda, el fastidio era algo que podría

utilizar en su propio beneficio.

EL REGRESO

1902, Nueva York

Cela volvió a llamar desde su escondite en el callejón, delante del edificio de Evelyn. Ululó en la noche como una especie de búho desquiciado para advertir a Jianyu sobre el chico con aspecto de maleante que había entrado. Pero el edificio al otro lado de la calle se encontraba silencioso y oscuro. Aún no había señales de Jianyu.

Quizá el joven estuviera regresando a su hogar simplemente. Quizá no fuera un peligro después de todo. Pero Cela había vivido lo suficiente como para saber que la sensación que le despertaba el muchacho probablemente significaba que se encontraba en lo cierto. Tenía pinta de pertenecer a una de las pequeñas pandillas de jóvenes del Bowery: sus ropas de brillantes colores y su andar arrogante estaban fuera de lugar en el vecindario de Evelyn.

Cela aguardó un instante más y luego tomó una decisión. No quería regresar al apartamento de su tío con sus estrechas habitaciones y la familia que la miraba como si fuera la responsable de la muerte de Abel. El solo pensar en la forma en la que se echaban miradas de reojo cuando creían que ella no miraba le provocaba una sensación de vacío en el pecho. Pero no era nada en comparación con la tristeza que ahogaba su corazón como una hiedra. Si aquel chico causaba problemas, como sospechaba, Jianyu podría verse en peligro. No iba a permitir que las personas que habían matado a Abe tuvieran una sola victoria más.

Decidida, respiró hondo y empezó a salir de su escondite. Pero no había ni llegado al halo de luz de la farola cuando alguien la cogió por la espalda arrastrándola de nuevo hacia las sombras.

Cela intentó gritar, pero una mano amplia le cubrió la boca con fuerza, tan férrea e implacable como la que tenía envuelta alrededor de la cintura.

—*Shhh* —siseó una voz, cerca de su oído—. Soy yo.

Si no hubiera sido por la fuerza del brazo que la sostenía, se habría desplomado sobre el suelo. De pronto sentía que sus piernas eran inestables, porque *reconocía* aquella voz. Y era imposible.

—Te voy a soltar ahora, pero debes guardar silencio, ¿vale?

Ella asintió, y sintió el escozor de las lágrimas. Un momento después, la mano se apartó de su boca. Cela giró rápidamente para encontrarse con su hermano, Abe, justo allí detrás de ella, vivo, y a salvo, y tan real como jamás lo había estado. Por primera vez en muchos días, sintió que realmente podía respirar.

Sus brazos envolvieron su cuello al instante, y no pudo impedir el sollozo que brotó de adentro.

—*Shhh* —repitió él, dándole palmaditas en la espalda con sus fuertes manos—. Te he dicho que tienes que guardar silencio.

Cela se apartó y lo miró de nuevo, solo para estar segura de que no fuera algún truco terrible de su mente. Sus manos ahuecaron sus mejillas.

—Estás muerto.

—¿Parezco muerto? —preguntó. La miró con el mismo escepticismo con que la había mirado cientos de veces cuando intentaba seguirlo a través de la ciudad junto a sus amigos, no siendo más que una niña pequeña, yendo tras chicos que se negaban a que estuviera con ellos.

—Pero ¿cómo? —La cabeza le daba vueltas; las hiedras alrededor de su corazón depusieron las espinas y se cubrieron de flores—. Te dispararon.

Abe la miró como si le resultara increíble que no se hubiera dado cuenta de lo que en realidad había sucedido.

—Nadie me disparó, Conejo.

Su corazón prácticamente se desgarró al volver a escuchar aquel estúpido apodo de sus labios.

—Pero pude escucharlo —dijo, y su voz se quebró sin su permiso—. Oí el disparo, y luego tu cuerpo cayó con un golpe sobre el suelo.

—No creas que no lo intentaron, pero no fui yo a quien mataron —dijo, y su expresión se ensombreció.

Abe no está muerto. Lo cual quería decir que... durante la última semana *no* había estado muerto.

—Entonces, ¿dónde *has estado*? —preguntó, y de pronto cayó en la cuenta de todo. Había estado casi una semana en casa de su tío, y no había ido a buscarla. Había dejado que pensara lo peor. Había dejado que lidiara con su familia sola. Él la había abandonado *a ella*. Le abofeteó el pecho con fuerza.

—Creía que estabas *muerto*. He llorado por ti cada noche antes de irme a dormir. —Volví a golpear su pecho—. Y cada mañana despertaba olvidándolo durante un segundo, y cada mañana tenía que *volver* a recordarlo —dijo, y su voz se quebró. Y luego, porque no había encontrado el alivio que ansiaba, alzó la mano para darle otra bofetada más.

Pero él le sujetó la muñeca con delicadeza.

—Lamento no haber ido a buscarte, pero no quería conducir a las personas que me seguían hasta la casa de Desmond —dijo, cogiendo su mano—. De todas formas, he estado vigilando. Esperando que te alejaras lo suficiente para poder hablar contigo.

—¿A qué te refieres con las personas que te seguían? —preguntó, vacilando—. Me seguían *a mí*. A causa de la madre de Darrigan. —*Y por el anillo.*

Abe sacudió la cabeza.

—Eran del ferrocarril.

—¿Por qué vendrían los del ferrocarril por ti? —preguntó.

—Solo querían amedrentarme. Algunos de los muchachos han estado hablando con los Caballeros del Trabajo para sindicalizar a los porteros de los coches-cama, y conseguir que nos paguen un salario mejor y nos den mejores turnos. Es lo último que quiere la compañía, así que pensaron que podían convencerme para que dejara de hacerlo, pero más que persuadirme querían obligarme a hacerlo a la fuerza.

—¿Así que les *disparaste*? —preguntó, sin comprender cómo la persona que tenía delante también podía ser el hermano que sabía que jamás habría herido a nadie de manera intencionada.

—La situación se puso fea, y amenazaron con hacerte daño —le dijo, su voz tan oscura como las sombras a su alrededor—. Escucha, tengo un lugar seguro en la parte alta de la ciudad donde me puedo quedar con algunos tipos del *Freeman*. Estaré bien. Podemos hablar sobre lo demás después.

—Abe...

—Te prometo que te lo contaré todo, pero ahora tenemos que marcharnos —dijo, empezando a tirar de ella nuevamente hacia el callejón.

Cela caminó tres pasos antes de detenerse y retirar la mano de la suya.

—Pero Jianyu sigue dentro.

Abe asintió.

—Motivo por el que tenemos que irnos ahora, antes de que regrese.

Trató de coger de nuevo su mano, pero ella la mantuvo fuera de su alcance.

—No lo comprendes. Es un amigo mío, y...

Un carruaje acababa de detenerse traqueteando delante del callejón. Con una sensación de desazón, Cela pudo reconocer a la mujer que salía de él. Caminó hacia la entrada del pasadizo justo en el momento en el que Evelyn echaba a andar hacia el edificio.

No. Apenas cerró la puerta de entrada tras ella, Cela salió del callejón y empezó a ulular de nuevo. Abe intentó tirar de ella hacia atrás, pero ella se desembarazó de su mano.

—¿Qué haces? —preguntó, como si ella hubiera perdido la cordura.

—Si esa mujer que acaba de bajarse del carruaje lo encuentra, tendrá problemas. No voy a abandonarlo sin más.

—Sus problemas no nos conciernen —dijo Abe, rodeándola con el brazo.

—Me conciernen *a mí* —replicó ella, permitiéndose un momento para disfrutar del calor y la fuerza de su hermano. *Abe. Vivo*—. Jianyu me salvó la vida cuando tú te mantuviste oculto sin decir nada —le dijo sucintamente. Tenía los nervios al rojo vivo. *Abe está vivo*. Estaba implicado en una situación más compleja de lo que comprendía, pero estaba vivo.

Él permaneció un momento en silencio antes de soltar un suspiro largo y sufrido.

—Pues entonces será mejor que entremos a rescatarlo.

Cela dejó que Abe tomara la delantera, ya que sabía que de otro modo perderían el tiempo discutiendo. No se cruzaron con nadie ni se toparon con ninguna dificultad en el edificio. Al llegar al comienzo del pasillo, delante de la puerta abierta del apartamento de Evelyn, se detuvieron. Podía oír que alguien hablaba, pero no distinguía qué decían. Por las voces, sabía que Evelyn y Jianyu seguían allí, y que la mujer no estaba contenta.

—Déjame entrar primero —dijo.

—No... —Su hermano se mostró categórico.

—Evelyn me *conoce* —explicó. No le dijo a Abe que aquella arpía también la había encerrado en una habitación y le había robado el único objeto de valor que conservaba—. Puedo distraerla lo suficiente como para ganar algo de ventaja.

—No dejaré...

Pero Cela ya se encontraba alejándose de él. En realidad, no tenía un plan, salvo que ya había perdido a su hermano una vez aquella semana. Había soportado aquel dolor, aquella certeza horrible de que se había muerto, y haría lo que fuera para asegurarse de no volver a sentir aquello jamás... Incluso si eso la llevaba a ponerse entre Abe y aquel demonio pelirrojo.

No se molestó en golpear o hacer sonido alguno para alertar acerca de su presencia —cuanto mayor fuera la distracción, mejor, por lo que a Cela se refería— pero al pasar por la puerta abierta y observar la escena que estaba teniendo lugar frente a sus ojos, entendió que la situación estaba fuera de su alcance. Los ojos de Evelyn estaban encendidos con una luz profana y apretaba en la mano un puñado del cabello del joven que se encontraba arrodillado a sus pies. Pero en frente de ella Jianyu tenía un cuchillo apoyado en su propia garganta. La tensión de su rostro era evidente, y sus manos temblaban, como si estuviera luchando por impedir hundirse él mismo la cuchilla en la suave piel de la garganta.

Magia, advirtió Cela. Evelyn también era uno de ellos. Toda su vida había vivido en la ciudad creyendo que la magia antigua jamás la había alcanzado. Sabía que era una fuerza peligrosa, algo temible de lo que había que proteger a las personas comunes. Así que resultó una sorpresa inquietante enterarse de que había estado viviendo junto a ella toda su vida. Primero, Jianyu y Darrigan, y justo en ese momento, Evelyn. Y si bien Evelyn era una mujerzuela peligrosa, Cela no

creía que fuera la magia lo que la convertía en eso.

La mujer levantó la mirada y la vio inmóvil en la puerta; su expresión se volvió sombría y tormentosa.

—Ah, Cela, me preguntaba a dónde te habías escabullido, y aquí estás. —Las comisuras de la boca de la mujer se torcieron para revelar sus dientes—. Qué sorpresa tan desagradable. Pero ya que estás aquí, por favor, pasa.

Cela sintió que su voluntad se ablandaba, y deseó adentrarse aún más en la sala, aunque sabía que era una mala idea. Avanzó un paso hacia ellos sin tener intención de hacerlo, y luego se resistió a avanzar otro más.

—Solo estaba conversando con un par de invitados inesperados —le dijo Evelyn—. O quizá debería decir, dándoles una lección a este par de ladrones. ¿Tal vez sientas deseos de unirse a nosotros?

—Solo he venido a por mi amigo. Y por lo que me quitaste —dijo, apretando los dientes para resistir la extraña fuerza de persuasión. Aunque sabía lo que era Evelyn, lo que era capaz de hacer, se sintió atraída por ella, seducida.

—¿Te refieres a esto? —Evelyn alzó la mano, y el anillo que Darrigan le había regalado a Cela relumbró bajo la luz—. Está a tu disposición si deseas intentar quitármelo. —Soltó una carcajada—. Aunque dudo de que una sundren como tú lo consiga.

Los pies de Cela se movían milimétricamente en dirección a Evelyn. Uno y luego el otro, por mucho que intentara resistirse. *Abe. Necesito a Abe.*

Como respuesta, obtuvo el estallido de un disparo.

El sonido resonó en la estrecha habitación. Evelyn se desplomó sobre el suelo con un jadeo, sujetándose el brazo derecho. En aquel instante, Jianyu soltó el cuchillo que había estado sosteniendo y se derrumbó sobre las rodillas, respirando con dificultad. El chico que Evelyn había estado sujetando del cabello también cayó al suelo; parecía demasiado aturdido para levantarse.

Abe se encontraba en la entrada, sosteniendo una pistola con firmeza en la mano.

—Vamos —dijo.

—Le has disparado. —Cela estaba paralizada por la conmoción mientras observaba a Evelyn sujetarse el brazo, retorciéndose de dolor. El hermano que ella conocía no le habría hecho daño ni a una mosca. ¿Quién es este hombre que se parece tanto a él?

Durante tanto tiempo lo había visto a través de los ojos de una niña pequeña que no se había dado cuenta de lo fuerte y seguro que se había vuelto. Pero *tendría* que haberse dado cuenta. Tras el asesinato de su padre, Abel la había cuidado y protegido durante dos años. Durante dos años había sido su bastión. Tendría que haber sabido que heredaría la seguridad de su padre y la terca fortaleza de su madre, igual que ella.

Cela se dio la vuelta para mirar la escena que se desarrollaba justo detrás de ella. El chico rubio yacía allí, inmóvil, al tiempo que Jianyu se ponía en pie y avanzaba en dirección a Evelyn. Cogió su mano e intentó tirar del anillo para sacárselo, pero incluso con el brazo herido, la mujer arremetió contra él. El joven retrocedió, poniéndose fuera de su alcance.

—Tenemos que marcharnos —le dijo Cela.

Jianyu la miró, con la expresión ligeramente aturdida y la frente húmeda por el esfuerzo de lo que había soportado.

—No podemos irnos sin el anillo.

—Entonces será mejor que lo obtengas rápido —dijo Abe—. Alguien habrá oído el disparo. —Sujetaba a su hermana de la mano, pero si los pies de Cela se habían movido solos un instante

antes, en aquel momento no parecía poder moverlos en absoluto.

Evelyn se puso en pie con dificultad, sus ojos relumbrando de nuevo con aquella luz extraña y profana.

—Ven a buscarlo —ronroneó, provocando a Jianyu—. Si puedes...

Pero el rostro del joven se había aflojado, y su cuerpo quedó de pronto mortalmente quieto.

—¿Jianyu? —preguntó Cela, ignorando a su hermano que tiraba de ella para sacarla de allí.

Jianyu estaba de pie y sus ojos estaban abiertos, pero no parecía escucharla.

Incluso mientras la sangre se esparcía bajo su cuerpo, Evelyn reía, un cacareo profundamente macabro que retorció las entrañas de Cela. Retrocedió un paso.

—Eso es —dijo Evelyn a Cela—. Huye. Vete muy, muy lejos, mi pequeña Cela. —Volvió a reír; su rostro estaba pálido y tenía la voz entrecortada—. Los muchachos son míos.

—No podemos dejarlos aquí. —Se apartó bruscamente de Abel y acudió a Jianyu, cuya mirada estaba fija en algún objeto invisible en la distancia. No la escuchó, pero pudo tirar de él para que caminara—. Busca al otro.

Con un gruñido entrecortado, Abe soltó la mano de Cela el tiempo suficiente como para levantar al chico rubio del suelo.

—¿Ahora podemos marcharnos? —preguntó—. ¿O hay alguien más que quieras que levante y cargue por ti?

Evelyn estaba en el suelo, intentando incorporarse mientras sujetaba el brazo que sangraba, y todo era un caos, pero Cela sintió que una carcajada burbujeaba en su interior. A pesar de todo el desastre que los rodeaba, Abe estaba vivo. Mientras lo tuviera a él, el resto no importaba.

Para cuando llegaron a las escaleras, Jianyu había vuelto en sí y caminaba por sus propios medios.

—El anillo —dijo cuando llegaron al pie de las escaleras. Empezó a volverse.

—No. —Cela tiró de él.

—No podemos permitir que lo conserve —protestó, intentando soltarle la mano, aunque haciéndolo con la mayor delicadeza posible.

—Si regresas ahora, te detendrán por intentar matar a una mujer blanca —le dijo Abe.

Por la expresión de Jianyu, quería contradecirlo.

—¿Puedes regresar sin que ella lo sepa? —preguntó Cela.

El joven se encontró con su mirada, y ella prácticamente pudo oír los cálculos que elaboraba su mente. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Aunque no me pueda ver, puede percibirme.

—Entonces, no puedes regresar —le dijo—. No ahora.

—Pero el anillo...

—No servirá de nada si estás muerto —replicó Cela—. Regresaremos a por él. Lo prometo.

—No hagas promesas que no puedes cumplir —dijo Abe bruscamente—. No podemos estar aquí cuando llegue la policía.

El chico rubio no se movía, por lo que Abe no lo soltó. Echaron a correr hacia la noche, dejando a Evelyn aullando a sus espaldas.

LA CERVECERÍA

1904, St. Louis

Estrella volvió en sí lentamente, alcanzando el estado de conciencia como un nadador que lucha por llegar a la superficie de un lago frío y profundo. La cabeza le martilleaba mientras yacía en la oscuridad inhalando el aroma polvoriento del saco de arpillera que aún tenía sobre la cabeza. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había estado inconsciente, pero recordaba quién la había atrapado.

Los Antistasi.

Al recordar todo lo sucedido en la feria, el aliento se le quedó atrapado en la garganta... La desaparición del collar; el descenso de la oscuridad, desolada y absoluta, cuando su afinidad tocó el poder del Libro; la profunda grieta en el suelo... *La profunda grieta en el suelo.*

Estrella se incorporó, pero estuvo a punto de desplomarse de nuevo por el mareo que le provocaba lo que fuera que hubieran empleado para dejarla inconsciente. Opio, tal vez, por la forma en la que sentía su afinidad paralizada y embotada, pero no *solo* opio. Aquello era diferente a cualquier otra cosa que hubiera experimentado nunca... Lo que fuera que le hubieran suministrado la hacía sentir desconectada, como si no terminara de estar sujeta a la tierra sino flotando libremente, aunque sintiera el suelo sólido por debajo.

Llamó a Harte, pero no hubo respuesta.

Después de un rato creyó oír voces; instantes más tarde, la puerta se abrió.

—Vamos —dijo una voz. Puesto que no la reconoció, imaginó que no debía ser el joven que los había llevado hasta allí. Unas manos torpes la sujetaron por los brazos y la arrastraron. En cuanto la cogieron de los brazos, pudo advertir que su brazalete había desaparecido. Al entender lo que aquello significaba, el pánico se apoderó de ella, pero mantuvo aquella emoción a raya. Tendría más posibilidades de recuperarlo si no sabían lo importante que era para ella.

Una vez fuera de la carreta, Estrella pudo oír un zumbido de insectos y el suave susurro de los árboles. *No es la ciudad.* Al principio caminó tambaleándose, pero se recompuso antes de que tuvieran que sostenerla. Al margen de lo que ocurriera, caminaría sobre sus propios pies. Pero su dolor de cabeza era aún más fuerte incluso que antes.

—¿Dónde estamos? —preguntó. Sentía la lengua aún hinchada y torpe en la boca reseca, pero su voz sonaba fuerte. Por lo menos, eso *creyó*.

—Ya lo verás, pero voy a advertírtelo antes de entrar. —Esta vez era el joven que ya conocía—. Es la misma advertencia que le he hecho a tu amigo. Si cualquiera de los dos pensáis siquiera en provocar el más mínimo problema, ni una sola persona aquí se lo pensará dos veces si es necesario liquidaros de una buena vez... por importantes que os creáis. ¿Lo has entendido?

—Entendido —respondió, incluso mientras consideraba todas las posibles opciones para liberarlos a ambos si las cosas se ponían feas.

—Eso es. Ahora, vamos. Por aquí...

Con la cabeza martilleando por la droga y la sensación en todo el cuerpo de que se habían soltado sus articulaciones, resultó un desafío permanecer de pie mientras la conducía a ciegas a través de lo que parecía una carrera de obstáculos de rampas y escalones. Finalmente, entraron en un edificio... lo supo porque los insectos habían dejado de zumbar. Por el modo en que resonaban

las pisadas, tenía que ser una sala más grande, y por el sonido de otras voces, no estaban solos. Ya había otros dos o tres allí.

La empujaron sobre una silla, y sintió que la sujetaban a esta con más cuerdas. Luego, sin advertencia alguna, le quitaron el saco que tenía sobre la cabeza para impedir que viera. Parpadeó. A pesar de la tenue luz, el brillo le provocó una punzada de dolor aún más intensa en su cabeza ya de por sí dolorida.

Estrella hizo caso omiso a las molestias. Entornó los ojos, intentando ajustar la vista. Tenía razón respecto al lugar. Se encontraban en algo parecido a un inmenso almacén. En un lateral de la habitación, unos enormes tanques plateados bordeaban la pared. En el otro, una serie de largas mesas contenían cajas de madera llenas de recipientes de vidrio. Los taburetes que había delante de las mesas estaban vacíos. *Una fábrica de algún tipo.* Las personas se congregaban en un espacio abierto más reducido, entre los tanques y las mesas. Además del joven al que ya conocía, había un puñado de individuos: hombres y mujeres de diferentes edades. Parecían estar esperando algo.

Delante de donde se encontraba sentada, otros dos tipos con ropa de trabajo flanqueaban una silla en la que se sentaba una última persona... Harte. Aún tenía el saco de arpillera sobre el rostro, pero aquello no parecía importar. Incluso con la cabeza cubierta, ella sabía que comprendía que estaba allí... Giró la cabeza en su dirección, y tuvo la sensación de que todo su cuerpo se ponía en estado de alerta, forcejeando contra las cuerdas que lo sujetaban a la silla.

—¿Eres tú, Slim? —preguntó—. No te han hecho daño, ¿verdad?

—Estoy bien —le dijo, manteniendo la voz baja y el tono parco—. ¿Tú estás bien?

—Estaría mejor si pudiera ver algo —dijo, sacudiendo la cabeza levemente como para quitarse el saco de encima.

—Ya podrás ver cuando Ruth decida qué hace contigo —le dijo el joven. Miró a Estrella ceñudo, pero antes de que pudiera decir otra palabra, oyeron una puerta que se abría en alguna parte desde las profundidades de la fábrica. Todo el grupo se dio la vuelta hacia el sonido de pisadas que se acercaban: era evidente que venía alguien importante.

Un momento después, una mujer apareció en la pasarela superior. Paseó la mirada sobre todos los que se habían reunido allí abajo antes de descender por las escaleras hacia el piso inferior de la fábrica. Debía tener cuarenta y pocos, pero ya tenía el cabello salpicado de canas; su expresión daba cuenta de que era la persona que estaba al mando.

La mujer, claramente la Ruth que había mencionado el joven con anterioridad, asintió con la cabeza en silencio, y ante su orden los hombres que flanqueaban a Harte le quitaron el saco. Había perdido el sombrero que llevaba antes, y su oscuro cabello era un desastre, despeinado en todas las direcciones. Sus ojos encontraron los suyos, pero estaban demasiado abiertos, demasiado trastornados. Estrella entornó los suyos a modo de advertencia. Si no tenía cuidado, revelaría demasiada información.

Basta, intentó decirle en silencio. Pero no estaba segura de que la hubiera entendido. Tenía los tendones del cuello tensos, y no se relajaron al verla.

Sin presentación alguna, Ruth se dirigió hacia ella, su tono implacable al hacer una única pregunta.

—¿Dónde está?

Estrella parpadeó.

—¿Dónde está qué?

—El collar —dijo Ruth, caminando a grandes pasos hacia la silla donde estaba sentada.

—Yo no tengo el collar —respondió, sabiendo *perfectamente* el collar al que se refería. Y si sabía lo que era el collar, era posible que también supiera lo que era su brazaletes.

Ruth apretó los labios; era evidente que no le creía.

—Solo hay una cosa que podríais haber ido a buscar a las Calles de El Cairo... Es lo mismo que queremos nosotros. Sabemos que teníais intención de robar el collar, y sabemos que habéis ido hoy a la exposición para hacer justamente eso. He permitido que esta farsa llegara tan lejos porque convenía a mis objetivos, pero ya me he cansado de esperar. Se me acabó la paciencia. — Se inclinó hacia abajo hasta quedar lo bastante cerca como para que Estrella notara las finas líneas que ya empezaban a surcarle el rostro—. Os haré esta pregunta solo una vez más: ¿qué habéis hecho con el collar?

—No estaba allí, así que no hemos podido robarlo —respondió Estrella—. Era una trampa. Cuando llegamos a la sala, no había nada en la vitrina, y la Guardia nos esperaba.

La expresión de Ruth vaciló.

—¿Estáis seguros de eso? —Cuando Estrella asintió, la mujer se volvió hacia el joven, pero él solo encogió los hombros y sacudió levemente la cabeza—. Sabía que esto no funcionaría jamás —le dijo—. Tendríamos que haberlos detenido hace días y haber ido tras el collar nosotros mismos.

—¿Hace días?

—Un corte de cabello y un traje podrán bastar para engañar a la Guardia, pero yo no soy tan idiota —dijo Ruth—. Estrella Filosik. La Ladrona del Diablo. Mi gente ha estado vigilándote desde que North te vio fuera del teatro.

Estrella evitó que su expresión delatara el menor signo de ansiedad ante las palabras de la mujer. Apenas cayó en la cuenta de que Harte había tenido razón respecto a su disfraz pues advirtió repentinamente y con una sensación desagradable que los habían estado vigilando durante días, y ella ni siquiera lo había sospechado. Estaba perdiendo sus habilidades o aquella gente... los Antistasi... eran más formidables de lo que había anticipado.

—Si sabías quién era, no puedo imaginar por qué perderías tu tiempo haciendo que me siguieran —dijo, intentando fingir un indiferente desdén—. Deberías saber que estamos del mismo lado.

—¿Ah, sí? —preguntó Ruth.

—Por supuesto —insistió, negándose a mostrar el más mínimo indicio de temor. Ya había conseguido librarse de situaciones más difíciles que aquella mediante el engaño. Si creían que era la Ladrona del Diablo, entonces emplearía todo el poder de aquel nombre para su beneficio—. ¿Acaso no es *el motivo* por el que utilizáis mi nombre con tanta libertad?

Las fosas nasales de la mujer se ensancharon por la irritación, pero no lo negó.

—Sí, estoy al tanto de todo eso —dijo Estrella, pasando a la ofensiva—. He visto las máscaras y los trajes. Sé que tu pequeño grupo finge ser la Ladrona del Diablo... finge ser *yo*. —Observó cómo se ensombrecía la expresión de Ruth—. Lo sé todo sobre los Antistasi.

La mujer soltó una carcajada hueca.

—No somos más Antistasi que una gota en el mar es el océano.

—Pero vosotros sois parte de ellos —insistió, tanteando el clima de la sala mientras hablaba. Al margen de las dudas que Ruth pudiera tener sobre ella, el resto de los Antistasi que se encontraba allí parecía más vacilante, incluso, inclinado a apoyarla... Salvo tal vez el tipo al que llamaban North. Tuvo la sensación de que incluso si a Ruth le daba igual que Estrella fuera la Ladrona del Diablo, a los otros en la sala *sí* les importaba. Si podía valerse de ello para mantener a Harte a salvo, lo haría—. ¿O acaso habéis robado también su nombre?

—No hemos robado nada. Nos hemos *ganado* el derecho a llamarnos los Antistasi —admitió Ruth, rezumando ácido.

—Eso dicen —dijo; su tono de voz permaneció indiferente, distante. Mantuvo la mirada fija en la mujer, incluso queriendo mirar a Harte.

La mujer la observó, considerándola.

—¿Ah, sí?

Estrella asintió.

—Tenéis toda una reputación en esta ciudad. Es impresionante lo que habéis logrado —dijo, alimentando el ego de la mujer.

Pero la treta no funcionó. Los ojos de Ruth se estrecharon.

—Entonces, ya sabes que es mejor no meterse con nosotros. Si supieras algo de nosotros, sabrías que no vacilamos en destruir a quienes consideramos enemigos.

—Por supuesto —respondió con naturalidad—. Pero yo no soy vuestra enemiga. Por lo que oigo, parece que soy más vuestra musa.

—¿Tú? —Ruth volvió a soltar una carcajada antes de que su boca formara una línea recta y burlona—. Tú eres solo una *niña*. La Ladrona del Diablo es más grande que cualquier persona individual... La verdad, es más grande que *tú*. En el mejor de los casos, eres descartable. En el peor, eres un problema con el que hay que lidiar.

—No soy un problema —señaló. Pero luego consideró sus palabras y encogió los hombros como si no le importara, negándose a ser intimidada—. Aunque pueda ser que lo sea, pero definitivamente no *tu* problema.

—No —musitó Ruth—. Desde mi punto de vista, eres un lastre para mí y para los Antistasi.

Estrella le dirigió una gélida carcajada, aprovechando el movimiento para mirar a Harte, que observaba la conversación con una expresión tensa y reconcentrada.

—No entiendo por qué...

Ruth avanzó un paso hacia ella.

—La policía y la Guardia han estado buscándote por todas partes desde la noche en la que te ayudamos a escabullirte frente a sus narices en el hotel Jefferson. Durante una semana han estado en alerta máxima, buscando cualquier señal tuya por todas partes, lo que ha sido más que un inconveniente menor para mí. Tu presencia en mi ciudad ha hecho prácticamente imposible que mi gente haga su trabajo y nos ha puesto a todos en peligro de que nos descubran. Todo porque las autoridades te consideran algo especial, algo *peligroso*. La Ladrona del Diablo —dijo, pero había un dejo de sorna en su voz—. Pero mírate ahora, sentada a mi merced. Aún no eres una mujer siquiera y resultas demasiado delicada como para que alguien con un par de ojos en la cabeza te confunda con un hombre. No eres más que un lastre.

—Si realmente lo creyeras, no nos habrías atado y drogado solo para mantener esta conversación menor.

—Nunca arriesgo de forma innecesaria —dijo Ruth, visiblemente irritada—. No cuando está en peligro la seguridad de mi gente.

—No le he hecho nada a tu gente —replicó—. No tienes ningún motivo para creer que lo haría.

Ruth inclinó la cabeza de lado.

—¿Acaso no le has colocado un dispositivo de humo a uno de mis hombres?

—Estaba siguiéndome —dijo, sin remordimiento alguno—. Y tampoco se molestó en presentarse. En ese momento no sabía quién era ni que era uno de los tuyos, y tenía que distraerlo. Además, no parece haber quedado afectado.

Las cejas de Ruth se unieron aún más.

—Si bien admito que estoy dispuesta a dejarme impresionar por cualquiera que sea capaz de ganarle la partida a North, estoy *menos* dispuesta a perdonar tu intento de incriminarnos con tus temerarias maniobras en la feria.

North. Él debía ser el joven, pensó Estrella, y por la forma en la que este la fulminaba con la mirada solo lo confirmó.

—¿Sabes lo que habría sucedido si te hubieran atrapado hoy? —continuó—. ¿Te das cuenta de lo que nos habría causado?

—No veo cómo os habría afectado a vosotros en lo más mínimo que me hubiesen detenido —señaló Estrella.

—Lo cual solo demuestra lo insensata que eres —declaró la mujer—. No sé quién eres de verdad, y no sé si has realizado siquiera alguna de las tantas hazañas que se te atribuyen, pero sí sé lo siguiente... Si la Guardia hubiese llegado a detenerte, habría sido una victoria para la Sociedad y para las otras Hermandades. Habría sido un golpe fatal para el movimiento Antistasi *en todas partes*. Atraparte habría significado el final de la leyenda de la Ladrona. Esa leyenda es lo que nos mantiene a salvo, incluso mientras inspira el temor en nuestros enemigos. Sin ella, quedaríamos expuestos.

Estrella ni siquiera había considerado ese aspecto. Había visto a las mujeres en el salón de baile, había oído a Julien hablar de las proezas de los Antistasi, y los había admirado. No había pensado nunca que podría estar poniéndolos en peligro con su *mera* existencia.

—No era mi intención ponerlos en peligro a ninguno de vosotros —dijo, intentando que su voz sonara contrita—. No quiero ser una carga. Prefiero ser un beneficio.

—Pero no eres un beneficio, y sin el collar, ¿qué puedes ofrecerme?

—¿Además de mi nombre? —preguntó, intentando que se le ocurriera algo que fuera lo bastante convincente como para mitigar las dudas de Ruth.

—Ya tenemos eso —le indicó—. Incluso sin ti, podemos continuar utilizándolo.

—Pero no tenéis forma de entrar en la Sociedad —dijo Harte desde el otro lado del recinto.

Las cejas de Ruth se anudaron y giró apartándose de Estrella para concentrar su atención en él. Tenía la expresión tensa, pero una mirada de pura determinación en los ojos.

—¿Por qué imaginas que necesitaríamos algo así?

—Porque sabemos que tenéis grandes planes —dijo Harte, atrayendo la atención de Ruth hacia él—. Y sabemos lo que aún os hace falta.

BENEDICT O'DOHERTY

1904, St. Louis

La cabeza de Harte seguía latiendo a causa de lo que le habían suministrado en la carreta, y el poder del Libro se agitaba inquieto en su interior. Le desagradaba lo que fuera que hubiere sido aquella droga... y, para ser justos, también a Harte. Sentía la afinidad difusa y borrosa, como si la magia que era su compañera habitual estuviera demasiado lejos para ser alcanzada.

De todas formas. Quizá fuera un mago de oficio, pero en el fondo Harte era un timador.

—Si sabéis tanto, quizá deberíamos deshacernos ahora mismo de vosotros —dijo Ruth, acechándolo. Sus ojos eran una combinación de temor y furia... una combinación que podía resultar peligrosa... Pero por lo menos ya no estaba concentrada en Estrella.

—Eso sería un error.

—A diferencia de vosotros —señaló Ruth—, nosotros no cometemos errores.

—Quizá aún no —dijo Harte, sin pestañear siquiera—. Pero ¿no aprovechar lo que os ofrecemos? *Sin duda alguna*, sería un error.

—¿Por qué creéis que necesitaríamos acceso a la Sociedad? —preguntó la mujer.

—El collar no estaba en la feria. Si vosotros no lo tenéis, significa que la Sociedad lo ha guardado en otra parte. ¿Cómo pensáis obtenerlo si ni siquiera sabéis dónde está? —Hizo una pausa, dejando que su pregunta quedara suspendida en el aire antes de retomar sus palabras—. El tiempo ya se os está acabando.

Ruth se enderezó. Harte advirtió por la forma en la que cambiaba la expresión de su rostro que sus gestos eran una demostración de fuerza para todos los presentes.

—No sabes de lo que hablas.

—¿Ah, no? —preguntó Harte, confiando en la impresión que había obtenido cuando sus captores lo habían tocado sin advertir el peligro—. Tus muchachos tienen miedo porque saben que no estáis preparados del todo. Piensan que tal vez sea un riesgo demasiado grande, especialmente aquel. —Asintió hacia el tipo que le había atado las manos por detrás de la espalda, aquel cuya mente había conseguido leer justo antes de que lo arrojaran dentro de la carreta—. Frank, ¿verdad? Tiene una hermana en Chicago. Cree que podría irse a vivir con ella en lugar de quedarse aquí para que lo maten.

Ruth se volvió hacia el tipo. Estaba pálido.

—¿Es cierto? ¿Dudas de nuestro cometido?

El tipo sacudió la cabeza, enmudecido, durante uno o dos instantes antes de encontrar las palabras.

—Está mintiendo, Ruth. Solo intenta confundirnos. —Pero el temor en sus ojos indicaba algo completamente diferente.

—La cobardía te matará Frank, no mis planes. —Ruth asintió hacia uno de los otros—. Llévalo abajo y asegúrate de atarlo. No hay lugar para las dudas o el temor. No ahora. —Luego se giró hacia Harte—. Sé quién es ella, pero ¿quién eres tú?

—Alguien igual que tú —dijo sin más—. Odio a la Sociedad y todo lo que representa. Sabemos lo que hicisteis el pasado otoño... el ataque a la construcción de la Exposición. Fue genial, una

obra maestra incluso.

Ruth lo observó.

—¿Cómo te llamas?

—Benedict O'Doherty —respondió Harte. El nombre se deslizó a través de sus labios sin tener que pensarlo siquiera—. Me dicen Ben. —*O alguna vez me lo decían*. Parecía que ya había resucitado por segunda vez, pensó sombríamente.

—No confío en ninguno de los dos —le dijo Ruth.

—Eso solo demuestra que no eres estúpida —respondió él sin más—. Pero no aceptar nuestra ayuda... eso *sí* sería estúpido. Especialmente cuando podríamos ayudaros a tener más éxito del que nunca hayáis llegado a imaginar. Dadnos una oportunidad para demostraros lo que podemos hacer. Ese tipo al que os acabáis de llevar estaba preocupado por un trabajo que tenías para él. Deja que lo hagamos nosotros en su lugar.

Sus ojos se estrecharon mientras lo pensaba. Luego su expresión se aclaró.

—Está bien —dijo, enroscando el labio—. Os daré una única oportunidad para demostrar vuestra valía. —Echó un vistazo al joven que los había traído hasta aquí—. Llévatelo y asegúrate de que no cause más problemas.

—Pero el trabajo... —dijo Harte.

—Creo que dejaré que lo haga la Ladrona. Si es tan poderosa y está tan ansiosa por trabajar con nosotros, no debería ser un problema para ella. Y si hace lo que sea por traicionarnos, tú serás quien pague el precio.

SOLO UNA CHICA

1904, St. Louis

Maggie observó a la gente de su hermana mientras se llevaban a la Ladrona y a su compañero. Se habían marchado con calma, aunque claramente a regañadientes, y la forma en la que el joven, Benedict, miraba a la Ladrona... como si estuviera dispuesto a hacer lo que fuera para impedir lo que estaba a punto de suceder... Tocó una fibra sensible dentro de ella.

—¿Era necesario realmente? —le preguntó a Ruth, de pie, impassible como siempre, observando también.

Su hermana mayor, la única madre que había conocido en su vida, le echó un vistazo con la impaciencia brillando en su mirada.

—¿Estás cuestionando mis decisiones?

Maggie sacudió la cabeza.

—No, Madre Ruth. Solo me preguntaba... —Pero por dentro *sí* cuestionaba a su hermana. Hacía ya un tiempo que cuestionaba a Ruth y sus tácticas. De todas formas, en aquel momento sabía que ese era el lugar en el que debía estar—. Si la atrapa la gente de Lipscomb...

—Entonces, resolverán el problema por mí —respondió en un tono que no admitía discusión—. No es la Ladrona del Diablo, Maggie. Es solo una chica, como tú. Como lo fui yo una vez. La Ladrona del Diablo es más grande... es algo que *nosotros* hemos creado a través de nuestras acciones. Si es tan estúpida como para dejarse atrapar por Caleb Lipscomb y sus socialistas ignorantes, entonces será lo que se merece.

—¿Y si no?

La expresión de su hermana se iluminó.

—Entonces, ya será parte de esto. Piénsalo, Margaret. Si entrega el dispositivo, no habrá manera de que cambie de opinión. Será responsable de la explosión y de todo lo que suceda después. Si todo sale bien, tal como me lo has asegurado tú, significa que participará de los efectos del suero. No solo comprenderá su poder, sino que tendrá el orgullo de saber que fue parte de ello. Lo comprenderá y será una de los nuestros para siempre. Más importante aún, todo aquel que se oponga a nosotros sabrá que es *nuestra*. Cuando los demás grupos Antistasi sepan que la Ladrona nos ha elegido a *nosotros*, nuestro liderazgo se consolidará aún más.

Maggie no pudo evitar fruncir el entrecejo.

—¿No crees que deberíamos contarle lo que estamos haciendo?

—¿Por qué hacerlo? —preguntó Ruth—. Esto pondrá a prueba su determinación... su *lealtad* a nuestra causa... y a mí. Si realmente es una de los nuestros, estará dispuesta a matar por nosotros. Y si no, lo sabremos ahora, antes de que tenga la oportunidad de arruinar planes más importantes.

AVENTAJADO

1902, Nueva York

Jack no había acudido a las bambalinas del Teatro Wallack en varias semanas, no desde que había visitado a Darrigan creyendo que el Mago era un aliado en lugar de un enemigo. Habría evitado con mucho gusto el teatro durante el resto de sus días, salvo que sabía con absoluta certeza que Evelyn tenía algo que él deseaba... Y se trataba de algo por lo que otra persona estaba dispuesta a matarla con tal de conseguirlo.

Le fastidiaba no saber aún qué era.

Después de que hubiera aparecido en su casa, lista y bien dispuesta, se había despertado a la mañana siguiente encontrándose con que había desaparecido y con que le dolía la cabeza por todo el jerez que habían bebido juntos. A causa de los excesos, el recuerdo de aquella noche seguía borroso y poco claro. Evidentemente, no había resultado tan inolvidable, y por eso la había despedido. Pero luego había leído en el *Herald* que la habían asaltado. Unos intrusos habían entrado a robar en su casa y habían terminado disparándole. Por supuesto, estaba aprovechando el ataque para promocionarse, pero eso no cambiaba el hecho de que tendría que tener algo de valor. Lo cual le recordó sus insinuaciones previas.

La promesa de descubrir lo que tenía merecía sobreponerse a la repulsión y la furia que sentía por solo tener que atravesar el laberinto que acechaba tras el escenario. Nadie lo detuvo hace meses, y en aquel momento tampoco se habían molestado en hacerlo. Metiendo el buqué de rosas bajo el brazo, golpeó dos veces en la puerta del camerino de Evelyn y entró al escucharla responder.

Su camerino no era para nada como el de Darrigan. Era ligeramente más grande, y las paredes estaban cubiertas con sedas y satenes, dándole un aire exótico y sensual. Pero Jack no se dejó impresionar por nada de todo aquello. Esta vez mantendría el control durante toda la noche.

Evelyn estaba arrellanada en un *chaise longue*, dispuesta como una pintura en su bata de seda. No podía ver su herida, pero claramente no había puesto en riesgo su vida. Su boca roja se curvó hacia arriba al verlo.

—Hola, cariño —ronroneó—. ¿Son para mí? —Se levantó del diván para aceptar las flores de sus manos, y al hacerlo, Jack notó el destello dorado sobre su dedo.

El anillo era enorme. Su engarce de filigrana de oro contenía una gema demasiado grande para una ramera como Evelyn, y en aquel momento supo que se trataba de lo que habían ido a buscar los ladrones y de lo que él había venido a obtener.

—¿Qué sucede, Jack? —preguntó, colocando las flores dentro de un jarrón—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—No un fantasma —le dijo, su voz cargada de anticipación—. Un ángel.

Los ojos de ella relumbraron, y caminó hacia él, dispuesta, cálida y lista.

Más tarde, cuando regresaba a su casa en el carruaje, emergió de la bruma de deseo y advirtió que se había olvidado del anillo por completo... *De nuevo*. Lo había tenido allí mismo delante de él, y no había sido capaz de tocarlo siquiera. Y no recordaba por qué. Ni siquiera recordaba lo que había sucedido entre los dos.

Apretó los puños con fuerza. En aquella ocasión no podía echarle la culpa a la bebida.

Tendría que haber estado más alerta. Algo así le había sucedido antes, en Grecia, cuando despertaba sin tener ni idea de lo que había sucedido durante las horas anteriores o al despertar por la mañana. En aquel momento había bromeado con que la chica de la que se había enamorado era una sirena que lo había seducido para que le pusiera fin a sus días despedazado contra las rocas. Pero no había tenido ni idea de lo acertado de sus pensamientos, de lo artera que había sido en realidad aquella muchacha.

De pronto lo comprendió todo al darse cuenta de que Evelyn era igual. Como la chica de Grecia que casi lo había arruinado, era una bruja... Una escoria que creía que podía vencerlo en su propio juego. Pero Jack ya no era el muchacho inexperto de antaño. Grecia lo había cambiado, y el Libro que tenía a buen resguardo en sus habitaciones lo había transformado en algo nuevo. Si bien Evelyn podía tener magia salvaje, incluso poseer el anillo que ampliaba sus poderes, no tenía el Libro. No podía ni imaginar cuánta ventaja tenía sobre ella.

EL SECRETO DE ORCHARD STREET

1902, Nueva York

Después de observar a Logan Sullivan entrar en el apartamento y oír no mucho después el ulular de algo que no era un búho, James Lorcan tuvo la sensación de que las cosas estaban a punto de ponerse aún más interesantes. Envió al resto de regreso al Strega, salvo a Mooch, a quien prefería mantener cerca. No necesitaba la fuerza bruta; lo que fuera que estaba a punto de suceder, aquella noche no pelearían. Eso vendría después.

Permaneció entre las sombras y observó la entrada del edificio hasta que vio aparecer a un grupo de personas. Un hombre fornido con la piel de color café oscuro llevaba a Logan sobre el hombro, y una chica que James no reconocía caminaba junto a Jianyu. Seguramente, un acontecimiento inesperado, pero respondía a una pregunta. Y por lo menos sus compañeros eran sundren. Sin interés alguno, salvo por el hecho de que en aquel momento Jianyu y el chico estaban con ellos cuando en realidad tendrían que haber sido sus prisioneros.

Mooch avanzó un paso hacia el grupo que empezó a escabullirse por la acera, poniendo distancia entre ellos y el edificio, pero James lo cogió del brazo.

—Solo síguelos. Averigua a dónde van, pero no hagas nada más. Luego regresa al Strega.

Mooch parecía querer protestar, pero cuando James lo miró entornando los ojos pareció cambiar de opinión.

Jianyu tenía a Logan, pero en realidad no tenía importancia. El chico resultaba una carga tanto como un beneficio. Además, James seguía teniendo los secretos que necesitaba en las estanterías de las bibliotecas de Dolph, y en aquel momento, en la libreta que llevaba dentro de su chaqueta.

La presencia de Jianyu allí, en aquel apartamento donde no tenía ningún motivo real para estar, le indicaba algo muy importante: Logan no le había mentado sobre quién era o lo que podía hacer. Lo que quería decir que la libreta que le había entregado no era ni una trampa ni un truco. No era ni más ni menos que la verdad.

Era tarde... casi medianoche... pero había otra parada que James debía hacer, sobre todo en aquel momento que ya sabía que podía confiar en las palabras que guardaba junto a su pecho, las palabras que él mismo escribiría un día.

Las luces del edificio sobre la calle Orchard estaban apagadas cuando finalmente llegó, pero aquello lo tenía sin cuidado; le pagaba a la mujer del tercer piso más que suficiente por la molestia de despertarla.

No estaba contenta, pero tampoco se quejó al abrirle la puerta y conducirlo por el estrecho pasillo hacia la pequeña habitación donde dormía la niña. Despidió a la mujer y se acercó a la cama de la chica, arrodillándose junto a ella para poder despertarla. El pequeño rostro se frunció por la interrupción, pero finalmente abrió los ojos cubiertos de legañas, a desgano, para echarle un vistazo.

A menudo le resultaba difícil mirar a la niña sin ver a Leena devolviéndole la mirada, juzgándolo por las decisiones que había tomado y el camino que había elegido. Con el paso del tiempo se había ido volviendo cada vez más fácil ver más allá de los rasgos de Leena —los ojos dorados, la amplia boca que la chica algún día tendría— a la niña que había detrás, a la promesa que albergaba.

Alguna vez había llegado a pensar que podría salvarla de los errores de Leena. La compañera de Dolph, en realidad su esposa en todo menos en el nombre, había sido demasiado blanda cuando tendría que haber sido como el acero; demasiado generosa cuando tendría que haber mantenido oculto su juego. Había resultado ser una sorpresa... una encantadora, pero de todas formas, una sorpresa... que Lena hubiera decidido ocultarle la niña a Dolph. Aunque al final aquello había sido su ruina.

Había esperado poder moldear a la chica, utilizarla para sus propios objetivos. Pero James ya sabía que eso nunca funcionaría. Estaba criando a una víbora que algún día amenazaría todo lo que había construido, todo lo que él estaba destinado a ser.

Podía matar a la chica en aquel momento, pero el tiempo era algo curioso, enredándose como un nudo y urdiendo tramas que ni siquiera él era capaz de entender aún. Si la mataba, ¿qué cambiaría? ¿Podría perder lo que su aparición lo había ayudado a recuperar?

No podía matarla. Aún no. Pero podía usarla para enviar un mensaje.

Cogió el puñal de su chaqueta.

—Ven, Carina, vamos a jugar un juego. —Le enviaría a Estrella un mensaje a través del tiempo, el espacio y el mundo imposible. Le diría que estaba aguardando.

Usando el puñal llamado así por la diosa de los funerales, empezó a cortar.

LA ENTREGA

1904, St. Louis

El carruaje avanzó traqueteando a través de las tinieblas, llevando a Estrella hacia algún destino incierto. Sobre el banco que quedaba frente a ella, despatarrado con confianza perezosa, North ocupaba demasiado espacio. Tenía un revólver en la mano, una clara amenaza de que no debía intentar hacer nada.

—Será mejor que no muevas eso demasiado —dijo, cuando ella desplazó el cuaderno que descansaba sobre su regazo. Parecía una libreta encuadernada en cuero, de tamaño regular, que cualquiera podría llevar consigo, pero que pesaba más que un libro común. Lo que fuera que había entre sus páginas era denso y pesado... y peligroso—. No queremos que estalle antes de entregarla.

Su advertencia la hizo erguirse un poco más.

—A propósito, ¿a dónde vamos?

—Ya verás —respondió North.

—Creo que tengo derecho a saber a quién voy a matar —le dijo, intentando aparentar una tediosa indiferencia. La realidad era que sus manos estaban húmedas por el sudor que le provocaban los nervios. Intentó mantener el libro lo más quieto posible mientras el carruaje avanzaba dando tumbos. Teniendo en cuenta lo accidentados que estaban los caminos que conducían desde la periferia de la ciudad, donde se encontraba la cervecería, al centro de St. Louis, era todo un desafío.

—¿Quién ha dicho nada de matar a alguien? —preguntó North. Sus ojos estaban eclipsados por el ala de su sombrero, pero su boca delgada se curvó hacia arriba a la luz de luna que atravesaba las ventanillas del carruaje.

—Es una bomba, ¿no es cierto? —preguntó, no permitiéndose sentir aún ningún alivio.

Los labios de North pasaron a ser una fina y dura línea que expresaban su irritación.

—Las bombas son para los sundren. Son sucias y complicadas. Nadie va a morir esta noche —le dijo—. Salvo quizá tú, si ese paquete no llega a su destino. Y definitivamente tu amigo, allí con la Madre Ruth, si haces algo para complicar las cosas.

Estrella frunció el ceño, ignorando su bravuconería. Si los Antistasi querían que ella y Harte murieran, ya habrían intentado matarlos.

—Si no es una bomba, ¿qué es?

—Es un regalo —le dijo. Luego se giró hacia la ventanilla para observar el exterior, dando por terminada la conversación.

¿Un regalo? Y una mierda.

La mujer que había escuchado a otros llamar Madre Ruth había dejado claro que lo que fuera que hubiera en el paquete era peligroso. Ninguno de los Antistasi había querido acercarse a él cuando se lo había entregado a Estrella, con la advertencia de no abrirlo hasta que estuviera lista para hacer la entrega. Las instrucciones de Ruth habían sido simples: no dejarlo en ningún otro lugar que no fuera el centro del edificio, tan cerca del objetivo como fuera posible. Y no hacer nada para traicionar la misión o Harte moriría.

¿Y si atrapaban a Estrella? Pues no era problema de Ruth. A las personas a las que debía

entregarles el libro no les iba a gustar que un intruso se colara en el edificio. Quedaría sola a su merced, pero nadie le había contado quién era el objetivo.

—Por lo menos dime contra quién voy a tener que enfrentarme —dijo intentando atraer de nuevo la atención de North. El camino abierto dio paso a edificios que empezaban a apilarse unos sobre otros a las afueras de la ciudad, las fábricas y los depósitos que bordeaban el río.

—¿Importa? —preguntó con una sonrisa burlona—. ¿Acaso no eres la Ladrona del Diablo?

—Me gusta estar preparada —dijo como si la tuviera sin cuidado—. Y me gusta ser la que decide si el riesgo que corre mi vida vale realmente el precio de la suya.

North la miró, sus extraños ojos de colores desaparejos atravesando su inquietud.

—¿Quién eres tú para emitir ese juicio? —preguntó en voz baja—. No es la primera misión que se hace en tu nombre y, por cierto, no será la última. Ahora no es el momento adecuado para darse aires de grandeza.

Sus palabras sacudieron algo en su interior. Tenía razón. Los Antistasi habían utilizado su nombre quién sabía cuántas veces antes. No tenía importancia que no hubiera sido ella la que perpetrara ninguno de los ataques; había sido una decisión suya la que había echado a rodar todo aquello.

—Eso pensaba. —Se giró hacia la ventanilla, rascando la barba de la línea de su mentón mientras observaba la ciudad que pasaba al otro lado. Por fin, el carruaje se detuvo con un estrépito, y North miró hacia fuera por la ventanilla para ver dónde estaban—. Ya hemos llegado. —Empujó el sombrero hacia atrás para mirarla directamente a los ojos—. ¿Salvo que hayas cambiado de idea?

Estrella consideró las opciones que tenía ante ella. Sabía que el libro era algo peligroso, a pesar de lo que dijera North. Aún podía decir que no. Podía dejarlo caer allí, tensar el tiempo a su alrededor y huir.

Pero ¿luego qué?

La Madre Ruth y el resto de los Antistasi de la cervecería aún tenían a Harte. Se lo habían llevado no mucho después de haber abierto su boca, y Estrella no tenía ni idea de dónde lo habían metido. Para cuando lo supiera, podía estar muerto... No podía tensar el tiempo durante *tanto* tiempo, en especial, últimamente.

E incluso si encontraba a Harte antes de que le hicieran daño, desconocía por completo el paradero de la Llave de Ishtar. No había preguntado, porque no quería alertarlos de su importancia por si no lo sabían. Pero si *ya* sabían el tipo de poder que tenía la gema...

No podía preocuparse por ello. Por el momento tenía un trabajo que hacer. Y si debía decidir entre Harte y la persona para quien estaba destinada aquella entrega, no había realmente opción. Dakari, Dolph... Estrella había perdido a demasiada gente para perder a otra persona más.

Pero había una cosa más, un asunto que no dejaba de irritarla, como una comezón imposible de localizar. Sabía que la estaban utilizando. El nombre de Estrella había circulado por todas partes durante dos años sin que ella lo supiera y, si Ruth se salía con la suya, los Antistasi continuarían utilizándolo. Pero ya estaba cansada de que la utilizaran como a un peón en el juego de otros. Durante toda la vida, el profesor Lachlan la había manejado como un títere sobre una cuerda. No permitiría que Ruth ejerciera el mismo poder sobre ella.

No, había visto el estado de ánimo en el edificio cuando Ruth hablaba, y había oído el temor en la voz de Frank cuando lo había acusado de cobarde. Era posible que los Antistasi siguieran a Ruth, pero no quería decir que la quisieran o que confiaran en ella. Lo cual le daba a ella una oportunidad. Pero para ganarse su confianza, tenía que probar que era una de ellos... empezando

por North. Y eso quería decir que tenía que pasar por aquello.

—No cambiaré de opinión —le dijo—. ¿Quién es mi blanco?

La estudió un segundo o dos, como para determinar si se trataba de otro truco.

—Solo recuerda que no eres la única que puede hacer el número de desaparecer. Si intentas hacer algo, tu amigo morirá.

—Soy consciente de ello. —Le dirigió una mirada cargada de tedio—. ¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche —preguntó mientras continuaba mirándola— o me vas a decir para quién es este paquete?

—Solo quiero dejar las cosas claras —repitió—. Buscas a Caleb Lipscomb. Puedes encontrarlo en el número 432. Está justo al final de esta hilera de locales y luego a la derecha. Una vez adentro, sube al segundo piso.

Caleb Lipscomb. Jamás había escuchado hablar de él, pero eso no quería decir nada necesariamente.

—¿Cómo lo encontraré?

Los ojos extraños de North brillaron divertidos.

—Lo sabrás cuando lo veas. Le gusta ser el centro de atención. Ahora, en marcha —dijo, alzando el pestillo.

Fuera del carruaje, el aire estaba más fresco, pero traía el aroma del río, un olor turbio y terroso al que se superponía la acritud del aceite de máquinas y carbón, que provenía de las fábricas situadas en los límites de la ciudad. Estrella recoló el paquete bajo el brazo, asegurándose de mantenerlo firme y las páginas bien cerradas. Le habían dicho que el fusible que había en su interior se activaría cuando extrajera una hoja suelta del centro, y no quería que aquello sucediera antes de encontrar a la persona a la que iba dirigido.

Sentía una opresión en el pecho. No creía que no fuera una bomba, como North había afirmado, e incluso mientras caminaba hacia su destino, tenía sus dudas acerca de si podría llevarlo a cabo. Una cosa era la teoría, pero otra muy diferente era que sus pies avanzaran sin tregua hacia ese delicado momento en el que tendría que tomar una decisión.

La verdad era que sí había tenido intención de matar a Jack en la estación. Había sujetado el revólver entre sus manos con la determinación de liquidarlo... porque lo *merecía*. Porque ella sabía que haría daño a incontables personas si lo dejaba vivir. Y tenía razón. Por lo que sabía, Jack había sido uno de los promotores de la Ley. Era uno de los motivos por los que en aquel momento la magia era ilegal y los mageus eran perseguidos abiertamente, oprimidos legalmente. Pero por algún motivo aquello parecía diferente. Estrella no conocía a Caleb Lipscomb, quienquiera que fuera. Era un nombre sin rostro, un desconocido que no le había hecho nada.

Aun así, no veía forma alguna de escapar de la situación, no salvo que quisiera ganarse a los Antistas como un enemigo más. Y no salvo que estuviera dispuesta a arriesgar la vida de Harte.

El edificio marcado con el 432 era un extenso almacén que ocupaba el largo de una calle... una fábrica o taller de máquinas de algún tipo. Una única bombilla opaca iluminaba la puerta. Todo parecía una trampa. Miró hacia atrás, considerando sus opciones, y vio a North observándola todavía.

Asintió en dirección a ella. *Ve*, pareció indicarle con el gesto. Estrella dio los últimos pasos hacia la luz cetrina de la bombilla. Abriendo la puerta del edificio lo más silenciosamente posible, avanzó hacia el interior.

LA FUENTE DE BETHESDA

1902, Nueva York

Viola levantó el chal sobre su cabeza y lo acomodó alrededor del mentón. Mantuvo su rostro oculto para evitar que el resto de los pasajeros del tranvía pudieran mirarla mientras se dirigía al norte, hacia Central Park. Paul creía que iba al mercado de pescado en Fulton Street, así que tendría que asegurarse de bajar allí, o en algún lugar, antes de regresar. No podía correr el riesgo de que se volviera aún más desconfiado de lo que ya era. No cuando estaba tan cerca de conseguir la información que necesitaba.

Bajó del tranvía cerca de Madison Avenue y caminó a lo largo de East Drive, cruzando el parque hasta llegar a la extensa plaza abierta donde se erigía la enorme fuente, rematada con un ángel alado. No venía mucho al parque, sola... En realidad, no había muchos motivos para hacerlo. La mayoría de los días, ver a la gente tumbada sobre el césped y disfrutando de un paseo por los senderos arbolados solo servía para recordarle lo que jamás tendría. Pero en las ocasiones en que sí pasaba por allí, se aseguraba de tomar algún sendero que pasara por aquella fuente. Representaba la historia bíblica en la que un ángel sanaba a personas con las aguas del Bethesda.

En una familia de sundren, Viola siempre había sido una anomalía. Sentía la magia con la que había nacido como una marca que la destinaba al fracaso desde sus inicios. Así que la historia del ángel que sanaba sin usar más que un poco de agua siempre le despertaba algo por dentro, como si limpiar su alma del mismo modo fuera algún día posible.

Pero Viola no era una soñadora. Hacía mucho tiempo ya que había aprendido que los cuentos de hadas no eran para ella. Había aceptado que aquel era el cuerpo que había recibido y le satisfacía la vida que había ido forjando para sí misma. No imaginaba otras vidas, y no anhelaba cosas imposibles, así que le resultó aún más preocupante sentir la tensión en el pecho al ver la rosada muselina y el encaje color marfil de la chica que la esperaba sentada junto a la fuente.

Ruby aguardaba donde su nota prometía que estaría. Junto a ella, tenía una pila de paquetes todos atados con una cuerda, y a su prometido, Theo. Estaba apoyado en el banco con las manos acunando su cabeza como si fuera dueño del mundo, y ella escribía sobre una pequeña libreta, con el rostro fruncido por la concentración. No llevaba la sofisticada falda oscura y la camisa abotonada hasta la barbilla y rematada con una corbata como el día en el que Viola había aceptado dar aquel paseo inútil en su carruaje. Hoy el vestido de Ruby parecía algo diseñado para una inocente debutante. Era rosa pálido, con las mangas suavemente abullonadas y un volante delicado de encaje en la garganta. Parecía la imagen de un retrato, sentada allí junto al agua. Parecía intocable. *Imposible*.

Algunos días tenía la sensación de que las perlas que Ruby llevaba la noche de Delmonico's... la hebra con cuentas de marfil, y la forma en la que se posaban perfectamente sobre el hueco en la base de su garganta... se hubieran quedado grabadas a fuego en su memoria.

¡Bah! Se sacudió de encima el recuerdo y le restó importancia a la sensación de sofoco. El tiempo estaba cambiando... era todo. El sol se encontraba bien alto y brillante en el cielo, y el calor que rozaba su piel bajo la blusa no tenía nada que ver con la estúpida, *estúpida* niña rica que había sido tan imbécil como para enviarle una nota con un mensajero al New Brighton... justo

en las narices de Paul. Ruby conseguiría que las mataran a ambas, pero de todas formas, ¿qué podía importarles a los ricos algo tan menor como la muerte? Probablemente pensaban que podrían regalarle al ángel de la muerte un par de dólares y enviar a un criado en su lugar.

Theo fue el primero en advertir la presencia de Viola y le dio un empujoncito a Ruby, quien levantó la vista de su escritura y echó un vistazo a través de la plaza. En cuanto la vio caminando hacia ella, toda su expresión se iluminó y volvió a guardar la libreta y el lápiz en el bolso bordado que colgaba de su muñeca.

—¡Has venido! —exclamó, y antes de que Viola pudiera saber lo que estaba pasando se encontró envuelta entre los brazos de aquella niña rica, sumergida en una nube de flores, ámbar y calidez.

Cuando la soltó, las piernas de Viola se tambalearon y tropezó hacia atrás. Al intentar enderezarse, el chal se deslizo por su cabeza. El grito ahogado de Ruby hizo que volviera a levantar la tela, cubriéndose la cabeza y parte de rostro. Pero la joven no tenía intención de dejar las cosas como estaban. En silencio, con los rasgos delicados contorsionados por la preocupación, levantó la mano para apartar el chal del rostro de Viola.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó, su voz tan suave que apenas pudo oírla por encima del borboteo del agua en la fuente.

—Nadie. No es nada —dijo Viola, alzando el velo de nuevo. Sabía lo que había visto Ruby: el moratón morado y verdoso que ocupaba una buena parte de su mandíbula era el precio por haberse ido de paseo en el carruaje sin decirle a Paul a dónde iba. Su madre se había marchado sin que se despidiera de ella, y su hermano había decidido enseñarle buenos modales a base de golpes.

Podría haberlo matado, pero en cambio aceptó el castigo sin resistirse. Al parecer lo había apaciguado lo suficiente. ¿Qué más podía hacer? No podía contarle a dónde había ido. Pero cada vez que hablaba o comía algo, la herida le producía un dolor punzante, y cada vez que le dolía, se prometía que se lo haría pagar multiplicado por diez.

De todas formas, Viola sentía que era un error estar allí, con aquellas personas. Si pudieran, le harían daño a Paul... especialmente, la chica. Lo harían trizas, lo destruirían. Debía desear algo así... lo *deseaba*... y, sin embargo, seguía siendo familia. Seguía siendo su sangre. Ya no sabía si aquella palabra significaba algo o si solo era otra mentira, como la felicidad y la libertad.

—Eso no es *nada* —dijo Ruby, extendiendo la mano hacia ella—. Alguien te ha hecho daño.

—No tiene importancia —respondió, haciendo a un lado su preocupación. Las personas se hacían daño entre ellas a menudo. ¿Por qué iba a quedar eximida ella de algo así?

Las puntas esmaltadas de los dedos de Ruby se acercaron para tocar su mejilla.

—Podemos ayudarte, sabes. No tienes que...

—¡Basta! —Apartó nuevamente su mano—. ¿Qué vas a hacer? ¿Llevarme a casa contigo como si fuera un perro abandonado?

Ruby parpadeó, claramente sorprendida ante el tono de Viola. Probablemente, porque nadie se hubiera atrevido jamás a hablarle de aquella manera. Ruby Reynolds era el tipo de chica que se había criado sin escuchar la palabra «no», y Viola había nacido con su sabor en la boca.

—No finjas que comprendes mi vida —le espetó, una advertencia y una súplica—. No finjas que puedes hacer algo por cambiarla. Y no imagines que quiero que lo hagas. —Alzó la barbilla—. Yo misma me ocuparé de ello. —Era una declaración y una promesa a la vez—. No necesito la caridad de una niña rica.

Vio que Ruby se estremecía levemente, pero no se echó atrás.

—No he querido decirlo en ese sentido. Solo quería ayudar.

—He venido, tal como me habías pedido —dijo, ignorando el dolor en su voz—. Ahora, ¿qué es lo que quieres?

—Pensaba que podríamos hablar. —Ruby mordisqueó su suave labio inferior con el borde de uno de sus dientes blancos y perfectos.

—Pues habla —le dijo.

—Quizá podríamos ir a algún sitio más privado. —Miró alrededor como si le preocupara que alguien la viera hablando con una mujer tan ordinaria como Viola.

Sintió una opresión en el pecho, como la noche de Delmonico's cuando le habían ajustado el corsé. No tendría que haber venido.

Aún podía marcharse. Debería hacerlo, antes de permitir que aquella estúpida niña rica hiciera que empezara a dudar de sí misma o de la vida que había elegido. Pero si se marchaba le habría dado la razón a Ruby, y Viola tampoco lo podía permitir.

—Está bien —dijo, más enérgica de lo que quiso—. ¿A dónde quieres ir?

—¿Quizá podríamos alquilar alguna de estas barcas? —sugirió Theo—. El día está lo bastante agradable, y me vendría bien el ejercicio.

Viola se tragó el suspiro que se había ido formando dentro de ella. No podía imaginar una vida tan fácil, tan llena de lujos, que Theo necesitara encontrar trabajo. Trabajo sin sentido, remando en círculos sin llegar a ningún lado. *Ridículo*. Pero cuanto antes terminara con aquello, mejor.

—Como queráis —dijo, sin mirar del todo a Ruby—. Vamos.

UNA CHICA OBEDIENTE

1902, Nueva York

Viola estaba furiosa con ella por haber enviado aquella nota. No se lo había dicho directamente, pero Ruby sabía que el fuego que desprendía su mirada estaba directamente relacionado con que se hubiera puesto en contacto con ella. No era lo que Ruby pretendía, y sin embargo en aquel momento caía en la cuenta de que lo había hecho de todas formas. Había mandado llamar a Viola, así como podría haber mandado llamar a su criada o tocado la campana para que la cocinera le preparara una taza de té. Y por algún motivo, Theo lo había empeorado sugiriendo que alquilaran una de aquellas barcas de remo en el lago.

Pero Ruby se había percatado de que, por rápido que le funcionara el cerebro o por listilla que fuera al hablar en cualquier otra situación, cuando estaba con Viola, algo le fallaba. Ante sus ojos violetas que la miraban con furia, no pudo hacer mucho más que asentir débilmente.

—Esta es una idea terrible —susurró caminando junto a Theo mientras Viola los seguía por detrás.

—¿Por qué? —preguntó él, echándole un vistazo.

—Porque me odia —respondió, lo suficientemente bajo como para que Viola no la oyera.

—Es una fuente, Ruby. Trátala como a cualquier otra fuente. No hace falta que le agrade. Hace falta que te ayude.

Tenía razón, por supuesto, pero la verdad es que no lo parecía.

Las cosas no mejoraron cuando el barquero que dispuso la embarcación para ellos sugirió que su criada podía esperar en el banco que había cerca del cobertizo de embarcaciones.

—No —dijo Ruby, las mejillas encendidas por la absoluta mortificación—. Ella viene con nosotros. —Por el rabillo del ojo, vio la cabeza de Viola girar violentamente hacia ella—. Me refiero a que no es mi criada... nuestra criada. Es nuestra... —¿Qué era exactamente Viola?

—Nuestra amiga nos acompañará —dijo Theo, salvándola de aquella situación.

No es que consiguiera detener la ola de calor que ascendía por su cuello hasta sus mejillas. En aquel momento, su piel debía estar inflamada y roja. Era mortificante, realmente lo era.

Viola guardó silencio mientras subían a la embarcación y el barquero los empujaba hacia el agua. Theo empezó a remar con paladas largas y lentas, haciendo que la barca se deslizara lejos de la orilla hacia el centro del lago.

Era un día hermoso, tal como Theo había señalado. En cualquier otro momento, Ruby habría disfrutado de la excursión, flotando en el agua, lejos de las preocupaciones y responsabilidades que solía llevar a cuestas. Etérea y diáfana. Cuando era solo una niña, había sido un verdadero placer que su padre la trajera al parque junto a sus hermanas, especialmente al comienzo de la primavera, cuando hacía días tan buenos como aquel, cuando parecía que de un momento a otro la ciudad se cubriría de flores.

Pero aquello había sido antes de que todo sucediera. Theo la había traído un par de veces el último verano, intentando levantarle el ánimo, pero nada era mejor para eso que el propio trabajo.

Aquello *era* trabajo, se recordó a sí misma. Pero sentada frente a la mirada furiosa de Viola, Ruby lo halló decididamente incómodo.

Viola era sencillamente tan... *formidable*. No era que fuera alta. Era incluso más baja que ella,

y sin duda no era gorda ni rollliza siquiera. Pero su cuerpo tenía las curvas y redondeces que al suyo le faltaban. No era mayor que Ruby, pero por algún motivo parecía una mujer más que una chica. Sus ojos destilaban experiencia y sabiduría.

Oh, pero su pobre rostro.

Viola notó que Ruby la miraba de nuevo y levantó el chal aún más para cubrirse la herida.

Alguien le había pegado. Alguien le había *hecho daño*. Ruby tuvo ganas de destruirlos por ello.

Theo silbaba una melodía desconocida mientras desplazaba la barca en vueltas lentas y circulares alrededor del lago.

—Bueno, pues... —Era algo estúpido que decir—. Deberíamos hablar.

Viola no respondió. Simplemente, aguardó expectante, y Ruby, que siempre sabía qué decir, no sabía por dónde empezar. Le molestaba que la mirara como si supiera exactamente lo que estaba pensando, hasta las partes que le ocultaba a todo el mundo salvo a Theo... Las partes que ocultaba *incluso* de él. En ninguno de los salones de baile en los que había estado, girando entre los brazos de incontables pretendientes, se había sentido jamás ni tan remotamente insegura de sí misma como bajo el escrutinio de Viola.

Extrajo la pequeña libreta y el lápiz. No era gran cosa, pero la acción la ayudó a centrarse un poco.

—¿Qué sabes del vínculo que tiene tu hermano con John Torrio, Vaccarelli?

—Torrio es uno de sus hombres —dijo Viola—. Paolo está preparando a Torrio para que participe en sus negocios. Le agrada —dijo con una dosis no menor de desagrado. Arrugó la nariz, un claro indicio de que no estaba de acuerdo.

—Y tu hermano —continuó Ruby, concentrándose en las notas que escribía para no tener que volver a encontrarse con la mirada de la chica—. ¿Qué puedes decirme de sus negocios?

—Tiene el New Brighton y el Café Little Naples, que son los que conoce mi madre, y luego tiene a los Five Points. —Enumeró algunos más, un par de prostíbulos y otras conexiones que tenía, pero no eran nada que Ruby no supiera ya—. Mi hermano es un *coglione*... ¿cómo se dice? No es un tipo agradable. Es un bastardo, no de nacimiento, sino por elección.

Ruby creía en cada una de las palabras de Viola, pero otros periódicos ya se habían ocupado de las conexiones de Paul Kelly con los bajos fondos de la ciudad. No era lo que le interesaba.

—Envié a John Torrio para matarme, ¿no es así? —preguntó, finalmente levantando la mirada del papel. Pero en aquella ocasión fue Viola quien no quiso mirarla—. Está bien —le dijo—. Sé que estuviste allí, pero sé que no quisiste hacerme daño. —Apoyó la mano sobre la rodilla de la joven.

Los ojos de Viola subieron relampagueando para encontrarse con los suyos. Avergonzada y de pronto demasiado acalorada, Ruby apartó la mano.

—¿Sabes por qué enviaron a Torrio a matarme?

Viola asintió con la cabeza.

—Escribiste algo que no les gustó mucho.

—Exacto. Escribí un artículo sobre un accidente de tren, y no tenía nada que ver con Paul Kelly ni con ninguno de sus Five Points. —Las cejas de Viola se contrajeron, pero no habló. Sus ojos en cambio parecían instarla a que siguiera—. Era una noticia acerca de un descarrilamiento que sucedió hace nueve días fuera de la ciudad. Había un hombre en ese tren, un amigo de Theo del colegio...

—No lo llamaría exactamente un amigo —dijo este secamente—. Especialmente no ahora...

—Eran conocidos —corrigió Ruby, intentando no perder los estribos—. Les dijo a los médicos

que lo rescataron que había visto en el tren a un hombre que al parecer tendría que haber estado muerto. Cuando lo sacaron, tenía una contusión bastante grave en la cabeza, pero hablaba de mageus... de un mago llamado Harte Darrigan y de una chica.

Los ojos de Viola se abrieron ligeramente.

—¿Harte Darrigan?

Viola conoce el nombre. Pero Ruby no sabía lo que aquello significaba.

—Y una chica —repitió—. Hablé con Theo para que me consiguiera acceso a este hombre, Jack Grew, que no sabía quién era yo o no le importó. Fue una exclusiva *colosal*. Y la Orden hizo todo lo que pudo por aniquilarla, incluyendo lo de intentar matarme. Así que, como ves, tengo un interés personal en todo esto. No van a conseguir que me calle, señorita Vaccarelli. No seré la chica buena y obediente que ellos quieren que sea. Los expondré y haré todo lo posible por destruir el poder de la Orden en esta ciudad. —Hizo una pausa, conteniendo la ira y la impaciencia de nuevo—. Pero esto va más allá de la Orden.

—¿En serio? —preguntó Viola, su expresión pensativa y seria.

Ruby asintió.

—Si Jack Grew estaba en lo cierto, y creo que lo estaba por todos los esfuerzos que han hecho para cerrarme la boca, el descarrilamiento del tren no fue un accidente. Fue un *ataque*. Y lo hicieron con magia.

EL PARTIDO SOCIALISTA DE LOS TRABAJADORES

1904, St. Louis

Cuando Estrella entró en el edificio, estaba oscuro, pero alcanzó a ver el brillo que provenía de un pasillo a la derecha. En la distancia oyó algo como el murmullo de una multitud. Puesto que Harte no estaba allí, se arriesgó a concentrar la afinidad a su alrededor y seguir la fuente de luz hasta que encontró que provenía de un tramo de escaleras.

Reteniendo el tiempo con fuerza, subió los escalones lentamente, tratando de mantener en equilibrio el ejemplar bajo el brazo. Al final de las escaleras había otro pasillo, pero justo después encontró una puerta de la que salía un resplandor de luz por debajo. Al caminar hacia él, el sonido de sus propias pisadas resonó en el silencio que había creado su propia magia. La puerta estaba abierta y, con el tiempo aún paralizado, se deslizó dentro.

Al otro lado había un salón enorme lleno de gente. El espacio de techos altos se extendía a todo lo ancho del edificio, y los hombres y las mujeres que se reunían allí habían quedado atrapados en la red inmóvil del tiempo, sus bocas abiertas y las expresiones absortas mientras escuchaban al orador que se situaba en el centro. Aunque algunos estaban sentados en bancos alrededor de la sala, la mayoría estaba de pie, y rodeaba a un hombre que se encontraba elevado sobre la pequeña plataforma de un escenario. El orador llevaba las mangas de la camisa enrolladas hacia atrás para exhibir los gruesos antebrazos de un trabajador, pero era evidente que sus días de trabajo habían quedado atrás. El cabello que aún conservaba de su calvicie incipiente era prácticamente blanco, y su rostro estaba parcialmente oscurecido por una tupida barba. Tenía la mano en alto, y una expresión extasiada, con la boca abierta y los ojos exaltados.

Estrella tuvo la sensación de que aquel hombre que estaba en medio de toda la concurrencia era Lipscomb. Podía dejar el dispositivo allí e irse, pero si erraba, podía significar un problema. Tenía que asegurarse de que era el blanco correcto.

Abriéndose paso entre la multitud, se cuidó de no tocar a nadie ni de mover el paquete que llevaba bajo el brazo. Encontró un pequeño hueco en un rincón trasero, lejos de cualquiera que pudiera advertir su repentina presencia, y luego soltó el tiempo. La habitación retomó su movimiento. El ruido de la multitud era ensordecedor, y el aire se cargó de pronto de una electricidad que no tenía nada que ver con la magia.

Justo en el centro, la voz del hombre retumbó por encima de la multitud.

—A los burgueses no les importan los trabajadores en absoluto —gritaba—. Si fuera por ellos, imprimirían su dinero con la sangre de nuestros hijos. Mientras nuestras familias se matan trabajando en fábricas, los hombres ricos de esta ciudad planean fiestas y bailes. ¡Se dan banquetes mientras nosotros nos morimos de hambre! Mirad los excesos de la Exposición —gritó, golpeando el puño contra la mano para enfatizar sus palabras—. En lugar de celebrar al trabajador, el verdadero espíritu de este país, la Exposición celebra un pasado feudal al que *no* se le puede permitir que resurja. Han construido palacios y templos en nuestra ciudad, una ciudad donde quienes nacieron en esta nación mueren sin un techo sobre sus cabezas.

»Mirad a la Sociedad, con sus costumbres paganas. Acuden a la magia, a lo *oculto*, porque saben que no podrán callar a los trabajadores de este país. Saben que solo el poder pagano puede

someter el poder de los trabajadores cuando se unan. Pero nosotros les demostraremos que ni siquiera su magia bastará para extinguir el fuego que hemos encendido aquí, en este lugar, esta noche. —Hizo una pausa, mirando alrededor de la sala con satisfacción—. La Sociedad ha planeado un desfile...

El salón retumbó con murmullos indignados, solo interrumpidos por suaves abucheos. La voz del hombre no llevaba consigo ningún rastro de magia, pero de todas formas había cierto poder allí. Estrella lo sintió conmoviendo las almas a su alrededor en la sala sin otra cosa que sus palabras. Las personas se inclinaban hacia la plataforma sobre la que estaba de pie, sus mentes abiertas y dispuestas a aceptar lo que dijera.

—Sí. Su desfile es una abominación. Su profeta es falso, un ídolo de ganancias y poder creado para reprimir la voz del proletariado. Todos vosotros lo sabeis. Lo habéis visto con vuestros propios ojos durante todos estos años desde que los valientes porteros se pusieron en pie para exigir un salario que les permitiera subsistir y terminaron aplastados por las autoridades de esos cerdos burgueses. Todos los años la burguesía nos recuerda que ellos tienen nuestras vidas en sus manos... manos que jamás han conocido el peso de un martillo o el tormento del trabajo... pero no este año.

»Este año nos alzaremos. Este año, ante el mundo que nos observa, con el mismísimo presidente contemplando el espectáculo, *debemos* alzarnos y decir *basta*. Debemos exigir lo que es nuestro... con la fuerza si es necesario.

La multitud estalló alrededor de Estrella, y alzó las manos en un remedo de aplauso para no llamar la atención. Pero sus palabras, junto con la ira y el odio de su tono, la intranquilizaban. La sala parecía un barril de pólvora a punto de estallar.

—¿Es tu primera reunión? —Una muchacha se había acercado y la examinaba con una mirada escrutadora.

—¿Qué? —preguntó Estrella, alarmada ante lo fácil que había resultado que la sorprendieran. Llevaba un vestido color gris pizarra, abrochado hasta la barbilla. El color parecía demasiado severo para lo joven que era, pero el corte austero se ajustaba a su adusta expresión.

—Eres un rostro nuevo —dijo la chica, con un interrogante en la mirada.

La mente de Estrella se aceleró.

—Me he enterado de esta... esta reunión —dijo, improvisando mientras hablaba— y he pensado que podría ver por mí misma de qué trataba todo esto.

—¿Quién te ha hablado de ello? —preguntó la chica. Su voz era suave pero decidida, y la miró con desconfianza.

—Oh, uno de los tipos de la fábrica de cerveza. Dijo que me podría parecer interesante.

La chica estudió a Estrella durante un momento, como si no estuviera segura de si debía creerle, pero luego cedió.

—Soy Greta, ¿y tú?

—John —dijo Estrella, eligiendo el nombre más sencillo y olvidable que se le había pasado por la cabeza.

—Un placer tenerte entre nosotros, John —le dijo Greta entregándole una hoja de papel—. Nuestro movimiento necesita más personas capaces que estén dispuestas a mantenerse firmes.

Con la libreta apretada con fuerza bajo el brazo, Estrella la aceptó sin leerla.

—Gracias —dijo—. ¿Quién hablará ahora?

Los ojos de la chica se estrecharon un poco.

—Tu amigo, el de la fábrica de cerveza. ¿Acaso no te lo ha dicho?

La garganta de Estrella se constriñó.

—Solo me dijo que me interesaría... no mucho más.

—¿Dónde está? —preguntó la chica— ¿Tu amigo?

—¿Quién sabe? —respondió, y cuando presintió que no era la respuesta correcta, añadió—: Probablemente, trabajando horas extra. —Encogió los hombros, esperando transmitir tedio y frustración—. Ya sabes cómo es... cuando el encargado dice que te quedas, te quedas.

La expresión de la chica se relajó levemente.

—Sí. Todos sabemos cómo es. —Miró hacia el orador y de nuevo a Estrella—. Ese de ahí es Caleb Lipscomb. Es el secretario actual del Partido Socialista de los Trabajadores. Es brillante.

—¿A qué desfile se refiere?

—El Desfile del Profeta Velado —respondió la chica, y volvió a mirarla con sospecha—. Lo organizan todos los años... —Su voz se perdió como si fuera algo que Estrella tendría que haber sabido.

—Soy nueva en la ciudad —explicó—. He venido porque mi primo me dijo que había trabajo, entre la Exposición y todo lo demás. Solo llevo aquí unos dos meses.

Su expresión seguía tensa.

—¿Dónde dices que trabajas?

Estrella se sintió como si el cuello rígido de la camisa la estuviera estrangulando, pero había estado en situaciones peores.

—La cervecería Feltz —dijo, nombrando el establecimiento de Ruth... Era el único lugar que conocía.

La chica emitió un sonido desde el fondo de la garganta.

—Se refiere al Desfile del Profeta Velado que se celebrará el Día de la Independencia.

—Este desfile... ¿se trata de algo importante? —preguntó Estrella, intentando hacerse una idea de lo que la chica pensaba de él.

—Depende de quién seas. A muchos en la ciudad les gusta el espectáculo que ofrece, pero hay muchos otros, como nosotros, que saben la verdad. —Greta encogió los hombros—. Solo es una demostración de poder. La Sociedad empezó el desfile en el 78, después de que la huelga de ferrocarriles amenazara con colapsar la ciudad. No podían dejar que un puñado de trabajadores ignorantes se saliera con la suya con una medida como aquella, especialmente, quienes tienen la piel más oscura que la suya, así que inventaron al Profeta y el Desfile. Usan la amenaza de la magia para mantener a los trabajadores controlados durante todo el año, y el desfile es un recordatorio de su poder... un recordatorio de quién es verdaderamente libre en este país. —La expresión de la chica se iluminó con su determinación—. Jamás se lo ponemos fácil, y el desfile de este año no será ninguna excepción.

—Ya veo —dijo Estrella, echando un vistazo a la hoja que tenía en la mano. El texto en negrilla solo reforzaba la ira de las palabras que podían leerse en la página impresa.

—Pues, disfruta del resto del evento —concluyó la chica—. Si tienes alguna pregunta, cualquiera de los que tenemos una de estas hojas podemos responderlas.

—Gracias —respondió, y dirigió la mirada nuevamente al hombre que hablaba en el centro de la sala.

Vete, pensó mientras sentía la mirada de la chica.

Fingió prestar atención a lo que decía Lipscomb. Tras unos minutos, miró por encima del hombro y vio que la chica seguía observándola. Maldijo para sí. Mientras estuviera allí, estaba atrapada... No podía desaparecer, y no podía soltar el paquete, no sin delatar quién era o lo que

estaba haciendo. La magia haría más fácil su tarea, pero con la chica no podía correr el riesgo.

La multitud se apartó un poco delante de ella, y Estrella aprovechó la oportunidad para deslizarse dentro, abriéndose paso hacia la pequeña plataforma sobre la que se encontraba Caleb Lipscomb. Cada poco tiempo hacía una pausa, como reflexionando sobre sus palabras, y luego aprovechaba la oportunidad que ofrecía algún desplazamiento entre el público para acercarse aún más. No dudaba de que la chica siguiera observándola, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Cuando llegó hasta Lipscomb se detuvo frente a él, manteniendo a salvo la libreta entre las manos. Esperaría un minuto o dos antes de hacer su jugada.

—Pero debemos permanecer alertas —bramó Lipscomb—. Sabemos que hay quienes corromperían nuestro propósito. Elementos indeseables que traen con ellos las supersticiones feudales de los viejos países: los católicos con su lealtad papal y aquellos que se niegan a dejar de lado su magia salvaje para unirse al verdadero proletariado. Sabéis de lo que hablo —gritó, su voz alcanzó un tono demencial.

—¡Gusanos! —gritó alguien desde la multitud en la sala.

Estrella vio que la boca de Lipscomb se curvaba al escuchar la calumnia.

—Sí. ¿Por qué vienen aquí? ¿Por qué a quitarnos el trabajo por el que tanto hemos luchado? ¿Para pervertir el país que intentamos construir con sus costumbres peligrosas? —Lipscomb sacudió la cabeza con dramatismo—. Tenemos que salvaguardarnos de quienes tergiversarían al verdadero proletariado con sus poderes oscuros.

Estrella fingió interés, ocultando su desagrado bajo una plácida expresión. *Aparentemente, no hay honor entre ladrones ni solidaridad entre los oprimidos.* Quizá no conociera a Caleb Lipscomb, pero conocía a otros como él. Sintió que se aligeraba en parte la culpa que llevaba por lo que debía hacer.

Me haría lo mismo a mí, pensó acercándose aún más a la plataforma. *Incluso, algo peor.*

Cuando alguien chocó con ella, Estrella aprovechó el momento para dejar caer al suelo la hoja que la chica le había dado. Esperó hasta que aterrizara a sus pies antes de agacharse para recogerla, y con un movimiento sutil perfeccionado durante sus años de entrenamiento, colocó el paquete sobre el suelo y sostuvo el borde de la hoja suelta en el interior. Luego deslizó la libreta hacia delante hasta que la hoja suelta se desprendió y el dispositivo estuvo directamente debajo de la plataforma.

Los Antistasi habían explicado que, una vez que retirara el fusible, tenía menos de cinco minutos, pero cuando se puso en pie de nuevo, advirtió que estaba acorralada, atrapada por la multitud de pie, gritando con el fervor de nuevos conversos. No había brecha entre el gentío, así que creó un hueco, lanzando un fuerte codazo en el estómago del hombre que tenía detrás. El hombre gimió y cayó de espaldas, sobre la gente que estaba atrás, y la multitud, que ya tenía los ánimos exaltados, respondió empujándolo de nuevo. En cuestión de segundos, alguien lanzó un puñetazo, y la sala se convirtió en un verdadero caos.

Estrella agachó la cabeza, manteniéndose a escasa altura mientras se abría paso a empujones hacia el exterior de la sala. Cuando llegó al otro lado, tensó el tiempo a su alrededor y echó a correr.

No soltó el tiempo hasta que estuvo fuera del edificio y en el carruaje donde la esperaba North. Los sonidos de la noche regresaron al abrir la puerta e ingresar a él.

—¡Vamos! —le dijo, mirando a través de la ventanilla.

Él no levantó la mirada mientras se limpiaba las uñas con la hoja de una navaja.

—¡Vamos! —volvió a decir—. Tenemos que huir de aquí.

—Vamos a esperar uno o dos minutos solo para estar seguros.

Está loco.

Aún sentía el aliento entrecortado tras salir corriendo del edificio y precipitarse a toda velocidad por la calle, y sentía que el corazón le saldría eyectado del pecho por el vigor de sus latidos. Cuando hacías un trabajo no te quedabas allí esperando a que te detuvieran.

—Tenemos que salir de aquí antes de que llegue la policía.

—Tenemos tiempo —volvió a decir, guardando la navaja en el bolsillo trasero. Extrajo el reloj de bolsillo del interior de su chaleco y lo observó—. Yo diría que tenemos por lo menos dos minutos más.

Puesto que había usado su afinidad para escapar, había tardado casi cuatro minutos.

North acababa de levantar el revólver cuando oyeron el eco de un pequeño estallido.

Estrella sintió que el estómago le daba un vuelco.

—Me habías dicho que no era una bomba —le dijo con la boca reseca, pensando en todas aquellas personas que había dentro de la sala... Trabajadores, obreros, todos lo que habían venido a escuchar porque necesitaban esperanza. Había estado tan furiosa con las palabras de Lipscomb que no había considerado al resto de la gente al colocarle el dispositivo.

—No —dijo él, encontrándose con su mirada—. Te había dicho que nadie moriría, y no lo harán. Los explosivos de ese paquete no harán más que arrancar una pierna o un brazo... solo lo suficiente para que Lipscomb termine en el hospital y fuera de nuestro camino. —Giró la perilla lateral de su reloj justo cuando las primeras personas empezaban a salir a raudales por la puerta del edificio. Con ellos emergió una neblina densa y turbia, e incluso a una calle de distancia, Estrella pudo sentir en el aire la extraña magia, gélida y caliente a la vez.

—¿Qué les has hecho? —preguntó.

—No es qué les hemos hecho *a* ellos —señaló, levantando la mirada del reloj—. Es qué has hecho *tú* en beneficio de *ellos*.

Cerró el reloj con un chasquido, y Estrella no tuvo tiempo de contemplar el significado de sus palabras antes de sentir que sus venas se helaban y el mundo se tornaba blanco.

1902, Nueva York

Viola sintió que le faltaba el aire.

—¿A qué te refieres con que lo hicieron con magia? —le preguntó a Ruby. Al hablar, el cutis de la joven pasó de un pálido color crema a un intenso rosado, conmovida por el furor de sus convicciones. No la hacía menos atractiva en absoluto.

—Jack fue muy claro: el tren no solo descarriló. No hubo una bomba. Los dos, Harte Darrigan, que tendría que haber muerto en el puente de Brooklyn el día antes del accidente, y esta Estrella Filosik, usaron la magia para destruir el tren. —Se inclinó hacia delante—. Usaron la magia *al otro lado* del Umbral.

—Eso no es posible —le dijo a Ruby. No salvo que Darrigan tuviera el Libro. ¿Y que Estrella estuviera con él? *No*.

—Si nada de eso es verdad, ¿por qué la Orden se tomaría tantas molestias para evitar que yo se lo contara a la gente? —preguntó Ruby.

Pero Viola no podía hacer otra cosa que no fuera sacudir la cabeza, aturdida.

—El hecho en sí de que estuvieran dispuestos a contratar a tu hermano para que me matara solo demuestra lo cierto que es. Hay mageus fuera de la ciudad, y hay más —añadió Ruby—. Jack me contó lo que realmente pasó en Khafre Hall la noche que se incendió.

El estómago de Viola pareció llenarse repentinamente de plomo fundido.

—¿Ah, sí? —preguntó. Intentó evitar que le temblara la voz, incluso mientras se preguntaba por la profundidad del agua que los rodeaba. ¿Sería todo aquello una trampa?

—Sufrieron un robo —le dijo Ruby. La satisfacción brilló en su mirada—. Un grupo de mageus entró en su cuartel general y se llevó todos sus tesoros.

—¿Verdad? —La voz de Viola sonaba débil, incluso para sí misma.

Ruby asintió; sus ojos color medianoche emitían chispas.

—Sí, pero la Orden sigue intentando cubrirlo. A nadie se le ha escapado nada acerca de quiénes eran los ladrones o qué robaron. Mientras las personas de esta ciudad sigan pensando que la Orden es todopoderosa, seguirán apoyándolos. Por eso te necesito. Necesito saber qué sucedió en Khafre Hall.

—No sé nada de lo que hablas —dijo Viola. Por un instante se olvidó de dónde estaba. Casi se pone de pie, tambaleando, pero el movimiento de la barca la hizo recordar—. Llévame de regreso —le pidió a Theo—. No quiero saber nada más de esto. De nada de esto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ruby, legítimamente confundida—. Si estás preocupada por lo que pueda sucederte, nosotros podemos protegerte.

—¿Vosotros? —Viola rio ante la ridiculez de su afirmación—. ¿*Vosotros* vais a protegerme a mí?

—Podemos asegurarnos de que estés a salvo de Paul Kelly cuando salga la noticia...

—¿De Paul? —preguntó Viola, sorprendida.

—¿Acaso no lo ves? —preguntó Ruby, bajando la voz—. Todo se conecta. Kelly tiene a Torrio, un mageus, que trabaja para él y entonces roban en Khafre Hall. Paul Kelly, que ya tiene fama de ser un famoso criminal... sin ánimo de ofender —añadió, y sus mejillas se sonrosaron aún más.

Viola desestimó las disculpas.

—¿Tú crees que mi *hermano* es uno de los que entró a robar en Khafre Hall? —preguntó, estupefacta. Era mejor eso a que pensara que había sido la propia Viola la que había estado involucrada, aunque no mucho mejor.

—No estoy completamente segura, pero tú me podrías ayudar con ello. Si podemos probar que él lo hizo, sería posible derribar a uno de los jefes de la mafia y a la Orden de una sola vez. La Tammany tendría que traicionar a Kelly porque les interesa congraciarse con la Orden, y todo el mundo sabría que se trata de una institución débil e inútil. Y si podemos averiguar lo que les sustrajeron los matones de Kelly, quizá hasta podríamos rastrear los objetos y asegurarnos de que no caigan en las manos equivocadas.

La mente de Ruby era una maravilla, pero era una maravilla peligrosa. Si la chica insistía en investigar aquello, era más que posible que tarde o temprano descubriera la conexión con Dolph y con la propia Viola. Pero si Ruby dependía de ella para obtener la información, Viola podía encaminar la investigación hacia el camino que quisiera. Y si era muy lista, podía destruir a Nibsy Lorcan en el proceso.

Había dudado sobre lo que debía hacer, pero la idea de ver a Nibsy arruinado la hizo tomar una decisión. Sí, su hermano podía ser su misma sangre, pero había elegido su propio camino. Cogió un paquete de la canasta que llevaba y se lo entregó a Ruby.

—¿Qué es esto? —Los ojos de la chica se agrandaron mientras extendía las manos.

Viola vaciló.

—Son recibos de los últimos meses —le dijo—. No sé qué hay dentro o si será útil, pero Paul tiene grandes planes. Solo durante la última semana, ha enviado a cuatro de sus Five Points fuera de la ciudad.

—¿Para qué?

Viola encogió los hombros.

—No estoy segura, pero quiere un trozo de mundo más grande del que pueden ofrecer las calles de esta ciudad, y conozco a mi hermano. El ancho mundo no tiene ninguna necesidad de que se inmiscuya en sus asuntos.

Las cejas de Ruby se fruncieron mientras hojeaba los recibos, estudiándolos.

—¿Hay algo más?

—Hay más, pero Paul los custodia de cerca. No he podido acercarme a ellos. —Viola arrugó el ceño al pensar en lo muy de cerca que la vigilaban su hermano y sus matones—. Pero lo haré.

—¿Cuándo? —presionó Ruby, llevándose el paquete al pecho.

—Cuando pueda —dijo Viola, irritada ante la nota de insistencia en su tono.

—Eso no es suficiente —respondió la otra joven. Su tono de voz se elevó mientras abrazaba el paquete de documentos aún más cerca—. Necesito que me des una fecha.

—Ruby —dijo Theo con cuidado. Había estado remando de forma pareja para regresar a la orilla del lago.

—No soy tu criada —resopló—. No te corresponde decirme qué hacer ni cuándo.

—Nunca ha sido esa mi intención —dijo Ruby, sus pálidas mejillas encendidas—. Solo quería decir...

—No has querido decir *nada, principessa* —espetó. El estrés de estar atrapada tan cerca de Ruby, de sentirse arrinconada de tantas maneras, rompió los diques que había erigido y salió de ella como un sermón acalorado—. Ese es tu problema. Los riesgos que tomas, los peligros a los que te expones, siempre arrastrando a este como una mascota...

—Oye —interrumpió Theo, pero Viola lo ignoró y siguió adelante.

—En tu precioso y pequeño mundo, estás demasiado a salvo para saber lo que es el peligro. Impartes órdenes, y ni siquiera te molestas en ver a las personas que se afanan por cumplirlas. Pero no puedes obligarme a mí a correr para cumplir ninguna de ellas.

—Jamás... —empezó a decir Ruby—. Eso es... Solo estás... —Y luego farfulló un par de palabras más antes de emitir un sonido de exasperación y apartar la mirada.

Viola fingió que no había visto la forma en la que los ojos de Ruby se llenaban de lágrimas o cómo le temblaba la voz. En cambio, ella también giró la cabeza, ignorando a ambos.

Durante los minutos siguientes, Theo siguió remando para llevarlos de regreso. En cuanto atracaron, Ruby se puso en pie de un salto, y salió de la embarcación con ayuda del barquero. Se largó de forma airada sin decir nada más, como la niña rica y mimada que era.

Theo salió de la embarcación primero y luego ayudó a Viola, que odiaba la sensación de la barca meciéndose bajo sus pies, al subir al muelle. Por un momento permanecieron en un silencio incómodo, como si ninguno quisiera ser el primero en marcharse.

—No voy a disculparme si eso es lo que estás esperando —le dijo a Theo, que la miraba fijamente.

Su boca se curvó hacia arriba, pero tenía la expresión triste.

—No esperaba nada de eso.

Lo miró furiosa.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

—Estoy pensando... —Dio un golpecito sobre el mentón, entrecerrando los ojos por el brillo del sol—. Tiene buenas intenciones, sabes.

Viola tan solo lo miró indignada.

—Sé lo que te puede parecer, pero conozco a Ruby desde que casi no levantábamos ni un palmo del suelo. Ha tenido una vida dura, primero por lo de su padre y luego por todo lo que le ha sucedido a su familia desde entonces. Realmente, quiere ayudar. A su manera, intenta hacer algo noble. —Pero cuando Viola continuó mirándolo furiosa, soltó un suspiro—. Esto no acabará bien, ¿verdad?

La sinceridad de su mirada hizo que de pronto se desvaneciera todo su ánimo de lucha.

—Paul Kelly no es una persona con la que convenga jugar...

—No es lo que quería decir —dijo sacudiendo la cabeza—. Pero probablemente también tengas razón respecto de ese asunto. Ha sido un placer verte de nuevo, Viola.

Ella extendió el brazo y lo agarró de la manga.

—¿Hay alguna manera de convencerla para que se olvide de este desquiciado plan? —preguntó. Por algún motivo fue incapaz de impedir que se colara una urgencia involuntaria en su voz.

Theo rio.

—Aún no soy capaz de convencer a Ruby de que cambie de opinión respecto de algo. Tiene más vidas que el gato del proverbio. —Luego su expresión se suavizó—. Ten cuidado con ella, ¿vale?

Viola frunció el ceño.

—No sé de qué hablas...

—Imagino que sí lo sabes —dijo, dirigiéndole aquella sonrisa tonta y un poco torcida que habría parecido medio ebria en cualquier otra persona. Pero a Theo lo hacía parecer inocente y... pues realmente demasiado *bueno*—. Creo que lo sabes, y a pesar de las bravuconerías que sueltas... de las cuales disfruto bastante, dicho sea de paso... tendrás cuidado con ella. Si no, te las verás conmigo.

El joven ladeó el sombrero para despedirse, y luego se dio la vuelta para recoger los paquetes de Ruby antes de echar a correr para alcanzarla, dejando a Viola sola en la orilla del lago. Se quedó con la boca abierta por la confusión, sintiendo como si de algún modo acabara de perder una discusión que ni siquiera sabía que había entablado.

NO TAN DIFERENTES

1904, St. Louis

Harte no tenía ni idea de dónde lo habían dejado los Antistasi, pero tuvo la sensación de que se trataba de un lugar subterráneo, como una carbonera o un sótano. Habían decidido no correr ningún riesgo, porque no mucho después de dejarlo caer sobre el suelo, había oído el mismo estallido y siseo que había oído con anterioridad en la parte trasera de la carreta. Un momento después llegó a su nariz el mismo olor denso; su cabeza empezó a flotar y su afinidad se embotó. Lo que fuera que hubiese sido, ya se había evaporado, pero seguía sintiendo su afinidad a metros de distancia.

Las cuerdas alrededor de sus muñecas estaban demasiado ajustadas para poder quitárselas, así que permaneció sentado en la oscuridad que le habían impuesto y aguardó. Lo único positivo era que aquella droga silenciaba a la voz que tenía dentro. Pensaba que debía de ser algo más que opio para que tuviera aquel tipo de efecto.

Para cuando oyó que se abría una puerta, tenía los brazos completamente entumecidos por el agarre. Se puso en pie rápidamente. Si Estrella había fallado, no vendrían a celebrarlo.

—Vamos, pues —dijo una voz familiar. Era el joven... North.

Las manos que lo llevaban del brazo no eran precisamente delicadas, pero no hicieron otra cosa que conducirlo fuera.

Finalmente, se detuvieron. Cuando le volvieron a quitar el saco de la cabeza, parpadeó intentando ver más allá del brillo repentino y advirtió que estaba en una oficina pequeña. Y no estaba solo. La mujer estaba allí... la Madre Ruth; North; otra chica con unas gafas plateadas sobre su nariz a la que ya había visto allí antes, y Estrella. Su rostro reflejaba una expresión de cansancio y preocupación que no cambió incluso tras verlo. Pero no la tenían atada, y él aún no estaba muerto, por lo que pensó que aquello debía significar algo.

Incluso con aquel ridículo traje, con el cabello corto alrededor del rostro, tenía un aspecto casi perfecto.

Sus ojos se encontraron con los de ella. *¿Estás bien?*

Ella le dirigió una leve inclinación de la cabeza, pero luego volvió la mirada hacia Ruth.

—He hecho lo que me habéis pedido, tal como lo prometí. Podéis desatarlo ahora —dijo. Su voz tenía algo que lo molestaba, pero parecía ilesa.

—Lo desataremos cuando estemos listos para hacerlo —respondió North; su boca se torció ligeramente hacia un lado.

—Ha hecho todo lo que se le ha pedido, North. —Esta vez era la chica. Era una criatura de aspecto tímido, especialmente con aquellas gafas, pero él no dejó que aquello lo persuadiera. La última vez que había subestimado a una persona con gafas se había equivocado.

—Maggie tiene razón —dijo Ruth—. La chica ya ha demostrado su lealtad... por ahora. Puedes desatarlo.

Con un único movimiento fluido, North extrajo una pequeña navaja y la abrió con la yema del pulgar. *Presumido*. Pero Harte se guardó su opinión para sí mismo y ocultó su irritación con una mirada de aburrimiento total.

—Considerando lo que me obligasteis a hacer, creo que nos hemos ganado vuestra confianza,

punto —le dijo Estrella a la mujer.

—Has entregado un paquete —replicó Ruth—. Apenas es suficiente para plantear exigencias.

—Casi mato a un hombre —dijo con voz firme—. He hecho estallar una especie de bomba mágica que ha provocado quién sabe qué a todas esas personas... Personas que no me han hecho nada.

El poder que Harte albergaba en su interior se sacudió con fuerza ante sus palabras, mezclado con algo demasiado parecido al placer para su gusto. Tuvo que hacer algún ruido porque North lo miró. Pero apretó los dientes y se obligó a permanecer tranquilo.

Ruth miró a Estrella, apenada.

—Cualquiera de esas personas te habría hecho lo mismo si les hubieran dado una oportunidad.

—No lo sabes —dijo Estrella, pero no sonaba convencida.

—¿Sabes lo que es el Partido Socialista de los Trabajadores? —preguntó Ruth.

—Son socialistas —respondió Estrella—. Trabajadores que quieren una vida mejor. —Pero había cierta inquietud en su voz. Algo que hizo que el poder que Harte tenía en su interior se detuviera y aguzara el oído.

—Es cierto, pero ¿a qué precio? —preguntó Ruth, dando un paso en dirección a Estrella—. Conozco a esos trabajadores tan bien como conozco a la Sociedad. Son las personas que miran hacia arriba soñando que algún día los venga a buscar el Profeta Velado. Año tras año eligen a quienes desean erradicar la magia de estas tierras. Año tras año creen en los temores de los hombres ricos; levantan esos temores y los llevan a costas sobre los hombros, todo porque no son ellos quienes realmente salen perjudicados. La Ley, la Guardia, hasta la misma Sociedad... nada de todo eso les afecta.

»Tal vez *eran* inocentes —continuó Ruth—. Tal vez sencillamente querían un salario mejor y más comida sobre la mesa para sus familias. Pero Caleb Lipscomb sabe exactamente lo que hace. Los utiliza para sus propios fines. ¿Con quién crees que están realmente enojados esos trabajadores? ¿Con los capitalistas que viven en las casas elegantes de McPherson Avenue? —Soltó una carcajada de desdén—. *No*. Todos y cada uno de los hombres que viste allí y que escuchaban a Lipscomb hablar, lo único que quieren es *convertirse* en esos hombres. Se imaginan en las mismas casas elegantes, con sus hijos envueltos en pañales de seda y con sus esposas cargadas de joyas compradas con la sangre del trabajador común. Las personas que siguen al Partido Socialista de los Trabajadores no están realmente enfadadas con los hombres que mandan en esta ciudad. Están enfadadas con los que consideran que están por debajo de ellos: los inmigrantes recién llegados que están dispuestos a trabajar por una fracción de los salarios que ellos mismos exigen. Y están enfadados con los *mageus*, que no hicieron absolutamente nada por conseguir un poder que no podrían siquiera imaginar.

Encogió los hombros transmitiendo también su irritación.

—Lipscomb lo sabe. Su gente fue la causa de la revuelta que se desató hace tres semanas en Dutchtown. Murieron tres personas porque Lipscomb difundió el rumor de que las personas que vivían allí estaban albergando a *mageus* que usarían su poder para quitarle la comida de la boca al trabajador común. Representamos un reto para él porque sabe que detrás de nuestro poder hay una lealtad a algo más grande que a un grupo de hombres furiosos. Utiliza la furia de la gente porque puede hacerlo, porque ellos temen lo que no conocen y no comprenden. ¿Sabes lo que planea Caleb Lipscomb?

—Algo para el Desfile del Profeta Velado —le dijo Estrella.

—Planeaba poner bombas en la ruta del desfile. Le has hecho un favor al mundo enviándolo al

hospital, donde no podrá agitar a sus seguidores.

—¿Por qué te importaría salvar el Desfile del Profeta Velado? —preguntó Harte.

Ruth se volvió hacia él.

—Me tiene *sin* cuidado el desfile, pero cada vez que un grupo como el del Partido Socialista de los Trabajadores realiza una acción, la Sociedad direcciona el odio de la gente hacia la magia antigua. Los ayuda a apuntalar su poder, explotando los temores y prejuicios de la gente. Nos habrían culpado a *nosotros* por la pérdida de vidas inocentes.

—Entonces, ¿por qué el ataque de anoche? —preguntó Estrella—. No fue solo una bomba que estalló. Sé que hubo magia de por medio. ¿Acaso no os echarán la culpa también a vosotros?

—¿Echarnos la culpa? —Ruth rio—. Nos lo *agradecerán*. Pero tienes razón. Lo que les hemos mandado no era una bomba. Era algo infinitamente más poderoso... una especie de regalo que Maggie ha creado. —Ruth caminó hacia ella y alzó el mentón de la chica afectuosamente—. La Sociedad y aquellos que son como ellos podrán creer que comprenden la alquimia, pero esta hermanita que veis aquí tiene un talento para manipularla que ellos solo pueden imaginar.

—Es lo que empleasteis en el ataque del pasado otoño —señaló Harte. Y en la neblina que usaban para mantenerlos a él y a Estrella aplacados. No era solo opio y no era solo magia. Era una combinación de ambos, algo completamente nuevo. Al advertirlo, el poder en su interior creció, y oyó una voz resonando en su mente. *¿Ves?*, tuvo la sensación de que susurraba. *¿Ves de lo que son capaces? ¿El daño que continuarán haciendo?*

Pero la hizo a un lado, incluso mientras una parte de él se daba cuenta de que era cierto. Ya resultaba lo bastante malo que hombres como los que integraban la Orden desvirtuaran la magia para obtener poder, pero ¿que los mageus también lo hicieran...?

—No —dijo Ruth, soltando el mentón de Maggie—. No, no *exactamente* como el pasado otoño. Maggie se volvió hacia ellos.

—Entonces sencillamente intentábamos frenar su progreso —les dijo—. Mi suero no estaba aún listo, y necesitábamos más tiempo.

—¿Suero? —preguntó Estrella. Miró a Harte a los ojos, pero él no tenía respuesta a su pregunta.

Un golpe sonó en la puerta, y Ruth instó a la persona a que entrara. Era uno de los tipos de antes... uno de los que había estado cerca de la carreta.

—¿Tienes novedades? —preguntó la mujer algo exaltada.

—Ha funcionado —respondió el hombre, sonriéndole—. Acaban de llevar el primer caso al City Hospital. Una chica que hace que broten flores de todo lo que toca.

Ruth soltó una breve exhalación, y Harte vio en su mirada el destello del alivio y la victoria.

—Qué bien. Dile a Marcus que los siga y avísame si cambia algo. —Luego se dio la vuelta hacia Maggie—. *Lo has conseguido*. Esta vez, finalmente lo has conseguido.

—¿Qué es lo que ha conseguido? —preguntó Harte, vencido por la frustración.

—Ha resuelto el problema que ha estado asolando a los nuestros durante siglos. —Los ojos de Ruth estaban prácticamente reluciendo de satisfacción.

Harte sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Por qué los sundren odian lo que somos? ¿Por qué nos aíslan, nos acorralan y nos obligan a reprimir lo que somos hasta que nos convertimos en cáscaras vacías? ¿Hasta que pasan generaciones y el poder que fluye por nuestras venas se termina extinguiendo?

—Porque tenemos una afinidad para la magia antigua —dijo Estrella, su voz extrañamente hueca—. Porque somos diferentes, y ellos saben que tenemos un poder que ni siquiera podrían igualar.

—Sí. Porque lo han olvidado —dijo Ruth con fervor—. Hubo un tiempo en el que la magia

existía en todo el mundo. Todo el mundo tenía la habilidad de convocar la magia antigua. Pero a lo largo de los siglos, las personas se han ido desplazando del lugar donde su poder echaba raíces, y dejando sus recuerdos atrás. Aquellos que habían olvidado todo lo que podrían haber sido empezaron a temer y a perseguir a quienes guardaban la magia antigua cerca. ¿Sabéis lo que significa ser sundren? —preguntó—. Significa estar separado por dentro, dividido de otra cosa. Aquellos que han dejado que muera la magia en sus linajes están separados de una parte esencial de sí mismos. Están heridos y dañados, y no tienen ni idea de lo que yace latente en lo más profundo de su ser. Ese es el motivo por el que agreden al mundo, destruyendo lo que encuentran en el camino para obtener algún alivio del dolor que no pueden ponerle nombre, el vacío que albergan en su interior. —Ruth hizo una pausa—. Pero ¿y si pudiéramos despertar esa magia? ¿Si pudiéramos sanar esa rotura? ¿Y si ya no fuéramos diferentes porque *todo* el mundo tuviera la magia que temen en nosotros?

—La niebla... —Estrella frunció las cejas.

—¿Acaso no lo veis? —preguntó Maggie, con la mirada esperanzada—. Los hemos *curado*.

Pero Harte no estaba tan seguro. Conocía la diferencia entre el poder natural tibio y acogedor al que podían acceder los mageus y la gélida advertencia de la magia ritual. Todo lo que había visto y experimentado en su corta vida le indicaba que la magia antinatural era una corrupción. Un peligro. Dolph había creído que podía usarla, y en cambio había muerto. Y se había llevado a Leena con él.

—Te refieres a que los has infectado —dijo Harte—. No les habéis pedido permiso ni les habéis dado la oportunidad de rechazarlo. —No entendía cómo aquello podía salir bien.

North avanzó un paso hacia él, pero Ruth alzó la mano.

—Lo que hemos hecho va mucho más allá de las personas individuales que se encontraban en ese edificio esta noche. —Su voz transmitía la trémula certeza del verdadero creyente—. Esta noche hemos probado que aquellas antiguas conexiones con la magia antigua siguen ahí, esperando y latentes. Simplemente las hemos despertado y hemos recordado cómo debe ser este mundo.

¿*Según quién?*, se preguntó. Harte había conocido a personas como Ruth, personas con aquella certeza tenaz acerca del camino que tenían por delante: Dolph Saunders, con todas sus intrigas y maquinaciones, dispuesto a herir incluso a quienes más quería por lo que creía que era lo mejor. Nibsy Lorcan, que tenía una visión diferente, pero que la consideraba no menos válida. Incluso la Orden y hombres como Jack, que creían que sabían exactamente cómo debía ser el mundo. Resultaba evidente que Ruth y sus Antistasi no eran tan diferentes.

El ánimo en la sala cambió justo en el momento en el que los ojos de Ruth se volvieron fríos.

—¿Creéis que este sufrimiento solo me pertenece a mí? —preguntó—. Los Antistasi son tan antiguos como el temor y el odio a la magia. Su misión les ha sido transmitida a través de los siglos. Esta noche la Ladrona ha demostrado de un modo admirable ser una aliada a esta causa. Me pregunto... ¿lo harás tú?

La expresión de Estrella le suplicaba que guardara silencio, pero sacudido por el poder en su interior, no pudo evitarlo.

—Yo tomo mis propias decisiones. No soy un títere, y no dejaré que me utilicen —dijo, y en cuanto las palabras salieron de sus labios, la mandíbula de Estrella se tensó y su mirada descendió al suelo.

La boca de Ruth se curvó, pero la diversión estaba ausente en su gesto.

—Vaya, entonces, si fuera tú, tomaría esa decisión lo antes posible, O'Doherty.

EL MOMENTO OPORTUNO

1904, St. Louis

Aquella noche algo más temprano, Jack estaba justo al lado de Roosevelt cuando recibieron la noticia del ataque. El presidente acababa de llegar en el tren de la mañana, y se habían ido directo para la feria, donde se encontraba presidiendo un evento en el Pabellón de Agricultura de la Exposición. Roosevelt había estado examinando un busto de su figura tallado completamente en mantequilla, entre otras muchas cosas, y mientras posaba para una fotografía con su efigie mantecosa, Hendricks se había acercado a Jack.

—Anoche hubo un problema —susurró el Guardia en su oreja—. Lo tenemos bajo control, pero creía que usted... y el presidente... debían saberlo de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jack, apartando a Hendricks para que nadie pudiera oírlos. Aquello podía ser exactamente lo que había estado esperando. Sabía desde el principio que, tarde o temprano, los gusanos se excederían y él podría utilizar sus propios errores en contra de ellos.

—Una de las fábricas junto al río, señor —le dijo el Guardia—. Un grupo de socialistas estaban reunidos. Lipscomb ha resultado herido por la explosión.

—¿Lipscomb? —preguntó Jack, sin estar realmente interesado.

—Es uno de los nuestros, de aquí en St. Louis. Un agitador socialista que trabaja para el Partido Socialista de los Trabajadores. Por las pruebas que hemos encontrado, parece que su grupo planeaba llevar a cabo un ataque en el desfile de la semana que viene.

—¿Ha matado a alguien la explosión?

Hendricks sacudió la cabeza.

—No, señor. Pero hubo... otras heridas.

Roosevelt empezaba a mirar a Jack para indicarle que ya era la hora de marcharse.

—¿Qué me importan las heridas de un puñado de malditos socialistas? —preguntó, impaciente ante la aparente inutilidad de la interrupción.

El Guardia bajó la voz.

—El ataque usó la magia, señor, y las personas que han resultado heridas tienen padecimientos muy... *particulares*.

—¿Particulares en qué sentido?

—Han aislado a los que han llevado al hospital, pero están exhibiendo algunos síntomas extraños. Uno no deja de prender fuego a sus sábanas simplemente con las puntas de sus dedos. Otro hace que llueva cada vez que llora. Los informes hablan de una nube de niebla tras la explosión de la bomba, y los que han ingresado hasta ahora han dicho que empezaron a experimentar sus síntomas después de que la niebla los alcanzara. —Vaciló—. Parecen infectados, señor.

Jack indagó en su expresión para detectar alguna señal de que podría estar exagerando.

—¿Infectados?

La expresión del Guardia era seria, pero había una mirada de desagrado en sus rasgos, como si acabara de oler algo nauseabundo.

—Con magia.

Roosevelt y su partido abandonaron la Exposición de inmediato, por supuesto. Nadie estaba

dispuesto a correr el riesgo de otro ataque hasta que reunieran a los delincuentes y lidiaran con ellos. Jack también se había ocupado de ello. Roosevelt se lo había dejado a él, como era habitual. El presidente no comprendía la magnitud de todo aquello, no de verdad. Su política era casi tan popular como él. Había apoyado la Ley de Defensa Contra la Magia en privado, pero nunca hacía un alboroto sobre ello públicamente. Aún había demasiados que creían que la magia antigua no era nada sino una superstición, quienes veían a los gusanos como personas comunes que solo intentaban sobrevivir.

Pero Jack ya podía percibir que las cosas empezaban a cambiar. Aquellos ataques eran nuevos, diferentes e infinitamente más peligrosos. Si las cosas seguían así, los gusanos acabarían cavando su propia tumba. Y Jack estaría allí para enterrarlos.

EL BRAZALETE

1904, St. Louis

Ruth paseó la mirada por la planta de su fábrica de cerveza y observó a las últimas mujeres limpiando tras el trabajo del día. Habían llevado un total de quince al hospital, con indicios de magia. Quince sundren cuyas afinidades habían logrado despertar... Tendría que haberlo sentido como una victoria, pero sin duda había muchas personas presentes en la reunión de Lipscomb.

Tal vez podían aparecer nuevos casos. En aquel momento, tal vez incluso algunos se estuvieran manteniendo ocultos porque sabían lo que implicaban sus síntomas; porque sabían lo que el mundo pensaba de los poderes que crecían en su interior. En caso contrario, el suero tendría que ajustarse aún más. Se les estaba acabando el tiempo para dar con la fórmula.

El 4 de Julio, los dignatarios de todo el país acudirían a la ciudad para el Desfile del Profeta Velado y el Baile Anual, y sus Antistasi tenían que estar listos. Aquel año ofrecía una oportunidad como ninguna otra: con la Exposición, la Sociedad organizaría más que su baile habitual para los hombres ricos de St. Louis. En cambio, el baile de aquel año sería un intento de arrebatarle el control del país a la Orden. Un intento desesperado por desplazar el centro del poder desde el este hacia el oeste. La lista de asistentes incluía no solo a los miembros de la Sociedad y los dignatarios habituales, que ya de por sí eran un blanco impresionante, sino a representantes de varias Hermandades de todo el país. Vendrían toda clase de personalidades... políticos y titanes de la industria, barones petroleros y magnates del ferrocarril. Y, el más importante, el propio Roosevelt.

El juvenil presidente era popular, pero Ruth sabía la verdad: era amigo solo de quienes lo podían ayudar a consolidar su poder, lo que significaba que no le importaban en absoluto las personas como ella. Había permitido que se aprobara la Ley de Defensa Contra la Magia sin pronunciar una sola palabra en contra, y había llegado el momento de que conociera el precio de una decisión como aquella. Si los Antistasi conseguían liberar en el interior del presidente la magia que otros temían, *todo* cambiaría. Nacería una nueva civilización, y la magia antigua los pondría a todos en igualdad de condiciones. Pero si el suero no funcionaba, o si no afectaba a los blancos más importantes, no tendrían una nueva oportunidad.

Maggie era una chica lista... aquella primera prueba exitosa era una muestra de ello. Si hacía falta, efectuaría los ajustes pertinentes y el suero surtiría los efectos previstos. Ruth no aceptaría otra opción.

Alejándose de los trabajadores, regresó a la soledad de su oficina, cerrando la puerta para no oír los ruidos del almacén que se situaba más abajo. En el cajón superior de su escritorio, envuelto en franela, se encontraba el brazalete que le habían quitado a la Ladrona durante el cacheo que habían realizado sus hombres en busca de armas. Era un elegante brazalete de plata con una gema enorme y oscura que parecía contener los colores del arcoíris en sus profundidades.

Se trataba de una piedra demasiado pesada para algo tan pequeño. Y apestaba a magia...

No era magia antigua, no por completo. Pero tampoco era igual que los objetos que ya había podido ver antes, piezas como el reloj de North, imbuido con un poder otorgado libremente para aumentar una afinidad. El comercio de aquellos objetos era implacable, pero aquella pieza era

diferente. Más antigua y más poderosa.

Objetos como el brazalete que tenía entre las manos requerían de más de un simple ritual para su creación. Piezas con un poder tan profundo y denso implicaban un sacrificio de vida, y suponían un tipo de afinidad muy especial y muy rara.

Ruth sabía que todos los mageus tenían una conexión singular a la esencia en sí misma de la existencia. La mayoría tenía una afinidad que se alineaba con los seres vivos, los objetos inertes o el espíritu. Las afinidades eran tan excepcionales como las personas, y podían manifestarse fuertes o débiles, altamente especializadas o relativamente imprecisas.

Con el paso del tiempo y a través de las distancias, tendían a debilitarse. Todos los mageus lo sabían.

Pero hubo una época en la que las afinidades eran diferentes.

Los mageus con el poder de influir en los lazos de la propia magia siempre habían sido escasos. La mayoría creía que aquel tipo de afinidad no era nada más que un mito, como los relatos de dioses y diosas de antaño. Pero cada relato tenía en lo más profundo una semilla de verdad. El temor de que aquella semilla en particular echara raíces había sido suficiente para provocar un frenesí de violencia: el Desencanto. Entonces erradicaron a quienes tenían una afinidad para la esencia en sí misma de la magia, y miles de otros se convirtieron en un daño colateral.

La magia sufrió en aquellos años aciagos, pero no desapareció, como esperaban sus enemigos. Y no desaparecería en aquel momento. En cambio, con el plan de Ruth y la ayuda del suero de Maggie, florecería una vez más. La aparición de aquel brazalete era un beneficio inesperado. Tanto el collar como el brazalete eran objetos poderosos, capaces de beneficiar a quienes los llevaban con un poder ilimitado. Ambos serían esenciales para consolidar el poder de los Antistasi una vez que despertaran la magia o, por lo menos, lo serían una vez que Ruth también obtuviera el collar.

North apareció en la puerta de la oficina.

—Ya hemos instalado a la pareja recién llegada. La chica está con Maggie, y he encerrado al otro en una habitación independiente. Por lo menos hasta mañana por la mañana, no causará ningún problema.

—Asegúrate de que los otros hagan bien la vigilancia —le dijo—. Quiero saber si muestra la más mínima señal de que pueda ser un problema para nosotros.

—Muy bien —respondió, marchándose de nuevo hacia el interior del oscuro edificio.

Ruth envolvió la gema nuevamente en el trozo de franela y luego, para mayores recaudos, la guardó en su caja fuerte. Mantendría el brazalete cerca, pero mantendría a la chica que lo había llevado encima aún más cerca. No llevaría mucho... las palabras adecuadas, un pequeño empuje, y Ruth podría moldear a la Ladrona para convertirla en un arma a su disposición. ¿Y si el otro causaba problemas? Se haría cargo de ello, así como se hacía cargo de todos los problemas que se cruzaban en su camino.

PARTE
V

HAY SILENCIO EN LA PARTE ALTA DE LA CIUDAD

1902, Nueva York

Había demasiados hombres absorbiendo el aire dentro de aquel espacio, pensó Cela, al observar las miradas que se lanzaban su hermano y Jianyu desde ambos lados de la habitación. A aquel ritmo, alguien daría el primer golpe antes del amanecer. Si seguían presumiendo y adoptando aquellas posturas incómodas, sería ella.

—¿Queréis dejar de hacer el idiota de una vez por todas? —preguntó, entregándole a Abel una taza del café fuerte que acababa de preparar.

—No estoy haciendo nada —respondió su hermano, sin dejar de observar a Jianyu.

—Intentas humillarlo con la mirada —le dijo, aunque su corazón se tranquilizó ante la mera idea de que pudiera siquiera dirigir aquella mirada. *Abel está vivo*—. Lo sé muy bien porque es lo que haces conmigo a menudo.

—Solo quiero estar seguro de no haber cometido un error al traerlos aquí —replicó su hermano, señalando a Jianyu y al muchacho que habían sacado del apartamento de Evelyn—. No le he pedido precisamente permiso al señor Fortune para traer a más gente.

Abel los había traído a la casa donde se alojaba desde el incendio, un edificio anodino en la calle 112, en una parte de la ciudad llamada Harlem. El edificio pertenecía a uno de los editores del *New York Freeman*, el periódico más importante de la comunidad negra en la ciudad. Según parecía, se habían interesado recientemente en las cuestiones laborales en las que Abel se había visto envuelto.

—Jianyu está bien —le dijo Cela—. Ya te lo he dicho, es un amigo.

—Tal vez lo sea, pero ¿el otro? —preguntó, haciendo un gesto con la cabeza en la dirección del chico blanco. No había vuelto en sí al llegar a la parte alta de la ciudad y yacía de costado, profundamente dormido.

—Es mi responsabilidad —dijo Jianyu. Había estado en silencio, observando, desde que habían llegado al edificio atestado de gente—. Estoy en deuda contigo por todo lo que has hecho por mí esta noche, y no abusaré más de esa generosidad. Cogeré al muchacho y me iré.

—Vale —respondió Abe, pero Cela sacudió la cabeza.

Sabía lo que era entrar caminando al Wallack todos los días, el único rostro moreno en un océano de blancos. No importaba que la quisieran allí por su talento y sus habilidades. Siempre se había visto separada del resto, desde el taller en el sótano que le habían dado hasta la forma en la que se comportaban los actores con ella. Se preguntó si Jianyu sentía lo mismo cuando caminaba por las calles de aquella ciudad, que siempre lo vería como un forastero, y si se sentía así en aquel momento, en una habitación demasiado estrecha llena de personas desconocidas. Pero los amigos de su hermano se encontraban todos apiñados, dándole la espalda a los recién llegados y hablando entre ellos.

—No —les dijo—. No tienes que marcharte. Díselo, Abe. Dile que puede quedarse.

Su hermano vaciló, provocando su irritación.

—*Díselo* —reclamó—. Me has dejado sola casi una semana, Abel Johnson. Estuve en casa del tío Desmond casi todo ese tiempo y no se te ocurrió venir a buscarme, pero a Jianyu sí. Me sacó de aquel teatro donde esa arpía de actriz me había encerrado, así que yo diría que estamos en paz

con las deudas, ¿no te parece?

Abel frunció el ceño.

—Esta no es nuestra batalla, Cela —dijo en voz baja—. En este momento tenemos nuestras propias preocupaciones, nuestras propias batallas que librar.

—Tal vez no lo sea —le contestó—, pero ¿alguna vez has considerado *por qué* no lo es?

—Porque tenemos suficientes problemas sin tener que preocuparnos también por los mageus.

—Pero eso es lo que ellos quieren, ¿no crees? —Empezó a caminar de un lado a otro—. ¿Acaso no ves lo que está haciendo la Tammany, ofreciendo protección a los bares de los negros para que los votemos a ellos? No están ayudándonos. Están *utilizándonos*, como siempre lo han hecho los políticos. ¿Acaso no estás peleando por conseguir mejores salarios? Pero ¿contra quién estás peleando? ¿Quién es dueño de los ferrocarriles? —preguntó, pero no le dio tiempo a responder—. Yo te diré quién... son todos de la Orden.

Su hermano consideró sus palabras, pero no la miró. Tenía la mirada fija en Jianyu como intentando decidir qué hacer.

—¿Acaso no crees que hay mageus que se parecen a nosotros? —preguntó Cela—. ¿Recuerdas las historias que solía contarnos papá? Había africanos que podían *volar*, Abel.

—Eran solo historias.

—¿Eso crees? —preguntó en voz baja—. Porque las contaba como si fueran ciertas.

—Cela...

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza antes de que pudiera dirigirse a ella con aquel tono condescendiente de hermano mayor—. Pasar por la experiencia de creer que estabas muerto, estar sola esta última semana, me ha cambiado. Ya no puedo volver atrás. Tal vez esta no sea *tu* pelea, pero Jianyu es mi amigo, así que se ha convertido en *mi* pelea.

Jianyu los observaba, con la expresión inescrutable.

—No tienes que hacerte cargo de mi pelea —le dijo—. Jamás tendrías que haberte involucrado. Darrigan jamás debería haberte involucrado.

—Pero lo hizo. —Volvió la mirada a Abe—. Si él se marcha, yo me iré con él. No puedo ocultarme para siempre sin más, Abel. No cuando sé que Evelyn tiene la gema, y no cuando sé lo poderosa que es. Si ese anillo cae en las manos equivocadas, ¿a quién crees que vendrán a buscar? No estaremos a salvo solo por no poseer magia.

Abel parecía a punto de protestar, pero permaneció en silencio un tenso y largo minuto. Cuando curvó sus labios hacia arriba, Cela supo que había ganado.

—Eres peor que mamá, ¿lo sabes?

Entonces ella esbozó su sonrisa más amplia; sus ojos se humedecieron con las lágrimas que había estado reteniendo.

—Vaya, Abel Johnson, eso quizá sea lo más amable que hayas dicho nunca.

—Que no se te suba a la cabeza, Conejo. —Luego la expresión de su hermano vaciló—. ¿Qué hacemos con el otro?

Cela miró donde el chico blanco había estado tumbado. El estómago le dio un vuelco.

—Pues antes de hacer algo con él tendríamos que encontrarlo —dijo, porque el chico blanco había desaparecido.

PASEO NOCTURNO

1904, St. Louis

La habitación que Ruth le había destinado a Estrella seguía envuelta en sombras cuando finalmente dejó de intentar dormir. Habían sucedido demasiadas cosas... la desaparición del collar, el secuestro en manos de los Antistasi y la decisión que había tomado en aquel almacén. Sus pensamientos eran como pájaros que levantaban el vuelo, pero no sabía si volaban hacia una nueva libertad o se alejaban de algún peligro imprevisto.

Al colocar el paquete en aquel edificio, se había dejado llevar por el enfado y la desesperación. Las palabras de Lipscomb habían despertado aquella parte suya que aún sufría por todo lo que había perdido y reclamaba un justo castigo. Pero en cuanto pudo oír la explosión, supo que había ido demasiado lejos. Solo cuando entendió lo que realmente habían hecho los Antistasi y tuvo verdadero conocimiento de lo que contenían las bombas, pudo volver a respirar.

Ruth había despertado la magia en los sundren. La idea era casi demasiado increíble para ser cierta.

Salvo que tenía cierto sentido. ¿Acaso el profesor Lachlan no le había revelado que la Orden había sido mageus alguna vez? Hombres ricos que habían arribado a nuevas tierras, ocultando quiénes eran a simple vista con la idea de volver a empezar, sin la amenaza del Desencanto ni el temor de quiénes eran. A medida que su magia empezó a desvanecerse, les preocupó que los recién llegados fueran más fuertes y más poderosos. Por eso habían creado el Umbral: para proteger su propio poder. Pero cometieron un error: el Umbral se había convertido en una trampa en lugar de un escudo, y a medida que su magia continuó opacándose con el paso de las generaciones, los propios miembros de la Orden habían terminado olvidando lo que alguna vez habían sido. O quizá sencillamente se negaban a recordarlo.

Era lógico pensar que aquellas afinidades perdidas podían seguir existiendo, esperando bajo la superficie a que las despertaran. Y si aquello era posible, significaba que un futuro diferente también lo era... Uno sin la amenaza de divisiones ni la extinción de la magia. En la versión del futuro en la que Estrella había crecido, cien años más adelante, la mayoría de las personas creía que la magia era una ficción y que los mageus estaban casi extintos. Pero si los Antistasi conseguían resucitar la magia para todos, el futuro podría ser diferente. Tal vez mejor, incluso.

Claramente, Harte no había sentido la misma esperanza que Estrella al escuchar la noticia. Enseguida después de expresar su opinión, North se lo había llevado de allí. Estrella no podía ir tras él... no sin perder el terreno que ya había ganado con Ruth... pero necesitaba verlo. Algo le había sucedido en el Nilo, y tenía la sensación de que estaba relacionado con su reacción en la oficina de Ruth.

No le había sorprendido encontrarse con que la puerta de la habitación en la que la habían dejado estuviera cerrada, especialmente tras el exabrupto de Harte. No culpaba a Ruth y al resto de los Antistasi por no confiar en ella, a pesar de lo que había hecho por ellos... Probablemente, habría hecho lo mismo. Pero una puerta cerrada jamás había sido un impedimento para ella, así que concentró su afinidad a su alrededor, y en cuestión de minutos, abrió la cerradura. Pasando por encima del Antistasi que se había quedado dormido en su puesto en el pasillo, empezó a buscar a Harte.

Tras hallarlo en la planta de abajo, se deslizó dentro de la pequeña estancia que parecía más un armario que una habitación, y soltó el control del tiempo. Había un contenedor sobre el suelo, igual que el de la carreta; probablemente, lo habían utilizado para asegurarse de que no causara problemas.

Harte dormía sobre un estrecho camastro; su respiración era suave y pareja. Se arrodilló junto a él y apartó su cabello de la frente mientras susurraba su nombre. Cuando no respondió, le dio un suave empujoncito hasta que abrió los ojos.

Parpadeó y se giró hacia ella, encontrándola en la oscuridad de la habitación.

—¿Estrella? —susurró, su nombre apenas un suspiro exhalado por el sueño. Sus manos se alzaron para ahuecar su rostro, y deslizó el pulgar sobre su mejilla; una descarga de calor la atravesó por dentro.

—¿Te encuentras bien? —susurró ella, manteniendo la voz baja para no alertar a los guardias que estaban afuera.

Asintió acercándola hacia él, lento y vacilante, tanteando el terreno. Alzó la cabeza y tocó sus labios contra los suyos, tan suavemente que la garganta de Estrella se contrajo. Sintió otra descarga de calor contra la piel, despertando el deseo, y no se apartó. Por primera vez desde la noche en que se habían besado en la pensión sintió que podía finalmente respirar.

Estrella apenas tuvo tiempo de considerar que la tibieza en su boca no provenía del calor de su beso. Justo cuando advirtió que era el poder en el interior de Harte el que se filtraba dentro de ella, todo el cuerpo de este se puso rígido, sus músculos se tensaron y se apartó de un tirón. Luego se enderezó con rapidez y se retrajo.

—Has venido —dijo, pero aquella no era su voz. Había algo más, otro poder superpuesto. Colores imposibles brillaban en las profundidades de sus ojos, y no era él quien la miraba.

—¿Qué...? —Su voz se quebró con una combinación de temor y traición.

—Sabía que vendrías —ronroneó la voz que no era Harte. Los colores en sus ojos se desvanecieron, reemplazados por una oscuridad absolutamente vacua, terriblemente fría e imposiblemente arcaica—. Ves el mundo como es, fragmentado y terrible, y has venido a mí, tal como lo predije. Siento tu ira, el pulso de la furia que late en ti, inexorable y real. Yo puedo ser el puñal que te permita dividir el mundo en dos.

Harte jadeó, un sonido horrendo de desesperación, y luego se desplomó hacia delante.

—¿Harte? —Quiso tocarlo y retroceder, todo a la vez.

—Quédate ahí —dijo con voz áspera, respirando con dificultad. Apretó la mandíbula mientras peleaba contra lo que fuera que llevaba dentro.

Estrella no podía hacer otra cosa que observar y esperar hasta que, finalmente, su respiración se calmó y su cuerpo se relajó. Cuando volvió a mirarla, era Harte a quien veía.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó él—. No puedes sorprenderme así sin más.

La aspereza de su tono rompió las frágiles ataduras que mantenían su temperamento a raya.

—¿Qué diablos, Harte? ¿Acaso has estado presente en *algún* momento? —preguntó, temiendo conocer la respuesta.

—¿Te refieres a que si recuerdo haberte besado? —preguntó temblando. Se pasó la mano por el cabello con una expresión tan desdichada que a punto estuvo de perdonarlo por haberle hablado de aquella manera—. Creía que estaba soñando y, para cuando me di cuenta de que no lo estaba, ella ya había tomado el control.

Los instintos de Estrella se erizaron.

—¿Ella?

Harte soltó un suspiro cansado.

—Esta *cosa* que llevo dentro. Creo que es una mujer. —Luego le contó todo lo que había visto durante el paseo por el Nilo al perder la cabeza... sobre la mujer y el Libro, sobre Toth y el círculo de gemas—. Se llama Seshat. Creo que es una especie de demonio, o algo así. Toth intentaba detenerla, pero no lo consiguió. Y no murió. Una parte de ella quedó atrapada en el Libro.

—¿Pudiste ver todo eso? —preguntó.

—Fue más como una sensación. Yo estaba allí, experimentando lo que ella experimentaba —explicó, temblando ligeramente ante el recuerdo—. Tenía unas gemas... no las que tenía la Orden, sino unas parecidas. Cuando Toth las destruyó, también la destruyó a ella. Creo que es lo que tenemos que hacer para volver a contenerla. Si podemos conectar las gemas, podemos volver a atrapar su poder. Solo tenemos que resolver cómo conectarlas.

Pero Estrella ya conocía la respuesta. *Ella* podía conectarlas. Era lo que el profesor Lachlan había intentado hacer con ella, y era lo que ya sabía que debía hacer si quería acabar con aquella locura de una vez y para siempre.

—Tenemos que conectar las gemas a través del Éter —le dijo—. Necesitaremos el Libro, pero una vez que lo tengamos, yo puedo hacerlo.

Le recordó a Harte lo que había sucedido al regresar a su propia época; entonces advirtió justo el momento en el que él se dio cuenta de lo que le quería decir.

—No. —Sacudió la cabeza—. Claro que no.

—Es la única manera —le dijo.

—Me niego a creerlo. Encontraremos otro camino. Recuperaremos el Libro y *habrá* otra manera.

Parecía tan horrorizado y decidido y ridículamente obstinado que ella tan solo asintió.

—Claro —respondió. Porque ¿qué sentido tenía discutir? No estaba allí para salvar su propia vida. Estaba allí para asegurarse de que Nibsy no pudiera ganar, para asegurarse de que la Orden y otros como ellos no pudieran destruir ni un futuro más. Y quizá, incluso, para asegurarse de que Harte pudiera ser libre algún día, como él lo había soñado.

—Tenemos que marcharnos —dijo este, poniéndose en pie—. Hemos perdido algo de tiempo, pero si podemos encontrar a Julien, sabremos qué ha hecho la Sociedad con el collar y podremos largarnos de esta ciudad, tal como planeamos.

Ella sacudía la cabeza mientras él hablaba.

—No podemos.

—*Claro* que sí —le dijo, sus ojos ensombrecidos.

—Los Antistasi...

—Los Antistasi no son nuestro problema —dijo, restándole importancia a sus palabras antes de siquiera escucharlas—. Cuanto antes encontremos el Libro, antes podemos solucionar la manera de controlar lo que sea que tengo dentro, y antes podemos regresar y detener a Nibsy.

Estrella seguía sacudiendo la cabeza.

—Se han apoderado de la Llave de Ishtar.

DECIDIR AL RESPECTO

1904, St. Louis

Harte se quedó inmóvil.

—¿Tienen tu brazalete?

Estrella asintió, con la expresión tensa.

—Creo que se lo llevaron mientras estábamos inconscientes en la carreta.

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntó. El pánico se apoderó de él. Sin el brazalete, quedarían atrapados en 1904. Sin el brazalete, no podrían controlar el Libro, y si caía en las manos equivocadas...

—¿Cuándo se suponía que debía contártelo... mientras estaba inconsciente o en medio de la sala cuando todo el mundo escuchaba? —preguntó, entornando sus ojos hacia él.

Tenía razón. Entre que la habían capturado y luego separado de él para hacer aquel encargo para los Antistasi, no había tenido ninguna ocasión de hablar.

—Bien, vale —respondió él, pero sintió que intentaba convencerse a sí mismo tanto como a ella—. Lo recuperaremos.

Al principio ella solo frunció el ceño, como si estuviera considerando otra opción.

—Puedes robarlo —insistió él, porque al menos eso debía saltar a la vista.

—No sé si deberíamos robarlo. Al menos, no todavía.

—*Por supuesto* que deberíamos hacerlo. Eres una ladrona, y vaya si eres una buena —dijo, intentando comprender lo que pasaba por su mente—. ¿Por qué no quieres recuperarlo?

—Lo quiero recuperar —insistió Estrella—. Solo que estoy pensando... quizá deberíamos esperar. Escúchame —protestó antes de que él pudiera interrumpirla—. No sabemos dónde está el collar en este momento.

—Julien puede obtener esa información —le recordó. Pero no tenían acceso a Julien mientras estuvieran atrapados por los Antistasi.

—Claro. Pero ¿y si necesitáramos a más gente para recuperarlo? Ruth y los Antistasi quieren el collar, ¿verdad? ¿Por qué no utilizarlos a ellos como ellos nos están utilizando a nosotros?

La miró vacilando.

—No parecen blancos fáciles.

—Tampoco lo era Dolph —argumentó—. Pero eso no te impidió intentarlo. ¿Por qué no mantenerlos como aliados? Una vez que obtengan el collar, puedo llevarme ambos, y luego nos largamos.

Harte sacudió la cabeza.

—Ese plan que tienen... el de infectar a las personas con la magia... no me gusta. La gente tendría que tener al menos la posibilidad de decidir al respecto. Además, es peligroso y, si nos involucramos en todo este lío, tal vez no tengamos oportunidad de encontrar las otras gemas.

Pero Estrella desechó su preocupación.

—Ayudarlos no implica que vayamos a quedar involucrados.

—Están atacando gente, Estrella

—Están dándoles magia —argumentó—. Están intentando cambiar las cosas.

Harte sacudió la cabeza. *¿Cómo no lo ve?*

—Todas esas personas, las que se encontraban en la reunión, no habían hecho nada para merecer lo que les ha pasado. ¿Y si no *querían* magia? ¿Y si estaban satisfechos con sus vidas tal como eran?

Estrella cruzó los brazos.

—Ya has oído lo que Ruth ha dicho sobre ellos...

—Sí... —dijo, antes de que pudiera seguir—. He oído lo que ha dicho *Ruth*. Pero no conocemos a esas personas. No sabemos nada acerca de quiénes son o lo que han hecho. ¿Confías en lo que dice Ruth cuando prácticamente nos ha secuestrado?

Incluso a la tenue luz, pudo ver la determinación en la expresión de Estrella, y al advertirla, el poder en su interior se sacudió excitado.

—He podido escuchar el discurso de los socialistas —dijo—. Pude escuchar lo que decían sobre nosotros.

Harte dejó escapar un suspiro.

—¿No crees que es posible que el ataque de Ruth haya probado que tienen razón?

Estrella alzó el mentón, echando chispas por los ojos.

—Si significa que el cambio es posible, tal vez merezca la pena —replicó ella.

—Estrella...

—No, Harte. Escucha, no sabemos dónde están Jack o el Libro. A estas alturas no tenemos *ninguno* de los artefactos. Estamos peor que cuando empezamos —señaló—. Lo que sabemos es que la única manera de impedir que el poder en tu interior tome el control es usando mi afinidad. Porque si logra tomar el control...

—*No* lo hará —dijo, endureciendo el tono de su voz. Harte *no* permitiría que ella se sacrificara por él.

—*Si eso sucede* —repitió—, no podrás volver. Te quedarás atrapado aquí, en 1904. Si ese fuera el caso, los Antistasi podrían ser nuestra única opción para restaurar todo lo que hemos cambiado. Si funciona su plan, si realmente consiguen restaurar la magia, tendrás un futuro. Todos los mageus lo tendrán. Ni Nibsy ni la Orden tendrán el control de ese futuro.

Sacudió la cabeza. Se resistía a aceptarlo.

—No puedo creer que sea nuestra única opción.

—Tal vez no lo sea, pero por lo menos tenemos que considerarla.

—No...

—Vamos a esperar un par de días... —suplicó—. Todavía no sabemos dónde está el collar, y hasta que lo descubramos, no sabemos si necesitaremos a los Antistasi para obtenerlo. No tiene sentido destruir puentes. No hasta que sea absolutamente necesario.

No le gustaba la idea. No le gustaba la Madre Ruth ni sus Antistasi. Y no le gustaba que su poder ronroneara ante la posibilidad de que Estrella se dirigiera por ese camino. El hecho de que lo aprobara le indicaba que no era el camino correcto.

Pero conocía a Estrella. Por la forma en la que apretaba la mandíbula obstinadamente, sabía que no tenía ningún sentido seguir discutiendo con ella. Al menos, no por el momento.

—Como quieras —le dijo Harte—. Pero ante la primera señal de peligro, ante el primer indicio de que las cosas vayan demasiado lejos o se nos salgan de las manos, nos vamos. Nos largamos sin mirar atrás. Al menos, prométeme eso.

Pero antes de que pudiera hacerlo, la puerta de su diminuto cubículo se abrió de par en par y apareció North, su expresión tan dura como un pedernal. Los miró durante un momento, con un gesto de evidente sospecha.

¿Cuánto había escuchado?

—Venid —dijo North, su voz fría e impasible—. Ambos.

Todos los instintos de Harte le pidieron que huyera. En aquel mismo momento. Que cogieran el brazalete y se largaran de allí antes de que las cosas se enredaran aún más con aquellos Antistasi. Aquella pelea no era la suya. El futuro que ellos tenían en mente no era el que él necesitaba. Pero Estrella lo miró suplicante, y no fue capaz de negarse.

LAS SECUELAS

1904, St. Louis

Estrella volvió la mirada para asegurarse de que Harte iba con ella en lo que seguía a North. En algún lugar desde las profundidades del edificio, se oía un ruido que no pudo distinguir hasta que llegaron a una sala grande y bien iluminada. Dentro, Maggie y varias mujeres más intentaban tranquilizar a casi una docena de niños, la mayoría de los cuales lloraban inconsolablemente.

—Gracias al cielo que llegan más manos —dijo Maggie, entregándole el bebé que tenía entre los brazos a Estrella, que estaba demasiado asombrada por la situación como para negarse a coger a quella criatura que no paraba de llorar. Apretó el brazo alrededor del pequeño que no dejaba de retorcerse, pero lo único que consiguió con ello fue que gritara aún más, aunque al menos no lo había soltado.

—¿De dónde han salido? —preguntó mientras Maggie se dirigía a una niña pequeña que estaba acurrucada en un rincón, inclinándose para apartar el cabello de sus ojos.

Ante el sonido de pisadas a sus espaldas, Estrella giró y vio a Ruth oscureciendo la entrada por la que acababan de pasar.

—Parece que nuestro ataque a Lipscomb ha tocado una fibra sensible —dijo Ruth—. La Guardia acaba de allanar Dutchtown, probablemente buscando a su autor. Uno de los nuestros ha traído a los niños hasta aquí. Saben que Maggie tiene debilidad por los pequeños.

—Pero ¿por qué el allanamiento? —preguntó Maggie levantando a la chica en brazos—. La reunión era para el Partido Socialista de los Trabajadores. La Sociedad debería estar encantada de poder deshacerse de esa gente.

—No estoy segura de por qué han tomado represalias —respondió Ruth—, pero estas son las consecuencias.

—¿Qué ha pasado con sus padres? —preguntó Estrella, acomodando al tibio bebé (¿y quizá húmedo?) entre sus brazos. *Definitivamente, húmedo.*

—Los han detenido —dijo Ruth—. Los acusarán y probablemente encontrarán culpables, lo cual implica la prisión o la deportación.

—Pero no han hecho nada —respondió Maggie, meciendo a la pequeña hasta que su llanto se fue apagando y terminó siendo tan solo un gimoteo.

La que estaba en brazos de Estrella no parecía mostrar ningún interés en que la consolaran.

—¿Y eso cuándo ha importado? —preguntó Ruth.

Estrella miró alrededor de la sala, a las mejillas y los ojos enrojecidos de todos aquellos niños. Lo cierto era que deberían estar entre los brazos de sus madres y sus padres, y sabía que siempre recordarían aquel momento, cuando les habían arrancado de su lado a las personas que debían protegerlas.

Aún recordaba el día en que Dolph la había llevado a dar un paseo por las casas de arrendamientos del Bowery. Allí había visto a niños no mucho mayores que aquellos, encerrados y quitados de en medio para que sus poderes no quedaran expuestos. Solo quería destruir a la Orden y derrumbar el Umbral para mejorar sus vidas. Solo quería un futuro nuevo, y en cambio lo único que había conseguido era que le metieran una bala en la espalda. Se preguntó qué habría

sido de todos aquellos niños que estaban bajo su protección durante los años que habían transcurrido desde su muerte.

Una cosa era evidente: la Sociedad no era mejor que la Orden. Usaba su Guardia de Jefferson para gobernar la ciudad, así como la Orden utilizaba su poder. No importaba que estuvieran situados fuera del Umbral, al otro lado del Misisipi y limitando con el oeste. Incluso lejos de la prisión que era Manhattan, aquí no había libertad, no para los mageus. No cuando se despreciaba, temía y perseguía a la magia que corría por sus propias venas, magia que era una parte intrínseca de quiénes eran. Nada cambiaría. *No hasta que los obligaran a cambiar.*

—¿North? —Ruth se giró hacia él—. Quiero que lleves a algunos de nuestros hombres y reúnas a los heridos en el hospital.

—¿A los socialistas? —preguntó North, claramente sorprendido.

—Los actos de represalia por parte de la Sociedad han sido inesperados. No confío en la Guardia para cuidar a los heridos. No nos interesa que aquellos que acaban de despertar se pongan en nuestra contra, los prefiero de nuestro lado —dijo. Luego miró a Harte y a Estrella, evaluándolos—. Llévate a Ben contigo. Lo conveniente es sacarlos antes del amanecer, y él podrá ayudarte con ellos si alguno se pone difícil.

Harte se encontró con los ojos de Estrella desde el otro lado del recinto, y ella supo lo que tenía en mente. Aquel era exactamente el tipo de peligro en el que le preocupaba que quedaran atrapados, pero justo allí, con aquella criatura que no paraba de retorcerse ente sus brazos, se sintió aún más convencida de que lo correcto era permacer allí.

Había podido ver al ser terrible que vivía dentro de Harte, y en aquel momento sabía, más que nunca, que se entregaría a sí misma para impedir que un poder como ese llegara a liberarse. Si no lo conseguía, tenía que hacer todo lo posible en aquel momento para asegurar un futuro para él. Ayudaría a asegurar que ni la Orden ni la Sociedad pudieran volver a usar jamás la magia antigua contra cualquier mageus.

1902, Nueva York

Viola inventó una excusa a última hora de la mañana y salió del New Brighton, dirigiéndose al sur, hacia las calles del Bowery, el lugar que alguna vez había considerado su hogar. Las aceras ya estaban atestadas de vendedores que en las calles ofrecían la mercancía desde sus carretillas, y de compradores que regateaban buscando el mejor precio. Grupos de niños sembraban el caos en las calles, jugando a lo que pudieran encontrar y cuidando de sí mismos ya que sus padres estarían trabajando, la mayoría en algunas de las fábricas o en los talleres clandestinos del vecindario. Viola recordaba los días en los que era una recién llegada a la ciudad y sus calles se le antojaban un mundo nuevo, extraño y peligroso. Había aprendido a hablar inglés en aquellas esquinas, y había aprendido también lo diferente que era del resto.

Haciendo a un lado aquellos recuerdos, giró en Grand Street, hacia las relucientes vitrinas de cristal y el letrero dorado de Ferrara. Al pasar por la puerta de vaivén, la tostada acidez del café y la dulzura del anís le produjeron un cosquilleo en la nariz y la envolvieron en la tibieza de la panadería. Olía a la cocina de su madre en Navidad. Aunque sus padres apenas habían tenido lo suficiente para proveerles una vivienda, su madre se pasaba los días horneando *biscotti* que luego les regalaba a los vecinos. Había elegido aquel lugar por su familiaridad, porque estaba en su terreno y no en el de ellos. Pero había olvidado lo poderoso que podía ser el veneno de la nostalgia. Sintió una pequeña punzada, pero luego quedó sumergida de nuevo en sus recuerdos, en la niña con mechones rebeldes y un corazón aún más rebelde, que no tenía ni idea de cómo el mundo intentaría avasallarla y exigirle cosas que ella no le podía ofrecer.

Pero ya no era aquella niña. En aquel momento ya comprendía demasiado bien los peligros del mundo, la dureza de los corazones que aprendían demasiado pronto a odiar.

Justo al fondo de la panadería, Ruby y Theo la esperaban. Ruby llevaba otro vestido que hacía que se viera como una rosa a punto de florecer, pero tenía los ojos bien abiertos absorbiéndolo todo a su alrededor. Sobre la mesa frente a ellos, había un plato de dulces y tres pequeñas tazas de espresso sin tocar.

Viola estaba a punto de llegar a la mesa cuando Ruby finalmente la vio. Theo se puso en pie para saludarla, pero ella desestimó su gesto con la mano mientras se deslizaba en el asiento. Venía por trabajo, no por placer.

—Este lugar es una maravilla —dijo Ruby a Viola. Le dirigió una sonrisa un poco tensa, como si estuviera haciendo un esfuerzo demasiado grande—. Gracias por enviar la nota —añadió, tomando uno de los *sfogliatelle* del plato de dulces—. ¿Tienes novedades? —Dio un mordisco y aguardó su respuesta.

Viola apenas había abierto la boca para ir al grano cuando quedó muda ante el repentino éxtasis que había quedado reflejado en el rostro de Ruby al probar el dulce. Su lengua rosada asomó rápidamente para atrapar algunos trozos de hojaldre de la delicada *sfogliatella* mientras emitía un sonido de pura satisfacción. Todo lo que pudo hacer Viola fue mirarla, paralizada por una extraña combinación de deseo e impotencia en lo que la joven daba otro mordisco.

—¿Y? —Ruby levantó la mirada hacia Viola. Cuando sus ojos se encontraron, los de Ruby se

agrandaron ligeramente y sus mejillas se sonrojaron con una intensidad que opacó incluso el vestido ridículamente femenino que llevaba puesto.

—Creo que lo que quiere decir —interpuso Theo acercando el plato a Viola— es que debes probar una, por favor, mientras nos cuentas tus novedades.

—Conozco el sabor —respondió. De cualquier manera, tenía la boca demasiado seca para comer. Se recriminó para sus adentros, concentrándose en Theo, que era más fácil de mirar—. Puedo deciros lo que le robaron a la Orden —dijo, avanzando.

Ruby apoyó el dulce y se inclinó hacia delante.

—¿En serio?

Viola asintió. Aún no estaba completamente segura de si debía revelarlo todo, pero informar, aunque solo fuera de aquello, les daría al menos una evidencia de que el intento de la Orden por encubrir el robo era mentira; haría que estuvieran un paso más cerca de socavar su poder. Y había sido aquel pensamiento el que la había convencido de hablarles sobre el Libro y los cinco artefactos.

—No sé lo que eran —mintió—, pero eran parte del poder de la Orden.

Los ojos de Ruby brillaban.

—¿Tienes pruebas?

Solo mis recuerdos, pensó al recordar la extraña habitación, los cuerpos que habían hallado allí y la traición de Darrigan.

—No, pero os he traído algunos documentos. —Cogió un pequeño paquete que llevaba entre sus faldas y lo deslizó sobre la mesa. Dentro del paquete había evidencias que conectaban a su hermano con Nibsy, y a los Five Points con los Hijos del Diablo—. No es suficiente —les dijo—. Pero es un comienzo.

Le costó algo de trabajo desprenderse del paquete. Llamar la atención sobre los Hijos del Diablo y sobre el Strega se le antojaba el peor tipo de traición a Dolph. Pero él ya no estaba, se recordó a sí misma, y si lograba que la Orden se volviera contra Nibsy y su hermano a la vez, ellos podían ayudar en su misión de destruirlos.

Ruby guardó el paquete de documentos sin siquiera mirarlos.

—Gracias por esto —le dijo a Viola. Estiró la mano sobre la mesa y cogió la suya. En el instante en que su mano enguantada se apoyó sobre la mano descubierta de Viola, las mejillas de la joven se sonrojaron, y la retrajo.

Viola miró rápidamente a Theo, y lo vio observando; sus ojos habitualmente juguetones estaban serios. Lo cual era un problema. Aunque pareciera un cachorro, veía demasiado. Viola había vivido el tiempo suficiente como para saber que no podía subestimarlos.

—Creo que Paul tiene más —les dijo—. Está planeando algo, algo importante, para lo que no deja de enviar gente fuera de la ciudad. Creo que guarda relación con la Orden y los objetos robados. —Frunció el ceño. Fuera o no de la familia, no podía imaginarse permitiendo que su hermano tuviera acceso jamás al poder que la Orden había ostentado una vez.

Delante de la panadería alguien había entrado y hablaba excitadamente, lo bastante fuerte como para atraer la atención de Theo.

Advirtiendo que estaba escuchando, Ruby soltó el dulce sobre la mesa.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué están diciendo?

—Algo acerca de un incendio —dijo Viola, traduciendo el italiano para ellos—. Parece que una de las estaciones de bomberos ha salido ardiendo.

—¿Una estación de bomberos? —preguntó Theo, frunciendo el ceño—. ¡Qué extraño!

Viola volvió a prestar atención, siguiendo la conversación y comprendiendo el temor en sus voces.

—No es tan extraño —les dijo—. ¿Sabéis cuántos edificios se han incendiado en tan solo la última semana sin que los bomberos hagan nada?

—¿Por qué no apagarían las llamas? —preguntó Ruby, con gesto extrañado.

—La Orden tiene un objetivo —respondió, encogiendo los hombros. No había querido probar ninguno de los dulces que le habían ofrecido porque no quería deberles nada, pero el azúcar seguía espolvoreando las comisuras de la boca de Ruby, y ella tenía que hacer *algo* para distraerse. Así que cogió la taza de espresso que tenía sobre la mesa frente a ella y se la bebió de un solo trago, dejando que el café caliente y amargo la templara por dentro contra su propia estupidez.

—No lo comprendo —dijo Theo.

—La Tammany controla a la mayoría de los departamentos de policía y bomberos en esta parte de la ciudad —explicó Viola—. La Orden lleva ya dos semanas utilizando la influencia de la Tammany en el Bowery para vengarse de lo que les sustrajeron.

—¿Están buscando los artefactos? —preguntó Ruby.

—Y enviando un mensaje. —Viola frunció el ceño mientras escuchaba cómo se elevaba el tono de voz del individuo.

—¿Y ahora qué dice? —preguntó Ruby, inclinándose hacia delante.

Viola quería cruzar la mesa y limpiar el azúcar de la comisura de su boca, pero envolvió los dedos en sus faldas y se contuvo.

—Parece que hay un giro en los acontecimientos —dijo.

Ruby la observaba de nuevo con aquellos ojos del color del océano. Si no tenía cuidado, terminarían ahogándola.

—¿A qué te refieres?

No estaba obligada a contarles nada más. No había una razón por la que tuvieran que saber aquello. Pero Ruby la miraba de un modo tan particular, con tanta devoción, que Viola sintió que la veía como una amiga, una igual... y habló sin poder evitarlo.

—Según esos hombres, el agua ni siquiera toca el fuego —les dijo—. Lo que alimenta las llamas es magia.

LOS RENACIDOS

1904, St. Louis

A North no le interesaba realmente la opinión de Maggie, que quería darle a aquel tipo una oportunidad, y no le interesaba que la Ladrona hubiera conseguido entregar el dispositivo como le habían ordenado que lo hiciera. Había entrado demasiado tarde en la habitación como para poder escuchar gran cosa de lo que hablaban. Pero de todas formas no confiaba en ninguno de los dos, aunque Ruth hubiera empezado a hacerlo. Motivo por el que se encontraba en aquel momento sentado junto al hombre que decía llamarse Ben mientras conducían la carreta desde la fábrica de cerveza hacia el hospital para recoger a sus nuevos compañeros antes de que la Guardia pudiera hacerse con ellos. Tras la detención de los mageus en Dutchtown, la Madre Ruth no quería correr ningún riesgo. Considerando que Ben parecía un mentiroso nato, North tampoco correría ninguno.

El hospital estaba en el extremo norte de la ciudad, lejos del alboroto de la Exposición. Además, en mitad de la noche, apenas se habían cruzado con uno o dos viajeros en el camino. Rescatar a aquel grupo de personas que acababa de despertar tenía que ser una tarea relativamente fácil, considerando que tenían a uno de los suyos dentro, trabajando como vigilante nocturno.

Provocó que los caballos aligeraran con un latigazo más de las riendas. Aunque fuera fácil, cuanto antes terminaran con todo aquello, mejor. A su lado, Ben estaba en silencio, pero North podía sentir el peso de su mirada al conducir. Tras un par de kilómetros, no lo soportó más.

—¿Tienes algún problema? —preguntó, fulminándolo con la mirada—. ¿Hay algo que quieras decir?

Al principio North pensaba que no respondería, pero luego habló.

—Tu tatuaje... —dijo Ben, con un tinte extraño en la voz.

Desde que se había tatuado el brazo, no había dejado de recibir preguntas sobre el asunto. Motivo por el que solía mantener aquella marca oculta. Pero cuando lo habían despertado para ayudar con los niños, no se había molestado en abrocharse las mangas de la camisa que había tenido que ponerse a toda velocidad. Al conducir los caballos, las mangas se habían abierto para revelar el oscuro círculo que rodeaba su muñeca izquierda.

—¿Qué le pasa? —preguntó North, alzando el mentón y desafiándolo a decir algo.

—Conocía a alguien que tenía un tatuaje como ese —dijo Ben.

—Lo dudo. —Rotó la muñeca para revelar el brazaletes de tinta formado por una escuálida serpiente que engullía su propia cola—. No salvo que fuera un Antistasi.

—Era algo así —dijo Ben, mirándolo ceñudo—. ¿Eso es lo que es... la marca de los Antistasi?

—¿Este símbolo? —preguntó North—. Es un uróboros, y se remonta mucho más atrás que los Antistasi. Pero, sí, los Antistasi lo adoptaron, probablemente en algún momento durante el Desencanto. Era la señal que usaban para identificarse mutuamente —dijo, bajándose la manga. En aquella ocasión ajustó bien el puño para que la marca quedara oculta.

—Entonces, ¿tuviste que aceptarlo para ser parte de la organización de Ruth? —preguntó Ben. North se había dado cuenta de que intentaba mantener el tono ligero, pero estaba fallando por completo.

—No *tuve* que hacer nada —respondió. Había llevado aquel tatuaje desde los dieciséis años, una promesa a sí mismo y al padre que había perdido. Haberse cruzado con la Madre Ruth y su

gente poco después había sido una cuestión de suerte, e incluso más suerte que ella lo hubiera acogido—. Nadie está obligado a adoptar la señal. Ya no estamos en la Edad Media.

—Pero tú *sí* la adoptaste.

—Porque me gustaba lo que simbolizaba —explicó North, respondiendo la pregunta implícita—. La serpiente que engulle su propia cola es un símbolo antiguo del ciclo eterno de las cosas. De lo infinito. —Del *renacimiento*. Antes era una persona diferente, y la serpiente que llevaba sobre su muñeca le recordaba que algún día volvería a ser una persona diferente.

—La serpiente separa el mundo del caos y el desorden del que se formó —explicó Ben, como si supiera algo del tema—. La vida y la muerte, dos caras de la misma moneda, como mi amigo solía decir. No se puede tener una sin la otra.

North frunció el ceño, sin saber cómo interpretar su afirmación. Jamás lo había pensado así, y no estaba seguro de querer hacerlo.

—Los Antistasi lo usan porque representa a la magia en sí misma. Porque todo en este mundo... el sol, las estrellas y hasta el tiempo... empieza y termina con la magia.

—Y si la magia termina —dijo Ben, su voz grave y solemne—, también desaparece el mundo.

North resopló en desacuerdo.

—La magia no puede acabar —contestó—. Eso es lo que el símbolo viene a mostrar. La magia no tiene comienzo ni fin. Desde la época del Desencanto, han intentado extinguirnos y hacernos desaparecer, pero no lo han logrado. Aprendemos y nos adaptamos, y luego nos transformamos.

—¿Eso crees? —preguntó Ben con un aire de curiosidad.

—¿Tú no? —replicó a su vez North.

Pero Ben no respondió, aunque de todas formas ya era demasiado tarde porque habían llegado.

North condujo la carreta hacia la parte de atrás, tal como habían acordado, y emitió la señal... Un par de silbidos agudos de los que obtuvieron respuesta del mismo modo. Unos minutos después, las vallas que daban acceso a la parte trasera del hospital se abrieron y empezaron con el verdadero trabajo.

Había cerca de una docena de personas que debían trasladar. Una tenía las manos envueltas en una gasa, y todos tenían un aspecto adormecido y dócil.

—¿Qué les pasa? —preguntó Ben—. ¿Ha sido el suero lo que les ha provocado esto?

North sacudió la cabeza.

—Esto no es por el suero. El hospital los ha dopado para asegurarse de que no pudieran hacer nada. Probablemente, morfina. —Entendía por qué las enfermeras los habían drogado. Los mageus recién recuperados habían causado demasiados problemas porque no sabían cómo controlar sus poderes.

Había creído que entendía la razón por la que Ruth quería darles magia a aquellas personas, pero al verlos de cerca... No era lo que esperaba. Ella había hablado de liberar algo en el interior de aquellas personas, pero no parecían libres. Parecían abatidas y cansadas, como si las hubieran arrastrado a través del lodo una y otra vez. Y parecían aterradas.

La última en salir había sido una joven que no podía tener más de dieciocho años. Su cabello rubio caía inerte alrededor de su rostro. Unas cuantas pecas sobre la nariz la hacían parecer mucho más joven. Como los demás, tenía la mirada aturrida, pero a diferencia del resto, se detuvo para hablar con North.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó—. ¿A dónde nos lleváis?

—Somos amigos —le aseguró North—. Y estamos aquí para llevaros a un lugar seguro.

Lo miró ceñuda, con los ojos vidriosos por la droga.

—¿Acaso el hospital no es seguro?

North suspiró; le pesaba cada minuto de sueño que estaba perdiendo. No tenía tiempo para explicarle a aquella chica lo que le ocurría en realidad.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en cambio.

—Greta —dijo la chica, mirándolo adormecida pero irritada.

—¿Sabes lo que te pasa, Greta?

Ella sacudió la cabeza. Sus ojos brillaban con lágrimas contenidas.

—No quiero hacerlo, pero no puedo evitarlo...

—Está bien, cariño. Solo se ha despertado algo en tu interior. La magia antigua ahora es tuya. — Intentó infundir en su voz la misma reverencia que empleaba la Madre Ruth, pero no lo consiguió, y la chica solo lo miró aún más irritada.

—El señor Lipscomb... Caleb. Hubo una explosión. ¿Estará...?

—Seguro que está bien —le aseguró North.

—No nos han dicho nada. Nos han mantenido encerrados, pero no nos han querido decir lo que estaba pasando.

Por supuesto. Dado que la magia antigua había despertado en aquella pobre gente, desde aquel momento todo el mundo los trataría como los parias en los que se habían convertido.

—Estamos aquí para liberaros —dijo con dulzura.

Pero su barbilla tembló, y lo siguiente que supo era que las mejillas de la chica se humedecían. Creyó que era por las lágrimas, pero un instante después él mismo advirtió que sus propias mejillas también lo estaban.

—Está lloviendo —dijo Ben, mirando hacia arriba—. No hay una sola nube en el cielo, y está lloviendo.

—Lo siento —Greta dejó escapar un resuello—. No sé por qué sigue pasando. No sé cómo hacer que pare.

North no supo qué decirle. Pensaba que a las personas a las que les habían dado magia serían como seres renacidos, pero aquella pobre gente parecía más dispuesta a dejarse morir más que otra cosa. No tenía palabras para consolar aquel tipo de tristeza, y se preguntó si tenía algún derecho, considerando cuál había sido su participación en todo aquello. Sin decir nada más, ayudó a Greta a entrar en la parte trasera de la carreta. Antes de cerrar la puerta, activó el detonador de una botella del Quellant de Maggie y la arrojó dentro junto con ellos.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Ben—. Apenas pueden caminar en las condiciones en las que están. Dudo que causen problemas.

—Son como niños —explicó North—. No saben controlar lo que tienen. Uno de los que llevamos ahí dentro le prende fuego a sus propias manos porque no puede detenerlo y otro de ellos deja un rastro de enredaderas vivas sobre todo lo que toca. El camino hasta la fábrica es largo. No podemos correr el riesgo de que se descontrolen hasta que estén a salvo y podamos ayudarlos a dominar sus nuevas habilidades. —Echó una mirada hacia Ben—. Recuerdas cómo era, ¿verdad? ¿Cuando eras apenas un niño y no te dabas cuenta de todo lo que podías hacer?

—Sí... —Se oyó el rastro de un lamento pasado—. Lo recuerdo.

—Ya ves —dijo North, subiéndose al asiento del conductor de la carreta con la certeza de que no era el único al que le perseguían sus propios fantasmas en la vida.

Traer a colación su niñez aparentemente había sido suficiente para que Ben se callara de una buena vez, lo que a North le vino en realidad muy bien. No quería tener que lidiar con una conversación cuando lo que necesitaba era pensar.

Al volver en silencio hacia la cervecería atravesando la ciudad, las primeras luces del alba encendieron el cielo. Pero Ben fue el primero en ver el humo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando en dirección a un punto que brillaba en el horizonte, donde una columna de humo negro se elevaba como una pesadilla, cubriendo las estrellas del cielo.

La cervecería estaba ardiendo en llamas.

1902, Nueva York

Para cuando Viola se aseguró de que Theo y Ruby se dirigían hacia su propio sector de la ciudad quedando completamente a salvo y ella pudo abrirse camino de regreso al New Brighton, Paul ya se había enterado de lo del incendio. Caminaba de un lado a otro y les gritaba a sus hombres, mientras uno que llamaban Razor esperaba cerca, nervioso.

—¿Dónde has estado? —preguntó Paul, volviéndose hacia ella justo en el momento exacto en el que entraba por la puerta. Tenía el rostro moteado con desagradables manchas rojas.

—He salido —le dijo, fingiendo que no advertía su agitación.

—¿Has salido?

Ella encogió los hombros.

—Necesitaba un poco de aire. —Tras el encuentro con Ruby *aún* sentía que necesitaba aire, aunque Paul no tuviera que enterarse necesariamente de eso.

—Te necesitaba aquí —espetó—. La estación treinta y tres está ardiendo, y no es un incendio común. —La miró con furia como si de alguna manera fuera culpa suya.

—¿Crees que *yo* tengo algo que ver? —Lo miró a su vez furiosa.

—Como tú misma has dicho, *has salido*.

Frunció el ceño, advirtiendo que todos los Five Points la observaban en aquel momento con un interrogante en la mirada.

—El fuego no es mi estilo, lo sabes.

—Si esa estación se quema, la Tammany no estará contenta —dijo Razor—. Tenemos que hacer algo.

Paul soltó un gruñido de frustración y cogió a Viola del brazo.

—Esta es tu gente, así que vas a ayudarme.

Para cuando llegaron a la estación, el aire estaba cargado de humo. Las llamas salían disparadas de las ventanas arqueadas, y la fachada del edificio de ladrillos estaba negra de hollín. La brigada no dejaba de bombear agua hacia el fuego. Pero el flujo constante del camión cisterna no parecía tener ningún efecto para detenerlo, probablemente porque el calor de las llamas no era el único en el aire.

Alguien con una afinidad para el fuego tenía que estar cerca, alimentando las llamas, pero ¿dónde? Recorrió a la multitud con la mirada, buscando alguna señal. La magia antigua significaba conectarse con el mundo que había más allá. Por eso requería de concentración y, a menudo, hacía falta contacto... Una línea de visión o un contacto directo. Quienquiera que fuera el culpable estaría cerca.

—Encuentra al gusano que está haciendo esto o no te molestes en regresar al New Brighton —le dijo Paul.

Viola se encogió de hombros, restándole importancia a la difamación que su hermano acababa de soltar por la boca. La había llamado peores cosas.

—¿Y qué se supone que debo hacer cuando lo encuentre?

—Eres mi puñal, ¿no es cierto? —Paul le lanzó una mirada feroz.

—No tengo un puñal —le dijo ella—. Tú te has asegurado de ello.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no necesitas uno? —preguntó, dejando claro a lo que se refería—. Ve. Antes de que sea demasiado tarde.

Pensó en protestar, pero antes de poder hacerlo, pudo oír un cristal haciéndose añicos en lo que estallaba una ventana y las llamas brotaban hacia fuera. Si aquella estación quedaba destruida a manos de la magia antigua, la Tammany se cobraría la venganza. Y mucha gente inocente correría el riesgo de quedar atrapada en medio de todo aquel fuego cruzado.

Sin muchas opciones, Viola se adentró entre la multitud, manteniendo los ojos abiertos para encontrar una señal del culpable mientras se concentraba en la tibia energía que no tenía nada que ver con las llamas. Ya había atravesado la mitad cuando vio una figura familiar situada justo en los escalones de un edificio, a media calle de distancia. *Nibsy Lorcan*.

Las gafas de montura dorada brillaban con el resplandor del fuego, y junto a él había un muchacho con el cabello del color de las llamas centrando toda su atención en la estación de bomberos que se quemaba.

Viola dirigió su afinidad hacia fuera, rebuscando el calor de la afinidad del chico, los latidos de su corazón, y cuando la encontró, le dio un tirón, solo un poco. No lo bastante para matarlo, pero más que suficiente para que se desplomara sobre el suelo.

Nibsy lo observó caer y luego empezó a escudriñar a la multitud. Un instante después la encontró, y su boca se curvó hacia arriba como si supiera exactamente cuán inútil era aquello en lo que se había convertido.

Demasiado bondadosa: una asesina que no podía matar de verdad.

Pero aquel muchacho... alguna vez había pertenecido al bando de Dolph. ¿Cómo se llamaba? No lo recordaba, pero sabía que no era él quien debía morir. Aquel honor pertenecía a Nibsy, que le sonreía como si supiera lo que estaba pensando... y no le importara.

Habría dado cualquier cosa por borrar aquella sonrisa de su rostro.

Viola dejó que su afinidad encontrara el firme latido de la sangre que corría por sus venas y se deleitó sabiendo que tenía la vida de Nibsy entre sus manos. Sería tan fácil acabar con él. Cambiaría lo que quedaba de su alma para vengar la muerte de Dolph. Su alma, manchada como estaba, apenas tenía valor como moneda de cambio, pero en aquel momento sintió que sería suficiente.

Mejor aún. Lo mataría con sus propias manos.

A su alrededor, las calles eran un caos. La multitud que se había reunido para observar el incendio que no lograban sofocar abucheó decepcionada cuando el agua empezó a tener un efecto sobre las llamas. Pero Viola apenas pudo oír el bullicio, y aunque tenía los ojos húmedos por el humo, no le importó mientras avanzaba hacia Nibsy.

Él empezó a descender de su podio para encontrarse con ella a mitad de camino. Cuanto más se acercaba Viola, más intenso era el brillo de diversión en la mirada de Nibsy.

—Espero que hayas hecho las paces con tu dios, Nibsy —dijo acercándose—. He venido a por ti.

No se inmutó en lo más mínimo.

—Si creyera en un dios, habría perdido la fe en él hace años. No me das miedo, Viola. Si quisieras matarme, no tengo dudas de que ya estaría muerto.

Ella curvó la boca en una sonrisa mortífera.

—Tal vez, en tu caso, prefiera jugar con mi presa.

—Veo que pasar tiempo con tu familia solo ha contribuido a mejorar tu encantadora personalidad —dijo Nibsy, meciéndose hacia atrás sobre los talones.

—Bastardo —espetó. Le quitaría esa sonrisa petulante, y lo haría directamente con las manos.

—No soy tu enemigo, Viola —dijo él con suavidad.

—Qué curioso —replicó ella—. Te pareces a él. Sé lo que hiciste, cómo traicionaste a Dolph. Cómo nos traicionaste a todos.

—Yo nunca te he traicionado. Dolph Saunders era un peligro para sí mismo y para los de nuestra clase. Habría empezado una guerra que nunca podríamos haber ganado. Solo protegía a los Hijos del Diablo... y a todos los que son como nosotros —dijo, como si realmente lo creyera.

—Jamás he necesitado tu protección.

—¿Ah, no? —preguntó con tono burlón—. Entonces, ¿estás disfrutando del tiempo que estás pasando junto a tu hermano? —Cuando se quedó mirándolo furiosa, volvió a hablar—. Estás hecha para más que para ser la fregona de Paul Kelly, Viola. Sí, sé cómo te utiliza. Se jacta de ello conmigo. Su *puñal*. Su hermana, que ha aprendido a aceptar el lugar que le corresponde. —Nibsy sacudió la cabeza—. Vaya puñal... lo bastante afilado como para cortar sus patatas, y no mucho más últimamente, por lo que me cuentan.

—Podría cortarte *a ti* —dijo.

—¿Con qué? —preguntó, provocándola—. Lo extrañas, ¿verdad? —se jactó, el brillo en su mirada tan burlón como sus palabras.

Libitina.

—No eres lo bastante hombre para blandirlo. Pero no te preocupes. Pronto te lo quitaré, y luego te extraeré el corazón y lo dejaré sobre la tumba de Dolph como tributo.

—Tan sanguinaria —dijo con una carcajada en la mirada. Luego su rostro se puso serio—. Si quieres, puedes intentar quitarme tú misma el puñal, pero prefiero *dártelo*.

Viola entornó los ojos. Era una trampa. Nibsy era más escurridizo que una anguila, e igual de traicionero.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Un chico tan listo como tú finges ser debería saber que solo me daría la vuelta y lo hundiría en su corazón.

—Porque a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, creo que podemos ser amigos.

UNA MANIOBRA FINAL

1902, Nueva York

James Lorcan vio el destello de incredulidad en la mirada de Viola endureciéndose hasta convertirse en odio.

—Jamás —dijo prácticamente escupiendo la palabra.

No esperaba otra cosa, pero no era suficiente para disuadirlo. Ladeó la cabeza, dándole la razón.

—Entonces, quizá, aliados.

Ella sacudió la cabeza, y Nibsy supo que quería discutir... *siempre* quería discutir... pero él siguió adelante antes de que pudiera negarse.

—¿Acaso no queremos lo mismo? —preguntó, calibrando su estado de ánimo. Ciertamente, ella podía matarlo en un pestañeo, con o sin puñal, pero él conocía su debilidad, el secreto que Dolph le había ocultado a todo el mundo: un sentido moral equivocado que le impedía matar con su afinidad. Además, ante cualquier indicio de ataque, él lo habría sabido mucho antes que ella. Así que siguió adelante—. Ambos queremos derrocar a la Orden, la libertad para los nuestros.

—Dolph también tenía esos objetivos en mente, pero lo mataste —señaló.

—¿*Realmente* es lo que quería? ¿De verdad? —James hizo una pausa, dejando que sus palabras hicieran efecto. Había observado a Dolph y Viola en los días previos a que todo se viniera abajo. Las preocupaciones de este hicieron que aquella jugada en particular le resultara más que fácil—. ¿Te lo dijo el mismo Dolph? No lo creo. Jamás nos llegó a contar a ninguno de nosotros todos los planes que tenía en mente. No te contó lo que podía suceder en Khafre Hall, ¿verdad? Dejó que cayeras en la trampa que había tendido Darrigan sin molestarse en alertarte.

La vio tensar la mandíbula, pero no lo negó... No podía hacerlo.

—Apostaría el mismísimo Strega a que no te contó cómo llevó a Leena hasta su tumba.

—Mientes —siseó—. Él nunca habría hecho algo así; jamás le habría hecho daño.

James se obligó a mantener su expresión apesadumbrada y a ocultar todo indicio de la satisfacción que le producía aquella conversación.

—Llevas su marca, ¿verdad, Viola? ¿Cómo crees que encontró el poder para convertirlas en armas que se volvieran en nuestra contra? —preguntó—. Lo tomó de ella. ¿Por qué otro motivo la habría cogido tan fácilmente la Orden?

Viola sacudió la cabeza, como negándose a lo que decía. Pero él pudo percibir enseguida que sus palabras habían empezado a penetrar lentamente bajo su piel, colándose en sus pensamientos, carcomiendo su seguridad.

—No hace falta que me creas —dijo James, sacando un paquete de su bolsillo—. Toma... —Se lo ofreció.

En cuanto aceptó el paquete envuelto en papel, él advirtió que sabía lo que era. Sus ojos se estrecharon, como esperando la trampa. Después de todo, no era estúpida. Pero eso no significaba que pudiera rivalizar con *su* propia astucia.

—Es solo un pequeño regalo para demostrar que no tengo malas intenciones. Encontrarás todo lo que necesitas saber dentro —le dijo. Gracias a las libretas que había encontrado en el apartamento, podía ofrecerle la prueba, con la mismísima letra de Dolph, de que todo lo que le

había contado era cierto... o al menos así lo parecería—. A diferencia de Dolph, yo no tengo secretos con mis amigos.

—No somos amigos, y no necesito tus trucos —contestó, pero a él no se le escapó la forma en la que sostuvo el paquete con fuerza.

—Ningún truco, Viola. —Dio un paso atrás y empezó a marcharse. Avanzó tres pasos hacia donde Mooch seguía tumbado, inconsciente, pero no muerto, sobre el suelo. Le dio aquellos tres pasos para pensar en todo lo que acababa de suceder, para dejar que sus dudas empezaran a crecer, antes de darse la vuelta de nuevo hacia ella—: Pero una sola cosa. ¿Por qué estás tan segura de que soy *yo* el traidor? ¿Y Jianyu? No estaba con nosotros sobre el puente; jamás regresó al Strega. Estoy convencido de que estaba trabajando con Darrigan.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó.

—¿Por qué no? —dijo James—. Nunca fue realmente uno de los nuestros, ¿verdad? Yo siempre le decía a Dolph que era demasiado blando por confiar en uno de ellos. Pero si no me crees, tal vez puedas preguntarle tú misma a Jianyu. Apostaría lo que fuera a que estará en la gran gala de la Orden. Se rumorea que uno de los artefactos podría aparecer allí... un anillo que tiene el poder de amplificar una afinidad. Jianyu ya ha intentado apropiárselo una vez. Imagino que lo intentará de nuevo.

Y cuando ambos tuvieran que enfrentarse, James sería quien permanecería de pie.

UNA OLEADA CIEGA DE TEMOR

1904, St. Louis

En el asiento del cochero, North fustigó a los caballos galopando hacia la fábrica en llamas, pero el tiro cansado apenas pudo coger velocidad. O al menos esa era la sensación que le daba a Harte, que observaba cómo las llamas se volvían más feroces a medida que se acercaban a ellas.

Para cuando se detuvieron en la entrada, por lo menos la mitad de la bodega de la cervecería, donde se almacenaban los barriles con las cervezas tipo ale y lager ya elaboradas, estaba completamente envuelta en llamas. El edificio principal, con las oficinas y las habitaciones con literas, no estaba ardiendo, pero Harte no se sentiría mejor hasta que pudiera ver con sus propios ojos que Estrella estaba a salvo.

Ante la posibilidad de perderla, no era solo él quien sentía una oleada ciega de temor. El demonio que habitaba en su interior, Seshat, también se estremeció. Podía sentirlo sacudiéndolo y dándole zarpazos, instándolo a que se aligerara con una desesperación que le indicó exactamente lo importante que era Estrella para ambos.

Cuando North redujo la velocidad, Harte saltó de la carreta en movimiento y corrió hacia Ruth. Se encontraba de pie entre un pequeño grupo de personas, con las manos sobre las caderas y los ojos relampagueando de ira.

—¿Qué ha pasado? —preguntó North con la voz entrecortada.

La luz parpadeante de las llamas solo servía para resaltar la expresión de furia de Ruth.

—Nos han acusado de colaborar con criminales —respondió ella, con la voz desapacible. Sus ojos se desplazaron rápidamente hacia una hilera de hombres con chaquetas oscuras y los familiares brazaletes. *La Guardia*.

—¿Criminales? —preguntó Harte.

—No tiene importancia —respondió la mujer—. Han inventado un cargo falso, y ahora están haciendo valer su punto de vista porque nos hemos atrevido a ayudar a los niños.

—¿La Guardia ha iniciado el fuego? —preguntó.

—No encontraremos pruebas de ello —le dijo Ruth—. Tienen gente que puede provocar un incendio sin tocar una cerilla, igual que nosotros. Solo que ellos han escogido el otro bando.

—¿Dónde está Estrella? —preguntó, mirando alrededor de todo el grupo que se había reunido.

—Está con Maggie y algunos otros —dijo Ruth—. Están sacando a los niños por la parte trasera para que la Guardia no los vea.

—Iré a ayudar —dijo, y echó a andar hacia el edificio.

—No te dejarán pasar —llamó Ruth a voces, pero Harte no le prestó atención. Solo podía pensar en encontrar a Estrella y en asegurarse de que estuviera a salvo.

Acababa de llegar a la hilera de Guardias cuando se produjo una explosión; las ventanas de uno de los laterales del edificio principal estallaron con la intensidad de las llamas que brotaban hacia fuera. Harte aligeró el paso, pero Ruth tenía razón. No había dado más de un par de pasos cuando la Guardia se arrojó sobre él, forcejeando brutalmente para hacerlo retroceder.

—No cruza nadie —dijo el más alto. Su boca se curvó hacia arriba—. Por motivos de seguridad.

—Podría haber gente allí dentro —replicó Harte, abalanzándose de nuevo sobre ellos para intentar pasar, pero eran cinco, y no les resultó difícil empujarlo hacia atrás.

Un humo negro salía a borbotones por las puertas del edificio principal donde se fermentaban las enormes cubas de cerveza lager. Las llamas ya habían empezado a consumir el techo, pero delante de ellos una hilera de Guardias impedía que cualquiera hiciera algo para detenerlas.

Un instante después, North llegó junto a él.

—Maggie está dentro —le dijo, y Harte pudo oír el eco de su propio miedo en su voz.

—¡Ruth ha dicho que había una entrada trasera! —El fuego aún no había alcanzado el extremo del edificio que alojaba las habitaciones, pero el humo sería un problema—. Tal vez ya hayan salido.

—Hay una entrada trasera, pero también hay una docena de bebés que hay que sacar de allí. —North miró la bodega ardiente, donde las llamas habían avanzado para consumir una parte aún mayor del edificio—. Si el fuego empieza a propagarse...

—¿Hay forma de acceder a la parte de atrás? —preguntó Harte.

North asintió tensamente.

—Pero si vamos ahora, podríamos atraer su atención. Atraparían a Maggie y a los niños.

—Entonces nos separaremos —le dijo—. Yo los distraigo y tú intentas acceder por la parte de atrás.

Las cejas de North se unieron, y Harte supo que estaba considerando hasta qué punto podía confiar en él.

—Ve —insistió—. Puedes odiarme después.

No esperaba que North estuviera de acuerdo, pero aún así arremetió contra la hilera de Guardias, concentrando su afinidad al avanzar. Tuvo tiempo de asestar un puñetazo antes de que el resto se arrojara sobre él, pero el golpe fue suficiente... un puño contra el rostro... para cambiar la intención del Guardia. Se dio la vuelta hacia sus compañeros y los atacó. En medio de la confusión, Harte consiguió ponerles las manos encima a otros dos, y en unos instantes, estaban peleando entre ellos en lugar de contra él. Aprovechó el caos y pasó junto a ellos, corriendo lo más rápido que pudo hacia el edificio principal donde el fuego ardía descontrolado.

Las puertas principales estaban abiertas y Harte podía sentir el calor que provenía del interior, pero no le importó. Solo podía pensar en que sin Estrella estaba perdido, aunque no se detuvo a analizar si en realidad quien lo sentía era él o el poder que lo espoleaba.

El fuego parecía estar contenido en el lado este del edificio. Si se apuraba, podría asegurarse de que Estrella y los niños salieran por atrás. Se lanzó dentro, cubriéndose la boca y la nariz con la camisa para evitar el humo que se suspendía espeso en el aire. La sala principal donde se elaboraba la cerveza estaba hecha un desastre. El calor de las llamas ya había provocado la explosión de una de las enormes cubas de cerveza, y Harte no quería estar cerca si estallaba otra. Subió las escaleras hasta las oficinas rápidamente, respirando solo de forma esporádica para evitar el fuego. Las habitaciones estaban vacías, así que se dirigió a la guardería, llamando a gritos a Estrella, sin importar quién pudiera oírlo.

Cuando llegó a la guardería, se encontraba, afortunadamente, vacía. *Tienen que haber salido*, pensó, un indicio de que también él debía marcharse.

Estaba a mitad de camino en el pasillo cuando otra detonación sacudió el edificio, haciéndole perder el equilibrio y chocar contra la pared. Tambaleándose, se puso de rodillas, afirmándose en lo que oía un crujido y una nueva explosión. Y luego el techo se abrió sobre él.

DENTRO DEL FUEGO

1904, St. Louis

Estrella estaba ayudando a subir a uno de los niños a la carreta que aguardaba en el patio detrás del almacén cuando pudo oír la explosión y se dio la vuelta para ver el edificio principal estallar en llamas.

Estábamos allí hace tan solo un momento. Un instante antes, y *aún* seguirían dentro.

Maggie soltó un jadeo entrecortado, llevándose la mano a la boca mientras se acomodaba a un niño sobre la cadera.

—No —susurró—. No, no, no...

Estrella situó al niño que sostenía dentro de la carreta y luego se dio la vuelta para coger al de Maggie, quien lo soltó con renuencia. Tenía los ojos azorados y vidriosos mientras observaba cómo ardía el negocio de la familia.

—Estamos a salvo —le dijo a Maggie—. Los niños también están a salvo. Todo lo demás puede reconstruirse.

Pero la chica sacudió la cabeza, y Estrella no supo si lo hacía porque no estaba de acuerdo con aquello o porque no podía siquiera escucharla por la conmoción. North apareció un momento después, cogiéndola entre sus brazos como si no le importara quién pudiera verlo. Su rostro se distendió por el alivio mientras la sujetaba, susurrando contra su cabello.

Acababan de subir al último niño en la carreta junto con los cerca de doce pacientes que habían rescatado del hospital cuando apareció la Madre Ruth por uno de los laterales del edificio con un pequeño grupo de gente.

—¿Dónde está Har... Ben? —preguntó Estrella, corrigiéndose antes de pronunciar el nombre equivocado. No estaba con el resto del grupo.

—¿Acaso no está contigo? —preguntó North, volviéndose hacia Ruth.

Otra explosión resonó desde el interior del edificio.

Ruth sacudió la cabeza.

—La última vez que lo vi, ese maldito loco estaba corriendo hacia el edificio.

—Pensaba que vosotras tal vez seguíais dentro —dijo North. Su voz sonaba hueca y conmocionada, que era lo mismo que sentía Estrella al imaginar a Harte dentro del edificio.

—¿Está dentro? —preguntó a través del nudo que le oprimía la garganta. Encima de ellos, el techo del edificio principal crujió y se desplazó. Como leyendo su mente, Maggie le cogió la muñeca.

—No puedes...

Estrella apartó con fuerza su brazo y empezó a correr.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, ralentizó el tiempo y pasó por la entrada del edificio en llamas sin mirar atrás.

No tenía ni idea de dónde podría estar Harte, pero empezaría por la guardería. Si había entrado a buscarla, habría ido allí.

El calor del fuego se propagaba por los pasillos a su alrededor, pero las llamas se habían detenido, como flores brillantes que brotaban en las paredes y los techos. Puesto que no podía detener el tiempo por completo, el fuego continuaba consumiendo el oxígeno. El calor lo

permeaba todo, y el humo denso se suspendía en el aire. Pero no se detuvo. No *podía* hacerlo. No hasta que encontrara a Harte.

Su pecho se contrajo al girar hacia el pasillo de la guardería y encontrarse con una pila de escombros ardientes. Cuando vio el zapato que asomaba entre ellos, estuvo a punto de perder el control de su afinidad.

Enseguida trató de remover los trozos del falso techo que habían caído sobre Harte, pero estaba tardando demasiado tiempo. Descubrió su rostro y vio que sus ojos estaban abiertos... No estaba muerto, pero tampoco podía ayudarla porque estaba atrapado entre los escombros. Considerando sus opciones, dejó de controlar los segundos. Las llamas empezaron a crepitar de nuevo alzándose en una rugiente hoguera; Harte soltó un jadeo cuando algunos trozos del techo se desprendieron nuevamente sobre él.

Sus ojos se encontraron con los de ella, y su rostro empalideció cuando la vio allí justo sobre él.

—Ayúdame —le dijo Estrella, intentando quitarle los escombros de encima.

Podía oír el crujido del edificio mientras trabajaban hasta que finalmente logró liberarlo del enorme trozo que atrapaba sus piernas.

—¿Puedes caminar? —preguntó, tosiendo por el calor y el humo.

—Creo que sí —le dijo, tambaleándose en lo que lograba ponerse en pie; ella lo atrapó antes de que pudiera caerse.

—¿Puedes...? —Se refería a que quería que detuviera el tiempo.

—No —dijo—. No contigo. El edificio es demasiado inestable. —Advirtió que quiso protestar, pero no le dio oportunidad de hacerlo. Cubriéndose la nariz y la boca con la camisa, se desplazaron tan rápido como pudieron a través del pasillo, hacia la parte trasera del edificio.

Estaban a punto de salir cuando Estrella se detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó Harte, empujándola para que siguiera.

—Mi brazalete. La Llave de Ishtar está aquí dentro.

—¿Estás segura? —Tosió.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero si está... —El incendio se había iniciado inesperadamente, y Ruth había estado demasiado ocupada discutiendo con la Guardia, distrayéndolos para que Maggie pudiera sacar a los niños del edificio, como para hacer otra cosa. Quizá no estuviera allí, pero no podía perder la oportunidad—. No puedo irme sin él —dijo, dándose la vuelta de nuevo hacia el fuego. Sin él, se quedarían atrapados allí sin forma de volver. Y sin forma de arreglar las cosas.

—No, Estrella... —le cogió la mano.

—Suéltame —le dijo, intentando zafarse de él. Pero era demasiado obstinado; el calor del poder que albergaba en su interior hizo hormiguitar su piel, tan inexorable y real como el fuego.

—No te dejaré aquí; no merece la pena morir por ello.

Pero ¿acaso no había tomado ya esa decisión?

—Moriré de todas formas.

Harte sacudió la cabeza y estaba a punto de discutir con ella cuando Estrella lo interrumpió.

—Necesito esa gema, pero no lo puedo hacer contigo, Harte. No con lo que albergas dentro de ti. Déjame ir, y al menos lo intentaré. Yo te salvé a *ti*, ¿verdad? —Pudo ver que quería negarse, pero se había quedado sin argumentos—. Estaré nuevamente fuera antes de que puedas advertirte lo siquiera.

—No, Estrella —dijo, sujetándole el brazo aún más fuerte hasta que sus dedos se clavaron

dolorosamente en su piel. Su expresión tenía algo oscuro, una desesperación que era pura e innegable. En aquel momento, no supo lo que se movía tras sus ojos, si era él mismo, a quien le importaba desesperadamente, u otra cosa... Seshat, el poder endemoniado que habitaba dentro de él... ¿Sabía Seshat que las gemas serían su perdición?

Pensarlo la hizo tomar la decisión.

—Lo siento —respondió, torciendo violentamente su brazo hacia un lado y dejándolo tumbado de espaldas sobre el suelo. En cuanto su mano la soltó, Estrella ralentizó el tiempo y volvió a adentrarse entre las llamas.

UNA PEONÍA EN UN HUERTO DE TOMATES

1902, Nueva York

Mentiras. Viola sabía que las palabras que habían salido de la boca de Nibsy estaban tan sucias y tan contaminadas como el lodo que recorría las alcantarillas y, en aquel momento en el que ya tenía a Libitina de nuevo, le demostraría lo que pensaba de sus mentiras. Empezó a desenvolver el puñal cuyo peso descansaba cómodamente en sus manos cuando, por el rabillo del ojo, vio un destello de color rosa que estaba absolutamente fuera de lugar en el aire sombrío del Bowery, tizado por el humo.

Tendría que haber sabido que la chica no le haría caso y que no regresaría al lugar al que pertenecía en la parte alta de la ciudad. No debería haberse sorprendido al encontrar a Ruby allí, estirando el cuello para ver lo que sucedía en el incendio; parecía una peonía en un huerto de tomates.

Estaba demasiado absorta intentando ver lo que pasaba, pero por la mirada de concentración y preocupación de Theo, este se había percatado de que el humor de la multitud allí reunida había empezado a cambiar en cuanto el flujo constante de agua había comenzado a extinguir el fuego. Dado que su fuente de diversión se acababa, empezaban a impacientarse y alborotarse.

Instintivamente, Viola tuvo deseos de acudir a ellos. Ninguno de los dos pertenecía al peligroso mundo del bajo Manhattan, no como ella. Pero tenía que considerar que Nibsy y su venganza estaba tan cerca que ya podía notar el dulzor en el fondo de su garganta.

Desgarrada por la disyuntiva, Viola se volvió nuevamente hacia Nibsy, solo para encontrarse con que la rata había desaparecido. Pudo verlo, pero ya a cierta distancia, desapareciendo entre el tumulto y dejando al pelirrojo tumbado sobre el suelo. *Dolph jamás habría hecho algo así.*

Pero el chico no era asunto de ella. Su suerte había quedado echada en cuando había decidido iniciar el fuego

En lugar de ir a buscarlo, se dirigió hacia donde Ruby y Theo eran zarandeados por la multitud cada vez más inquieta. Ya casi había llegado junto a ellos cuando pudo ver que justo al otro lado de Ruby, su hermano avanzaba en dirección hacia ella. Y venía acompañado por John Torrio.

Viola anticipó lo que sucedería: Torrio vería a Theo, creyendo que era Reynolds, y sabría que no había matado al periodista. No interesaría que Theo nunca hubiera sido el verdadero objetivo siquiera. Lo único que importaría sería la prueba de que Viola había incumplido su orden, y peor aún, que había impedido que él mismo la llevara a cabo. Si Torrio veía a Theo y Ruby, si se daba cuenta de lo que Viola había hecho... o, más bien, de lo que *no* había hecho, estaría acabada. Y, lo que es más, Theo y Ruby también estarían acabados.

Sacudiendo los brazos, Viola corrió hacia su hermano y Torrio, intentando llamar su atención para impedir que se volvieran levemente hacia la izquierda y pudieran ver a Ruby, rosada y cubierta de pétalos como una flor. Porque estaba claro que se percatarían de su presencia, no con lo elegante y refinada que parecía entre los matones del Bowery.

—¡Paolo! —llamó a voces, desesperada por alcanzarlo, pero ambos recorrían la multitud con la mirada y no la oyeron. Volvió a gritar, su voz desesperada por salir de la garganta mientras su hermano se acercaba cada vez más a la zona donde Ruby y Theo observaban el incendio.

Finalmente, Paul la vio, y luego también Torrio. Al verla, se apartaron de su camino inicial, el

que los habría llevado hasta Ruby y, en cambio, fueron hacia ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul, con un gesto de decepción al ver que no traía al culpable con ella.

—El que ha hecho esto está allí, sobre el suelo —le dijo, señalando al lugar donde yacía el chico, inconsciente por su magia—. Es un chico pelirrojo, tendrá unos quince años. Uno de los muchachos de Nibsy Lorcan.

—¿Uno de los muchachos de Lorcan? —preguntó Paul, su expresión cargada de sospecha—. ¿Estás segura?

Viola asintió con la cabeza, manteniendo la expresión impasible mientras desplegab su afinidad para encontrar el latido ya familiar de Ruby entre el gentío. Cuando lo encontró, regular y calmó, supo que la chica seguía a salvo... Al menos, por el momento.

Paul echó un vistazo a Torrio, intercambiando algún mensaje tácito con él, y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Te has encargado de él?

—Mejor aún —le respondió—. Te lo he dejado a ti. Un regalo para la Tammany —explicó.

—No era eso lo que te he ordenado —dijo Paul—. Te he dicho que lo mataras.

—No tiene sentido matarlo. Piénsalo —argumentó antes de que pudiera volver a interrumpirla—. Si lo hubiera matado, ¿qué prueba tendrías de que has cogido al responsable? No puedes saber si un hombre muerto es un mageus ni preguntarle por qué atacó o para quién trabajaba. De este modo, tienes al chico... tienes una *evidencia* —dijo. *Lo cual significa que tienes una evidencia de que no debes confiar en Nibsy*—. Llévalo a la Tammany y hazles el favor de que ellos mismos se encarguen de él. Te lo agradecerán.

Torrio la miró con desconfianza, pero ella lo ignoró. Lo que fuera que Paul quería que sucediera entre los dos, a Viola no le interesaba.

Antes de que Paul pudiera decidir si estaba o no de acuerdo, percibió que el corazón de Ruby empezaba a palpar con más intensidad. El ritmo regular cedió a un latido más rápido. Viola supo que estaba pasando algo.

—¡Rápido! —gritó, señalando en dirección adonde había dejado al muchacho.

Sus acciones tuvieron el efecto deseado: Paul y Torrio se volvieron, casi a la vez, y en cuanto desviaron su atención, Viola se internó en la multitud para buscar a la chica con cabeza de mosquito que estaba a punto de lograr que la mataran.

ARRASTRADA AL FONDO

1902, Nueva York

Incluso desde donde estaba situada, al fondo entre la multitud, Ruby Reynolds podía sentir el calor de las extrañas llamas que consumían la estación de bomberos. En aquel momento allí en medio de la masa y la plebe, pudo ver por sí misma que los hechos guardaban alguna relación con la magia. Tan solo un momento antes algo había cambiado, y el agua que había estado fluyendo de las mangueras había empezado a tener un efecto sobre las llamas.

A la gente no le gustó en absoluto, *en absoluto*.

—Tenemos que irnos —dijo Theo, utilizando su cuerpo como escudo para protegerla del zarandeo del gentío.

—Solo un minuto más —suplicó—. Si solo pudiéramos acercarnos un poco más...

—No vamos a acercarnos más —le contestó con un tono que rara vez empleaba con ella.

—Pero Theo...

Apenas hubo pronunciado su nombre cuando la multitud se abalanzó, haciendo que Ruby se tambaleara hacia la izquierda. De pronto fue consciente de que lo que había sido un ávido interés teñido de excitación cuando llegaron se había convertido en frustración, quizá incluso, indignación. En una ocasión, cuando era pequeña, su padre la había llevado junto a sus hermanas a Coney Island para jugar en el mar y, al aventurarse demasiado lejos de la orilla, las olas la arrastraron hacia el fondo. Quedar atrapada entre la multitud excitada le recordó aquel momento, y sintió la misma punzada de traición que aquella vez, cuando el agua se volvió en su contra.

Aquel día su padre la había atrapado bajo sus brazos, poniéndola de pie como si nada hubiera sucedido. En aquel momento su querido Theo había hecho todo lo posible por protegerla de los otros cuerpos que ejercían presión empujándolos, pero apenas podía mantenerse en pie.

Resultaba terriblemente emocionante.

Por la mirada que tenía, Theo no sentía lo mismo. *El pobrecillo*. Siempre había sido tan remilgado y prudente. Pero también había sido su amigo más leal a lo largo de todas sus desdichas... La crisis de su padre y el bochorno familiar, y la intromisión de su madre para conseguir que todas sus hijas se casaran después de su muerte. Y luego tenía que lidiar con el juicio permanente de la sociedad. No es que le importara un comino su opinión, pero ponía las cosas mucho más difíciles de lo que debían serlo. Y durante todo el proceso, Theo había estado a su lado.

Se sentía la peor clase de persona sometiéndolo a aquello y, sin embargo, si solo pudiera determinar cómo había empezado el fuego...

—¡Ruby! —La voz atravesó el bullicio a su alrededor—. ¡Theo!

Ruby se dio la vuelta y vio que se trataba de Viola, sus ojos violetas ardiendo con algo increíblemente parecido al miedo.

—¿Viola?

Apenas tuvo tiempo de advertir una llamarada de calor atravesándola por dentro. No tenía nada que ver con el fuego que había tenido lugar antes del enardecimiento del gentío y los había empujado hacia la izquierda. Ruby se alejó de Theo tambaleándose, y perdió el equilibrio, cayendo encima de Viola. Tuvo un momento para apreciar la fuerza de la otra joven. Si bien era

más baja que Ruby, bajo la suavidad de sus curvas, su cuerpo era lo suficientemente robusto y fuerte como para mantenerla en pie.

Por un momento la conexión entre ambas fue absolutamente innegable. Notó un aleteo en el estómago, su pecho se contrajo y todo el mundo quedó reducido al penetrante color violeta de aquellos ojos enmarcados por sus gruesas cejas negras.

Viola quedó inmóvil. Los brazos que la rodeaban se quedaron rígidos, y en aquel momento, la multitud desapareció. Ruby oyó un rugido en sus oídos y supo con *absoluta* certeza que ella también había podido sentir aquella misma energía entre las dos. Pero la joven sencillamente volvió a enderezarla y dio un paso hacia atrás.

—Vamos —les dijo Viola, cogiendo su muñeca—. Hay que largarse de aquí. Venid por aquí.

La tibieza que la había invadido solo un momento antes se enfrió, pero aún sentía la piel caliente donde los dedos de Viola rodeaban su muñeca. Intentó apartarse de un tirón, pero esta la sostuvo con firmeza, volviéndose hacia ella.

—Tenemos que marcharnos. *Ahora* —ordenó, mirando a Theo para que la apoyara.

—Tiene razón —dijo este, como pidiendo disculpas—. Esto no es seguro.

¿Seguridad? ¿Qué era la seguridad sino una jaula? Habían planeado toda su vida para mantenerla segura... Alejada de los problemas, fuera de peligro, aislada de cualquier cosa que fuera real o importante. *No*. Había tomado la decisión de que no le interesaba estar «a salvo» el día que había encontrado a su padre en su escritorio, enloquecido por su propia obsesión con la seguridad. Había intentado dominar la magia, tal como le habían ordenado los hombres de la Orden, y aquella había terminado dominándolo a él. No, no solo dominándolo, *destruyéndolo*... y a punto de destruir a toda su familia con él.

En aquel momento a Ruby solo le interesaba la *verdad*, y la verdad era que ningún periodista masculino en su posición huiría por una pequeña refriega.

—No puedo irme ahora —le dijo—. Tengo que averiguar lo que ha pasado. La noticia...

—No estás a salvo en este lugar —interrumpió Viola, con el rostro plegado por la frustración.

—Ruby... —intentó Theo.

—No, Theo. Hemos venido a ver el incendio, y voy a ver el incendio. —Se volvió hacia Viola, con las venas enardecidas por la determinación—. Si las llamas no eran naturales, tengo que saberlo. ¿Acaso no ves lo importante que es?

—No será importante si estás muerta —dijo Viola, haciendo un esfuerzo por mantenerse en pie en el medio del tumulto.

Había cosas peores que morir, pensó Ruby, recordando a su padre en el manicomio, al norte del estado, antes de terminar muriendo, y a sus hermanas, que a veces querían mucho a sus esposos, pero a menudo no. Y en sí misma, condenada a vivir una vida limitada que tendría que haber sido mucho más grande, mucho más *amplia*.

—Creo que deberíamos escuchar a la señorita Vaccarelli —le dijo Theo. *Un verdadero traidor*.

Pero Ruby sacudió la cabeza y se abrió paso a empujones, adentrándose aún más entre la multitud.

No había caminado más de tres pasos cuando un hombre cerca de ellos soltó un puñetazo que transformó a la masa en una ola escalonada de violencia. Las personas a su alrededor empujaron, algunas sumergiéndose en la pelea y otras intentando desesperadamente salir de allí. En aquel momento, Ruby sintió el primer atisbo de miedo. Se tambaleó hacia atrás, y Theo estaba allí, como siempre lo estaba.

Por favor, rogaban sus familiares ojos, y por mucho que quisiera ser más fuerte, por mucho que

quisiera mantenerse firme, no podía negarle aquello. Asintió con la cabeza, y juntos siguieron el camino que Viola pudo ir despejando a través de la multitud.

Ya casi habían llegado, estaban a punto de salir de toda aquella locura. Unos pasos más, pensó Ruby, y estarían a salvo. Pero cuando ya casi habían llegado al final de la aglomeración de cuerpos, un sonido de sirenas brotó a través del aire... venía la policía. Como respuesta, la multitud volvió a arrojarse hacia delante, y mientras Ruby intentaba recuperar el equilibrio, estalló un disparo por encima del ruido y la mano de Theo soltó la suya.

Volvió la mirada justo a tiempo para ver que se desplomaba y que el brillo de su sangre florecía como un clavel hundido en su solapa.

1902, Nueva York

El sonido del grito de Ruby atravesó el estruendo e impactó contra Viola como un puñal clavado en las entrañas. Se volvió justo a tiempo para verla intentando atrapar a Theo que se desplomaba sobre el suelo.

La multitud ya había empezado a dispersarse. Ya no les interesaba pelear entre sí; en aquel momento intentaban huir de la amenaza. Otro disparo estalló, y luego otro, y la calle quedó sumida en la locura.

Viola miró alrededor, buscando a su hermano y a Torrio incluso mientras retrocedía arremetiendo contra el caos, buscando a Ruby y Theo; pero en lugar de encontrar a los Five Points, pudo ver que los disparos tenían otro origen: dos grupos de tongs chinos se enfrentaban justo allí en medio de toda aquella furia. Era como si todo el Bowery hubiera perdido la cabeza.

Theo estaba en el suelo. La fina lana de su traje, manchada con la mugre de la calle y la sangre que rezumaba del pecho. Ruby estaba allí junto a él, acunándolo. Su piel rosada había adquirido una palidez fantasmal, y su boca se movía sin emitir sonido alguno. Pero Theo aún respiraba; tenía los ojos abiertos y miró a Viola.

—Sácala de aquí —dijo, con la voz atormentada por el dolor.

—No. —Ruby la fulminó con la mirada—. No me iré sin él.

La violencia arreciaba a su alrededor, pero al ver la seriedad de la joven, Viola supo que sería inútil discutir.

—Entonces, será mejor que me ayudes a levantarlo —le dijo.

Asintiendo con firmeza, la joven la ayudó a alzar a Theo, que gemía de dolor. Si Viola había esperado que la chica de aspecto grácil vacilara bajo el peso del joven, estaba equivocada. El rostro de Ruby se encontraba plegado por el esfuerzo de soportar el peso de Theo, que había dejado caer un brazo alrededor de los hombros de cada una, pero Viola la admiró aún más por su determinación.

Incluso mientras su corazón se contraía al ver la manera en que lo miraba.

Para cuando consiguieron trasladarlo lo bastante lejos de los enfrentamientos como para estar a salvo, el joven era casi un peso muerto. De todas formas, Viola los alentó a que caminaran un poco más hasta alcanzar la seguridad relativa del portal de una casa de arrendamientos que conocía. Alguna vez, las personas que vivían allí habían sido leales a Dolph; solo podía esperar que la reconocieran como una amiga en lugar de como una traidora.

Tiraron de Theo hacia el interior, donde el ruido de la calle quedó bloqueado por la portezuela. Un arrendatario se asomó por su puerta el tiempo suficiente como para determinar si quería tener algo que ver con lo que fuera que estuviera sucediendo en el pasillo.

Ruby acunó a Theo contra ella, acariciando su mejilla con suavidad, pero este se desvanecía. Tenía los ojos a medio abrir, y por su aspecto vidrioso, Viola supo que no podía verlas a ninguna de las dos. Su piel se había vuelto pálida como la muerte, y sus labios ya se hallaban teñidos de azul.

—No —dijo Ruby, su voz, a punto de quebrarse cuando él no respondió—. Quédate conmigo, Theodore Barclay. ¿Me oyes? —Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas—. No se te

ocurra dejarme aquí sola.

Pero Theo no respondió. Su respiración era poco profunda, y sus pulmones emitían un débil estertor que Viola conocía demasiado bien. De pronto, se encontró nuevamente en el apartamento de Tilly, sin poder hacer nada mientras veía morir a su amiga.

Salvo que en aquella ocasión no era impotente.

—Por favor —dijo Ruby, inclinando la frente contra la de Theo. Una y otra vez suplicó, con voz temblorosa. Pero él no respondió.

—Muévete —ordenó Viola. Su voz sonaba tan vacía y desesperanzada como lo que sentía por dentro, pero al menos podía hacer aquello, incluso si significaba exponer lo que era—. *Muévete* —repitió, empujando suavemente a la chica.

Ruby levantó su mirada hacia ella, con los ojos llenos de lágrimas. Abrió la boca para negarse, pero esta no la dejó seguir.

—Yo puedo ayudarlo —dijo más suavemente—. Pero tienes que dejarme hacerlo.

Ruby se alejó de Theo a regañadientes. Aún sangraba, pero estaba vivo. Viola lo sabía porque la sangre continuaba manando de la herida en el pecho.

No quería tocarlo. No necesitaba tocarlo, pero sabía que sería más fácil y funcionaría más rápido si lo hacía. Así que colocó la mano sobre su pecho, encima de la humedad de la tela. Pudo sentir la sangre caliente y resbaladiza bajo los dedos, pero ignoró la certeza de la muerte que transmitía y dirigió su afinidad hacia él, dentro de él, uniendo los espacios que la violencia de la bala había desgarrado.

Tirando de la vida para devolvérsela.

De pronto, el joven jadeó; Viola aguardó a que abriera los ojos para retroceder. Tenía las manos pegajosas por su sangre y sostenía un trozo de la bala. Pero Theo viviría. Estaría *bien*. Y también lo estaría Ruby.

Alzó la vista, agotada pero satisfecha con lo que había logrado solo para cruzarse con la mirada conmocionada y espantada de la joven.

—Fuiste *tú* —susurró antes de que Viola pudiera explicarle siquiera—. El mageus nunca ha sido John Torrio sino tú, ¿verdad?

Su cabeza asintió espontáneamente, quería explicárselo, decirle toda la verdad a Ruby... Que le habían ordenado que la matara y que se había negado a hacerlo. Pero había algo en su tono que la hizo detenerse, una cierta frialdad que no esperaba.

—Me mentiste —dijo la joven—. Todo este tiempo, me has estado mintiendo. —Había algo nuevo en su mirada—. Tú eres *uno de ellos*.

La confusión la envolvió por completo.

—Yo... —No sabía qué debía decir—. ¿Acaso no me dijiste que querías destruir a la Orden? —suplicó Viola.

—Porque dependían de la magia para tener poder. —La expresión de Ruby manaba repulsión—. Porque esta ciudad jamás estará a salvo mientras los poderes antinaturales sigan siendo una amenaza. Destruyeron a mi padre... y a toda mi familia —dijo.

—Creía...

—No puedo creerlo, en todo este tiempo no he sido capaz de ver lo que eras. —Sus ojos se llenaron de lágrimas a causa de la furia—. Tendría que haberme dado cuenta, pero dejé que te acercaras a nosotros. De hecho, te *rogué* que nos ayudaras —dijo. Sus palabras se deshicieron en una amarga carcajada que se quebró en un sollozo—. Y mira lo que ha pasado.

Algo de su tono acusatorio hizo que perdiera los estribos.

—Nunca te he pedido que vinieras a buscarme. Te dije que te mantuvieras lejos. Intenté advertirte, ¿recuerdas?

Pero Ruby no se echaría atrás.

—Theo casi muere por *tu* culpa.

Theo emitió un suave sonido, pero ella ni siquiera se había dado cuenta de que ya se encontraba mejor, no a través de la bruma de odio que encendía su mirada.

Viola se puso de pie tambaleándose.

—No soy yo quien lo ha arrastrado hoy hasta todo este caos. No soy yo quien se ha negado a marcharse. —Arremetió contra la joven con todo el dolor y la ira que la quemaban por dentro. Era una llama que la consumiría—. Eso lo has hecho *tú*, señorita Reynolds. Puedes culparme todo lo que quieras. Puedes odiarme por lo que soy, por algo en lo que no tuve opción ni pude rechazar, pero mientras te convences con historias acerca de quién y qué es malvado, deberías recordar que la culpa de que le hayan disparado a Theo es *tuya* —dijo con la voz rota—. Y soy *yo* quien lo ha salvado.

—Aléjate de mí —replicó Ruby, escudando a Theo con su cuerpo—. De ambos.

La miró como tantas veces habían mirado a Viola: con una combinación de aversión y miedo que la caló hasta los huesos. Había transcurrido demasiado tiempo intentando ser lo que no era, así que en aquella ocasión no se defendió. Obedeció su orden y, sin decir una palabra más, se volvió y se marchó sin mirar atrás.

NEGACIÓN

1902, Nueva York

Ruby apenas podía ver por las lágrimas, pero no se arrepentía de haberse deshecho de Viola Vaccarelli. *En absoluto.*
Apenas notó que Theo se movía en sus brazos hasta que se sentó, frotando el lugar en el pecho que seguía húmedo por la sangre.

—¿Theo? —El nombre salió de sus labios como un jadeo apresurado en lo que tardaba en colocar sus brazos alrededor de él.

Pero él se la apartó de encima.

—Estoy bien —le dijo, su voz aún débil—. Aunque eso ha sido bastante duro, ¿no crees? —Enarcó una ceja en dirección a ella, y el corazón de Ruby dio un vuelco al ver aquel gesto tan adorable y tan familiar.

—¿Qué? —preguntó ella, pero ya sabía exactamente de qué hablaba.

Él tan solo la miró.

—Es una de ellos, Theo. ¿Qué querías que hiciera?

—Podrías haberle dado las gracias —dijo con suavidad.

Tenía razón, por supuesto. *Pero ella es una de ellos.*

—Nos ha estado mintiendo —dijo en cambio. Apartó un mechón de su rostro hacia atrás—. ¿Realmente te encuentras bien?

Theo respiró hondo, como probando sus pulmones y asintió.

—Creo que sí, ¿y tú? —preguntó, su voz más tierna.

—Estoy bien —le dijo—. No ha sido a mí a la que han disparado.

—No me refiero a eso. Te *gustaba* —insistió.

—Yo no...

—No sigas —dijo con suavidad—. Le mientes a todo el mundo, pero jamás has tenido que mentirme a mí.

Ruby sintió el escozor de las lágrimas de nuevo, pero sacudió la cabeza, intentando hacerlas desaparecer.

—No importa. Ella es una de ellos, y *sabes* lo que creo de la magia. Sabes lo que le hizo a mi familia.

Theo permaneció en silencio unos instantes, pero luego le acarició el mentón y lo volvió hacia ella.

—Ruby...

—No, Theo. —Volvió a sacudir la cabeza, sin querer pensar en nada de ello.

—No —dijo él, ahuecando su rostro—. Eres mi mejor amiga, y porque te quiero como jamás he querido a nadie te diré algo que tendría que haberte dicho hace meses... antes de empezar esta búsqueda que te propusiste. Tu padre tomó sus propias decisiones, amor.

Ruby empezó a protestar, pero él la detuvo con una única mirada. Habían sido amigos desde que eran bebés y andaban con arneses para aprender a caminar. Nadie la comprendía como él porque con nadie se había sentido tan segura como con él. Pero en aquel momento no parecía defenderla. Solo parecía querer que enfrentara la verdad y la aceptara.

—Sí, puede ser que la Orden hiciera que profundizara una obsesión que ya era malsana, pero él sabía lo que hacía cuando empezó, y no tenía nada que ver con el bien de tu familia ni con el bien de la ciudad. La magia no lo llevó al límite. Quizá lo ayudó, pero él lo hizo solo.

Ella sacudía la cabeza, deseando bloquear las palabras, pero en lo más íntimo de su corazón... en aquel lugar donde siempre había comprendido lo que no se pronunciaba... lo supo desde el principio. Ruby era muy pequeña cuando su padre perdió la cabeza y había intentado atacar a un amigo por un objeto supuestamente mágico. Había estado a punto de asesinar a alguien por una *baratija*, y para ella fue mucho más fácil... para *todos ellos*... echarle la culpa a la magia en sí, a aquel poder como si fuera algo que pudiera separarse de él. Resultó mucho más satisfactorio odiar y pelear contra *ello* que aceptar que su padre había sido la causa de las desgracias familiares.

Quizá había tenido escauceos con la alquimia y otros estudios ocultistas a causa de la Orden. Pero Ruby sabía la verdad: su padre siempre había sido la clase de persona que quería ser más importante y superior de lo que era. Su membresía en la Orden era parte de ello. Cuando ella era pequeña, había creído por su forma de alardear y darse importancia que era una especie de parangón de masculinidad... como si fuera intocable.

Pero ella ya no era una niña.

—Jamás me perdonará —susurró Ruby, recordando la horrible forma en la que le había hablado a Viola.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó Theo con ternura.

—No lo sé —respondió, sabiendo que estaba mintiendo incluso mientras lo decía. Pero seguía tan enfadada y se sentía tan traicionada que nunca *jamás* lo admitiría.

CERCA DE LA SUPERFICIE

1904, St. Louis

Harte cayó al suelo antes de saber lo que estaba sucediendo, en lo que la fuerza del puñetazo de Estrella y su caída le arrancaban el aire del pecho. Para cuando pudo recuperarse y sentarse de nuevo, ella ya había echado a correr de nuevo hacia el edificio en llamas. Había alcanzado a ver su silueta recortada contra el fuego, y luego había desaparecido.

Al ver que se iba, el poder en su interior se sublevó con una violencia para la que no estaba preparado. De pronto había quedado sumergido en la oscuridad, donde lo único que sentía era el dolor del desgarró, la ira de la traición y el insoportable anhelo que había ido creciendo tras siglos de encierro.

No advirtió que intentaba correr hacia el incendio hasta que pudo volver en sí gracias a North y a otro de los operarios de la cervecera que lo retenían mientras intentaba zafarse de ellos. *Los despedaré para encontrarla.*

Pero en un pestañeo, enfocó la vista y pudo ver que Estrella aparecía de nuevo, caminando hacia ellos sana y salva. Se encontró con su mirada frunciendo el ceño y supo que no había hallado el brazalete.

Agradeció en aquel momento que los dos jóvenes lo hubieran retenido por los brazos. Seshat estaba tan cerca de la superficie que no podría haber evitado abalanzarse sobre Estrella. No podría haber impedido que Seshat la tomara.

Y ella no habría estado preparada. No lo habría podido saber hasta que ya hubiera sido demasiado tarde.

A medida que su cuerpo se relajó, North y el otro tipo lo soltaron con cuidado. El rostro de Estrella estaba surcado por la preocupación, pero no acudió a ella. El poder seguía empujando los límites, poniéndolo a prueba.

No confiaba en sí mismo para estar siquiera cerca de ella, mucho menos tocarla, así que sacudió la cabeza para advertirle que se mantuviera lejos.

El dolor parpadeó en sus ojos, pero él le dio la espalda, sabiendo que si acudía a ella en aquel momento, el poder demoníaco que habitaba su interior triunfaría.

—Tenemos que irnos antes de que la Guardia decida hacer algo más —dijo Ruth al grupo.

Harte quería acercarse a Estrella, rodearla con los brazos y convencerse de que seguía a salvo. Convencerla de que abandonara a aquellos Antistasi y todo el peligro que representaban, pero el dolor de ella se había convertido en dureza. Empezó a alejarse, ayudando a Ruth, a Maggie y al resto a subir a la carreta. Y lo único que pudo hacer fue seguirlos.

AMENAZAS Y PROMESAS

1904, St. Louis

Para cuando Julien Eltinge salió por la entrada de artistas y cruzó el callejón que había detrás del teatro era ya casi medianoche. La agobiante humedad nocturna resultaba opresiva sin que corriera siquiera un soplo de brisa. Aun así, había silencio, un respiro más que bienvenido tras el agotador día que había tenido.

La mañana había empezado con una reunión con Corwin Spenser, que quiso repasar los planes que estaba trazando la Sociedad para garantizar la seguridad del desfile. No toda la ciudad apreciaba las celebraciones del Profeta Velado. La Sociedad siempre esperaba altercados, gentuza que haría lo que fuera para perturbar lo que debía ser una noche de diversión; pero con la presencia del presidente, no podía permitirse que fallara nada... especialmente cuando se trataba del collar. Julien le había asegurado al anciano por enésima vez que él era más que capaz de ocuparse de cualquiera que provocara algún disturbio durante el desfile. A aquella reunión le habían seguido una serie ininterrumpida de funciones, con el teatro lleno aunque con un público demasiado apagado. El calor estaba afectando a todos.

Acababa de girar una esquina hacia su propio apartamento cuando pudo advertir que el carruaje que se encontraba en la calle justo detrás de él parecía seguirlo. Redujo la marcha y aguardó a que pasara, pero en cambio se detuvo junto a él y la puerta se abrió. Adentro había un hombre al que tan solo había visto una vez... en una cena a la que el Profeta Velado lo había obligado a asistir aquella semana. No pertenecía a la Sociedad, pero era un representante de una de las otras Hermandades. ¿Cuál había sido?

—¿Señor Eltinge? —llamó el hombre— ¿Puedo ofrecerme a llevarlo?

Nueva York, pensó de pronto, reconociendo el fuerte acento. Lo que quería decir que pertenecía a la Orden.

—Gracias —dijo Julien, demasiado consciente del sudor que se escurría por su espalda—. Pero creo que caminaré. Hace una noche preciosa para hacerlo. —Sacudió la mano en el aire y continuó, esperando que diera por terminada la cuestión.

Por supuesto que no fue así. El carruaje volvió a detenerse a su lado.

—Oh, creo que vendrá a dar una vuelta conmigo, Julien. —El hombre se inclinó hacia delante de modo que una de las farolas iluminó los planos de su rostro—. Salvo que quiera que le explique a la Orden dónde encontró el collar *de verdad*.

Julien sentía el aire nocturno sofocante contra la piel, pero sus venas se habían congelado.

—No estoy seguro de saber a qué se refiere. —Consideró sus opciones, pero dudó que fuera buena idea intentar ganarle al caballo.

—Creo que sí lo sabe —señaló el hombre—. Así que le daré una opción: puede subir a este carruaje y decirme todo lo que sabe sobre lo que planea hacer la Sociedad con el collar la noche del desfile. Si lo hace, puedo protegerlo. Puedo garantizar que la Orden jamás tenga conocimiento de su conexión con Harte Darrigan o el robo de sus tesoros más preciados. O puede seguir caminando y considerarme un enemigo.

El hombre no era viejo, pero tenía el cuerpo blando, hinchado por el exceso de alcohol y la falta de ejercicio. Si hubieran estado en un ring, Julien lo habría tumbado, pero la vida no era un ring

de boxeo. La vida era más como un juego de ajedrez, y él no estaba dispuesto a quedar en jaque mate a causa de Harte Darrigan.

—¿Sabe? —preguntó Julien, intentando sonar despreocupado—. Creo que me viene bien que me lleve, después de todo.

DESILUSIONADA

1902, Nueva York

Viola ni siquiera sabía hacia dónde se dirigía. Había caminando varias calles, casi hasta la orilla de la isla, cuando por fin aflojó la marcha, y la bruma a través de la que había estado caminando a ciegas se disipó. De pronto se sintió exhausta, y se puso a resguardo en el hueco de un portal, donde se hundió sobre el suelo, y dejó que sus piernas se desplomaran bajo su peso. Advirtiendo que la bala seguía en su mano, la arrojó lejos con repugnancia.

Luego cogió del bolsillo de su falda el paquete que Nibsy le había dado. Se detuvo un momento para sentir el peso reconfortante entre las manos antes de empezar a abrir el envoltorio. Finalmente, sentía que había recuperado el equilibrio. Volvía a sentirse segura. *Lista.*

Al diablo con todos sus planes. ¿Por qué tenía que esperar para cobrarse su venganza? ¿Por qué debía permitir que la Orden destruyera a Nibsy Lorcan cuando podía tener ella misma el honor de hacerlo? Acabaría con su vida con el filo de su daga, y luego iría a por su hermano. Y cuando terminara con ellos, iría a por la Orden. La hoja plateada de su puñal relumbró apenas rasgó el papel y lo alzó para examinarlo, deleitándose con su poder.

Al incorporarse dejó que la envoltura cayera al suelo, pero al hacerlo su mirada se fijó por casualidad en las marcas sobre el papel. Se inclinó para levantarlo y examinó la grafía clara y familiar. Conocía aquella letra, la inclinación precisa de las letras hacia la derecha y los trazos seguros y audaces del bolígrafo.

Dolph.

Su pecho se contrajo al recordar a su amigo y su ausencia, pero cuando permitió que sus ojos escudriñaran las líneas escritas, el dolor se convirtió en otra cosa. Incredulidad. Negación.

No puede ser. Dolph jamás habría escrito aquellas palabras. No podría haberle hecho daño a Leena de aquel modo. Pero allí, tan claras como las letras sobre la página, estaba cada paso que había dado y cada intención que había tenido... para hacerse con su poder y para *utilizarla*. A la mujer de la que decía estar enamorado.

Tenía que ser un truco, pensó. Otro de los engaños de Nibsy, porque si no lo era, todo lo que sabía acerca de Dolph Saunders no era más que una mentira.

**PARTE
VI**

1904, St. Louis

Con la cervecería reducida a cenizas tras el incendio, los Antistasi se trasladaron aún más lejos, a un pequeño campamento sobre la orilla del Misisipi, justo al sur de la ciudad. Sin realmente hablarlo o decidirlo, Estrella los había seguido. Y Harte a ella, aunque ni siquiera la miraba. Mantenía la distancia y no dejaba de poner excusas para estar donde fuera que no estuviera ella. Tras la forma en la que lo había atacado, no podía culparlo del todo. Incluso en aquel momento, mientras todos los demás ayudaban a los renacidos a concentrarse en sus afinidades, Harte se encontraba sentado a la orilla del río, de espaldas a ella y al resto.

Vale. Podía enfadarse todo lo que quisiera. Cuando se sobrepusiera, quizá podría darse cuenta de que por lo menos debía *intentar* recuperar su brazalete. No quería pensar en lo que significaba no haberlo encontrado.

¿Sería que no lo había visto? ¿O aún lo tenía Ruth?

Pero dejar que sus pensamientos erraran a su antojo mientras intentaba ayudar a los nuevos mageus no era lo más seguro, así que se obligó a olvidar la disconformidad evidente de Harte y a concentrarse en la tarea que tenía por delante. La mayoría de las personas del hospital seguían procesando la realidad de sus nuevas vidas. Los mageus natos aprendían desde niños a usar sus conexiones con la magia antigua, y para cuando eran adultos, ya formaba parte de su naturaleza. Pero Ruth había atacado a adultos. Aprender a concentrarse en sus afinidades, descubrir qué poder tenían en realidad, estaba demostrando ser todo un desafío y una frustración para ellos.

No era mucho más cómodo para Estrella. Todo el asunto le recordaba a su propia niñez... y los días que había transcurrido entrenándose con el profesor Lachlan. Lo odiaba. *Necesitaba* odiarlo por todas las formas en las que la había traicionado. Pero ayudar a los renacidos había hecho que se planteara si no debía además sentirse agradecida. Le había enseñado a encontrar los espacios entre los segundos y la había entrenado hasta que consiguió ralentizarlos sin apenas esfuerzo. Le había dado la Llave de Ishtar y los secretos para deslizarse a través del tiempo, un hecho que no quería admitir, ni siquiera a sí misma. Era como él mismo le había señalado: la había moldeado.

Por supuesto, se recordó que el hombre que había conocido como el profesor no habría tenido que hacer nada de eso si el muchacho que había conocido como Nibsy no hubiera robado su vida entera. ¿Quién habría sido si Nibsy Lorcan no hubiera matado a sus padres?

Desechó las preguntas del pasado e intentó poner toda su atención en el hombre que tenía delante de ella. Arnie era un hombre de mediana edad, con un mechón de cabello a ambos lados de la cabeza y un bigote descuidado cuyas puntas estaban teñidas de amarillo. No dejaba de perder la concentración y, cuando eso sucedía, las llamas brotaban de las puntas de sus dedos, haciendo que se sobresaltara y empezara a dar vueltas agitado hasta que encontraba el cubo de agua para apagar el fuego. Si no se aligeraba lo suficiente, y a menudo no lo lograba, Estrella tenía que llamar a uno de los embotelladores que trabajaban en la cervecería y que también era sanador, para que lo ayudara con las quemaduras.

—Es como si fuera una conexión —intentó explicarle Estrella mientras Arnie remojaba sus manos en un cubo de agua por décima vez—. El mundo entero y todo lo que hay en él está conectado. La magia vive en los espacios que hay entre esas conexiones. Cuando usas tu afinidad,

estás ejerciendo una presión sobre esos espacios... alterándolos y manipulándolos.

La miró ceñudo.

—¿Y eso cómo me ayuda con el fuego? Solo siento *calor*.

Para ser francos, lo desconocía. Siempre había usado su afinidad, incluso de niña, de manera intuitiva; nunca la había sentido como algo peligroso.

—Apenas pestañeo y estallan las llamas —se quejó—. No hay espacios. Solo *duele*.

—Quizá convenga que dejes de pensar en el fuego como algo externo a ti —sugirió. Al ser una reacción química, el fuego se alineaba con lo inerte; pero el tiempo era diferente. Era Éter: lo era todo.

Era una pésima maestra.

—Te conozco —pudo oír que decía una voz suave a sus espaldas.

Estrella se volvió para ver a la chica del almacén mirándola. Parecía menor en aquel momento que no llevaba aquel tieso vestido gris con el cuello elevado. Tenía un puñado de pecas sobre la nariz, y le dirigía una mirada acusatoria.

—No —mintió Estrella, dándole la espalda—. Debes estar confundida.

Pero la chica no cedió.

—John. Te llamas John —insistió—. Estabas allí aquella noche.

—No —repitió, volviéndose justo a tiempo para ver el momento exacto en el que la chica terminaba de atar los cabos.

—Tú eres una de ellos, y estabas allí aquella noche —dijo de nuevo, y sus ojos se abrieron de par en par—. Te vi. *Hablé* contigo.

El cielo estaba despejado, el sol había salido y la tibieza del verano se sentía en el aire, pero de pronto sopló un aire gélido, como el azote de una ráfaga invernal. Sacudió con su fuerza el árbol que tenía encima, y al alzar la mirada Estrella pudo ver que la superficie de las hojas se cubría de escarcha.

—Tú nos has hecho esto —continuó la chica, avanzando hacia ella—. Sabía que eras tú. Lo he sabido desde el principio.

—No —dijo, retrocediendo. Pero no tuvo valor para mentirle a la chica, que parecía tan asustada, rota y furiosa—. Yo solo... —¿Cómo podía responder a todo el odio que había en su mirada? No parecía suficiente con explicarle que ella tan solo había sido un instrumento, que no había tenido intención de hacer nada, porque la verdad era que sí la había tenido. Había entrado en el almacén aquella noche sabiendo que podía herir a otras personas. Había elegido a Harte y su misión para obtener el collar por encima de las vidas de aquellas personas, y era una decisión que volvería a tomar.

Al menos, era lo que *creía*.

—Greta, basta. —Era Ruth, que se había acercado a la chica por detrás.

—Pero él es...

—He dicho que ya basta. Ahora eres una de las nuestras —la reprendió—. Tranquilízate.

El gélido viento desapareció, y pudo notar que regresaba la habitual calidez del día.

Sobre ella, la escarcha empezó a volverse líquida y comenzó a escurrirse de las hojas, pero el frío las había teñido de color café.

—Ven conmigo —dijo Ruth a Estrella.

Aliviada de poder alejarse de Greta y sus acusaciones, Estrella siguió a Ruth.

—Nos odia.

—Aún no comprende el regalo que ha recibido —dijo—. Lo terminará haciendo.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Estrella antes de poder pensárselo dos veces.

Ruth ladeó la cabeza y le dirigió el tipo de mirada que imaginaba que solo una madre podría dirigir.

—¿Renunciarías a tu propia afinidad?

—No, pero yo nací con ella —respondió—. Forma parte de quien soy. Greta no ha tenido ninguna opción en este asunto —dijo, pensando en las objeciones de Harte.

—Tampoco tú. Recibiste tu afinidad a causa del destino y, sin embargo, con el tiempo has terminado considerándola esencial. Con el tiempo, Greta también lo hará. Todos lo harán.

Era evidente que Ruth creía en lo que decía. Su voz tenía tanta certeza, estaba tan llena de emoción, que Estrella casi pudo creer también lo que decía. Quizá solo hubiera sido un instrumento, pero al final, nadie la había obligado a atacar a Lipscomb y a toda la gente que había en aquel almacén. Podría haber intentado encontrar un camino mejor, pero no lo había hecho. Había escuchado hablar a Lipscomb y había juzgado que su vida valía menos que la de Harte.

Quizá su vida *había* valido menos que la de Harte. Pero al observar a aquellos mageus renacidos luchar y al ver el temor en sus ojos cada vez que sus afinidades estallaban fuera de control, no estaba tan segura de que hubiera tenido ningún derecho de tomar aquella decisión.

Respiró hondo y apartó sus dudas a un lado.

—¿Querías algo?

—Anoche te desenvolviste de una forma muy honorable —dijo Ruth—. Lo que hiciste por Maggie y los niños durante el incendio, y aquí, con los renacidos.

—Ya os habíamos dicho que no éramos vuestros enemigos —señaló Estrella, intentando mantener a raya la petulancia de su voz.

—Sí, pues... —Ruth hizo una pausa. Sus fosas nasales se ensancharon ligeramente, como si admitir aquello fuera un esfuerzo—. Tras todo lo que ha sucedido, parece que, después de todo, debo contar contigo como una aliada —dijo. No parecía demasiado contenta con la situación—. Con los daños ocasionados a la cervecería y la responsabilidad que tengo de los renacidos, necesito tu ayuda.

Las palabras quietaron algo en el interior de Estrella. *Este es el momento.*

—¿Cuál es tu plan?

—La Sociedad. Quiero hacerles pagar por lo que nos han hecho. Quiero que se arrastren.

—El deseo es definitivamente mutuo —respondió. Por mucho que dudara, aquella era una opinión que podía apoyar al cien por cien.

—Pero no voy a conformarme con verlos arrastrándose. Tenemos que asegurarnos de que no les quede ningún recurso —dijo Ruth, echando un vistazo a Estrella por el rabillo del ojo—. No se le puede permitir a la Sociedad que conserve el collar. Necesito una ladrona.

—Entonces estás de suerte. Porque da la casualidad de que soy una muy buena. —Hizo una pequeña reverencia—. Pero tengo una condición. Si te ayudo con esto, quiero que me devuelvas lo que me quitaste. Quiero mi brazalete.

Ruth se mantuvo en silencio durante un momento.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Lo robaré de todos modos —respondió ella—. También podría robar el collar para mí antes de que te puedas acercar a él siquiera. Pero preferiría trabajar contigo. Espero que el hecho de haber permanecido aquí tanto tiempo te demuestre que prefiero ayudarte a tener que pelear contigo. —Mientras hablaba, advirtió que no estaba segura de cuánto de lo que decía era mentira... y cuánto verdad.

—Vale —dijo Ruth, tensando la mandíbula—. Tú nos ayudas a destruir la Sociedad y consigues el collar para mí, y el brazalete es tuyo.

Pero ¿luego qué? ¿Terminaría robando el collar también y abandonando a Ruth y los Antistasi, como si no hubiera sido parte de todo aquello? ¿O había un camino diferente, un camino en el que ella y Harte no tuvieran que luchar solos? Cuanto más hablaba Ruth y explicaba el plan de los Antistasi, más dudaba Estrella.

HASTA EL FINAL

1904, St. Louis

Harte vio a Estrella demasiado tarde como para poder evitarla. Había pasado casi un día, y por lo que había podido ver, el poder en su interior se había aquietado hasta convertirse en un ruido sordo de descontento. Pero no confiaba en él. Había mantenido la distancia, sin perderla de vista, porque tampoco confiaba en los Antistasi.

No había ninguna duda de que Ruth era carismática; creía en la rectitud moral de lo que se había propuesto. Pero según la propia experiencia de Harte, la línea entre la creencia y el fanatismo a menudo era frágil, borrosa y susceptible de venirse abajo ante un escrutinio más detenido. Su idea de darles magia a los sundren habría sido noble si sus víctimas hubieran tenido la posibilidad de decidirlo por ellos mismos. Pero Ruth les había impuesto aquello, los había infectado con un poder que no querían ni tenían habilidad alguna de controlar.

No veía que fuera mucho más diferente de lo que hacían los sundren cuando obligaban a los mageus a ocultar sus afinidades. Ambos bandos actuaban por desesperación y temor, y parecían dos caras de una misma moneda.

En cuanto Estrella se sentó junto a él, se aseguró de concentrarse en encerrar el poder que albergaba en su interior y prepararse para el caso de que decidiera intentar salir fuera. Parecía contenido, pero podía ser solo uno de sus trucos.

Al principio, ella no le habló. En cambio, levantó una piedra y la lanzó lejos hacia el agua turbia. El sol se reflejaba sobre la superficie, iluminando las pequeñas ondas al propagarse hacia fuera. Por un instante Harte casi pudo imaginar que estaban en otro lugar, en otra situación. Toda su vida había querido liberarse de la ciudad. Pero en aquel momento, cuando al fin lo había logrado, había estado tan absorto por todo lo que había ocurrido que apenas había tenido tiempo para darse un respiro.

—Es más grande de lo que imaginaba —dijo en voz baja.

Sintió su mirada.

—¿El río?

—Todo. —Se volvió hacia ella—. Sabía que sería grande, pero no me había dado cuenta.

Ella mordió el labio y soltó un suspiro cansado.

—Sé a lo que te refieres. Más grande y... *diferente* de lo que creía. —Hizo una pausa, dejando que el aprecio que ambos sentían los volviera a unir—. Lamento haberte arrojado al suelo —le dijo—. Pero estaba desesperada por encontrar el...

—No pasa nada —dijo él, sintiéndolo de veras.

Estrella asintió en su dirección y se volvió para mirar de nuevo el río.

—Ruth me ha pedido ayuda —comentó, finalmente rompiendo el denso silencio entre ambos—. Quiere destruir a la Sociedad, y para hacerlo tiene que asegurarse de que no tengan el collar.

Su voz estaba cargada de esperanza y determinación, pero también de algo más que había provocado que el poder que albergaba en su interior volviera a despertarse.

—No estamos aquí para destruir a la Sociedad, Estrella —le dijo, más bruscamente de lo que en realidad pretendía porque estaba concentrado en Seshat, intentando evitar que el demonio intentara seducirla de nuevo—. Estamos aquí para obtener el collar y largarnos, ¿recuerdas? Todo

lo demás no es asunto nuestro.

—¿Por qué no? —presionó—. Podemos hacer algo aquí para *ayudar* a la gente.

—O podríamos empeorarlo todo —respondió. Cuando sintió que ella se agitaba, el poder empezó a latir excitado, dilatándose y creciendo—. Mira todo lo que ha pasado tras el ataque que Ruth ordenó en aquella reunión. Mira a las personas que hemos tenido que rescatar del hospital.

—Les ha devuelto su poder —dijo Estrella, recordando lo que Ruth le había dicho—. Los *ha ayudado*.

—Los *ha atacado*. *Míralos* —dijo, volviéndose de nuevo para mirar al grupo de víctimas maltrechas por el ataque de los Antistasi. La mitad seguían vestidas con lo que llevaban puesto en el hospital—. De verdad, míralos. ¿Te parece que alguno de ellos sea feliz en este momento?

Ella encogió los hombros y le dio la espalda.

—Lo serán. ¿Y tú?

Él rio.

—¿Feliz? —Sacudió la cabeza, intentando encontrar una manera de hacer que lo comprendiera. Su afinidad había ahuyentado a su padre y destruido a su madre. Vale, le había dado poder sobre las personas, pero también lo había mantenido alejado. Siempre había permanecido receloso, siempre temiendo acercarse demasiado a alguien o dejar que alguien lo conociera demasiado—. Nada sobre mi afinidad me ha hecho feliz, Estrella.

Lo miró frunciendo el ceño.

—Eso no puede ser cierto.

—Vámonos —dijo—. *Por favor*. Aún tenemos a Julien. Puede ayudarnos a averiguar dónde está el collar, y luego podemos robarlo y largarnos de esta ciudad. No necesitamos a los Antistasi ni a sus grandes proyectos.

Ella señaló su propio brazo.

—Ruth aún tiene la Llave de Ishtar, ¿recuerdas? No podemos irnos sin ella.

Harte pasó las manos por su cabello, intentando contener su frustración para poder mantener encerrado al demonio que habitaba en su interior.

—No es que tenga una caja fuerte cerca, ¿verdad? Estamos en medio de la nada. ¿Tan difícil sería robárselo y largarnos? No necesitamos nada más. No necesitamos atacar a la Sociedad...

—¿Te marcharías sin más? —Su expresión era ilegible, y cuando volvió a hablar, su voz apenas salió como un susurro—. ¿Aunque hayan prendido fuego a la cervecería? —Se encontró con su mirada—. Podrían haber matado a *niños*, Harte. La Guardia sabía que había niños dentro, y no les importó. Querían que murieran. Porque son mageus. Porque les parece bien que haya un mageus menos, por pequeño o grande que sea.

Harte no podía discutir contra aquello. El incendio había sido un acto de maldad, pero la Sociedad no difería en absoluto de la Orden. En aquel momento, estaba fuera de los confines del Umbral, se había vuelto más evidente que nunca lo insensato que era pensar que podrían derrotarlos alguna vez. No importaba el hecho de que consiguieran aplastar a una cucaracha o a cien, siempre habría muchas más que no podrían ver, listas para salir en tropel en cuanto se apagarán las luces.

Claro que podían ayudar a los Antistasi, ¿y luego qué? Los riesgos eran demasiado grandes, ¿y el bien que pudieran hacer? No creía que fuera lo bastante para compensar por el daño que podrían causar.

—No podemos hacerlo —dijo por fin.

La expresión de Estrella se endureció.

—Es demasiado tarde para echarse atrás ahora.
—¿A qué te refieres? —le preguntó mirándola.
Ella se encontró con su mirada, y alzó el mentón, más terca que nunca.
—Ya le he hablado sobre nuestra conexión con Julien.
El estómago de Harte se contrajo.
—No puedes haber... —Ya habían complicado demasiado a su antiguo amigo involucrándolo en todo aquel desastre para empezar.
—Tú ya le habías contado a Ruth que teníamos una manera de acceder a la Sociedad —le señaló ella.
—No le mencioné a Julien.
—Lo sé, pero... —exhaló, y cuando lo miró, Harte advirtió el pesar en su expresión, pero tenía tanta convicción como esperanza—. Podría *hacernos* entrar, Harte.
—¿Y luego qué? —Sintió que perdía los estribos y el poder se desataba—. Nos vamos, y Julien queda como un blanco fácil para ellos. No puedo hacerle una cosa así.
—No le haremos nada. Una vez que los Antistasi descarguen el suero, todo será diferente. Piensa en ello, Harte. El baile estará lleno de dignatarios, representantes de todas las Hermandades Ocultistas. Cualquiera que tenga algún poder estará presente —explicó—. Cuando los Antistasi liberen el suero a las personas que hacen las leyes ya no les interesará denunciar la magia si ellas mismas la poseen. Y este año, el baile tiene un invitado muy especial... uno que a Ruth le interesa especialmente.
—Atacarán al presidente. —Al entenderlo, se le hizo un nudo en el estómago.
—Ese es el plan.
—Es un plan terrible, Estrella. ¿Acaso no lo ves?
Su expresión volvió a encenderse con un destello desafiante.
—Podría funcionar, Harte. La gente adora a Roosevelt. Algún día tallarán en piedra su rostro en una montaña.
¿Una montaña? Parpadeó.
—¿Cómo es siquiera...? —Se estaba distraendo.
Pero Estrella estaba decidida.
—Nadie se opondrá a Roosevelt, ni siquiera si despiertan su afinidad. Podría ser la solución... Había perdido la cabeza. Estaba tan cegada por la fantasía que estaba olvidando el precio de todo aquello.
—No, Estrella. *No* podemos dejar que suceda una cosa así.
—¿Por qué no? —preguntó—. Es lo que Dolph habría querido. Que siguiéramos peleando. Que intentáramos cambiar las cosas realmente.
—No sabes lo que quería Dolph —exclamó Harte—. *Yo* no sé lo que quería. Nadie lo sabía. Era demasiado reservado. Mira lo que le hizo a Leena.
Ella sacudió la cabeza.
—Quizá no sepa cuáles eran todos sus planes, pero le debo a él intentar terminar lo que empezó.
—No eres Dolph, Estrella.
—Lo sé —respondió con brusquedad, pero temblaba por la emoción.
—Y no le debes nada —dijo más suavemente—. Puedes elegir tu propio camino, un camino diferente.
—Solo quieres que huya.
—Quiero que *sobrevivamos* —corrigió—. Quiero que seas capaz de mirarte en el espejo y no

detestes la imagen que te devuelve el reflejo —le dijo—. ¿Alguna vez te has detenido a pensar que quizá había algún motivo por el que tu madre le hubiera ocultado a Dolph tu existencia? Yo *conocí* a tu madre. Leena no estaba de acuerdo con algunas de las cosas que hacía Dolph. De otro modo, no le habría ocultado que tú existías. Debía querer algo más para ti que las incesantes peleas, la violencia y la muerte de los que él hubiera insistido que fueras parte.

—Quería cambiar las cosas...

—Puede que Dolph fuera mi amigo, pero no era el santo en que lo estás convirtiendo. Le hizo daño a Leena porque creyó que era lo mejor para ella. Por la magia. Por *todos*. Después de quitarle su poder, ella nunca pudo llegar a perdonarlo. ¿En qué difiere lo que están haciendo los Antistasi?

Lo miró con una expresión que jamás había visto antes, una expresión que le preocupaba porque no sabía lo que había detrás.

—Tenemos un largo camino por delante —dijo con más suavidad en aquel momento—. ¿O acaso has olvidado lo que se supone que debemos hacer? Nibsy sigue en algún lugar, aguardando.

—Lo sé —le dijo, tirando hacia atrás de la manga de su camisa.

—¿Qué es eso? —Tenía una serie de cicatrices sobre el brazo que parecían letras. Pero se apartó hacia atrás antes de que él pudiera leerlas.

—No lo tenía antes. Estamos cambiando las cosas, y soy muy consciente de que Nibsy sigue ahí, esperando. Pero está esperándome *a mí*, Harte.

Odiaba tener que escuchar el dolor y la preocupación en su voz, pero no era un motivo lo bastante bueno para ejecutar las órdenes de los Antistasi.

—Tenemos que salir de esta ciudad vivos. Si lo logramos, podemos regresar y arreglar las cosas. Podemos hacer que nada de esto... ni la Ley, ni los Antistasi, ni nada de esto... haya sucedido jamás. Podemos salvar a la gente *así*.

—¿Y si no lo logramos? —preguntó, con el tono sombrío—. ¿Y si *no* puedo hacer que regresemos a 1902? ¿Y si no puedo arreglar nada de esto?

—Podrás...

—No lo sabes —dijo bruscamente—. Y tú tampoco. Necesito hacer esto. Por si... —Pero no terminó.

Harte extendió la mano hacia ella.

—Estrella...

—No, Harte. —Se puso de pie y retrocedió un paso—. No te obligaré a ayudarme, pero tampoco dejaré que me lo impidas. O estás conmigo o lo hago sola.

Él exhaló un suspiro cansado.

—Sabes que estoy contigo —dijo.

Sus palabras parecieron aflojar algo dentro de ella. Le dirigió una pequeña sonrisa y asintió con satisfacción antes de marcharse a darle las noticias a Ruth. La observó alejarse, su espalda erguida y los brazos meciéndose al caminar. Fuerte. Confiada. Con un dominio absoluto sobre sí misma.

—Hasta el final —murmuró, pero no supo a quién le hablaba mientras el viento se llevaba sus palabras.

CUADROS VIVIENTES

1902, Nueva York

Mientras el carruaje avanzaba con un traqueteo, Jack trituró un par de pastillas más de morfina entre sus molares para calmar el dolor punzante de la cabeza y aclarar la mente. Una vez que la droga empezó a correr por sus venas, sintió que podía volver a respirar. A medida que pudo ir tomando mayor conciencia de lo que lo rodeaba, cogió el Libro del interior de su chaqueta. Aprovechó aquellos minutos finales antes de llegar a la mansión de los Morgan para escudriñar sus páginas, especialmente las anotaciones que había realizado él mismo, a pesar de no recordar haberlas escrito en absoluto. De todas formas, había dejado de ser una preocupación; había decidido tomarlo como una señal de que el Libro lo había elegido a él para revelarse. Una señal de que no era solo digno, sino de que estaba en su *destino*.

Aquella certeza reforzó su confianza; en aquel momento se sentía *mucho* más seguro de su camino. No estaba destinado a ser sumiso y obediente. Con la ayuda del Libro, había conseguido tomar el control para organizar la pequeña gala de la Orden y dirigir los dramáticos sucesos de aquella noche. Pero faltando apenas algunos días para el evento, aún tenía una pequeña molestia que no había logrado resolver, y se llamaba Evelyn DeMure.

Sabía que el anillo que llevaba la actriz era más de lo que aparentaba. La suave perfección de su gema y el destello del poder con el que había podido notar que se llenaba el aire cuando estaba cerca, daban buena cuenta de ello, incluso sin los detalles que el Libro le había revelado. El contenido del *Mysterium* siempre había sido un secreto celosamente guardado por el Círculo Interno, al que solo podían acceder los niveles más altos de la Orden; pero durante sus noches de estudio, el Libro le había entregado aquellos secretos a Jack. Así que sabía que el anillo tenía que ser la Lágrima de Delphi, una gema creada por el mismísimo Newton. Sabía también cómo había sido creado... con un sacrificio... y lo que él podría hacer con su poder.

Aquella noche en el teatro, se había dado cuenta de lo que era Evelyn y por qué había podido defenderse a sí misma y al anillo de sus insinuaciones. Pero en aquel momento tenía la respuesta al problema que planteaba. Las piezas empezaban a encajar, y todo se revelaría en la gala, donde Jack tomaría el anillo y se ocuparía de Evelyn de una vez por todas.

Cuando el carruaje finalmente se detuvo frente a la puerta de la casa que su tío tenía en Madison Avenue, Jack guardó el Libro bajo su chaqueta. Allí, cerca de su pecho, podía prácticamente sentir su poder, un latido doble que palpitaba al compás del suyo. Se apeó del carruaje, ignorando las débiles punzadas que aún martilleaban su cabeza. La morfina ya había empezado a hacerle efecto. También saber que pronto tendría todo lo que necesitaba: todo lo que siempre había querido. Le ordenó al cochero que cogiera la caja que se encontraba atada en la parte trasera de carruaje y que la llevara dentro. Se trataba de una pieza que el propio Jack había preparado para el espectáculo de la gala.

Observó a uno de los criados de su tío ayudando al cochero a cargar la caja hasta el interior de la casa, y luego siguió por detrás, sintiéndose más y más seguro de lo que sucedería aquella noche. Había una nueva criada esperando en la puerta, una chica de piel morena que no era en absoluto del agrado de Jack. Le dio su chaqueta y su sombrero sin pensárselo dos veces y se marchó para ver cómo iban los preparativos.

Dentro del salón de baile habían hecho grandes progresos desde la última vez que había estado allí dos días atrás. Las cortinas de terciopelo color rojo purpúreo caía como una cascada alrededor de los enormes pilares que rodeaban la sala, transformando la pista de baile abierta en cuatro escenarios bien diferenciados donde se exhibirían las pinturas vivientes.

Se trataba de la última moda en la ciudad. Todos los eventos más exclusivos parecían incluir los a menudo deslumbrantes despliegues de arte animado. Hasta los miembros más acartonados de la sociedad se sentían atraídos por el voyerismo de observar a sus pares realizar las más diversas posturas que reproducían escenas del arte clásico. Los rumores ya recorrían la ciudad anticipando cuáles serían las pinturas que los participantes crearían en la gala. Para el enorme deleite de su tía, los periódicos no dejaban de preguntarse cuál de las debutantes del año participarían, y qué llevarían puesto o no. Los reporteros de todos los periódicos se morían de ganas por recibir una invitación. Tal como la Orden lo esperaba.

Si bien la Orden había planeado el evento para consolidar su posición en la ciudad, Jack lo utilizaría en su beneficio. Demostraría su importancia, su *valor*, de una vez por todas... no solo a su familia, sino a la Orden. Y a toda la ciudad.

Evelyn ya se encontraba allí, de pie sobre un pequeño banco, rodeada de costureras que le probaban el diáfano trozo de chifón que llevaría en el cuadro que había preparado para ella. Al verlo le hizo un gesto de saludo con la mano. Su cuerpo respondió con la habitual ráfaga de lujuria en lo más profundo de su ser, pero en aquel momento ya sabía que se trataba de su poder salvaje. Gracias a un talismán que había grabado en su pecho aquella mañana, un secreto que había encontrado en el Libro, ya no podía ejercer su influencia sobre él de la misma forma en la que lo había hecho en sus anteriores encuentros. Por lo menos, no desde una distancia... Aún no confiaba en ella como para dejar que se acercara.

Saludó también, fingiendo más interés del que realmente sentía al examinar el traje. Era casi perfecto... Evelyn iba a representar la inocente belleza de la enigmática pintura de Henry Fuseli, *La pesadilla*. Para el final de la gala, Jack sospechaba que la mujer hallaría la imagen que retrataba más que adecuada.

Volvió su atención hacia los otros escenarios y preparativos. Estaba decidiendo la mejor ubicación para el cuadro de Circe con uno de los otros miembros de la Orden cuando su tío lo mandó llamar a su oficina.

Jack solo había visitado una vez el estudio privado de Morgan, al regresar de Grecia, débil, quebrantado y habiéndose convertido en una vergüenza para sí mismo y para su familia. No le hacía gracia volver, pero mantuvo la cabeza erguida al entrar, recordando que tenía el Libro y la distinción que le había concedido.

La oficina de Morgan era una sala ostentosa, con madera pulida y techos abovedados que se extendían sobre ellos. Era la clase de lugar destinado para un príncipe de los negocios, un emperador del comercio, pero con el calor del Libro irradiando contra su pecho, Jack apenas notó su esplendor.

Morgan se volvió hacia él cuando entró, una mirada de desagrado evidente en su anciano rostro.

—¿Cómo van los preparativos?

—Ya casi hemos terminado —respondió, confiado.

—Ya debería estar todo listo —le indicó el anciano—. Solo faltan dos días.

Restó importancia al tono de desprecio de su tío. En cuestión de días, estaría tragándose aquellas palabras y rogándole que compartiera los conocimientos y el poder que tenía con todos ellos. Y Jack se reiría alegremente en su rostro.

Encogió los hombros, ocultando lo que sentía de verdad.

—Estarán listos con tiempo de sobra.

La nariz bulbosa de Morgan se retorció levemente.

—Será mejor que queden perfectos —reclamó—. ¿Has visto esto? —Le arrojó el periódico en las narices.

—¿Si he visto qué? —preguntó, intentando descubrir el origen de la agitación de su tío en los titulares igualmente morbosos.

—La noticia sobre el incendio —respondió Morgan, inclinándose sobre el escritorio para clavar su grueso dedo sobre el texto—. Esos malditos animales le han prendido fuego a una de las estaciones de la calle Greta Jones. Ese es el distrito de Charlie Murphy, territorio de la Tammany.

—No veo por qué debería ser asunto tuyo... O mío, para el caso —dijo Jack. La Tammany Hall estaba llena de advenidizos, políticos irlandeses corruptos que creían tener posibilidades de llegar a ser algo más de lo que el destino les tenía reservado.

—Es asunto mío porque tenemos un acuerdo con la Tammany. Nos han estado ayudando a ejercer presión sobre los gusanos del centro.

—Es solo un incendio...

—No es *solo* un incendio —dijo Morgan con voz peligrosa—. Ha sido un incendio provocado deliberadamente, y las llamas no eran llamas normales. Durante más de una hora, las mangueras ni las tocaron. Todo el asunto apestaba a magia salvaje.

—¿Y? —preguntó Jack, sin ver cómo una estación de bomberos decrepita podía tener alguna clase de impacto sobre él. Por lo que le importaba, el Bowery entero podía arder.

—¿Sabes lo mal que nos deja todo esto? —exigió Morgan, golpeando el escritorio con el dedo—. ¿Lo *ineficaces* que nos hace parecer?

Jack se preguntó cómo había podido tener miedo del anciano alguna vez. A pesar de todas sus amenazas, resultaba evidente lo débil que era. El verdadero poder no tenía necesidad de rabieta. Podía arder en silencio, consumiendo cualquier lugar desde dentro hacia fuera.

—La Orden parecerá débil solo si tú y el Círculo Interno os quedáis de brazos cruzados —señaló. Con la morfina en las venas, Jack estaba relajado, y tenía el cerebro despejado y sereno—. Si acaso, esto solo ayuda a nuestra causa. Le da a la Orden la munición que necesita para atacar a los gusanos de una vez y para siempre.

—Es posible, pero si la Tammany empieza a causar problemas, podría significar problemas para el cónclave. Ya han empezado a insinuar lo poderosos que se han vuelto en la ciudad —dijo Morgan—. El otro día, Barclay dijo que había oído a uno de ellos alardeando acerca de que, para finales del año, la Orden dejaría de existir.

—¿A quién le importa lo que haya podido decir uno de ellos...?

—A *mí* me importa —rugió Morgan—. Al Círculo Interno le importa. Tenemos a otras tres Hermandades que vendrán a la ciudad este año para el cónclave, y no permitiré que la Orden parezca débil. El cónclave es solo el comienzo. Determinará quién ostentará el poder durante todo este siglo... y quién *no*. Ya es bastante malo que esos malditos ladrones se hayan llevado los artefactos y el *Ars Arcana*. Resulta peor que por *tu* culpa otros sospechen que nos han debilitado. Si la Orden no reivindica ahora nuestro lugar a la cabeza de las Hermandades unidas, Nueva York perderá prestigio y *poder*. En este momento el presidente nos escucha. Si conseguimos controlar el cónclave, podríamos tener al país entero en la palma de nuestras manos.

—Comprendo —dijo Jack. Porque lo comprendía *de verdad*. Sencillamente no tenía ninguna intención de permitir que aquellos vejestorios que gobernaban el Círculo Interno fueran quienes

detentaran el poder.

—Lo dudo —respondió su tío con brusquedad—, pero si arruinas esto, lo comprenderás de verdad. Algunos de los miembros de la Tammany vendrán a esta gala, así que es esencial que les mostremos exactamente cuánto poder tenemos.

—Lo haremos —le dijo, reprimiendo la chispa de diversión que sentía por dentro. En la gala, la ciudad entera sabría *exactamente* cuán poderoso era cada uno de ellos, y Jack estaría a la cabeza.

1902, Nueva York

Con un puñal en la mano, Viola podía atravesar el corazón de un hombre desde una distancia de cuarenta pasos. Como no era idiota, Paul no le permitía llevar a menudo ningún tipo de arma punzante. De todas formas, mientras escuchaba a su hermano hablar monótonamente sobre sus errores más recientes, se preguntó qué daño podría causar con la cuchara de madera que tenía en aquel momento entre las manos. Sin duda, debía ser capaz de hacer *algo* para cerrarle la boca.

—Lo sé, Paolo —dijo, con las manos en las caderas—. Pero no quiero ir con John Torrio.

—¿Por qué? —preguntó Paul, frunciendo las cejas—. ¿Crees que eres demasiado buena para él? ¿O hay algún otro motivo, alguna otra persona de la que yo deba saber algo?

—No me *agrada*, ese es el motivo —replicó prácticamente escupiendo las palabras.

Alzó la mano para darle una bofetada, pero ella tan solo sonrió.

—No —dijo, apretando los dientes mientras bajaba la mano—. No puedes aparecer en la gala cubierta de moratones.

—Aún no entiendo por qué tengo que meterme dentro de uno de esos estrechos vestidos para que ese *maiale* se babee encima. No confío en él, Paolo, y tampoco deberías confiar tú. Te clavaré un puñal en la espalda en cuanto pueda.

—¿Crees que no lo sé? —preguntó su hermano—. ¿Por qué crees que quiero que vayas con él?

—Sé por qué quieres que vaya con él. Aún no confías en mí.

—No confío en nadie, incluyendo a Torrio. Necesito a mi puñal a mi lado cuando entre en esa gala, quiero que des una imagen deslumbrante. Irás con el Zorro, y cumplirás con tu deber conmigo y con tu familia o ya no habrá lugar para ti en esta casa. —Su boca se torció hacia un costado, dejando al descubierto su colmillo torcido—. Pero no lo olvides: no solo tienes que cuidarte de las patrullas de la Tammany o de los chicos del barrio. Ahora también tengo amigos en cargos más elevados. Estoy seguro de que al señor Grew le encantaría saber dónde podría encontrar a unas de las ladronas que robó los tesoros de la Orden. Estoy seguro de que estarían aún más agradecidos si fuera yo mismo quien la entregara.

Ella escupió el suelo a sus pies.

—No te atreverías. Estarías muerto antes de abrir la boca.

—Tantas amenazas, hermana. Y, sin embargo, aquí estoy. Sigo teniendo tu vida en mis manos. —Caminó a grandes pasos hacia ella—. Te he vuelto a acoger bajo la protección de la familia porque *mamma* me lo ha pedido. Porque no te ve tal como eres; jamás ha podido hacerlo. ¿Acaso crees que no me acuerdo de cómo ella y papá te consentían, dejando que fuera yo quien arreglara tus desastres? Todo porque naciste como un monstruo... una anomalía. Siempre te has creído mejor que el resto de nosotros, como si las reglas de este mundo no te importaran. Pero ahora lo ves. Ahora las reglas son *mis* reglas. La ciudad es *mi* ciudad.

Viola soltó una carcajada desprovista de humor.

—Esos hombres te están *utilizando*, Paolo. La Tammany y los hombres de la Orden. No te respetan a ti ni a tu dinero. Es demasiado nuevo; y es demasiado sucio para su agrado.

Paolo tenía una expresión amenazadora.

—Tal vez *creen* que pueden utilizarme, pero mi dinero es tan valioso como el de cualquier otro, y el país está cambiando, hermana. Pronto, ya no importará tanto la antigüedad de sus carteras como lo que contienen, y yo aspiro a tener más.

—Paolo...

—Irás con Torrio o no irás, *¿capisce?*

Viola apretó los dientes para evitar decir todo lo que estaba pensando. Si no hubiera sido porque necesitaba una manera de ir a la gala, habría probado suerte con la cuchara.

—Entiendo —dijo, volviéndose una vez más a la olla que había estado removiendo antes de que la interrumpiera.

—Haré que te envíen un vestido. Estarás lista para las seis, *¿entendido?*

Asintió. No confiaba en sí misma para seguir hablando, pero en cuanto salió de la cocina, arrojó la cuchara desde el otro lado de la habitación, justo al lugar donde su cabeza había estado momentos atrás. Cumpliría su voluntad solo una vez más y soportaría los ojos errantes y las manos audaces de Torrio. Pero solo porque necesitaba a su hermano y a sus hombres para acercarse a la Orden. Después de aquello, las apuestas estaban echadas.

1902, Nueva York

Logan Sullivan tenía frío, hambre y estaba desesperado por darse una ducha, pero por lo menos estaba libre. Durante los días transcurridos desde que aquella mujer lo había cogido desprevenido en su apartamento, había estado siguiéndola. Es decir, había estado siguiendo la gema, y recabando información.

En aquel momento, situado al otro lado de la calle del Bella Strega, la bruja del letrero lo miraba desde arriba, desafiándolo a huir.

Quizá tendría que haberlo hecho. La persona que el profesor Lachlan fue en el pasado no era el hombre que Logan había conocido y considerado su mentor... una especie de padre. El chico apenas tenía dieciséis años y era tan cauto y peligroso como un gato salvaje. Regresar con él en ese momento era la peor idea que se le pudiera haber ocurrido.

Pero ¿cuáles eran sus opciones? No conocía a nadie más en aquella versión de la ciudad, y por lo menos sabía en lo que se convertiría el muchacho que se hacía llamar James Lorcan. Si alguien podía encontrar a Estrella y obligarla a llevar de nuevo a Logan hasta su propio tiempo, apostaría dinero que era el muchacho que gobernaba el bar Bella Strega.

Además, en aquel momento que sabía más sobre la gema, incluyendo dónde y cuándo *estaría*, Logan tenía algo que ofrecer como moneda de cambio. Jamás había prestado demasiada atención cuando el profesor Lachlan intentaba enseñarle las diferentes partes de la magia, pero él esperaba que, si conseguían hacerse con aquella gema, entonces quizá... quizá... sería suficiente para que pudiera volver a casa.

PREPARATIVOS

1904, St. Louis

Estrella sentía el pincel frío mientras Julien aplicaba con la punta ligeros brochazos sobre sus párpados: eran los últimos toques para el maquillaje que llevaría aquella noche.
—Solo un poco más —dijo, echándole en la cara el aliento impregnado de tabaco al darle una pincelada más... dos...—. Eso es. Ya he terminado.

Ella abrió los ojos parpadeando y pudo ver su mirada de satisfacción al observarla. Harte estaba por allí cerca, con el ceño fruncido.

—¿Y? —preguntó ella.

—Perfecto —declaró Julien, y luego se volvió hacia el espejo para maquillarse a sí mismo.

Estrella se acercó a él para comprobar su reflejo y quedó boquiabierta. Tenía la piel demasiado pálida, y los labios que ya eran bastante grandes parecían enormes, pintados de un color naranja-escarlata que era el que Julien había elegido para ella. Había delineado sus ojos con unos trazos espectaculares de Kohl y maquillado sus párpados con turquesa y dorado. *Dorado*.

—Parezco un payaso —le dijo a Julien, apartando a un lado las largas trenzas de la oscura peluca que llevaba puesta.

En realidad, parecía una de aquellas pinturas hieráticas de las Calles de El Cairo, pero el efecto era básicamente el mismo. No eran mucho más auténticas que ella.

Julien la miró en el espejo.

—Esa es exactamente la idea.

—¿Parecer un fenómeno de circo? —preguntó. Aún tenía la boca demasiado pegajosa por la pintura.

—No te emborrones la pintura de los labios hasta que se seque —dijo, ignorando su indignación mientras delineaba los suyos con un tono más suave de color rojo.

—¿Por qué tú puedes parecer una mujer y yo tengo que parecer un payaso? —preguntó. Había hecho algo para hacer que sus rasgos parecieran más rudos y angulares de lo habitual mientras su propio maquillaje tenía el efecto opuesto, transformando las líneas masculinas de su rostro en algo suavemente femenino.

La miró fijamente a través del espejo.

—Porque tú *eres* una mujer. Créeme: nadie notará ese pequeño detalle con el maquillaje que llevas puesto. Estás exactamente como tienes que estar: igual que todos los demás hombres que desfilarán sobre las carrozas esta noche.

Estrella volvió a mirarse ceñuda y luego advirtió que Harte la miraba en el espejo. Su expresión parecía una combinación de horror y dolor. Lo cual quería decir que el maquillaje era tan horrible como lo consideraba.

No había vuelto a hablarle desde su discusión del otro día tras el incendio, pero en aquel momento estaba allí, procediendo según lo planeado, así que la victoria era suya. Aunque por algún motivo aquel triunfo no parecía tan gratificante. Podía echarle la culpa a los nervios, pero no solía ponerse nerviosa, especialmente no antes de un trabajo tan importante y tan peligroso como aquel.

Lanzó un bufido de frustración, y procedió a coger otro trozo de relleno de algodón para meterlo

dentro del corsé excesivamente grande que llevaba bajo el vestido vaporoso de color blanco. Era ridículo que hubiera pasado un buen rato aplanando su pecho solo para tener que meter después relleno en uno de los trajes de Julien. Todo porque a las mujeres no se les permitía pasearse en las carrozas del desfile... era indecoroso, o inmoral, o algo así. Aún no lograba entender por qué resultaba mejor un grupo de hombres medio ebrios vestidos de mujeres, pero por lo menos su hipócrita moralidad le daba una manera de acceder al desfile y, lo más importante, un modo de acercarse al collar.

Se oyó un golpe en la puerta del camerino.

—Ha llegado tu vehículo —anunció Sal.

—Diles que vamos en cinco minutos —gritó Julien. Luego se puso su propia peluca, una melena negra que lo hacía que se pareciera a Cleopatra... y se volvió hacia Estrella y Harte—. Bueno —dijo—. Ha llegado el momento. —Parecía nervioso. Demasiado nervioso.

—Relájate, Jules —dijo Harte, dándole una palmada en el brazo—. No es diferente de ningún otro espectáculo. Solo tendrás que soportar un poco de brillo y oropeles, y luego habrá acabado.

—Eso es lo que me temo —masculló Julien.

No se había alegrado al verlos cuando habían acudido a él para decirle que necesitaban su ayuda de nuevo. Si no hubieran estado en un restaurante atestado de gente, Estrella pensaba que probablemente Julien se habría largado de allí tras dejar a Harte inconsciente y tendido en el suelo. Pero al final habían explicado su dilema de la mejor manera posible... sin contarle nada acerca de los Antistasi. Si todo iba como lo planeado, jamás tendría que saberlo... y no correría más peligro.

—Nadie te acusará de esto, Jules, lo prometo —dijo Harte, con la voz tan firme como su expresión—. ¿Lista, Slim?

—Puedes dejar de llamarme así cuando quieras —replicó Estrella, pero la verdad era que ayudaba. El pequeño destello de irritación que provocaba la centraba—. Nos vemos en el desfile. —Intentó sonreírle. En lugar de responder, asintió con la cabeza con gesto serio. Pero sus ojos estaban ensombrecidos y su expresión era ilegible.

Había sido una noche no muy diferente a aquella... y no hacía tanto... cuando ella y Harte habían viajado en un incómodo silencio hasta Khafre Hall. Luego ella había decidido traicionar a todos aquellos que había llegado a admirar en Nueva York. No tenía ni idea de que Harte tenía sus propios planes. Aquella noche también estuvo distante, pero por algún motivo en aquel momento parecía más distante que nunca... Incluso más que aquella noche en Nueva York cuando había creído que ella era la peor clase de traidora.

Hacía días que estaba retraído, tuvo que admitir para sí. Incluso antes de su discusión, se había contenido, y cada vez que se tocaban o que ella pensaba que estaba a punto de acercarse de nuevo a ella, la miraba como si fuera un error... todo, un enorme error. Pero ¿después de la discusión que habían tenido a la orilla del río? La tensión había crecido aún más entre ellos.

Estrella sabía lo que aún creía Harte... que los Antistasi estaban equivocados. Que aquella no era su guerra. Que terminaría lamentando sus acciones. Pero ella no tenía tiempo para la amabilidad o las dudas, no con tanto en juego. Ya podía ver lo que había ocurrido por dejar vivo a Jack. Le había hecho caso a Harte, dejando que la convenciera, y el futuro había empeorado. Habían sufrido *mageus* a causa de ello. *No*. No sería débil. No en aquel momento.

Maldición. Emitió un resoplido de ira y recobró el ánimo para lo que estaba a punto de hacer. En cuestión de poco más de una hora, tendrían el collar y el mundo sería un lugar diferente. Ellos mismos lo *convertirían* en un lugar diferente. O moriría en el intento.

Dirigiéndole a Harte un gesto lleno de convicción con la cabeza, siguió a Julien a través del teatro para ir al encuentro del taxi que aguardaba. Los Guardias flanqueaban las puertas, así que concentró su magia a su alrededor, sujetándola mientras subía a la parte trasera del carruaje.

Pero el carruaje no estaba vacío como esperaba. El Profeta Velado los aguardaba, allí en el oscuro interior aterciopelado, y junto a él estaba Jack.

EL DIABLO ADENTRO

1904, St. Louis

Después de que Estrella y Julien salieran del camerino, cerrando la puerta con firmeza tras ellos, Harte tuvo que resistir el impulso de seguirla. Ella había levantado la vista para mirarlo en el espejo un instante antes, su rostro maquillado de modo que ni siquiera él la habría reconocido, y pudo ver a alguien más que a Estrella... había visto a la mujer de sus visiones, a aquella cuyos ojos se volvían negros como la noche, y gritaba, gritaba y...

Era una coincidencia. Salvo que no creía en las coincidencias.

Se frotó el rostro con la mano y luego, con una violencia que incluso a él le resultó inesperada, le dio una patada a la silla que había justo delante del tocador dándole la vuelta y luego apartó con un movimiento brusco las hileras de maquillaje y pintura arrojándolos al suelo. Los recipientes de porcelana se hicieron añicos y los colores de los diferentes polvos se mezclaron en una masa caótica.

Tendría que haberla detenido. Debería haberse esforzado aún más por convencerla de lo terrible que era aquel plan. Se había dejado engañar por Ruth y los Antistasi, seducida por la ilusión de rehacer el mundo, pero Harte no era tan iluso. No veía un mundo renacido y libre, no cuando la voz en su interior no prometía otra cosa que destrucción y muerte.

La magia no era más que una trampa. Un *truco*.

O quizá debía dejarla ir tal como lo había hecho. Quizá *tenía* que hacerlo. ¿Quién era él para juzgar a Ruth y a sus Antistasi? Especialmente, no con el poder que llevaba dentro, intentando hacerlo dudar de sí mismo hasta dejarlo tan paralizado por el miedo y la indecisión como para que él pudiera atravesar las defensas finales que había conseguido levantar.

Respirando con dificultad, se miró a sí mismo en el espejo... los círculos oscuros bajo los ojos, la barba de dos días que ensombrecía su mandíbula. Si se miraba lo bastante cerca, creía ver a la criatura que habitaba en su interior asomándose desde las profundidades de sus propios ojos.

Incluso en aquel momento, con las puntas de los dedos hundiéndose en el tocador, Harte sintió que saldría volando si no se sujetaba con la suficiente fuerza. Cada día que pasaba era un día que Seshat se fortalecía. Cada día le costaba más hacer a un lado a la voz que retumbaba y acaparaba poder. Justo en aquel momento se manifestaba con mayor claridad: su canto era la furia, la tristeza, la destrucción y el caos, y Estrella era la melodía que acompañaba.

Destrozaría el mundo.

No. No permitiría que sucediera. Harte haría lo que fuera por evitar que el Libro se apoderara de Estrella... *la utilizara*. Sus visiones, le daba igual las que fueran, no serían su futuro.

Respiró hondo y se alejó, soltando las manos de la mesa. Cerró los ojos y respiró profundo, usando hasta la última pizca de fuerza para controlar al poder que albergaba en su interior. Luego movió el panel de la pared lo suficiente como para pasar a través de él y se abrió paso fuera para salir por la parte trasera del edificio.

North lo aguardaba al final del callejón en una de las carretas de la cervecería, cuyo nombre habían cubierto con pintura. Desde el incendio, la relación entre Harte y el joven había mejorado, pero North tan solo se quitó el sombrero a modo de saludo mientras Harte se subía al asiento del cochero.

—Tu disfraz está ahí —dijo el Antistasi, señalando hacia el saco de arpillera que había sobre el suelo.

Mientras avanzaban, Harte sacó una capa y una máscara que hacía juego. Era un objeto de aspecto grotesco, de papel maché, con un rostro de serpiente y un puñado de paja que cubría su cabello.

Cuando acabó de vestirse, el joven le entregó un pequeño bolso de franela. Miró dentro y halló el collar. Si no hubiera sabido que era una falsificación, jamás lo habría notado. La gente de Ruth era buena... realmente buena. El metal brillaba como el platino de la verdadera Estrella de Djinni, y la gema que habían colocado en el centro del collar tenía prácticamente la misma profundidad sobrenatural que la original.

—Es perfecta.

—Por supuesto que lo es —dijo North—. Ahora, recuerda, cuando lo cambies por el collar real, el dispositivo se activará al abrocharlo. Al quitarlo, se pondrá en marcha el mecanismo interior. Julien contará con tal vez diez minutos antes de que el ácido pueda quemarlo y el suero se evapore.

—No debería ser un problema. —Una vez que Harte se lo cambiara a Julien sobre la carroza, la siguiente persona que lo tocara sería el propio Profeta Velado, cuando le diera el collar a la chica que lo llevaría al baile en sí. Según el plan, eso debía suceder justo antes de que el Profeta Velado acompañara a la desafortunada debutante y la presentara al resto de los asistentes de la gala. Julien estaría a salvo porque no lo habían invitado—. Cuando eso suceda, todo el mundo debería estar regresando al punto de reunión. ¿Tienes el brazalete que Ruth cogió?

—Lo tiene Maggie —le dijo North—. Te lo dará en la Torre de Agua una vez que acabe el operativo.

—Y luego os dejaremos tranquilos para siempre.

North acercó la carreta a uno de los laterales de la calle y se apeó de un salto del pescante para atar los caballos a un poste mientras Harte abría la parte trasera. Dentro, esperaban solemnemente más de doce Antistasi, cada uno vestido con el mismo disfraz que él.

Salieron en silencio formando una hilera, uno por uno, hasta que se reunieron todos alrededor de North.

—Tendréis que asegurarnos de que elegís la carroza adecuada —indicó North, repasando el plan una vez más. Lo que necesitaban era distracción. Distracción y confusión para que Harte pudiera subirse furtivamente a la carroza y realizar el cambio.

—El Profeta irá más o menos hacia el final del desfile —les dijo Harte, información que Julien acababa de reunir—. Es allí donde tenemos que provocar el mayor alboroto.

—Los alborotos son lo nuestro —respondió un hombre que iba vestido de serpiente, y el resto asintió entre risas.

—Recordad —North interrumpió sus carcajadas—, cuando se apaguen las luces, tendréis que dispersaros. Quitaos los disfraces donde podáis, y regresad al punto de encuentro. Tampoco os larguéis juntos. Dividíos. Si os atrapan, haced lo que tengáis que hacer, pero no nos traicionéis al resto. Os sacaremos lo antes posible.

Un murmullo de asentimiento se propagó por el grupo en lo que Harte se colocaba su propia máscara, dejándola apoyada sobre la frente.

—Buena suerte —dijo North, extendiendo la mano.

Harte aceptó el apretón de manos. Por un instante consideró dirigirle su afinidad, solo para asegurarse de que Ruth no tuviera otros planes, pero no podía permitir que el joven albergara aún

cualquier tipo de sospecha. Si pretendían quitarles el collar y el brazaletes de Estrella a un pelotón de otros mageus, necesitaban el elemento sorpresa.

Se estudiaron durante un segundo o dos, ninguno de los dos quería ser el primero en ceder, hasta que Harte decidió dejar que ganara North.

Soltó la mano del joven y le dirigió un leve gesto de despedida mientras colocaba la máscara sobre su rostro. Luego se unió a la multitud de serpientes y fue a buscar al Profeta Velado, el collar y a la chica a la que jamás merecería.

1902, Nueva York

Jack Grew se encontraba de pie en un rincón del salón de baile de su tío, contemplando todo lo que había creado. A su alrededor, las velas brillaban y el cristal tintineaba. Un murmullo de expectativa lo envolvió como un manto, fortaleciéndolo para lo que tenía por delante. Todo el mundo que fuera alguien en la sociedad de Nueva York estaría allí, incluyendo a todos los miembros de la Orden y una selección cuidadosa de aquellos reporteros que informarían del evento de la mejor manera posible. En un rincón, Sam Watson hablaba con el menor de los Vanderbilt. Al otro lado del salón, su tía se pavoneaba del trabajo realizado. Todo el mundo estaba feliz, satisfecho. Incluido Jack.

Estaba cerca. Tan, tan cerca.

Watson lo había visto y se acercaba desde el otro lado del salón, pero Jack fingió no verlo. En cambio, inclinó la cabeza para meterse detrás de las cortinas más cercanas que separaban a los invitados de la zona que se encontraba justo detrás de los escenarios, alrededor de los laterales del salón. Allí no se vivía el clima relajado y matizado por el champán que reinaba entre la multitud. Entre bastidores el aire parecía casi eléctrico por la nerviosa energía de los intérpretes. Una oleada de anticipación invadió a Jack al coger la morfina de su chaqueta y masticar un par de pastillas más. Luego deslizó el bote nuevamente dentro del chaleco, junto a la calidez del Libro, y se abrió paso a través de los artistas inquietos para buscar a Evelyn.

Para cuando la encontró, ya tenía puesto el vestido de gasa que se había encargado para su cuadro. Todos los cuadros vivientes habían sido seleccionados por motivos específicos, pero mayormente para representar la fortaleza de la ciencia y de la alquimia por encima de la peligrosa magia salvaje que una vez había estado a punto de destruir la civilización. *La pesadilla* sería la última pintura viviente, una especie de final triunfal. En el cuadro, una mujer de cabello claro yacía inconsciente, extendida sobre un diván, con la cabeza y la mano colgando en dirección al suelo. Por el modo en que la había retratado Fuseli, la mujer durmiente bien podía estar muerta, salvo por el pálido rubor que podía distinguirse en sus labios; sobre el pecho tenía una figura con aspecto de gárgola, un incubo, que representaba la idea de la pesadilla, y presionaba sobre ella, reteniéndola en el sueño de la muerte.

Evelyn ya se había empolvado el rostro para lucir aún más pálida que de costumbre para el cuadro. Tenía la piel tan blanca que prácticamente resplandecía y casi se confundía con su vestido color marfil, que apenas le ocultaba el cuerpo. Estaba retocándose los labios con un suave tinte rosado delante de un pequeño espejo. Por la forma en la que se adhería a sus curvas, el vestido podría haber sido transparente, y al estar tan cerca de su piel empolvada, a primera vista casi lo parecía. Era todo parte de la diversión, por supuesto. Los cuadros vivientes tenían fama de ser excitantes, subidos de tono, y por encontrarse en los límites del decoro.

Pero las representaciones conseguían provocar sin mayores consecuencias por el asunto en sí: el arte clásico. El traje de Evelyn podría haber sido razón suficiente para que la detuvieran en la calle, pero para el cuadro era perfecto. Reclinada sobre el diván, el parecido con la pintura sería casi exacto, dando la impresión de que podía ser tanto un camisón de noche como un sudario, con el objeto de realzar las similitudes entre las profundidades del sueño y la propia muerte.

Por supuesto, si los planes de Jack daban resultado, aquellas similitudes se volverían una sola realidad aquella noche.

En el dedo, el anillo relucía bajo la suave luz. *Pronto*, se prometió mientras los ojos de ella lo encontraban en el espejo y se volvía para saludarlo. *Muy pronto*.

—Jack, cariño —ronroneó—. ¿Qué tal estoy? —Dio una vuelta sobre sí misma, permitiendo que el vestido girara alrededor de ella.

Para entonces el tibio deseo que le provocaba se había vuelto familiar para Jack, y con el ritual que había realizado con anterioridad, extraído de las páginas del Libro, no fue más que una molestia. Pero Evelyn no era la única actriz aquella noche. Simuló un buen espectáculo dulcificando la mirada y avanzando hacia ella como si quisiera besarla, en lugar de retorcerle el cuello.

—Deslumbrante, como siempre —le dijo, contando los segundos hasta que la satisfacción de su rostro se convirtiera en miedo—. ¿Has recibido la peluca que he enviado? —La mujer dormida de Fuseli era rubia, y el cabello violentamente rojizo de Evelyn afectaría la realidad de la escena.

—Sí. Estaba a punto de ponérmela. —Le echó una mirada a través de las pestañas—. También he visto la pesadilla. Te has superado a ti mismo, Jack. Es maravilloso.

—¿Verdad que sí? —Cerca de la plataforma donde Evelyn se postraría, se encontraba la figura deformada que quedaría colocada sobre su pecho.

Evelyn avanzó hacia la figura y colocó la mano seductoramente sobre la cabeza de la criatura.

—La expresión del rostro es tan fuerte y *viva*. Casi puedes imaginarla acosándote en sueños, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa astuta y rebelde que Jack ya había aprendido a reconocer como su intento de manipularlo.

—Puedo más que imaginarlo —dijo, examinando a la criatura que había creado con sus propias manos. Tan solo había tenido que cometer algunos errores para que terminara siendo perfecta, lo bastante ligera como para que la pudiera colocar sobre su pecho y con suficiente peso como para que se mantuviera erguida cuando llegara el momento.

—El público estará encantado —ronroneó.

—Sí, definitivamente lo estará —respondió él, reprimiendo su expectativa—. Bueno, si me disculpas, tengo que ir a encargarme de otros preparativos. Falta poco para empezar.

ANTES DE LA TORMENTA

1902, Nueva York

Cela le dio un tirón al uniforme almidonado que llevaba puesto. No había nacido para servir mesas o limpiar lo que ensuciaban el tipo de personas que creían que eran las dueñas del mundo solo porque sus padres eran ricos. Pero le había prometido a Jianyu que lo ayudaría a recuperar el anillo. De todas formas, había sido una semana difícil, trabajando como empleada doméstica en la mansión de los Morgan. Cada día que observaba las preparaciones para aquella gala, se convencía más de que ninguna de aquellas personas necesitaba más poder del que ya tenía. Sin duda, no necesitaban un anillo mágico que pudiera hacer que las cosas acabaran mal para todos, no solo para las personas que poseían magia. Creía en Jianyu cuando le decía que, en las manos equivocadas, la gema del anillo podía poner de rodillas a todo el mundo.

Cela no había nacido para arrodillarse.

Enderezó la espalda y se preparó. Tenían que esperar un rato más. El plan parecía muy simple: esperar hasta que la escena de Evelyn se revelara, y luego Jianyu se deslizaría dentro y le quitaría el anillo del dedo. Si intentaba algún truco, tendría que hacerlo delante de todos los asistentes o correr el riesgo de quedar expuesta en mitad de una sala llena de hombres cuyo objetivo en la vida, además de hacer dinero, era destruir a los de su especie.

Por desgracia, Cela no pensaba que todo aquello pudiera resultar tan sencillo, independientemente de lo que creyera Jianyu.

Pero no estaba sola. Aunque estaba necesariamente de acuerdo con ella, Abe había decidido ayudar. Quizá solo fuera para impedir que se metiera en un lío aún peor del que pudiera controlar, pero no se quejaría. Al otro lado de la sala, su hermano llevaba una bandeja de champán. Sus ojos se cruzaron con los de ella, y sacudió levemente la cabeza. Aún no había rastros de Evelyn.

Asintió para hacerle saber que se encontraba bien, y luego se limitó a seguir recogiendo copas sucias. Todo estaba a punto de empezar.

UN VIEJO ENEMIGO

1904, St. Louis

Cuando Estrella vio a Jack sentado en la penumbra dentro del carruaje que aguardaba, tuvo que obligarse a terminar de subir a bordo. Julien tomó asiento junto a Jack, de modo que se vio forzada a sentarse frente a él. Tragándose los nervios, siguió el ejemplo de Julien: inclinándose hacia atrás, dejó que las piernas cayeran a ambos lados bajo las faldas, imitando al hombre que se suponía que era, y rogando que entre el maquillaje que le había aplicado y la tenue luz del carruaje, Jack no la reconociera.

—Ah, señor Eltinge, y... —Su tono era expectante al mirar de lado hacia ella.

—Él es Martin —dijo Julien, como si aquello lo explicara todo—. Martin Mull.

—No esperábamos a nadie más —señaló el hombre cuyo rostro quedaba oculto tras un velo de encaje vaporoso.

Estrella podía percibir el interés que su presencia suscitaba en Jack, pero siguió mirando de frente y se obligó a *continuar respirando* mientras iba al encuentro de su mirada sin vacilar.

—Martin suele acompañarme, es como una medida de seguridad adicional —explicó Julien con naturalidad—. Esta noche más que cualquier otra me ha parecido que contar con más seguridad sería algo mucho más que bienvenido. Especialmente, considerando lo que me están obligando a llevar puesto para recorrer las calles de la ciudad.

Hubo un largo instante de silencio antes de que el Profeta inclinara la cabeza, sacudiendo el velo por delante de su rostro. Estrella pudo sentir cómo desaparecía el interés de Jack por ella cuando el Profeta le restó importancia a su presencia. Despreocupándose, extrajo un bote del interior de su abrigo, cogió un par de pastillas y se las colocó dentro de la boca. Luego, lo pensó más detenidamente y tomó un par más antes de guardar el frasco.

Solo habían pasado un par de semanas, pero para Jack había sido más tiempo, y los años se veían reflejados en su rostro. Parecía mayor, y su piel estaba abotargada, teñida por un malsano color amarillento. Quizá había sido a causa de los efectos de la bebida, pero por algún motivo Estrella no lo creía. Las puntas de sus dedos tamborileaban sobre su pierna, y la nerviosa energía de su ritmo ligero vibraba en el pequeño espacio a través de aire.

Tiene el Libro. Tal vez, incluso lo lleva consigo. Estaba allí sentado, tan cerca, podría haberse arriesgado a emplear su afinidad para quitárselo.

Pero si lo intentaba y conseguía obtener el Libro, Jack se daría cuenta de que había desaparecido. Su respuesta ante un descubrimiento como aquel podía ser motivo suficiente para echar por tierra todos los planes que tan cuidadosamente habían elaborado... incluyendo el plan de conseguir el collar. Su mente trabajó a toda velocidad, pero no veía ningún modo de obtener el Libro y el collar juntos. No sin arriesgar a todo el mundo y todo lo que habían planeado. Y no antes de que el carruaje se detuviera con un traqueteo y la puerta se abriera.

Fuera, una hilera de bombillas eléctricas iluminaban la zona de un escenario abarrotado de gente vestida de forma estrafalaria. Alrededor de una de las carrozas se situaba un grupo de personas que se habían pintado el cuerpo con llamativos colores y ataviados con plumas y pieles. Hablaban con otro grupo diferente vestidos con el color gris de la Confederación. Alrededor de otra carroza, algunos hombres iban vestidos como sultanes, se habían ennegrecido los rostros con

pintura y llevaban largas barbas falsas adheridas a sus barbillas, hablaban y bebían de una petaca compartida. Encima de una réplica diminuta de uno de los barcos de vapor que avanzaban lentamente sobre el río, algunas personas con los rostros maquillados de negro y sombreros de copa aguardaban a que empezara el desfile.

Estrella no había esperado nada refinado, pero el estómago le dio un vuelco al observar la exhibición a su alrededor. Era como si el Klan hubiera decidido celebrar una fiesta de disfraces, pensó, esforzándose por simular una afable indiferencia. No podía permitir que nadie advirtiera su desagrado.

—¿Hacen esto todos los años? —preguntó a Julien.

Él asintió.

—¿Y siempre es tan...? —No se le ocurrían las palabras.

—Es mi primer año —le señaló, frunciendo el ceño ante un trío de hombres que le hacía gestos soeces a un cuarto individuo, vestido de mujer, que se desternillaba de risa—. Pero sí, supongo que sí.

Encontraron la carroza a la que debían subirse... pertenecía al mismísimo Profeta Velado. Estaba diseñada para que fuera una versión más grande de los barcos de las Calles de El Cairo. La habían construido sobre la parte trasera de una inmensa carreta, y tenía los lados pintados con el mismo dorado reluciente y el brillante azul añil que engalanaba la atracción de la Exposición. Al otro lado de la carroza, aguardaban cinco hombres, con los remos listos, a que empezara el desfile. Dado que parecían completamente sobrios, a diferencia de la mayoría de los asistentes, Estrella sospechó que se trataba de la Guardia de Jefferson, una custodia reforzada para el Profeta y el collar. Justo en el centro del barco, sobre una pequeña tarima, había dos tronos dorados, coronados con un dosel de seda ricamente ornamentado, adornado con piedras preciosas.

Un par de Guardias de uniforme se acercaron, uno de ellos, con una pequeña maleta.

—¿Todo marcha según lo planeado, Hendricks? —preguntó el Profeta.

El Guardia que llevaba el maletín asintió.

—Está listo para usted —le dijo, ofreciéndoselo para que lo inspeccionara.

El Profeta cogió una llave del interior de su túnica y abrió la cerradura, dejando al descubierto el brillo del platino y del azul turquesa. *La Estrella de Djinni*.

Estrella tuvo que apretar los puños para resistir la tentación de coger el collar en ese mismo momento. Sería fácil. Sencillo. Podía obtener el Libro y el collar juntos. Lo único que debía hacer era detener el tiempo, coger el collar y largarse...

Y Julien cargaría con toda la culpa. Era él quien la había traído, después de todo. Le pedirían explicaciones cuando ella desapareciera y, cuando no las tuviera, Estrella dudaba de que les importara lo más mínimo. Todo aquello le perjudicaría.

Tendría suerte si tan *solo* lo perjudicaba.

Eso por no mencionar que la gente de Ruth estaba esperando, lista para poner su vida en riesgo delante de toda la ciudad, la mayoría de la cual había salido a la calle para observar el desfile. Y Ruth aún tenía la Llave de Ishtar. Si Estrella hacía lo que fuera por poner la vida de los Antistas en peligro, terminaría siendo mucho más difícil recuperar el brazaletes.

No tenía muchas opciones. Tendría que seguir los planes, incluso si lo único que quisiera fuera apropiarse del collar en ese mismo momento.

De todas formas, era demasiado tarde. El Profeta ya estaba colocándolo alrededor del cuello de Julien.

—Ahora, señor Eltinge, tal como lo hablamos —dijo el Profeta—. Si algo le sucede a esto

durante el desfile...

—Nadie podrá doblegarme, señor —le respondió Julien, apretando la mandíbula. Echó un vistazo a Estrella, que desvió la mirada. Para ser actor era un tímido terrible.

El Profeta asintió. Su velo revoloteaba como las cortinas de encaje de una anciana.

—Entonces, creo que ha llegado la hora —dijo señalando hacia el dosel.

Julien fue el primero en subir, sin ayuda, y lo siguió el Profeta. Estrella fue tras ellos, ubicándose cerca de Julien. En medio de la confusión, había perdido de vista a Jack, pero la Estrella de Djinni estaba tan, tan cerca. Y seguía completamente fuera de su alcance.

Poco a poco, los hombres que habían estado deambulando en grupos medio ebrios empezaron a organizarse, y la zona del escenario se fue despoblando a medida que partían las carrozas. Estrella podía oír el estruendo de los tambores mientras las bandas empezaban a salir y luego, tras lo que pareció una eternidad, el barco se sacudió bajo sus pies y empezaron a moverse.

La ruta del desfile estaba atestada de gente, todos intentando posicionarse para ver mejor las carrozas intensamente iluminadas que recorrían la ciudad. Cada vehículo iba sujeto por encima a las líneas eléctricas de los tranvías, la fuente de electricidad para las bombillas que relucían como pequeños soles, calientes y peligrosos, en torno a las decoraciones de papel maché.

Al girar la esquina de Linden y empezar la marcha lenta y decidida hacia el recinto ferial, Estrella sintió que algo afilado había golpeado su mejilla. Frotó el lugar dolorido cuando sintió otro golpe, esta vez, sobre el brazo.

—Ay —dijo, frotando la zona afectada.

—Solo es parte de la basura habitual —oyó que decía el Profeta—. Ignóralo.

Pero la avalancha de proyectiles solo iba en aumento.

Dos de los hombres que iban vestidos como centinelas egipcios se pusieron en estado de alerta, desplazándose hacia el lateral de la carroza, donde buscaron entre la multitud que se encontraba en la acera por debajo de ellos. Un momento después señalaron a alguien, y Estrella pudo ver a la policía que había estado alineada a lo largo de la ruta darse la vuelta para adentrarse entre la multitud y encontrar a los culpables.

—Ves —dijo el Profeta—, no eran más que un simple estorbo.

El desfile continuó, y a lo lejos Estrella pudo ver el arco de entrada a la feria. *Pronto*, pensó, manteniendo los ojos bien abiertos en busca de alguna otra señal de problemas. *Harte llegará pronto. Y luego acabará.*

O, quizá, ¿solo sea el comienzo?

Estaban a una calle de distancia de la entrada al predio cuando pudo oír un alboroto entre el público. Un grito enloquecido cortó el aire, y de pronto algunos hombres enmascarados emergieron de entre los espectadores sin rostro. Estaban ataviados con capas oscuras, y sus máscaras parecían la cara de una serpiente.

Los Antistasi, pensó Estrella. Sintió que su cuerpo se preparaba al verlos. Tal como lo habían planeado y a la hora exacta. Los hombres... y ella sabía que también había mujeres... utilizaron el polvo de destello que Julien había obtenido del teatro para distraer y cegar a la hilera de policías antes de abalanzarse hacia la carroza del Profeta Velado. Estrella retrocedió hasta acercarse a Julien, fingiendo ejercer su tarea de protección, mientras observaba que más de una docena de los hombres-serpiente subía a bordo.

El aire estaba cargado por la magia antinatural, caliente y helada a la vez, mientras los Antistasi atacaban, desplazando a los barqueros de sus puestos y arrojándolos a un lado.

—Proteged a la reina —gritó el Profeta, y los centinelas restantes formaron un muro alrededor

de ellos mientras los Antistasi atacaban.

Estrella se encontró de pronto rodeada por el caos mientras fingía repeler a los hombres-serpiente. Pero enseguida uno de ellos se ubicó inmediatamente detrás de ella y atacó a Julien. *Harte*. Se lanzó a la batalla, ejecutando la coreografía que habían practicado con el objeto de provocar la distracción que necesitaba para poder coger el collar que llevaba Julien y reemplazarlo por la réplica. Harte le dio la señal, observándola con una mirada de pura determinación... y algo más que ella no terminó de entender... e hizo lo que habían practicado, forcejeando para quitárselo de encima a Julien y apartándolo de la carroza, donde la policía con sus trajes oscuro aguardaba.

No tuvo tiempo para ver si había aterrizado a salvo porque de pronto, ella misma sintió que la arrastraban hacia atrás y, antes de que pudiera comprender lo que estaba pasando, el suelo cedió bajo sus pies y se encontró con que estaba atrapada junto a Julien en una pequeña celda. Las tablas por encima de ellos se cerraron sobre la abertura y todo quedó a oscuras.

DAÑO COLATERAL

1904, St. Louis

Harte trató de luchar contra dos oficiales de policía que lo retenían por los brazos, pero estos no tardaron mucho tiempo en arrojarlo al interior de una larga carreta oscura con otro puñado más de Antistasi. La puerta se cerró tras ellos y el carro avanzó dando tumbos mientras él comprobaba que el collar aún estaba en el interior del bolsillo secreto que había cosido dentro de su camisa.

Había tenido que emplear casi todas sus fuerzas durante la pelea para evitar ganar el simulacro de batalla escenificado con Estrella. La voz que habitaba en su interior lo había instigado, alentándolo a que la derribara, a que le quitara todo lo que era. Pero en aquel momento la voz se había aquietado.

Era un silencio en el que no acababa de confiar. Quizá el poder estuviera alejándose de la gema que tenía guardada en su bolsillo, así como se había alejado del Libro. Pero fácilmente podría estar esperando al acecho, preparándose para el siguiente ataque.

Alguien encendió una cerilla justo cuando Harte se quitó la máscara, y todos los que iban en la parte trasera del carruaje se miraron durante un instante. Luego alguien rio.

—Vale, eso ha sido divertido —dijo un hombre a quien le faltaba un diente lateral mientras se enjugaba el sudor de las cejas y se quitaba los guantes que llevaba puestos.

Harte no estaba de acuerdo, al menos, no por el momento. Se relajaría cuando quedaran en libertad.

Cuando el carruaje se detuvo, aguardó; la piel le hormigueaba en estado de alerta hasta que la puerta se abrió y apareció un policía delante de ellos, torciendo la boca con desagrado.

—Parece que tenemos un montón de serpientes Antistasi. —Luego su expresión cedió el paso a una mueca divertida, y retrocedió para dejarlos salir.

Harte dejó escapar el aliento que había estado reteniendo y sintió que el poder se movía en su interior. No parecía ni la mitad de débil de lo que él se sentía.

Dejó que los otros tipos se le adelantaran. Aún estaba excitado por la adrenalina de lo que acababan de pasar y no tenía ninguna prisa por echarse a andar, pero una vez que salió, sintió el alivio de haber dejado atrás el aire viciado del carruaje y de estar rodeado del cálido aire nocturno. Ruth estaba de pie junto al carruaje, esperando con algunos otros Antistasi.

—¿Has hecho el cambio? —preguntó al verlo descender.

Harte asintió.

—Está hecho.

Aunque todo aquel asunto aún no le gustaba demasiado. Si no conseguían regresar a 1902 e impedir que sucediera todo aquello... si quedaban atrapados y tenían que avanzar desde esa misma época... ¿quién sabe cuáles serían las repercusiones de un ataque a gran escala al presidente?

Extrajo el collar para mostrárselo a Ruth.

—Ahora, tu parte del acuerdo. Entrégame el brazalete de Estrella.

—Tendrás que esperar —le dijo la mujer, extendiendo la mano para cogerlo.

Harte lo quitó de su alcance.

—Ni lo sueñes...

—Maggie aún no ha llegado —dijo Ruth, interrumpiéndolo antes de que se pusiera demasiado nervioso—. Debería llegar en cualquier momento.

—Entonces, hablaremos sobre el hecho de entregarte el collar una vez que llegue con el brazalete —replicó, metiendo el collar en su chaqueta. Una vez que llegara Estrella, Ruth no conseguiría ninguno de los dos artefactos.

Esperaron un rato mientras llegaban algunos otros, cada uno de ellos jadeando y encantado por la proeza realizada. Pasaron diez minutos, y luego veinte, y con cada segundo Harte se ponía más y más impaciente. *Ya deberían haber llegado.*

Pero poco tiempo después, los sonidos de las ruedas de la carreta y el ruido de los cascos de caballos acercándose a toda velocidad les indicaron que llegaba alguien.

No Maggie... *Estrella.*

El poder en su interior se sacudió al ver que aquel carruaje más pequeño se detenía junto a la carreta de la cervecería y se inflamó de deseo cuando Estrella emergió por la parte trasera, sin esperar siquiera a que la carreta se detuviera por completo.

Pero su rostro no era la satisfacción personificada que Harte esperaba.

—¿Lo tienes? —preguntó ella. Cuando él asintió, su expresión no se relajó—. Tienen a Julien —dijo sombríamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó, avanzando hacia ella, sin desear otra cosa que envolverla entre sus brazos y acercarla hacia él. Pero cuando la voz en su interior se enardeció ante la idea, se detuvo en seco.

El plan era sencillo. Peligroso, pero lo bastante fácil una vez que cambiaban los collares. El Profeta le quitaría el falso collar a Julien y lo colocaría sobre el cuello de la debutante que habían elegido aquel año como Reina del Amor y la Belleza, y luego ambos, Estrella y Julien, se marcharían.

—En cuanto tuvo lugar el ataque se llevaron la carroza del Profeta hacia una de las calles laterales. Nos han mantenido en un pequeño calabozo en el interior de la carreta y no nos han dejado salir hasta que hemos llegado a Festival Hall. Pero enseguida se han llevado a Julien... y el collar. Jack estaba allí aguardándolo —le dijo a Harte.

Harte se quedó helado.

—¿*Jack Grew* está aquí?

—He intentado seguirlos —respondió ella, asintiendo—, pero los Guardias no me lo han permitido. Me han dicho que era por la seguridad del artefacto o algo así.

A Harte no le gustó nada todo aquello. No había ningún motivo para que Jack estuviera esperando a Julien, salvo que de algún modo supiera lo que estaba pasando.

—¿Y Julien estaba bien?

—No creo que los Guardias hayan sospechado nada —le dijo Estrella—. Parecían más preocupados por el collar que por la posibilidad de que Julien resultara una amenaza. Creo que mientras permanezca tranquilo y siga el plan, podemos regresar y buscarlo más tarde una vez que ya se haya llevado a cabo el intercambio del collar.

No le gustaba, pero las cosas podrían haber salido peor. Recuperarían a Julien, y quizá en el proceso también pudieran quitarle el libro a Jack.

Pronto oyeron el repiqueteo de cascos que se acercaban.

—Maggie tiene el brazalete —le murmuró Harte a Estrella en cuanto la vieron. Ella le hizo un gesto con la cabeza, para indicarle que comprendía.

—Dime que no lo has hecho —dijo Maggie a Ruth incluso antes de descender del caballo. Luego corrió hacia su hermana y la cogió de los brazos—. Dime que no lo has hecho. Que no ha funcionado o...

—Todo ha salido según lo planeado —respondió Ruth, frunciendo el ceño.

Pero Maggie sacudía la cabeza como si no pudiera creerlo.

—Está bien —le dijo su hermana mayor, dulcificando la voz como Harte jamás la había oído—. Todo el mundo está a salvo, y hemos cambiado el collar. Todo irá bien.

—No —replicó la joven—. *No*. Debemos dar por acabado el operativo.

—No hay nada que acabar.

—Pero el suero... no funciona.

Ruth arrugó el ceño.

—Por supuesto que funciona. Lo hemos podido ver con nuestros propios ojos...

—Se están *muriendo* —dijo Maggie, prácticamente histérica—. Esta mañana he notado que Arnie tenía demasiadas quemaduras, pero luego ha sido Greta. Ya ha muerto, y lo mismo está pasando con el resto: su magia los está matando. No se puede hacer nada por ellos. Ni Isobel puede hacer nada para sanarlos. El suero los está *matando*.

Ruth apretó la mandíbula, y su mirada se endureció.

—Qué desafortunado.

—No es *desafortunado*. Es una catástrofe. Se están muriendo, y es culpa nuestra. Si detonan el collar seremos responsables de la muerte de todos los que asistan al baile. Todas esas personas...

—Así que morirán —dijo Ruth apartándose—. ¿A cuántos de nosotros han matado con sus leyes, su Guardia y su odio?

—No podemos... *Yo* no puedo dejar que esto suceda así sin más —continuó Maggie horrorizada—. No era lo que me había propuesto. No es...

—No hay nada que podamos hacer ahora —dijo Ruth—. Ya está hecho.

—Podemos detenerlo —insistió Maggie—. Podemos provocar un disturbio en el baile... podemos hacer algo más, como sacarlos del edificio antes de que sea demasiado tarde.

—No puedo arriesgar a ninguno de los míos por la Sociedad.

—No son solo los miembros de la Sociedad los que están allí dentro, Ruth. Son también sus esposas e hijas —insistió Maggie, sin notar lo cerca que había avanzado Estrella.

—Que viven de los beneficios de la maldad que realizan sus esposos y padres.

Maggie se alejó un paso de Ruth y casi se tropezó con Estrella. Por la mirada de horror en el rostro de la joven, Harte sospechó que jamás había visto aquel lado de su hermana mayor.

—Ruth —suplicó.

Tenían el collar y, por la mirada que Estrella le dirigía, sabía que ya le había quitado el brazalete a Maggie. Podían marcharse en aquel momento, antes de quedar atrapados en las repercusiones que seguramente tendría todo aquello.

Salvo que él no podía hacerlo.

—No podemos dejar a Julien allí dentro —le dijo a Estrella. Su expresión horrorizada le indicó que estaba de acuerdo.

—No podemos dejar a nadie allí dentro —la voz le temblaba.

—¿Cómo planeas entrar en el baile? —preguntó Ruth—. Habrá Guardias de Jefferson en todas las entradas. Incluso si puedes burlar a la guardia, tendrías que lidiar con más resistencia dentro y con la seguridad del presidente, además.

—Pensaremos en algo —dijo Harte. Pero aparte de embestir las puertas y esperar lo mejor,

Ruth tenía razón. Intentar salvar a las personas en el baile era una misión suicida. Con todos los dignatarios que asistirían, jamás podrían pasar los controles de seguridad, y si lo hacían no podrían volver a salir de allí. Era justamente el motivo por el que habían robado el collar durante el desfile.

—Yo puedo ayudar con eso —soltó North en voz baja.

—No lo permitiré —replicó Ruth—. Es una misión imposible. Y no irás a ninguna parte hasta que yo tenga el collar en mi poder —le dijo a Harte.

—Tendrás que quitármelo —contestó este.

—North —ordenó Ruth—. Ocúpate de esto.

—Con el debido respeto, señora, prefiero no hacerlo. —North se interpuso entre los dos.

—¿Qué esperáis? —preguntó Ruth a los demás.

Pero los hombres y las mujeres que se habían vestido de serpientes para provocar un alboroto en el desfile no hicieron nada por atacarlos. La mayoría miraron el suelo bajo sus pies, con las mandíbulas tensas y los hombros doblados por el peso de lo que acababan de ayudar a hacer.

—Entonces, he acabado con todos vosotros —dijo Ruth. Extendió la mano para coger la de su hermana—. Vamos, Maggie. Vamos antes de que nos vean.

—Yo iré con ellos —respondió Maggie. Ignoró las protestas de su hermana y avanzó para deslizar su mano en la de North. Los ojos del joven brillaron de satisfacción.

El rostro de Ruth se había cubierto de manchas rojas, y su expresión era una mezcla de furia y sorpresa.

—Maggie, vendrás ahora como te ordeno. —Hasta Harte podía sentir la impaciencia de Ruth acumulándose en el aire, tan espesa y real como la propia magia.

Pero Maggie miró por encima del hombro a su hermana y sacudió la cabeza.

—Dejé de ser una niña hace ya mucho tiempo, Ruth. Yo he provocado todo esto y haré algo para detenerlo.

NADA QUE PERDONAR

1902, Nueva York

Ruby se miró de nuevo en el panel de espejos que había en la parte de atrás del salón de baile y frunció el ceño.
—No tienes que hacer esto —le dijo Theo. Observó con ojo crítico el atuendo que llevaba o, más bien, la falta de este.

Tenía razón: si bien la prenda color melocotón que llevaba bajo el vestido la cubría del cuello a los pies, no dejaba nada a la imaginación. Se suponía que representaba a Circe, de la pintura de John William Waterhouse que retrataba a la bruja ofreciendo una copa de su pócima a Ulises. Encima de la prenda casi color carne, el vestido diáfano de Ruby era del color del mar en un día nublado. Le caía suelto, dejando un hombro al descubierto, y exponiendo más de lo que ella jamás habría elegido dejar expuesto por sí misma.

Miró por encima del hombro.

—Por supuesto que tengo que hacerlo —le dijo, preparándose para lo que se avecinaba—. Estar aquí atrás me da un acceso que de otro modo no tendría.

—No me gusta —masculló Theo—. Una cosa es pasar información para ver qué efecto causas y otra muy diferente es ponerte justo en medio de la tormenta que tú misma has provocado.

—¿Cómo se supone que voy a poder conocer la verdad si no estoy justo en medio de toda la acción? —preguntó, levantando la parte de adelante del vestido en un intento vano por que la cubriera aún más. Frustrada, se dio por vencida y dejó que volviera a caer.

—La última vez que insististe en permanecer en medio de la acción, recuerdo claramente haber recibido un disparo —le indicó, su tono más mordaz que verdaderamente enfadado.

Pero Ruby se sintió invadida por una oleada de culpa.

—No creo que jamás pueda perdonármelo —le dijo, su voz apenas un susurro.

La expresión de Theo se suavizó.

—No hay nada que perdonar —dijo—. Estoy vivo y bien. Es solo que no quiero que te hagan daño.

Dado que especialmente Viola ya no está en nuestras vidas. Las palabras quedaron suspendidas en el aire, sin pronunciarse, entre ellos.

Pero ella no pensaría en Viola, no aquella noche. En las últimas dos semanas había perdido demasiado tiempo, se había privado de escribir y de crear nuevo contenido. Estaba prácticamente desesperada por obtener una noticia que volviera a llamar la atención de su editor.

Había sido un poco imprudente al pasarle a Jack la información que Viola le había transmitido sobre Paul Kelly, aunque se la hubiera enviado de manera anónima. Se le había ocurrido remover el avispero que era la Orden para ver qué sucedía, pero en realidad sus actos eran producto de la furia, el dolor y el rencor. Y tal vez había sido un poco impulsiva al provocar que Theo hablara con Jack para que le permitiera ser parte de los cuadros vivientes. Pero en aquel momento la gala de la Orden le había parecido una cuerda de salvación, un modo de volver a ser la persona que había sido antes de dejar que un par de ojos violetas la cautivaran. Tenía la sensación de que todo lo que alguna vez había pensado que tenía bajo control se le estaba escapando de las manos.

Apartó ese pensamiento a un lado. No eran sino nervios. Quizá no se lo había pensado bien,

pero por lo menos estaba allí, tan cerca como cualquiera podría acercarse alguna vez al evento más importante de la Orden desde que se había incendiado Khafre Hall. Aquella noche R. A. Reynolds conseguiría una historia como ningún otro.

De todas formas, el vestido era ridículo. Jamás había rehuído a un escándalo moderado, pero en aquel momento le preocupaba el efecto que pudiera tener el hecho de exhibirse de ese modo —y delante de todo aquel que importara en el círculo de su madre— en la reputación de Theo.

—Si no quieres que lo haga...

Antes de que pudiera terminar, Jack Grew apareció desde el otro lado de las cortinas. La miró un instante, parecía muy satisfecho de sí mismo, y se volvió hacia Theo.

—Barclay, vas a tener que retirarte. Estamos a punto de empezar.

Theo le dirigió a Ruby una larga e inescrutable mirada, y en aquel instante ella pensó en quitarse el traje e ir con él. Pero antes de que pudiera hacerlo, se había marchado.

—Está increíble, señorita... —Jack frunció el ceño—. Lo siento. Sé que Theo ya nos ha presentado, pero parece que he olvidado su nombre. —Le dirigió una sonrisa que habría sido encantadora si sus ojos no hubieran sido tan calculadores—. Supongo que es producto del accidente... los golpes en la cabeza siempre dejan algún tipo de secuela, ¿no es verdad?

—Reynolds —le dijo, queriendo apartarse cuanto antes de él y su lascivia—. Ruby Reynolds.

—¿Reynolds? —preguntó. Su expresión se ensombreció.

Era lo mismo que había sucedido miles de veces. Si alguien aún no sabía de quién era hija, su rostro se transformaba una vez que se enteraba. Pero aquello era diferente. La expresión de Jack era más de furia que de pena, y Ruby advirtió su paso en falso.

Había sido un miembro de la Orden quien había ordenado su muerte. *Podría haber sido Jack.*

—Vale —dijo, su rostro aún cautamente inexpresivo—. ¿Está todo listo por aquí?

Ella asintió, intentando ocultar su temor con la sonrisa brillante que había aprendido para realizar su debut.

—Sí, gracias.

—Excelente. Debería ser *todo* un espectáculo. —Le dirigió una mirada apreciativa, y luego se marchó, para dirigirse al siguiente grupo de intérpretes.

Ruby se jactaba de ser una mujer inteligente, una cuya intuición la había salvado de incontables líos a lo largo de los años, así que sabía que había cometido un error. Tenía que encontrar a Theo y salir de la mansión antes de que las cosas se complicaran aún más. Apoyó la copa y la varita que tenía que llevar en el cuadro y se echó por encima su capa, cubriendo la poca ropa que llevaba puesta.

—¿Qué hace, señorita? —Era la encargada del vestuario, con una expresión horrorizada en el rostro—. No hay tiempo para eso. —La mujer no demoró en quitarle rápidamente la capa y meterla bajo el brazo antes de que Ruby pudiera protestar—. Debe subir —dijo, conduciéndola a un asiento con forma de trono y entregándole la copa y la varita que acababa de desechar.

—Tengo que irme —intentó decirle Ruby, pero la mujer tan solo chasqueó la lengua con impaciencia.

—Todo el mundo se pone nervioso. Todo saldrá bien. Ya verá.

Desde el otro lado de las cortinas pudo escuchar que había empezado a sonar la música, los bellos acordes de un arpa y los suaves sonidos de un violín, y la mujer se alejó con su capa. Era demasiado tarde para que Ruby pudiera hacer otra cosa más que seguir adelante y esperar que su presentimiento sobre lo mal que iban a salir las cosas no fuera más que una equivocación por su parte.

1902, Nueva York

Lo único que anclaba a Viola al entrar en el salón de baile de J. P. Morgan era el peso de Libitina. Caminaba del brazo de John Torrio, rodeada de personas que la odiaban, personas que preferirían verla muerta o deportada antes que cualquier otra cosa, y tuvo que recurrir a hasta la última pizca de su determinación para impedir que sus ojos se llenaran de odio mientras seguía a Paul a través de la multitud, asintiendo y presentándose a la gente mientras avanzaban.

La habían embutido en un corsé y un vestido cubierto con volantes de seda, una prenda ridícula que no hacía nada por ocultar lo que era. Peor aún, solo parecía alentar al Zorro, que no dejaba de mirarle el escote. A ratos rozaba con su brazo la zona justo al lado de sus pechos, y ella sabía por su mirada lasciva que los pequeños roces no eran ningún accidente. Si no lo hubiera necesitado, y no precisara *alejarse* la atención de sí misma, con gusto le habría presentado a su cómplice más mortífero, el puñal que llevaba atado al muslo.

Paul y Torrio se abrieron paso a través de la sala, arrastrando a Viola tras ellos, y mientras avanzaban, las joyas relucientes y las sedas perfectamente entalladas de las mujeres que la rodeaban solo sirvieron para recordarle quién era... y quién *no* era. Jamás sería una de aquellas debutantes perfectamente acicaladas, tan recatadas que parecían poder ruborizarse a voluntad. No quería ser una de ellas. Aunque entre ellas hubiera una en particular que tenía la lengua afilada y una nariz que se fruncía al sonreír.

Basta. Intentó respirar hondo, pero las ballenas del corsé le recordaron que en un mundo como aquel, a las mujeres no se les permitía respirar siquiera. *Concéntrate.* Tenía que averiguar cuál de aquellas palomitas engreídas tenía el anillo.

El cuarteto de músicos que tocaba en un rincón empezaba a entrar en calor, y el resto de los asistentes estaban buscando sus sitios cuando Viola advirtió una silueta familiar que casi la hizo tropezar. Theo estaba allí, hablando con un anciano que tenía sus mismos ojos. Si Theo estaba allí, y Torrio lo veía...

No haría nada, intentó decirse a sí misma. No aquí, no en medio de todos los hombres que intentaban impresionar.

Pero si Theo estaba allí, también podría estar Ruby.

¿Y qué? Había acabado con ellos, terminado. *¿Verdad?*

Estaba a punto de volverse y sentarse entre Paul y Torrio, cuando vio a Theo dirigirle al anciano aquella misma sonrisa mustia y torcida que le había dirigido a Viola en el parque. Le había advertido entonces que las cosas no saldrían bien, y ella no le había prestado atención.

Nada de aquello era culpa de él. Ruby lo había metido en todo aquel lío y había estado a punto de conseguir que lo mataran. Pero Viola lo había arriesgado todo para salvarlo una vez. *¿Entregarlo en aquel momento sin más a Paul y Torrio?* Habría significado que todo el dolor y la furia con los que había vivido desde que Ruby la había mirado con odio en sus ojos azules habrían sido en vano.

Además, Ruby estaba enamorada de él.

Viola salvaría a Theo solo por ese motivo. Si su destino en la vida era estar permanentemente

deseando y nunca consiguiendo lo que quería, que así fuera. Ella era fuerte e inteligente, y podía abrirse su propio camino. Y había cosas peores que la soledad. Como todas esas horas durante la noche en las que solo podía pensar en todas las decisiones que había tomado y con las que tenía que vivir.

Se disculpó para seguir a Theo mientras se dirigía hacia la parte trasera del salón de baile. Paul la miró con curiosidad, pero los músicos se habían lanzado de lleno, y no podía hacer demasiado sin montar una escena.

Adelantarse a Theo antes de que este llegara hasta uno de los pasillos laterales no fue demasiado complicado. Cuando dobló la esquina, ella tiró de él hacia una zona en la que nadie podría verlos.

El joven sufrió un sobresalto, pero casi no parecía sorprendido de verla.

—¿Viola?

—Shhh. —Lo arrastró un poco más para quedar lo más lejos posible de las miradas indiscretas.

—No creí realmente que fuera tu tipo —le dijo, dirigiéndole de nuevo aquella sonrisa ladeada.

Abrió la boca para refutar sus palabras, el instinto que tenía tras una vida de ocultar, negar y rechazar. Pero no la miraba con el mismo desagrado con el que Paul o su madre la habían mirado cuando notaron lo embobada que había quedado con su profesor de inglés años atrás.

—No lo eres —le dijo. Era lo más cerca que había estado alguna vez de admitir la verdad a alguien, salvo a Estrella.

»¿Dónde está Ruby? —preguntó, desechando el momento porque detenerse en él resultaba demasiado peligroso—. Dime que no está aquí.

—Por supuesto que está aquí —dijo—. ¿Realmente la imaginas perdiéndose algo como esto?

No.

—Tiene que marcharse. Ahora.

Theo pareció de repente confundido.

—No es posible. Esta noche representará a Circe, y todo está a punto de...

De pronto, la música se silenció, y la voz de un hombre retumbó por encima de la multitud para darles la bienvenida a los asistentes.

Es demasiado tarde.

UNA REUNIÓN DIVERSA

1902, Nueva York

Oculto desde un rincón del salón de baile, Jianyu observó a Viola seguir al joven de cabello claro hacia un pasillo lateral. La última vez que la había visto estaba sobre el puente y habían pasado ya casi dos semanas desde entonces. Tras todo lo sucedido ella había desaparecido, y él había sido incapaz de encontrarla. En aquel momento al verla llegar con Paul Kelly no sabía muy bien qué pensar.

Indeciso, consideró sus opciones. No sabía cuándo tendría otra oportunidad para hablar con ella... para explicarle todo lo que aún no sabía... pero solo tendría una posibilidad para acercarse a Evelyn mientras fuera el centro de atención y hubiera menos probabilidades de que contraatacara. Al otro lado del salón, ubicados cerca de la salida, Celia y su hermano observaban al Sumo Prefecto de la Orden presentar al hombre que sería homenajeado aquella noche.

Jack Grew.

Jack avanzó hacia el escenario y estrechó la mano del Sumo Prefecto. Luego tomó tomo el control de la situación. Harte Darrigan le había hablado sobre el sobrino advenidizo de J. P. Morgan. Era temerario y peligroso. Y no podía permitir que se hiciera con la gema.

Pero incluso sabiendo lo que sabía acerca de Jack Grew, incluso con la misión que tenía por delante, Jianyu solo podía pensar en una cosa esencial: *Viola está aquí.*

LA HORA EXACTA

1904, St. Louis

Mientras North los conducía al predio de la feria, Estrella se quitó el traje de egipcio que llevaba puesto quedándose con los pantalones y la camisa de hombre que llevaba debajo. Agradeció no haber cedido a los ruegos de Julien de desechar aquellas prendas que había conservado bajo el disfraz. Usando las tiras de lino blanco que había arrancado del traje, borró de su rostro todo el maquillaje que pudo mientras el carruaje avanzaba traqueteando.

North estacionó a una calle de distancia de la entrada a la feria y ató los caballos mientras Estrella y Harte descendían por atrás.

Maggie, que había viajado delante con North, tenía un aire preocupado y serio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó North. Parecía querer extender la mano hacia ella.

—Solo pensaba en Ruth... en su mirada cuando me alejé.

La expresión del joven se suavizó.

—Has hecho lo correcto, Mags.

—Es mi *hermana*, Jericho —dijo, su voz opaca y apagada—. Es mi familia, mi sangre y mi carne y, lo que es más, me ha criado como a su propia hija.

—Te *ha utilizado* —respondió él, bajando la voz al tomar su mentón con suavidad.

Harte le echó un vistazo a Estrella, su expresión impaciente mientras ambos hablaban, pero ella solo encogió los hombros. Si Maggie no se decidía en ese momento podría resultar un lastre una vez que estuvieran dentro.

—Lo sé —decía Maggie a North—. Lo sé todo, pero eso no cambia lo que somos la una para la otra.

North la tomó entre sus brazos un instante.

—A veces, la sangre no es suficiente, Mags.

El rostro de la joven se derrumbó.

—Lo sé.

Estrella comprendía la emoción en la voz de Maggie... el dolor que bullía bajo la seguridad de sus palabras. Una traición como la de su hermana terminaría acechándola, tal como la traición del profesor Lachlan acechaba a Estrella, acosándola por detrás. Pero también la había animado a ser mejor, más inteligente... más *fuerte*.

—Vamos —interrumpió Harte. Aparentemente, ya no quería esperar más—. Deberíamos entrar ya. No sabemos cuánto tiempo nos queda ni en qué momento el Profeta cambiará los collares.

Pero el gemido de una sirena irrumpió en la distancia. De pronto, la noche cobró vida con los sonidos de campanas que tañían y sirenas que ululaban.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo Estrella, los cuatro se detuvieron para escuchar.

—El Festival Hall está al otro lado de la feria —señaló North—. Incluso sin las multitudes, está a casi dos kilómetros de aquí. Pero quizá, si nos apresuramos, aún podemos sacar a algunas personas...

—Una vez que el ácido entre en contacto con el suero y se forme el vapor, no habrá manera de acceder —dijo Maggie, su voz un susurro entrecortado.

Estrella pensó en su brazaletes y en lo inservible que resultaba en aquel momento. No podía correr el riesgo de utilizarlo en aquel momento porque retroceder para detenerlo todo significaba cruzar la Llave de Ishtar consigo misma. Si solo hubiera sido su vida la que dependiera de ello lo habría hecho para compensar por su participación en todo aquello, pero no era *solo* su vida. Se había dejado cegar por su propia ira, tan decidida a mantenerse fuerte que no se había dado cuenta de hasta qué punto se había apartado del camino correcto.

Harte siempre había tenido razón en todo aquello: sobre Ruth y los Antistasi. Tendrían que haberse ceñido a su propio plan. Tendrían que haberle quitado el brazaletes a Ruth y buscado el collar por sí mismos en lugar de dejarse enredar en toda aquella trampa de los Antistasi. Quizá si no hubiera estado tan decidida a ser fuerte, a ser *despiadada*, a los Antistasi les habría costado más llevar a cabo su ataque. Quizá habría podido evitar que todas aquellas personas que habían asistido al baile estuvieran sufriendo en aquel momento.

Cargaría para siempre con la culpa de su responsabilidad en el ataque, pero no arriesgaría su brazaletes para cambiarlo. No en aquel momento. *No podía...* Nibsy seguía en algún lugar allí fuera y, si no reunían las gemas, lo haría él. Necesitaba la Llave de Ishtar, no solo para sí misma, sino para impedir que controlarla el poder del Libro.

Pero North ya estaba sacando su reloj de bolsillo.

—Aún no es tarde —les dijo, abriendo la cubierta y ajustándolo—. Tendrán guardias por todas partes durante el baile, pero si llegamos antes de que empiece, tendremos más suerte. No soy de los que les gusta volver atrás. Generalmente no sale nada bueno de intentar arreglar algo que ya ha pasado. Pero creo que la situación lo requiere.

—¿Volver atrás? —preguntó Harte.

—En el tiempo. Mi madre solía decir que tenía la habilidad de estar siempre en el momento y en el lugar adecuados —le dijo North—. Podía estar en la calle corriendo con otros chicos y sin más darme cuenta de que la cena ya estaba lista. En un abrir y cerrar de ojos estaba en la mesa, justo donde debía estar, antes de que me llamara siquiera. Si se organizaba algún lío yo conseguía quitarme de en medio antes de que hubiera empezado siquiera. Por supuesto, después descubrí que no se trataba solo de una habilidad, sino que también intervenía la magia. Aunque nunca llegué a controlarlo hasta que obtuve esto. —North les mostró a ambos el reloj.

Tenía el aspecto de un reloj de bolsillo común: la caja era de bronce, y tenía una cubierta de cristal rayada sobre la cara. Quizá las manecillas de los minutos y de las horas habían estado pintadas alguna vez de negro, pero la pintura se había emborronado en aquellas partes donde North las había tocado para desplazarse en el tiempo. La manecilla de los segundos estaba quieta, y el reloj no hacía ni un tic, pero Estrella podía sentir su atracción... el tirón de la energía a su alrededor, un indicio de su poder invisible.

Harte miró el reloj frunciendo el ceño.

—¿Magia ritual?

—No sé nada sobre ningún ritual, pero magia tiene —le dijo el joven—. Solo lo ajustaré un poco hacia atrás. ¿Quizá una hora?

—Tal vez para entonces ya tengan a la Guardia apostada en sus sitios —señaló Maggie, mordisqueando el labio.

—Es cierto. Entonces volveremos un par de horas antes. Una vez que estemos dentro, puedo fijar la hora que nos convenga —le dijo—. Si logramos acceder al edificio mientras siga siendo de día, podemos volver a avanzar en el tiempo hasta justo antes de que llegue el Profeta. De ese modo, podemos estar preparados para ellos.

Estrella cruzó miradas con Harte.

—Todo irá bien —dijo, comprendiendo su reticencia.

Pero tenía la mandíbula tensa y había precaución en sus ojos.

—¿Y las gemas que tenemos? —preguntó en voz baja para que el resto no pudiera oír.

—Debería dejarlas aquí. Tal vez en la carreta... —sugirió ella.

—¿Crees que realmente sea una decisión acertada?

Estrella no lo creía. Dejar las gemas atrás era como abandonar parte de sí misma. Pero si North podía llevarlos atrás en el tiempo sin que ella arriesgara el brazalete...

—No tenemos otra opción si queremos salvar a Julien. Tenemos que intentar detener esto si podemos.

—¿Qué te parece si las ocultamos en la pared? —preguntó—. Será menos probable que las encuentren si Ruth viene a buscar la carreta.

Tenía razón. Mientras Maggie reunía las provisiones de la parte posterior de la carreta, Harte y Estrella encontraron un sitio cerca del muro del predio ferial para ocultar las gemas. Después de enterrarlas, el mago empleó uno de los dispositivos de Maggie para tender una trampa. Cualquiera que intentara cogerlas se llevaría una sorpresa desagradable.

—Venid aquí. —North les hizo una seña para que doblaran la esquina de las vallas—. Ahora, sujetaos. —Maggie extendió la mano para coger su brazo primero, y luego Estrella hizo lo mismo. Harte vaciló, claramente aterrado de volver a viajar a través del tiempo.

—Si tienes miedo... —lo provocó North.

Cogió la mano del joven, que solo hizo una mueca burlona y cerró el reloj con un chasquido.

EL ALQUIMISTA

1902, Nueva York

Jack se tomó un minuto para aceptar los aplausos que merecía. Llovían sobre él como una bendición por todo lo que había sufrido y por todos los planes en los que había trabajado tan diligentemente hasta poner en marcha. Las luces del salón de baile centelleaban, parpadeando para él mientras la morfina corría por sus venas, aclarándole la mente, dándole acceso a las posibilidades que le ofrecía aquel momento.

Alzó las manos, satisfecho de que la multitud siguiera la orden, en lo que tomaba el control del salón y daba por iniciadas las festividades de la noche.

—Damas y caballeros, no puedo explicar lo que significa para mí estar aquí esta noche, honrando el trabajo tan fundamental de la Orden y destacando nuestro compromiso con la ciudad a la que tanto queremos. Sé que para algunos de nosotros las últimas semanas han estado plagadas de dificultades. Nuestros periódicos no siempre han sido amables con nuestra estimada organización o el trabajo que realizamos para mantener a la ciudad a salvo. Pero *esta noche* les demostraremos a los detractores lo equivocados que están. Esta noche los obligaremos a ver que el poder de la lógica y la ciencia, el estudio ilustrado de las artes herméticas, siempre será superior al cobarde salvajismo de la magia antigua que una vez amenazó la esencia en sí misma de la civilización.

»Esta noche, en nombre de la Orden y de su Círculo Interno, me honra presentarles nuestros cuadros vivientes.

La orquesta se lanzó a tocar su primera serie de estrofas, una pieza en tono menor que sonaba tan peligrosa como el propio Jack se sentía, y la atención del público solo exacerbó sus ánimos aún más.

—Sin más preámbulos, nuestra primera pintura, un cuadro del estimado Joseph Wright, *El alquimista en busca de la piedra filosofal*.

Con un ademán pomposo, la cortina que cubría el primer escenario se abrió, dejando al descubierto una escena tenuemente iluminada. Había dos hombres sentados en un segundo plano, inclinados sobre un escritorio como si estuvieran haciendo cálculos. En el primer plano, J. P. Morgan actuaba del alquimista de Wright. Su tío llevaba una barba falsa y tenía una expresión de embeleso al contemplar el enorme recipiente de cristal que se había dispuesto sobre un pedestal de hierro. Arrodillado ante el altar de la ciencia, Morgan tenía una túnica de aspecto antiguo, sujeta con una faja.

El público aplaudió cortésmente, murmurando divertido al advertir el protagonista del primer cuadro.

—Una escena encantadora, por cierto —señaló Jack. La anticipación corría a toda velocidad por su sangre junto a la morfina—. Pero podemos hacer algo mejor, ¿no creen?

La multitud murmuró y se removió en sus asientos, pero los ignoró al dirigirse al cuadro. Su tío y los demás actores permanecieron en su lugar, paralizados, como si fueran estatuas que vivían y respiraban. No les había advertido, no les había dicho lo que haría, porque también quería que se conmocionaran.

—Quienes viven en las sombras de nuestra ciudad, como las ratas que infestan la propia

estructura de la sociedad que hemos construido aquí, dependen de la magia salvaje, un poder débil e ingobernable. Pero vean lo que puede lograr el estudio ilustrado de las artes ocultas. —Alzó las manos y se hundió relajado en la sensación de la morfina que corría por sus venas, las palabras que había practicado en la privacidad de su habitación brotaron de sus labios como si hubiera nacido para pronunciarlas.

La orquesta mantuvo el silencio y la multitud rio entre dientes, pero Jack apenas pudo oírlas. Estaba apelando a algo mayor, a algo más profundo. El Libro contra su pecho ardía intensamente.

De pronto, las arañas parpadearon, y las luces fluctuaron. Luego, como si fueran una especie de criaturas aladas, los destellos de las arañas se dirigieron a toda velocidad hacia el oscuro líquido del recipiente ante el que se arrodillaba su tío, haciéndolo resplandecer.

El público guardó completo silencio. La sala se oscureció, salvo por el recipiente que brillaba en el cuadro. De pronto, el público estalló en un aplauso estruendoso. La sangre de Jack retumbó, caliente y segura. Y apenas había comenzado.

UN ROCE CON LA MAGIA

1902, Nueva York

Las luces se volvieron a encender con un parpadeo, y Viola sintió el frío de la magia antinatural escurriéndose fuera del aire. Tembló ligeramente.

—Tenemos que sacarla ya —le repitió a Theo.

No necesitaba decirle que era imposible. Pudo ver por sí misma que no había manera de atravesar la multitud y llegar a la parte posterior de las cortinas sin que la viera todo el mundo, incluidos Paul y Torrio. Cuando el provisional telón se abriera, Ruby quedaría expuesta. Torrio se enteraría de que Viola lo había engañado, y ninguno de los dos volvería a estar a salvo.

Sintió vagamente que el cálido roce de la magia estaba cerca. Al principio, le restó importancia como si no fuera más que otro truco de Jack, pero cuando notó que el frío poder que inundaba la sala no se disipaba de inmediato, se le ocurrió otra cosa. Llevó la mano instintivamente a la abertura que había realizado entre sus faldas para desenvainar su puñal y, en un solo movimiento fluido, lo alzó hacia el aire vacío.

—Muéstrate.

—¿Viola? —Theo reaccionó como si creyera que había perdido la cabeza, pero lo ignoró y se desplazó hacia la tibia energía hasta que esta empezó a volverse más densa.

Presionó el puñal hacia delante, y en un instante apareció Jianyu.

—Viola —dijo, su voz tan nerviosa como debía sentirse.

Ella mantuvo su daga en alto. Nibsy le había indicado que Jianyu podría haber sido uno de los traidores y, si bien no confiaba en aquella rata artera, tampoco confiaba en el espía de Dolph, que había estado sospechosamente ausente durante todas aquellas largas semanas.

—Así que has vuelto. ¿Dónde has estado?

Jianyu bajó la mirada hacia su puñal mientras Theo daba un paso hacia ella. Pero Viola lo fulminó con la mirada y volvió su atención a Jianyu.

—Estabas allí sobre el puente —dijo.

—Estaba...

—Entonces, no fuiste de gran ayuda. —Acercó la hoja del cuchillo aún más.

—Estaba con Darrig...

Acercó el filo a su garganta.

—¿Ese traidor?

—No es el traidor que tú piensas que es —respondió.

Pero ella soltó un bufido descreído. Viola había estado en el *Mysterium*. Había sido víctima de su traición.

—¿Esperas que te crea? ¿Dónde está ahora? Yo misma lo mataré.

Theo emitió un sonido de preocupación, pero ella lo ignoró.

—Está con Estrella...

—¿Estrella? —Había ayudado a la chica a escapar. ¿También se había equivocado confiando en ella?

—Es una historia muy larga, y justo en este momento no tengo tiempo para contártela —dijo Jianyu—. Uno de los artefactos está aquí.

—Lo sé... el anillo. Nibsy me dijo que vendrías a por él.

Jianyu funció el ceño.

—No podemos permitir que lo obtenga.

—No tengo intención de permitir que ninguno de los dos lo obtenga. —Alzó la hoja de Libitina hasta que quedó directamente bajo su mentón—. ¿Dónde está?

—Sé quién lo tiene... está entre bastidores. Iba hacia allí para recuperarlo cuando te he visto y...

—¿Entre bastidores? —*Donde se encuentra Ruby*—. Llévame. —No era una petición.

—Pero tienes que prometerme que me escucharás cuando todo esto acabe. Necesito contarte muchas cosas.

—Me llevarás —repitió. No haría promesas ni se sometería a las exigencias de Jianyu. Pero obtendría la gema y pondría a Ruby a salvo... costara lo que costara.

EL BAILE DEL PROFETA VELADO

1904, St. Louis

Estrella quedó cegada por un resplandor blanco, pero no soltó el brazo de North hasta que recuperó la vista. Sentía las piernas temblorosas, y la piel pringosa por la magia del reloj. Cuando el brillo se apagó, la noche se había vuelto día. En la distancia, los ecos de la Exposición —el murmullo de la muchedumbre y la lejana melodía de una banda de música— habían reemplazado a las sirenas.

Harte soltó a North primero y se estremeció mientras tropezaba e intentaba recuperar el equilibrio.

—Tengo la sensación de que algo va *mal*.

—¿Qué? —preguntó North, guardando el reloj de nuevo en su bolsillo.

—¿Acaso no lo sientes? —Harte volvió a temblar. Cuando North sacudió la cabeza, el mago intentó explicárselo—. Por norma general la magia produce una sensación tibia, como algo con lo que te arroparías. Pero ¿esto? Ha sido como si me hubieran clavado un trozo de hielo.

—Jamás he sentido nada tibio —dijo North frunciendo el ceño—. Y tampoco nada helado. ¿Y tú Maggie?

La chica sacudió la cabeza.

Estrella miró a Harte. North era un mageus... podía sentir la tibieza de su afinidad mezclada con el frío escozor de la magia del reloj... pero no parecía estar tan en sintonía con su afinidad como ella y Harte. Quizá, porque sin el reloj su afinidad carecía de fuerza. O quizá *había* algo de cierto en las historias del Umbral... los relatos acerca de cómo mantenía la magia intacta. Si se detenía a pensar en ello, desde que estaba al otro lado del Umbral su poder se había comportado de manera rara, mezclado con aquella fría y extraña advertencia en la que se encontraban latentes el ritual y la corrupción.

Dando por terminada la conversación, North asintió con la cabeza y echaron a andar. Los cuatro entraron en la feria sin problema alguno y luego se abrieron paso nuevamente a la laguna. Estaban como a mediados de la tarde, y la feria estaba abierta, llena de visitantes que habían acudido para admirar los lugares de interés. Los barcos se arrastraban perezosamente para cruzar las aguas en calma, ignorando que en el lapso de unas pocas horas todo cambiaría. Las luces transformarían el agua en un espejo reluciente de estrellas, el mármol blanco de los edificios relumbraría y, si no podían arreglar aquello, si no podían impedir que el collar detonara o que la gente no estuviera dentro del baile cuando sucediera, las personas morirían, incluyendo al presidente. Estrella se estremeció al pensar en lo que semejante cambio le depararía al futuro.

El baile se celebraba en el Festival Hall, el edificio que tenía la cúpula blanca, en el extremo de la enorme laguna. Salvo por los barcos, que habrían tardado demasiado, allí no había una ruta directa. Tenían que atravesar los pabellones que alojaban las exhibiciones de metalurgia y artes liberales, siguiendo los amplios senderos llenos de gente hasta llegar al Festival Hall.

Desde la cúpula dorada hasta las profusas florituras de mármol y yeso, el Festival Hall era como un homenaje al exceso. En aquella ciudad donde muchas de las calles permanecían sin pavimentar y los trabajadores se reunían en almacenes para planear su ascenso, semejante despliegue de belleza resultaba poco práctico. Las abundantes flores dispuestas en los jardines

perfectamente cuidados florecían por todas partes, las fuentes arrojaban el agua hacia el aire dibujando círculos elegantes y las ornamentadas glorietas proporcionaban sombra del sol de la tarde. Con sus esculturas y tallas, era hermoso y frívolo. Podría parecer completamente encantador, hermoso y femenino, pero también resultaba imponente.

El edificio se levantaba dos pisos por encima de la feria sobre la cima de una colina artificial, como una ciudadela, con una doble hilera de columnas que lo rodeaban como las barras de una jaula. Delante de la entrada principal había una enorme fuente, que llevaba tallada en su base EL TRIUNFO DE LA LIBERTAD, y en tres de sus lados había fuentes más pequeñas, aunque no menos ornamentadas, con las palabras LIBERTAD, JUSTICIA y VERDAD, que caían en forma de cascada a la laguna principal que estaba abajo. Y encima de su cúpula dorada, la diosa de la Victoria, ejecutada según la imagen de un hombre. *¿Cómo no iba a ser de otra manera?* A Estrella ni siquiera le sorprendía. El edificio entero era una declaración del poder de la ciudad, como si St. Louis pudiera reclamar su lugar en el país con mármol y agua. También era una declaración de los hombres que lo habían encargado... la Sociedad, lleno de concejales que gobernaban desde sus salas de juntas de caoba y sus pasillos de mármol.

Pero dentro, el edificio era mayormente un espacio hueco y cavernoso. Aunque la Guardia se desplegaba por todo el predio de la Exposición, era demasiado temprano como para que ya estuvieran situados en sus puestos de cara a los actos de aquella noche, así que Estrella y los demás pudieron entrar en la plaza del edificio, mezclándose con los otros turistas que alzaban la mirada hacia el lugar en el que la luz se derramaba a través de los inmaculados cristales mientras un enorme órgano de tubos tocaba un himno.

No perdieron el tiempo escuchándolo como los demás visitantes. Estrella estudió el edificio... los escondites y los lugares vulnerables. La Guardia haría lo mismo, y también, la seguridad del presidente, pero nunca estaba de más conocer las posibles salidas de escape de un sitio.

North los condujo a través de la plaza y luego hacia un pequeño pasillo de servicio cerca del lado opuesto del edificio. La puerta al pasillo de servicio pasaba casi inadvertida porque se confundía con los detalles recargados y las volutas del resto. Una vez que estuvieron a salvo en el pasillo, pudieron serpentear a través del edificio sin que nadie los viera.

—El baile se celebrará en la plaza principal, allí fuera —indicó North, abriéndose camino. Tendría que haber visto los planos del edificio para tener un sentido de orientación tan claro.

—Traerán el desfile por la avenida y luego rodearán la parte posterior, pasando el Palacio de Bellas Artes —les dijo Estrella, recordando el lugar en el que la carroza del Profeta se había detenido lo suficiente como para que la Guardia pudiera sacar a Julien de la celda que había oculta bajo la carroza y se lo llevaran.

—Eso está justo al otro lado de este muro —dijo North—. Cuando llegó la carroza del Profeta, ¿viste a dónde llevaron a Julien?

Estrella sacudió la cabeza.

—Lo cogieron y me dejaron a mí. Para cuando salí de la carroza, había desaparecido. Nos obligaron al resto a salir del predio ferial por la salida de atrás, y luego vine directamente hacia aquí. No sé a dónde llevaron a Julien.

North consideró la pregunta, con la mirada perdida por unos instantes.

—El lado este del edificio está ocupado mayormente por el personal de mantenimiento y los empleados, pero del lado oeste hay algunas salas destinadas a oficinas y reuniones. Puesto que buscarán privacidad, supongo que lo dejarán allí.

Asintiendo, los arrastró junto a él a un armario de escobas donde apenas cabían.

—El baile empieza a las diez, cuando llega el desfile, así que tenemos que estar allí un poco antes para ponernos en nuestras posiciones. —Ajustó el dial de su reloj, adelantando la manecilla de los segundos de modo que arrastrara las horas junto a ella. Luego alzó la vista para mirarlos a todos uno a uno—. ¿Listos?

Todos se agarraron a su brazo, y una vez más el mundo emitió un destello blanco

HAMBRIENTO

1904, St. Louis

Harte detestaba la sensación de malestar que se apoderaba de él cada vez que North hacía uso de aquel reloj mágico. Cuando Estrella lo había arrastrado a través de los años ya se había sentido bastante mal, pero la magia de North era todavía peor. Cuando el mundo se volvía blanco, sentía que desaparecía por completo y la sensación de un trozo de hielo clavado en el pecho. Incluso cuando recuperaba la vista seguía sintiendo el frío dolor, como si el hielo siguiera derritiéndose en medio de su corazón.

A la voz en su interior tampoco le hacía gracia. Podía oírla chillar desde alguna parte de su cabeza, bloqueándolo todo durante un instante y recordándole la visión que había tenido de la mujer... el demonio... en el templo.

Pero la hizo a un lado hasta que no fue más que un rumor sordo y continuo al fondo de su mente, y se deshizo de la persistente molestia del hielo en el pecho mientras intentaba concentrarse.

—Vamos a necesitar ropa —les decía North—. Uniformes, o algo así. Si podemos evitarlo, es preferible no llamar la atención de nadie.

—Solo tenemos que llegar hasta donde se encuentra Julien y provocar un alboroto lo bastante resonante como para ahuyentar a todo el mundo —argumentó Harte—. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

—Podemos provocar un alboroto —dijo Maggie, cogiendo las manos de North.

—¿Estás segura? —le preguntó Estrella.

Maggie dio una palmadita a los bolsillos de su vestido.

—He traído algunas cosillas conmigo. Nada que cause daño de verdad; solo un poco de humo y bengalas para montar un pequeño espectáculo, pero todo el mundo ya tendrá los nervios de punta tras el ataque al desfile. No debería ser un problema despejar el salón de baile antes de que consigan entrar. Vosotros dos, buscad a vuestro amigo.

North abrió la puerta, y los sonidos de la noche entraron por la ranura... el murmullo de voces, el repiqueteo de los platos y cubiertos que se colocaban sobre alguna mesa, y más lejos, la música de una orquesta.

—Nos encontraremos de nuevo en la carreta —les indicó North—. Buena suerte.

Cuando se marcharon, Harte se quedó solo en el estrecho espacio junto a Estrella. Si antes había sido un desafío contener el poder en su interior, en aquel momento parecía imposible. Bajo el olor a polvo y el fuerte escozor de algún disolvente de limpieza, podía sentirla... la suave fragancia a sudor, limpia y natural, sobre su piel, y el poder que llevaba en su interior.

Al pensarlo, se sobresaltó. No era él quien podía oler su poder. La magia no tenía ese olor... ¿o sí?

Los ojos de ella se encontraron con los suyos en la penumbra del armario, y el poder volvió a enardecerse.

—Tenemos que marcharnos —dijo Harte, con la voz trastornada. Ella también lo advirtió. Sus cejas se fruncieron sobre sus ojos de color whisky.

—¿Estás bien, Harte?

Quería sacudir la cabeza. Quería decirle que huyera. Pero solo pudo mirarla aturdido durante un

momento, con la voz silenciada por el esfuerzo de impedir que el poder estallara en su interior.

North tenía razón.

—Vamos a necesitar ropa —dijo finalmente. Las palabras salieron estranguladas, como si fuera un hombre que se ahogaba—. Algo que no llame la atención.

Ella lo estudió un momento más, interrogándolo con la mirada. Pero no le hizo ninguna pregunta más.

—Déjame a mí —respondió.

Por una vez, Harte no protestó. No quería que fuera sola, pero necesitaba alejarse de ella para volver a someter al poder. Aunque no tuvo más que un momento. No había ni salido por la puerta cuando ya estaba regresando, cargada con dos conjuntos de trajes oscuros y pulcras camisas blancas.

—¿Debería preguntar de dónde los has sacado? —preguntó Harte, intentando restarle importancia al momento. Pero tenía la voz demasiado tensa, y las palabras salieron como si fueran una reprimenda, lo que en absoluto había sido su intención.

Estrella le dirigió una mirada severa.

—No es ni la mitad de excitante de lo que imaginas. Tienen un perchero de uniformes para los camareros de esta noche. —Lo miró encogiendo los hombros mientras empezaba a desabrochar la basta camisa que llevaba puesta. Por debajo, sus pechos estaban atados con amplias tiras de lino que contrastaban con el color tostado de su piel y que le recordaban a la arena del desierto a la hora del crepúsculo.

Harte se estremeció, sabiendo exactamente de dónde procedía la imagen. Seshat tenía hambre. Estaba cansada de sus dudas y de su rechazo a tomar lo que deseaba.

Lo que ella deseaba.

Era más fácil darse la vuelta para no mirarla, evitar observar sus largos y esbeltos brazos desapareciendo bajo la protección de las nuevas prendas. Pero aún podía sentirla. Cada partícula de su ser estaba sintonizada con ella... con la tibia magia que se comprimía en el mismísimo centro de su ser.

Pronto, zumbó la voz. Muy, muy pronto.

Terminaron de vestirse, y cuando se dio la vuelta, Estrella tenía una mirada de determinación tan esencialmente suya que apenas pudo respirar. Quería tocarla, quería acercarla a él y presionar sus labios contra los suyos, pero sabía que se había vuelto demasiado débil bajo el ataque constante del poder que habitaba en su interior. Si la tocaba en aquel momento, no sería capaz de detenerse y ambos estarían perdidos.

—Estrella... —Su nombre brotó de sus labios como una súplica, y no supo si estaba avisándola, o llamándola, o simplemente preparándose para resistir el poder en su interior con el talismán de su nombre.

—Ahora no —le dijo ella, con los ojos sombríos al comprender—. No hasta que salgamos de aquí.

Abandonaron la seguridad del armario de escobas y siguieron el pasillo para regresar adonde los invitados ya se encontraban reunidos en la plaza. La orquesta seguía tocando su suave melodía desde las alturas, donde un órgano colosal dominaba desde arriba. En el otro extremo de la sala, un grupo de personas se había reunido alrededor de un hombre con bigote y un par de quevedos encaramados sobre la nariz. *Roosevelt*. Algunos hombres con trajes oscuros se mantenían cerca de él, seguramente eran parte de su comitiva de seguridad.

Hacia donde mirara Harte podía ver la vida que jamás tendría: las sedas y joyas, la risa

tintineante, el champán, las sonrisas forzadas y la libertad que aquellos hombres tenían para caminar por el mundo como si fueran sus dueños.

Ni siquiera era capaz de odiarlos por ello porque no sabía si él sería mejor en caso de que se invirtieran los papeles. Todos ellos no eran más que aquello que la vida los había preparado para que fueran.

—No creo que el desfile haya llegado aún —le dijo a Estrella.

—Deberíamos determinar por qué puertas entrarán —dijo.

—No por las principales. —Hizo un gesto hacia el lugar por el que habían entrado antes. En aquel momento accedía un flujo constante de personas regiamente ataviadas.

—¿Quizá en el pasillo de mantenimiento? —preguntó—. Tiene que haber alguna puerta de entrega o algún tipo de acceso por el que han tenido que traer más temprano todo lo que hay aquí.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Enderezó los hombros para imitar la postura de los otros criados, y se abrieron paso para cruzar el centro de la plaza. Por el rabillo del ojo pudo detectar un movimiento que llamó su atención y levantó la vista para ver que Maggie se había situado sobre la pasarela por encima de ellos. *Por lo menos, eso va bien.*

Concluyeron que habían estado en lo cierto: en el ala este había una puerta por donde entraban y salían varios empleados.

—Probablemente, lo hagan entrar por allí —calculó Harte. El Profeta aún tenía que intercambiar el collar, quitándoselo a Julien, que lo había llevado durante el desfile, para colocárselo a la verdadera debutante, cuya reputación dependía de que *no* se expusiera tan públicamente en las calles de la ciudad. Pero el traspaso tenía que pasar desapercibido. Cuando presentaran a la Reina del Amor y la Belleza en la plaza, ya llevaría puesta la Estrella de Djinni.

Encontraron un carrito cargado de copas de champán de pie largo justo delante de la entrada, y cada uno cogió un paño y fingió pulir el cristal mientras aguardaban la llegada del Profeta. No tuvieron que esperar demasiado. Unos minutos después, el personal que los rodeaba pareció recolocarse visiblemente, acelerando las tareas y volviéndose más atentos, y no mucho después el Profeta Velado entró por la puerta. Detrás de él, dos Guardias de Jefferson llevaban a Julien, cada uno cogiendo uno de sus brazos.

Harte inclinó la cabeza, fingiendo estudiar las copas, pero aprovechó el movimiento para observar al grupo que pasaba por una de las puertas anónimas del pasillo. Otros Guardias ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta.

—¡Oíd, vosotros! —gritó una voz detrás de Harte—. ¿Qué hacéis? Esas ya están pulidas.

Harte levantó la mirada para ver a uno de los camareros mirándolos, con las manos ocupadas con una bandeja de canapés y una mueca de fastidio.

—Manchas de agua —le dijo Estrella, alzando una de las copas.

El camarero se irritó aún más.

—No es necesario que ambos os encarguéis de las manchas de agua —masculló—. Necesitamos más personal en el salón. —Se acercó y le entregó bruscamente la bandeja—. Lleva esto allí fuera. Roosevelt quería un poco de paté.

Estrella lo miró. No tuvo más remedio que coger la bandeja que le habían puesto delante y dirigirse a la plaza.

—Termina con eso y sal fuera —le dijo el hombre bruscamente a Harte antes de alejarse tropezando para regañar a algún otro.

Harte mantuvo la cabeza gacha y pulió la copa impecable de champán que tenía en la mano, sin

dejar de mirar la puerta donde el Profeta Velado tenía a Julien. Unos minutos después la puerta se abrió y el hombre del velo salió con una chica del brazo.

No. La debutante seguramente debía estar esperando en el recinto. Ya llevaba el falso collar encima, y en aquel momento ambos se dirigían hacia la plaza.

Sacaría a Julien de allí, y luego iría tras ellos.

Harte volvió a colocar el cristal sobre el carrito y empezó a caminar hacia los Guardias. Se desplazó a toda velocidad, dirigiendo su afinidad hacia fuera al tocar a uno de ellos. El otro atacó, pero no con suficiente destreza. Un momento después ambos estaban mirando, aturdidos, y abriéndose paso como sonámbulos hacia la salida del edificio.

Abrió la puerta con discreción y vio que quedaba un Guardia, de pie sobre Julien.

—Ya te lo he dicho, no he tenido nada que ver con el ataque. —Había más irritación que temor en su voz, así que al menos era algo—. Esos bárbaros también han venido a por mí. ¿Acaso no ves esto? ¿Te parece que yo mismo he podido provocarme este moratón?

Harte se deslizó dentro de la habitación y utilizó el elemento sorpresa a su favor. Se lanzó hacia el Guardia y en cuestión de segundos lo había derribado sobre el suelo. Proyectó su afinidad a través de las tenues capas de piel y del alma para darle una única orden. El hombre quedó inerte por debajo de él, con los ojos abiertos, mirando el techo que tenían encima.

—Tenemos que irnos —dijo a Julien—. Ahora.

Pero Julien miraba fijamente a Harte y al Guardia incapacitado.

—Eres... Maldición, Darrigan. Eres uno de ellos. —Sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo.

—Puedes odiarme después si tanto te importa —le respondió—. Si no te mueves ahora, puedes quedarte aquí y lidiar con el Profeta solo. Pero yo me voy.

La indecisión parpadeó en la expresión de Julien. Finalmente, suspiró y pasó por encima del Guardia que seguía tumbado en el suelo.

—Tendrías que haber permanecido muerto —farfulló, pero no había odio ni resentimiento en sus palabras.

—Hay días en los que siento lo mismo, Jules. —Y hoy, con Seshat vociferando en su interior, definitivamente era uno de ellos.

El pasillo se encontraba vacío, y tenían el camino despejado hasta la puerta. Estaban a punto de llegar cuando Harte pudo oír una carcajada justo por detrás de él. Se volvió para hallar a Jack Grew apoyado contra la pared, los ojos brillando de odio.

—Harte Darrigan —dijo, avanzando hacia ellos—. Regresando de entre los muertos... de nuevo.

Harte se puso delante de Julien, escudándolo de Jack.

—Vete —urgió—. Sal de aquí, *ahora*.

—Pero...

El mago se volvió y lo empujó a través de la puerta, agradecido por la túnica que llevaba Julien al dirigir una orden a través de la piel desnuda de su espalda expuesta.

—*Vete. Ahora* —ordenó—. *No vuelvas la vista atrás.*

Luego se volvió hacia Jack.

—Sabía que vendrías hasta mí —dijo el joven, con la voz áspera.

Harte frunció el ceño.

—No he venido por ti.

—¿Ah, no? —Avanzó un paso hacia él.

—No, yo... —Pero las palabras se extinguieron en su garganta. La mirada de Jack tenía algo esquivo, algo oscuro que lo miraba desde dentro. La piel de su rostro se contrajo, crispándose como si lo hubieran golpeado, y luego algo se agitó por debajo, arrastrándose bajo la superficie como una serpiente.

Harte cogió el carrito de las copas de cristal y lo envió rodando hacia delante. Las copas cayeron con estrépito sobre el suelo. En aquel momento se dio la vuelta y echó a correr.

La voz en su interior aullaba, y tuvo que recurrir a toda su determinación para seguir moviendo los pies mientras sus zapatos se deslizaban sobre el cristal roto que recubría el pasillo. Había casi llegado a la plaza cuando Jack volvió a hablar.

—¿Creías que podrías eludirme para siempre, *Seshat*?

Al oír el nombre, la voz se desató, y su fuerza se incrementó hasta que Harte ya no pudo combatirla. Hasta que no fue más que una cáscara de piel y huesos, gobernada e impulsada por un poder invisible.

EL TELÓN SE ABRE

1902, Nueva York

Bajo el tibio manto de la afinidad de Jianyu, Viola observó un segundo telón que se abría, revelando una escena con un barco y marineros, sus rostros, la viva expresión del terror mientras intentaban huir de tres pálidas doncellas con túnicas vaporosas que parecían decididas a hacer naufragar la nave.

—Tienes que darte prisa —le dijo a Jianyu mientras la llevaba sobre la espalda alrededor del público, cuidando de no molestar a nadie y poner de manifiesto su lugar.

Jack Grew seguía hablando mientras caminaban, y por mucho que le hubiera gustado hacerlo callar, Viola rogó que siguiera hablando. Se habían anunciado cuatro escenarios en el programa, lo cual indicaba que Ruby podía aparecer en cualquier momento.

—Criaturas malvadas, diseñadas y forjadas para poner a los hombres de rodillas. Su poder salvaje fue alguna vez un peligro, descontrolado de cara a los hombres incautos. Pero con el paso del tiempo, a medida que el hombre aprendió y cultivó una visión esclarecida de la magia, su tiempo llegó a su fin.

Habían llegado al telón, y si bien el público estaba cautivado por la escena que tenía delante, Viola siguió a Jianyu mientras se escabullía por detrás de las cortinas hacia la zona entre bambalinas. Al dejar de controlar la luz, ella sintió que la tibieza de su afinidad se alejaba y se bajó deslizándose de su espalda.

—Será más fácil así —dijo antes de que ella pudiera protestar.

—Si te vas con el anillo, te encontraré —prometió Viola—. Y cuando te encuentre, no será para hablar.

Sus palabras no parecieron tener el efecto deseado. La boca de Jianyu se curvó en las comisuras.

—Nos iremos de aquí juntos —prometió—. Como Dolph lo hubiera deseado.

A Viola no le llevó mucho tiempo encontrar a Ruby, sentada sobre un trono de espejos, delante de las cortinas de terciopelo aún cerradas. Llevaba una peluca larga y oscura y parecía estar visiblemente aterrada por lo que estaba a punto de suceder. No llevaba prácticamente nada encima: una prenda que era casi del mismo color que su carne y un trozo de tela encima que combinaba con el azul profundo de sus ojos.

Por un momento Viola quedó paralizada. Sus pies parecían no moverse, y su voz parecía que no pudiera emitir sonido alguno, porque lo único que podía hacer era mirar a Ruby, que parecía tan desesperada, perdida y absolutamente perfecta que apenas pudo respirar. Pero fue un error vacilar. Para cuando se recompuso, el telón había empezado a abrirse.

1902, Nueva York

Ruby levantó el cáliz y la varita, y alzó el mentón justo en el instante en el que se abría el telón, dejándola expuesta... *muy* expuesta... al público del salón de Morgan.

El silencio repentino hizo que quisiera soltar los objetos y huir, pero se mantuvo quieta, inmóvil como una estatua, tal como requería la imagen. Su mirada se dirigió hacia delante, buscando algún indicio de Theo, pero no parecía estar por ninguna parte.

—La Orden se enorgullece de presentarles la obra maestra de John William Waterhouse, *Circe ofreciendo la copa a Odiseo*. Contemplen a la madre de todas las brujas, aquella que atraería a los hombres a su copa solo para transformarlos en cerdos.

A Ruby aquellas palabras le sonaban completamente iracundas, como si fuera ella y no un ser mítico quien había cometido aquel crimen atroz. El tono de su voz le provocó un escalofrío, pero mantuvo las manos en alto, tal como lo reflejaba la pintura, y contó los segundos para que todo aquello acabara.

De pronto, sin advertencia alguna, la copa que llevaba entre las manos se enfrió repentinamente, y el interior, que tan solo instantes antes había estado vacío, empezó a burbujear con un líquido rojo como la sangre que se derramó por encima del borde del cáliz y chorreó sobre su vestido. Echó un vistazo hacia Jack para saber si aquello era algo que debía suceder, pero lo único que pudo ver fue la furia en su mirada.

Antes de que pudiera entender lo que sucedía o cómo escapar, el telón se cerró y prácticamente se desplomó de alivio. Oyó el aplauso al otro lado de las cortinas, pero no le importó. Apoyó la sangrienta copa sobre el suelo y se miró la mano manchada. Por un momento su cabeza regresó a aquella casa de arrendamiento inmunda, intentando evitar que la vida de Theo se escurriera entre sus manos. Y luego apareció Viola.

—Ven —dijo, sin ningún tipo de preámbulo—. Tenemos que marcharnos. *Tú* tienes que marcharte.

Viola. Aquí.

Fue tan inesperado, tan absolutamente increíble, que Ruby no terminaba de comprender lo que estaba viendo, mucho menos seguir la orden que le acababa de dar.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Viola cuando advirtió que no hacía nada sino mirarla fijamente.

Ruby sacudió la cabeza y se acercó a ella antes de saber lo que hacían sus pies. *Viola está aquí.* El alivio de verla era casi demasiado.

Seguía con la mano aún pegajosa con lo que fuera que había brotado de la taza, pero no pudo evitar extenderla para tocar la mejilla de Viola, solo para estar segura de que realmente fuera ella. La criatura que tenía delante llevaba un traje de seda que bien podría haber sido adecuado para la ópera, junto a su habitual gesto ceñudo.

Al sentir que la tocaba, Viola se quedó muy, muy quieta.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han hecho daño?

Pero Ruby tan solo sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante, presionando sus labios sobre los de Viola.

En cuanto sus labios tocaron los de ella, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Empezó a apartarse, horrorizada por haberse pasado de la raya, cuando la boca de Viola se ablandó bajo la suya. Ruby estuvo a punto de desplomarse por la combinación de alivio y euforia que sintió creciendo por todo su cuerpo, densa y tibia y...

Viola se apartó, con los ojos violetas muy abiertos.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, tocando sus labios con los dedos. Tenía la mejilla manchada con la pintura roja de su mano.

—No lo sé —respondió—. Te he visto y... quería hacerlo.

No fueron las palabras adecuadas. Viola retrocedió un paso.

—Todo esto es un juego para ti, ¿verdad?

El estómago de Ruby dio un vuelco. La había malinterpretado.

—No... —Avanzó hacia ella, pero su mirada la hizo vacilar.

—¿Y Theo? —preguntó aquella, con voz sombría.

¿Theo?

—No le importaría —dijo, sabiendo que era cierto. El pobre ángel seguramente estaría aliviado.

Viola sacudió la cabeza.

—También lo tratas como a uno de tus juguetes. —Su voz era grave y áspera—. El mundo entero no es más que un juguete para ti porque no tienes nada que perder. *Nada*.

Pero Viola se equivocaba. No sabía, no *podía* haber sabido que Ruby ya lo había perdido todo y había decidido que no valía la pena vivir la vida como un ratoncillo, siempre huyendo. Siempre con miedo.

—Ese no es el motivo por el que...

Los ojos de Viola brillaban con lágrimas de furia.

—Juegas con las vidas de la gente porque puedes hacerlo y luego desapareces y regresas a tu habitación de fantasía... a tus criadas y a tus sirvientes.

—No, no comprendes —suplicó. Quería disculparse, explicárselo, pero tenía la garganta demasiado cerrada, y no encontraba las palabras.

—Comprendo demasiado bien —dijo, con voz opaca, retrocediendo un paso más—. He vivido en este mundo demasiado tiempo como para no saber cómo terminará esto. Tienes que marcharte. *Ahora*.

El dolor de su voz atravesó a Ruby. Avanzó un paso, con la mano en alto.

—Viola, podemos encontrar una solución a todo esto. Todo irá bien...

—No fue a Torrio a quien mandaron a matarte —le dijo, su voz como el puñal que había tenido entre las manos la primera vez que se vieron—. Era *yo*. Arriesgué demasiado por salvar tu vida entonces, y también lo estoy arriesgando todo ahora. Así que sea lo que sea lo que acaba de pasar, lo que creas que existe entre las dos, haz esto por mí y vete. Porque mi hermano está ahí fuera, y también Torrio. Si se dan cuenta de quién eres... si ven a *Theo*... lo sabrán. Y ambas pagaremos el precio por ello.

Por Viola habría permanecido, lo habría arriesgado todo, pero ¿por Theo? Leal, inocente, maravilloso, Theo siempre había sido su pilar. Jamás le había dicho que no. No podía sacrificarlo.

—Lo nuestro no ha acabado —prometió.

—Sí se ha acabado —dijo Viola, pero el brillo de las lágrimas en sus ojos delató la mentira tras sus palabras.

En el silencio tenso que se había extendido como un abismo entre las dos, una mujer gritó y, al otro lado del telón, la gala se sumió en el caos.

LO QUE VIVÍA DENTRO

1904, St. Louis

La morfina que se había tomado antes hacía sentir a Jack insoportablemente liviano, como si sus pies ya no estuvieran anclados al suelo. Como si ya se hubiera convertido en el dios que estaba destinado a ser.

—Sabía que vendrías por mí —dijo, y la voz que provenía de su interior era la que oía a menudo en su mente. Aquella otra versión de sí mismo que había encontrado en Grecia, cuando había comprendido lo que era el poder y lo que podía hacer con él. Aquel otro yo lo había guiado, lo había mantenido por el camino recto y estrecho, y había revelado los secretos que contenía el Libro que guardaba cerca de su pecho. En aquel momento solo parecía adecuado que se fusionaran los dos yos, convirtiéndose en lo que siempre había tenido intención de ser.

El Mago ya no le interesaba. No... Deseaba lo que vivía *dentro* del Mago. El poder que se le había escapado entre los dedos tantos años atrás. La perra demoníaca que lo había eludido demasiadas veces a lo largo de los años y los siglos. Al fin la tendría. Tomaría cada pedazo de ella para sí.

Los ojos de Darrigan se habían oscurecido, y Jack... y la otra voz que vivía en su interior... sabía que era porque el Mago ya no era más que una cáscara. Y Jack obtendría al fin su venganza. Destruiría a Darrigan de una vez y para siempre.

—Toth... —Las palabras salieron de la boca de Darrigan, pero no las pronunció su voz.

—Seshat —dijo Jack, dejando que las sílabas salieran como un siseo, suaves como una serpiente—. Esta vez no puedes ganar. Sin la protección del Libro, tu poder será mío.

—¿Protección? —Los labios de Darrigan se curvaron en una mueca de desprecio—. El Libro era mi *prisión* y, ahora que soy libre, te destruiré.

—No puedes destruirme, Seshat. Me he convertido en el poder en sí mismo. Me he convertido en un dios.

—Incluso los dioses necesitan un hogar, Toth. Yo lo destruiré todo para asegurarme de que nunca más puedas ser libre.

EL REGRESO DE SESHAT

1904, St. Louis

Estrella sujetaba la bandeja en la mano y estaba ofreciéndole canapés al mismísimo Teddy Roosevelt cuando estalló el primer dispositivo de Maggie. Una lluvia de chispas cayó sobre toda la plaza, creando una neblina que serpenteó a través del aire como una serpiente viva. La seguridad se llevó a Roosevelt a toda prisa, estableciendo un muro entre él y los demás asistentes. Una mujer entre la multitud gritó y, aterrada, la muchedumbre congregada se lanzó en estampida hacia las puertas.

Estrella echó a correr en la dirección contraria. Pudo oír el estrépito del cristal que se rompía desde el distante pasillo en el que había dejado a Harte, y supo por algún motivo que algo había salido mal. Pero habría esperado cualquier cosa menos lo que había visto al llegar. Jack Grew se encontraba allí, y Harte le hablaba, pero las voces sonaban extrañas, siniestramente inhumanas. Y los ojos del Mago estaban completamente negros, sin que se pudiera ver la parte blanca de los ojos siquiera.

—Lo tenías todo —dijo Jack con aquella voz extraña y espectral—. Tenías la llave de todo el poder al alcance de tu mano, el corazón de la magia bajo tu mando. Te pertenecía para que la controlaras... y en cambio intentaste destruirla.

—Intenté *salvarla* —chilló Harte, con el rostro contraído—. Creé las palabras y su escritura porque creía que sería suficiente para impedir que la magia muriera finalmente. Pero me equivoqué. El Libro fue un error.

—El Libro fue un regalo —respondió Jack, avanzando hacia Harte.

—No tenías ningún derecho a quedártelo —espetó este—. Has robado lo que no te pertenece. Te he considerado un amigo, y me has traicionado. Te he revelado mis fracasos, y tú has abusado de mi confianza otorgándoles el poder... fracturado y degradado como estaba... a quienes no lo merecían y no podían apreciarlo, todo por algo tan vulgar como la fama.

—¿Por qué debía la magia pertenecer solo a los que eran como tú? —preguntó Jack—. Hubo un tiempo en el que las personas tenían acceso al poder que se entretije por toda la creación. ¿Quién eras tú para ocultársela?

—¿Y quién eras tú para otorgársela a los aduladores que te favorecían? —lanzó Harte a su vez—. ¿Acaso crees que no sé lo que hubo detrás de tu ascenso? —Soltó una carcajada, y fue el cacareo agudo y maníaco de una mujer enloquecida—. ¿Crees que no sé que robaste los secretos que yo dejé escritos y los repartiste solo a aquellos que podían pagar, a aquellos que podían darte poder?

—Se los di a quienes eran dignos de recibirlos —dijo Jack—. Y me vi recompensado. A ti... *A ti* te olvidaron.

—Por *tu* culpa —espetó Harte—. Por cómo intentaste destruirme. Pero fracasaste en aquel intento, ¿no es cierto? No lo esperabas, ¿verdad? Si te hubieras dado cuenta de cómo me encontraba ataba al Libro, lo habrías destruido... y también a mí. Pero no lo hiciste y, por tu falta de visión, he esperado la hora propicia, aguardando a que alguien me librara. Esperando *este* momento.

Harte se abalanzó sobre Jack, empujándolo hacia atrás y dentro de la plaza. Por encima, el aire

estaba cargado por las animadas columnas de humo oscuro que habían provocado los dispositivos de Maggie... la distracción que había prometido. Las luces parpadeaban en su interior como si fueran destellos de relámpagos. Estrella sintió el estruendo del frío poder mezclándose con la tibieza de la magia antigua, ambas batallando y disputando por encima como una tormenta de alquimia a punto de estallar.

Debajo, Harte y Jack forcejeaban entre sí, rodando por el suelo, arañándose y golpeándose. Y el poder que desprendían era abrumador, caliente como las llamas que habían consumido la cervecería y helado como el Umbral, chocando y rivalizando mientras ambos peleaban. Por un momento Estrella tuvo la certeza de que ganaría Harte. Pero algo se desplazó en el interior de Jack y salió rugiendo, inmovilizando a su oponente contra el suelo. Harte quedó sin fuerzas debajo de él, como si hubiera perdido la conciencia por completo.

Estrella actuó instintivamente, concentrando su afinidad a su alrededor y deteniendo el tiempo mientras corría hacia ambos. Apartando a Jack de encima de Harte con la suela del zapato, acudió a este y apoyó las manos sobre su rostro.

—Despierta —suplicó—. Vamos... —Dio golpecitos a sus mejillas y volvió a animarlo.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par. Pero antes de que ella pudiera sentir un estremecimiento de alivio, se dio cuenta de que no era Harte quien la miraba, sino algo oscuro y ancestral que la escudriñaba desde las profundidades de sus ojos, negros como el carbón.

Su mano se deslizó y le sujetó la muñeca antes de que pudiera retroceder, y la intensidad del poder que pudo sentir surgiendo entre ambos la sacudió tan profundamente que soltó su afinidad. El mundo volvió a ponerse en marcha, y Jack gimió con suavidad desde donde se encontraba derrumbado sobre el suelo.

Pero Estrella no lo notó. Justo en el instante en que Harte la tocó, en el momento en que el poder en su interior se conectó con el suyo, se sintió abrumada. Y luego el mundo se desvaneció...

Había una habitación de piedra, arcilla y la arena del desierto. Y había una mujer con los ojos de color ámbar, como los suyos, y esta había cometido un error. Se inclinó sobre un altar sobre el que descansaban las páginas abiertas de un libro, y su dolor y frustración colgaban densos en el aire. Pero la mujer alzó la mirada de pronto y sus ojos se encontraron con los de Estrella.

—Has venido. —Su voz resonó en la habitación, en un lenguaje que Estrella no conocía, pero de todas formas, comprendía. Y aunque podía oír a la mujer hablando, su boca no se movía—. La que puede liberarme. La que puede cumplir mi destino. Sabía que vendrías. Sabía que te entregarías a mí.

Estrella quedó paralizada donde estaba, anclada en el tiempo y el Éter. No podía moverse mientras la mujer dirigía la mirada a su mismísimo corazón.

—Te veo tan claramente. Veo lo que deseas. El fin de este dolor y esta lucha.

Estrella quería negarlo, pero no podía sacudir la cabeza siquiera. No, pensó. No quiero esto.

—Intenté salvarla. La magia. El poder. La energía que fluye entre todas las cosas. Estaba muriendo. Estaba desapareciendo, incluso en mi época, a medida que las personas olvidaban, dividiéndose unas de otras y de la unidad de todas las cosas. Así que intenté proteger todo lo que pude creando la escritura. Creía que podía salvar el corazón de la magia, hacer que permaneciera en las palabras. —Los ojos de la mujer destellearon de furia—. Pero me equivoqué. Crear el poder del ritual a través de la escritura solo debilitó aún más la magia. La magia no es orden... es la posibilidad contenida dentro del caos. El ritual limitó la salvaje libertad que es inherente al poder, la destruyó y la mantuvo fracturada. Pero también hizo que

fuera posible controlarla, incluso para aquellos que carecían de una afinidad para ella.

»Compartí lo que había hecho con Toth porque creía que era un amigo. Pero jamás lo fue. Había nacido débil, y quería el poder que se me había destinado a mí. Vio lo que yo había hecho y, en lugar de ayudarme a intentar reparar mis errores, como había prometido, me quitó el poder para apropiárselo. Hizo un pacto demoníaco, cambiando todo lo que podríamos haber sido por todo lo que él quería ser.

»Cuando lo advertí, creé las gemas. Dividí la magia para proteger las últimas partes puras que aún quedaban. Para formar una barrera contra cualquiera que intentara apropiársela.

»Pero Toth jamás fue un ibis. Siempre fue una serpiente, que vivía de robarles los huevos a los demás.

Estrella vio entonces todo lo que había sucedido... cómo Toth había atrapado a Seshat y luego destruido las gemas. Se llevó el Libro, pero era un hombre vanidoso y cobarde, así que jamás dejó de huir. Jamás dejó de acumular más y más poder. Más almas y más secretos.

—Me metí dentro de las páginas que él tanto quería, pero quedé atrapada por el pergamino y la vitela sobre la que había escrito intentando conservar el verdadero poder de la magia. Hubo un momento en que casi quedé liberada. Un hombre... un gran mago lo intentó. Pero era un cobarde, incapaz de contener mi poder. Ahora... Ahora camino dentro de un cuerpo nuevo. Ahora tú has venido a por mí, y juntas acabaremos con él.

¿Cómo?, quiso preguntar Estrella, pero su boca era incapaz de formar las palabras.

—Contigo, mi querida niña. Con el poder que tienes dentro, acabaremos con todo.

No... Por paralizada que estuviera, la palabra resonó en su mente. No. No. No.

Pero Seshat tan solo rio, el intenso y vibrante sonido resonando en toda la habitación.

—¿Qué creías que eras, niña?

»Persiguieron a los de tu especie, los de nuestra especie, a lo largo de los eones. A lo largo de continentes y siglos. Intentaron erradicarnos del mundo porque nos temían. Y tenían razón en temernos. Puedes tocar las hebras del tiempo... el material mismo que crea el orden a partir del caos... tal como yo pude una vez. Y como yo pude, puedes destrozarlas.

»Ven... —La mujer del altar extendió la mano—. Únete a mí. Libérame.

Mirando los ojos de la mujer mientras suplicaba, Estrella se dio cuenta de que Harte se había equivocado. Seshat no era un monstruo; tampoco era un demonio. Era solo una mujer. Una mujer como Estrella, que tenía poder. Una mujer que había creído en la posibilidad del mundo, y este la había traicionado... Y ahora quería cobrarse venganza por aquella traición. El dolor que llevaba dentro, el sufrimiento, era como el mismo pedernal que chisporroteaba dentro de Estrella. Ella lo comprendía. Lo comprendía tan profundamente que ardía dentro de ella.

¿Por qué no quemarlo todo y empezar de nuevo?

Porque moriría gente inocente. Lo sabía tan bien como sabía que Seshat había empezado siendo igual de inocente. También lo sabía porque ella misma había quedado atrapada por la ira y la venganza de los Antistasi. No era un error que tuviera intención de volver a cometer. Estrella se espantó ante la idea de aceptarlo, incluso mientras sentía que avanzaba hacia la mujer.

—No podemos permitir que Toth continúe —dijo la mujer.

Seshat desharía el mundo para destruir a Toth. Sacrificaría a todo el mundo... todo... para asegurar que Toth, el verdadero Ladrón del Diablo, muriera.

—No te des aires de superioridad moral —la reprendió Seshat—. Olvidas que ya he visto la

verdad de tu corazón. Ya he visto cómo anhelas castigo, cómo deseas cobrarte venganza. El odio que brilla con intensidad dentro de ti puede rehacer el mundo, hija mía.

Sí, Estrella había querido cobrarse venganza. Había querido que tantos pagaran. Pero se había equivocado.

Era demasiado tarde. Seshat ya estaba tirando de ella hacia delante, y ella sintió su afinidad arrastrándose hacia la antigua sacerdotisa. Sintió el poder de Seshat envolviéndola, pero esta vez era más puro de lo que había sido en la estación o en el hotel. Estaba vez no había enfrentamiento.

El mundo parecía a punto de volar por los aires. La oscuridad, advirtió Estrella, no era algo que había aparecido en el mundo. Era el mundo. Era los espacios que se encontraban entre las cosas, abriéndose e inundándose. Era la pérdida de la realidad.

Y no había nada que Estrella pudiera hacer para impedirlo.

LA PESADILLA SE HACE REALIDAD

1902, Nueva York

El momento que Jack había planeado durante semanas había llegado finalmente. Los primeros tres cuadros habían cautivado a la audiencia, maravillándola con las demostraciones de su poder y del Libro... Aunque no es que fueran capaces de advertir que era aquello lo que estaban viendo. Era muy consciente de que creían que las proezas que había realizado no eran más que trucos de salón. Lo eran, comparado con lo que venía.

Mientras las cortinas del tercer escenario se cerraban, Jack deslizó dos pastillas más de morfina dentro de su boca antes de avanzar y colocarse delante del último telón. Miró al público mientras esperaba que la sala se sumiera en el silencio. Estaban los hombres del Círculo Interno, el Sumo Prefecto y el resto de la sociedad. Hombres de la Tammany también estaban presentes, y otro rostro, un amigo especial que él mismo había invitado: Paul Kelly, que había resultado otra decepción. Pero Kelly recibiría su merecido muy pronto

Esperó hasta que todos los ojos en la sala lo miraron solo a él, viéndolo por lo que *realmente* era. Y luego esperó un momento más, solo porque podía permitírselo.

—Damas y caballeros, llegamos a nuestra última pintura. Esta noche la Orden ha presentado una verdadera profusión de belleza y maravillas. Los hemos transportado al laboratorio del alquimista, y han presenciado el momento en el que el hombre empezó a tomar el control sobre peligrosos poderes que nos rodean. Han podido ver cómo el arte cobra vida, dejando al descubierto la larga y tortuosa historia de la magia salvaje, de aquellos que no están dispuestos a controlar el peligroso poder que albergan dentro de ellos mismos para el bien de una sociedad justa y cultivada. Pero ahora nuestra noche está a punto de concluir.

Hizo una pausa, dejando que la anticipación creciera en la sala hasta que prácticamente sintió su desesperación por que abrieran el telón... hasta que los tuvo en la palma de la mano.

—Les presento la obra de Henry Fuseli, *La pesadilla*... —Con otro ademán de las manos, las cortinas se abrieron, desvelando el último cuadro de la noche.

Evelyn, vestida con una peluca rubia y un vestido exiguo, se encontraba tumbada sobre un diván, tal como la mujer de la famosa pintura de Fuseli. Sus brazos se arqueaban con gracia hacia el suelo, y sus ojos estaban cerrados, simulando dormir. Igual que en la pintura, situada sobre su pecho había una criatura destinada a representar la personificación de las pesadillas. Jack había creado la figura él mismo, un ícubo que parecía una gárgola, igual que el de la imagen del cuadro.

El público susurró maravillado y temeroso. Jack advirtió que era temor por la forma en la que el aire parecía haber abandonado la sala. Era la pintura más exquisita, la más horrible y hermosa al mismo tiempo, y estaba a punto de serlo aún más.

—Quienes se apegan a las costumbres antiguas, quienes merodean entre las sombras de nuestras calles, son una mácula sobre la perfección de nuestra unión. Representan un peligro. Como la oscuridad que se cuela en nuestros sueños, aquellos que poseen la magia salvaje esperan al acecho hasta el momento en el que nos encontramos en nuestro punto más débil. Como pesadillas hechas realidad.

Al decir aquellas palabras, el ícubo empezó a moverse, girando la cabeza para mirar hacia el

salón de baile atestado de gente, y Jack se sintió más que complacido al oír la exclamación del público. El íncubo no era, por supuesto, una escultura común. Era una suerte de golem, una impresionante pieza de magia que se le había revelado a Jack durante una de sus largas noches sumido en la morfina, cuando despertó sin recuerdo alguno de haber analizado los secretos del Libro. Haber recibido aquel secreto en particular era un regalo, y lo consideraba nada menos que una señal divina de lo que él debía hacer. Era posible que el poder salvaje de Evelyn afectara a un ser humano real, pero dudaba de que provocara algún tipo de menoscabo en la criatura deforme que él había creado con arcilla.

—Pero las pesadillas están destinadas a ser domadas, tal como aquellos que se aferran a las formas antiguas deben ser domados también.

Podía sentir el temor de Evelyn incluso desde donde se encontraba. Aquello junto a la morfina que corría por sus venas solo conseguía envalentonarlo aún más.

—Esta noche han visto las maravillas del descubrimiento del alquimista, sirenas y brujas, pero ahora les presento a una sirena *de verdad*. Una bruja que intentaría destruir a la Orden.

Al escuchar sus palabras, Evelyn pareció presentir el peligro en el que estaba. Intentó sentarse, pero en cuanto empezó a moverse, el incubo la atrapó por los brazos, reteniéndola contra el diván. Incluso mientras gritaba, él pudo sentir el calor de su magia rozándolo, intentando tentarlo y apartarlo de su camino, pero no pudo tocarlo. *Ella* no podía tocarlo. Había aprendido demasiado desde lo que le había pasado con aquella chica en Grecia. Había aprendido demasiado del Libro.

—Evelyn DeMure finge ser una simple actriz. ¿Es posible que la hayan visto en el teatro Wallack? —Por el susurro entre los hombres, Jack supuso que algunos habían hecho más que ir a verla actuar—. Pero ella, como tantos de su clase, no es lo que finge ser. Ella ha intentado derribarnos. Ella estuvo la noche en que el Khafre Hall ardió. Creyó que podía seducirme con sus artes malignas, pero como pueden ver, su poder es débil comparado con los secretos del estudio ilustrado.

Estaba cerca... tan cerca... pensó mientras levantaba la mano y la figura de arcilla hacía lo mismo. Unió los dedos formando un puño, y la criatura imitó su acción encima de la piel sensible de la garganta de Evelyn.

Para entonces había personas que se habían puesto de pie. Algunos gritaban que se detuviera, pero Jack estaba tranquilo. Dejó que el golem cumpliera sus órdenes y se volvió de nuevo hacia el público.

—Pero la señorita DeMure, por encantadora que finja ser, no es la única serpiente que hay entre nosotros esta noche. Hay otra, una que fingía ser una aliada pero que, en realidad, obedecía a las mismas personas contra las que intentamos protegernos.

Encontró a Paul Kelly entre el público, aquella escoria de poca monta del Bowery que había simulado ser su amigo. Kelly no solo había permitido que la enemiga de Jack viviera, sino que se había asociado con una de las personas responsables del mayor motivo de vergüenza que había sufrido.

—Habrán notado que el señor Kelly está aquí con nosotros esta noche. Estoy seguro de que se habrán preguntado por qué alguien de su calaña ha recibido una invitación para mancillar nuestro evento —dijo Jack, observando a Kelly mirarlo con los ojos entornados. Pero este le restó importancia a la amenaza.

Aquel era su salón, su momento.

—Oficiales —gritó Jack—. Si fueran tan amables, por favor acompañen al señor Kelly y a sus colegas a un lugar más adecuado, donde se pueda lidiar con ellos.

Alguien lanzó un grito entre la multitud, y Jack se volvió para ver que algunos camareros habían dejado a un lado sus bandejas, sacaban pistolas de sus esmóquines oscuros y empezaban a tomar rehenes. Los hombres de Kelly. *No. No pueden... Lo están arruinando todo*, pensó con un arranque de ira.

Sintió la tibia calidez del Libro contra su pecho mientras observaba la victoria escurrirse entre sus dedos. Kelly sencillamente le había dedicado un gesto de suficiencia y se había lanzado hacia la multitud, sumida en una locura absoluta.

EL DESTELLO DE UN CUCHILLO

1902, Nueva York

Toda la sala alrededor de Jianyu se convirtió en un caos ante la presencia de los Five Points. Parecía que no hacía falta magia para amedrentar los corazones de la Orden. Algunos revólveres de cañón corto también resolvían el problema. La multitud en el interior del salón intentó huir a empujones a través de una única salida estrecha, pero Jianyu solo tenía la mira puesta en un objeto: el anillo.

Seguía en el dedo de Evelyn, pero ella estaba custodiada por aquella extraña bestia. Desde donde estaba, la fría magia que rodeaba a la criatura era reveladora: no era natural, pero aquello no resultaba sorprendente viniendo de Jack Grew y la Orden.

Con la luz abierta a su alrededor, Jianyu ignoró el ruido y la confusión, y se acercó deslizándose con paso firme hacia la bestia que permanecía sentada sobre Evelyn. Ella ya no parecía estar respirando, pero el monstruo aún tenía las garras alrededor de su garganta sujetándola, y sus ojos ciegos miraban fijamente la sala.

Estaba a punto de llegar cuando vio a Cela desplazándose a través de la multitud con una determinación inquebrantable. Mientras todo el mundo intentaba huir, ella parecía un koi nadando contra la corriente mientras se abría paso hacia Evelyn y el escenario. Con su afinidad, no advirtió que él ya estaba allí.

Antes de que pudiera decirle nada, notó un destello de cabello oscuro y seda color púrpura, y vio a Viola acercándose en la misma dirección. Por la mirada de furia en sus ojos, ella también había visto a Cela.

Advirtió con una sensación de pánico que no se había tomado el tiempo necesario para explicarle las cosas cuando tendría que haberlo hecho. Viola no sabía quién era Cela. Solo vería a una desconocida intentando coger el tesoro que le había advertido a Jianyu que no cogiera.

Era como si el momento hubiera quedado suspendido en ámbar, y él pudiera verlo todo desde fuera. El destello del puñal de Viola saliendo de los pliegues de su falda, la furia de su expresión mientras le gritaba a Cela que se alejara de Evelyn... que no tocara el anillo.

Cela miró por encima del hombro, pero ignoró la advertencia.

Porque no comprendía quién era Viola. Porque no podía saber lo que sucedería.

Pero Jianyu sí... podía imaginarlo antes de que ocurriera. Viola lanzaría el puñal a través del aire. Apuntaría a Cela y no erraría.

Liberando la luz, hizo lo único que podía hacer. Sin considerar las consecuencias para sí mismo, saltó delante de Cela, justo cuando el puñal se deslizaba entre los dedos de Viola.

El salón se redujo a aquel momento, pero incluso sabiendo que le habían dado, Jianyu no sintió ningún dolor cuando el puñal le rasgó la túnica y atravesó su piel, desgarrando a su paso los tendones y el hueso para alojarse en el hombro. No sintió nada sino alivio cuando cayó con un golpe sobre el suelo a los pies de Cela.

Ella se encontraba allí, justo sobre él con una expresión que podía indicarle lo terrible que era. Tenía las manos sobre su rostro, y su boca se movía, pero no pudo oír las palabras que decía. Cuando levantó la mirada hacia Viola, solo vio horror en sus ojos. Estaban bordeados de rojo como si ya hubiera estado llorando por él.

Se empujó hacia arriba, cogió la empuñadura del puñal y se lo sacó del brazo.

Finalmente, sintió el dolor, el pinchazo afilado de la hoja al deslizarse del lugar donde le había atravesado la piel. Incluso teniendo a Cela sujetando un trozo de su falda sobre la herida, intentando detener el flujo de sangre, sabía que tenía que alcanzar a Viola... hacer que lo comprendiera todo.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo Cela, ayudándolo a ponerse de pie. Pero él tenía que hablar con Viola. Tenía que decir una única cosa esencial.

—Ven con nosotros —le dijo, ofreciéndole el puñal, que seguía cubierto con su sangre. Su voz sonaba muy lejana, incluso para sí mismo, pero volvió a repetir la propuesta.

»Te necesitamos.

Pero Viola sacudió la cabeza y empezó a retroceder.

Y luego apareció Abel, levantándolo para sacarlo de allí.

Jianyu no sabía dónde estaba el anillo, ni quién lo tenía, pero en aquel momento supo que no importaba tanto como hacer que Viola lo entendiera.

—Ven con nosotros —repitió, sabiendo que nada sería posible mientras estuvieran divididos.

UN CAOS MONSTRUOSO

1904, St. Louis

Julien huyó de Festival Hall sin mirar atrás. Fuera, la multitud que tan solo unos momentos atrás había estado deambulando alrededor de la plaza, se encontraba reunida, las mujeres sujetándose unas a otras y los hombres fanfarroneando como pavos. El Profeta estaba allí, y otros miembros de la Sociedad, todos de pie y observando el destello de luces dentro de Festival Hall y el extraño humo que se colaba por debajo de las puertas.

Había conseguido alejarse de ellos, pero no sabía cómo había llegado hasta allí ni qué debía hacer en aquel momento que ya estaba fuera. No estaba sobre un escenario, así que la túnica que llevaba puesta y el peso de la peluca le incomodaban y se sentía fuera de lugar. Una parte de él creía que debía permanecer, asegurarse de que Darrigan y Estrella salieran ilesos, pero había un impulso aún más profundo de escabullirse entre las sombras. Empezó a retroceder hacia el predio a oscuras, fuera de la vista de cualquiera que quisiera buscar a algún culpable, cuando estalló un grito ensordecedor del medio de la multitud.

Era la debutante que había conocido momentos antes, la que había sido elegida Reina del Amor y de la Belleza. Le habían quitado el collar falso a él y se lo habían dado a ella, pero en aquel momento una nube espesa y oscura de humo salía a borbotones del colgante que seguía alrededor de su cuello. Empezó a arrancárselo, intentando despojarse de él, pero claramente algo lo bloqueaba.

Yo he hecho esto, pensó horrorizado. Solo había querido limpiar su nombre, sacar a Darrigan de la ciudad antes de que cualquiera se enterara y, en cambio, había ayudado a crear aquel caos monstruoso.

La gente retrocedía aterrada, alejándose de la pobre chica a causa de las tinieblas que brotaban del collar y su joya, pero Julien se encontró caminando hacia ella... hacia el peligro.

Llegó antes de que pudiera considerar a fondo las consecuencias. Cogiendo el collar entre sus manos lo abrió de un tirón y lo partió en dos. La chica salió corriendo, probablemente regresando a los brazos de su madre, y Julien arrojó el collar lo más lejos que pudo, para dispersar su veneno lo más lejos posible de la multitud.

Pero no antes de respirar él mismo una bocanada de la oscura niebla.

NUNCA SUFICIENTE

1904, St. Louis

Margaret Jane Feltz había hecho bastantes cosas en su vida de las que no se sentía orgullosa en aquel momento. La mayoría de ellas porque cuando las había tenido que llevar a cabo pensaba que estaba haciendo lo correcto, porque *Ruth* le había dicho que en realidad lo era, y porque prefería la cálida aprobación de su hermana al malestar de tener que enfrentarse a ella.

Era posible que Maggie tuviera una extraña habilidad para mezclar productos químicos y polvos... el don de la magia culinaria que parecía ser cosa de familia... pero de igual forma lo odiaba. Aun así, agradecía haber conservado una bomba incendiaria por si acaso. Cuando había visto a Ben coger a Estrella por la garganta, sintió una descarga de electricidad en el aire de la plaza, caliente y brillante como jamás lo había sentido en su vida. Extrajo el pequeño bote del maletín y activó la mecha antes de enviarlo rodando hacia ellos, situándolo entre el iracundo joven rubio con el esmoquin y las dos personas a quienes ya ella consideraba sus amigos.

Estalló con una explosión violenta de luz, arrojando a Ben lejos de Estrella y dejándolo inconsciente sobre el suelo.

Corrió hacia Estrella, que yacía postrada y quieta sobre el suelo de mármol pulido, y un momento después North apareció. Los reunieron a ambos, y con un clic de su reloj, desaparecieron.

Entre las multitudes del desfile y las noticias que empezaron a propagarse sobre el ataque en el baile, las calles eran un caos. Todos los planes de los Antistasi, ¿y para qué? Los mageus estaban aún peor que antes. Ruth se había equivocado... absolutamente en todo. Maggie hacía ya un tiempo que lo sospechaba, pero justo en aquel momento lo había comprendido.

Mientras se abrían paso a través de la ciudad para llegar a la estación de tren, intentó no pensar en el hecho de que estaba abandonando a su hermana y a los Antistasi, que habían llegado a ser su familia. Pero sabía que había hecho todo lo que había podido allí, y en ese momento había otro lugar donde la necesitaban más.

Había hecho un esfuerzo muy grande por hacer al menos un pequeño bien, pero no había sido suficiente. Jamás era suficiente. Esta vez juró que lo sería.

1904, St. Louis

Jack despertó en algún momento, en medio de la noche, con solo un vago recuerdo de todo lo que había sucedido en el baile. Darrigan y Estrella habían conseguido escapar. Se habían llevado el collar, pero no habían podido recuperar el Libro. En cambio, se habían expuesto, y en aquel momento todo el país conocía sus malvados designios. Aquellos errores solo lo ayudarían a él en el futuro.

Tras regresar a su habitación, se había abocado a leer detenidamente el Libro, buscando alguna respuesta, pero no recordaba las palabras que había leído, ni cómo las páginas habían empezado a brillar, ni cómo se había sumergido en ellas, sabiendo que se abrirían para él, sabiendo que sus dedos podían hundirse a través del propio papel para encontrar el objeto que había colocado allí unos meses antes.

Se volvió hacia el bote de morfina y, en cambio, encontró algo más. Sobre la mesilla junto a la cama había un artefacto antiguo... el mismo que había ocultado dentro de las páginas del Libro para que estuviera a buen resguardo tantos meses atrás. Lo levantó e hizo girar a la luz, maravillándose de su aspecto mientras se deleitaba con el peso de la gema que llevaba, una señal del poder que contenía dentro.

Jack había obtenido el artefacto hacía ya algún tiempo... no mucho después de quitarle el Libro a Darrigan. Tras el cónclave empezó a preocuparse de que alguien pudiera encontrarlo. Había usado un hechizo del Libro para ocultar el objeto entre sus páginas, convirtiendo el Libro mismo en un recipiente para el artefacto, de modo que pudiera llevar a ambos consigo en todo momento.

Pero una vez oculto, el Libro no había estado dispuesto a devolver el artefacto por las buenas. Jack llevaba más de un año prácticamente esforzándose como un loco para hallar la manera de obligar al Libro a revelar su contenido, aunque todo sin resultado alguno.

Parecía que en aquel momento su suerte al fin había cambiado. Era como si el Libro comprendiera la encrucijada en la que estaba, como si supiera que necesitaría todo el poder que pudiera utilizar en los días que estaban por venir, y le hubiera entregado su contenido como si fuera un regalo. Una bendición para el trayecto que tenía por delante... un trayecto que sabía muy bien que sería difícil, pero que era el destino que debía cumplir.

1904, St. Louis

Estrella no sabía cómo habían conseguido escapar de la feria. Recordaba el dolor y un estallido escalofriante de poder, y luego, poco a poco, la niebla empezó a disiparse y pudo entender lo que había sucedido. Seshat. Toth. Y la peligrosa realidad de su propia afinidad. Pero luego North los había hecho avanzar en el tiempo, a una época muy posterior al momento en el que la feria había quedado despejada y todo el mundo había regresado a la seguridad de su propio hogar.

Parecía sonámbula al moverse; apenas vio u oyó a Maggie y North conduciéndolos a través del predio, llevándolos de nuevo hacia la carreta que aguardaba. Había estado a punto de olvidarse de recuperar sus gemas... el brazaletes y el collar... pero Maggie la había ayudado con aquello. Luego salieron a toda velocidad hacia la estación, y antes de que pudiera procesarlo todo, se había encontrado con que estaba en un coche-cama, descansando junto a Harte sobre la estrecha litera inferior.

A pesar de todo lo que había sucedido, incluso sintiendo que su mundo se había derrumbado, al día siguiente el sol había salido de todos modos. Su tibio calor acarició su rostro a través de la ventanilla del tren y la despertó. Hubo un instante justo cuando salía del sueño que olvidó dónde estaba, *qué* era ella. En aquel momento entre el sueño y la vigilia, no recordaba aún los sucesos de la noche anterior. No pensó en los errores cometidos ni en las vidas que aquellos errores habían sesgado. Tampoco recordó las verdades terribles que habían sido reveladas y la desgarradora realidad que le aguardaba. En cambio, le pareció oír la voz de una mujer que le cantaba, y tuvo la sensación de que casi podía recordar las palabras de la canción. No debía ser más que un recuerdo de algún lugar mucho tiempo atrás, de cuando tan solo había sido una niña sin culpa, pura inocencia, y el mundo se abría ante ella de par en par como una promesa.

Pero la suavidad y la seguridad del estado entre el sueño y la vigilia duraron solo un momento. El dolor de sus huesos y las punzadas que sentía en el cráneo regresaron poco después, recordándole lo que había pasado. Se sentía sucia y agotada, como un viejo trapo que no merecía la pena lavar ni conservar. Hasta sus huesos parecían que podrían hacerse añicos si hacía algún movimiento equivocado.

Vagamente, oyó los suaves ronquidos de las personas que compartían el pequeño compartimento con ella. North, apoyado incómodamente en una silla, y Maggie, en la litera que estaba sobre la suya. Recordaba haberse tumbado junto a Harte. El poder que llevaba dentro estaba silenciado cuando se había acurrucado a su lado, intentando darle calor y esperando que despertara mientras combatía su propio cansancio.

Pero en aquel momento la cama estaba fría y vacía junto a ella.

Se incorporó y miró alrededor del pequeño compartimento, pero no había señales de Harte. Tras lo que había sucedido en la plaza, North no había confiado en que pudiera evitar cometer alguna locura. Lo había sujetado al poste de la litera, pero la cuerda que había usado ya no mantenía sujeto a nadie.

Peor aún, su brazaletes, el que tenía la Llave de Ishtar, había desaparecido. En su lugar, había un simple brazaletes de cuentas: el que había comprado aquel primer día en la feria. Estrella extendió

la mano para cogerlo, estuvo a punto de arrancárselo de la muñeca, pero en cuanto sus manos lo tocaron un revoltijo de imágenes se agolpó en su mente, y sintió un impulso tan claro y certero que supo que era un mensaje que Harte le había dejado, en lo más profundo de su inconsciente. Advirtió que había usado su afinidad con ella. En lugar de dejar una nota que podría haber quedado al alcance y los ojos de cualquiera, le había dejado una esperanza y una súplica que solo ella podría entender.

Aquello significaba que no la había dejado por completo. Pero tampoco había confiado lo suficiente en sí mismo como para llevarla consigo.

Maldiciendo a Harte por su falta de sutileza, y a sí misma por haberse quedado dormida, Estrella salió al pasillo y luego a la plataforma, donde los pastizales se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Harte se había marchado, pero ella no estaba sola. Había un camino largo y desconocido ante ellos, uno que conducía a otro océano, a una orilla distante. Haría lo que Harte le había pedido, y luego, cuando lo encontrara, se aseguraría de que lamentara haberla dejado atrás.

Aún quedaba mucho trabajo por hacer. Un semidios por destruir. Aún quedaban gemas que reunir y un futuro por reconstruir.

Y en la parte interior de su muñeca había una cicatriz... una única palabra en latín que había aprendido de niña. Una orden que la llamaba para que volviera, a Nueva York y al pasado.

Redi.

ALEJÁNDOSE

1904, St. Louis

Mientras el tren avanzaba por el paisaje que solo pensaba que vería en sueños, Harte Darrigan observó el horizonte transformarse del impenetrable manto nocturno a un suave resplandor color lavanda a medida que las estrellas desaparecían una a una con el avance sigiloso del alba. Había soñado con aquello durante toda su vida: las praderas increíblemente abiertas, la sombra de las montañas a lo lejos y la libertad que implicaba todo ello. Pero en aquel momento cuando por fin era suyo, se sentía tan atrapado, tan prisionero, como jamás lo había estado, solo que en aquella ocasión era una prisión que llevaba dentro.

Despertó en el medio de la noche cuando el otro tren se detuvo repentinamente con una sacudida en alguna estación desconocida. Estrella había estado acurrucada a su lado, con el brazo sobre él en la estrecha litera. Aún tenía el rostro tenso a pesar de estar profundamente dormida. Oyó la respiración suave y regular de los otros, y por un momento no supo dónde estaba o qué había sucedido. La voz estaba silenciada en su interior, pero la podía sentir allí, respirando, lamiéndose las heridas.

Y esperando.

Quizá habría sido más fácil dejar que sus ojos se volvieran a cerrar, sumergirse de nuevo en el sueño. Lo cierto era que habría sido más placentero permanecer allí, junto a la tibieza de Estrella, inhalando su familiar aroma, dejando que su cuerpo se apoyara en ella. Pero con solo pensarlo, el poder en su interior empezó a salir de su letargo.

Por un momento se permitió arrimarse contra el cuello de Estrella y respirar. Por un momento se permitió preguntarse cómo habría sido permanecer con ella de aquel modo, como si fueran dos personas normales con toda la vida por delante y todo el futuro, una posibilidad. Pero, aunque Harte era un mentiroso y un timador, no sabía engañarse a sí mismo.

Si se quedaba, Seshat haría todo lo que pudiera para apropiarse de Estrella.

Si se quedaba, Estrella se entregaría para salvarlo.

No podía quedarse. Pero haría lo que pudiera para salvarla. Para salvarlos a todos.

1904, Nueva York

James Lorcan sostuvo el telegrama entre sus dedos y lo volvió a leer, solo para estar seguro de lo que decía. A su alrededor, el Éter se contrajo y se deslizó, reconfigurando el futuro según el patrón que él mismo había diseñado.

Su agente en el oeste tenía dos de los artefactos en su poder y, lo mejor, tenía a la chica. Solo era cuestión de tiempo antes de que todo encajara en su sitio.

Encendió una cerilla con una mano y le prendió fuego a la esquina del telegrama, observando cómo se quemaba hasta que no fue más que una pila de ceniza. Luego se volvió al asunto del día que tenía ante él... el asunto de guiar a los Antistasi.

NOTA DE LA AUTORA

He intentado representar la Louisiana Purchase Exposition (Exposición Universal de St. Louis) con la mayor precisión posible en este libro. Con la excepción del paseo ficticio sobre el río Nilo, todo, desde la estatua que hay encima de Festival Hall hasta las exhibiciones y el plano del Pike están basados en mapas históricos, guías originales y fotografías que he encontrado durante mi labor de investigación. Si bien el paseo del río Nilo es un invento mío, lo he basado en mis investigaciones, especialmente, las formas controvertidas en que la feria representó la raza y la cultura. Puesto que resulta imposible que los personajes de 1904 que vivieron la experiencia de la feria puedan conocer las repercusiones futuras del evento, quería que los lectores tuvieran una idea más acabada de las complejidades y contradicciones de la Exposición, y cómo siguen vigentes hoy.

La feria tuvo un enorme impacto en St. Louis, la región central de los Estados Unidos, y en el país en su conjunto. Entre el 30 de abril y el 1 de diciembre de 1904, casi veinte millones de personas visitaron el predio de quinientas hectáreas, que incluía 120 kilómetros de carreteras y senderos, 1500 edificios, y pabellones de más de 50 países y 43 estados. Un visitante a la feria podía experimentar la telegrafía sin hilos, observar a bebés prematuros que se mantenían vivos en incubadoras, contemplar el primer vuelo público de un dirigible o examinar con detenimiento 140 modelos diferentes de automóviles personales. Theodore Roosevelt la visitó, Helen Keller dio una charla, Scott Joplin escribió una canción, y tocó la banda de John Philip Sousa.

Solo por su tamaño, la feria se autoproclamó la muestra más grande e impresionante de los mayores logros de la humanidad. Pero tal como nuestro en la historia, junto con algunos de los avances científicos y tecnológicos más asombrosos de la época, la feria también puso en escena a algunas personas. Al hacerlo, la exposición se volvió parte de la historia más amplia de la evolución racial, cultural y social de los Estados Unidos. No se trató de algo accidental. El comité organizador curó muestras antropológicas que operaban específicamente al servicio del imperialismo y la excepcionalidad occidental.

Es importante señalar que en 1904 la mayoría de los estadounidenses no tenía acceso a viajar fuera del país. La Exposición presentó una solución: una oportunidad para experimentar el mundo en miniatura. Sin embargo, la feria presentaba una versión muy reducida del mundo, una mirada a través del lente de Occidente. Los organizadores sí se esmeraron en intentar separar las muestras de carácter serio o «educativo» de las muestras de «entretenimiento», más deslumbrantes y exóticas, situadas en el Pike, pero el visitante promedio de la feria a menudo confundía ambas. El efecto era que la feria presentaba un mundo en el que los grupos étnicos y el exotismo se convirtieron en una forma de entretenimiento. Las personas y las culturas se transformaron en objetos que consumir.

Como queda reflejado en la historia, la representación de diferentes nacionalidades en el Pike dejaba mucho que desear, pero el resto de la feria tampoco logró salir muy airoso. Los organizadores eligieron las muestras educativas con el propósito de que fueran una evidencia científica del progreso natural de la historia de la humanidad. Los visitantes podían percibir la superioridad de su propia cultura en contraste con el así llamado «primitivismo» de las culturas extranjeras. En 1904 la antropología era aún una disciplina incipiente, pero la Exposición y otras ferias mundiales parecidas demostraron la utilidad de la antropología para categorizar a las

personas. Específicamente, la feria ayudó a justificar el dominio de Occidente y la conveniencia del imperialismo en términos científicos.

Por ejemplo, la enorme muestra de la Aldea de la tribu Igorot fue producto directo de la victoria reciente de los Estados Unidos —y la adquisición de territorios— en la Guerra hispano-estadounidense. Los organizadores de la Exposición trajeron a gente del archipiélago de Filipinas y la exhibieron en una suerte de zoológico humano. Al observar la vestimenta y las costumbres de los aldeanos, los visitantes a la feria, vestidos a la moda, consideraban a los Igorot mucho menos modernos y, por tanto, *inferiores*.

Otro ejemplo de la antropología puesta al servicio del imperialismo occidental fue la aparición de nativos americanos y los pueblos de las primeras naciones exhibidos en la feria. La propia Exposición era una celebración de la Compra de Luisiana, un acontecimiento que permitió la expansión hacia el oeste y alentó los ideales del Destino Manifiesto, que condujo a la matanza y aniquilación de los pueblos nativos. Harte y Estrella pasan por el puesto de los Habitantes de los Acantilados, pero estos no eran los únicos nativos americanos en la feria. También presentaron como atracciones a los pueblos apache, cucapá, pueblo y tlingit. Los visitantes podían comprar una fotografía autografiada de Gerónimo en persona, que por entonces seguía siendo prisionero de guerra del gobierno estadounidense, o ver un modelo operativo de una escuela indígena, donde los niños seguían una rutina para el disfrute de los turistas.

Si bien la feria les ofrecía a algunos, como a Gerónimo, la posibilidad de ser emprendedores, también los explotaba sometiéndolos a condiciones de vida insalubres y una escasa remuneración. Además, la exhibición de los pueblos originarios se basaba en la nostalgia y perpetuaba el estereotipo de pueblos que una vez habían sido heroicos y nobles, pero que en ese momento se encontraban derrotados y muriendo. Estos estereotipos han persistido hasta hoy y continúan dañando a los pueblos originarios.

Finalmente, también es importante destacar que, mientras la feria exhibía a pueblos diversos, eran los blancos estadounidenses quienes concurrían mayormente a visitarla. Cuando se canceló un Día del Negro planeado para celebrar la emancipación, el presidente del comité local retiró la invitación de Booker T. Washington y le dijo que «los negros no son bienvenidos en la feria mundial». W. E. B. DuBois, cuyo emblemático libro, *Las almas del pueblo negro*, se había publicado como un gran éxito para la crítica, no fue invitado. El Octavo Regimiento de Illinois, un regimiento afroamericano, acampó en la feria, pero los soldados blancos les prohibieron usar la cafetería porque se negaban a compartirla con ellos. En resumen, el predio ferial no era un lugar acogedor para las personas de color.

Quizá no debería sorprender que la Exposición tuviera una relación tan controvertida y, a menudo, ofensiva respecto a la raza y la cultura. No fue más que un producto de su tiempo, pero también, de fuerzas sociales más amplias. Once de los doce miembros del comité que organizaron y planearon la feria eran miembros de la Sociedad del Profeta Velado, incluyendo al presidente del comité, David Francis. Tal como pongo de manifiesto en la historia, la Sociedad del Profeta Velado se constituyó como una reacción a la Gran Huelga Ferroviaria de 1877, una huelga que involucró a una gran cantidad de afroamericanos e inmigrantes. La creación de la Sociedad del Profeta Velado y el desfile fueron un intento directo por parte de los padres de la ciudad blancos de reivindicar la superioridad racial y la supremacía de clase en la ciudad. Gran parte del diseño y la experiencia de la feria, tanto históricamente como en mi libro, refleja aquella misma agenda.

Por mucho que hiciera para acoger avances tecnológicos y exponer al público a naciones extranjeras, en su esencia la Exposición Universal de St. Louis no puede contemplarse fuera del

sistema más amplio de supremacía blanca e imperialismo occidental que ayudó a perpetuar. Sin embargo, no eran los únicos abocados a este proyecto. La Exposición y otras ferias semejantes eran comunes a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Su mezcla del exotismo como entretenimiento y la explotación cultural mostró a los estadounidenses blancos una versión del mundo impregnada de superioridad occidental. Aquella forma de ver el mundo tuvo efectos de largo alcance que continúan ejerciendo un impacto en la forma que tienen los estadounidenses de entender la raza y la cultura incluso hoy.

Lecturas complementarias:

- *Whose Fair? Experience, Memory, and the History of the Great St. Louis Exposition*, James Gilbert.
- *From the Palaces to the Pike: Visions of the 1904 World's Fair*, Timothy J. Fox y Duane R. Sneddeker.
- «“The Overlord of the Savage World”: Anthropology, the Media, and the American Indian Experience at the 1904 Louisiana Purchase Exposition», John William Troutman.
- *A World on Display: Photographs from the St. Louis World's Fair, 1904*, Eric Breitbart.

AGRADECIMIENTOS

Un libro tan extenso no se hace realidad sin la ayuda de muchas personas.

Antes que nada, a mi genial editora de Simon Pulse, Sarah McCabe, que tuvo que lidiar con plazos incumplidos y más borradores sin terminar de lo que cualquier persona debería tener que leer. Su paciencia y confianza en mí hicieron posible este libro, y sus sagaces consejos hicieron que resultara infinitamente mejor. Gracias por alentarme y por tener siempre la respuesta justa. No sabes cuánto me alegra que tu cerebro funcione mejor que el mío.

A todo el equipo de Simon Pulse, que han sido tan increíbles y han apoyado tanto esta serie (y a mí): Mara Anastas, Chriscynethia Floyd, Liesa Abrams, Katherine Devendorf, Chelsea Morgan, Sara Berko, Julie Doebler y Bernadette Flinn. Muchas gracias a Tricia Lin, que leyó los primeros borradores; y a Penina Lopez, Valerie Shea, Elizabeth Mims y Kayley Hoffman, cuya lúcida corrección de estilo, revisión de pruebas y lectura crítica le sacaron brillo a las oraciones. Mi más sincero agradecimiento a Audrey Gibbons, Lauren Hoffman, Caitlin Sweeny, Alissa Nigro, Anna Jarzab, Christian Vega, Michelle Leo y su equipo, Nicole Russo, Vanessa DeJesus y Christina Pecorale, y al resto de los equipos de venta y de marketing de S&S, que han hecho tanto por el éxito de esta serie. Gracias a Russell Gordon y Mike Rosamilia por embellecer el libro, por dentro y por fuera. Y un agradecimiento especial a Craig Howell, que de algún modo consiguió crear una ilustración de portada aún más hermosa que su trabajo anterior para *El último mago*.

Agradezco tener a Kathleen Rushall a mi lado. Es una agente estrella, y su apoyo incondicional hizo que todo el proceso de escribir el libro fuera casi soportable. Gracias por los correos electrónicos para ver cómo iban las cosas y por las palabras de ánimo. Soy tan afortunada de trabajar con ella y con todos los maravillosos agentes de Andrea Brown.

Muchas gracias a todos los increíbles lectores, críticos, bloggers, libreros y bibliotecarios que el año pasado pusieron a *El último mago* en la lista del *New York Times* y que me hicieron seguir adelante con su entusiasmo y sus preguntas sobre esta segunda parte. Gracias en especial a los Hijos del Diablo, especialmente a Joy Konarske, Cody Smith-Candelaria, Agustina Zanelli, Patrick Peek, Kim McCarty, Jennifer Donsky, Kim Mackay, Rachel Barckhaus, Ashley Martinez y Alyssas Caayao, que excedieron todas las expectativas para difundir el amor por la serie. ¡Gracias por ayudar a que *El último mago* fuera un éxito!

Los amigos escritores son la mejor clase de amigos. Gracias a todos mis favoritos, especialmente a las asombrosas mujeres que me escucharon quejarme acerca de *no* escribir y luego quejarme acerca de *escribir*, que leyeron borradores o me ayudaron a pensar para superar los momentos críticos, y que hacen de este un mundo mejor gracias a sus hermosas palabras: Olivia Hinebaugh, Danielle Stinson, Kristen Lippert-Martin, Helen Dunbar, Flavia Brunetti, Christina June, Sarah Raasch, Jaye Robin Brown, Shanna Beasley, Shannon Doleski, Peternelle van Arsdale, Julie Dao, Angele McQuade, Risikat Okedeyi y Janet Taylor.

Y finalmente, pero no por ello menos importante, a mi familia. Terminar este libro fue un esfuerzo descomunal, y mis hombres soportaron básicamente que no estuviera presente en sus vidas durante tres meses enteros. Sé lo difícil que fue para ellos que trabajara tanto, pero me dieron el tiempo, el espacio y el apoyo que de ningún modo merezco (pero que de todos modos acepto de buena gana). A X y H, que son luz y alegría, y a J, que lo es todo. Gracias.

LISA MAXWELL es autora de *El Último Mago* y *Unhooked*. Se crio en Akron, Ohio, y posee un doctorado en Inglés. Ha trabajado como profesora, investigadora, librera, editora y escritora. Cuando no está escribiendo libros, da clases en un centro de enseñanza superior. Actualmente, reside cerca de Washington, D. C., con su esposo y sus dos hijos. Puedes seguirla en Twitter [@LisaMaxwellYA](#) y en Instagram [@LisaMaxwell13](#) o enterarte acerca de sus próximos libros en [Lisa-Maxwell.com](#).

¿TE GUSTÓ
ESTE LIBRO?

Escribenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

 /MundoPuck

 /Puck.Ed

 /Puck_Ed

 /PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERENCIAPUCK!

 PUCK